



se

LUIS DELGADO

La fragata *Proserpina*

U N A S A G A M A R I N E R A E S P A Ñ O L A

Lectulandia

En el decimocuarto volumen de su colección de novela histórica naval, Una Saga Marinera Española, Luis Delgado fuerza un cambio brusco en el escenario geográfico. Corre el año 1812 mientras continúa la guerra contra los franceses en España. Pero ya los buques de la Armada no pueden transportar caudales y recursos de las Indias con los que mantener la guerra, sino enviar hacia América fuerzas para apaciguar los movimientos secesionistas de nuestras provincias americanas. El capitán de navío Leñanza, al mando de la fragata Proserpina, parte desde Cádiz hacia el Río de la Plata con refuerzos de tropas y armamentos en apoyo de las unidades basadas en el apostadero de Montevideo. La fragata sufrirá todo tipo de situaciones límite que un buque puede atravesar sobre las aguas; abordajes, temporales, amotinamientos, combates en la mar y por desconocidos ríos. Algunas de dichas acciones, difíciles de creer como ciertas y desconocidas para todo español, merecerían ser dignas de especial reconocimiento.

Lectulandia

Luis M. Delgado Bañón

La fragata «Proserpina»

Una saga marinera española - 14

ePub r1.0

Titivillus 25.07.2019

Luis M. Delgado Bañón, 2008

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

Para Bruno Cuesta Serrat, personaje altamente reflexivo y pensador desde el mismo día de su nacimiento.

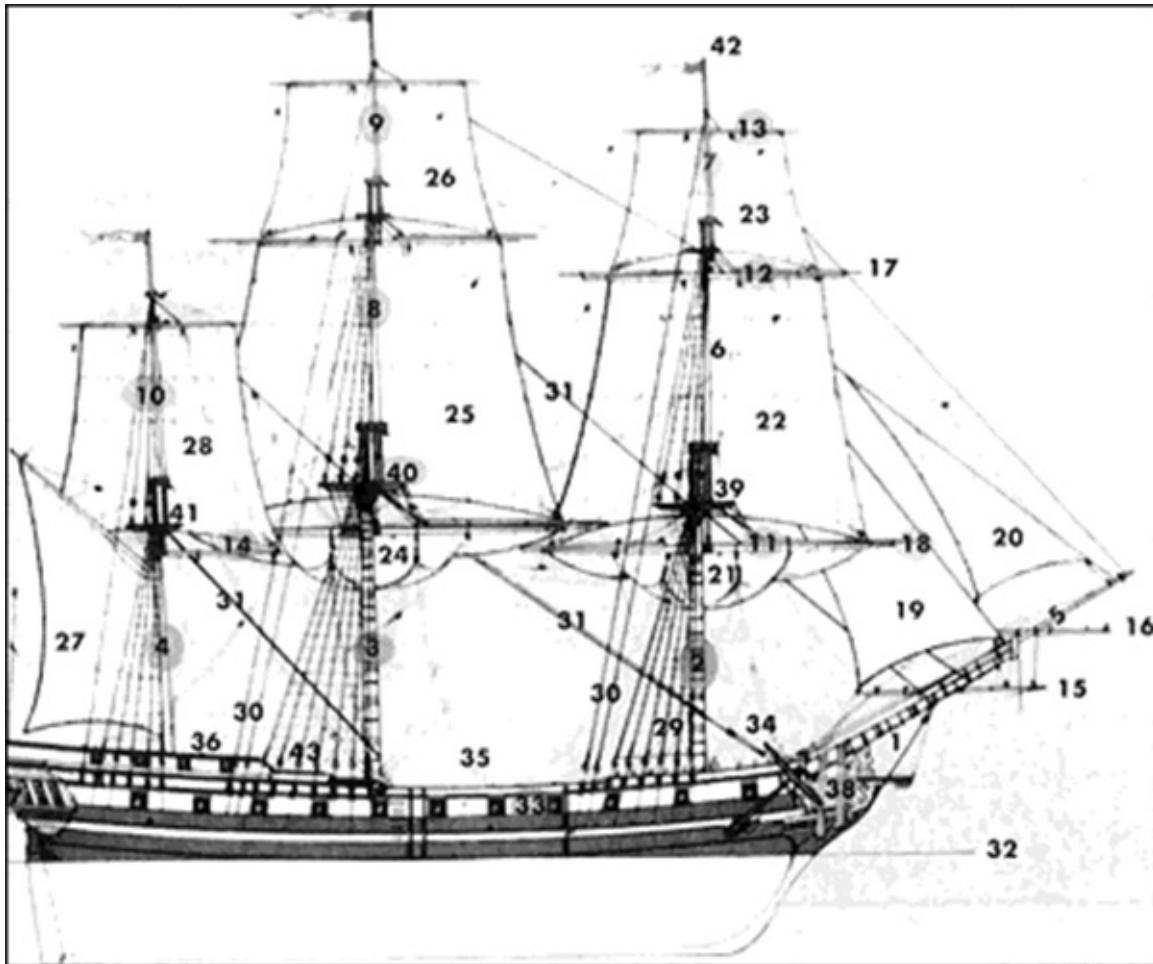
Diversas sugerencias recibidas de amigos y fieles lectores me obligan a recalcar que todos los hechos históricos narrados en las obras de esta colección, así como los escenarios geográficos, cargos, empleos, destinos, vicisitudes personales, especificaciones de unidades a flote o en tierra, así como las situaciones sufridas por ellos se ajustan en un den por cien a la realidad histórica, de acuerdo a los fondos consultados con la necesaria profundidad y el compromiso adquirido ante documentaciones contrarias. Es mi intención escribir novela histórica y no ese tipo de historia-ficción utilizada con profusión por autores británicos de temas navales. Tan sólo aquellos personajes a los que aparejo las narraciones y episodios claramente novelescos son fruto absoluto de mi imaginación.

*Buena es la que va,
mejor es la que viene;
una es pasada,
y en dos muele;
más molerá,
si Dios quisiera;
cuenta y pasa,
que buen viaje faza;
¡ah de proa!;
Alerta, buena guardia.*

Decía el paje que velaba la ampolleta, al pasar la arena cada media hora.

*Amarrado al duro banco
de una galera turquesa,
ambas manos en el remo
y ambos ojos en la tierra.*

Verso primero del romance de Góngora *El forzado*



1. Bauprés; 2. Palo trinquete; 3. Palo mayor; 4. Palo mesana; 5. Botalón del foque o del bauprés; 6. Mastelero de velacho; 7. Mastelero de juanete de proa; 8. Mastelero mayor o de gavia; 9. Mastelero de juanete mayor; 10. Mastelero de sobremesana; 11. Verga del trinquete; 12. Verga del velacho; 13. Verga del juanete; 14. Verga de gata o verga seca; 15. Verga de cebadera; 16. Verga de sobrecebadera; 17. Botalón de ala del trinquete; 18. Botalón de rastrea; 19. Foque; 20. Contrafoque; 21. Trinquete (vela); 22. Velacho; 23. Juanete de proa; 24. Mayor (vela); 25. Gavia; 26. Juanete mayor; 27. Cangreja; 28. Sobremesana; 29. Jarcia; 30. Obenques; 31. Estayes; 32. Línea de flotación; 33. Portas para la artillería; 34. Castillo; 35. Combés; 36. Toldillo; 37. Jardín (servicios de oficiales); 38. Beque (servicios de marinería); 39. Cofa del trinquete; 40. Cofa del mayor; 41. Cofa del mesana; 42. Galleta del palo trinquete; 43. Alcázar.

Prólogo

Saben quiénes hayan leído algún volumen de esta colección de novela histórica naval la norma establecida desde un principio para que todos los ejemplares luzcan como título el nombre de un buque o unidad de la Real Armada con relevante papel en nuestro largo acontecer marítimo, y también como eje central de su narración. Fue costumbre repetidamente utilizada por la Secretaría de Marina, con el beneplácito de Su Majestad, bautizar al nuevo ser recién salido de las gradas en busca del necesario amparo de los cielos o en homenaje a diferentes miembros de la Casa Real.

Dentro de una alargada lista, también se utilizaron con el mismo fin personajes históricos, reinos, provincias, ciudades, islas, gloriosas batallas, virtudes y un extenso número de posibilidades. No obstante, cabe destacar con especial énfasis el empleo de los antiguos dioses griegos y romanos, bien visibles en el coronamiento de los buques, como si de esa forma se intentara buscar por cualquier camino la suerte y socorro que todo vaso de madera debe disfrutar sobre las aguas. Este volumen XIV viene titulado al amparo de una fragata, entregada a la mar bajo la protección de una diosa de amplios poderes. Me refiero a Proserpina, hija de Júpiter y Ceres, cuya arrobadora belleza forzó su rapto por Plutón, hasta unirse con ella de forma definitiva.

Aunque me mantengo todavía en el mismo periodo histórico de los dos anteriores volúmenes, la mal llamada Guerra de la Independencia, fuerza un cambio brusco en el escenario geográfico. Mi personaje y tercer miembro de la Saga Marinera, el capitán de navío Santiago de Leñanza, toma el mando de la fragata *Proserpina* para pasar en comisión a Indias. Además del continuo y necesario transporte de hombres y caudales para continuar la guerra contra el francés, se intentaba contrarrestar en nuestras provincias americanas los movimientos secesionistas de los rebeldes o patriotas, diversas acepciones que los alzados en armas recibían de uno y otro lado.

Aunque la Armada perdía poco a poco sus unidades más valiosas en una permanente sangría sin posible reposición, ante la falta de construcción o adquisiciones, sus hombres intentaban cumplir las misiones encomendadas con el espíritu en alto. Se trataba normalmente de acciones difíciles y arriesgadas, con material cercano al más triste desbarate. Por desgracia, la penuria llamaba a doblón de vergüenza en los arsenales y pocos duros fuertes, de los que nuestros buques transportaban desde las Indias, eran empleados en las embarcaciones y su debido mantenimiento. A tal punto campaba la infamante miseria entre las fuerzas de mar, que algunos miembros de la Armada fallecían por inanición ante la permanente falta de pagas, al tiempo que el material se deterioraba a la vista sin remedio y con amadrinada tristeza.

Continúo con el empeño de mostrar los momentos más importantes de la Real Armada a través de dos siglos. La misión impuesta es más importante al encarar ese periodo histórico de la guerra contra el invasor francés. Quien lo aborde en cualquier ejemplar de Historia llegará a creer que no disponíamos de fuerzas de mar, o éstas se mantenían amarradas en cómoda situación a la espera de resultados. No fue así, desde luego. La Armada no sólo existió de 1808 a 1814, sino que jugó un papel de la mayor importancia en aquella desesperada lucha por expulsar de la Península a los invasores del norte.

Si se mantuvo por fuera del dominio francés la ciudad de Cádiz, solar patrio en el que se instaló el Consejo Supremo de Regencia y desde donde la España libre ejercía voz de cara a las potencias europeas, fue gracias al concurso de los cientos de cañoneras de nuestra Marina que la defendieron. No sólo los caudales, hombres y pertrechos de Indias arribaban a la bahía gaditana, sino también de otras naciones aliadas. De tal forma, la ciudad plateada se convirtió en un magnífico y seguro centro regulador de recursos, esfuerzos y tropas que allí se formaban, para ser distribuidas a través de la mar en apoyo a los ejércitos en lucha por la Península.

Debemos recordar que, a lo largo de tres siglos, habíamos conformado un imperio colonial fabuloso, al tiempo que descubríamos, conquistábamos y poblábamos medio mundo. Tal labor fue posible en gran medida gracias a nuestros hombres de mar. Y como incontestable demostración, dicho imperio comenzó a desaparecer sin tregua, conforme la Armada alcanzaba cotas de extrema debilidad, al punto de dejar de existir como fuerza de mar a tener en cuenta en el concierto internacional.

Como en ocasiones anteriores, espero que los lectores disfruten con el examen de estas páginas, a la vez que descubren hechos poco conocidos pero

de trascendental importancia en nuestra historia naval y, por lo tanto, en la de España.

Siguiendo la línea marcada desde un principio, a esos retazos importantes de nuestro acontecer naval a lo largo de aquellos años, vitales para nuestra permanencia como nación independiente, incorporo los necesarios hechos novelescos de mis personajes. La saga familiar de los Leñanza en la que baso estas narraciones históricas ofrece el condimento imprescindible en toda obra para hacerla amena y atractiva al lector.

Luis Delgado Bañón

1. Nueva etapa

Nunca es completa la felicidad del hombre, por mucho que alargue la mano hacia los cielos en permanente deseo. Siempre resta un trecho de resquemor que no somos capaces de eliminar, ramal que se acorta o alarga según el ánimo de cada día. Como repetía mi padre con su habitual sabiduría, esta mudable condición de nuestro espíritu, bien sea a bordo de un buque en la mar o pisando tierra firme de secano, es circunstancia indispensable que ofrece las especias necesarias para evitar la malsana rutina en nuestras vidas. Y viene bien dicho razonamiento en estos días postreros de mi existencia, cuando ataco las últimas singladuras del tornaviaje definitivo con el aparejo maltrecho y las velas rifadas, mientras el cerebro entretiene sus horas anclado en los recuerdos. No son más que dulces o amargas remembranzas, que deseo pasar a estos pliegos desmenuzados con cariño y dolor, como hizo mi querido padre y, antes que él, mi abuelo.

Debo acertar si considero que dichos pensamientos rondaban al temple por mi cabeza, cuando enfilaba los días más calurosos en el estío del año del señor de 1811, momento en el que he de reanudar esta narración impuesta por ley familiar. Se trata de argumentos que no han de quedar en el olvido, sino como enseñanza para las siguientes generaciones. Desde mi regreso a Cádiz a bordo de la fragata mercante *La Candelaria*, habían transcurrido semanas de una serena felicidad. Y recalco el adjetivo porque en mucho se diferenciaba esta etapa de otros momentos anteriores de mi vida, más propios de juveniles encantamientos. Las durísimas experiencias morales y físicas sufridas en menos de un año parecían haber remansado las aguas del alma hasta quedar al ras, sin movimientos nerviosos en ningún sentido, aunque tal condición tienda a decantar el ánimo de la pasión con efectos que tan sólo el paso de los años puede hacer comprender.

Por fortuna, en el palacio de la calle de la Amargura, donde vivíamos con nuestra tía-madrastra María Antonia, a quien considerábamos como madre de

leche, todo se movía en feliz rutina. El matrimonio formado por mi hermana Rosalía y el gran compañero y buen amigo Beto rebosaba felicidad a batientes, con sus dos hijos creciendo en salud. La prima Cristina, alzada en mujer de esplendorosa belleza, serenaba por fin el ánimo hasta la normalidad absoluta, mientras pensábamos en su necesario matrimonio. Y en cuanto a mi propia familia, podía dar gracias a los cielos día y noche de que hubiera regresado a la más placentera tranquilidad. Mi santa mujer, Eugenia, había sabido perdonar la penosa infidelidad o locura enhebrada con aquella joven de sangre escocesa, al punto de admitir como propia la hija nacida del pecado, que hiciera morir entre sangre de parto a la dueña de la pasión. Si por un lado mi hijo Francisco, a quien todos apodaban *Pecas* en honor del querido tío Santiago, se mantenía en torbellino irrefrenable a punto de cumplir los tres años, la dulce y pequeña María se abría al mundo como nuestra más querida hija y sin mostrar la cabellera rojiza que me hiciera perder el norte durante varios meses.

Como decía María Antonia, debía dar gracias a todos los santos por haber recibido tal cantidad de bendiciones, no siempre merecidas. Y esa era la felicidad que se abría a chorros serenos, porque tras un año más cercano a aquellarre de sentimientos y sucesos de todo tipo, la sangre se había remansado hasta dejar surcos de amor recobrado. Jamás atisbé reproche alguno en Eugenia por mis execrables actos, si como tal pueden ser considerados los desvaríos amorosos que una indomable tramontana nos impone a veces en azote de pasión. Por el contrario, mostraba un exacerbado cariño por la niña adoptada con manifiesta y secreta ilegalidad, como si hubiera crecido en su vientre durante nueve meses.

Debo exponer con mi sinceridad habitual que, no obstante, los últimos meses me habían convertido en una persona bien distinta, como si la fruta más preciada del jardín hubiese madurado en pocos segundos al ritmo de un golpe de calor. Ya no era aquel oficial de la Armada apodado *Gigante* por sus recias hechuras y fornida musculatura, dispuesto a salir avante con el juanete por montera. Amaba con sosiego, me movía sin prisas y analizaba los actos de todos con benigna generosidad. Pero en balance adecuado, crecía la pasión amorosa por Eugenia en su aspecto más carnal, como si hasta el momento hubiera entretenido nuestros contactos más íntimos en juegos de flores. Aunque no lo declarara a nadie ni bajo tortura de la Santa Inquisición, cuando entraba en los espasmos del placer conyugal todavía aparecía a lo lejos el rostro de la joven Audrey y su cabellera bermeja, llegando a creer que desde los cielos me enviaba señales para aumentar la felicidad.

La pérdida de mi ojo izquierdo meses atrás, producto del desdichado rebote de una bala mosquetera francesa cuando dábamos fin a la epopeya cántabra, en nada me afectaba física o mentalmente. Recordaba el vaciado del globo ocular y el necesario cosido de los párpados como una navegación más por aguas turbulentas, con arribada a puerto sin mayor novedad. Ya me había habituado a observar en el espejo el parche negro elaborado por Okumé, cuya cinta cruzaba la cara. Sabía que por el vecindario era conocido como *el tuerto del palacio*, pero aquellas señales aumentaban mi orgullo como otros hombres de mar mostraban sus extremidades en madera, una ofrenda más del servicio prestado a la patria.

De todas formas, aparecía desde el primer momento una frase que me rondaba entre sueños como enjambre de abejas. Los acaecimientos vividos desde que partiera de Cádiz al mando de la corbeta *Mosca*, hasta rendir tornaviaje a la bahía gaditana un año después, hacían necesaria la pertinente aclaración de mis acciones ante los mandos de la Armada. Era consciente de que, tras haber perdido la corbeta, me hacía acreedor al preceptivo consejo de guerra en aclaración de conductas, tal y como se previene en las Reales Ordenanzas. No obstante, era tal el cúmulo de hechos positivos en mis actuaciones a lo largo de aquellos meses, antes y después de la mortal varada del buque bajo mi mando, que, como alegaba mi cuñado Beto, el capitán de fragata Adalberto Pignatti, era acreedor a una proposición de ascenso más que merecida. Y así me lo repetía una y otra vez, para apaciguar las aguas mentales.

—No manejes más esos negros pensamientos, *Gigante*. Hasta es posible que con el batiburrillo legal en el que andamos metidos por estos días, te sea concedida la exención del consejo de guerra. Y no sería el primer caso, puedes estar seguro.

—El general Gravina, al mando de la escuadra del Mediterráneo, dispensó a mi padre de dicho trance, tras el hundimiento del navío *Triunfante* en la bahía de Rosas. Pero se trata de casos excepcionales que, en verdad, se deben evitar. Y no creas que temo presentar con datos precisos mi conducta ante un tribunal. Nada he de reprocharme sino muy al contrario.

—Estoy de acuerdo. El conjunto de ese año bien merece alguna recompensa, aunque en estos días pocas se distribuyan por actos heroicos habidos en la mar, mientras se reparten a cientos por ligeras escaramuzas en tierra. Pero no debes olvidar que el general don Cayetano Valdés te conoce bien desde que le llevaras el secreto correo a Cartagena, para que no entregara los buques de su escuadra a los franceses.

—Esos detalles no deben omitir lo que se prescribe en las Reales Ordenanzas, que para algo han de marcar nuestras actuaciones. Ya te digo que mostraré ante el Tribunal mis actos con orgullo y honor. Y llegado el caso, te nombraré para que defiendas mis actuaciones ante el Consejo.

—¿Defenderte yo? —El rostro de Beto expresaba incredulidad y cierto temor—. Por favor, amigo mío, lanza tus dardos en otra dirección. Sabes que mucho te aprecio y me mantuve a tu lado durante meses en el hospital ferrolano, mientras navegabas cercano a cruzar la definitiva raya, pero nada sé de leyes.

—No habrá consejo de guerra, sino merecido ascenso al empleo de brigadier. Lo que debe conseguir con rapidez es el mando de un buen navío, señor, que nos lleve hacia las Indias en vuelo de alcatraz.

Era Okumé quien entraba en la conversación con la confianza otorgada. Miré con cariño hacia el buen africano de piel negra como brea de calafate, cuya manumisión consiguiera mi padre a temprana edad. Había sido compañero de juegos y diabluras en los primeros momentos hasta convertirse, con el paso del tiempo, en persona inseparable y de mi absoluta confianza, como un miembro más de nuestra familia. Siempre pegado a mi casaca, debía actuar como secretario, consejero o incluso cual simple criado particular, llegado el caso de necesidad para ocupar plaza en los buques de la Armada. La verdad es que a bordo había rendido servicios como criado, secretario, galeno, cocinero, patrón de lancha y cualquier menester que correspondiera a mi persona. Y ya era mucho lo que le debía, que el africano recio y fortachón había salvado mi vida al rescatarme de las aguas tras la terrible explosión sufrida a bordo del navío *Real Carlos*, así como algún tiempo después a bordo del bergantín *Penélope*, evitando mi inminente caída al mar cuando el inesperado huracán antillano nos desplumara a muerte. Todo ello sin olvidar su desvelo y permanente atención cuando todos me daban por muerto meses atrás, víctima de aquel tabardillo de pintas coloradas^[1], que me hizo rodar por la ladera de la tumba.

—Mal se manejan estos tiempos para conseguir mando de navío porque pocos son los capaces de salir a la mar. Me conformaría con una fragata, aunque también se trate de un sueño con escasas posibilidades de fructificar.

—Y yo con el mando de cualquier embarcación, aunque se trate de una tartana del comercio —mi cuñado entraba en chanza—. Habláis de mandos de fragatas y navíos como queso de estera, sin pensar en el pobre Beto. Nadie tan desgraciado como yo en estos años. Tras mucho lidiar en secretarías de polvo y sello, me conceden el mando del bergantín *Palomo*. Pero con esta negra

suerte largada desde las nubes sobre mis hombros, unos pocos días antes de tomarlo se pierde contra las piedras en la ría de Vivero.

—No protestes, que suerte tuviste en salvar el pellejo. Fue terrible la mortandad entre el bergantín *Palomo* y la fragata *Magdalena*. Más de quinientos hombres perdidos. Ya puedes dar gracias a Dios.

—En efecto. Naufragar en la *Mosca* y el *Palomo* en cosa de semanas y estar aquí para contarlo, bien merece una novena en rodillas a todos los santos. Pero ya está bien de que todas las desgracias se amadrinen a mis costras. Lo que deseo de una putañera vez es el mando de un buque, aunque se trate de la balandra más miserable del puerto.

—Ha sido un año de tintes negros, que ha de voltear más pronto que tarde —enfaticó Okumé—. Todo regresará a la normalidad. Don Santiago recibirá el mando de una hermosa fragata y don Beto el de una corbeta.

—Como dices —insistía Beto con falso enfado—, *Gigante* recibirá el mando apetecido, pero el mío se romperá contra las piedras en cuanto sepa que voy a embarcar en él.

—Deja de lloriquear. Debemos dar gracias a los cielos de que en estos días de tanta mudanza y miseria tengamos comida para la familia, cuando muchos de nuestros compañeros no son capaces de vestir casaca maltrecha y mueren de hambre.

—No te falta razón al decir tales palabras. Por cierto, que hemos de girar visita a don Antonio de Escaño —dijo Beto, cambiando el tema de sopetón y entrado en seriedad—. Parece que no corren buenos tiempos para él y de forma más que injustificada. Sabrá aconsejarnos como tantas otras veces.

—Desde luego que le debemos esa visita. Como dices, son preocupantes los rumores que se escuchan sobre su persona, en los que no creo. Mucho le debemos a quien ha sido, sin posible discusión, el mejor oficial de la Armada de los últimos años. Pero antes he de diligenciar mi situación con el mando de la escuadra.

—Cada endemoniado con su tema.

Como siempre he sido de los que gusta tomar el toro por los cuernos, me dispuse a cumplir el trámite que tanto desagrado producía tripas adentro, por mucho que lo negara hacia la galería. Debía aclarar mis actuaciones ante los mandos de la Armada con rapidez, y a ello me dispuse.

* * *

No necesité muchas jornadas para presentarme ante el comandante general de la Escuadra, el teniente general don Cayetano Valdés. De esta forma, vistiendo mi mejor uniforme grande, con los partes precisos de mis actuaciones bajo el brazo y Okumé en el pescante del carruaje, salí de Cádiz con las primeras horas del segundo día de agosto hacia el arsenal de La Carraca, donde, según me habían informado, izaba su insignia el comandante general de la Escuadra del Océano en el navío *San Fulgencio*. Y no necesitamos recorrer mucho trecho por los muelles del recinto para dar con él, ante la escasa proporción de palos altos a la vista.

Cuando atacaba el portalón del navío, sentí una profunda tristeza al comprobar que el comandante general de la Escuadra del Océano, rimbombante nombre para fuerza llegada a mínimos de vergüenza y más nominal que otra cosa, izara su insignia en un navío de dos puentes^[2]. Había sido norma durante muchos años que el general con tan importante mando plantara sus reales en alguno de tres puentes, situación imposible por aquellos días. De los construidos con tales características a lo largo del siglo XVIII, y una vez restados los perdidos en combate o accidente marítimo, al comienzo de la guerra contra el francés todavía mostraban sus galletas a las nubes el *Concepción*, el *Santa Ana*, el *Conde de Regla*, el *Mejicano*, el *Fernando VII*, el *San Carlos* y el *Príncipe de Asturias*. Mientras unos eran enviados a puerto seguro, tomando como tales Mahón y La Habana, el *Concepción* se perdía por los embates de la mar en los temporales de marzo del año pasado y el *Conde de Regla* era desguazado por necesidad de maderas en el arsenal gaditano. ¡Por necesidad de maderas se daba muerte a un navío de tres puentes y 112 cañones! Claro que es fácil comprender la dificultad de alistar un buque, al que correspondían cerca de mil hombres entre sus tablas, con la escasez tan monstruosa de personal, ni marinarlo con la media dotación^[3] ordenada.

Largando los negros pensamientos a la banda con decisión, solicité del oficial de guardia que me recibió en cubierta, ser presentado al comandante general de la Escuadra, si se encontraba a bordo, o al mayor general en su defecto. El joven teniente de fragata, presentado con respeto como Mario Descollar, me contestó con cierta desgana y escasa vitalidad.

—Ambos se encuentran reunidos en la cámara del general, señor. Por otra parte, el comandante del buque ha debido asistir a una reunión con el comandante general del arsenal.

—Pues hágale saber al general Valdés que el capitán de navío Santiago Leñanza desea mostrarle sus respetos.

Dudó el joven con dejadez y cierta indiferencia, hasta que mi voz tronó de forma inesperada.

—¿Se le ha helado la sangre en las jodidas venas, Descollar? ¡Mueva el culo de una putañera vez y cumpla mis órdenes, por los cuernos del sultán!

Aunque no era forma acostumbrada moverme con tales modos en terreno ajeno, sentía cómo el vinagre campaba a sus anchas por mis tripas ante tamaña indolencia. Por fortuna, el rebencazo moral surtió apropiado efecto y el apocado oficial pareció entrar en cuerdas, apresurando sus pasos hacia popa.

Poco después era invitado a la cámara del general, que atacó con decisión sin esperar un solo segundo. Y en efecto, don Cayetano Valdés despachaba con un brigadier desconocido para mí que, tras una ligera indicación de su jefe, tomaba los pliegos para dejarme en soledad con el general.

—¡Por todos los cristos, Leñanza, que mucho me alegro de verlo una vez más! No todas iban a ser malas noticias en esta desastrosa mañana, aunque sea norma general y repetida por estos días.

Valdés abandonó su asiento con agilidad, para llegar hasta mí y ofrecerme un inesperado y efusivo abrazo. Pero tuve tiempo de observar su figura, inalterable con el paso de los años. Lo había conocido por primera vez cuando mandaba la escuadra de Cartagena a bordo del navío *Reina Luisa*, posteriormente renombrado como *Fernando VII*. En los más cruciales momentos de 1808 había hecho de extraordinario y secreto correo de parte del general Escaño, por entonces miembro del Almirantazgo, para entregarle en mano unos pliegos donde se le explicaba la necesidad de desobedecer las órdenes recibidas de Murat y, en vez de pasar con su escuadra a Tolón, donde habría quedado en manos francesas, lo hiciera a Baleares o el puerto que considerara adecuado.

Era don Cayetano Valdés un personaje que, desde el primer momento allá en Cartagena, me había entrado como suave brisa por barlovento. Creo que pocas veces me han fallado a lo largo de esta azarosa vida esas impresiones muy favorables al primer vistazo. De regular estatura y magro de carnes, destacaba por encima de otras consideraciones la especial afabilidad de su rostro, en comba de bondad y con una media sonrisa permanentemente prendida en sus labios. Pero también descollaba por largo su nariz aguileña, afilada en gancho como uña de bichero. Moreno de ojos y cabello, aunque éste comenzara a ralearse a la vista, aparentaba una resolución que insuflaba fuerzas supletorias a quienes con él trabajaban.

—Quedo a las órdenes de Vuestra Excelencia, señor general.

—Tome asiento, Leñanza, y deje de lado el excelso protocolo. En primer lugar y porque queda a la vista, siento que haya perdido un ojo.

—Gajes del oficio, señor.

—Tuve noticias tuyas a través de un inesperado correo del almirante portugués Marques, con mando en Lisboa, en muy elogiosas circunstancias para usted. Me narraba el apresamiento de un bergantín francés, su estado y posible reparación como presa española. A partir de ahí tan sólo me han llegado noticias corridas en prendas, como su paso por el cañonero *Estrago*, gracias a la publicación en la Gaceta de su hazaña, más propia de increíble epopeya. Hace poco más de un año que abandonó Cádiz y debe haber sufrido buen número de situaciones.

—En efecto, señor. Por orden del comandante general de la Escuadra y antecesor suyo, don José María de Villavicencio, me hice a la mar el último día del mes de julio del pasado año al mando de la corbeta *Mosca*, encuadrado en la división del contralmirante Traylor, para escoltar a los buques que pasaban a situación de desarmo en Mahón y cumplir a la vez transporte de prisioneros. Llevamos a cabo la comisión sin novedad. Pero de acuerdo a otras instrucciones del Consejo Supremo de Regencia, en el puerto menorquín se me indicó la necesidad de transportar tropas españolas a Lisboa. El almirante británico fue quien decidió el monto total de hombres a embarcar en cada buque, así como los puertos de destino.

—Eso lo sabía al punto por noticias recibidas de Traylor. Un buen hombre al que siento haber perdido.

—¿Le ha sucedido algo? Me unía una buena y larga amistad con él.

—Quería decir que abandonó estas aguas al ser requerido por su Almirantazgo. Desconozco el puesto al que haya podido ser asignado. Una verdadera lástima porque hablaba de forma magnífica nuestro idioma y ya se había habituado a trabajar con nosotros. Pero continúe con su narración, por favor.

—También yo siento que se haya marchado. Espero que consiga algún gallardete en la mar como era su deseo, aunque poco confiaba en sus superiores. Pero siguiendo con mi historia de este último y largo año, señor, pocas millas antes de arribar a Lisboa avisté a dos bergantines franceses. Conseguí embaucarlos con la manida treta de buque con aparejo en merma, e hicieron por mí sin dudarlos a las bandas. Por fortuna pude virar a tiempo de entrarle a uno solo de ellos a tocapenoles y barrer su cubierta con nuestra primera andanada cargada con doble bala, más el importantísimo concurso de

los ochenta fusileros del Ejército en situación de transporte. Nos favoreció la suerte en troneras porque rindió el palo mayor al tocón con mucha sangre en cubierta y arrió su pabellón con rapidez.

—Eso me comentó el almirante portugués. ¿Y el otro bergantín?

—Al comprobar el destrozo sufrido por su compañero, izó a los vientos hasta la última pañoleta de sus oficiales y nos ofreció la popa en espuma. Fue una pena no hacer doblete pero, como sabe, navegaba con media dotación, razón por la que había doblado la artillería a una banda. De todas formas era muy velero y no le habría dado alcance, con el inconveniente añadido de no poder dejar el rendido con una mínima dotación de presa. Y debo recalcar la importancia que supuso el valeroso concurso de los soldados del Ejército, que cumplieron con su deber muy por alto, como expreso en los informes separados que acompaño en el parte. Al día siguiente entré en Lisboa, donde reparamos algunos desperfectos ligeros y entregué el bergantín gabacho a las autoridades portuguesas. Ya me comunicó el almirante Marques que se pondría en contacto con los mandos de nuestra escuadra, a los pertinentes efectos legales de la presa.

—Así es y se incoó el preceptivo procedimiento. Pero ya sabe cómo se cuecen esos garbanzos duros en tiempos normales, con lo que es fácil imaginar su proceso en estos días.

—Lo comprendo, señor.

—Bien, continúe —Valdés mostraba su interés a las claras—. Salió de Lisboa...

—Ahí comenzó la nube negra, señor, y de qué forma. A los dos días de abandonar Lisboa sufrimos un temporal terrible del sudoeste, con barbas negras a la ronza. De todas formas conseguíamos sortear las olas montañosas, aunque puede imaginar que con media dotación no sobra a bordo un suspiro.

—Lo comprendo y todos somos conscientes de que es vergonzoso hacer salir los buques a la mar en tan penosas condiciones.

—Atravesábamos como podíamos la madeja, capeando en duro. Por desgracia, una de aquellas olas gigantescas se llevó la pala del timón al completo entre sus bigotes.

—¿La pala completa? Esa sí que es una desgracia de muerte, metido en temporal.

—Como es fácil imaginar, señor, habríamos intentado una espadilla^[4] de fortuna, en caso de disponer de tiempo suficiente y mar templada a la baja. Gobernaba con los picos de proa y popa aunque, en verdad, eran las olas quienes mandaban en la orquesta. Y para colmo de males, mar y viento nos

lanzaron contra las islas Berlingas, como depositadas por Satanás en nuestro camino.

—¿Las Berlingas? Poco abrigo se puede encontrar en ellas.

—Y menos con mar alzada en ampollas. Conseguí librar las Estellas por milagro, pero acabé varando a golpe de muerte contra la Berlinga grande. Allí quedó la pobre corbeta *Mosca*, destrozada contra las piedras.

—¿Perdieron muchos hombres? —el general entonaba con tristeza.

—Cincuenta que intentaron ganar las arenas en jangadas^[5] y fueron lanzados contra las rocas. Por inesperada gracia del cielo, cuando ya el resto intentaba la misma maniobra, apareció una goleta británica, la *Sunset*, que hizo por nosotros. Pero tras comprobar la imposibilidad de ofrecernos un remolque, que también ellos se jugaban el pellejo, dos marineros de la *Mosca* se lanzaron al agua con una guía amarrada en la cintura. Uno de ellos llegó al buque inglés y largamos un cable que cobraron desde la toldilla de la goleta. Milagrosamente conseguimos salvarnos 38 hombres. De los oficiales de guerra tan sólo se perdió el guardiamarina Monteagudo, a cuya familia ya escribí un recado de condolencia. Y a resaltar la pérdida del contraamaestre don Sebastián García, un personaje extraordinario que se entregó hasta el último momento con un valor digno del mayor elogio.

—Una tristeza más en un año de grandes adversidades. ¿Dónde los llevó esa goleta?

—Navegaba en demanda de su base, pero como necesitaba aguada de emergencia, lo convencimos para que entrara en la ría de Vigo. Allí nos encontramos con el bergantín *Palomo*, del que precisamente debía tomar el mando mi cuñado, el capitán de fragata Pignatti, embarcado en la *Mosca* como correo de la Regencia. Transbordamos a él de momento, pero cuando fondeó en la ría la fragata *Magdalena*, me puse a las órdenes del capitán de navío Zarauz, al mando de las unidades navales que tomaban parte en esa expedición cántabra...

—Una maldita y estúpida expedición, que nos costó más de 500 hombres en unos días que ninguno sobra —entonó Valdés con acritud.

—En efecto, señor. El pobre Zarauz me ofreció comandar la flotilla de cañoneros en la nombrada expedición, lo que acepté sin dudarle. Pensé en presentarme a la autoridad de Ferrol por la pérdida de la *Mosca*, pero el mismo Zarauz me recomendó dejarlo para más tarde.

—Hizo lo correcto.

—Ya sabe cómo se corrió aquella expedición con el fracaso de Santoña. A causa del inesperado temporal, se perdieron todos los cañoneros menos el

Estrago, donde me hallaba embarcado. Gracias a la pericia de su comandante, el alférez de navío Aguiar, evitamos puertos y ensenadas ocupadas por los franceses, que nos esperaban fusil en mano, hasta que tomamos el fondeadero de Elanchove en Vizcaya. Saltamos a tierra y...

—Y comenzó ese tornaviaje milagroso por todo el norte de España —ahora Valdés sonreía de excelente humor—. Tuve conocimiento al detalle por lo publicado en la Gaceta. Una heroicidad difícil de creer.

—Y todo se habría movido en coro de ángeles si, cuando ya nos encontrábamos en la provincia de Lugo, no hubiéramos sido atacados por una columna francesa. Conseguimos escondernos en el bosque, pero una bala mosquetera debió rebotar en una piedra y me entró de lleno en el ojo.

—Sí que es mala suerte, después de tan duro y trabajoso regreso.

—Fui transportado a Ferrol, en cuyo hospital me extrajeron el globo ocular, o lo que de él quedaba, y me cosieron los párpados. Pero me encontraba en franca recuperación cuando fui atacado por la peor de las mareas. Enfermé de tabardillo de pintas coloradas.

—¿Un tabardillo de pintas? ¡Por los clavos de Cristo! Una buena retahíla de desgracias concatenadas. Pocos superan esa enfermedad.

—Así es, señor. Creo que me dieron por muerto en más de una ocasión, pero entre mi personal fortaleza y la ayuda de los cielos conseguí superarlo, aunque necesitara varios meses para cubrir tal empresa. Cuando nos fue posible, embarqué con mi cuñado en una fragata mercante con destino a Cádiz.

—Ha sufrido en un año terribles experiencias de mar y tierra, que muchos no alcanzan a soportar a lo largo de toda una vida. Me alegro mucho de que se encuentre repuesto y en forma, y lo felicito por todas las acciones que me ha narrado, una por una. No se equivocaba el general Escaño una mota al hablar de usted.

La inquietud se agigantaba en mi pecho por desear atacar el meollo principal de la cuestión. Y a ella me lancé sin velos.

—Los partes relativos a la actuación de la flotilla de cañoneros en la expedición cántabra, pérdida del cañonero *Estrago* y tornaviaje terrestre fueron entregados por el alférez de navío Aguiar, en mi nombre, al capitán general de Ferrol, como era obligado, mientras deliraba en el hospital de Dolores. No obstante, aquí traigo —señalé un legajo amarrado con balduques rojos que no soltaba de mi mano— el parte correspondiente a la pérdida de la corbeta *Mosca* bajo mi mando, que deberá ser examinado por los miembros del consejo de guerra que nombréis a tal efecto para...

—¿Consejo de guerra? —el general barrió con la mano por delante de su rostro, como si deseara espantar un molesto moscardón—. Olvídense de tal providencia. Leeré con gusto su parte y será archivado como corresponde en la Mayoría General de la Escuadra. Pero no ordenaré formar consejo en aclaración de conductas a causa del hundimiento de la corbeta bajo su mando, porque las circunstancias quedan bien a las claras con su exposición. En estos días no disponemos de personal ni tiempo para esos menesteres, a no ser que se muestren en los actos alarmantes negligencias personales. Y no sólo no es ése su caso, Leñanza, sino que elevaré un informe personal a la Secretaría de Marina, proponiendo su inmediato ascenso al empleo de brigadier. Una sola de las diversas acciones que me ha nombrado sería merecedora de tal privilegio.

—La verdad, señor —mi pecho parecía llenarse de espuma blanca a borbotones—, mucho le agradezco sus palabras y es un gran honor para mi persona...

—Debo serle sincero, Leñanza. Pocas de las proposiciones de ascenso que elevo a la Secretaría son aceptadas en estos días, como si los miembros de la Armada fuéramos culpables de esta sangrienta guerra. Para ascender es preciso guerrear por esas tierras de España, como ha sucedido a muchos de nuestros compañeros. Pero esa cuestión queda por fuera de nuestra esfera y debemos contentarnos con lo que hay, muy poca lana a cortar.

—Ya he escuchado que la situación en la Armada no mejora una pulgada.

—Y ha escuchado bien. El pueblo se siente todavía enfervorizado desde que el 24 de septiembre del pasado año se instalaran las Cortes Generales y Extraordinarias. Mucho se trabaja en la tribuna, aunque se escuchen los cañonazos franceses que sitian la ciudad. Aspiramos a implantar las formas de gobierno más avanzadas entre los pueblos libres que, según comentan algunos dignatarios extranjeros, llenan de admiración a Europa. Sin embargo, y en cuanto a la Real Armada, las unidades se pierden y ni siquiera se piensa en construir una sola falúa. Muchos hombres pasados a cuartel mendigan con desdoro para subsistir. Y los atrasos de las pagas son tan alarmantes que algunos oficiales ni siquiera disponen de uniforme para prestar servicio con una mínima dignidad. Pero ya habrá escuchado esta cantinela de forma más que repetida.

—Así es, señor. Esperemos que nos sea posible derrotar a los franceses cuanto antes y podamos encarar una nueva época.

—Es posible que acabemos por derrotar a los franceses, porque no creo que el emperador Bonaparte pueda mantener tantos hombres de forma

permanente en la Península. Conquistar España y, de forma especial, permanecer en ella con dominio no es el paseo militar que ha disfrutado en otras partes del continente. Y en cuanto retire un número apreciable por necesidad de actuar en otros escenarios europeos, condición que llegará más pronto que tarde, les saltaremos al cuello. Pero no soy tan optimista sobre el porvenir de nuestra Armada —entristeció el semblante—, en verdad que no lo soy.

Creí entrever cierto tono de desesperanza en sus palabras, aunque no comprendía bien a qué se refería. Quedamos en silencio unos largos segundos, mientras el general miraba hacia sus manos, como si allí se encontrara la solución buscada a tantos problemas. Por fin elevó la cabeza, al tiempo que forzaba una media sonrisa.

—Lo que mucho siento comunicarle, Leñanza, es que de momento ha de quedar en situación de cuartel sin remedio. Pero hombres como vos no deben andar mano sobre mano. Le prometo que en la primera ocasión posible, le buscaré un hueco allá donde pueda.

—Lo comprendo y agradezco sus palabras, señor.

—Descanse algunas semanas, que bien se lo tiene merecido.

—Aprovecharé para visitar al general don Antonio de Escaño, a quien tanto debo y aprecio.

—El pobre anda en horas bajas sin merecerlo, desde que las Cortes nombraron una nueva Regencia.

—¿Una nueva Regencia? Nada sabía.

—Parece ser que el tabardillo le hizo quedar corto de noticias —volvió a sonreír—. Aparecieron ciertas discrepancias entre las Cortes y algunos miembros de la Regencia, que presentó su dimisión. Se nombró una nueva formada por tres miembros, dos de ellos de la Armada; el jefe de escuadra don Gabriel Ciscar y el capitán de fragata don Pedro Agar por su condición de indiano, que tanto pesa en estos días. Pero como tiene confianza suficiente con don Antonio, él le explicará los pormenores sufridos con todo detalle.

Entendí que el general Valdés daba la conversación por terminada, por lo que rematé el cuadro.

—No quiero entretenerle más, señor. Le agradezco todo lo que ha hecho por mí.

—No ha de agradecerme nada, Leñanza, que bien se lo ha ganado día a día. Parece que la historia se repite —forzó una nueva sonrisa—. Me encontraba en la escuadra del general Gravina, cuando su padre admiró a todos con sus maniobras en la bahía de Rosas, aunque acabara por perder el

navío *Triunfante* en la arena. También fue exonerado del consejo de guerra. Era un gran hombre —por fin, el general abandonó el asiento—. Vaya con Dios, Leñanza. Y no crea que largo palabras al viento. En cuanto tenga un hueco digno de sus aptitudes, le llamaré para prestar servicio.

—Aunque peque de inconveniencia, señor, también deseaba hablarle de mi cuñado, el capitán de fragata Adalberto Pignatti. Tras muchos meses en los despachos a la sombra de don Antonio de Escaño, consiguió el mando del bergantín *Palomo*, como le he narrado. A pesar de ser un buque de inferiores características a su empleo, estaba encantado por ser su primer mando de mar. Y ya sabe el resultado. Ahora se encuentra pasado a cuartel y con las esperanzas rotas.

—Desde luego, es un caso de mala suerte, aunque haya sobrevivido a dos naufragios en pocas semanas. También lo tendré en cuenta, puede estar seguro. Pero ya sabe cómo se mueven los destinos hoy en día, con gran escasez de unidades y demasiados oficiales superiores. Vaya tranquilo y disfrute de un merecido descanso.

—Muchas gracias, señor.

Como es fácil suponer, abandoné el navío *San Fulgencio* ligero de alas y con los pensamientos alzados en nubes de gloria. La losa que tanto pesaba sobre los hombros, había sido aliviada en escasos segundos con gran alegría por mi parte. Sabía que debería andar en forzada tregua por un tiempo indeterminado, pero una voz en el interior aseguraba que debía confiar en el general Valdés, un gran hombre que pocas veces fallaba en sus promesas. Y a esa voz me aferré con garfios de esperanza.

2. Una triste visita

Las noticias recibidas en mi entrevista con el comandante general de la Escuadra corrieron por el palacio de la calle de la Amargura como si se tratara de bendiciones papales, especialmente para Beto y Okumé, que batían palmas al considerar que todo el pescado llenaba las redes. Por mi parte sentía una profunda felicidad al haber dado carpetazo a un buen número de incógnitas, no exentas de preocupaciones, y con la posibilidad de promoción al empleo de brigadier. Aunque en verdad no la atisbaba como cierta en aquellos días de mudanza, por mucho que lo deseara sin mostrarlo a las claras, todos en casa lo daban cual hecho probado. Y así me entraban en alabanzas y felicitaciones anticipadas.

—Por si acaso, señor —aseguraba Okumé con seriedad—, debería encargarse un par de casacas de orden con las nuevas vueltas^[6]. Ya tengo ganas de verle caminar con la plata reluciendo a banda y banda.

—Nada de eso, africano —espetó Beto, alzando sus manos con el espanto reflejado en la cara—. No hay mayor desgracia en la carrera de las armas que adelantar futuras enseñas en el uniforme, antes de recibir el correspondiente previene de la Secretaría. El ascenso se producirá pronto, pero más vale esperar.

—No sabía a don Beto creyente de esas supersticiones, que tanto denuesta cuando yo las pronuncio.

—Porque las tuyas son paganas —Beto reía con su habitual buen humor.

—¿Pero cómo han de negar en la Secretaría de Marina una propuesta de ascenso, elevada por el comandante general de la Escuadra? —insistía Okumé con abierto enfado en sus palabras—. ¿De nada sirven los actos de extremo heroísmo? Ya lo propusieron tras el hundimiento de la fragata francesa en las islas Azores, sin respuesta hasta el momento, que si las mentes cuadraran en ley, don Santiago debería ya ceñir la faja^[7].

—Tasca el freno del carro, africano —entró Beto en guasa—. Lo que tú quieres es ver a tu señor con la faja y yo de capitán de fragata por el resto de mi vida.

—Dejad tanta estupidez, que de poco nos sirve. No creo que se conceda ese ascenso en algunos meses, si es que me alcanza por fin en alguna ocasión. Por desgracia, así es la norma seguida en estos días. Y poco me importa, os lo aseguro. Lo que deseo es salir a la mar y, a ser posible, al mando de una fragata, porque los navíos se cuentan con los dedos de una mano.

—¿Nada te especificó el general Valdés en ese sentido? —preguntó Beto por segunda o tercera vez.

—Qué pesado eres, Pignatti. Te he repetido sus palabras una y mil veces, pero no escuchas. Valdés asegura que me hará llamar, cuando se le presente un hueco a la vista, aunque nada podemos anticipar sobre el destino que puede abrirse por el horizonte, si es que aparece. Ni él mismo, probablemente, pueda saberlo por ahora. Y también tendrá en cuenta tus aspiraciones.

—Espero que no sea para cubrir destino en una mayoría general en tierra. Juro por todas los jenízaros de Argel y sus putorronas madres que ya me conozco ese papel hasta la raya fina.

—Bueno, tracemos el fin de esta conversación, que a nada conduce, y preparemos la visita que debemos girar a don Antonio de Escaño. Según parece, se encuentra retirado de todo ejercicio profesional en su posada y con delicado estado de salud.

—Era de esperar porque trabajaba veinte horas al día y no seguía ninguna de las indicaciones del galeno. Ya tuvo achaques de cierta importancia cuando me mantenía a su lado, en especial algunos retoques nerviosos y perlesías de bajo cuadro.

—En ese caso debemos pasar a la acción sin pérdida de tiempo. Okumé saldrá ahora mismo hacia la posada de don Antonio para preguntarle cuándo conviene mejor a su estado y ocupaciones que le ofrezcamos visita.

—Me parece perfecto.

—¿Dónde he de llevar ese recado, señor? —preguntó Okumé.

—Tras hablar con el general Valdés, debí pasar por la Mayoría General de la Escuadra y contonear por decreto. Al tiempo que notificaba mis datos personales, situación y ese tribulaje inútil al que nos someten para pasar a cuartel sin un real de asignación, pregunté por la dirección del general. Don Antonio vive, muy modestamente según creo, en la calle Cuartel de la Marina y Garita de la Escalerilla número 6, a pocas varas de la plazuela de las Cuatro Torres. También a escasa distancia de este palacete, por cierto. Como

supongo que el fiel criado Bernardino seguirá en su puesto, si no ha muerto —me giré hacia Okumé—, deberás hablar con él en el sentido expuesto.

—De acuerdo, señor. Salgo para allá a la carrera ahora mismo.

Okumé se movía en dirección a la puerta, cuando le largué la última prevención.

—Como Bernardino nos concede mucha confianza y sabe de nuestra lealtad al general, pregúntale por su estado con cierta confidencialidad. Y no me refiero solamente al físico sino a...

—Comprendo lo que desea, señor. Traeré las noticias en un santiamén.

Partió Okumé con el encargo, mientras Beto y yo nos acercamos a charlar con las mujeres. Fue entonces cuando María Antonia nos informó de un recado llegado a sus manos aquella misma mañana.

—Por cierto, Santiago, he recibido una cortés nota, recabando permiso para visitarnos. Por lo visto, se trata de un amigo tuyo.

—¿Un amigo? —me extrañó aquella forma de comportamiento. La verdad es que disponía de bastantes amigos, la mayoría compañeros de la Armada. Pero esos llegaban a nuestra casa sin petición de recibo ni especial protocolo—. ¿De quién se trata?

—El capitán..., perdona pero he de comprobarlo porque lo he olvidado —María Antonia tomó de su escritorio un pliego doblado a cuartas, para pasar a leer su contenido—. «El capitán de la Real Infantería portuguesa don José Luiz Lopes de Moura solicita autorización de recibo a la excelentísima señora duquesa viuda de Montefrío, con objeto de saludar a su buen amigo el capitán de navío Santiago de Leñanza, conde de Tarfí».

—¿Pepe? ¡Vaya por Dios! —exclamé de excelente humor—. Por fin cumple su promesa y nos visita en Cádiz. Una más que agradable sorpresa.

—¿Quién es el tal Pepe y por qué utilizas esa castiza denominación para dirigirte a él, si se trata de un oficial portugués? —preguntó Rosalía.

—Bueno, es medio español por parte de madre, pero un personaje extraordinario. Nos hicimos muy amigos a bordo de la corbeta *Mosca* durante mi comisión a las islas Azores, donde su concurso fue de vital importancia para hundir aquella fragata francesa. Tiempo después también coincidimos en Lisboa.

—Un personaje muy simpático y excelente anfitrión —medió Beto—. Nos hizo pasar unas muy agradables veladas en su tierra, cuando tocamos Lisboa para entregar el bergantín apresado a los portugueses y reparar la *Mosca*.

—Por cierto, Cristina —me dirigía a mi joven prima—, que es un oficial apuesto, muy divertido, de excelente familia y con mucho éxito entre las mujeres.

—Ya os dije que no me busquéis pretendientes, como si me encontrara de venta en feria de ganado —protestaba la joven en falsete.

—Pues con tus diecinueve años bien cumplidos, es llegada la hora de que pienses en el futuro con responsabilidad, niña —alegó María Antonia.

—Debes tener en cuenta, querida prima —insistí, ahora entrado con seriedad—, que eres la única descendiente de la casa ducal de Montefrío. Y no debería quedar sin descendencia tan importante linaje español.

—¿Y si decido entrar en religión? No podréis oponeros a los designios del Altísimo, bajo pena de dura penitencia —la joven mostró una sonrisa pícara, al tiempo que marcaba preciosos hoyuelos en sus mejillas.

—¡Niña! No se bromea con esos temas —también yo sonreía por la inesperada salida.

—Además, si muero sin descendencia, primo Santiago, el mayorazgo pasaría a ese saltimbanqui endemoniado de tu hijo Pecas, si es que la humanidad consigue sobrevivir a sus fechorías. De esa forma, volvería a detentar el ducado de Montefrío un personajillo con el mismo apodo que el anterior.

—Parece mentira que hables de entrar en religión, precisamente tú —saltó de nuevo su madre, sorprendida—. No lo parecía cuando aceptabas el requiebro de cualquier jinete en los paseos por el Prado.

—Esa es época pasada de la que prefiero no acordarme. Casi le cuesta la vida a mi querido Santiago. Sin embargo —parecía pensar mientras se abría en sonrisas—, estos portugueses parece que son fieles aliados en estos días. ¿Decías que ese Pepe era buen mozo, primo?

Todos reímos la salida de la joven. Pero no crean que por mi parte desechaba la idea ni lanzaba palabras sin cuento. En verdad que consideraba a Pepe un adecuado candidato para mi querida prima, por mucho que las mujeres le atrajeran en demasía. De esta forma continuamos hasta que, media hora después, regresaba Okumé con el rostro sombrío, lo que pocas noticias buenas parecía albergar. No esperé para entrarle en pesquisas.

—¿Hablaste con Bernardino? ¿Cuándo podemos visitar a don Antonio?

—Todo resuelto. Les espera esta misma tarde, si a bien les acomoda.

—¿Qué te ha contado Bernardino?

—Nada que no pudieran ver mis ojos, señor —el rostro de Okumé se entristecía más, conforme avanzaba su narración—. Cuando hablaba con el

criado, entró el mismísimo don Antonio donde nos encontrábamos y me saludó de forma efusiva —se mostraba orgulloso por el trato recibido—. Es un buen hombre nuestro general, aunque quedé muy mal impresionado de su aspecto. Creo que ha transcurrido solamente un año desde que nos visitó a bordo de la corbeta *Mosca* y lo vi por última vez. Pero parece haber envejecido dos lustros al salto. Su aspecto es..., aparenta ser un venerable anciano con escasas fuerzas a disposición. Hasta el tono de su voz ha perdido esa energía habitual. Pero me parece, y entro en opiniones personales, que tanto o más que el aspecto físico, debe andar con la moral muy baja. No me dio tiempo a sonsacar a Bernardino, pero me dijo que su señor había sido maltratado como no merece quien tanto ha hecho por la Armada y por España.

Quedamos sin palabras al escuchar las de Okumé. Por mi parte me recriminaba haber dejado pasar dos semanas desde nuestra arribada a Cádiz sin haber cobrado noticias de persona a la que tan obligado estaba. Pero en verdad que nos movíamos ajenos a las nuevas, que tan desalentadoras parecían presentarse. Al mismo tiempo, un sentimiento de rabia contenida se apoderaba de mí ante lo que consideraba como injustificable comportamiento de tantos. Volví a preguntar a Okumé.

—Entonces podemos visitarlo en su posada esta misma tarde. ¿No te indicaron hora precisa del recibo, como en él es habitual?

—No, señor. Pero al despedirme de Bernardino, me comentó que las seis de la tarde es buen momento porque suele retirarse temprano a su alcoba, casi sin probar bocado.

—¿Sin probar bocado? ¿Por orden del galeno o por falta de...? —no me atreví a continuar la pregunta.

—Pocas viandas observé en la despensa, señor. Debe andar muy corto de caudal y con escasas carnes que echarse a la boca.

—¡Maldita sea esta España desagradecida! —saltó Beto, elevando los puños en amenaza—. Hemos de remediar la penosa situación...

—Debes mantener la calma, Beto —dije con decisión, para templar los ánimos de mi cuñado—. Hay que andarse con pies de plomo si hemos de ayudar a don Antonio, persona muy recelosa de su honor propio. Ya comprendes lo que quiero decir.

—Hay muchas formas de auxiliarle en sus apreturas, si éstas se confirman.

—Ya pensaremos el camino a seguir. Pero ahora lo principal es encontrarnos a las seis en punto en su posada y charlar con él. Dios quiera que

todo sea un error de apreciación.

—Mucho me temo que no sea así, señor, y bien que lo siento —insistió Okumé.

Con el ánimo caído a la sentina, dejamos pasar el resto del día, centrado el pensamiento únicamente en la visita que debíamos llevar a cabo aquella misma tarde. Beto y yo trazamos algunos posibles caminos de cómo deshacer la madeja, cuestión nada sencilla con quien había sido el más brillante oficial de la Real Armada, ministro de Marina con la Junta Central y miembro del primer Consejo Supremo de la Regencia, que consiguió defender Cádiz de los franceses en los momentos más difíciles de la guerra y uno de los más comprometidos de España a lo largo de su historia.

* * *

A las seis de la tarde en punto, golpeábamos con la aldaba de hierro la puerta de la posada del general Escaño. Y debo decir que me sentía extrañamente nervioso, como si atacara función de orden inesperada. Pocos segundos después éramos recibidos por Bernardino, que mostró una amplia sonrisa de satisfacción al reconocernos.

—Buenas tardes, señores, y sean bienvenidos. Mucho me alegro de verles. Don Antonio les espera en su estudio con cierta impaciencia.

—¿Llegamos tarde? —preguntó Beto—. Creíamos que eran las seis de la tarde la hora marcada con su indicación secreta.

—Y así es, señor. Me refiero a que en estos días mucho disfruta el general con visitas de su agrado y, por desgracia, no son muchas —realizó un gesto de pesar—. Pero no perdamos más tiempo y síganme, que debe haber escuchado los golpes.

Seguimos a Bernardino por un estrecho tramo de escalera para acceder a un pequeño recibidor, oscuro y amueblado con severa austeridad. Continuamos por un alargado pasillo, hasta alcanzar una puerta al fondo, batida a cuarterón con cristales opacos. Tocó con suavidad el sirviente, aunque no fue necesaria la petición de recibo al escucharse la conocida voz desde el interior.

—¡Que pasen esos jóvenes sin perder un segundo!

Por fin nos encontramos frente a frente con nuestro querido general. Don Antonio abandonaba con marcado esfuerzo un cómodo butacón, para llegar hasta nosotros y tender abrazo en firme. Atisbé cierta emoción en sus palabras, cuando se dirigió hacia nosotros.

—Bienvenidos seáis a mi posada, muchachos. Bien sabe Dios cuánto que me alegro de veros. Mucho y bueno he oído de vuestras peligrosas aventuras corridas por esas aguas del norte, pero deseo escucharlas en directo y sin sonetos. Para mi desgracia personal, son pocos los momentos de interés que se abren en este viejo cascarón por estos días. Venid, sentaros aquí junto a mí.

Mientras nos movíamos siguiendo sus órdenes, me inundaron sentimientos de profunda tristeza. Porque quien fuera la espada más brillante y activa de la Real Armada en los últimos años parecía haber sido barrido por una tramontana de muerte. Desde que lo viera por última vez, el general había envejecido a ritmo de bombarda. Destacaba su cabello completamente blanco, raleando sin un mínimo gajo de color. Pero también su cuerpo parecía haber menguado en altura y robustez, al tiempo que sus hombros cargaban bolsa chata sin remedio. Pensé para mis tripas que mucho debía haber sufrido aquel hombre en los últimos meses, además de esos retoques nerviosos y tabardillos que le atacaban sin remedio.

Deben saber quienes no hayan leído alguno de mis anteriores cuadernillos que desde el combate sufrido por nuestra Escuadra frente al cabo Trafalgar, tanto la vida de Beto como la mía se habían amadrinado por corto a la brillante carrera del general Escaño. Gran amigo y compañero de mi padre, con quien trabajara a bordo del navío *Príncipe de Asturias* en la jornada del funesto combate, servimos como sus ayudantes en la Mayoría General de la Escuadra hasta la muerte del general Gravina, para pasar con él a la capitanía general del departamento marítimo gaditano. Por último, también lo seguimos con el mismo cometido hasta la Corte, una vez nombrado miembro del Consejo del Almirantazgo.

No acababa ahí nuestra relación con tan ilustre personaje porque, poco después, navegamos a su lado en el periodo de trashumancia al que se vio forzada la Junta Central, en cuyo Gobierno fuera nombrado ministro de Marina. Y por fin, tras el fiasco de Sevilla y la creación del Consejo Supremo de la Regencia, había sido escogido como uno de sus cinco miembros. Todo ese tiempo anduvimos Beto y yo a su lado, salvo ligeras escaramuzas como mis acciones en la toma de la escuadra del almirante Rosily en la bahía gaditana. Y ya andábamos disfrazados de mercaderes para abandonar Madrid a escape, cuando llegó la noticia del éxito del general Castaños en Bailén.

Para bien o para mal, todo eso era agua pasada. Por entonces, don Antonio mandaba y dirigía con mano de hierro, siendo su voz escuchada en todos los foros. Y gracias a su genial previsión, se había mantenido Cádiz como foco

central de la resistencia al francés. Escuché las palabras, lanzadas con su habitual ironía.

—Creo que me observáis como si se tratara de una momia petrificada — intentó enhebrar una sonrisa—. Tened en cuenta que aunque aparente ligereza de cuerdas, bicho malo nunca muere. Pero, bueno, contadme vuestras aventuras, especialmente esos escauceos por la costa cantábrica en la malhadada expedición. Nada sé a fondo de vuestras vidas desde que abandonasteis la bahía, hace más de un año.

Conociendo su impaciencia, nos vimos obligados a narrar con todo detalle lo sucedido desde que abandonamos Cádiz en demanda de Mahón, el combate con el bergantín francés, la entrada en Lisboa, el hundimiento de la corbeta *Mosca* e incorporación a la expedición cántabra del mariscal de campo Renovales. Por fin abordé mi tornaviaje terrestre desde Elanchove hasta Ferrol con la dotación del cañonero *Estrago*, al tiempo que Beto le exponía los hundimientos de la fragata *Magdalena* y el bergantín *Palomo* en la ría de Vivero. Rematé la alargada narración con la intervención en mi ojo y los problemas de salud posteriores. A veces nos interrumpía para conseguir alguna información adicional o un detalle concreto. Y para bien de mi alma, comprobaba cómo su rostro cambiaba y retornaba a su estado habitual conforme el tema le interesaba. Fue categórico en sus primeras palabras.

—No se debía haber entregado el mando de esa expedición a Mariano Renovales, lo que ya expuse en el Consejo de Regencia. Es un general valiente, pero poco reflexivo y sin las dotes necesarias para encarar una operación conjunta de envergadura. De todas formas, el fracaso de Santoña hay que achacarlo a la mar y sus circunstancias, esas que nuestros compañeros del Ejército nunca acaban de comprender. Por tu parte, *Gigante*, siento que hayas perdido el ojo, aunque tal y como andan los asuntos en España en estos días, puede ser positivo verlo todo sin relieve excesivo. Es una muesca de honor en tu rostro que debe enorgullecerte.

—¿Y qué ha sido de vos, señor? —como lo conocía bien, lancé la primera pregunta sin dejarle tomar la iniciativa—. Nada sabíamos de una nueva Regencia o esos problemas habidos por la primera con las Cortes Generales.

—Ya os comenté hace muchos meses que se deberían encorsetar de forma adecuada esos belicosos ánimos políticos que comenzaban a aflorar, especialmente hasta que hubiéramos expulsado a los franceses de nuestras tierras, misión principal aunque algunos no puedan comprenderlo. Pero fue tarea imposible. Absolutistas y liberales, ahora ya con sus ideas muy claras, iniciaron la tarea de lanzarse puñadas a la cara y sin tapujos. Por desgracia,

parecen adoptar posturas irreconciliables, anteponiendo sus propios intereses al bien nacional. Pero puedo jurar ante Dios, ser incierto que Antonio de Escaño y García de Cáceres, teniente general de la Real Armada, haya sufrido problema alguno con las Cortes Generales, por mucho que tal idea se corra como la pólvora en los mentideros oficiales e interesados, nutridos como de costumbre por gusanos cizañeros. También aquí entra en danza esa manía nacional de englobar a todos en un mismo saco, garbanzos sanos y podridos. Bueno —abrió las manos con desánimo y gesto de pesadumbre—, el resultado es que aquí me tenéis, teóricamente desterrado.

—¿Desterrado? —saltamos a la vez Beto y yo con tono desgarrado—. ¿Desterrado en Cádiz?

—Desterrado al Reino de Murcia.

—¿Al Reino de Murcia? ¿Cuándo debéis partir? ¿En qué buque? ¿Quién ha sido capaz de cometer tal villanía contra vos que, precisamente, habéis sido el motor de la defensa de Cádiz contra...?

—Calma muchachos, que os habéis perdido mucha información mientras os manteníais alejados del centro político nacional. Pero no temáis, que no abandonaré esta querida tierra ni forzado por el tribunal de la Santa Inquisición.

—No le comprendo, señor —dije con sinceridad.

—En realidad toda la madeja arranca desde que se formara la Junta Central en Aranjuez. Recordaréis que las discusiones entre los miembros de la Junta sobre cómo formar un gobierno y su poder legislativo se habían llevado a cabo desde los primeros días y a lo largo de los meses siguientes. Los 35 miembros y ministros se decantaron con profundas divergencias por tres líneas de acción. La primera, propuesta por Palafox, era la de formar una regencia en la persona del cardenal Luis de Borbón. Apoyaban esta postura, considerada en general como retrógrada, Veri, Cornel y el conde de Contamina, aunque también la cebaban desde fuera el propio Consejo de Castilla y los absolutistas, que la veían como una posibilidad de dualidad gubernativa muy cercana al antiguo régimen. La segunda era la de mantener la Junta Central tal y como se venía desempeñando, con sus 35 miembros formando el poder legislativo, solución que definitivamente persistió hasta enero de 1810. Esta postura, que triunfa, es defendida por la mayor parte de los votos. Por último, el bailío Valdés^[8], Saavedra, Garay, Villel, Camposagrado y yo mismo creíamos como necesario una solución intermedia que, conservando la Junta Central como diputados asesores, concretara el mando en un ejecutivo de pocos miembros, partido que, como pudimos

comprobar y con ciertas variaciones, triunfó en la Isla de León meses después con el nombramiento de la Junta Suprema de Regencia.

—Una Regencia recién formada a la que sonríe la suerte en los primeros momentos —dije convencido—, porque el golpe de fuerza de los sevillanos se debilita conforme las juntas provinciales comienzan a apoyar a la Central en ese común intento de nacionalizar el proyecto, aunque no les haya alcanzado todavía la noticia de la creación de la nueva institución. Cuando ya es pública, la Regencia recibe el inmediato apoyo del departamento marítimo gaditano, pueblos de La Isla y La Carraca, Escuadra, Junta de Cádiz y, como brillante espaldarazo, los ministros extranjeros.

—En efecto, así fue. Pero desde el primer momento se politiza duramente en partidos antagónicos, lo que se debía haber mantenido en solución nacional mancomunada. Me refiero a que muchos estimaban la creación de esta Regencia como un intento reaccionario, caracterizado por la alternativa de movimientos contrarios. Por esa razón estimaron, después, que la convocatoria a Cortes era un nuevo intento de regresar con más fuerza al movimiento liberal. Achacaban tales vaivenes a un absolutismo de la Regencia que os juro como incierto, y ahí se fragua el quid de la cuestión. Había absolutistas en nuestra Regencia, desde luego, pero esa tendencia estaba compensada por los que no lo éramos, entre los que me encuadro yo. Pero si queréis, muchachos, creo que ahora es el momento de que os hable con claridad —parecía recuperar el vigor en sus palabras—. Siempre he creído firmemente en la necesidad de convocar a Cortes, un estamento al que nos comprometimos en Aranjuez de forma indeclinable desde el primer momento. Y cuando uno se compromete en esta vida, ha de cumplir.

—Fue cuando comenzaron las prisas por parte de algunos, según recuerdo —comentó Beto.

—En efecto. A la Regencia se le urge para convocar las prometidas Cortes, como os decía, exigencia primigenia desde el momento de creación de la Junta Central. Por ese motivo, uno de sus primeros decretos fue la formación de la comisión de Cortes, que quedó formada por el obispo de Loadicea, Jovellanos, Riquelme, Caro y Castañedo. Pero aquí también las esperanzas de muchos eran contrapuestas a nuestro pesar, porque si los absolutistas pensaban en unas Cortes como las estructuradas por los Austrias y mantenidas en el olvido por los Borbones a lo largo de todo un siglo, los liberales se decantaban por una institución nueva, racionalmente estructurada y plenamente representativa, elegida con criterios de proporcionalidad y con una misión claramente renovadora. En resumen, dar al país una constitución

monárquica que, sin embargo, sirva de freno al poder real llegado el momento.

—Muchos olvidaron con rapidez la necesaria defensa de Cádiz. Si hubiéramos perdido esta ciudad, nada habría sido posible —comenté a la baja.

—Has puesto el dedo en la llaga, *Gigante*. Los que se dedicaron desde el primer momento a enjuiciar el trabajo desarrollado por la Regencia, casi siempre lo hicieron desde un punto de vista puramente político. Estimo tal decisión como sumamente parcial y desenfocada. Cuando los regentes asumimos nuestras funciones, la primera y casi única de nuestras preocupaciones, así como la de los diputados residentes en Cádiz con un asomo de responsabilidad, era fortificar la isla gaditana, buscar las tropas necesarias y defendernos de la próxima llegada de los franceses. Porque, como dices, si se llega a perder Cádiz, de nada serviría el ejercicio de la política ni convocatoria a Cortes alguna. La Regencia triunfa en sus primeros momentos porque todos comprenden que es imprescindible el fracaso de los franceses en esa última y definitiva conquista, única forma de mantener en alto y de forma legal aceptada en Europa la bandera de la España libre e independiente, que clama por los derechos de su legítimo Rey, aparte de ser una necesaria puerta abierta a la mar.

—Eso nadie puede dudarlo —alentó Beto.

—Por supuesto. De esta forma, y desde el primer momento, se reparte el trabajo puramente militar y de defensa. El general Castaños se ocupa en la parte militar de tierra y fortificaciones del arrecife^[9] fuera del puente de Suazo; don Francisco Saavedra, de las obras en Sanctipetri, mientras en mis hombros recayó la parte militar de Marina, importantísima misión, pues sólo por vía marítima habían de llegar dineros y refuerzos, debía protegerse el cabotaje y, punto de extrema importancia, formar y mantener las armadillas^[10] para defender la bahía y sus caños, puntos principales desde donde atacarían los franceses.

—Y todo ello gracias a las previsiones tomadas por vos mismo, señor, cuando nadie en la Junta creía posible acabar en Cádiz.

—Desde luego, por mucho que lo avisara. Dios me ofreció la luz suficiente para que se nombrara a Uriarte como gobernador de la Isla de León y se preparara a derruir el puente Suazo, así como fortificarlo convenientemente. Pero también semanas después conseguí el nombramiento del teniente general Álava para el mando de la escuadra y la defensa de La Carraca, sin olvidar la importantísima formación inicial de las armadillas.

Porque sin nuestras cañoneras, Cádiz habría sido barrida por los franceses en un santiamén.

—Ha hablado, señor, sobre el papel de tres regentes solamente. ¿A qué se dedicaron los otros dos? —preguntó Beto con cierta malicia.

—Pues hablando en plata, el obispo don Pedro de Quevedo y don Miguel de Lardizábal se dedicaron a la parte política pura. Y aquí entra la ponzoña, porque ahora podemos decir que se trata de dos absolutistas de lomos duros, aunque nada pudieran resolver en su momento sin el concurso y aquiescencia de sus compañeros.

—En principio la Regencia se dedica a defender Cádiz y consigue un éxito formidable —elogiaba Beto—. Pero una vez cumplida esa misión...

—Una vez asegurada la fortaleza gaditana, entró la Regencia en el aspecto puramente político, momento en el que se llama a Cortes a los americanos. Esperando la llegada de los de Méjico, Costa Firme e islas, así como los de Buenos Aires, la Regencia se trasladó a Cádiz el 29 de mayo para celebrar el día de San Fernando, al tiempo que convocamos a Cortes Generales a los de la Península e islas. El 21 de septiembre regresamos los miembros de la Regencia a La Isla para instalar las Cortes, solicitándoles que nombraran el gobierno que estimasen oportuno, por ellas escogido. Por desgracia, es el momento en el que surgen problemas de grueso calado y orden político entre ambas organizaciones, lo que se veía venir.

—¿De grueso calado? A qué se refiere, señor —pregunté, interesado.

—Para comenzar los borrones, el obispo de Orense se niega al preceptivo juramento, por considerar las Cortes liberales, siendo desterrado a su obispado. Aunque los cuatro regentes que permanecemos solicitamos la separación de nuestro cometido para que elijan un equipo nuevo, son las propias Cortes quienes nos encargan el poder ejecutivo y despacho a nombre de Su Majestad don Fernando VII. No debía ser así, y no por motivos de índole política, como se ha creído, sino porque, de acuerdo al plan inicialmente embastado en Aranjuez, son las Cortes las encargadas de formar un nuevo gobierno.

—Es lógico.

—Sin duda. Nuestro paso por la Regencia fue efímero y con fecha de caducidad prevista. Por fin, cuando habíamos solicitado nuestra exoneración tres veces más, es aceptada tal renuncia por las Cortes, que nombran una nueva Regencia compuesta por el teniente general don Joaquín Blake, el jefe de escuadra don Gabriel de Ciscar y el capitán de fragata don Pedro Agar que, aunque de bajo empleo, era oficial brillante y nacido en Bogotá, lo que podía

contentar a los indianos. Y ante las dudas y rumores que corren, vergonzosos en su mayoría —el general entonaba con tristeza—, fuimos obligados a aclarar nuestra conducta. Jamás me había sido exigida tal medida en mis muchos años de servicio.

—¿Aclaración de conducta? —pregunté, pensando en las condiciones habituales de un consejo de guerra.

—Así fue. Por tal razón, entregamos a las Cortes el Diario de las Operaciones de la Regencia desde el 29 de enero de 1810 hasta el 28 de octubre del mismo año, un trabajo que realizó con extrema pulcritud don Francisco Saavedra. En él se exponían con detalle las ocurrencias y providencias de la Regencia en el tiempo de su gobierno, y no creo que nadie pueda deducir posicionamientos políticos ni nada parecido.

—¿Por qué ese talante negativo contra los miembros de la primera Regencia?

—Ante la presión a que fuimos sometidos para convocar las Cortes, una vez disuelta su Comisión, nos achacaron falta de responsabilidad al dilucidar los problemas pendientes, entre los que sobresale el de las sustituciones de los diputados que, por encontrarse en zonas ocupadas por el enemigo, no podían asistir. Y ahí, amigos míos, entramos en temas de interés y partidismo personal que tanto importan en España, aunque nos encontremos en momentos de empresa nacional.

—Siempre aparecen los golillas trepadores —afirmé con desprecio.

—Había sido un tema de alargada discusión durante meses. La Regencia decidió, y yo influí con absoluta honestidad, tomar una solución y que los diputados incapacitados de asistir, fueran sustituidos de forma interina por los de esas provincias que se encontraban en Cádiz, precisamente para zanjar las discusiones y acelerar la convocatoria. En caso contrario, no habríamos convocado a Cortes en la vida, con España dominada por los franceses en un porcentaje altísimo. Sin embargo y en contrasentido, se nos achacó obstaculizar y retrasar dicha convocatoria, consideración un tanto pueril si se observa el tiempo transcurrido desde nuestro nombramiento como regentes hasta que la llevamos a cabo, y la necesidad de poner en segura defensa la isla gaditana.

—Manos negras y bastardas. Pero hasta ahora no encuentro nada punible en sus actuaciones como para imponerles un destierro. ¿Se les atacó por algún otro frente? —preguntó Beto.

—Otro de los factores negativos acusados a la Regencia fue el de actuar más como una junta de defensa que como un propio gobierno, una verdadera

estupidez si tenemos en cuenta la situación militar de los primeros momentos. Pero entrando en sinceridad absoluta, lo que más me dolió personalmente fue que se achacara a los miembros de la Regencia en un *totum revolutum*, su condición de absolutistas. Ya sabéis que en España es fácil calumniar y correr la prenda. Como os decía, es cierto que algunos de mis compañeros lo eran, como el obispo de Orense, que sin tapujos estimaba como «muy peligrosas las Cortes y su posible desliz hacia el espíritu revolucionario que asoló a la Francia». Don Miguel de Lardizábal fue cayendo en dicha corriente poco a poco, hasta convertirse en el más exaltado. Saavedra, con un gran bagaje político a sus espaldas, desconfiaba de todo y de todos, por lo que jugaba sin horizonte claro en ese aspecto, pero sin decantarse en situación extrema alguna. En cuanto al general Castaños y a mí, podéis estar seguros de que adoptamos una firme postura en defensa de las Cortes y el papel constitucional, como nos era obligado desde que se creara la Junta Central.

—Entonces, señor, ¿qué hicieron al ser nombrada la nueva Regencia?

—En principio me destinaron al Departamento de Cádiz sin destino específico, como es natural. Pero, pocos días después, las Cortes ordenaban que los cinco regentes nos retiráramos de la Isla de León y de Cádiz porque así convenía a la política. ¿Os dais cuenta? Me ordenaban abandonar una plaza que con tanta gloria había defendido de los franceses y del naufragio general. Porque, sin duda alguna, desde Cádiz se volverá a restaurar la monarquía española.

—¿Fue desterrado? ¿Cómo es posible? —pregunté con la indignación brotando en mis palabras.

—Se trataba de un destierro camuflado, eso me decían algunos, pero destierro después de todo. Como podéis imaginar, no estaba dispuesto a cumplirlo porque de esta ciudad solamente me podrían sacar con los pies por delante. Por fin, en el mes de diciembre, la nueva Regencia ordena oficialmente como medida política, que los anteriores Regentes abandonen La Isla y Cádiz, previniéndome a mí de que lo haga hacia el Reino de Murcia.

—¿Los nuevos miembros de la Regencia? ¿Se refiere a don Gabriel de Ciscar y...?

—Se encontraban obligados por las Cortes y sin valor suficiente para oponerse. Claro que Ciscar va mostrándose muy activo en su aspecto liberal, demasiado quizás. Y no lo censuro por ese apartado específico, sino porque no era el momento, dado el puesto que ocupa. Por mi parte, ese mismo día alego al Consejo de Regencia que no he encontrado nada en mi conducta y modo de proceder que haya podido provocar esta medida de las Cortes. A lo

largo de mis muchos años de servicio, nada pueden encontrar como para ejercer tal medida. Y solicité que aclararan con exactitud mis posibles pecados, que estimo más propios de la maledicencia o la envidia, lo que no es posible aceptar por mi honor y mis principios.

—¿Qué le contestaron? —preguntó Beto con rapidez.

—Como si no hubieran entendido mis palabras, que «quede al arbitrio de los cuatro individuos elegir el paraje de la Península o islas adyacentes, que más les acomode para residir, fuera de Cádiz».

—¿Y qué hizo?

—Sencillamente, no hacer caso. Ya os digo, que de aquí no me sacan ni con un regimiento armado en picas. Permanecí en esta casa con mis muchos achaques, bien que separado de todos los agentes del gobierno y haciendo una vida retirada. Pero, aunque parezca mentira, lo que más duele es sufrir no sólo la ingratitud sino también el abandono de tantos, incluido el tesoro público, porque ni un solo real he recibido desde entonces. Como triste resumen, el obispo de Orense marchó a su Obispado, el general Castaños fue nombrado comandante general de los ejércitos de Extremadura y Galicia, Saavedra salió a reunirse con su familia, que la tenía en Ceuta, y Lardizábal zarpó hacia Alicante. Y para colmo de despropósitos, pocos días después se me ofrecía la Capitanía General y gobernación de la isla de Cuba.

—¿Capitán General de Cuba? ¿No aceptó? —pregunté, extrañado.

—Ya os dije cuando me ofrecieron el virreinato de Buenos Aires a mediados de 1809, que no abandonaría España mientras quedara un solo francés en ella. Pues ahora mucho menos, cuando ya las fuerzas comienzan a faltarme. Pero no acabó ahí la negra historia. Lardizábal, caído por completo al bando absolutista, publicó en Alicante un panfleto incendiario sin un mínimo de rigor y veracidad, en el que declaraba la ilegitimidad de las Cortes y su falta de autoridad para hacer la Constitución y las leyes en que andan ocupados. Asimismo, aseguraba el indiano mamón que se había forzado a los miembros de la Regencia al juramento exigido y otras muchas falsedades. Pero lo más peligroso era la declaración en el sentido de que sus antiguos compañeros en la Regencia comulgaban de su misma opinión. En esos momentos, también el Consejo de Castilla imprimía folletos con críticas a las Cortes, por lo que se creaba un clima peligroso por más, capaz de revolucionar a la nación. Ante el ataque de Lardizábal, que consideraba muy dañino para la situación política española y mucho me ofendía personalmente, intenté revindicar al Consejo de Regencia y la legalidad de las propias Cortes, escribiendo un oficio que titulé *Los sucesos de España, 1808-1811*, que se

hizo público y se repartió de forma gratuita. Fui felicitado por muchos diputados y, de forma especial, por Castaños y Saavedra, a quienes liberé con mi oficio de ser sometidos al tribunal especial que se establecía para examinar la materia y juzgar a don Miguel de Lardizábal.

—¡Qué barbaridad! No hay pueblo más egoísta e ingrato que el español —dijo Beto, furioso.

—Por último y como una demostración más de mis verdaderas creencias, estoy preparando una representación directa ante Su Majestad don Fernando VII, en defensa de las resoluciones tomadas por las Cortes y Consejo de Regencia. También ataco el libelo publicado por Lardizábal, contra quien arremeto sin medida. En él expongo a Su Majestad, entre otras cosas, que quiero a don Fernando el Séptimo como Rey de un pueblo libre y no como déspota de esclavos. Pero también en la necesidad de que el Rey ha de reinar con nuevos sistemas, ateniéndose a las Cortes y esa Constitución que se elabora y debe ser como las Reales Ordenanzas para el militar. En fin, así acaba mi historia. Pero no me creáis derrotado en absoluto, aunque a veces me inunde la tristeza. Por fortuna me encuentro en paz conmigo mismo, al haber cumplido siempre con el deber impuesto. Cuando fui nombrado miembro del Consejo Supremo de Regencia, exigí que no se me concediera ascenso ni título honorífico alguno mientras me encontrara en tal situación. Rebajé mi propio sueldo porque no se encontraba la Hacienda para gastos que no fueran indispensables. En fin, que vivo con absoluta tranquilidad espiritual y nada puede compararse con tal situación. Paseo diariamente por la muralla, observo la bahía de Cádiz, recibo a algunos compañeros, que me exponen la triste situación de nuestra Armada, y me dedico a redactar algunos trabajos profesionales, especialmente uno en el que ya me conocéis...

—«Ideas sobre un plan de reforma para la Marina militar de España».

—En efecto.

—Todo cambia menos la Armada, que sigue su camino descendente —rumié a la baja.

—Tienes razón. Acabaremos sin poder naval. Si se pierden unidades y no se construye ninguna, al tiempo que no se gasta casi nada en los arsenales, es fácil predecir el resultado final.

—¿Nos siguen apoyando los ingleses con entregas de material? —preguntó Beto.

—Sí, pero en menor medida. Debemos reconocer que gracias a ellos salieron muchos buques a la mar. Tú lo sabes bien, *Gigante*, que recibiste buenos cables del comodoro Traylor. Y en la misma forma otras muchas

unidades, que no disponían de jarcia firme u otros pertrechos. Pero ya reniegan de tanto pedido, lo que era lógico predecir. Nos necesitaban porque solamente nosotros luchábamos contra el francés en aquellos momentos. En fin, dejemos los temas tristes. ¿Cuáles son vuestros proyectos? ¿Y vuestras familias?

—Todas corren en salud, señor —contesté—. En cuanto al futuro, sin pronóstico definido, lo que ya es mala noticia. De momento nos encontramos pasados a cuartel. Me dijo el general Valdés que me llamaría si aparecía un hueco, así como para Beto. Nada más sabemos.

—Valdés os hará llamar, estoy seguro. Hombres como vosotros debéis estar en primera línea. Vivimos los peores días para la Armada que se pueden recordar, pero no podemos dejarnos vencer. Los arsenales andan con pocos repuestos, los buques con necesidad de carenas y recorridas, la maestranza, la marinería, la tropa, los oficiales de mar, mayores y de guerra con muchos meses de atrasos en sus haberes. Igual o peor acontece en las dependencias de América. Cuantos recursos arbitra el Gobierno son pocos para atender a los que combaten en los campos de batalla terrestres, a los que se les da preferencia absoluta, olvidando muchas veces que disparan con cañones o fusiles transportados en nuestros buques. Las unidades a flote, las guarniciones, los arsenales y todo lo marinero viene detrás con ceguera inadmisibile. Sin embargo, nos ordenan apoyar operaciones en las que nuestro papel es imprescindible, como la de Tarifa.

—¿La de Tarifa? —pregunté, interesado—. A cuál se refiere, señor.

—Pusimos doce mil hombres del Ejército en Tarifa, para que por tierra tomaran la espalda a los franceses acampados en Chiclana, Medina Sidonia y pueblos cercanos. Se concertó para que, al mismo tiempo, atacaran de frente tropas de La Isla, que atravesaron el canal de Sanctipetri por un puente de barcas construido por el ingeniero de Marina Timoteo Roch. Es un ejemplo más de lo que podemos hacer y es en esos momentos, o cuando debemos traer caudales de las Indias, cuando se acuerdan de que se necesita una Marina en condiciones. Pero de nada sirve porque seguimos igual o peor. Nuestros hombres salen a la mar en condiciones lamentables y a la primera bofetada de las olas caen con pies de plomo. Creo que el secretario de Marina ha dicho ante las Cortes, e intento citar textualmente: «Los arsenales de la Armada están en ruinas, el personal en abandono y orfandad, a nadie se paga. No hay Marina». Puede ser un poco exagerado, pero hizo bien en resumir nuestra situación de tal forma. Todos piensan que como los ingleses son nuestros aliados, podemos contar con su Marina para cualquier misión, una postura

muy peligrosa si pensamos en el futuro de nuestra Institución y el de España. Hay que ser estúpido para creer algo así.

—A la vista tienen la defensa de Cádiz, donde nuestras cañoneras jugaron el papel principal.

—Y cumplido año y medio de sitio, los franceses sólo han adelantado en la posesión de la punta de la Cabezuela. Allí han instalado unos morteros con los que bombardean algunos barrios de Cádiz sin daño notable. Hay quien estima que toda nuestra hazaña es obra de los ingleses, olvidando que en las cañoneras no sirve un solo extranjero. Pronto olvida el pueblo. Nuestros aliados de las islas ayudan, pero no son de fiar.

—Estoy de acuerdo con vos, señor. Los britanos irán a lo suyo.

—No os quepa duda, especialmente en Indias donde la situación comienza a ser alarmante.

—¿Se refiere a los movimientos secesionistas?

—Desde luego. Van tomando auge sin medida, y con la guerra en casa poco podemos aportar. Será necesario enviar un número importante de fuerzas para apaciguar aquellas provincias. Y para ello necesitaremos una buena Armada. De esa situación intentará sacar tajada el britano, que siempre soñó con el comercio en el Río de la Plata y por las costas del virreinato del Perú. Pero dejemos tanta desesperanza y ordenad a Bernardino que nos haga llegar una frasca de vino. Es hora de brindar por vuestro regreso.

Nos sirvieron la que, según supimos después, era última frasca de vino a disposición en la casa. A partir de ahí charlamos de temas generales sin más apasionamiento. Y ya caía la tarde cuando creímos observar rasgos de cansancio en don Antonio, por lo que decidimos abandonar su compañía. No obstante, y ante la penuria que se observaba en su vida, me sentí obligado a ofrecerle ayuda.

—Hemos servido un buen número de años a su lado, señor, y le debemos mucho. Sabe que lo estimamos como a un querido familiar. Por esa razón me concedo la libertad de exponerle con toda sinceridad que, si necesita cualquier cosa, nos tiene a su entera disposición. No es de ley que pase penurias quien no las merece. Por fortuna puedo disponer de...

—Agradezco tus palabras como se merecen, *Gigante* —creí notar cierta emoción en el tono de su voz—, pero nada necesito de momento. Todavía dispongo de algunos ahorrillos y cierto crédito —mentía con decisión—. No me equivoqué contigo y siento orgullo al saber que he guiado tus pasos en la Armada, como prometí a tu padre poco antes de su muerte. Allá en el cielo se sentirá muy orgulloso de ti. Además de un extraordinario oficial, eres un

hombre generoso. Ten por seguro que agradezco tu ofrecimiento con el corazón.

—Pero no crea que se libra de nosotros —alegué con voz animada y sonrisa abierta—. Vendremos regularmente de visita, si nos lo permite. Debe cuidarse y dedicar menos tiempo a esos trabajos. No olvide que, cuando se reponga, todavía ha de jugar un papel importante en la Armada.

—Eso lo veo más difícil. Creo que mi etapa marinera ha sido cubierta con creces. Hay generales más jóvenes que deben tomar el relevo. En cuanto a futuras visitas, ya sabéis que esta casa siempre estará abierta para vosotros, muchachos.

La despedida fue triste y emocionada, encajonados mis sentimientos a la baja con gran desesperanza. Poco después fuimos acompañados por Bernardino hasta la puerta. Cuando estimé que el general no podía escucharnos, le entré con preguntas sinceras sobre su situación económica. El viejo criado, casi en sollozos, nos comentó que apenas podía cubrir un plato de comida al día. En la casa faltaba lo más imprescindible, sin que llegara un real de la Hacienda a quien lo había sido todo y todo lo había entregado. Tan sólo aceptaba auxilio de un par de viejos amigos, que también andaban con la camisa parda. Quedamos en ayudar con el necesario secreto, enviando carnes, verduras y frutas, así como alguna frasca de vino.

De esta forma, con el corazón encogido comenzamos a retirarnos hacia la calle de la Amargura. Nos movíamos en silencio, aunque debían cuadrar nuestros pensamientos al ras. No era plato de gusto comprobar cómo un gran hombre, con una vida entregada hasta el límite por la Armada y por España, se movía en aquella penosa y mísera situación. Y por encima de todo, sobrevolaba la idea de que no merecía tan importante personaje encontrarse en tal desamparo. Me repetí una vez más lo ingrata que es la patria con sus más queridos hijos, apartándolos por fuera de las roderas cuando disminuyen sus fuerzas y sometiéndolos a un oprobio injustificado.

3. Aires portugueses en la familia

Mucho nos afectó la visita rendida a la posada del teniente general de la Armada don Antonio de Escaño. Era sensación parecida a quien comprueba cómo el querido progenitor se deteriora poco a poco, cual piedra de azúcar disolviéndose en el agua sin remedio posible. Durante cinco años, tanto Beto como yo habíamos amadrinado nuestras vidas por corto a la de tan importante personaje, acabando por considerarlo el padre perdido cuyos consejos debíamos cumplir sin dejar resquicio al aire, al tiempo que un cariño filial se abría camino en sinceros. Por otra parte, comprobar el trato recibido por quienes deberían rendirle permanente homenaje abría surcos de sangre en nuestra alma, al punto de ariscar pensamientos y someternos a deseos de inmediata restitución que, sin embargo, quedaban en realidad muy por fuera de nuestros horizontes.

Para cuadrar la vida en tientos de igualdad, siempre aparece el rayo de sol tras la turbia rumazón, por espesa y duradera que haya sido. Y en este caso la compensación nos llegó por mano del amigo portugués, cuya alegría de vivir y forma de encarar los problemas hacían posible que los pensamientos más negros saltaran al blanco entre sonrisas. Porque así nos movemos en la vida aunque sea difícil de comprender, capaces de entrar en carcajada abierta de alegría cuando el corazón se encuentra perdido en las más profundas tinieblas, una ley impuesta que a veces duele muy hondo. Siguiendo mi consejo, y para continuar con la farsa del más estricto protocolo con posibilidad de disfrutar una agradable velada, uno de los habituales juegos de salón, nuestra madre María Antonia contestó la petición de Pepe sin pérdida de tiempo. Le aseguraba que las puertas del palacete de Montefrío, sito en la calle de la Amargura, se encontraban abiertas para tan ilustre huésped de la nación hermana, en fecha y hora que le acomodara.

Como era de esperar y conociendo al personaje, nos alcanzó un nuevo y rápido recado del portugués, en el que anunciaba su compromiso para el día

siguiente, domingo, a las cinco de la tarde. Llegado el momento, convencimos a las mujeres para que, vestidas con sus mejores galas, aguardaran la visita en el saloncito de las flores, mientras Beto y yo nos escondíamos tras los espesos cortinajes. Y llegado el momento, el viejo Simón, que oficiaba de mayordomo mayor tras su huida de la hacienda murciana, engalletado con librea en verde y ribetes de oro acompañaba al oficial lusitano hasta el objetivo final de la farsa.

A través de las cortinas pude observar la figura de Pepe con su colorido uniforme de gala, en el que cuadraban desde el verde esmeralda hasta el bermejo más rotundo. Se sorprendió al encontrarse frente a María Antonia, enjaezada en sedas y perlas como una reina, acompañada por Rosalía, Eugenia y Cristina, embutidas en trajes de corte y rebosando belleza. Aunque el portugués esperaba mi presencia, no se cortó una mota sino que, reverenciando su cuerpo al compás del arpa, largó sus medidas palabras.

—Me cumple un gran honor presentar mis más humildes respetos a la excelentísima señora duquesa viuda de Montefrío. Queda a vuestros pies y servicio el capitán de la Real Infantería portuguesa José Luiz Lopes de Moura.

Nuestra madre, aficionada a los juegos de salón, continuó la farsa de buen gusto y respondió a tono con voz envarada.

—Me alegra vuestra presencia, capitán. Mucho y bueno he oído hablar de vos, por lo que sois recibido con extremo placer en esta casa. Permítame que le presente a mis hijas Eugenia, condesa de Tarfí, Rosalía, señora de Pignatti, y Cristina, duquesa de Montefrío. Es lamentable que los hombres de la casa debieran salir a la mar con urgencia por razón del servicio. Y siento comunicarle, que no sabemos cuando regresarán. Pero tome asiento, por favor —le señaló el sillón preparado al efecto—. Será grato que nos amenice la tarde con su charla y muchas aventuras vividas, tal y como nos comentó el capitán de navío Leñanza, mi hijo.

Por primera vez pude comprobar que Pepe perdía ligeramente el norte, aunque sus rápidas miradas a la prima Cristina, radiante de belleza con su vestido verde y el cabello perlado de tufos morenos en caída, denotaban su inequívoca inclinación. Pero poco tiempo duró su desconcierto porque tras ofrecer una agradable sonrisa, intentó enhebrar una senda de escape.

—¿Han salido a la mar? Nada sabía de tal detalle. Creía que se encontraban en situación de cuartel sin destino. La verdad, señora, en caso contrario habría pospuesto esta visita.

—Como han debido salir a la carrera, entendí que no era oportuno ni adecuado cancelar su agradable presencia entre nosotras.

Nuevas dudas en el rostro de Pepe que, no obstante, entró rápidamente en indagaciones.

—Si la señora me lo permite, hay un detalle que no comprendo bien todavía. Si las damas Rosalía y Cristina, así como Santiago de Leñanza son vuestros hijos, cómo pudo mi buen amigo indicarme que tenía una prima de extraordinaria hermosura con dicho nombre. Detalle que, por cierto, queda a la vista.

—Se refiere más a los sentimientos que otra cosa, capitán. La joven Cristina, que agradece vuestra alabanza como se merece —la señaló con la mano—, es hija mía de sangre. Al quedar viuda de su padre, el brigadier Santiago de Cisneros, duque de Montefrío, casé en segundas nupcias con el padre de Rosalía y Santiago, el jefe de escuadra Francisco de Leñanza, conde de Tarfí. Para mí son los tres cual hijos de leche y como tales los aprecio. Por otra parte, siempre he detestado esa palabra de madrastra, que tantos amparos peyorativos acompaña. Pero no debo ceder un momento más sin ofrecerle algún refrigerio, o caeré en la mayor de las descortesías. Ya me comentó Santiago que no sois partidario de los caldos generosos, que tanto aturden a veces la mente de los caballeros, y que por el contrario os decantáis con placer por las infusiones. Le he preparado una de hierbas amarillas que llaman en España manzanilla, muy buena para estómagos delicados, como también me indicó Santiago que es su caso.

La seriedad en el gesto y palabras de María Antonia hicieron que Pepe se removiera inquieto en su asiento, dudando una vez más en la respuesta a ofrecer. Las tres jóvenes debían hacer enormes esfuerzos para contener la risa, mientras Beto y yo tapábamos nuestras bocas con dificultad.

—Gracias a Dios ya curé de esos males estomacales, señora. Y como el cirujano de mi regimiento me ha prohibido las infusiones, por haber abusado de ellas durante largo tiempo, podría tomar una copa de vino ligero, si a bien lo tenéis y no supone molestia.

—No faltaría más —María Antonia hizo sonar una campanilla de plata—. Ahora mismo se lo encargaré, capitán, acompañado de algunos dulces y golosinas.

Fue el momento de romper la farsa al aparecer Beto y yo tras los cortinajes, batiendo palmas y soltando risas sin freno, porque no podíamos aguantar un segundo más. Pepe se sorprendió ligeramente, hasta comprender el juego y fundirse conmigo en un abrazo.

—Buen recibimiento me has tendido, sí señor. No sabía que los españoles sois dados a estos juegos.

—Habríamos continuado algunos minutos más, tal y como habíamos planeado, pero estaba a punto de reventar. Me alegro mucho de verte, Pepe. Pero, dime, ¿qué haces por estas tierras?

—Me encontraba al mando de una compañía en la posición de Torres Vedras, en retaguardia. Me aburría solemnemente entre pliegos de cargos y listado de pertrechos. Solicitaron dos compañías con objeto de integrarse en un batallón inglés, para pasar a Cádiz y operar desde aquí en operaciones marítimas. No lo pensé dos veces. Además, te había prometido una visita.

—Le ruego que me perdone, capitán —entró María Antonia con amable sonrisa—. Pero toda esta trama ha sido preparada por Santiago y no debe culparme.

—Nada he de perdonaros porque las señoras como vos jamás yerran.

—Por favor, abandone los especiales tratamientos y llámenos por nuestros nombres.

Fue una velada muy divertida. Pronto y con la necesaria confianza, Pepe se convirtió en el centro de la conversación. Pasó a narrar una y mil aventuras convenientemente aderezadas, que hacían atravesar a las mujeres del susto a la carcajada sin remisión. La joven Cristina parecía muy a gusto con la presencia de Pepe y mi amigo se decantaba claramente en sus chanzas hacia ella. Aunque padecía algunos sentimientos de Celestino en funciones de casamentero, cierto regusto recorrió mi cuerpo al atisbar reales posibilidades a lo que, en principio, solamente había supuesto una mera suposición.

—¿Hasta cuándo permanecerá en esta ciudad, capitán? —preguntó Cristina por derecho.

—No lo sabemos. Según parece, los altos mandos preparan en sus geniales cabezas operaciones por la costa, para tomar a los franceses allí donde menos lo esperan. Es de suponer que se coordinen tales esfuerzos con las tropas que operan en tierra. También se pretende fijar fuerzas gabachas en determinadas posiciones, de acuerdo con el plan general de lord Wellington.

—Parece que ese britano ha tomado el mando absoluto de las operaciones, en contra de la opinión de muchos generales españoles.

—También alguno portugués protesta a la baja. Pero hoy por hoy, tiene bien agarrada la sartén por el mango.

—Mientras los nuestros han muerto y mueren a cientos, el inglés se encuentra bien retrepado en sus cuarteles de invierno —entró Beto—. Hay quien asegura que hasta no ver la situación con clara superioridad no atacará

en serio. Porque hoy en día los únicos que luchan en Europa contra Bonaparte somos nosotros.

—Se nos achaca que somos derrotados con bastante asiduidad — argumenté con decisión—, pero esas voces agoreras olvidan que los obligamos a un desgaste diario y a mantener más de doscientos mil soldados en la Península. Porque en todos los reinos de España muere algún francés cada día, ya sea por tropas regulares o esos valientes de las partidas. No es lo mismo ganar un combate y tomar un territorio que mantenerse firme en él.

—Tienes razón. La misma situación sufrimos en Portugal. Esperemos que nuestro querido lord se decida de una vez por la acción. Vendría bien para la empresa que a Bonaparte se le abrieran más frentes.

—Parece que en ese sentido maniobra la política británica.

—No hablemos ahora de la guerra, señores, que ya dura demasiado y es tema más que recurrido —dijo María Antonia con autoridad—. Decidme, capitán, ¿todavía disfrutáis de parientes en España?

—Bastantes, gracias a Dios, aunque algunos han muerto en combates contra el francés. Mi madre es española, natural de Cáceres. Como mi padre servía en la Real Marina portuguesa y se encontraba casi siempre embarcado, pasé grandes temporadas en una hacienda de mis abuelos por tierras extremeñas. Viven todavía dos hermanas de mi madre y son muchos los primos repartidos por Cáceres, Badajoz y Salamanca. Y le soy muy sincero al asegurar que he disfrutado al llegar de nuevo a la ciudad de Cádiz, para luchar al lado de ustedes. Después de todo, la mitad de mi sangre es hispana.

—Bueno, en poco nos diferenciamos de nuestros hermanos peninsulares.

La velada fue un éxito absoluto y las mujeres pasaron unas horas de verdadera diversión, condición que se merecían tras muchas semanas de casi obligado encierro. Al finalizar, me ofrecí a transportar a Pepe hasta su regimiento en el carruaje de la casa. No me extrañaron sus primeras palabras, cuando pudimos hablar a solas con la suficiente confianza.

—Ha sido divertida la chanza preparada, jaranero del demonio, he de reconocerlo. Tan sólo sufrí en serio al pensar que debería beber algunas tazas de esas malditas hierbas amarillas. Ya sabes que odio las infusiones en general y de forma especial la puñetera manzanilla. Mi madre me obligaba a tomarla cuando era niño y es un brebaje del que no soporto ni el olor a distancia.

—Conocía ese detalle, razón por la que se lo sugerí a María Antonia para animar la farsa.

—Es una gran mujer tu madre o madrastra. Y debió ser de una extraordinaria belleza.

—Desde luego.

—No me extraña que haya parido una hija como Cristina. Por cierto, Santiago, me dijiste que tenías una prima bellísima, pero no podía imaginar que te hubieras quedado tan corto. Soy sincero al decirte, que jamás en mi vida he encontrado una mujer de tal hermosura.

—Vamos, Pepe, que te conozco bien. Sé que eres capaz de enamorarte de una efigie tallada en piedra.

—No lo creas y ahora te hablo muy en serio. Con el paso del tiempo, he ido serenando mis ánimos poco a poco. Ahora pienso en sentar la cabeza, para seguir los consejos de mi santa madre. De verdad que me ha impresionado la jovencita.

—Dada su hermosura y elevada condición social, es pieza codiciada por muchos. Y cuando podamos regresar a la Corte, no dispondrá de un día libre con tantos saraos y recepciones que se celebrarán en su honor.

—No me desmoralices, por favor. Deja de clavar la daga en herida abierta —Pepe gesticuló con fingidos lamentos—. Por cierto, ¿por qué te llaman *Gigante* en casa? Bueno, a la vista queda que pareces un toro de lidia, pero es un apodo extraño.

—Aunque va cayendo en desuso, lo heredé de mi abuelo y mi padre, que también mostraban hechuras de torre y recia fortaleza. Un apodo que no heredará mi hijo sino el de mi hermana, a quien ya denominan con el alias familiar. Después de todo, lleva en sus venas la misma sangre. En cuanto a mí, parece llegada la hora de que pase a ser Santiago solamente.

—Y tu hijo con el apodo de *Pecas*. Ya me explicó Cristina que era el que endosaban a su padre.

—En efecto. Su padre, el tío Santiago, y el mío no eran solamente cuñados, sino mucho más: verdaderos amigos y compañeros. Su amistad alcanzaba cotas de auténtica hermandad. Y en su época fueron conocidos como los guardiamarinas de Barceló, un famoso y valiente general de mar que auspició sus carreras. María Antonia casó con aquellos dos grandes hombres. Mira por dónde, en el futuro podrán encontrarse en la Real Compañía de Guardiamarinas otra pareja con los mismos apodos en las personas de mi hijo y mi sobrino.

—La historia que se repite.

—En este caso para bien.

A partir de aquel día, mi buen amigo Pepe se convirtió en un visitante asiduo de nuestra casa, siempre que sus obligaciones militares se lo permitían. Y a la callada comenzaba a cortejar de forma extraoficial a mi prima Cristina, que reía mucho con sus gracias y no parecía desagradarle una mota el capitán. Por otra parte, como Beto y yo nos encontrábamos mano sobre mano, intentamos devolver la cortesía desplegada por el portugués durante nuestra estancia en Lisboa, e hicimos el papel de cicerone lo mejor posible. Por desgracia, la preciosa e incomparable ciudad de Cádiz no amparaba tal número de bellezas como la lisboeta, ni la situación de guerra con el sitio impuesto por los gabachos nos permitía movernos con tranquilidad por los alrededores.

De esta forma comenzaron a pasar las jornadas con esa tediosa rutina que, conforme avanzan los días, se hace más difícil de superar. Visitábamos algunos compañeros con destino, pocos de ellos embarcados, para mantenernos al día de la situación, que no parecía mostrar signos de mudanza. No obstante, algunos aventuraban un cambio drástico en la torta con importantes alianzas europeas, lo que aumentaba nuestras esperanzas. También asistimos a algunas sesiones de las Cortes, enzarzadas en elaborar una Constitución en la que muchos centraban grandes esperanzas, mientras otros la calificaban de oídas como precursora de terribles males para la nación. Como es lógico pensar, ahí se abrían las voluntades de liberales y absolutistas con mayor claridad cada día. Se estimaba que los diputados podrían acabar los trabajos en los primeros meses del año siguiente. Al mismo tiempo, se deseaba promulgar la que algunos denominaban como Carta Magna con el boato merecido, lindando con la entrada en la primavera.

En cuanto a la Armada y según se comentaba por los mentideros, pocas variaciones traería la renombrada Constitución. Tan sólo parecía que, dentro del apartado específico de abolición de privilegios, se eliminarían las pruebas de nobleza exigidas hasta entonces para sentar plaza en la Real Compañía de Guardiamarinas. Escuché a varios compañeros criticar acerbamente tal medida que, no obstante, encontré adecuada por mi parte. No debía olvidar que, aunque se tratara de asunto mantenido en duro secreto dentro de la familia y pasado de varón a varón, mi padre era hijo de un pobre galeote que consiguió hacer fortuna. De esta forma, había debido falsificar el expediente de limpieza de sangre para sentar plaza, gracias a los doblones entregados por mi abuelo a un golilla de la Corte, experto en tales tejemanejes.

Nos impusimos visitar a don Antonio de Escaño un día a la semana y cumplimos fielmente el compromiso. A veces encontrábamos algún amigo en

su presencia, aunque era situación más habitual que fuéramos los únicos visitantes. Eran veladas amenas porque el general rebosaba cultura por los cuatro costados y, por mi parte, gozaba mucho al escuchar las páginas más brillantes de nuestra historia de su boca, especialmente en cuanto a la particular de la Real Armada durante los siglos XVI y XVII. Aunque presentaba momentos en los que exhibía su mejor aspecto y ese ánimo suyo habitual, solía caer a la baja sin remedio en demasiados casos. Y para trabar nuestros sentimientos a la negra, podíamos comprobar un deterioro imparable de su salud. Beto me repetía que era normal por encontrarse cercano a cumplir los sesenta años, pero me preocupaba mucho la rapidez con la que había envejecido en los veinte últimos meses.

En una de las ocasiones se encontraba presente en la posada del general su gran amigo y extraordinario médico don Juan Manuel de Aréjuela, retirado del ejercicio debido a su edad pero, según el parecer de muchos profesionales en la Armada, la figura clínica más completa del Cuerpo en su tiempo y equiparable a la autoridad de un Canivell o un Gimbernat. El galeno, que tantas veces había recibido socorro moral y económico de su amigo para sobrevivir a la miseria, nos expuso su situación a las claras. Los retoques nerviosos a que era sometido de forma espontánea, podrían ser causa mortal en cualquier momento, aunque no era posible amparar una mínima predicción. Nos entristecieron aquellas palabras, que nada bueno presagiaban.

Por fortuna y para nuestra propia satisfacción, pudimos seguir cooperando en la sombra. Sin que se hablara jamás del tema en su presencia, Okumé servía a Bernardino provisiones de forma regular, ante la escasez y penuria en que se mantenía quien, en su momento, disfrutara del tratamiento de Alteza. Siempre estimé que don Antonio cazaba la verdad al vuelo, porque no era persona despistada, sino muy inteligente y sagaz. Sencillamente, callaba por honra y orgullo propios.

Como era de esperar y mucho temía el general Escaño, la división política afectaba también a los miembros de la Armada y del Ejército. Aunque se recomendaba que tales sentimientos se mantuvieran en tapado mientras se vestía el uniforme, se trataba de condición imposible porque eran las más altas jerarquías quienes los mostraban de forma clara y rotunda cada día. Beto y yo lo analizamos a menudo con la suficiente profundidad, aunque no entráramos dentro del saco de los llamados *comprometidos*, en una u otra banda. Intentamos observar la situación un tanto en la distancia, posición que, sin embargo, sería cada vez más difícil de sostener en el futuro.

—Algunos de nuestros compañeros se declaran abiertamente como liberales o absolutistas, sin tapujos y a la cara —decía Beto con rostro ensombrecido—. Ayer estuve con el capitán de fragata Cifuentes, que sentó plaza con nosotros. Se declaró apasionado absolutista de forma rotunda y orgullosa.

—Ese Jacinto Cifuentes ha sido tonto de solemnidad celestial desde el mismo día de su nacimiento. No comprendo cómo consiguió la charretera, y menos todavía sus ascensos hasta el empleo que ocupa.

—Lo nombraba solamente como un ejemplo más. Nada bueno ha de amparar esta división tan manifiesta en los pensamientos.

—No debemos exagerar, Beto. Tampoco se trata de una situación excepcional, porque siempre ha habido partidillos de una u otra tendencia en los pasados años. Ya ocurrió con Floridablanca, Aranda, Godoy y, sin ir más lejos, con don Fernando en su época de Príncipe de Asturias y terribles relaciones con su padre. También aparecieron después los patriotas y afrancesados. Entre estos últimos, algunos decidieron servir al rey José, mientras otros derivaban claramente hacia el equipo liberal. Pero mira lo que sucede en la Gran Bretaña, donde dos partidos se alternan en el Gobierno y los miembros de la Armada y el Ejército ejercen sus preferencias sin que se traspasen a la vida profesional, salvo casos excepcionales y puntuales de altas graduaciones.

—Pero eso no es posible en España —Beto movía la cabeza con signos de desesperanza—. Venimos de un sistema monárquico de poder absoluto, sin que se haya producido un movimiento drástico. Y poco se puede hacer cuando uno de los partidos o movimientos, los llamados *absolutistas*, niegan a la otra parte, los liberales, la posibilidad de discutir siquiera sobre su forma escogida de gobierno. Esto arranca en discusiones sin demasiada alzada todavía, que puede degenerar en un rifirrafe capaz de destrozarnos los lomos.

—No podemos cerrar los ojos a cambios que se consideren necesarios por el simple hecho de que la mitad piense de forma distinta. No creo que nadie con suficiente cerebro pueda decir que esa Constitución en proyecto nos llevará por los peores caminos de la revolución. No es eso lo que se pretende, y, para muestra mayor, recuerda que todos recaban la presencia de don Fernando a la cabeza, una condición escasamente revolucionaria. Eso sí, se le quiere con un poder controlado.

—Pareces liberal al pronunciar esas palabras —dijo Beto, sorprendido.

—Si te soy sincero, no estoy seguro de lo que soy ni quiero posicionarme en un bando determinado con claridad, amigo mío. Pero habría deseado que

en los años de vergonzoso reinado de don Carlos el Cuarto y su prepotente valido al mando de la nación, algún estamento hubiera podido controlar ese desaguisado nacional. Los que mucho criticaban y con razón las tropelías de don Manuel Godoy, que nos arrastraron a la mayor ignominia, amparadas en el rendido amor que por él profesaban sus queridos soberanos, defienden ahora un sistema que justificaría tal situación. ¿Tú quieres realmente que se vuelva a producir tamaña vergüenza?

—Desde luego que no.

—¿Y cómo se podría remediar?

—Pues..., bueno, no lo sé.

—Es muy sencillo, con unas Cortes Generales y una Constitución que aclare el papel y limitaciones de cada uno.

—En teoría ya se disponía en la Monarquía de consejos e instituciones capaces de llevar a cabo ese control en el reinado anterior.

—Dices bien, «en teoría», porque estaban supeditados por completo al poder real.

Beto quedó pensativo, como si dudara o temiera exponer sus verdaderos sentimientos.

—Esas palabras que acabas de pronunciar al hablar de las Cortes y la Constitución son las mismas que expuso el jefe de escuadra y miembro de la Regencia don Gabriel Ciscar la semana pasada. Así fueron reproducidas en la prensa.

—Porque Ciscar no se restringe una mota en sus opiniones y sale a por barbas, con la cara por delante, como impenitente liberal. Sin embargo, no debemos olvidar que fue de los primeros en saltar con valor contra los franceses, en defensa de los derechos de don Fernando. No obraron de la misma forma los absolutistas en su conjunto, salvo honradas excepciones. Y a la cabeza de ellos el Consejo de Castilla, que disponía de todo el poder en la mano y absoluta legitimidad para actuar. Lo que sucede es que sus miembros no tuvieron el valor de pronunciarse, en lugar de aplaudir las tropelías de Murat y darle coba para mantener sus privilegios. Mira, Beto, aquí muchos van a lo suyo por encima de cualquier pensamiento político.

—Pues en ese caso nos declararemos liberales —exclamó Beto con severa convicción.

—No nos declaramos abiertamente hacia ningún bando o partido, al menos de momento. Ahora lo principal es echar a los franceses de nuestra tierra. Y cuando vuelva don Fernando a ceñir la corona, como dice el bailío

don Antonio Valdés, se le recibirá gozosamente con los brazos abiertos, pero con una Constitución en la mano que limite sus poderes.

—¿Crees que lo aceptará?

—Cuando de jovencito politiqueaba a oscuras contra su padre, parecía acercarse a los que entonces se denominaban de ideas afrancesadas. Pero hay quien dice que es persona demasiado mudadiza de pensamiento y voluntad, de acuerdo con la dirección por donde sople el viento. Me parece que pocos lo conocen lo suficiente como para atreverse a pronosticar sobre su posicionamiento cuando regrese a España, si es que lo hace alguna vez.

—¿Acaso lo dudas?

—Bueno, hace pocos días se corrió por las calles un panfleto, declarado oficialmente como libelo, en el que se aseguraba que don Fernando tan sólo desea congraciarse con Bonaparte y emparentar con su familia a cualquier precio. Y hay bastantes mentes preclaras que lo admiten como verdad. Dicen que incluso felicita al rey impuesto por las medidas tomadas en España.

—No lo puedo creer. Si adopta esa postura, se tratará de alguna estratagema para escapar hacia España o mejorar su situación personal.

—Eso espero.

—¿Sabes una cosa? En el fondo me aburre ese politiqueo que puede llegar a dividirnos en dos bandos.

—Olvídalo de momento. Después de todo, lo que ha de ser, será y lo veremos.

Una conversación en parecidos términos era mantenida por un elevado número de nuestros compañeros cada día. Muchos se posicionaban con claridad en un bando u otro, aunque las discusiones se mantuvieran dentro de las normas a las que la cordialidad y el compañerismo obligan. Pero el duende interior me repetía con desánimo que tomábamos un camino de lindes peligrosos, con un tramo final de consecuencias desconocidas. Por mi parte, me calmaba pensar que si don Fernando regresaba, podía ser el calmante adecuado para las aguas agitadas, aunque no se tratara de tarea sencilla.

4. Rebelión en las Indias

Continuamos con nuestra vida regalada, si puede llamarse así a la rutina de no hacer absolutamente nada, situación que nos devoraba las tripas por momentos. Y mucho debíamos agradecer a Dios por nuestra envidiable posición económica y el hecho de vivir en Cádiz, ciudad abierta a la mar donde de nada faltaba. De todas formas, sufríamos al escuchar casos de compañeros entrados en la miseria más absoluta, varios de ellos capaces de aparejar una ignominia difícil de aceptar. Acudimos en auxilio de algunos, dentro de nuestras posibilidades, centradas en el crédito concedido con generosidad por el banquero don Benito de la Piedra.

La siguiente visita que llevamos a cabo a la posada del general Escaño, recién entrados en un otoño ventoso y seco, corrió por lindes bien distintas a las anteriores, animada de comentarios e información de altura. Para nuestra sorpresa, cuando abordamos la posada se encontraban presentes el comandante general de la Escuadra, don Cayetano Valdés, y el brigadier de la Armada don Ricardo Ustáriz, retirado del servicio y buen amigo de don Antonio. Como desconocíamos el cariz del encuentro, mostramos nuestra disposición a abandonar la escena con rapidez, lo que fue cortado de forma tajante por el anfitrión.

—Nada de eso, muchachos. No es reunión de tintes oficiales ni politiqueos a la baja, que para nada cuadran con mi actual situación, sino reunión de amigos a la que sois bienvenidos.

Saludamos con el debido respeto a los presentes y para redondear el cuadro, poco después se sumaba al grupo el mariscal de campo don Antón Benítez, también retirado del servicio y recién llegado a Cádiz desde la plaza de Montevideo. Fue una reunión muy interesante porque, por primera vez, conocimos de primera mano las noticias verdaderas sobre lo que ya se denominaba como movimientos secesionistas en nuestras provincias americanas y las posibles acciones a tomar. Como don Antonio parecía

extrañamente animado aquella tarde, no necesitó mucho tiempo para lanzar la primera pregunta a su buen amigo del Ejército.

—Bueno, Antón, como hace pocas semanas que arribaste a Cádiz en esa destartada goleta mercante desde el Río de la Plata...

—Y alargadas escalas en Río de Janeiro, Fortaleza, Tenerife, regreso a las islas Canarias por furioso temporal, para entrar en esta bella ciudad cuando ya mis huesos llamaban a desbarate y no lo creía posible. No podía ser de otra forma con el nombre que dicha goleta exhibía a popa: *Temerosa*.

—Así es la mar de caprichosa, amigo mío. Pues como te decía, nadie mejor que tú para ponernos al día de lo que realmente sucede en nuestras posesiones americanas. Parece que esta vez arrancaron en serio los deseos independentistas y con apoyos firmes a las bandas.

—Esta guerra contra el francés, aparejada a la presencia del rey impuesto en la Corte y nuestra Real Familia exiliada con un crédito bastante debilitado, se quiera o no, en poco beneficia nuestra causa por aquellas tierras. Más bien diría que se ha entregado a las fuerzas sediciosas, mantenidas hasta entonces en círculos reservados, la oportunidad de salir a la luz con fuerza de tambor y reales posibilidades de triunfar en su empresa. Se ha levantado la bandera de la insurrección con diversas excusas pero un mismo fin por los cuatro puntos cardinales. Lo que hace años brotara de forma espontánea, aunque con los apoyos previstos, parece refulgir ahora en racimo de tronco común, por mucho que no lo quieran ver de esta forma algunas autoridades ciegas.

—No lo entiendo, Antón, y posiblemente deberéis perdonar mi ignorancia sobre el tema —entró el brigadier Ustáriz—. Cuando llegaron a las Indias las noticias de Bayona y el levantamiento general de España contra el opresor francés, tenía entendido que en los virreinos y provincias americanas se elevaron muestras generales de simpatía por nuestro señor don Fernando. Asimismo, parecía la población dispuesta a acudir como un solo hombre para abrazar la bandera de esta España libre, que desea expulsar al invasor.

—En efecto, y de nada sirvieron los decretos enviados por los esbirros de ese inmundo rey José, con deseos de ampararlos bajo su bandera. Se ganó una callada batalla en escaso tiempo y con rotundidad. La Junta Central jugó bien sus cartas y se hizo dueña de la situación. De esta forma, comenzaron a llegar cuantiosas remesas de caudales para financiar nuestra liberación de los gabachos. Sin embargo, la dispersión de la Junta Central tras los sucesos de Sevilla y la entrada victoriosa de los franceses en Andalucía, unidas a las relajaciones del antiguo régimen y los apoyos externos que eran de esperar, ampararon las ideas separatistas. Todo ello sin olvidar que la vacilación y

debilidad de quienes debían encauzar y reprimir unos movimientos apenas nacientes alimentaron en mucho las ideas independentistas por dejación de sus obligaciones.

—Cuando menciona esos apoyos externos, señor —pregunté, interesado —, supongo que se refiere a los Estados Unidos del norte americano, que pronto olvidaron la ayuda prestada por España para emanciparse de los britanos.

—Me refiero a esos ingratos Estados Unidos, desde luego, pero sin olvidar a los ingleses, que siempre contemplaron el comercio con nuestras Indias como un fabuloso negocio, con especial énfasis y deseos en el Río de la Plata y costa pacífica meridional.

—Pero si los britanos son en estos momentos aliados fieles... —comencé a protestar.

—Aliados fieles para luchar contra los franceses en España, especialmente si ponemos la carne de cañón a su disposición. La Historia se repite de forma machacona, joven. Como de costumbre, los británicos sacarán tajada, y mucha, de estos movimientos secesionistas.

—Harnos un breve resumen de lo sucedido hasta el momento, por favor, si te es posible —pidió Ustáriz, tras dirigirme una mirada de corte, por haber desviado la charla del brigadier.

—Con mucho gusto. Ya sabe mi buen amigo Escaño lo que disfruto con la parla, especialmente si soy yo quien detenta la palabra —ofreció una agradable sonrisa—. Creo que el origen primigenio de sedición comenzó por Tierra Firme^[11], aunque se movió en pocos meses por todo el continente como reguero de pólvora. Ya digo que aunque la capital de la Capitanía General de Venezuela, Caracas, no representara un foco principal político o económico, ya tenían ensayos anteriores de insurrección como los de 1711, 1748 y el último que todos recordamos de Miranda en 1806, precisamente apoyados por los dos estados mencionados y que se desbarató oportunamente. Pues ya en abril del año pasado, las fuerzas rebeldes caraqueñas convocaron al capitán general en el Ayuntamiento, forzándolo ante amenazas de muerte para que declinara su autoridad. Una acción rápida, llevada a cabo con gran osadía e inteligencia.

—¿Se trataba de criollos? —preguntó Ustáriz.

—Españoles criollos o naturales del nuevo continente. Pero también españoles e hijos de españoles nacidos en Europa que, en mi opinión, preveían más posibilidades de futuro, enganándose a la nueva bandera de la revolución independentista. Sin embargo, no debo ser injusto y admitir la

existencia de idealistas, esos que encienden la hoguera para quedar chamuscados poco después. Claro que todo se hacía en los primeros momentos a cara tapada, invocando la persona de don Fernando el Séptimo como figura máxima. De esta forma se dirigió la Junta de Caracas a la Regencia, comunicándole haber reasumido la soberanía de su provincia. Antonio lo recordará con detalle, porque era miembro de dicha institución por aquellos días.

—Así es —confirmó el general Escaño—. Y al tener conocimiento de que la Junta de Caracas levantaba ejército para imponer su voluntad, ya claramente independentista, a otros departamentos y provincias que habían reconocido a la Regencia, declaramos el estado de bloqueo a sus costas. También enviamos al capitán de navío José Rodríguez de Arias al mando de la fragata *Cornelia*, acompañado de la corbeta *Príncipe* y diversos guardacostas estacionados en Puerto Rico y La Habana. Y en esas circunstancias creo que se mantienen, al menos según mis últimas noticias, aunque con negro futuro porque es mucha costa para tan escasas unidades.

—Pero según tengo entendido, o eso se corrió antes de mi regreso —recalcó Benítez—, el Congreso recién formado se va a declarar por la independencia con el título de Confederación Americana de Venezuela.

—¡Qué barbaridad! —exclamó Ustáriz—. Españoles y sus propios hijos, declarándose independientes de la propia España. Merecen pena de horca.

—Por igual pecan los criollos, no lo olviden —apuntó el general Valdés—. No son más que españoles americanos con especiales prebendas. Lo que sucede es que ahora desean quedar ellos a la cabeza de la madeja, y no rendir una sola cuenta ni un solo duro fuerte a la Metrópoli.

—¿Y en los demás virreinos? —volvió a preguntar Ustáriz, muy interesado.

—Aunque se encontrara cerca de Tierra Firme, la Capitanía de Guatemala, bajo el mando del jefe de escuadra Bustamante, famoso por su expedición con la corbeta *Atrevida*, se mantenía en calma. Pero no seguía las mismas cuerdas nuestro muy querido virreinato de Nueva España, que saltó con fuerza a garfios rojos. Y para sorpresa de muchos, de la mano de eclesiásticos.

—¿Eclesiásticos alzados en armas, señor? ¿Cómo es posible? —protestó Beto sobresaltado.

—Así es, joven. Pero no debe extrañarle porque no es la primera vez que las sotanas desenvainan los sables, como podemos observar en esta guerra contra el francés por la Península. En cuanto a Nueva España, parece ser que

el cura de un pueblo llamado Dolores, don Manuel Hidalgo, alzó la bandera de la insurrección y triunfó en Guanajuato, por septiembre del año pasado. El movimiento rebelde se corrió con rapidez, sumándose las milicias de a pie y a caballo al pueblo de forma peligrosa para nuestros intereses. Unos ochenta mil hombres reunió en escaso tiempo quien se consideraba general presbítero. Y sin mayor espera, dio comienzo a un buen número de acciones regulares con saqueos incluidos, esos que tanto atraen a los que nada tienen o han de perder. Por nuestra parte, el teniente coronel Trujillo contaba tan sólo con 1.200 hombres de diversas armas. Y como únicos oficiales europeos bajo su mando el capitán de dragones Bringas, el teniente de navío Ustáriz, a cargo de dos cañones, y el capitán de infantería Iturbide.

—¿Teniente de navío Ustáriz ha dicho? Debe ser el hijo de un primo mío, que marchó a Veracruz hace cuatro años. ¿Plantaron batalla?

—Por supuesto, gran batalla en el monte de las Cruces, aunque se encontraban en negativa proporción de uno a ochenta. Y aguantaron como jabatos hasta que se retiraron en la noche, con objeto de fortificarse dos leguas hacia fuera y recibir algunos refuerzos. El cura Hidalgo cantó victoria, pero cometió la torpeza de dividir sus fuerzas. De esta forma ofreció un tiempo precioso, suficiente para que llegaran socorros bajo el mando del capitán de navío Rosendo Porlier, comandante de la fragata *Atocha*, recién arribada a Veracruz. Este bravo oficial de la Armada se dirigió a marchas forzadas al frente de un regimiento estacionado en Puebla y las dotaciones de los buques surtos en el mencionado puerto. Salvó la situación de forma brillante. No obstante, las últimas noticias que recibí eran que el cura Hidalgo andaba por el norte con más de cien mil hombres en abierta revuelta, mientras el cura de Caráguaro, José María Morelos, organizaba otro ejército por el sur. Y no paran ahí estos curas guerreros porque un tercero, Mercado, puso sitio a la ciudad de San Blas, cabecera de nuestro departamento marítimo en aquellas costas. La moneda debe encontrarse en estos momentos volando por el aire, con peligro para nuestros intereses, porque el virrey dispone de escasos hombres.

—Malditos sean esos curas que abandonan la sotana por el uniforme guerrero —Ustáriz golpeó la butaca con sus manos—. Espero que se pudran sus almas en el infierno por partida doble.

—Y nos falta el Río de la Plata, señor —indiqué con suavidad—, un teatro que conocerá al dedillo, si de allí ha llegado.

—En efecto. También se presentan de mal cariz los cielos por aquellas tierras, que la gangrena se extiende con rapidez, si no se entra a mano alzada.

Aunque se conspiraba en grupos independentistas desde años atrás, eran fácilmente controlados gracias a su falta de coordinación. Por desgracia, las defensas llevadas a cabo contra los ingleses bajo la sabia mano del jefe de escuadra don Santiago Liniers en 1806 y 1807 les ofrecieron conciencia de sus verdaderas posibilidades. Publicaron panfletos en el sentido de que los criollos unidos serían superiores a unos españoles divididos por guerras internas en la Península.

—¿No reaccionó Liniers? —preguntó Ustáriz.

—Liniers había renunciado a su cargo de virrey por el origen francés de su apellido, manteniéndose al margen de toda contienda política. Y aunque se trate de excepcional persona, debo reconocer que cometió una solemne estupidez. Y mucho daño provocó a la causa española porque se trataba de un personaje admirado, ideal para contrarrestar a los alzados contra la patria. Fue entonces cuando se intentó nombrar como su sucesor al general don Antonio de Escaño.

El mariscal de campo dirigió las últimas palabras a su amigo, que se dispuso a responder.

—Era por entonces ministro de Marina con la Junta Central. Aunque algunos opinaron que rechacé el virreinato de Buenos Aires porque prefería mantenerme en ese importante puesto, la verdad es bien distinta. Contesté a la Junta, y lo sentía en los fondos como he demostrado después, que no saldría de España mientras quedara un solo francés en ella. No obstante, concuerdo con Antón y considero que el jefe de escuadra Santiago Liniers se excedió en su papel. Debía haber seguido en su puesto y no decidir aquella renuncia absurda, que nos privó de su figura en los momentos más importantes. Era español por los cuatro costados, como siempre declaró a voz en grito, condición que no necesitaba demostración alguna, especialmente tras sus victoriosas defensas contra los ingleses. Son muchos los oficiales que sirven en la Armada y el Ejército con sangre procedente de otros países, sin problema alguno. Por fin, se nombró para tal puesto al teniente general don Baltasar Hidalgo de Cisneros. Y aunque sea paisano mío, lo considero muy inferior a Liniers en toda la línea.

—En efecto. Es posible que con Liniers a la cabeza no se hubieran desarrollado los acontecimientos de forma tan negativa. Una vez Cisneros en Buenos Aires, Liniers le entregó el mando de forma noble e informándole de la situación con precisión y exactitud. Incluso le expuso que se había negado a tomar el mando ofrecido por los insurrectos sin dudar, al considerarlo una traición. El nuevo virrey se encontró con evidentes problemas, destacando por

encima de todos la falta de recursos, al encontrarse cerradas las comunicaciones con el Perú. Decretó libertad de comercio para conseguir fondos y los obtuvo con las rentas de aduanas, abundantes cantidades que dieron para sostener sus necesidades y posibilitar el futuro envío de caudales a la España que los solicitaba con urgencia.

—En ese caso, ¿todo se solucionó? —volvió a preguntar Ustáriz.

—Nada de eso. Se necesitaba una excusa y al igual que había sucedido en Tierra Firme, la entrada de los franceses en Andalucía y la disolución de la Junta Central les ofreció la prenda deseada. Convenientemente organizados los insurgentes, en un inesperado golpe de mano, desalojaron con rapidez a las autoridades en Buenos Aires y nombraron una Junta Soberana el 25 de mayo del año pasado.

—¿Así, por las buenas? —La indignación del brigadier Ustáriz se elevaba a cientos, mientras Escaño y Valdés asentían con la cabeza, como si se encontraran al día de tales noticias—. ¿Nadie se opuso?

—No disponía Cisneros de suficiente apoyo en Buenos Aires, con deserción de muchas fuerzas. Sin embargo, pudo haber previsto los acontecimientos y adoptar algunas medidas que se le ofrecieron. No creyó en los verdaderos informes y fracasó. De esta forma, a los pocos días eran embarcados el virrey y los oidores en una balandra contrabandista con destino a las islas Canarias. Al mismo tiempo, los insurgentes se hacían con cuatro millones de pesos del Rey, mientras los muy ladinos organizaban las tropas en nombre de don Fernando el VII y se dedicaron a propagar la revolución, si puede llamarse así, por todo el territorio.

—¡Qué barbaridad! ¿No salió Liniers en defensa de su patria, como en las dos ocasiones anteriores?

—El jefe de escuadra Liniers se portó como lo que siempre fue, un verdadero patriota español. Había apoyado las iniciales medidas de Cisneros, mientras se retiraba a vivir en el interior del virreinato. Enterado en Córdoba de lo sucedido, en compañía de su buen amigo y antiguo colaborador, el capitán de navío Gutiérrez de la Concha, se decidió a levantar la bandera del orden y la legalidad, y a reponer el poder español que había sido derribado por la fuerza. Organizó una pequeña junta con su compañero, el obispo de Córdoba y algunos españoles preeminentes, entre los que se contaban varios oficiales retirados. Pero no eran estúpidos los miembros de la Junta de Buenos Aires ante el peligro que podía suponer un personaje de tanta categoría en su contra, por lo que enviaron tropas contra él antes de que pudiera hacerse fuerte. Cuando Liniers, con los comprometidos bajo su voz, se dirigía hacia el

Perú para unirse al ejército realista, fue alcanzado por la caballería insurgente. Y para colmo de males, sin esperar un juicio que se les debía a unos hombres de tanta categoría, Liniers y de la Concha fueron fusilados en una pampa llamada monte de los Papagayos, cerca de la posta de Cabeza del Tigre. Y en aquellarre de desmanes, esos malnacidos abandonaron sus cuerpos a la grosera rapacidad de los soldados.

—¡Vergüenza y oprobio deberían sentir por el resto de sus días esos infames! —exclamé con pasión—. Y lo veneraban como un héroe pocos días antes. Los restos de esos dos hombres deberían regresar a España.

—Creo que ya se iniciaban diversas gestiones en ese sentido, aunque no pueda asegurarlo.

—¿Cómo quedó la situación? —volvió a preguntar Ustáriz en salva rápida.

—Bueno, una vez resuelto el problema de Buenos Aires, los sediciosos giraron la vista hacia lo que estimaban más peligroso y vital para su futuro, la plaza fuerte de Montevideo, punto de estación de la Real Armada. Era importante porque además de ser residencia del comandante de Marina del apostadero, jefe de escuadra José María Salazar, allí se encontraban las fuerzas navales que podían dominar el río, e incluso cerrar el puerto bonaerense. Y entendían con sabiduría que habría sido condición desastrosa para sus intereses, por verse reducidos al hambre en escaso tiempo. Aunque intentaron correr pasquines para ganarse a la tropa, y que con sus milicias sometieran a la guarnición, les salió el tiro por la culata. Los hombres de la Armada se impusieron con facilidad a la cuadrilla sediciosa. Y no sólo los desarmaron, sino que fueron embarcados en la fragata *Proserpina*, para conducirlos fuera del puerto y mantenerlos engrilletados.

—Esa fragata entró en Cádiz hace cuatro semanas, una vez finalizada su comisión a Indias —informó el general Valdés.

—Y en ella podían haber embarcado mis huesos, pero debió decidirse su tornaviaje hacia España después de mi partida. Me habría ahorrado una terrorífica travesía en esa *Temerosa* del demonio. Pero siguiendo con el tema, en Montevideo se proclamó el debido reconocimiento al Consejo Supremo de la Regencia en nombre de don Fernando y se concentró el poder naval. Al mismo tiempo, se notificó a España que se abandonaban las islas Malvinas.

—¿Abandonamos las Malvinas? —preguntó Beto.

—Fue una pena, pero necesitaban todas las fuerzas a disposición. Una vez concentrados los esfuerzos en Montevideo, se consiguió restablecer el orden, al tiempo que se solicitaban refuerzos a España para acudir con soldados y

caudales a Venezuela, Nueva España, Santa Marta, Maracaibo, Cuba, Puerto Rico y Perú.

—Y se envió lo que fue posible en aquel momento —subrayó Valdés.

—En efecto, aunque no alcanzara a las necesidades como es fácil suponer. Con los refuerzos llegó al Plata el mariscal de campo Francisco Javier Elio, que fue nombrado virrey por la Regencia.

—¿Fue aceptado en Buenos Aires por los insurgentes? —preguntó Ustáriz.

—No —contestó con rapidez Benítez—, razón por la que, en reunión con el jefe de escuadra Salazar, se decretó lo que más podían temer los sediciosos, el bloqueo del puerto. Y con extrema rapidez lo desplegó a rajatabla el capitán de navío Juan Ángel Michelena.

—¿Disponía de unidades suficientes para llevarlo a cabo? —pregunté.

—Pocas, pero suficientes, dada la escasez de fuerzas navales de los sediciosos, que consistían en unas pocas zumacas^[12] solamente. Y con toda legalidad se notificó el bloqueo a las potencias neutrales. Pero ahí saltó la liebre de patas negras. Porque si todas las potencias comprendieron la medida como necesaria y en justa ley para defender nuestros intereses, elevó enérgica protesta el representante de la Gran Bretaña.

—¿Protestaron los británicos? —clamó Ustáriz con la indignación en brote por su rostro—. Era de esperar tal acción en esas víboras malignas. Muy fieles aliados en Europa, pero con las garras afiladas en nuestras provincias americanas. Supongo que protestaríamos.

—Tan sólo puedo decirles que lord Strangford, ministro britano acreditado en Brasil, se opuso a reconocer la validez del bloqueo y envió nota al almirante Courcy, mando naval inglés en el Plata, para actuar contra cualquier procedimiento contrario al comercio lícito de sus compatriotas. Desde luego, estos britanos entienden como comercio lícito el más puro contrabando de armas y pertrechos con destino a los rebeldes. Y no puedo decirles mucho más porque esa misma semana partí de Montevideo hacia España en la calamitosa goleta, una vez concedida la licencia solicitada meses atrás a causa de mi edad y achaques. De lo último que tuve conocimiento es de que se comenzaban a intercambiar notas sobre el asunto entre Elio y Strangford. Mucho me temo que nos hayamos visto obligados a levantar el bloqueo y devolver las presas realizadas. En fin, señores, esto es todo lo que puedo decirles a grandes rasgos.

—Lo has expuesto con mucha claridad, Antón —animó Escaño a su amigo—. Según he escuchado en los últimos días, los rebeldes de Buenos

Aires intentan adquirir unidades navales al precio que sea, especialmente en los Estados Unidos, por considerarlas imprescindibles para su lucha. Y estoy convencido de que también la Gran Bretaña, de tapado, echará una mano a la perola que tanto le atrae. No me extrañaría ver a marinos ingleses al mando de esas unidades, adquiridas en América del Norte.

—Piratas ingleses querrás decir —exclamó Ustáriz con su vehemencia habitual.

—Es la misma cosa, amigo mío —contestó don Antonio entre risas.

—¿No se puede demandar al gobierno de la Gran Bretaña para que cumpla con su cometido como fiel aliado, señores? —pregunté con cierta inocencia—. O somos aliados para todo o rompemos la baraja.

—Eso no es posible porque nos tienen bien cogidos por los huevos —apostilló el general Valdés—. Deberemos defender nuestros intereses en aquellas aguas por nuestra cuenta y sin apoyo alguno, a la contra de gobiernos cínicos que negarán sus auxilios.

—Está claro que son más fuertes, señor, pero también lo son los franceses y les hemos plantado cara —insistía con decisión—. ¿Qué arriesgamos manteniendo el bloqueo en contra de los intereses comerciales britanos? ¿Nos van a declarar la guerra? Después de todo, aquí en la Península luchamos casi en soledad, aunque nos suministren pertrechos y armamento. Los que mueren a diario son españoles.

—No es fácil el ejercicio de la política, muchacho, bien lo sé yo —declaró don Antonio—. Ya sabemos desde hace mucho que los britanos sacarán tajada en las Indias, de eso no me cabe duda. Pero el objetivo principal en estos momentos es defender la Península, ocupada en un elevadísimo porcentaje por los franceses. Es muy posible que para la mayor parte de esos sediciosos americanos, España sea en estos momentos un satélite francés. Recuerden que sólo Cádiz se mantiene libre, aunque sitiada. Pero no debemos olvidar que si perdemos esta guerra contra los gabachos, será el fin de todo.

—Ya la Regencia planea el envío de más refuerzos hacia Indias —expuso el general Valdés—. Se habla de trasladar el regimiento de Castilla, así como batallones de Asturias, Lobera, Zamora y compañías de artillería. Para ello debemos poner a punto los navíos *San Pedro Alcántara*, *Miño*, *Algeciras* y *Asia*, cuestión nada sencilla en estos días, como es fácil comprender. De momento nos limitamos al empleo de unas pocas fragatas y otros buques menores. Y si no es sencillo alistar los buques, tampoco que el Ejército comprenda la necesidad de enviar hombres hacia las Indias. La verdad, comprendo su posición porque aquí no nos sobra un solo fusil.

Se hizo el silencio por primera vez, como si un telón de muda tristeza hubiese caído en la estancia. Es cierto que por aquellas fechas, pocas o ninguna nueva era agradable para las armas de la sufrida España, porque todo se volcaba en negro contra nuestra cara.

Languideció la conversación, como si las noticias expuestas por el mariscal de campo Benítez hubieran agotado todo repertorio. De esta forma, media hora después creímos oportuno despedirnos, acción que fue imitada por el resto de los asistentes. Y como entre las nubes negras a veces aparece un benigno rayo de sol, una vez en la calle, cuando nos despedíamos respetuosamente de los generales, don Cayetano Valdés me tomó por el brazo en un aparte.

—Por cierto, Leñanza, quería hablar con usted.

—Estoy a las órdenes del señor general.

—Venga mañana por la mañana a verme al buque insignia. A las diez horas estará bien.

—¿Ha dicho mañana, señor? —las campanas habían sonado a tenazón en mis oídos.

—¿Tiene algún compromiso?

—En absoluto, señor. Allí estaré.

—De acuerdo.

Nos despedimos por fin, pero quedé parado como estatua de sal hasta que Beto golpeó mi hombro.

—¿Qué te sucede, culebrón? ¿Acaso has visto un duende vagar por los cielos?

—Más o menos. Don Cayetano Valdés me ha dicho hace pocos segundos, que acuda mañana por la mañana a verle al buque insignia.

—¿Mañana? Pues ya sabes. Eso sólo puede significar algo bueno.

—No sé, es posible que me quiera endosar alguna comisión de estudios o...

—No digas sandeces, por favor. Como naciste con buena estrella, aunque hayas perdido un ojo, seguro que te concede un mando goloso.

—Sería fantástico, pero no debo hacerme ilusiones, que después la caída es mayor.

—Déjate de caídas y bobadas. Te darán un mando, posiblemente una fragata, y aquí quedaré yo con los brazos cruzados, cuidando de las mujeres.

—También llegará el tuyo.

—El día del juicio final.

Regresamos a casa lentamente entre las ráfagas de un viento de levante que chamuscaba los pensamientos al crudo. Beto se mantenía en letanía de mil protestas contra su mala suerte, aunque en verdad no escuchaba sus palabras. La última frase dictada por el general Valdés se repetía en mi cerebro sin descanso, intentando buscar en su entonación y contenido algún significado oculto. Podía ser un mando en la mar, me dije una y otra vez, al tiempo que rechazaba fantasear muy por alto. Pero por fin me dejé ir entre los sueños porque era hermosa la estampa que ofrecían.

5. Don Cayetano Valdés

Creo que dormí escasos minutos y de forma inquieta aquella noche, con la frase del comandante general de la Escuadra bailando por truenos y sin tregua en mi cabeza. Por tal motivo, desperté con las primeras luces del crepúsculo, sin posibilidad de enmendar el sueño. Dispuesto a tomar el día de largo, me deslicé en silencio por la casa hasta alcanzar el portillo del torreón, costumbre habitual de las casas gaditanas para elevarse en altura y avistar en lo posible los buques que arribaban desde las Indias. Trepé escaleras arriba hasta alcanzar la cima, terraza parapetada en fuste desde donde se divisaba un paisaje de extraordinaria belleza. Poco a poco, conforme las luces perfilaban costa y aguas, se abría la bahía gaditana en mar plateada, como si se tratara de un cuadro irreal. El levante se mantenía a la baja, aunque era de esperar que remontara vuelo en pocas horas, para fabricar las primeras cabrillas alrededor de la ciudad que se había convertido por merecimientos propios en solar de la España libre y, como decía Beto, cuna de la nueva reconquista hispana.

Como Okumé parecía detectar a distancia mis movimientos, apareció en silencio con un tazón de café humeante. Aunque la denostara en los primeros momentos, me había acostumbrado de tal forma a esa bebida negra y amarga que no me sentía capaz de entrar en danza sin haberla ingerido cada mañana en generosa ración. Las gachas desmigadas habían pasado a la historia, aunque mantenía la necesidad de las tajadas de tocino y algún otro añadido de diente a la ocasión. Tal mezcolanza me insuflaba las fuerzas necesarias para acometer días blandos o duros como, en mis pensamientos, se abría aquella última jornada del mes de septiembre. Porque la incertidumbre graba estrías en las tripas, aunque en este caso preciso mis pensamientos alumbraran posibilidades de gloria.

Intentando evitar el penoso traslado en carruaje con las dificultades que el sitio francés ofrecía, acompañado por Okumé alcancé con facilidad el castillo de Puntales. Se encontraba muy activa por aquellos días la emblemática

fortaleza, en fuego permanente contra el fuerte Napoleón, adelantado por los franceses hasta el bajo de la Cabezuela. Desde aquella posición disparaban los gabachos a diario con obuses Villantroys de siete pulgadas contra la ciudad, un armamento que, según se comentaba, había sido fundido precisamente en la ciudad de Sevilla. Para salir del alcance de los proyectiles franceses, el pantalán de embarque se había retranqueado hacia el norte para, de esta forma, posibilitar el barqueo al personal de la escuadra, aunque fuera más utilizado en los últimos meses para todo aquel que deseara alcanzar el arsenal de La Carraca.

Debimos esperar algunos minutos, hasta que la lancha de oficiales se hiciera visible, con permanente peregrinaje de boga en ida y regreso. Y como, salvo la presencia de un joven alférez de fragata, éramos los únicos dispuestos para el traslado, embarcamos en ella sin pérdida de tiempo.

Aunque había logrado alejar los pensamientos en cruce, cuando pisaba la cubierta del buque insignia de la Escuadra, navío de dos puentes *San Fulgencio*, sentí cómo los nervios se aferraban a los hígados con fuerza. Intentaba dejar la mente en blanco, aunque la estampa de un buque en la mar no se apartaba del cerebro y temía sentir una profunda decepción. En esta ocasión, fue un alférez de navío quien me acompañó hacia popa, aunque ya me adelantó condiciones adversas para quien no podía soportar un minuto más de incertidumbre.

—Siento decirle, señor, que el comandante general se encuentra despachando con el mayor general y el comandante del arsenal.

—¿Hace mucho que llegaron?

—Llevan ya un par de horas en la cámara del general Valdés, aunque ya sabe que ese tipo de reuniones puede alargarse por tiempo indefinido. Y le adelanto que no parecen ser buenas noticias las que embarcaban en la saca, dado el semblante que mostraban.

Me hicieron gracia las palabras del joven oficial, aficionado a los comentarios de corrillo. Pero mucho me hizo sufrir la información, al pensar que con los nervios desatados debería mantenerme en espera de recibo durante un tiempo indeterminado.

—¿Se encuentran a bordo el comandante y el segundo? —El comandante bajó a tierra con las primeras horas, pero puedo acompañarlo hasta el segundo, que se encuentra en la cámara de oficiales.

—Pues vayamos allá.

Para fortuna de mi alma, no fue necesario rematar el intento porque, en aquel preciso momento, desembocaban en el alcázar el mayor general y un

jefe de escuadra desconocido para mí, que debía ser el comandante general del arsenal. Como me encontraba a la banda contraria, ni siquiera debí presentarme a ellos, que marchaban a buen ritmo hacia el portalón, gesticulando ambos con las manos en claro signo negativo.

—Ha tenido suerte, señor. Si lo desea, puedo anunciar su visita al general.

—Hágalo cuanto antes, por favor.

Pocos segundos después atacaba la cámara del comandante general, la misma que había visitado unas semanas antes cuando acudiera a rendir informes. Y a pesar de la opinión suministrada por el oficial de guardia, no parecía aparejar don Cayetano Valdés pensamientos a la mala en su cabeza, aunque fuera hombre de los que rara vez muestran la cara al bies, o al menos esa era mi experiencia personal. Vino hacia mí con su habitual afabilidad y comenzaba a balbucear la presentación de ordenanza, cuando me atajó por lo llano.

—Bienvenido de nuevo a bordo, Leñanza. Se nos abre un día magnífico, de esos que suelen animar los corazones, aunque los partes que recibo cada mañana no sean capaces de elevar el alma una sola cuarta. Bueno, ya estamos acostumbrados en la Armada a recibir novedades negras cada día. Pero tomemos asiento mano a mano, que debo hablarle por largo y con detalle.

Quedamos en dos sillones enfrentados, mientras la sangre desfilaba en reguero por las venas. Me mantuve en silencio porque el general parecía encorsetar sus pensamientos perdidos en el más allá. Por fin, volvió a sonreírme para entrar a la brega.

—Quiero expresarle en primer lugar mi manifiesto descontento porque no se haya tenido en cuenta todavía la propuesta para su inmediato ascenso al empleo de brigadier, tal y como elevé por oficio hace varias semanas en base a los méritos contraídos en acciones más que meritorias y repetidas. No debería ser así, cuando el comandante general de la Escuadra eleva tal moción. Pero es posible que esa dilación, porque así espero que se conduzca, le sea favorable después de todo.

No comprendía por donde navegaba el cerebro del general, pero parecía sonar a don de bienes. Enhebré las palabras que entendí adecuadas al momento.

—No se cumple con el deber pensando en recompensas, señor. Ya se sabe que hoy en día...

—Hoy en día se toman decisiones por las más altas magistraturas, que se traducen en vergonzosa comparación para los mandos de la Armada. Pero, bueno, ya le digo que puede serle beneficioso de momento ese retardo, si sus

deseos son los que imagino. Ya me decía el general Escaño que sois un hombre con buena estrella, aunque hayáis perdido un ojo en vuestras últimas acciones.

Nuevo silencio, que me transportaba al límite de la tensión emocional. Comencé a sentir movimientos erráticos en las piernas, difíciles de amortiguar. Don Cayetano adelantó su cuerpo hacia mí para entrar en materia.

—Como debe saber, hace cinco semanas arribó a la bahía la fragata *Proserpina*, tras rendir crucero redondo al Río de la Plata. Su misión era una más de las habituales para transportar algunos elementos de los que allí carecen, pero principalmente para embarcar caudales y otras materias del virreinato de Buenos Aires, producto del libre comercio decretado por el teniente general Hidalgo de Cisneros. Por desgracia y como nos explicó hace días el mariscal de campo Antón Benítez, dichos caudales cayeron en manos de los sediciosos, esos españoles que se intitulan a sí mismos como patriotas, aunque luchen contra su propia patria. En contra de los planes previstos, la fragata cooperó con el comandante de Marina del apostadero, jefe de escuadra José María Salazar, apoyando con sus hombres las acciones que derrotaron a los sediciosos y su transporte posterior a territorio seguro.

—Ya tuve conocimiento de tales hechos en la posada del general Escaño.

—En efecto, lo recuerdo. Una vez aclarada la situación, aunque sea solamente de momento, la fragata inició su tornaviaje con efectos del comercio y escasos duros fuertes del Rey. Pero incorporaba interesantes documentos del jefe del apostadero, en los que expone a las claras la peligrosa situación que por aquellas aguas y territorios se abren. Hoy por hoy los independentistas carecen de fuerzas navales, lo que los hace muy vulnerables, porque de la mar han de recibir casi todo, hasta muchos de los necesarios alimentos. Aunque no sepamos con exactitud cómo se acabó de desarrollar el bloqueo de Buenos Aires, cuestión vital que aplacaría el levantamiento en un santiamén y se trata de acción legal desde cualquier punto de vista, así como las discusiones del virrey con el embajador británico, nos informa Salazar que los sediciosos enviaron emisarios para adquirir unidades navales en los Estados Unidos de América. Pero sin olvidar la compra directa en el puerto bonaerense de unidades extranjeras del comercio con fondos que, según parece, les llegan de un banquero de Boston. Prometen generosas mesadas a quienes se incorporen a sus dotaciones, con lo que es de esperar que sus tripulaciones se encuentren conformadas por aventureros de Europa, así como la peor calaña de los puertos del norte americano y el Caribe, sin olvidar el apoyo británico aunque sea con la mano oculta.

—Incomprensible y vergonzosa actitud de nuestros aliados, señor.

—Vergonzosa pero esperada, si le hablo con sinceridad. En aquellas aguas se quitan la careta de la alianza y exhiben sus verdaderas intenciones. Pero regresando a nuestro negocio, Salazar dispone en Montevideo de escasas unidades. Y es cierto porque se limitan a las corbetas *Mercurio* y *Paloma*, sin gente para marinarlas y calificadas como potalas^[13], los bergantines *Cisne* y *Belén*, los faluchos de porte *Fama* y *San Martín*, así como otras zumacas y unidades menores. Es escasa la fuerza naval a disposición, pero el problema más grave es que ni siquiera dispone de suficiente munición y personal para dotarla, considerando más grave el segundo aspecto. También nos solicita alguna unidad de porte superior.

—Parece, señor, que deberíamos apoyarles, si no queremos perder aquel importante enclave.

—En efecto, así lo ha decidido nuestro Gobierno. Como conozco bien aquel escenario, una fragata de fuerza sería el don máspreciado, como si recibieran a todos los santos. Por desgracia se trata de una meta inalcanzable, ya que no disponemos siquiera de las mínimas para las misiones básicas. No obstante, debemos realizar un esfuerzo en el aspecto del personal y la munición. Y como es fácil comprender, no se trata de cuestión sencilla. Luchamos contra el francés en nuestra tierra, pero no debemos olvidar el imperio ultramarino del que tanto dependemos. Se ha ordenado el inmediato traslado de una compañía del Ejército, desgajada del batallón de Lobera, así como personal de la Armada que mucho les urge, desde marineros, grumetes, artilleros e infantes, hasta oficiales de mar y alguno de guerra. En el particular aspecto de la munición, también podemos aportar un cupo generoso. En estos momentos se lleva a cabo la difícilísima tarea de buscar este personal, especialmente complicado en el apartado de marineros, grumetes y artilleros.

Comenzaba a atisbar ciertas posibilidades, que erizaban mi piel en ronchas de alegría, aunque no dejara entrever una sola cuadra en el semblante. Deseaba preguntar por derecho, bien lo sabe Dios, pero decidí mantenerme en silencio y verlas llegar.

—En estos momentos y aunque nos encontremos intentando poner a punto cinco navíos para el necesario traslado de fuerzas a Tierra Firme y Veracruz, el buque mejor dispuesto para la misión impuesta es la fragata *Proserpina*. Se trata de la unidad que se encuentra pertrechada casi al ciento, por haber dispuesto en especial sorteo de una carena completa el año pasado y un ligero recorrido en el apostadero de Montevideo, que dispone de algunos pertrechos de los que aquí escasean al cero. Además, no ha sufrido mermas

por temporales recios. Es posible que, en dos semanas o tres como máximo, deba hacerse a la mar en demanda del Río de la Plata, aunque sea mi intención que haga derrota hacia la costa brasileña y la baraje hacia el sur, por si aparece alguna de esas unidades adquiridas en los Estados del norte u otras con armamento para los rebeldes, sea cual sea el pabellón que muestre.

—¿Aunque sea británico, señor?

—Aunque sea británico. Pensará que pueden encontrarse en aguas de dominio brasileño, pero los primos portugueses nos apoyan y podríamos ejecutar la inspección de su carga dentro de la ley. Pueden aparecer momentos de tensión con los britanos y las instrucciones del Gobierno son de extremar la cortesía con ellos. Pero estimo que una cosa es la cortesía y otra bien distinta mostrar indignidad, hasta dejarnos pisotear los huevos. Sé que asumo una grave responsabilidad al dictar estas órdenes, acción que me puede resultar muy negativa, pero la asumo sin preocupación. Siempre estimé que solamente debemos temer cuando obramos en contra de las ordenanzas.

Deseaba con toda mi alma preguntar qué papel debería desempeñar yo en aquella trama, con los nervios aflorando en racimo por cada poro de mi cuerpo, aunque una voz me hiciera callar y apretar los puños. Así pareció comprenderlo el general Valdés, que volvió a sonreír cuando tomaba la palabra.

—Estará pensando para qué le he hecho venir y le expongo estos asuntos con tanto detalle. La cuestión es sencilla. El comandante de la fragata *Proserpina*, capitán de navío Lizón, ha sido designado para pasar a la Gran Bretaña, donde era reclamado por el general Ruiz de Apodaca que, como sabe, se maneja como ministro plenipotenciario de la España libre en Londres. El hecho de que se encuentre casado con mujer inglesa y haber cubierto destino de ayudante del general anteriormente, han sido las razones principales. La verdad, no lo dudé un segundo. Aunque son bastantes los capitanes de navío que darían uno de sus brazos por ese mando, tuve en cuenta sus notables cualidades, en especial la decisión y arrojo con que afronta las situaciones de riesgo. Y como no puedo ofrecerle todavía el prometido ascenso, espero que le apetezca mandar esa fragata que, cosa rara, se encuentra alistada en dulce y salir hacia Indias con una importantísima misión.

Por fin se desbordó el reguero del placer, al punto de quedar sin palabras, embobado con sensaciones dulces en recorrida por todo el cuerpo. Escuché las palabras del general en la distancia.

—¿Acaso vacila en aceptar el...?

—Por favor, señor —casi un grito desgarrado brotó de mi garganta—, no lo ponga en duda. Mandar una fragata es el más maravilloso sueño aparejado en mi cerebro. Quedé en silencio porque me costaba creer como ciertas sus últimas palabras.

—Lo comprendo. —Valdés parecía de excelente humor, como si disfrutara con la expresión de felicidad que debía mostrar mi rostro—. Ya le habrá comentado algún viejo general que el más recordado de sus mandos era el de una fragata, esas gacelas que beben las aguas en la mar con especial regusto. Pocas visiones se pueden comparar a una fragata navegando con todo su aparejo en alto. Los ingleses siempre han comprendido la importancia que supone el disponer de esta clase de buques en generoso número y con abundante armamento, comenzando por el almirante Nelson, que las exigía día a día. No fue esa nuestra política por desgracia, aunque se trate de elementos imprescindibles en toda escuadra.

—En efecto, señor.

—Además, en esta ocasión particular se verá beneficiado como ningún comandante en la actualidad. Todos los buques salen a la mar con media dotación, dada la escasez de personal, una orden que fue necesario impartir en su momento por mucho que nos escueza. Bueno, ya lo sufrió a fondo y con desgracia a bordo de la corbeta *Mosca*. Pero en este caso no será así. Es posible que la *Proserpina* sea en estos momentos el buque con dotación más amplia en la Armada. Además, como ha de transportar gente de mar hacia el apostadero de Montevideo, su dotación se marcará al completo o la excederá. Claro que el tornaviaje hacia España será cuestión bien distinta y regresará a las normas habituales.

—Si le soy sincero, señor, en estos momentos poco pienso en ese particular aspecto, aunque deba lidiarlo a bordo en su momento. ¿Cuándo dice que deberá abandonar la bahía?

—Ya recibirá notificación de mi mayor general. Todo depende de la agilidad que despleguemos en conseguir el personal de mar que ha de embarcar. Asimismo, deben aclararse los mandos del Ejército en el número de tropa a transportar aunque, como norma general, no se muestren muy voluntariosos en ese aspecto. Ya sabe que para ellos sólo cuenta la guerra en la Península.

—¿Y el capitán de navío Lizón...? Quiero decir, señor, que si todavía...

—Lizón debe salir hoy mismo hacia las islas británicas, a bordo de una fragata inglesa. Recoja su nombramiento en la mayoría, que debe estar preparado, y tome el mando mañana mismo. Le será cómodo porque la

Proserpina se encuentra atracada en este arsenal, según creo en el muelle de la machina^{14]} para cambiar algunas piezas artilleras. Siento comunicarle que no dispondrá de mucho tiempo para hacerse con el buque.

—Ya he embarcado en fragatas anteriormente, señor —algunas preguntas se agolpaban en mi sesera—. Pero volviendo a la misión, entiendo que deberé barajar la costa brasileña y patagónica hacia el sur en busca de unidades sediciosas. ¿Qué pabellón suelen utilizar?

—Baraje la costa hacia el sur desde el punto de la América meridional en el que recale, allí donde le lleven los alisios. Quiero decir que no es importante la exactitud porque la parte principal será la costa patagónica. En cuanto al pabellón, normalmente suelen utilizar el de esos Estados Unidos del norte americano, aunque es posible que algunas ofrezcan el de la *Royal Navy*. Pero le será fácil reconocerlos con sólo observar sus dotaciones a escasa distancia. Es posible que sufra momentos de grave tensión con buques británicos, dispuestos a proteger a esa chusma. Pero como sé de su sensatez y claro juicio, dejo a su decisión lo que haya de hacer en cada momento, decisión que haré mía. Por encima de las instrucciones del Gobierno, no podemos permitir que nuestros aliados en Europa nos humillen. Es posible que sea beneficioso dar algún golpe sobre el tablero y dejar claro que, si quieren ser nuestros aliados, lo han de demostrar en todos los mares y no solamente en las costas europeas.

—Le comprendo, señor. Intentaré cumplir con esa difícil situación. Cuando las órdenes no son claras, suele salir escaldado el comandante del buque en la mar que navega entre dos aguas. Pero le aseguro que se trata de una situación, que poco o nada me preocupa. Creo que he comprendido perfectamente sus instrucciones.

—Ya le digo que dispondrá de mi incondicional apoyo, Leñanza, aunque nos cueste la cabeza a los dos.

—Se lo agradezco, señor —me mantuve en silencio unos pocos segundos, mientras algunas dudas surcaban el cerebro sin pausa—. Una pregunta más solamente, si me concede un minuto. Una vez desembarcado el personal y el armamento en Montevideo, así como almacenada la carga que me indique el jefe del apostadero, ¿debo regresar de inmediato?

—Entiendo su duda. Si el jefe de escuadra Salazar le solicita apoyo para alguna acción puntual y de cierta importancia, dejo a su criterio el concederle. Pero debe tener en cuenta que no pasa a sus órdenes y la misión es transportar y regresar con su buque a esta bahía para llevar a cabo otras misiones

posteriormente. No podemos dejar nuestra fragata mejor alistada en aquel escenario durante demasiado tiempo.

—Comprendido, señor.

Aunque mi sentimiento de felicidad era completo, cierta voz interior me sugería una demanda que dudaba en ofrecer. No obstante, fue la amabilidad en el rostro del general lo que me decidió.

—Ya sé que no debería exponerle en estos momentos, señor, una preocupación que...

—Puede hablarme a las claras, Leñanza. Su importante misión así lo merece.

—Como puede suponer, me siento agraciado con el máspreciado premio que un oficial de guerra puede recibir. Sin embargo, mucho me entristece la situación de mi cuñado, un extraordinario oficial que no merece...

—El capitán de fragata Pignatti —Valdés movió la cabeza hacia ambos lados con rastros de incapacidad—. No crea que lo había olvidado. También me habló de él con alabanzas de todo tipo el general Escaño, dado el especial aprecio que le dispensa. Por esa razón se le concedió el mando del bergantín *Palomo*, que se malogró con su hundimiento. Por desgracia, se pueden contar con los dedos de la mano los mandos a conceder a un capitán de fragata en estos días, y nada aparece por el momento. Son muchos los oficiales con hojas de servicio brillantísimas. En vuestro caso, Leñanza, queda muy clara la decisión que he tomado y sus razones. Le concedo este mando en misión de enorme importancia, porque lo estimo como el oficial mejor dotado para ella, dados los extraordinarios servicios prestados en los últimos años, que habrían merecido varios ascensos en situación normal. Por desgracia, no es el caso de su cuñado. Ya sabemos que un oficial de guerra no sólo ha de mostrar valor, inteligencia y dotes de mando, sino disponer de esa especial suerte para encontrarse en determinados momentos con condiciones en las que pueda demostrarlo muy por alto, esa suerte que debe sonreímos. No quiero decir que Pignatti..., entiéndame. Queda probado que se trata de un magnífico oficial, pero, la verdad, nada puedo hacer por el momento.

Quedé entristecido al pensar que debería explicar a mi gran amigo aquella circunstancia convenientemente edulcorada. Pero una luz se abría paso poco a poco, volviendo a dudar en exponer lo que mi cerebro mascullaba. Pensaba que podía pecar por exceso, pero peor sería la recriminación posterior de no haberlo hecho.

—No sé si será oportuno, señor, ya que desconozco el cupo de oficiales de guerra embarcados en la *Proserpina*, pero es posible que el capitán de fragata

Pignatti pudiera embarcar en ella como segundo comandante.

Tras lanzar la bala, quedé con el ánimo en forzado suspenso. Temía que el comandante general se hartara de mis peticiones, que podían rayar en la indelicadeza e inoportunidad. Por fortuna, una nueva sonrisa en el rostro del general me tranquilizó, así como sus palabras.

—Mucho dice a su favor el hecho de pensar en el compañero, cuando se le ha ofrecido un manjar tan goloso —parecía cavilar en alto—. La verdad es que hay fragatas mandadas todavía por algún brigadier y un par de segundos en el empleo de capitán de fragata. Según creo recordar, de los dos tenientes de navío que corresponden por reglamento a la *Proserpina*, como es habitual en estos días solamente dispone de uno. Si comprueba que es esa la real situación a bordo, puede pasar la petición de embarque de Pignatti como segundo comandante de su fragata a la Mayoría General, con mi beneplácito.

Volví a recuperar la respiración, mientras los latidos del corazón se acompañaban a ritmo. De pronto creí recordar la navegación a Cartagena de Indias a bordo del bergantín *Penélope* con Beto de segundo, unos días de gozosa felicidad.

—Mucho he de agradecerle, señor. Y debe perdonar que lo atosigue con detalles menores cuando me ha ofrecido el regalo más preciado.

—No se preocupe. Ya le digo que me siento en deuda con usted porque no se me haya concedido su ascenso todavía. Espero que salga a la mar antes de que se produzca, si es que a bien tiene este Gobierno acceder a mis propuestas algún día.

Entendí que era momento de retirarme y no hacer perder más tiempo a tan alto mando, con una y mil preocupaciones de calibre mayor en la cabeza. De esta forma, tras agradecerle una vez más que hubiera contado conmigo para tan importante misión y elevar la despedida protocolaria, abandoné la cámara en vuelo de ángeles porque ni siquiera sentía mis pies tocando las tablas de la cubierta. Pero como era necesario llevar a cabo una comprobación, me dirigí sin dudar hasta la oficina de la Mayoría General, donde uno de los ayudantes, un teniente de navío rubicundo y fortachón llamado Alfonso Yáñez, me confirmó que en el estado de fuerza rendido por la fragata *Proserpina*, en el cupo de oficiales de guerra aparecía solamente un teniente de navío de los dos que le correspondían. De esa forma y como no se encontraba el mayor general a bordo, le expuse a Yáñez la petición aprobada por el comandante general sobre el embarque del capitán de fragata Pignatti. Al mismo tiempo, recogí mis órdenes y nombramiento para tomar el mando al día siguiente.

Cuando embarqué en la falúa, ofrecida con generosidad por el segundo comandante para regresar a Cádiz, Okumé comprendió la realidad con sólo observar la sonrisa, adosada a mi rostro como tabla empernada.

—Creo, señor, que pronto saldremos a la mar.

—¿Tú crees?

En aquel momento, antes de abandonar el arsenal, ordené al timonel que cayera a babor para pasar cerca del muelle de la machina. De esta forma, poco después navegábamos a escasas varas de una fragata que, en aquellos momentos, recibía un cañón de a 12 con la pluma de la inmensa cabria. De acuerdo con la última instrucción de la Secretaría de Marina, una repetición en los últimos cuarenta años con escasas variaciones, los costados y arboladuras de todos los buques debían exhibir un amarillo ligeramente desteñido, al que llamaban *colonial*, y tan sólo las portas bautizadas en negro ofrecían el característico contraste de los buques de la Real Armada. Bien es cierto que esas pinturas brillaban por su ausencia y cada comandante acababa por emplear diferentes tonalidades, de acuerdo a lo que pescara en el arsenal. Pero se la veía esbelta y airosa, de líneas finas y maderas brillantes de proa a popa, una dama orgullosa sobre las aguas, como si acabara de ser parida en las gradas.

Me giré hacia Okumé al tiempo que la señalaba con mi brazo.

—¿Sabes una cosa, africano? Mañana tomaré el mando de esa fragata.

—Ya imaginaba algo parecido —Okumé sonreía de satisfacción—. ¿Bajo qué advocación ha sido entregada a los mares?

—En este caso se trata de una diosa pagana. La fragata *Proserpina*. Un bello nombre, ¿verdad?

—¿*Proserpina*? Nada he escuchado de esa diosa, pero la fragata es hermosa a batir chorros. Imagino que haremos derrota a las Indias.

—¿Eres un brujo en verdad? No comprendo cómo lo has adivinado.

—Es fácil, señor. En estos días he escuchado más de una vez que las fragatas entradas en la bahía procedían de aquellas aguas. Y como su sonrisa es demasiado alargada, se trataba de cuestión fácil de deducir.

—Para comprobar que portas sangre de brujos, ¿a ver si adivinas quién será mi segundo comandante?

—Si lo pregunta de esa forma, debe ser alguien conocido —mostraba sus dientes blancos con alegría—. Y me jugaría la salvación de mi alma a que don Beto nos acompañará en esta alargada travesía.

—Así es, africano santero.

—En ese caso, señor, además de buenas paletillas y vino espeso, deberé agenciar bastantes saquitos de café. Don Beto lo bebe como si se tratara de agua, aunque ya le andáis a la zaga en cercanía.

Lo tomé por el hombro, incapaz de sentir una onza más de felicidad en mi pecho. Conforme el bote viraba para salir del arsenal, repasé por última vez el costado y aparejo de la fragata, encontrándola verdaderamente en dulce. Decía mi padre que nunca había disfrutado tanto en la mar como aquellos días al mando de la fragata *Sirena*, apresada a los franceses. Era fácil de comprender con sólo observar las líneas de esas gacelas, capaces de tragar millas sin descanso. Y en mi caso se sumaba en glorioso amadrinamiento esa comisión a Indias y, de forma especial, al renombrado Río de la Plata, desconocido hasta el momento, sin gallardetes por encima del mío y entera libertad de aproar hacia donde estimara oportuno. De esta forma, las especiales y comprometidas circunstancias en las que me podía ver envuelto pasaban a popa sin mayor esfuerzo. Tan sólo la estampa de la *Proserpina* bebiendo las aguas con todo su aparejo largado a los vientos acariciaba mi cerebro a voluntad.

* * *

Durante el camino de regreso a casa, además de la intensa felicidad que campaba por todo mi ser, otros pensamientos comenzaron a cruzar en la cabeza con tonos ambiguos. Y poco a poco se imponía la conversación que debería mantener en escasos minutos con Beto. No sería cuestión sencilla explicarle que ningún mando se presentaba para él en un próximo futuro, e intentar ofrecerle la segunda comandancia de la *Proserpina* sin que se sintiera ofendido o lo contemplara como un premio poco adecuado a su trayectoria profesional. No podía exponer los razonamientos expuestos por el comandante general, que lo herirían en lo más profundo. Tales sentimientos empañaban un momento tan dulce y de nuevo los nervios aparecieron a flote cuando mi cuñado, que nos esperaba impaciente, entró en indagaciones sin atreverse a formular la pregunta, que para él debía ser definitiva.

—¿Qué mando te han concedido, culebrón?

—Parece que esa adivinación santera de Okumé se ha extendido en esta casa —intenté sonreír, sin que apareciera mi turbación—. El general Valdés me ha nombrado comandante de la fragata *Proserpina*.

—¿De la *Proserpina*? Benditos sean los cielos, que a veces se hace justicia. El mando de una de las *mahonesas* nada menos. Enhorabuena,

Gigante —me ofreció un emocionado abrazo con la absoluta sinceridad del leal amigo—. Debiste ser parido en noche de estrellas fugaces.

—Para ser exacto, esa fragata es la última de las *mahonesas*. No sé si nació entre estrellas, pero sería capaz de salir en rogatoria, rodilla en tierra, hasta la ermita más lejana. Y no es esa la única noticia, amigo mío. Para colmo de bienes, deberé salir en dos o tres semanas en demanda del Plata.

—¿Al Río de la Plata? ¡Válgame el cielo! El mando de una fragata y de comisión a Indias. Puedo imaginar cómo te sientes y te envidio hasta comerme los muñones. Pero la verdad es que lo mereces como nadie porque ya debías haber ascendido más de una vez por méritos.

Observé en el rostro de Beto la esperada pregunta, que parecía dudar en elevar. Me adelanté aunque no fuera sencillo entrarle por derecho.

—Le pregunté al general por tus posibilidades de recibir algún mando. Me aseguró que no lo había olvidado. Parece ser que también don Antonio de Escaño le habló en tu favor. Por desgracia, asegura que no aparece nada de momento, pero que no te olvida.

—¿Qué no me olvida? —mover las manos con claro gesto de resignación—. Maldita sea mi estampa y la cuna de los dioses que me ampararon. Si no hubiera sido por aquel maldito temporal, podía encontrarme en estos momentos al mando del bergantín *Palomo*. En fin, parece ser que se me ha cruzado la suerte a popa sin remedio. Deberé seguir dando lustre a este palacete, embutido en juegos con las señoras y la compañía de nuestro amigo portugués.

También dudaba en ofrecerle la información sobre mi última petición elevada al general porque, en verdad, no sabía cómo podría reaccionar. Beto, capaz de leer mis más oscuros pensamientos, lo comprendió con rapidez.

—Me parece que te falta alguna información por ofrecer. Vamos, *Gigante*, desembucha aunque sea otra bola negra. Ya estoy acostumbrado al pedrisco en caída sobre mi cabeza.

—Nada de bolas negras, o así lo entiendo. Aunque no era el momento adecuado para encarar con el comandante general un tema tan particular, le elevé una especial petición.

—¿Una petición? ¿De qué se trata? Vamos, larga la saca de una puta vez.

—Solicité que me autorizara a embarcar un capitán de fragata como segundo comandante. A la dotación le corresponden dos tenientes de navío y, como es habitual en estos días, sólo dispone de uno. Dada la importancia de la misión, me fue concedida.

El rostro de Beto cambió por completo, ofreciendo una alargada sonrisa.

—¿Un capitán de fragata dices? ¿Has pensado ya en alguno con las características adecuadas?

—Mira, Beto, sé que deseas un mando con todo el fervor de tu alma, algo fácil de comprender. La mala suerte te ha perseguido en los últimos meses y sufro por ello. Pero una comisión al Plata en esta hermosa fragata, con aparejos y tablas relucientes...

—¿Te has vuelto loco? ¿Cómo puedes dudarlo? —movía los brazos de forma frenética—. Por supuesto que deseo un mando, pero daría la mano derecha y el ojo izquierdo por abandonar la bahía a bordo de esa fragata con destino al Río de la Plata. Además, será una garantía para ti —golpeó mi hombro con fuerza, al tiempo que entraba en risas.

—Navegaremos juntos de nuevo. Del bergantín *Penélope* a la fragata *Proserpina*.

Beto volvió a abrazarme, mientras emitía extraños sonidos. Sentí una gran alegría al comprender que también él gozaba con la posibilidad de navegar a mi lado, al tiempo que me consideraba como un estúpido por haberlo dudado.

—¿Desconfiabas de mi respuesta, rabizón? Ahora comprendo esos nervios que se atisbaban en tu interior —un remanso de paz se agrandaba en mi pecho al contemplar su ilusión—. Una comisión al Plata no es bocado menor, aunque sea como paje de escoba. Ahora en serio, debo agradecerte una vez más tu intercesión. No debió ser fácil atacar al general con un detalle menor a resolver normalmente en la Mayoría.

—Debía hacerlo y era el momento adecuado, tras comunicarme que no había nada para ti.

—Si no te importa, llevaré a Miguelillo como criado particular.

—Por supuesto. Ya tiene suficiente bagaje de mar a sus espaldas. En su primera comisión a tu lado, consiguió sobrevivir a los hundimientos de la *Mosca* y el *Palomo*.

—Mucho presume de ello. Ese zagal es un jabato.

—¿Por qué llaman *mahonesa* a esa fragata, señor? —preguntó Okumé, que siempre deseaba estar al día de todo conocimiento marineramente.

—En los últimos años del siglo pasado, se ordenó construir seis fragatas de 34 cañones en el arsenal de Mahón —comenzó Beto, de excelente humor—. La primera fue bautizada como *Mahonesa*, razón de que se conocieran las seis en su conjunto, como es norma habitual en nuestra Armada, como las *mahonesas*.

—La primera fue un proyecto del gran ingeniero Romero Landa porque se construyó a imagen y semejanza de la fragata *Nuestra Señora de la Soledad*.

Precisamente fue a bordo de la *Mahonesa* donde me desteté en la mar, por ser mi primer embarque de guardiamarina. Por entonces tú no me acompañabas —me dirigía a Okumé—. Los caballeros guardiamarinas no teníamos derecho a disponer de criado particular a bordo. Pero las cinco fragatas siguientes se echaron a las aguas con ciertas variaciones llevadas a cabo por Julián Retamosa, otro de los mejores ingenieros con que ha contado la Armada. Después de la primera, se construyeron las *Esmeralda*, *Diana*, *Venganza*, *Ninfa* y, por último, en 1797, esa preciosa *Proserpina* en la que beberemos aguas hacia el sur americano.

—¿Fue botada en 1797? —preguntó Beto—. Pocas fragatas se han debido construir después, que ya entonces nos encontrábamos en la cuesta abajo sin remisión, bajo la mano del prepotente valido.

—Y tan pocas, solamente la fragata *Prueba*, de 44 cañones, se construyó en Ferrol por el año 1800.

—No está mal disponer de 34 cañones, señor —afirmó Okumé—. Supongo que serán de calibres superiores.

—No pidas imposibles, africano. Si no han variado mucho desde la última vez que observé una de ellas, deben montar veintiséis cañones de a 12 y ocho de a 6.

—Bueno, y ese batiburrillo de obuses de diferentes calibres, como es norma habitual —intervino Beto—. Algunas montan una docena de obuses de a 3 y otras hasta las dos docenas con calibres de a 2 y a 6. Suelen andar descuadradas en ese aspecto. Pero dejemos de hablar de cañones y celebremos esta buena noticia como se merece. ¿Queda alguna frasca de ese vino que almacenó tu tío Santiago antes de morir?

—Alguna debe restar en la bodega. La incorporaremos al almuerzo, al tiempo que ofrecemos la fantástica noticia a la familia.

—No gozarán tanto las señoras de esta nueva —entonó Okumé a la baja—. Menos mal que con los britanos de aliados el peligro de combate en la mar decrece y sufrirán menos.

No nos afectaron las palabras de Okumé, aunque sabíamos que sería, como tantas otras veces, una triste despedida. Porque los familiares de los hombres de mar saben cuándo abandonan el puerto sus seres queridos, pero poco de su posible regreso, si es que la mar no decidía comerse tablas y vidas. No obstante, en aquellos momentos me creía capaz de salir al balcón y saltar moviendo las alas, porque la felicidad no podía ser mayor ni más completa.

6. La fragata *Proserpina*

Aquel primer día de octubre del año del señor de 1811, marcado en mi calendario particular con orla de oro, se abrió de una incomparable belleza. La bóveda cobraba el azul de fuerza poco a poco, sin una sola mancha, mientras la visibilidad se alargaba hasta el infinito y más allá, con la bahía gaditana cuajada en plata sin un simple vagajillo entrando de rondón. En verdad que se trataba del cuadro adecuado al momento y la ocasión, como era mi toma de mando de una fragata, la embarcación más hermosa que puede surcar los mares del Norte y del Sur, recién cumplidos los veintisiete años. Puedo jurar en palabra de ley que nada más podía desear en aquellos momentos, sino disfrutar con todos los sentidos minuto a minuto. Y muy importante es amparar tales sentimientos bien dentro de la saca, para rescatarlos cuando entraran a batir las situaciones negras. Porque cuando las malas saltan en pico contra la cara, debemos disponer de imágenes en gloria para contrarrestar.

En el glorioso momento de pisar la cubierta de la *Proserpina* por primera vez, un dulce escalofrío recorrió mi cuerpo, esa sensación tan difícil de comprender para quien no haya vivido parejo momento. Por una parte, pasaba a ser el amo y señor de los cuerpos y almas arracimados en aquel buque, marcado desde las gradas con vida propia, un dios particular al que tantos hombres encomendaban sus esperanzas de sobrevivir, esa acción que se libra en la mar día a día. Pero también pasaba a mandar en toda la extensión de la palabra, porque ese conjunto de tablas aderezadas por expertas manos, aproaría en todo momento al rumbo que yo ordenara, desplegaría hacia los cielos el aparejo al ritmo de mi voz y, llegado el momento, sus cañones abrirían fuego en sangre cuando mi sable atizara el viento. Y si había podido comprobar desde las aguas que el aspecto exterior de la fragata era envidiable, teniendo en cuenta cómo se movían por aquellas fechas nuestras unidades, el simple hecho de elevar la mirada hacia los palos y observar el estado general

de jarcias, cabuyería y aparejos aferrados, también colaboraba al grado de satisfacción interior.

Como las noticias en la escuadra suelen correr como reguero de pólvora bocina en mano, pude comprobar que a bordo conocían con detalle mi nombramiento e inminente embarco. Porque ya de entrada, en tales condiciones me recibió un joven teniente de navío embutido en flamante casaca, de las que pocas se observaban por aquellos días de penuria, al tiempo que la tropa de infantería cuadraba en guardia de honor. Y como ya deben conocer mi inclinación por las primeras impresiones, me agradó a fondo aquel oficial magro de carnes y altura pareja a la mía, cara redonda y nariz chata como corvo africano. Moreno de piel y cabello, desplegaba una mirada con aparente decisión y templanza, dos cualidades muy apreciadas para el servicio a bordo. Su voz sonó por alto, al tiempo que se destocaba e inclinaba la cabeza en cortesía.

—Se presenta y queda a vuestras órdenes, señor comandante, el teniente de navío Francisco Romarate, segundo comandante de la fragata *Proserpina*.

—Muchas gracias, segundo. ¿Romarate ha dicho? ¿Acaso pariente del capitán de fragata destinado en el apostadero de Montevideo?

—Primo de mi padre, señor.

—Me agrada que lleve sangre marinera en las venas —le sonreí, al tiempo que estrechaba su mano en confianza—. Ya veo que esperaban mi llegada. Le entrego las órdenes y el preceptivo nombramiento del comandante general de la Escuadra —alargué hacia él los documentos encorsetados en balduques rojos, que tomó entre sus manos—. Siento comunicarle que en pocos minutos embarcará el capitán de fragata Adalberto Pignatti, a quien deberá entregar la segunda comandancia.

—También estaba al día de dicha noticia, señor —ofreció una primera sonrisa de complicidad—. Será beneficioso para el servicio a bordo aumentar el cupo de oficiales de guerra con amplia experiencia. ¿Desea que le presente a los oficiales?

—Por supuesto.

Había discutido con Beto la oportunidad de su embarco el mismo día de mi toma de mando, o retrasarlo hasta la jornada siguiente. No obstante, decidí que se presentara una vez llevadas a cabo las formalidades de ordenanza y, de esta forma, ponerse al tanto de la situación del buque desde el primer momento. Mientras Romarate me presentaba el cuadro de oficiales de guerra, comprobando con alegría que se acercaba en mucho al cupo marcado por el Reglamento General de Tripulaciones y Guarniciones, mi cuñado esperaba en

la falúa suministrada por la Mayoría General. Poco después, también él atacaba el portalón a mi señal, incorporándose al grupo al que era presentado. Y como primera medida, indiqué a Romarate la oportunidad de charlar con él de forma privada en mi cámara.

Quedé encantado al comprobar que la cámara del comandante en aquella fragata era espaciosa y decorada con gusto, aunque el comandante anterior hubiese evacuado su mobiliario particular, condición prevista que debería atacar por mi cuenta en las siguientes jornadas. Tomé asiento en la silla de piel empernada a popa frente a la mesa firme, de espaldas a la balconada, al tiempo que indicaba a Beto y Romarate seguir ejemplo frente a mí. Como era habitual en él, mi cuñado vestía uniforme en lustre y sin merma alguna, perfecto ejemplo del reglamento de uniformidad, tan difícil de cumplir por aquellos días para quienes sus haberes se encontraban prendidos en promesas. Sin pérdida de tiempo, atacué a quien nos debía informar con detalle de la situación a bordo.

—Bien, Romarate, pasemos a lo que en verdad nos interesa. Debe ponernos al día de la situación a bordo, aunque ya a primera vista la considero como una magnífica excepción.

—En efecto, señor. Con gran placer recibimos la orden de los mandos de la Escuadra hace algunos meses, en el sentido de que los buques nombrados de comisión a Indias lo hicieran con un mínimo listón de seguridad en cuanto a pertrechos, armamento y equipaje^[15]. De todas formas, no cumplimos el cupo reglamentario ni de cerca, aunque no nos sintamos constreñidos por las medias dotaciones ordenadas de forma general.

—Lógica disposición que desconocía y aplaudo. Según tengo entendido, entre los oficiales de guerra^[16] tan sólo les faltaba un teniente de navío, que ahora queda cubierto por el nuevo segundo, así como un alférez de navío.

—En efecto, señor. Y como el capitán de navío Lizón consiguió la semana pasada el embarque de un guardiamarina veterano, quedamos prácticamente al ciento en su conjunto, aunque un poco rebajados en los empleos.

—Parece difícil de creer —dijo Beto con gesto de extrañeza.

—Así es, señor. Es posible que seamos el único buque de la Real Armada en estos días con el cupo de oficiales de guerra casi al completo, aunque disfruten de pocos años en el empleo como norma general.

—Entremos en absoluta sinceridad. ¿Cómo se desempeñan? —pregunté por derecho.

—El anterior comandante informó muy favorablemente de todos, tras nuestra comisión al Plata. El teniente de fragata Manuel Orcajo es fuerte y disciplinado, oficial de braza con experiencia de mar y maniobra. A veces es excesivamente duro con el personal, por lo que fue llamado al orden en un par de ocasiones. Desempeñaba el mando de la batería con eficacia, aunque tal misión deba tomarla yo a partir de ahora, si lo estima conveniente.

—Me parece perfecto y adecuado. En cuanto a esa inclinación del teniente de fragata Orcajo, debe saber que no soy partidario de paños calientes llegado el caso, Romarate, pero tampoco admitiré a bordo el castigo sin necesidad y motivo.

—Estoy de acuerdo, señor.

—Bien, continúe.

—El alférez de navío Manuel María Dávila cambió de hombro su charretera^[17] poco antes de abandonar la bahía en la anterior comisión. Aunque su aspecto externo sea de flojedad, dada su escasa alzada y rostro aniñado, es hábil como lagarto, valiente y muy aficionado a la brega de mar. Por último nos queda el alférez de fragata Federico Crespi, nacido en Palermo pero de familia entroncada en nuestra Armada. Muy joven y con escaso bagaje mariner, aunque voluntarioso, arriesgado y con ganas de aprender. La verdad es que no teníamos queja de ninguno salvo, como le decía, la escasa experiencia en su conjunto.

—Bueno, el valor y la decisión pueden compensar en muchos casos los pocos años de mar. Y el deseo de aprender es la mejor de las prebendas. ¿Qué me dice del nuevo guardiamarina?

—Se llama Bartolomé Encuadro, señor. La verdad es que todavía se encuentra por verlo venir, dado su reciente embarque. No obstante, presenta buena planta, maneras con esperanzas y ansias de ceñir cuanto antes la charretera, como es fácil comprender.

—Bien, me deja con el alma en paz. Un cuadro de oficiales de guerra espléndido y con juventud, esa cualidad que tanto ofrece en futuros. Pasemos ahora a los oficiales mayores.

—El contador, don Diosdado Muntaner, se las sabe todas y suele manejarse muy bien en sus correrías por las oficinas de cargo. Como nota negativa, gusta mucho de los aguardientes y entra en modorra con demasiada frecuencia. Ya se le llamó la atención en tal sentido de forma repetida. El cirujano segundo, don Cayetano Robledo, es persona afable y educada, aunque un poco remilgado de trato. La verdad, no sabemos cómo entrará en faena de sangre porque embarcó para la última comisión, y tan sólo sufrimos

escasos problemas de ligeras contusiones. Fue una navegación redonda en ese aspecto, que ni una sola fiebre pútrida nos atacó a bordo.

—¿Disponemos de cirujano? —pregunté, extrañado—. Todo un lujo por estos días.

—Se dispuso que, solamente en las unidades que pasan a Indias, se embarcara un cirujano segundo, así como un capellán. Esta última responsabilidad la detenta a bordo don Martín Escalada, joven y agradable en su ministerio, pero ya con barriga de monseñor. El piloto segundo, don Enrique Esteller, es muy hábil en su facultad y con experiencia en la navegación de altura. En vez de los dos pilotos terceros, disponemos de uno solamente, imberbe y escaso de experiencia, pero que mucho ha aprendido de su maestro en la última navegación. En conjunto, los oficiales mayores conforman un grupo aceptable y con la única merma de un piloto.

—Por todos los santos, más que aceptable diría yo —alegué con sinceridad—. Un cirujano para las faenas de sangre y un capellán en servicio de las almas. Un verdadero lujo. Por cierto, que, tras escuchar sus descripciones, es fácil comprender por qué los ingleses nos llaman con el apelativo de los *dons*.

—Así es, señor. Tengo entendido que somos la única fuerza que de esa forma, con el inseparable don, se dirige a los oficiales de toda clase. Escuché a mi padre en una ocasión que incluso el almirante Nelson de tal forma se refería en sus cartas cuando hablaba de los marinos españoles. Los apelaba como honorables *dons*, haciendo el plural de dicha palabra con una ese final.

—Bueno, entremos ahora en la no menos importante vena de los oficiales de mar. Nos corresponden veinticinco, aunque imagino que no gozaremos de la misma bonanza.

—En efecto, señor, aunque tampoco caemos mucho a la mala. Como sabrá, se aumentó el número de diecinueve oficiales de mar hasta veinticinco, como correspondientes a una fragata en el último reglamento de tripulaciones y guarniciones, aunque se trate de papel escrito sobre las aguas. Andamos cerca del antiguo cupo porque embarcamos quince, una cifra nada despreciable.

—¿Disponemos de primer contraestre con suficiente arranque y experiencia? —lancé la pregunta con cierta prevención, dada la importancia que un buen nostramo^[18] supone para todo comandante en la mar. Rogué en mis adentros a la Patrona, para que me sonriera la estrella en tan importante apartado.

—Tiene mucha suerte en ese aspecto particular, señor, condición que le alegrará por alto —ahora sonreía, como si me ofreciera el mejor de los regalos—. El primer contraemaestre, don Anselmo Ruiz, es un gaditano de brazos poderosos como martinetes y costras verdes en la piel. Posee alargada experiencia en la mar, especialmente en fragatas. Domina el aparejo de memoria, con cuatro años de servicio a bordo. Y para rematar el cuadro a bienes, es una persona de absoluta confianza, además de leal con el mando hasta el límite extremo.

—Bendita sea nuestra Señora del Rosario —exclamé, al tiempo que respiraba con tranquilidad—. Esa es toda una garantía y la mejor de las noticias. Hábleme del resto de los oficiales de mar.

—Ahí ya cuadran las cuentas de diversos colores, señor. El segundo contraemaestre es bastante más flojo, aunque alcance el linde inferior por la cresta. Disponemos de un primer guardián de fuste y buen futuro, aunque el segundo se abra con manos blandas. En cuanto a calafates, el primero es de confianza, mientras el segundo, joven e inexperto, se mueve sin aspavientos. Por fortuna, los dos carpinteros cumplen, especialmente el primero, don Lino Capaz, un personaje capaz de construir un navío de tres puentes. El cocinero de equipaje no es malo ni bueno, y tan sólo se defiende a la brava con la menestra. Patrón de lancha y de bote rinden al ras, pero gandulean por más. Los dos veleros amparan experiencia y trabajos de calidad probada, cuando debieron relingar todos los focos, gracias a los cielos. Por último —parecía pensar en el recuento—, disponemos de un buzo, verdadero regalo para una fragata, y un armero bastante hábil. Eso es todo.

—No está nada mal. Debe tener en cuenta que cuando mandaba la corbeta *Mosca* andábamos a la mitad del cupo y rascando perolas. Bueno, debo adelantarle que cuando tome la falúa el patrón será siempre Okumé, ese negro africano que embarca como criado particular por necesidad de asiento, aunque para mí sea un miembro más de la familia. De esa forma, corra la voz por las cubiertas, para que se le trate con el debido respeto.

—Así será tenido en cuenta, señor.

—Sigamos las cuentas del rosario. ¿Qué opina del resto de la dotación?

—Creo que andaremos en su conjunto cercanos al setenta por ciento del reglamento. La tropa de infantería queda en 40, y la de artillería en 14. Artilleros preferentes, 16 y ordinarios, 37, lo que crea problemas para cubrir toda la artillería a las dos bandas. En cuanto a marineros, damos la nota amarga porque disponemos solamente de 34, de los 55 que corresponden. Y tan sólo la mitad pueden ser calificados como verdaderos hombres de mar. No

obstante, disponemos de dos gavieros^[19] excepcionales y de absoluta garantía, de los que son capaces de ganar el trabajo de diez hombres.

—¿Y grumetes?

—También por bajo de la regla, ya que solamente nos entran en lista 41. Y muchos de ellos con la única navegación anterior como experiencia de mar, aunque les diéramos brega a fondo. Para rematar la cuenta del libro de embarque, 6 pajes y 11 criados particulares, sin contar el que incorporáis para vuestro servicio. En total y con los dos nuevos criados particulares recién embarcados, conformamos una dotación de 226 hombres, unos 70 menos del cupo ordenado en el aspecto profesional.

—Aunque hace algunos años nos habría espantado, doy esa cifra como extraordinariamente satisfactoria —me sentía eufórico con los detalles que recibía—. Además, en la navegación hacia el Plata dispondremos de dotación incomparable, porque hemos de embarcar gente de mar para su pase al apostadero de Montevideo. Por desgracia, el tornaviaje será con las cuentas expuestas, aunque no podemos quejarnos. Bien, ahora hábleme a la rápida sobre los principales detalles de la fragata. Por lo visto, les cayó el maná desde los cielos, al ser carenada en el arsenal pocos meses atrás.

—Chorros de oro que no acabábamos de creer, dos meses antes de partir en comisión hacia el Río de la Plata. Parece ser que el comandante general de la Escuadra deseaba disponer de una fragata en las mejores condiciones posibles y, de esta forma, llevar a cabo misiones importantes con la debida seguridad. Y para nuestra suerte fue escogida en el sorteo la *Proserpina*, aunque es cierto que se trataba de la mejor conservada en cuanto a costados, cubiertas y palos. Dentro de la penuria que se maneja en el arsenal, gozamos de una carena de relumbrón. Bien es cierto que esta fragata no sufría mermas importantes. Tanto así que solamente se debieron reemplazar algunas planchas de cobre, aunque se repasó toda la obra viva^[20] a conciencia. También se revisó al completo la jarcia de fuerza y cabuyería de labor, sustituyendo el material desfilado, en parte suministrado por nuestros aliados británicos. Hay un único aspecto en el que no disfrutamos de la misma suerte...

—Los cables^[21].

—En efecto, señor. Disponemos de tres cables de diecisiete pulgadas y otros tres de dieciséis, pero solamente dos de los primeros y uno de los segundos ofrecen ciertas garantías. Uno más de media vida y otros dos de reclamo ajustados a la brava. Entrados con mar en ampollas, me sentiría a gusto lejos de las piedras.

—Comparto su opinión. ¿Y la artillería?

—En perfecto orden de revista, señor. Veintiséis cañones de a 12 y ocho de a 6, todos ellos con llave de fuego que no falla. Precisamente nos encontramos en este muelle de la machina, para cambiar cuatro de los primeros, que se consideraban en tercio de fin de vida. Los de alcázar y castillo con posibilidad de mudar a la banda contraria. También montamos veinticuatro obuses.

—¿Veinticuatro? Mucho se varía la cantidad de una fragata a otra.

—Así es y muy condicionados con el uso de las lanchas obuseras, que se arman y desarman cada día para su servicio en bahía y caños. Hasta es posible que nos quiten alguno antes de salir a la mar. Catorce de ellos son de a 2 y el resto de a 6.

—¿Cupos de balerío y pólvora?

—Balerío al reglamento y 70 quintales de pólvora. En cuanto a esmeriles, fusiles, pistolas, espadas, chuzos, hachuelas, granadas de mano, frascos y camisas de fuego el cupo marcado por reglamento con muy ligeras variaciones.

—¿Setenta quintales de pólvora ha dicho? Esa cantidad excede la norma por largo, y conste que mucho me alegra ese detalle. Así nos será posible realizar ejercicios de fuego real en la mar.

—Bueno, en ese aspecto entra de nuevo la mano del capitán de navío Lizón que..., en fin, notificó menos cantidad de la real en la arribada a la bahía. Ya sabe que a veces...

—Comprendo perfectamente y lo aplaudo. A veces, es necesario faltar a la verdad en contoneo, por bien del servicio. Mire, Romarate, hasta ahora debo restregar los ojos para creer todo lo que me expone. Estimaba que ningún buque en estos días se acercaría tanto a como navegábamos bastantes años atrás. Bien, pues ya sólo resta un detalle para completar la felicidad hasta las nubes. ¿Se encuentra el aparejo en dulce?

—Pues así es, señor, y puede estar seguro de que le hablo en sinceros —volvió a sonreír, feliz de las noticias que entregaba—. Aquí también entra la mano del anterior comandante. Debe tener en cuenta que durante la carena, quien desempeñaba el mando del arsenal era compañero e íntimo amigo suyo. El caso es que disponemos de lo marcado en ordenanza, incluso en el apartado de las velas de respeto. Hasta de tres trinquetes, tres gavias y tres velachos, con sus variantes de capa. Nos favoreció el hecho de que entre el material enviado desde el arsenal de Cartagena entraran bastantes velas de las fabricadas en sus talleres para las *mahonesas*.

—Es difícil de creer que salgamos a la mar en tan favorables condiciones.

—Somos la envidia de la Escuadra, señor, puede estar seguro —mostró rostro de orgullo—. Algunos comandantes nos miran de reojo y con protestas en la cabeza. Ya se sabe que cuando llegan las bondades en vuelo suelen multiplicarse entre ellas. Por cierto, señor, ¿se sabe la fecha exacta de nuestra partida?

—Me dijo el comandante general que tendrá lugar en dos semanas o tres como máximo.

—Tengo entendido..., bueno, he escuchado por los corrillos de la escuadra que regresamos hacia el Río de la Plata, aunque se trate de un rumor en cubierta.

—En efecto y con importante misión que ya les comentaré en su momento, aunque sea información a mantener todavía en la creencia. Por cierto, ¿cómo andamos de víveres?

—Como en Montevideo se portaron bien con nosotros sin solicitarlo, y en el tornaviaje disfrutamos de vientos favorables con un muy respetable andar^[22], ahora mismo disponemos de víveres para dos meses, contando nuestra dotación. La instrucción es que, en el caso de navegaciones a Indias, salgamos a la mar con raciones enteras de Armada para 94 días y 900 de dieta. Deberemos solicitar la merma y calcular las necesarias para el personal que embarque en situación de transporte.

—Por fortuna, parece que Cádiz está bien abastecida y es el único apartado en el que se cumplen las normas. ¿La aguada se mantiene de calidad?

—En orden. Disponemos de 25 toneles, 26 toneletes, 25 pipas y 31 cuarterolas en buen estado.

—Muy bien —froté mis manos con satisfacción—. Ahora desearía saludar a los oficiales de guerra y mayores en su cámara, así como a los de mar. Y, a continuación, acompañados por el contraamaestre primero, daremos un recorrido general al buque. Nos restan muchas horas de este esplendoroso día.

—Como ordene, señor.

Salió Romarate de la cámara, momento que aprovechó Beto para saltar en aspavientos.

—Lo he repetido una y mil veces, bien lo sabes, pero me reafirmo por alto —paseaba por la cámara a tranco largo y con enérgicos aspavientos de sus manos—. Fuiste parido en la estela de una estrella fugaz. Te conceden el mando de una fragata con destino a Indias y, para colmo de bienes, se trata

del único buque de la Armada en situación parecida a como se navegaba hace más de diez años. Cuesta trabajo crearlo.

—No exageres, que nos faltan setenta hombres de la dotación ordenada por reglamento, condición impensable tiempo atrás.

—No desvaríes, por favor. Lo normal es que presentaras una merma de 150. Pero no es eso solamente. Disponemos de un aparejo completo, con todas las velas de repuesto, incluidas alas y foques. Cargo de pólvora por encima del cupo. Y para remediar los males, nos embarcarán gente de mar que suplirán de sobra los huecos. Mucho me alegro de acompañarte y disfrutar de esta navegación galana.

—Será si la mar así lo decide.

—Con esas velas de capa en relumbrón, poco nos podrán morder las olas.

—Parece mentira que diga tal barbaridad un oficial de la Real Armada. Bien sabes que la mar puede comerse hasta una catedral de tres puentes, con uno solo de sus mordiscos. Además, ya veremos qué situación nos encontramos al arribar al Río de la Plata.

—Con el bloqueo impuesto, los rebeldes no tendrán más remedio que ceder.

Esperemos que el virrey Elio despliegue suficiente autoridad contra los prepotentes ingleses y no se deje achantar.

—Sería interesante saber las instrucciones que el general Elio ha recibido del Gobierno en ese sentido. ¿Y si al arribar nos encontramos con que también Montevideo ha caído en poder de los sediciosos?

—No digas barbaridades. El apostadero dispone de fuerzas y unidades navales más que suficientes para dominar aquel escenario.

—La tropa a disposición del jefe de escuadra Salazar es muy escasa, según comentó el amigo del general Escaño. Y en cuanto a unidades de mar, unos pocos bergantines, potalas, faluchos y unidades de río con escasa gente de mar. Podría ser suficiente, pero todo depende de los refuerzos que hayan conseguido esos antipatriotas.

—No habrá permitido esa circunstancia el jefe del apostadero, estoy seguro.

—Pues no deben andar muy seguras nuestras autoridades, cuando el general Valdés me ordenó una derrota para barajar la costa patagónica, por si avistamos alguna unidad que se les pueda incorporar. Si no se ha conseguido el bloqueo de Buenos Aires y disponen de crédito en esos Estados Unidos del demonio, puede complicarse el panorama.

—Bueno, no entremos todavía en problemas que han de llegar. Disfrutemos de esta *mahonesa*, que no es fruta a embuchar cada día.

—Ahí sí que te doy la razón.

Seguimos charlando de excelente humor, como es fácil suponer. Por mi parte las alegrías se sumaban una a una, conforme tomaba conciencia al detalle del buque que iba a mandar en la mar, unas condiciones que no esperaba encontrar ni en los más felices sueños. De esta forma, poco después me dispuse a saludar a los diferentes oficiales y pasar revista a la *Proserpina* de proa a popa, sin dejar una chaza en blanco.

* * *

No había sido mal presagio confiar en la cordura y sano entendimiento del teniente de navío Romarate, porque coincidí casi al completo con sus opiniones expuestas sobre el personal y el material. En efecto, el cuadro de oficiales de guerra podía ser considerado como de un nivel muy alto en cuanto a decisión, entusiasmo, espíritu y deseos de cumplir con su deber. Bien es cierto que eran muy jóvenes, recién alcanzado su respectivo empleo y con una escasa formación, tanto en el aspecto científico como militar. Pero siempre he preferido a bordo oficiales con ganas de tragarse el mundo y batirse por alto contra olas y hombres, que otros más ilustrados en las ciencias y escaso espíritu guerrero. Les faltaba mar, aunque ya hubiesen largado navegación redonda al Plata, pero lo compensaban con su dedicación y estaba convencido de que en poco tiempo rendirían al ciento.

Del resto del personal tan sólo algunos oficiales de mar ofrecían la blanda con claridad y deberían recibir badana por los costados. No obstante, debía destacar por encima de todos al contramaestre primero, uno de los hombres en los que descansa el día a día del comandante, piedra angular en situación de combate o lucha contra temporales abiertos. Creo que nos compenetramos a tope desde el primer momento, esas situaciones con pensamientos paralelos y respuestas que nos llegan antes de formular la pregunta. Y sin perder un segundo le comenté mi idea de establecer, con la ayuda de Beto y Romarate, el plan de combate trabajado con éxito a bordo de la corbeta *Mosca*, con objeto de cubrir las vacantes de braza con infantes y artilleros, aunque clamaran con la cara al bies. En cuanto a la falta de personal para cubrir la artillería a las dos bandas, era de momento un problema de imposible solución, por lo que decidí estirar la relinga de forma que pudieran entrar en combate el mayor número de piezas, aunque se debilitara el ritmo de fuego.

También llevé a cabo una detallada inspección de la fragata, alargada tarea que rendimos cuando ya las sombras entraban en picado y se alimentaban los tarros de luz, una ronda que estimé muy positiva. Debo recordar una vez más que todo era relativo por aquellos días y que una situación medianamente cercana a la normalidad se aparecía como excepción celestial. La artillería y sus aparejos cuadraban al ras, así como las diferentes cubiertas, arranchamiento de efectos, cabuyería de firme y jarcias de fuerza. Incluso cuando observé los cables a disposición, mejoró la impresión expuesta por Romarate. Al menos, uno de diecisiete pulgadas y de clara procedencia inglesa, mostraba escaso trabajo y gran fiabilidad, con otro de dieciséis en estado muy cercano.

Cuando, bien entrada la noche, Okumé nos sirvió jamón cocido en lonchas regias y caldo ligero de menestra en mi cámara, tanto Beto como yo mostrábamos signos evidentes de cansancio, pero con ganas de atacar un cordero de morro a rabo. Había sido un día de lomos duros y de sol a sol, con un ligero descanso a mediodía, sin masticar ni beber al gusto. Tales trances se cubren con gloria en situaciones como aquella, tanto así que provocó el comentario de Okumé, quien no perdía traza.

—Muy felices veo a los señores, tras el recorrido por esta preciosa fragata. Eso significa que navegaremos con cierta seguridad.

—Con más seguridad de la que nunca soñaste, culebrón —sentenció Beto en broma.

—Pues con todos los respetos, el buque mostrará aparejos y tablas en firme, pero en la despensa no aparecen alimentos de calidad y el mejor vino a la vista es este que les sirvo, de color incierto. Eso sin contar los escasos saquitos de café a disposición, don Beto.

—Ya sabes lo que has de hacer, amigo mío —alegué en firme—. Trata de nuevo con el proveedor Cabrero, que nos concede suficiente crédito. Buen vino, paletillas jugosas, café en abundancia y lo que sea menester, sin olvidar algunas frascas de aguardiente.

—Lo había pensado. Mañana mismo me moveré en ese sentido y en el necesario traslado del mobiliario, que esta cámara anda medio desierta y no ofrece la dignidad adecuada a un capitán de navío con mando.

—Ya sé que todo quedará en perfecto orden, africano —golpeé su brazo con afecto—. Don Beto y yo tenemos mucha faena por la proa.

—¿Quieren catar este aguardiente? —nos mostró una frasca entre sonrisas—. Dicen que es de un pueblo cercano al que llaman Medina sidonia. No

ofrece el perfume del que elaboran en Cehegín, sin duda, pero me han asegurado que cumple.

—Lo probaremos.

Aquella noche dormí como niño en cuna de plumas. Agotado de músculos, entré en sueños con rapidez, aunque las últimas imágenes fueran capaces de alzar cualquier espíritu alicaído. Ya me veía en la mar con la fragata *Proserpina*, navegando con todo el aparejo largado a los cielos, en demanda de la costa sur americana. ¡Qué más podía pedir un capitán de navío a los veintisiete años!

7. Actividad a bordo

Como había leído en diversos escritos de mi padre, si es fácil tomar especial cariño por todo buque del que se asume el mando, hasta ser considerado como uno de los más queridos hijos, tal condición se acrecienta hasta caer rendido de amores cuando se trata de una fragata, cual cortesana cuyo perfume de atracción es imposible evitar. Y comprobaba como ciertas las palabras del general Escaño al estimar sin dudarle que allí se encontraba el pulmón de las flotas y escuadras de orden, elementos imprescindibles de todo punto para las mil y una misiones a las que podían destinarse, dadas su agilidad de maniobra y velocidad. También comprendí esa eterna petición de las altas jerarquías en la mar, al solicitar más unidades como aquellas, llamadas por muchos como *los ojos del jefe de escuadra*, en especial las que ya se construían con porte^[23] elevado, sistema propiciado por los ingleses desde muchos años atrás.

Hasta el momento y en cuanto a fragatas se refiere, tan sólo había embarcado unos pocos meses en la *Mahonesa* como guardiamarina recién destetado, empleo y momento en el que todo vaso de madera posado sobre las aguas se nos aparece como gigante de los mares, sin real capacidad para establecer diferencias. No obstante, llegaba el momento de experimentarla en toda su extensión, tabla a tabla y segundo a segundo, lo que confirmaría muy por largo lo que de ellas había escuchado.

De aparejo clásico, aunque ofreciera alguna pequeña variación en las velas altas, era afamada la *Proserpina*, como más tarde pude comprobar, por su ligereza, facilidad de maniobra y capacidad de bolinear^[24] hasta la última cuarta. Todo ello sin dejar de lado su generoso andar, al punto de ser considerada como una de las más rápidas en su clase y, según algunos, la que marcó más millas en las pruebas de mar tras su construcción. Creía hasta entonces que tal condición se atribuía normalmente a la *Santa Casilda*, como resultado de las pruebas llevadas a cabo por el general Mazarredo con el auxilio de su inseparable Antonio de Escaño. Bien es cierto que nunca se

deben creer todas las noticias enhebradas a bordo sobre buque propio, muchas veces exageradas por esa especial atracción que todo hombre de mar disfruta de las cuadernas propias.

El segundo día de octubre, primer amanecer que disfrutaba a bordo como comandante, dirigí la mirada hacia los palos desde el alcázar con un especial regusto ronroneando en las tripas. También se abría aquella jornada en condiciones de gloria con cielos descubiertos, buena visibilidad, tontoneo del viento sin entablarse y agradable temperatura. Había recibido la novedad del oficial de guardia, alférez de navío Dávila, con el buque bien amarrado al muelle de la machina del arsenal. Mientras bebía una segunda taza de café, Okumé aprovechó que nos encontrábamos a solas para entrar en sus habituales preguntas marineras.

—¿Por qué son tan importantes estas unidades, señor? Quiero decir que su aparejo en poco se diferencia del de un navío o una corbeta.

—Bueno, en primer lugar hay variaciones que pueden llegar a ser importantes, y ya las comprobarás cuando bebamos las aguas. Además, la proporción entre armamento y velocidad las sitúa por delante de cualquier otra unidad a flote sin posible comparación. Con vientos propicios y todo el aparejo largado, son capaces de andar y ceñir como un bergantín, mientras disponen de suficientes cañones para barrer la cubierta de toda unidad menor. Por esa razón puede ser utilizada tanto en combate, incluso en auxilio de los mismísimos navíos, como para impartir órdenes, hacer de correo y cualquier otra misión.

—Eso quiere decir que el armamento es su cualidad más importante.

—No exactamente. La principal decisión a tomar cuando se construye una fragata es la cantidad de armamento que ha de emplazarse en sus bandas, porque incide de forma directa en su velocidad. En estas *mahonesas*, fragatas de segunda clase por disponer de menos de 40 cañones, todo se fía en su aparejo y posible andar, hasta producir una visión espectacular con todo el trapo largado a los vientos, aunque sea en relativo detrimento de un aspecto tan importante como su artillería. Pero no debemos olvidar que una de las misiones principales de estas unidades es la de trabajar como descubierta y avanzada en las escuadras, así como actuar de batidores, para lo que necesitan agilidad y velocidad máximas. Ya sabes que incluso son utilizadas en la Marina británica como insignia de los almirantes. Hay quien opina que, a bordo de estas ligeras unidades, se observa y dirige mejor un combate sobre las aguas.

—Por desgracia, no es nuestro caso de estos días —entonó Okumé con tristeza.

—Así es, pero todo se andará y nuestra Armada recuperará el escalón perdido, que no debemos bajar el ánimo hasta la sentina. Dadas sus características y la situación actual que atravesamos, es lógico que se desee disponer de una fragata en excelentes condiciones porque puede desempeñar cualquier misión, especialmente teniendo en cuenta que la Marina francesa solamente ofrece al corso alguna fragata y unidades menores. Y también podemos llevar a cabo misiones como esta de navegar hacia Indias con absoluta seguridad e incluso transportar personal, mercaderías o caudales.

—Pero la fragata francesa a la que nos enfrentamos en las islas Azores disponía de 42 cañones, señor.

—En efecto, aquella fragata *Clementine* que voló por los aires, era de las clasificadas como de primera clase. Pero podemos enfrentarnos a las de ese porte, si utilizamos el aparejo y el cerebro en conveniencia. Disponer de menor artillería a bordo no significa siempre que debas sucumbir en combate. Y el más claro ejemplo lo tienes en esa francesa que mencionabas.

—Si esta *Proserpina* ha de ser tan rápida, desplegará bastantes foques y estays, así como generosa cantidad de esas velas que se extienden con botalón desde las vergas y se utilizan con vientos muy propicios.

—Esas son las alas y rastreras. Las alas se despliegan desde las vergas altas —gavias y juanetes—, mientras que las rastreras, llamadas así porque trabajan a ras del agua, lo hacen desde las del trinquete y mayor, aunque la *Proserpina* no disponga de la segunda. Tan sólo el ala de la vela mesana, que solemos llamar *cangreja*, recibe el especial nombre de *maricangalla*.

—¿Maricangalla? Extraña denominación.

—Ya sabes que en los buques todo tiene su especial acepción, hasta cubrir un generoso diccionario. Las personas que se mueven toda su vida en tierra de secano acaban por disponer de un cerebro menor, en comparación al del hombre de mar, porque no necesitan tantas palabras como empleamos a bordo.

—Tiene razón, sin olvidar que parecen más torpes. Ya son muchos los años que llevo en su compañía, y cada día aprendo alguna palabra marinera más. Una última pregunta, señor. ¿También disponemos de esas velas que se largan desde el bauprés hacia abajo y casi alcanzan a besar las olas?

—En efecto. Son las llamadas cebadera y sobrecebadera, con un repuesto a bordo para la primera, un lujo al que ya no estábamos acostumbrados.

—Desde luego. Pocos repuestos llevábamos a bordo de la corbeta *Mosca*. Y menos mal que el maestro velero fabricó un foque en amparo.

—Buenos días, señor comandante —era don Anselmo, el primer contraamaestre, quien se acercaba a mi altura—. No sabía que ya se encontraba en danza.

—Suelo madrugar bastante y hoy es un día muy especial para mí.

—Lo comprendo, señor. De momento no presentamos ninguna novedad negativa. Con la machina rematamos la faena de carga, por lo que si lo estima conveniente podemos pasar a fondear en el caño.

—Ya veo por dónde piensa, y lo apruebo. A mí tampoco me agrada mantenerme amarrado en firme, aunque en los últimos meses hayan decrecido mucho las deserciones. Es la única ventaja que ofrece el hecho de encontrarnos sitiados por los franceses. Espero que los soldados de batallones rindan guardia en ese aspecto con eficacia.

—En efecto, señor. Pero no disponemos de muchos y es tarea relativamente sencilla descolgarse por la borda de fuera y ganar a nado cualquier punto seguro.

—Pasaremos a fondear en la parte externa del arsenal, hacia la salida del caño de las Astillas. Le diré al segundo que lo comunique al mando del arsenal. Necesitaremos que nos envíen un lanchón de remolque.

—Creo que se habla de mí —Beto aparecía con casaca de relumbrón—. Buenos días, comandante.

—Buenos días, Beto. Hablaba con don Anselmo de la conveniencia de pasar a fondear por fuera del arsenal, para evitar tentaciones.

—Me parece buena idea. Así podremos llevar a cabo ejercicios de mar y guerra, y comprobar cómo se mueve la madeja en su conjunto.

—También lo pensaba. Don Anselmo —me giré hacia el contraamaestre—, supongo que no se habrán perdido músculos en estas tres semanas de descanso.

—No, señor. Pero ya conviene que regresen al tacho. Me parece buena su idea de completar los puestos de braza con infantes y artilleros, para lo que he hecho una lista que presentaré al segundo comandante. Deberemos ejercitar esas situaciones y acallar alguna protesta.

Aparecían en el alcázar el resto de los oficiales, que se presentaban ante mí con la necesaria cortesía. El guardiamarina Encuadro se destocaba en orden, de acuerdo a sus especiales ordenanzas. Comprobé que el teniente de fragata Orcajo, de recio corpachón parecido al mío, se apartaba con Beto a la banda de babor y le hablaba con rostro serio, por lo que deduje algún posible

inconveniente a bordo. Poco después era mi cuñado quien me tomaba del brazo hacia la banda contraria, para entrar con la necesaria confianza.

—Orcajo propone a dos grumetes para recibir cañón^[25] por negligencia en la guardia durante la noche.

—¿Qué han hecho esos hombres?

—Utilizar tarros de luz cuando se había ordenado cerrar mechas.

—No sería necesario dar cañón a los pocos días de tomar el mando por ese motivo, encontrándonos amarrados en el arsenal. Sería suficiente con racionarlos un par de días y nubes al aire.

—Ya lo sé y así se lo expuse. Pero tampoco sería bueno desautorizarlo en su primera propuesta de castigo, y que se corra la voz por las cubiertas. Es desagradable, pero no quedará más remedio que aceptarlo.

—No me gustan los excesos, Beto.

—No has de explicármelo porque te conozco bien y concuerdo contigo. Ya he hablado con Orcajo en tal sentido. Le he dicho que encontraba la medida exagerada, así como la necesidad de reprimirse, si no quiere comprobar que deslegitimaba sus decisiones. Parece que este joven es el coco de la dotación, un personaje al que le tienen verdadero miedo, lo que llevará aparejado un odio intenso, mala condición a bordo.

—Pues sin miramientos, Beto. Lo pasamos esta vez, pero si se produce una próxima ocasión en parecidas circunstancias, hablaré con él y le meteré estopa por la boca si es necesario.

Era una de las situaciones habituales en todo buque de la Armada. Y no me estimen blando en mantener la disciplina a bordo, porque estaba dispuesto a colgar del penol del trinquete por los huevos al primero que traspusiera la raya. No obstante, siempre entendí que se podía ganar a los hombres con rigurosa generosidad, al tiempo que los castigos debían ser progresivos y ajustados al momento. Mal me entró por ribera esta primera badana, lo que demostré ante Orcajo con una simple mirada, que era fácil de comprender.

* * *

En la mañana del día siguiente pasamos a fondear en la situación prevista por fuera del arsenal, sin contratiempos. Aunque nos movimos a golpe de remolque con el aparejo aferrado en firme, ya en la maniobra de largar las anclas pude atisbar que contaba con una dotación adiestrada y verdadera gente de mar, condición que me entró como aire fresco en los pulmones. Entre la sinfonía de pitos de los contra maestres destacaba ese silencio que

tanto se agradece en toda maniobra, hasta dejar a la *Proserpina* bien fondeada al abrigo con dos anclas, en una posición resguardada a casi todos los vientos.

Como en la mar siempre vale su peso en oro prever con tino, planificamos nuestros movimientos a bordo, teniendo en cuenta que podríamos abandonar la bahía en dos semanas. De acuerdo a esa estimación, era necesario embarcar algunos pertrechos, víveres y aguada, al tiempo que indagábamos sobre el monto total de personal a transportar hacia el Río de la Plata, número que mucho nos condicionaba. En cuanto a mi situación personal, Okumé entró en dura tarea para embarcar algunos elementos de boca especiales, así como diversos muebles que acabaran de organizar mi cámara. Y como el africano era eficiente y necesitaba pocos datos para cumplir su trabajo a la perfección, dos días después respiraba en mis aposentos con amplia comodidad y aire propio.

Aunque en líneas generales no me podía quejar una mota de la tripulación y guarnición a bordo, escasa pero con bastantes singladuras a las espaldas, retomamos los ejercicios doctrinales de mar y guerra, condición necesaria para que los cuerpos regresaran a su condición tras un merecido sesteo de varias semanas. Y no fue necesario que Beto sacara el rebenque como segundo comandante, porque ya los oficiales y don Anselmo entraban a la brega con eficiencia y normalidad. Como suele ser habitual, algunas caras mostraban rastros de vinagre, pero las manos duras del nostramo las acariciaban en conveniencia para que retomaran la sonrisa.

Una semana después, la Mayoría General de la Escuadra nos enviaba un escrito en el que se nos comunicaba con detalle el personal previsto para embarcar el próximo 20 de octubre, así como el armamento solicitado por el jefe de escuadra Salazar. Tal y como suponíamos, se rebajaban las expectativas iniciales, quedando establecidas solamente en una compañía de infantería del Ejército, desgajada del batallón de Lobera, con una sección de artillería y armamento propio. En cuanto a la gente de mar que se reclamaba con urgencia desde el apostadero de Montevideo, apenas se cubrió la necesidad con una veintena de oficiales de mar, seis contra maestres entre ellos, 32 marineros, 44 grumetes, así como escaso número de tropa y artilleros, una cualidad esta última muy solicitada en las cañoneras que defendían la ciudad. Habían sido congregados en un barracón del arsenal, donde los visitamos para exponerles el plan para su embarque definitivo pocos días después. Y como había previsto en mis adentros, no destacaba la calidad entre ellos. Así lo comenté en el alcázar con Beto y don Anselmo con cierto desánimo.

—No parece que vayamos a reforzar con calidad marinera a las unidades del apostadero.

—Razón tiene, señor —el contraмаestre entonaba con cierta tristeza—. Aunque debamos comprobarlo, la mayor parte de esos marineros y grumetes parece que lo son de nombre solamente, con la incorporación de algún presidiario en ronda. En cuanto a mis compañeros, estimo que se ha escogido con criterio a la baja.

—Se sigue la norma habitual y negativa, que tanto nos ha perjudicado durante siglos. Una y otra vez enviamos hacia las Indias lo peor de cada casa —exclamó Beto con decepción—. Según parece, sufrimos un momento muy delicado en determinadas estaciones americanas y continuamos con escasa visión de futuro. Una compañía del Ejército y un racimo de marineros de agua dulce en poco compensará la situación, si esta se deteriora.

—Lo del Ejército es más comprensible porque sólo piensan en la guerra contra el francés, aunque deberían desplegar miras más amplias, si queremos mantener nuestro imperio ultramarino. En cuanto al personal de la Armada, sabemos que hay poco de dónde escoger, pero se podía haber realizado un esfuerzo mayor. Creía que esa era la idea del comandante general.

—Se habrá seguido el sistema habitual y negativo, solicitando determinado número de hombres a cada unidad de la Escuadra —insistía Beto—. Y como es lógico pensar, no van a ceder sus mejores peones, que andarán en número bajo. En este caso tan particular, era de necesidad que hubiera tomado mano directa la Mayoría General y ordenar por derecho. Deberías comentárselo a las claras al general Valdés.

—Así lo haré, si me es posible mantener una nueva conversación con él. En teoría, solamente se me exigió las necesidades de víveres y pertrechos, así como el estado de fuerza a la salida, cuando reciba la fecha definitiva para abandonar la bahía.

—Me ha extrañado el armamento a embarcar para el apostadero —alegó Beto—. Escasa pólvora y armamento portátil, pero elevado número de balerío.

—Es posible que se les hayan estragado los reverberos o no dispongan de ferro suficiente.

—Así es, señor —confirmó el nostramo—. Es escaso el material para ser fundido en balas.

—Mejor para nosotros. Precisamente aquí sucede lo contrario, con escasez de balerío, especialmente en calibres menores, y exceso de pólvora.

—Deberemos acoplar al personal en situación de transporte con nuestros hombres —dijo Beto—. Al menos, disfrutaremos de una dotación reforzada en la derrota hacia el Plata.

—Desde luego. Integramos a todos en el plan de combate, incluido el personal del Ejército. Recuerda el extraordinario papel que jugaron a bordo de la corbeta *Mosca* cuando rendimos al bergantín francés.

—Nunca entra mal aumentar el número a disposición. Daremos badana fuerte a esos marineros y grumetes para hacerlos hombres de mar, aunque sangren entre ampollas —el contramaestre golpeaba sus manos con fuerza—. Los emparejaremos con los mejores de nuestro personal.

—Me parece perfecto. Por cierto, Beto, creo que deberíamos despedirnos del general Escaño.

—Desde luego. No quiero ser negativo, pero en su estado actual, no sería extraño que se tratara de la última ocasión que...

—No seas cenizo, por favor. Se encuentra débil pero no creo que se sitúe en peligro de muerte.

—No exagero el cuadro una mota, amigo mío, y lo sabes bien. Recuerda la información que nos ofreció su amigo, el doctor Aréjuela.

—Don Antonio es fuerte y aguantará. Debe acabar su obra y recuperar el crédito perdido sin merecerlo.

Durante las jornadas siguientes, los trabajos a bordo se atacaron con efectividad en todos sus aspectos. Hechos los nuevos cálculos de víveres necesarios, de acuerdo al número total de personal, se solicitaron sin pérdida de tiempo al arsenal, así como algunos pertrechos que se consideraban imprescindibles. Y mucho me sorprendió comprobar, que de esta segunda parte no se nos respondía como siempre con una sencilla negativa, sino que se nos suministraba en un alto porcentaje. De esta forma, cinco días después estimábamos la fragata en orden y preparada para recibir el personal y munición de transporte. Quería salir a la mar antes de la partida definitiva, navegar por la bahía con el objeto de comprobar cómo se movía la *Proserpina*, y la facultad de la dotación en determinadas maniobras. Por tal razón, decidí girar visita a la Mayoría General, al tiempo que indagaba sobre la fecha definitiva de salida.

A bordo del navío insignia fui recibido por el mayor general, brigadier Arlanza, un asturiano correcto y entrado en años, pariente al parecer del general Valdés. Con una agradable sonrisa me espetó sin esperar un segundo.

—No se quejará de su fragata y el personal a disposición, así como de los pertrechos recibidos. Pocas unidades de la Armada, o ninguna debería decir,

se encuentran en mejor disposición.

—Ya lo he comprobado, señor, y lo agradezco todos los días a los cielos. En mucho se diferencia con mi buque anterior.

—¿La corbeta *Mosca*? Hizo una buena labor en ella, cuando se encontraba más cerca de su desarmo.

—Por el contrario, señor, el personal destinado al apostadero de Montevideo parece que...

—Ya lo sé, pero nada es posible manejar en ese sentido —se expresaba de forma tajante—. Tampoco puedo exigir a unidades con muy escaso personal que ofrezcan algunos de los poquísimos hombres de mar de los que disponen. Por fortuna, en la navegación hacia el Plata puede intentar adiestrarlos.

—Eso había pensado, señor. Pero ya le digo que la calidad es mala en todos los niveles.

—Era de esperar. Recuerde, Leñanza, que seguimos disponiendo de una tercera parte del personal calculado por la Secretaría de Marina como necesario y con cálculos muy a la baja. Eso en cuanto a personal, porque en el apartado de los caudales Llegan con suspiros en mano. La Armada no cuenta para nada, aunque nos soliciten de forma continua misiones que les parecen bagatelas. Luego protestan cuando perdemos unidades en la mar y mueren muchos hombres, como sucedió en la expedición cántabra. No hay nada más terrorífico que enjuiciar la labor de la Armada desde tierra, y por personas que no son capaces de diferenciar una goleta de un navío.

—Lo comprendo, señor. Por cierto, ¿se sabe cuándo he de salir a la mar?

—Como le transmití, una vez embarcado el personal de transporte. A partir de ahí, en cuanto se acoplen a bordo y bajo su propio criterio, puede notificarme la fecha que ha decidido para abandonar Cádiz.

—Si le parece bien, señor, deseo salir a navegar por la bahía un par de días, antes de que me embarquen el personal. Después, una vez acoplados en el plan de combate para que podamos meterles sal en las venas, también gustaría navegar un día más. A partir de ahí, calculo que sobre el 24 de este mes podré partir en demanda de la costa americana.

—Perfecto. Por cierto, olvidé comentarle que ha de entregar un correo. No crea que fue olvido porque he tenido conocimiento esta misma mañana.

—¿Un correo?

—Deberá navegar en demanda de la isla de Tenerife, donde entregará una saca de correspondencia oficial. A partir de ahí, y bendecido por los alisios, establecerá la proa que estime oportuna con las instrucciones que ya le ofreció el general Valdés.

—Muy bien, señor.

—Le eximo de la despedida oficial. Es suficiente con que me envíe el estado de fuerza a la salida.

Ante la afabilidad con que me había tratado el brigadier, dudé de solicitar audiencia con el general. Por fin me decanté por no atacarla.

—Ofrezca mis saludos y respetos al comandante general de la Escuadra, señor...

—Se los ofrecerá usted en persona porque me avisó de que deseaba hablarle antes de su partida. Esta mañana puede ser un buen momento.

Poco después encaraba la cámara del general por tercera vez en escasos días. Don Cayetano Valdés se encontraba de pie, observando el más allá a través de su generosa balconada, como si sus pensamientos anduvieran perdidos en la distancia. Se giró con rapidez al escuchar la petición de recibo.

—Bienvenido de nuevo, Leñanza —volvió a estrechar mi mano con afecto, mientras me conducía hacia los dos sillones enfrentados en la banda de babor—. Quería hablar contigo antes de que abandonaras la bahía. Pero antes, sólo necesito observar tu rostro para estimar que te encuentras muy feliz del mando recibido —ofreció una sonrisa que entendí de complicidad, al tiempo que me enorgullecía el tuteo dispensado.

—Por supuesto, señor. No creo que ninguna unidad de la Armada se encuentre al día de hoy en tan envidiables condiciones. Y me refiero tanto al buque como a su dotación.

—Lo comprendo. Ya te dije que es necesario disponer de algunas unidades que puedan encarar cualquier misión con ciertas garantías. Pero quería entregarte unas órdenes personales.

El general se acercó a su mesa, donde tomó un sobre lacrado, antes de regresar a su asiento.

—Nunca me ha gustado ofrecer órdenes a mis subordinados que puedan quedar grabadas en el aire, especialmente si son..., si son conflictivas. Ya te expuse de forma general lo que debes hacer si has de enfrentarte con cualquier obstáculo por parte de los británicos. Lo dejo a tu libre decisión, con los comentarios expuestos como base. Te hablaré con absoluta sinceridad. Estas órdenes que te entrego van en contra de las instrucciones recibidas del Gobierno y las asumo con plena responsabilidad. Aquí en la Península se diferencia por completo nuestra misión en Europa, de la que debemos afrontar en Indias, especialmente en las relaciones con nuestros aliados. Ya sabes que no pienso así y es posible que sea necesario abordar en algún momento la situación con la dignidad necesaria, sin dejarnos pisotear por aliados que nos

deben profundo agradecimiento. Sé que es un compromiso difícil lo que te exijo, pero espero que me comprendas.

—Perfectamente, señor. Y así obraré aunque no me entregue esas instrucciones por escrito. Con su palabra me es suficiente.

—Pero nunca se sabe lo que puede suceder en unos meses o dónde me encontraré a tu regreso. Toma estos pliegos lacrados y léelos una vez te encuentres en la mar, aunque lo hayas escuchado de mi boca. ¿Qué intenciones tienes para los próximos días?

Le repetí el plan embastado y referido poco antes al mayor general, así como mi apreciación sobre el personal que debería embarcar.

—Muestro mi acuerdo con la respuesta del mayor general. En cuanto a lo que me dices sobre el personal que ha de pasar a Montevideo, mucho disentía pero me han convencido de la imposibilidad de mejorarlo. El Ejército rebajó mucho la idea inicial, y, en cuanto al personal de mar, y como dice Arlanza, intente mejorarlos durante la navegación. No podemos hacer más.

—Lo intentaremos señor, aunque algunos cueros queden colgando en la empresa.

—Espero que al rematar el tornaviaje te encuentres con el nombramiento de brigadier. No es tema que olvido porque mucho me ofende y por fin me ha sido prometido en la Secretaría.

—Se lo agradezco, señor, aunque con este mando me sienta más que recompensado.

—En ese caso, Leñanza, nada más resta por decir. Que nuestra Señora del Rosario te acompañe en esta comisión, que estimo de gran importancia para el futuro de nuestras provincias americanas.

—Muchas gracias, señor. Si necesita de mi persona antes de la partida definitiva, me encontrará a bordo. Tan sólo bajaré a tierra para despedirme de la familia y de don Antonio de Escaño.

—Me parece muy bien y aplaudo como se debe tu lealtad. Ese gran hombre no merece los sufrimientos a que ha sido sometido por quienes no presentan una mínima categoría de besar la suela de sus zapatos. Así es de ingrata nuestra querida España, que pronto olvida las obras importantes realizadas por sus mejores hijos. Pero don Antonio es inteligente. Estoy convencido de que conseguirá probar su integridad y patriotismo. Nadie se encuentra exento de esos peligros a los que nos conducen mentes estrechas y egoístas, que no ven una pulgada más allá de sus propios intereses.

Para mi sorpresa, don Cayetano Valdés me ofreció un afectuoso abrazo de despedida. Creí entrever ciertas notas de tristeza en su comportamiento, como

si la situación general lo decepcionara muy por alto. Bien es cierto que entonces no calibraba ciertos movimientos políticos en los que se vio involucrado tiempo después. No obstante, afirmo que pocos jefes encontré como él a lo largo de mi dilatada carrera en la Real Armada.

8. Despedida

Como si los dioses de la mar hubiesen decidido en conciliábulo general que todo a bordo de la fragata *Proserpina* se deslizara día a día sin contratiempo alguno a la vista, así transcurrieron las jornadas en bendición, hasta cumplir los objetivos previstos con extrema facilidad. Recibimos los pertrechos más necesarios con inesperada celeridad y casi al ciento, condición difícil de creer, pero también los víveres con el nuevo cálculo de personal estimado. Se preparó el buque para recibir a un total de 172 hombres, una vez reducido a última hora el cupo del Ejército, que declaraba no disponer de un soldado más sin sufrir deterioro en ciertas unidades. Tan sólo el cocinero de equipaje, don Sebastián, protestó de algunas partidas de galleta, pescado en salazón y especialmente de legumbres, por estimarlas de muy escasa calidad. En nada me preocupó su rigurosa apreciación. Como norma habitual, habíamos sufrido en los buques de la Armada situaciones más negativas y éramos conscientes de que todo acaba por engordar la cazuela, aunque sea con mariposas y gusanillos incorporados en movimiento.

La única sorpresa un tanto negativa, si puede llamarse así, fue en el apartado de la munición a embarcar, especialmente el elevado número de balas de a 6, 12 y 18 que complicó su carga a bordo, no dejando un resquicio libre en sollado^[26] y bodega. Como aseguraba Beto, disponíamos de un lastre aumentado, lo que podría reducir en alguna milla^[27] el andar, condición que a primera vista poco me preocupaba.

Tal y como habíamos previsto, antes del embarque del personal en situación de transporte, salimos a navegar por la bahía dos jornadas completas. Intentaba llevar a cabo todo tipo de maniobras y establecer cualquier situación de las necesarias a encarar a bordo, bien sea con vientos propicios o cascarrones de muerte. También en este particular e importantísimo aspecto quedé encantado y feliz, al comprobar la calidad de la dotación, aunque debiera restregar mis ojos en repetición para comprender

como auténtico y real lo que veía. Bien es cierto, aunque peque de malsana repetición, que todo en aquellos días era relativo y sujeto a permanente comparación mental. Deben tener en cuenta que mi anterior experiencia al tomar el mando de un buque había sido a bordo de la corbeta *Mosca*, con aparejo bajo mínimos, pertrechos a cero, tripulación muy reducida y personal recién alumbrado a la mar. De esta forma pueden comprender que estimara como prebenda celestial difícil de creer cuando observaba que se viraba por avante desde el primer momento sin titubeos y con escasa pérdida, la rapidez en dar y tomar cada una de las velas, la sinfonía de contramaestres y guardianes dirigidos por don Anselmo y, como broche final, la rapidez en ocupar los puestos de combate. No obstante, se azuzaba a los hombres con amenazas de racionamiento y rebenque en vuelo porque siempre es mejorable toda situación, aunque en mis adentros sonaran las coplas a ritmo.

Disfrutamos de aquellos dos primeros días en la mar con un viento fresco entablado en levante puro y mar de cabrillas en alza, sin acabar de formarse en marejada suelta. Se cumplió la escena esperada, al contemplar cómo navegaba la *Proserpina* a un largo con todo el trapo elevado a los cielos, una gacela de raza en movimiento, espectáculo capaz de abrir surcos en la piel erizada de placer. Pero entrados poco a poco en mayores exigencias, que así ha de conducirse todo hombre en la mar, es necesario declarar que las rastreras del trinquete llamaban a destiempo en bolsas negras y con demasiada frecuencia, lo que hizo mover los brazos de don Anselmo en aspas de molino y largar alguna puñada a los que cobraban las escotas en falsete. Beto también acuciaba con denuestos a proa como responsable del palo trinquete y extensor de mis órdenes, aunque luego en la cámara y con la necesaria confianza mostrara sonrisa abierta.

—Por todas las rabizonas del harén, Gigante, que no nos podemos quejar ni una sola mota. Parece que nos tocó la dama de sedas en el sorteo. Disponemos de suficiente gente de mar para asegurar cualquier maniobra.

—Es cierto y se aprecia con claridad que, en general, llevan bastantes días de mar a la espalda, conducidos por manos expertas. Creo que la mayor bendición recibida es la profesionalidad del contramaestre primero, educado a la antigua y con costras verdes en el pensamiento.

—En efecto. Un magnífico nostramo.

—No olvidemos que la dotación es excelente, si no sufrimos pérdidas. Pocos refuerzos disponemos para algunos puestos vitales.

—Eso es cierto. Por fortuna o desgracia, no espero combates de sangre corrida, que nos puedan mermar el número de manos a la labor. Como decía

mi padre, en este mundo no hay visión comparable a la de una fragata navegando con todo su aparejo, viento y mar propicios. Te juro que, en determinados momentos, creía que el tiempo se detenía, entrados en silencio con más de veinte velas chupando viento. Pienso cómo se debía disfrutar hace años, a bordo de estas unidades con dotaciones completas y adiestradas.

—No subas la raya en demasía, culebrón. También se disfruta a muerte con la nuestra, que pocos hombres nos faltan. Ya te olvidas de cómo sufriste a bordo de la corbeta *Mosca*. Tan sólo con problemas importantes en el aparejo y elevadas bajas en los hombres de mar, se echarían en falta algunas manos.

—Tienes razón. Debemos gozar de esta gacela minuto a minuto. Quién sabe si por el camino que atravesamos, volveremos a disponer de una nueva oportunidad.

—Y con derrota hacia el Río de la Plata, unas costas que no conocemos. Por cierto, he comprobado con el piloto las existencias y estamos bien surtidos de cartas y derroteros, aunque algunas zonas presenten escasa confianza. También disponemos de aparatos de navegación, sin contar los nuestros personales.

—Incluso de reloj y barómetro, aunque no sea de mucha confianza este último. Don Enrique parece buen profesional en su facultad.

—Es un piloto de garantía y no comprendo cómo todavía no ha sido promovido a piloto primero. Para nuestra suerte, ya ha efectuado dos viajes redondos al Plata, zona de la que guarda suficientes experiencias. Pero también el pilotín muestra buenas condiciones.

—Es una garantía que hayan tomado aquellas costas con anterioridad.

—Cambiando el tema, Beto, ¿cómo se desempeña Romarate en la batería?

—Muy bien. Es un oficial magnífico. Pero también Orcajo se mueve con oficio por las piezas altas. Esperemos que rebaje su temperamento porque es un buen elemento y no me gustaría cortarle las alas de nuevo. Del resto de los oficiales de guerra, nada que oponer y en pocos meses arrastrarán suficiente experiencia para rendir como subalternos. Hasta el guardiamarina Encuadro parece mostrar agallas duras.

—Es difícil de creer que hablemos así en los primeros días de mar. Y este cordero adobado por Okumé con sus especiales salsas, también sabe a gloria —le guiñe el ojo al africano, que esperaba algún comentario sobre su especial arte para manejar las carnes.

—Creo que dispondremos de paletillas suficientes, señor —entró con orgullo—. Pero si se alarga mucho la navegación hasta el Plata, deberemos acopiar carne en Montevideo. Aunque nada comentan, no creo que se puedan

quejar de este vino espeso y fuerte. Según me aseguró el marchante que nos lo vendió a precio de sedas, procede de la Borgoña.

—¿De nuestros más enconados enemigos? —entró Beto con soniquete—. Supongo que habrán apresado algún buque francés.

—Los mercaderes no conocen banderas ni enfrentamientos. Pero no fue fácil conseguirlo. La Armada no dispone de un peso fuerte y ninguno de sus miembros recibe las mesadas, pero en Cádiz parece que hay bastante plata para gastar en fiestas y saraos.

—Es una vergüenza inaceptable que parece haberse instalado como normalidad —tocábamos un tema que nos hacía hervir la sangre—. Qué razón se puede alegar para que cobre su paga mensualmente y sin retraso un intendente del Ejército, un administrador de rentas o Correos y le falte por 33 meses a un capitán general de departamento marítimo, a un anciano general y a tantos beneméritos oficiales de guerra, mayores y de mar que no han gozado ni gozan de otro patrimonio que sus sueldos.

—Y qué deberíamos pensar de tantos oficinistas de todas clases —Beto arremetía con tono desabrido—, que, lejos de sufrir el menor gravamen o atraso en sus haberes, se presentan en público hasta con lujo, al mismo tiempo que los oficiales de la Armada, con más años de penosos servicios que aquéllos de edad y encargados de transportar en los buques los pesos del Rey que afrontan sus gastos, no tienen nada para comer ni entregar a sus familias. Y algunos se ven en el duro caso de perecer de inanición, como de hecho ha sucedido, de pedir créditos o limosna cual mendigos, lo que se experimenta hoy en día en todos los departamentos.

—Bueno, dejemos estos pensamientos y regresemos a la estampa de esta fragata en la mar, o nos moverá la sangre a malas. Por cierto, Okumé, tienes razón. Este vino, sea de la Borgoña o del mismísimo infierno, es magnífico.

—Gracias, señor. Ya sabía que sería de su gusto.

—Por cierto, Gigante, la escala en Tenerife ha de ser confirmada o se trata...

—Puedes darla por obligada, si nos entregan esa saca de correspondencia oficial que me advirtió el mayor general. Tampoco nos molesta mucho para la derrota posterior.

—No me importa. Hace bastante tiempo que no recaló en las islas Canarias.

—Y yo. Así veremos el pico del Teide apareciéndose como un monstruoso gigante en la distancia. Tenerife es una preciosa ciudad. Por desgracia no disponemos de tiempo para visitarla.

—No perdamos más horas con ciudades y monumentos de los que tanto gustas. Cubierta la obligación y entregada la saca, proa al Río de la Plata, y a verlas venir.

Tras aquellas dos jornadas gloriosas, que así las conceptúo sin dudarlos en mis recuerdos, regresamos para fondear cerca del arsenal en la tarde del 19 de octubre, día anterior al previsto para el embarque del personal en situación de transporte. Navegamos con facilidad por el caño de La Carraca casi de empopada y escaso trapo, sin necesitar que la lancha nos auxiliara en ningún momento para enmendar la proa. Por fin, largamos las dos anclas en la situación prevista, sin un solo contratiempo. Don Anselmo llegó hasta mí con una sonrisa abierta. Dicté las palabras que, estaba seguro, el contraamaestre esperaba escuchar.

—Le felicito como se merece, nostramo. De forma general hemos navegado como príncipes y muy escasas maniobras han bajado de la marca. Se nota su trabajo en cada uno de los hombres. Pocos garbanzos negros aparecen en la perola.

—Más de uno ha de mejorar y arrimar el alma con mayor empeño, señor. Pero, conforme transcurran los días de mar, curtiremos las manos blandas en su debido tono. Tan sólo en situaciones límite, echaremos en falta una docena de marineros.

—Los cubriremos de sobra con los que han de embarcar mañana.

—A esos sí que habrá que despellejar para que entren en vereda, si no me falla el ojo marinerero.

—Pues badana firme y avante. De esa forma les llegarán en mejores condiciones a los jefes del apostadero.

En la mañana del siguiente día avistamos los lanchones que se dirigían hacia nosotros desde el arsenal con los soldados y gente de mar. Embarcaron sin mayores contratiempos, siendo conducidos por nuestros hombres a su zona de arranchamiento. Fue necesario echar una mano a los del Ejército, que en su mayor parte navegarían por primera vez. A su cabeza aparecían un capitán y dos tenientes de infantería, Tejero, Cardelús y Jovellar, estos dos últimos voluntarios por disfrutar de familia en la zona de nuestro destino. Se presentaron a mí con el debido respeto, al tiempo que se ofrecían para cualquier eventualidad que pudiera acaecer. Aproveché la ocasión para informarles de la importancia que suponía disponer a bordo de un elevado número de soldados, que se pueden sumar al de fusileros para disparar desde cubierta y jarcias contra el enemigo, si llegaba a entablarse combate a tocapienoles^[28].

—Nada sabíamos de esa especial misión, señor comandante —repuso Tejero con sinceridad—. Bien es cierto que se trata de nuestra primera experiencia de mar.

—Pues gracias a ese extraordinario concurso, conseguimos hundir una fragata francesa cuando mandaba la corbeta *Mosca* en las islas Azores y, posteriormente, apresar un bergantín en aguas cercanas a Lisboa. Ochenta fusiles disparando contra cubiertas y troneras enemigas decidieron el combate. Esa es la misión de nuestra tropa de Marina embarcada, que ahora con sus hombres aumenta de forma considerable.

—Cuenta con nuestros soldados sin dudarlo. Por desgracia, no disponemos de mucha cartuchería, tan sólo una veintena de disparos por arma, aunque los fusiles son de calidad.

—Se lo agradezco. El teniente de navío Romarate les indicará dónde deberán estibar sus pertenencias. Ya sabe que la norma a bordo es que los oficiales arranchen en camarotes múltiples en la porción más a popa de la primera cubierta, por riguroso orden de antigüedad y de popa a proa. Inmediatamente hacia proa y separados por unas simples lonas lo hacen los oficiales de mar. Espero que lo encuentren con suficiente comodidad, dentro de los límites que el espacio a bordo ofrece.

—No ha de preocuparse, señor. Nos adaptaremos a las normativas del buque sin problemas.

Una vez a solas, Beto comentó lo que en aquellos momentos desfilaba por mi cerebro.

—Parece que la situación se repite de forma machacona. Es la tercera vez que embarcas personal del Ejército portugués o español en situación de transporte. Y buen trabajo llevaron a cabo en las ocasiones anteriores.

—Eso le comentaba al capitán. Aunque en derrota hacia el Plata dudo que debamos encarar alguna unidad francesa armada al corso, más dedicados a las costas europeas, no son de desechar esos hombres. Establece el procedimiento para encajar a los infantes de forma conveniente en el plan de combate. Y la docena de artilleros que se distribuyan entre los nuestros y, de esa forma, podamos aumentar el número de piezas a cubrir. Una vez en la mar llevaremos a cabo los ejercicios convenientes para que se acaben de adaptar.

—Ya está previsto con Romarate su distribución entre las diferentes piezas de la batería. Por su parte, el contramaestre ha tomado de su mano a marineros y grumetes que, en su conjunto, se acercan más a un grupo de jornaleros del campo o sacamantecas de botijo.

—Don Anselmo los meterá en vereda.

—No será tarea sencilla.

Los dos días siguientes fueron dedicados a distribuir el personal y explicarles sus misiones. Fue agradable comprobar a la vista que el monto total excedía de la tripulación asignada a una fragata por el Reglamento, situación que pocas veces se disfruta a bordo de cualquier buque, aunque en el futuro tornaviaje regresáramos a la normalidad. Aumentamos el tiempo destinado a los ejercicios doctrinales de mar y guerra, para que cada uno conociera su puesto de maniobra y combate sin dudarle un segundo. Como era de esperar, nuestra dotación elevó miradas de protesta porque no merecían aquella despedida, aunque se intentó mejorar el rancho y aumentar el vino, condición que siempre alegra los cuerpos maltrechos. De todas formas, dimos libertad y descanso el día previo a la salida a la mar, al tiempo que se recibía a bordo la saca de correspondencia con destino a Tenerife y el teniente de navío Romarate trasladaba a la Mayoría General de la Escuadra el estado de fuerza^[29] definitivo con el que la fragata *Proserpina* se haría a la mar.

A pesar de la penuria general que soportábamos en la Real Armada por aquellos años, he de declarar a la contra que se mejoró en un aspecto muy concreto, en el que durante todo un siglo habíamos fracasado por completo. Me refiero a la indumentaria empleada a bordo por marineros y grumetes, que ni siquiera me atrevería a llamar uniformidad. Normalmente se encontraban medio desnudos o con prendas tomadas al quite. Y en tiempos fríos, las de abrigo corrían vergonzosamente a su costa, lo que desencadenaba mucha enfermedad del pecho. En su conjunto se mostraba una desastrosa visión, un grupo de hombres más cercanos a tripulación de buque corsario antillano que a una unidad de la Real Armada.

Por el contrario y en clara diferencia, los soldados de Infantería de Marina y Artillería de la Armada disponían desde la creación de su Institución de uniformes propios de su Cuerpo. Esa asignatura pendiente comenzó a remediarse, precisamente, por aquellas fechas, aunque parezca un contrasentido. Y aunque no se mostrara una uniformidad pareja en la marinería, se consiguió que chaqueta, pantalón, poncho, corbatín, botines y esa especie de barretina para la cabeza fueran de confección más o menos parecida. No obstante, en los meses de elevadas temperaturas, continuaban a bordo muchos de ellos con medias calzas, desvestido el torso y descalzos. Bien es cierto que la estricta obligación de que, a bordo de cualquier buque de la Armada, desde el comandante hasta el último paje de escoba^[30] durmieran completamente vestidos hacía que las prendas se deterioraran con rapidez.

Beto y yo aprovechamos esa última jornada para girar despedida a la familia, esa triste y más que repetida situación que, como norma general, sufre todo hombre de mar cuando abandona el puerto madre, aunque suela olvidar el penoso trance en cuanto pisa las tablas del barco nuevamente. Por suerte, nuestro amigo Pepe acudió de visita aquel día, circunstancia que aproveché para despedirme y hablar con él.

—Te dejo al cuidado de la familia, Pepe. Si acaso nos sucediera algo a Beto y a...

—No digas sandeces. Sois indestructibles como el hierro. Pero le comunicaré a María Antonia que me tiene a su disposición en todo lo que sea menester. Por cierto, Santiago, que desearía... —Pepe dudaba, al tiempo que rendía su cabeza en vistosos nervios, condición poco habitual en él—, desearía comentarte...

—Si es referente a tus galanteos con mi prima Cristina, quedas autorizado a cortejarla oficialmente. Ya lo hablé con nuestra madre y muestra su acuerdo.

—¿De verdad? Me haces feliz, amigo mío —mostró una sonrisa de cuadro—. Bueno, ya sabes que soy excesivamente optimista, porque a estas alturas no sé si seré correspondido por ella, aunque parece que, de momento, no intenta rehuir mi presencia. Estoy locamente enamorado de Cristina. Y aunque haya sido un poco balandrón en mis años mozos, puedes estar seguro por nuestra amistad de que a partir de...

—Por favor, Pepe. Además de buen amigo, que es lo principal, te considero un caballero e incapaz de llevar a cabo una felonía. Disfruta de su compañía y si los dos estáis seguros de vuestros sentimientos, ya hablaremos a nuestro regreso. Creo que si todo transcurre de acuerdo a tus deseos, deberemos esperar a que finalice esta maldita guerra.

—Por supuesto. Soy impaciente, pero no hasta ese punto. Además, en cualquier momento pueden enviarme a Dios sabe dónde. Esperemos a que se produzca vuestro triunfal tornaviaje, como soléis decir.

—Me conformo con regresar a bordo de la *Proserpina* sin mayores incidentes.

Me agradó sobremanera comprobar que era cierto lo que todos podíamos suponer al observar la conducta de la pareja. Cristina se encontraba en edad de matrimoniar y nada mejor para mí a que lo hiciera con un buen amigo, aunque su condición de oficial portugués pudiera alejarla de nosotros, única condición que entristecía a su madre. Por nuestra parte, también acudimos a la posada del general Escaño. Y en aquel triste vaivén al que era sometido con el

paso del tiempo, nos entristeció comprobar que no atravesaba aquel gran hombre uno de sus mejores días, aumentado a la vista el temblor de sus manos y la debilidad corporal. Sin embargo, don Antonio intentó mostrar su mejor aspecto cuando esbozó una alargada sonrisa al recibirnos.

—Estaba seguro de que os vería esta tarde, muchachos.

—¿Acaso sois adivino, señor? —alegué en sorna—. Pensaba pedirle disculpas por acudir a su posada sin aviso previo, pero...

—Pero habéis navegado por la bahía, embarcado el personal de transporte y mañana os hacéis por fin a la mar rumbo al Río de la Plata.

Quedamos sin saber qué decir, ante el preciso conocimiento de nuestros movimientos. Aumentó su sonrisa cuando nos desveló su secreto.

—Como sabéis, suelo pasear por la muralla todas las mañanas, si el cuerpo no llama a destiempo. Hace pocos días observé con extremo placer cómo navegaba la fragata *Proserpina* aguas afuera del castillo de San Sebastián, largado todo el trapo. Y por los cien santos alumbrados en el cielo que sentí una sana envidia de vosotros. Bien saben los dioses de la mar que daría todos los bienes que poseo y mucho más por encontrarme a bordo de esa gacela y batir las aguas con la proa hacia las Indias. Por desgracia, nunca regresará esa experiencia a mi vida, circunstancia que mucho me entristece. Pero no soy adivino porque ayer tarde recibí la visita del comandante general de la Escuadra, y me puso al día cuando recabé información sobre vosotros. Tenéis una importante misión que cumplir y, por desgracia, nadie sabe en estos momentos el cuadro que os podéis encontrar al arribar a aquellas aguas del sur americano.

—Así es, señor. Es de esperar que los rebeldes no hayan conseguido más unidades. También deberé barajar la costa brasileña y patagónica hacia el sur, por si avistáramos algún buque de los que intentan adquirir en esos estados del norte, o transportes de armas para los sediciosos.

—Eso me comentó Valdés. Parece ser que, a veces, esperan durante días por la costa norte patagónica, hasta conseguir burlar la vigilancia, aunque no sean muchas las unidades disponibles en el apostadero. Como no creo que consigan ninguna fragata de orden, podréis encarar cualquier unidad con esa magnífica *Proserpina* y barrerlos en sangre.

—Espero no encontrar alguna fragata francesa de 40 cañones en el camino, aunque puede jurar que no la rehuiría con la dotación y soldados de los que dispongo en estos días.

—Utilizan calibres muy superiores a los vuestros. Pero es poco probable esa condición porque los británicos también dominan aquellas aguas. Sin

embargo, las condiciones de navegación y posible combate por el estuario del Plata y ríos abiertos pueden ser conflictivas, aunque te enfrentes a sencillos bergantines. Allí las mareas, corrimientos de los bancos de arena y posibles apoyos desde tierra pueden decidir cualquier acción. Vuestro calado puede ser un grave impedimento.

—Esperemos que se haya tranquilizado la revuelta tras ser sometidos al bloqueo, si es que llegó por fin a imponerse —dijo Beto con esperanza.

—Con sinceridad, dudo que se remansen las aguas de los independentistas traidores, aunque esos malnacidos reciban otras denominaciones más delicadas. Son muchos y variados los intereses en contra, precisamente en un momento de gran debilidad por nuestra parte. Ya me comentó Valdés los problemas que se le abren para alistar los necesarios navíos que han de transportar tropas a diversos puertos de Costa Firme y Nueva España. Siempre que baje la presión francesa en la Península y el Ejército pueda disponer de esos hombres.

—¿Cómo avanzan los trabajos en las Cortes, señor? —preguntó Beto.

—Continúan con los borradores de la tan manida Constitución. Con sinceridad, y aunque sea digna de elogio en los puntos que he escuchado, traerá problemas si no es aceptada por los que defienden el poder omnímodo del soberano.

—¿Cómo se puede defender tal postura, señor? —pregunté con franqueza—. ¿Acaso se desea regresar al reinado de don Carlos el Cuarto, que nos arrastró al infierno?

—No creas que se defienden solamente ideas, muchacho, sino intereses personales o privilegios de determinados colectivos en gran parte de los casos.

—¿Y cómo transcurre la guerra por tierra? ¿Recibe información puntual, señor?

—Por algunos compañeros del Ejército que llegan a visitarme. Creo que la presión francesa ha amainado. Ya no recorren la Península avasallando con sus Ejércitos desde los cuatro puntos cardinales. Parece que el gran Wellington ha decidido mostrar la cara de una putañera vez —don Antonio entonaba con ironía—. Tanto así que Soult llevó a cabo una expedición contra Portugal en apoyo de Massena. Tomó Badajoz y Olivenza para pasar después a dirigir el sitio francés contra nuestra ciudad. Pero por todos mis antepasados, que no conseguirán entrar en la fortaleza gaditana. También se descubrió un intento de desembarco francés en la bahía. Por fortuna, se apresó

un correo al mismísimo coronel Le Jeune con precisos documentos sobre el proyecto.

—La isla gaditana está segura y en un elevado tanto por ciento gracias a su especial previsión —dije, convencido de mis palabras.

—Agua pasada no mueve molino, muchacho. Todos cooperamos a esa defensa. Pero volviendo al tema de la guerra, afortunadamente también sufren derrotas los gabachos. Massena se retiró y fue vencido en Fuentes de Oñoro. Va a tener lugar un transporte de tropas a Ayamonte para reforzar ese flanco. Los franceses tomaron de nuevo Tortosa y Tarragona, sitiaron Tarifa por medio del general Godinot, sin éxito, volviéndola a sitiar Leval, con el mismo resultado. Se anuncia una fuerte ofensiva de Wellington y la llegada de más tropas desde Inglaterra y Sicilia. En fin, creo que se progresa. Y tal condición se acentuará si son ciertas las noticias, en el sentido de que Bonaparte acabará por atacar a Rusia, si consigue aliarse con Prusia y Austria. En ese caso, debería retirar significantes tropas de España, donde le hemos fijado demasiados hombres y no cesan de sufrir día a día. De todas formas, espero que no se nombre al britano como se pretende.

—¿Nombramiento? —preguntamos a coro.

—Intentan de nuevo conceder a Wellington el preciado y renombrado galardón de generalísimo de los ejércitos aliados en la Península. Ya sabéis que se le había negado por nuestra parte el mando de las provincias españolas limítrofes con Portugal. Aquí los que llevamos más de dos años luchando y muriendo a chorros contra los gabachos somos los españoles. No sé por qué se le va a entregar el mando de todo el teatro hispano a un extranjero.

—Concuerdo con vos, señor.

—Bueno, dejemos la guerra y hablemos de vosotros, si Bernardino acaba de traernos una frasca de vino. ¿Las familias siguen en orden? ¿Esa nueva pareja de *Pecas* y *Gigante* crece en salud?

—Así es, señor. Pero ya veremos qué Armada se encuentran cuando llegue el momento de sentar plaza en la Real Compañía de Guardiamarinas.

—No se atisba un futuro alentador, es cierto. Pero no soy tan pesimista como otros. Si, como espero, acabamos por derrotar a Bonaparte, nuestro señor don Fernando deberá comprender que sin Armada perderemos el imperio ultramarino en un abrir y cerrar de ojos. Ahí deberá dedicar sus primeros esfuerzos, si es inteligente. Aunque hayamos atravesado años terribles, somos una gran nación que acabará por levantar cabeza, como tantas otras veces. Tan sólo necesitamos una mano fuerte que nos guíe, convenientemente limitado su poder con unas Cortes nobles y decididas, así

como esa Constitución que deberá jurar el soberano con la debida solemnidad.

—Que Dios os oiga, señor —dije, escasamente convencido de mis palabras.

—Me oirá, podéis estar seguros. Son muchas y muy variadas las opiniones que circulan sobre don Fernando, algunas de ellas de forma interesada, sin duda. Pero estimo que desde niño ha comprobado con sus propios ojos dónde nos llevó la forma de gobernar de su padre, y habrá podido sacar las lecciones necesarias. Pero si fuera cierto, como opina en sinceridad algún compañero, que intentará manejar el Gobierno sin limitación o contrapeso alguno, lo que defienden los absolutistas, que Dios nos eche una mano. Porque el camino recorrido hasta ahora en esta ciudad no tiene vuelta atrás.

Cuando abandonamos la posada de don Antonio, pensamientos cruzados recorrían mi cabeza sin descanso. El deterioro de persona a la que tanto debíamos y a la que profesábamos un cariño casi paternal nos hacía sufrir. Pero también sus palabras sobre el posible futuro de nuestra patria dejaban rastros de duda y negra perplejidad, que en poco abanicaban mi espíritu. Por el contrario, Beto era más optimista sobre el porvenir.

—Don Fernando es un hombre inteligente y comprenderá perfectamente cómo ha de gobernar. Estoy convencido de que de su mano renacerá la Armada como es necesario.

—Fío mucho de don Antonio y poco me gustaron sus palabras. Recuerda que no es hombre propicio a dar crédito a noticias largadas sin fundamento. Siempre sabe más de lo que dice, y si ha expuesto tales posibilidades negativas es que las ha recibido de buena razón.

—Sufro al ver su estado. No obstante, Bernardino asegura que otros días parece resurgir y pasea durante bastantes horas por la muralla. Con sinceridad, no sé qué nos encontraremos al regreso, si nuestra comisión se alarga en el tiempo.

—Aquí estará esperando nuestras noticias, no te quepa duda. Aunque ha llevado una vida dura y de trabajo constante, con mucha responsabilidad y demasiadas privaciones, le resta comba para acabar su gran obra.

Una vez cumplidas las obligaciones impuestas en tierra, nos dirigimos a la *Proserpina* sin perder un minuto, atacando el portalón cuando ya las luces comenzaban a declinar. Una vez en mi cámara, Okumé nos sirvió un rico aguardiente, agenciado con sus sabios manejos mercantiles. La visión de la

fragata lista para salir a la mar en la jornada siguiente borró de un plumazo los pensamientos grises.

—Larguemos a popa toda malquerencia o preocupación, Beto. Bebamos por la *Proserpina* y nuestra navegación a las Indias del Sur. Y si por el camino nos encontramos alguna unidad rebelde, le quemaremos los bigotes a conciencia.

—Muestro mi acuerdo. Brindemos por esta comisión con la que hemos soñado largo tiempo.

Los brindis aumentaron de tono conforme fuimos rindiendo la frasca. Por fin, abatido de cuerpo y con los vapores de la bebida en permanente vuelo, entré en sueños con mi habitual rapidez. Ni siquiera dispuse de unos segundos para atisbar de nuevo a la *Proserpina* con todo su aparejo y proa hacia Poniente, dispuesta a navegar miles de millas.

9. Con todo el aparejo

El día 23 de octubre del año del señor de 1811, jornada previa a nuestra definitiva salida a la mar, celebramos a bordo por primera vez el santo sacrificio de la misa. Ofició de llano bajo mi autoridad el capellán, don Martín Escalada, gallego bisojo de voz aflautada y tripón de abanico a pesar de haber cruzado apenas la treintena, con quien era empresa harto difícil enhebrar mediana parrafada, salvo peligro inminente de perder la paciencia y, posiblemente, la salud del alma. Se llevó a cabo el precepto dominical con el debido respeto y sin rumores a la espalda, con mis hombres embutidos en sus mejores galas que, en muchos casos, apenas alcanzaban la estadia de harapos en componenda. Y aunque no fuera tarea sencilla, conseguí que ninguno mostrara el torso al aire, tal y como establecen las normas de reverencia eucarística, por más que alguno debiera enfundar por cabeza una saca de harina desechada.

Aproveché la ocasión para dirigirme a la dotación, alzado en la escala de la toldilla con bocina en mano que, bajo los rayos del sol, destellaba como una corneta de oro colosal. Con voz fuerte y emocionada en ocasiones, les hablé de la guerra que se mantenía contra el invasor francés, la seguridad de todo buque en la mar, los peligros de los movimientos secesionistas en nuestros virreinos americanos, la importancia de la misión que encarábamos y la necesidad de entregar hasta el último de nuestros suspiros por la Real Armada y por España, si era necesario. Acabé con emotivos vivas a nuestro señor don Fernando y a la patria, que debíamos liberar del invasor enemigo. Según palabras de Beto, algunos hombres se movieron en nervios al escuchar mi recia voz y observar aquella corpulenta figura del comandante, elevada en las tablas como un dios retador. Bien es cierto que, si desde la niñez me habían acoplado el apodo familiar de Gigante, con el paso de los años y las generosas comidas había aumentado en bastantes onzas la presencia.

Sufrí a continuación por estar prevista la ceremonia de castigos, anunciada por el segundo comandante a la voz tras mis palabras. Y entre ellos, además de promulgar algún racionamiento de boca^[31] sin mayor importancia, era necesario dar cañón a los dos grumetes que Orcajo había enlistado con demasiada severidad. Previne a Beto para que avisara al segundo guardián^[32], encargado de ejecutar la pena, en el sentido de que tomara un rebenque de mojel^[33] con suficiente grosor y no aplicara el brazo con fuerza de tormento, medida que ya había encarado por su cuenta en adelanto mi cuñado, dada nuestra entera compenetración. También había rebajado el número de azotes propuesto por Orcajo de dos docenas a una solamente, por considerarlo excesivo.

De esta forma, con toda la dotación en silencioso respeto a proa del alcázar y el tambor batiendo en tiemblo de justicia, don Roberto Espinar aplicó el castigo sobre los lomos de los grumetes Tarifeño y Viruelas, amarrados en barbata a un montaje artillero de a 6, centrado a crujía. Pude comprobar la bravura de aquellos hombres, recibiendo los rebencazos sin emitir un solo quejido, al tiempo que mantenían la cabeza en alto con orgullo. Y no necesitaron auxilio de sus compañeros para regresar a su puesto, aunque quedaba con claridad a la vista que el guardián, un gallego pelirrojo de poderosos brazos, no dejaba volar el latiguillo al arco completo.

Poco disfruté del espectáculo, y no por el hecho de contemplar la dura pena, que había observado otras muy superiores capaces de dejar la espalda de un hombre con los cueros al aire, sino por considerarlo inapropiado respecto a la falta cometida, el momento y la ocasión. No me gustó comprobar los rostros de sus compañeros, enquistados a la mala y con movimientos de contracción en sus músculos, cada vez que los grumetes recibían las caricias del guardián. Para contrarrestar a la buena y al ser el último día que disfrutaban en puerto, concedí rancho extraordinario a la dotación, así como abrir con generosidad el grifo del vino, condición que suele elevar el espíritu en conveniencia.

Ordené alistar el buque para salir a la mar con las primeras luces del crepúsculo. Aunque siempre la navegación por los caños con escasa visibilidad puede ofrecer problemas serios, si las condiciones de viento y marea no son las adecuadas, era medida habitual para no cruzar con las luces en alto frente al fuerte Napoleón. Desde él los franceses, adelantados del castillo de Matagorda hasta el bajo de la Cabezuela, disparaban sus obuses Villantroys de siete pulgadas contra la ciudad de Cádiz, aunque se tratara de armamento difícilmente utilizable para fuegos a ras de mar. De todas formas,

dimos el preceptivo aviso al castillo de San Lorenzo del Puntal, que se enfrentaba a diario en duelo artillero contra los gabachos, por si fuera necesario su concurso.

Llegó el momento tantas veces soñado, cuando comenzaban a definirse las sombras. Levamos las anclas con los viradores y el esfuerzo de nuestros hombres, enganchados a las barras del cabrestante como burros en la noria, sin murmullos a la contra. Tan sólo de tanto en tanto escuchaba desde proa la voz dura del segundo contra maestre, largando la habitual y repetida orden de «enmendar los mojeles^[34]» y en las mismas condiciones se mantuvo el personal seleccionado, hasta escuchar la voz de «arriba y clara»^[35], dictada a pulmón por el segundo comandante.

Las luces de ceniza mostraban aguas tristes en gris, cuando el viento se abría de poniente y fresquito de fuerza, aunque por nuestra situación de cierre nos entrara tontón y con algún rebufo indeseado. Como simple precaución, que nunca sobra en la mar, lanzamos la lancha al agua por si fuera necesario su concurso y enmendar la proa en algún momento de apuro, aunque preveía que cuadraban los marcos con holgura para salir a la bahía sin demasiada deriva. Una vez libres de los ferros^[36], y ya sin nervios aferrados a las tripas, largamos trinquete, mayor y foque, con lo que la fragata *Proserpina* saltó al gusto, manteniendo la proa con rumbo norte cuarta al oeste. Y pronto debí orzar para tomar una cuarta más por necesidad, tras haber avanteado el castillo de Puntales.

Cuando embocábamos la bahía de los sueños, nuestra fragata metía la proa en las aguas con galanura, engolfada en su propio placer cual rabizona de puerto, buena señal porque así se muestran en la mar los barcos que pueden ejercer dominio. El crepúsculo se abría a espuestas de magnífico cariz, con cielos despejados, muy buena visibilidad, mar en cabrillas y soplo de poniente todavía contoneando, pero en alza. Siguiendo la conocida derrota que a la vista se marcaba, y los oportunos consejos del piloto, aproamos en conveniencia hasta dejar la perla gaditana por el través de babor, momento en el que ordené largar todo el aparejo a los cielos.

Apareció una vez más el momento del milagro, ese que se produce en la mar a diario y pulsa la sangre a tono de vertiente. El contra maestre, simado a mi lado en el alcázar como es norma habitual en la mar, entraba en sinfonías con el chifle^[37] apretado a la boca. Porque ya se sabe que, durante las maniobras, *mucho pito y poca voz, velas al viento y honor*. Creo que en ese momento di gracias a todos los cielos, porque mis hombres parecían haber navegado en la *Proserpina* media vida, que ni una sola de las velas bebía en

falsete. Fue una primera y magnífica demostración, que superaba cualquier esperanza. Así se lo dije a don Anselmo, que no se deben apagar las realidades cuando son generosas con el subordinado.

—Parece ser que el viento se entabla de poniente, pero con tendencia a caer hacia el cuadrante superior, y aumentar su fuerza al de todas las velas^[38] para nuestro beneficio.

—En efecto, señor. Es muy posible que acabe por rendir en noroeste. Y ya fuera de bocas aumentará a frescachón. Si se mantienen estas condiciones y con la marejada suelta, beberemos millas como delfín encelado.

—Le diré con entera sinceridad, don Anselmo, que desde hace bastante tiempo no recuerdo a una tripulación tan hecha al buque propio, condición difícil de creer en estos días. La mayor parte de los marineros parecen cosidos a estas tablas con punteros.

—Razón tiene, señor. La verdad es que ahora utilizamos un rasero a la baja para medir tales comportamientos. No obstante, he de reconocer que a esta primera maniobra nada se le puede objetar, aunque fuera tarea bastante sencilla —el nostramo exhibía rastros de orgullo en su cara—. No obstante, cuando nuestros hombres han de mostrar sangre viva, es en faena de temporal largo o combate con palos rendidos. Y ya veremos cómo se cuece la menestra cuando utilicemos a los marineros en transporte para su necesario adiestramiento.

—Esa será otra canción.

—Poco me gustan esos hombres, señor, especialmente algunos de ellos con muescas de presidio en sus espaldas. Según comentarios de rancheros que no suelen marrar, un grupo de cizañeros llegó a la plaza gaditana procedente del Cuartel de Presidarios, Moros y Esclavos de Cartagena. Y como nadie los quiere ver a menos de una legua de distancia, nos endosaron seis o siete de ellos.

—Maldita sea la barragana que los parió en temporal. Habrá que marcarlos por corto y a la vista. No podemos consentir que se salgan una pulgada de la línea o nos maleen la cubierta baja.

—Creo que ya andan protestando porque se les haya dado cañón a la pareja de grumetes, aunque esa gente eleva quejas hasta del aire que respira. No se preocupe, que tengo quienes me avisan de todo lo que por abajo sucede, al detalle y sin retrasos. Por cierto, señor... —pareció dudar el nostramo.

—Diga, don Anselmo.

—Le agradezco que bajara la vara en los azotes —dirigió la mirada hacia la cubierta—. Puedo asegurarle que esos dos grumetes no corren por la mala.

—Ya me lo indicaron y por esa razón rebajé la pena. Pero sabe bien que, a veces, no hay más remedio que entrar en medidas poco agradables. Espero que no se repita. Bueno, ahora pensemos solamente en el futuro y que la Patrona, nuestra Señora del Rosario, bendiga las aguas a navegar, sin olvidar esos vientos propicios que necesitamos.

—Ya le recé a ella con devoción, señor, pero también largué las señales obligadas al rey Neptuno —como cada vez que se pronunciaba su nombre, el nostramo cruzó los dedos en dirección a la superficie de las aguas.

—Me gusta escuchar su apego a las antiguas creencias de la mar. Eso significa que es un contraamaestre de los de antes y con garantías.

—Nadie debe menospreciar a los dioses de la mar, señor, especialmente al rey de las profundidades —entonaba con seriedad—. Quien se ríe o mofa de su poder, puede quedar prendido sin remedio en el meridiano.

—Cuando mandaba el bergantín *Penélope*, me acompañaba un magnífico contraamaestre que también creía en esa vieja leyenda de la mar. ¿De verdad estima como posible quedar encerrado en un meridiano, sin salida?

—Si me permite contrariarle, señor, no se trata de leyenda alguna. Mi abuelo, que ya era nostramo y navegó miles de millas por los mares del Sur, sufrió tal desventura a doscientas leguas del Callao, hasta que los de su clase enmendaron el yerro con las señales en petición. Eso aseguraba el viejo y jamás mentía.

No quise contradecirle ni mostrar sonrisas, porque esas creencias suelen estar muy arraigadas en algunos contraamaestres. Y después de todo, la mar es tan poderosa e impredecible que cualquier acontecimiento, por extraño que parezca, puede suceder entre sus aguas.

—Bien, don Anselmo, comencemos a repartir badana gruesa a esos presidiarios.

—Con mucho gusto, señor.

Como no nos sentíamos urgidos por la prisa y era una de las importantes misiones a encarar, dedicamos el resto de la mañana para llevar a cabo más ejercicios y acople definitivo en sus diferentes puestos de los marineros y grumetes embarcados con destino al Plata. Y como don Anselmo era muy de lo suyo, no permitió que le echaran una mano sus compañeros oficiales de mar, embarcados con el mismo destino. Como él repetía: «Aquí el único contraamaestre primero soy yo, salvo que el señor comandante o el dios Neptuno dispongan otra cosa». Como el viento y la mar en marejada suelta lo

propiciaban, los novatos fueron los encargados de llevar a cabo maniobras continuas para dar y cobrar el aparejo, virar por adelante y en redondo, ejercicios de artilleros y tropa, avisos de zafarrancho y prevención para el combate, así como toda situación que pudiera atravesar un buque en la mar, incluida la del temporal abierto con aparejo de capa y el trinquete en calzones^[39], y picar la bomba de achique. En general, su nivel era pésimo, un conjunto de corazones de seco sin un gramo de sal en sus venas, ni ganas de progresar. Pero decidí que llegarían a su destino en el Plata como hombres de mar o muy aproximados, aunque sangraran por las manos a chorros.

Tal y como habíamos supuesto, conforme ahondábamos en la bahía y salíamos a mar abierta, el viento acabó por entablarse del noroeste y fresco de fuerza, situación que deseaba para días futuros en cuanto a su dirección, una vez en necesidad de aproar hacia las islas Canarias. La satisfacción se generalizaba entre los oficiales, que sólo era necesario mirar sus caras y escuchar las exclamaciones para comprobar su alegría, buena señal de su futuro comportamiento. Tal y como esperaba, no tardó Beto en llegarse hasta el alcázar para entrarme con halagos.

—Por todos los cristos, *Gigante*, que la suerte nos sonríe a puñados sin una pequeña variación a la contra. Disponemos de buenos hombres y con suficiente experiencia en la fragata. Los gavieros Rondón y Águilas son de lo mejorcito que he visto en mis años de mar. El segundo contraestre, que trabaja a proa a mi lado, no es del calibre de don Anselmo, sin duda, pero domina la maniobra del trinquete y foques, donde disponemos de excelentes marineros y grumetes.

—Ahí es donde se debe destinar a los mejores hombres durante las maniobras.

—Desde luego. La verdad es que estoy feliz como un niño por navegar en la *Proserpina*, y te lo debo a ti —golpeó mi hombro con afecto.

—Vamos, Beto, cualquier comandante estaría encantado de tener un segundo como tú, y más en mi caso porque no necesitamos palabras para saber lo que pensamos.

—Gracias, amigo mío, porque conozco tu sinceridad. Por cierto, ¿has leído las órdenes lacradas de don Cayetano Valdés?

—En efecto. Nada nuevo sino plena corroboración de lo que ya me explicó a la voz. Es un general extraordinario y de los que no se encuentran. Pocos habrían ofrecido unas órdenes por escrito que naveguen en contra de las impartidas por el Gobierno.

—Porque confía en ti al ciento. ¿Ordena algún punto concreto del perfil brasileño donde comenzar a barajar la costa hacia el sur?

—No. Lo deja a mi criterio, de acuerdo a una navegación cómoda, según sus propias palabras. Como se decía antiguamente, allá donde nos lleven los alisios^[40]. Pero la zona principal que no debemos evitar es la costa patagónica septentrional.

—Bueno, ahora hemos de andar unas setecientas millas más o menos hasta Tenerife, si el viento no obra a la contra. Y después, más de cuatro mil hasta avistar la costa sudamericana.

—¿Sabes una cosa, Beto? Me encanta escuchar esas alargadas distancias. Por todos los cielos, que volvemos a navegar de verdad.

—Estoy de acuerdo. Sueño con perder de vista la tierra durante muchos días, situación que tanto aclara la mente. ¿Pensabas reunir a los oficiales?

—En efecto. Les expondré los principales puntos de la misión, sin entrar en detalles muy concretos. Pero les avisaré de mi decisión, en caso de que aparezcan problemas con buques en apoyo de los independistas, sea cual sea el pabellón que muestren a popa. Nada comentaré de las especiales órdenes del general Valdés, prefiero que las crean de mi propio criterio.

—Me parece correcto.

Una vez en franquía y sin especiales restricciones o derrotas comprometidas, decidí dejarnos caer hacia poniente hasta el límite de la bolina. De esta forma intentaba ganar barlovento, por si el role se producía en vuelta a poniente, y arribar^[41] posteriormente a rumbo de comodidad en demanda directa del archipiélago de las Canarias. Si el viento se mantenía como hasta el momento del cuarto cuadrante, podría arrumbar por derecho a nuestro primer destino, condición que ahorra muchas millas y víveres.

En los felices momentos que vivía, comparé aquella esplendorosa y tranquila salida de Cádiz con la que lleváramos a cabo a bordo del bergantín *Penélope* cuatro años atrás. No fue muy del gusto ya que, nada más asomar la cabeza a mar abierta, debíamos burlar el bloqueo britano. Fue necesario lamer las piedras de la costa meridional española al palmo, con proa al cabo de San Vicente. Y acabamos con dos fragatas en persecución, que nos querían chamuscar los bigotes. Por fortuna, aquel buque era maniobrero y rápido como pocos, con lo que pudimos zafar el primer obstáculo de tan importante y accidentada misión. Por el contrario, ahora nos esperaba una cómoda y relajada navegación, si la mar o algún corsario francés no se disponían en contra. Pero para mi tranquilidad estaba seguro de que, con la *Proserpina* en

mis manos, sería capaz de atravesar mares elevadas en ampollas blancas y encarar cualquier fragata gabacha, aunque dispusiera de cuarenta cañones.

Cruzaba el sol de firme la meridiana, cuando di por finalizada la charla con mis oficiales en su cámara, tras exponerles los aspectos principales de la misión. Siempre estimé muy positivo que los hombres bajo mi mando se mantuvieran al tanto y con detalle de lo que se debería encarar en el futuro. Y guardaron respetuoso silencio al exponer mi firme decisión de no consentir en ocasión alguna que cualquier pabellón a popa pudiera encubrir el tráfico de armas en beneficio de los sediciosos, ni siquiera el aliado británico.

Ya de regreso al alcázar, comprobé una vez más que la fragata bolineaba^[42] como los ángeles, con el viento abierto solamente cinco cuartas por estribor. Y al mismo rumbo continuamos durante la hora del almuerzo, establecido para la dotación a mediodía, hasta las tres de la tarde en que se reanudaban como norma los ejercicios doctrinales. Unas horas después y ya con la costa en lejana y grisácea línea, entendí llegado el momento de caer a babor para aproar por derecho hacia la isla de Gran Canaria. Pocas veces se disfruta en la mar ocasión como aquella de entrar por rumbo directo hacia el destino sin bordo previsto, siempre que se mantuviera el viento en la misma o aproximada dirección.

Según los cálculos llevados a cabo por el piloto y el teniente de navío Romarate en anteriores navegaciones, con el viento a un largo y fresco, necesitaríamos enmendar una cuarta del rumbo a barlovento para contrarrestar el abatimiento^[43], corrección que aplicamos sin dudarlo. No obstante, pocas horas después, tal y como había profetizado don Anselmo, aumentaba el soplo a frescachón, mantenido del noroeste, lo que nos obligó a aferrar juanetes en prevención y calzar cuarta y media más de corrección en la proa a estribor. Bien es cierto que estos cálculos eran aproximados y en mucho dependían del buen hacer de los timoneles, capaces de mantener la proa a la cuarta si eran de buenas manos. Después de todo, la visión del pico del Teide sería el faro definitivo, que nos guiaría sin posible error desde bastante distancia hacia la isla de Gran Canaria, si la visibilidad era buena.

Entramos en la primera noche con el viento caído de nuevo a fresco y entablado de firme en ese bendito noroeste, que nos permitía navegar a un largo. Aunque la dotación tomaba la colación vespertina a las cinco de la tarde, era costumbre que los oficiales la retrasaran alguna hora más. Y en esa primera navegación nocturna, hablé con Beto mientras cenábamos en mi cámara, para no dejar un solo cabo suelto respecto a las obligaciones del personal y seguridad del buque.

—¿Ordenanzas a rajatabla durante la noche? —preguntó Beto, aunque conociera mi respuesta.

—Sin dudarlo. Ya habrá tiempo de relajarlas, si todo se desarrolla con normalidad.

—Mantuve la distribución que se llevaba a bordo hasta el momento, expuesta por Romarate. Marinería dividida en dos trozos, que se corresponden con las guardias de babor y estribor.

—Me parece perfecto. No cambiemos lo que ha funcionado bien hasta el momento.

—Perdonen que les interrumpa, señores, pero me gustaría saber qué es un trozo —entró Okumé en una de sus múltiples preguntas.

—Trozo o brigada —contesté—. En los navíos llega a dividirse la marinería hasta en cuatro trozos, siendo dos el mínimo número, tal y como sucede en esta fragata. La guardia de estribor está compuesta por las brigadas impares y las de babor por las pares. Además de esta división, la gente de mar se subdivide en ranchos, de forma que no resulten muy numerosos. Los ranchos se encargan de la maniobra de los botes, el servicio de la artillería y el reparto de las comidas.

—¿Y qué hacen mientras tanto el resto de los hombres? —insistió el africano.

—Cada brigada depende de un oficial y en ella se incluyen los guardiamarinas, cuando se cuenta con el número adecuado, oficiales de mar, calafates, etcétera. Tan sólo están exentos de servicio durante el día los pañoleros, bodegueros y rancheros. En cuanto a la tropa embarcada, se divide de la misma forma. Los soldados cubren los puestos de cada pieza artillera, así como la fusilería de cubierta y pasamanos. Estos últimos también son los encargados de las guardias en la santabárbara, escotillas, fogones, mi cámara y la de los oficiales, con orden precisa de dar muerte a quien intente forzar tales puestos. Todas las guardias, por supuesto, de cuatro horas de duración.

—¿Y qué guardias montan los oficiales de guerra, señor, si no les importuno con mis preguntas?

—Tú nunca molestas, Okumé. Esos oficiales, así como los contramaestres, pueden llegar hasta las cuatro guardias, si la navegación lo admite y se cuenta con suficientes hombres. En nuestro caso, con navegación regalada y sin peligro a la vista, se mantendrá dicho número.

—Parece mentira que con tanto tiempo embarcado, hagas esas preguntas, africano —entró Beto con soniquete.

—Porque ando casi todo el día con Miguelillo, preparando sus aposentos y comidas. Todo ello sin olvidar su recomendación de controlar al cocinero de equipaje, que era incapaz de aderezar una menestra en conveniencia.

—Se debe haber notado tu mano —dije para animarlo— porque nadie se queja de la comida.

—Volviendo al tema y si este africano no nos interrumpe más...

—Okumé puede interrumpir a quien desee —entré en broma con Beto, al tiempo que mi sombra, como era llamado a bordo, mostraba sonrisa de cuadro.

—Como eres el comandante de esta fragata, deberé aceptarlo. Bueno, ahora en serio, hemos asignado la maniobra de los palos a los miembros de las brigadas. El personal de transporte entrará de guardia doblando los puestos de nuestros hombres, pero bajo su bota y debiendo seguir sus indicaciones sin timbear, aunque sea trepar a las vergas de noche y en temporal. Igual trato para la tropa, ayudando en las faenas de cubierta, cabrestante, braceo de vergas, escotas y escotines, así como picar las bombas de achique llegado el momento. Riguroso control de los tarros de luz durante la noche. A la puesta de sol, cierre de escotillas con llaves en poder de los oficiales de guardia. En cuanto a la artillería, ¿qué piensas?

—Durante la noche dejaremos alistados la mitad de los cañones, de forma que se mantenga el mismo número a cada banda. Ya sé que el peligro de encontrarnos en tales circunstancias con un francés es lejano, pero al mismo tiempo les servirá de adiestramiento. Después de todo, estamos en situación de guerra abierta.

—Pensaba lo mismo. En cuanto al uso del tabaco con humo, prohibición rigurosa de tomarlo desde la puesta de sol hasta su salida. Y durante el día, solamente junto al palo trinquete, donde he ordenado que ajusten en seguridad un barrilete con agua.

—Muy bien. Recuerda, Beto, que los novatos hablan muy fuerte y demasiado durante las maniobras y ejercicios artilleros. Estos días pretendo realizar ejercicios con fuego real y disparo contra algún blanco de fortuna. En ese caso o en situación de combate, sus gritos imposibilitarían que fueran oídas mis órdenes, incluso con el uso de las vocineras^[44].

—Pues utilicemos el viejo sistema. Una bala entre los clientes para todos los que se encuentran de transporte, en las situaciones que has mencionado. Y al que se le caiga a cubierta, racionamiento a pan y agua.

—Perfecto.

—Como sé que eres un fanático de la buena salud en los hombres, he preparado un plan para que se respire aire sano y limpio en la cubierta baja. Utilizaremos los habituales manguerotes de lona, pero también llevaremos a cabo en periodos semanales sofiones de pólvora, baldeos con vinagre, sahumeros y el uso de las cenizas que recomendaba el general Escaño, producto de sus investigaciones químicas.

—En las que creo sin dudarlo.

—Y yo también. En cuanto a los víveres, estimo que nos faltan alimentos de salud, como ya te comenté en el arsenal, especialmente fruta fresca. En cuanto toquemos costa indiana, deberá solucionarse ese problema porque es muy abundante por aquellos parajes. No sé si en Tenerife será posible.

—No pensaba embarcar nada en las islas, salvo que necesitemos demasiados días para llegar hasta allí y se reduzca la aguada. En ese caso, intentaríamos recabar de la bondad del gobernador alguna fruta. Pero si todo marcha en normalidad, pretendo desembarcar la saca y si el gobernador militar nada tiene en particular o urgente para nosotros, continuar la derrota.

—De acuerdo. En cuanto a las comidas, ya le dije al cocinero de equipaje en persona que será controlado por Okumé de orden tuya. Y no me refiero solamente a la calidad en la preparación de los guisos, sino a que no se pierdan alimentos en el camino desde la bodega. Ya entiendes lo que quiero decir.

—He visto, don Beto —volvió a entrar Okumé—, que la dieta establecida es diferente a la que empleábamos en la corbeta *Mosca*.

—Ya veo que no pierdes detalle, brujo. Como disponemos de suficiente carne fresca, tu señor la ha establecido para que se tome los lunes y jueves, mientras dejamos la de salazón para los martes y sábados. Miércoles y viernes el habitual bacalao de los buenos católicos. Los domingos, tocino en crudo que mucho gusta.

—¿Y la menestra de arroz y garbanzos? —preguntó Okumé, alarmado.

—Esa entra con los alimentos comunes a la dieta de todos los días, con el bizcocho^[45], agua, vino y sal. Vinagre y aceite para los días de bacalao. Y como es habitual, metidos en temporal o cualquier situación que obligue a apagar los fogones, rancho en frío de queso y bizcocho. Aparecerán las normales variaciones en Cuaresma y Semana Santa, si atravesamos dichos días en la mar. En cuanto a dieta de enfermos y de acuerdo con el cirujano, estará compuesta de bizcocho blanco, del que por cierto embarcamos poca cantidad, gallina y carnero.

—Es dura la vida en la mar —dijo Okumé, que pensaba en sus guisos, paletillas adobadas y golosinas—. Mucho atrae navegar entre las aguas, pero el cuerpo lo sufre.

—En navegaciones normales y sin problemas añadidos, bastantes marineros comen a bordo mejor que en sus casas, donde en ocasiones no cuaja una miga de pan —entró Beto con convicción—. No obstante, es cierto que, llegado el caso, pueden alcanzarse extremos durísimos. Son numerosos los hombres de mar que han sufrido, hasta perecer en muchos casos, la maldita peste de la mar^[46], con las encías sangrando y perdiendo la dentadura hasta quedar sus bocas en blanco. Pero esta vida es común a bordo de todas las marinas europeas.

—Mi padre sufrió de esa terrible peste cuando navegaba por las Altas Californias —dije con tristeza—, de forma que casi perece en el tornaviaje. El pobre llegó a San Blas sin conocimiento y medio moribundo.

—Ya me lo contaba Setum. Fue cuando debió cortar la mano de su señor, para evitar que se marchara a los fondos en una goleta. Es dura la vida en la mar.

—Los ingleses emplean mano mucho más dura a bordo —expliqué a Okumé—. Los castigos son ejemplares hasta el máximo extremo, con muchas penas de muerte, ahorcados de un penol o pasados por la quilla, castigo que nosotros solamente empleamos contra los incendiarios. Además, a la marinería casi nunca se le permite bajar a tierra, a no ser que se encuentren en puertos lejanos e inhóspitos. De esa forma disminuyen las deserciones, aunque propició bastantes motines en sus dotaciones, especialmente cuando se encontraban en fondeaderos britanos.

—Pero lo compensan con las visitas a bordo de las *queen's Caroline daughters* —dijo Beto entre sonrisas—. No es mala solución para el cuerpo.

—¿Qué es eso? —preguntó Okumé, que no entendía una sola palabra en inglés.

—La traducción literal es las *hijas de la reina Carolina*. En realidad se trata de una medida más de control a bordo, para evitar posibles deserciones. Con objeto de que la marinería no necesite saltar salte a tierra para acudir a los prostíbulos, y de esa forma saciar sus habituales pasiones, se permite que cerca de puerto visiten los barcos rabizonas y prostitutas. Pero en teoría embarcaban en concepto de hermanas, sobrinas o primas de los marineros. Podían permanecer a bordo hasta una semana o diez días.

—El tiempo dependía del dinero a disposición —recalqué con sonrisas—, porque abandonaban el barco cuando a los marineros no les quedaba un

penique en la bolsa.

—Bueno —insistió Okumé—, también yo he visto alguna mujerzuela en nuestros barcos.

—En teoría está prohibido, aunque algunos comandantes hacen la vista gorda en determinados puertos, fuera de la Península e islas.

—Me parecen perfectas todas las disposiciones que has tomado, Beto. Ahora que entramos en la primera noche de la *Proserpina* en la mar, bebamos de este magnífico aguardiente agenciado por Okumé y brindemos por una tranquila y beneficiosa navegación hacia las Indias. A ver si allí encontramos alguna hija de la reina Carolina para nuestro querido africano.

—En ese caso, señor —apuntó Okumé, entrado en guasas—, recuerde que las prefiero blancas.

—Eso ya lo sabía yo, granuja —Beto golpeó su brazo en confianza—. Tengo conocimiento de tus visitas a un lupanar poco recomendable, de esos que proliferan en el barrio gaditano del Pópulo.

—Nada de eso, don Beto. Esos antros que menciona son los frecuentados con asiduidad por el cuñado de mi señor, antes de matrimoniarse con su hermana doña Rosalía. Podéis estar seguro de que este africano solamente fornicaba por amor.

Saltamos todos en risas, situación normal cuando Okumé entraba en bromas con su especial ironía. De esta forma bebimos una frasca de aguardiente de excelente humor antes de regresar al alcázar, donde recibí la novedad por boca del oficial de guardia, alférez de navío Dávila.

—Sin novedad en la guardia, señor comandante. Navegamos a un largo con todo el aparejo menos los juanetes, apagados por su orden al ocaso. Mantenemos la proa al sudoeste cuarta al sur. El viento se mantiene del noroeste y fresco de fuerza, aunque parece tender a la baja, con la mar alzándose en marejada larga. Durante la última hora marcamos las seis millas de andar. Comprobadas por el guardián primero las cubiertas, sin tarros de luz a la vista.

—Muchas gracias, Dávila.

Trepé por la escala hasta la toldilla, donde paseé hasta decidir apoyarme contra la regala del coronamiento. El cielo mostraba gran número de estrellas, aunque se apreciaban algunas nubes de racimo sencillo que las dispersaban. Respiré a pulmón libre del aire salado, que me entró en el pecho como una bendición. Hubiera deseado en aquellos momentos encender uno de esos cigarros gruesos antillanos, a los que me había habituado por culpa de Beto, pero pensé que el comandante debía dar ejemplo a la vista. Me dispuse a

pasear por la cubierta, mientras dejaba volar los pensamientos en sueños, un ejercicio que las aguas provocan con inmenso placer a los que dedican su vida a ella. Como dicta la ley de la mar y siempre repetía el general Escaño, mientras navegue el buque, en el camastro de todo comandante y durante la noche solamente deben descansar los códigos e instrumentos de navegación.

10. Recalada en Tenerife

Asegura la copla marinera que todo es mudadizo en la mar, hasta los pensamientos más enquistados de quienes en ella se mueven. Nadie que haya navegado puede rebatir tal afirmación, cierta como verdad de ley o biblia catedralicia. En nuestra navegación con rumbos de componente sur a bordo de la *Proserpina* en demanda de la isla de Tenerife, si nos las prometíamos felices en las primeras dos singladuras con mar y viento en corrida de absoluto favor, se torció la vara en la tercera con el soplo caído sobre cubierta. No es condición de asombro porque tales cualidades se sufren sobre las aguas un día y el siguiente también. La verdad es que, a partir de entonces, comenzó a tontonear el viento por los cuadrantes de poniente en brisa de esclavos^[47], bajando hasta cruzarse a levante, pero sin rematar en alza para desesperanza de la dotación. Porque nada incomoda y entristece más sobre las aguas que observar las velas caídas a la plomada en permanencia.

También es cierto, aunque mucho nos pese a veces, que todo llega en esta vida para bien o para mal. La estampa deseada se produjo en la amanecida del día postrero del mes de octubre, abierto en ribera con viento del sudoeste y fresquito, rumazón negra por el sur y todavía marea larga del norte. La *Proserpina* bolineaba en orden y sin esfuerzo, con todo el aparejo largado y proa al sudoeste cuarta al sur, de acuerdo con la estima marcada por el piloto. Tres días después, me encontraba en el alcázar con las primeras luces, cuando se escuchó la voz recia del vigiador^[48] instalado en el trinquete. Largó la esperada frase.

—¡Tierra! ¡Dos cuartas a estribor!

—Debe ser el pico del Teide, señor comandante —dijo el oficial de guardia, alférez de fragata Crespi, al tiempo que enfocaba su anteojo con cierto nerviosismo en la mencionada dirección.

—¿No ha observado nunca ese fabuloso pico desde la mar? —pregunté al oficial palermitano de rostro aniñado, a quien había tomado especial afecto

dada su animosa predisposición a ofrecerse en cualquier trabajo y su actitud de permanente alegría.

—No, señor. En la anterior navegación al Río de la Plata no recalamos en las islas Canarias, para mi desgracia. Quiero decir..., quiero decir que como gusto de observar todo lo nuevo...

—Lo comprendo, no ha de excusarse.

—Mucho he oído hablar de su espectacular altura, señor. Dicen que desde su cumbre pueden divisarse las montañas de la isla de Madeira, situada a unas 240 millas. Puede que no sea cierto.

—Lo es aunque no lo haya comprobado en persona. Si entra en las tablas de alturas y distancias, podrá comprobarlo. Debemos encontrarnos a unas ochenta millas de ese pico más o menos.

—¿A tantas millas se aparece?

—Desde luego. ¡Don Enrique!

—Diga, señor comandante —contestó el piloto desde la timonera.

—Deme distancia a punta Anaga desde la situación de estima^[49] actual.

—Unas 75 millas, señor.

—Cerca de esas ochenta millas que mencionaba, señor —dijo Crespi con una sonrisa—. Parece difícil de creer.

—Es una distancia muy conocida para los hombres de mar, variable según la visibilidad y la altura del vigiador. También en su Sicilia natal aparece un coloso, el macizo volcánico del Etna, con una altura pareja.

—Eso sí lo sabía, señor.

—¿Echa de menos su tierra, Crespi? —me agradaba charlar con el oficial, posiblemente porque su estatura y rostro recordaban la figura del recordado tío Santiago.

—La verdad es, señor, que no la recuerdo. Aunque nací en Palermo, cuando tenía dos años solamente pasé con mis padres a la Corte y nunca he regresado. Pero le reconozco que mucho gustaría de visitarla algún día y reconocer donde nací, aunque no me siento muy napolitano.

—En otros tiempos se navegaba con mucha frecuencia hacia esa isla, cuando el reino de Nápoles era feudo de la real dinastía. Tiene paisanos que han llegado muy lejos en la Real Armada, comenzando por don Federico Gravina, que alcanzó el empleo de capitán general.

—Mi padre comentaba algunas historias de su honorable familia y de su palacete en Palermo, bastante cercano al nuestro. Lo conoció en la Corte a comienzos del siglo pasado y hablaba muy bien de tan importante persona, así

como de la excepcional belleza de su madre, Eleonora di Napoli e Montaperto.

—La princesa di Resuttana. También mi padre alababa su belleza. Según algunos comentarios corridos, don Federico Gravina se consideraba a sí mismo demasiado napolitano. Hasta tal punto que la reina María Luisa lo llamaba, de forma despectiva, «el extranjero». Bien es cierto que lo odiaba profundamente, al igual que a gran parte de los generales de Marina. Era injusta en ese particular aspecto la señora, desde luego, como en tantas otras cuestiones.

—¡Ya veo el pico, señor! Por todos los santos, que parece una visión fantasmagórica —hablaba con la emoción prendida en su voz.

En efecto, abierto escasas cuartas a estribor se observada un cono gris, alzado sobre las aguas por efecto de la bruma, como si la gigantesca montaña se encontrara suspendida de los cielos con gigantescos cables, trenzados por un coro de ángeles.

—Pronto aparecerá nevado en su parte alta. El pico del Teide se eleva a una extraordinaria altura, cercana a las cinco mil varas. No sólo es el techo del archipiélago canario sino también de toda España, sin contar las Indias, desde luego.

—Es impresionante observar ese pico majestuoso, sin que alcance a posarse en la línea del horizonte. Creo que se trata de un antiguo volcán, señor.

—En efecto. Todavía desprende grandes fumarolas y en su parte más alta se eleva mucho la temperatura, hasta impedir el paso. Esto se lo comento por haberlo escuchado al comandante de la fragata *Mahonesa*, cuando aquí recalé en el empleo de guardiamarina. Por desgracia, nunca dispuse de tiempo suficiente para trepar a su cima.

—Buenos días, comandante. Ya veo que inspeccionas a fondo el pico del Teide.

Era Beto quien llegaba hasta el alcázar. Poco a poco también lo hacían el resto de los oficiales. Me saludaron todos con la necesaria cortesía.

—Ahí aparecen las islas Afortunadas, preciosas perlas españolas —comentó Romarate.

—Así las denominaban, afortunadas, los antiguos piratas que traficaban por estas aguas. Ese nombre se debía a su dulcísimo clima y abundancia de todo tipo de productos. Una buena recalada para tomar alimentos frescos y aguada de calidad.

—Deben escuchar al señor comandante con suma atención, señores. Es experto en muchos detalles de nuestra historia, cuya lectura debería ser obligatoria para todos los oficiales de guerra —dijo Beto con seriedad, mientras se giraba hacia el guardiamarina Encuadro—. Caballero^[50], ¿sabe cómo se llamaban los primitivos habitantes de este archipiélago?

—La verdad, señor segundo, que mucho lo siento. No tengo la menor idea —el guardiamarina hablaba con temor, como si hubiera cometido un terrible pecado.

—No se preocupe, que no es obligatorio tal conocimiento para los guardiamarinas. Eran los guanches. Hay quien asegura que procedían del continente africano, desgajados del pueblo beréber.

—Las primeras expediciones de conquista en las islas Canarias por hispanos comenzaron a finales del siglo XIV. Se trataba de un conjunto un tanto pirático de andaluces, catalanes y vizcaínos. Desembarcaron en la isla de Lanzarote, saqueándola y cautivando a mucha de su gente —narraba con placer porque, como decía Beto, siempre gustaba que mis hombres estuvieran al tanto de la historia de los pueblos—. No obstante, la conquista en serio y de forma sistemática fue llevada a cabo por Juan de Bethencourt, un normando con poderes de Enrique III de Castilla. Fue una dura lucha contra los nativos, con severas derrotas incluidas, por lo que debió regresar desde Castilla con mayores fuerzas. No fue sencillo doblegar al pueblo guanche, muy valiente y apegado a sus tradiciones. Por fin, Diego García de Herrera cayó sobre Tenerife, matando un buen número de indígenas y sometiendo la isla en 1495. Por esa razón se convirtió la isla tinerfeña en la cabeza del archipiélago, instituyendo Felipe II en Santa Cruz la Capitanía General de Canarias.

—Mucha querencia de esta isla mostraron los britanos a lo largo de la Historia, señor —medió Dávila—. Hasta el gran almirante Nelson sufrió derrota ignominiosa con sus 4.000 hombres.

—En efecto. Después del estrepitoso fracaso del almirante Nelson en los ataques a la ciudad de Cádiz en junio de 1797, donde pereció mi tío y padrino Santiago en el empleo de brigadier, fue destacado por el almirante Jervis hacia Santa Cruz de Tenerife para saquear en lo posible la ciudad y tomar caudales, condición que mucho alienta el ánimo de nuestros aliados actuales. Don Horacio fue un gran marino, nadie lo duda. Sin embargo, fracasó en muchas de sus operaciones de conquista o saqueo en tierra. Perdió un ojo en Calvi, en Cádiz a punto estuvo de ser apresado y aquí en Tenerife, creyendo que se tomaría la ciudad en un abrir y cerrar de ojos, salvó la vida de milagro. Y como recordarán, debieron amputarle el brazo derecho.

—Y aprender a escribir con la mano izquierda a partir de entonces, un difícil ejercicio —dijo Beto de forma convincente, para aparentar unos conocimientos que, como los dos sabíamos, no poseía.

—Se apreciaba claramente en su escritura. La amputación no debió ser buena, porque el dolor en esa zona lo persiguió hasta su muerte, ocurrida en el combate de Trafalgar.

—¿No abundan en estas islas los partidarios del rey José, señor? —preguntó Orcajo—. Podían haber quedado bajo la órbita de Bonaparte.

—Los canarios fueron patriotas en su gran mayoría desde el primer momento, defendiendo el regreso de don Fernando. Y al tratarse de islas, sin el dominio de la mar y escuadras de orden a disposición, no es posible conquistarlas. Ventajas de ser aliados del inglés.

—Supongo, señor, que una vez entregada la correspondencia, bajaremos en latitud para dejarnos abrazar por los alisios —dijo Romarate.

—Eso espero conseguir. Según las teorías de Hadley, en esta época del año, desde el ecuador hasta los 27 grados de latitud norte soplará el nordeste de forma constante. Por otra parte, las normas dictadas por el jefe de escuadra don Vicente Tofiño, en quien más confío, aclaran que no suelen alargarse tanto los alisios del norte, sino solamente hasta los 24 grados de latitud, de octubre a diciembre.

—Pues como la parte sur de esta isla se encuentra en los veintiocho grados de latitud, señor, deberemos bajar pocas millas. Mejor nos vendrían las teorías del inglés —dijo Crespi con una sonrisa.

—Así es, pero ya le digo que don Vicente fue un científico de fama tan renombrada, que era consultado sobre todo proyecto científico. Y no sólo en España. Desde Tenerife deberemos disminuir la latitud hasta entrar en esos vientos que acarician la navegación hacia las Indias. A pesar de las diversas teorías, tal condición no es exacta sino aproximada y variable, como todo en la mar.

—Y que atravesemos la región de las calmas con la mayor rapidez, esa zona que nos puede dejar escaldados a muerte —entró Beto.

—Ya estamos casi en invierno y, en esa estación del año, las calmas se limitan a 150 millas, según establece la teoría. No podemos evitarlas, a no ser que recaemos en el continente americano a la altura de la isla Trinidad. Pero, bueno, en los libros se leen letanías de coro que luego saltan en horquilla. También esa etapa intermedia es variable. Cuando mi padre atravesó el mar del Norte a bordo del navío *San Ildefonso*, sufrieron unas desesperantes encalmadas de siete días. Sin embargo, Beto, recuerda que cuando

navegábamos a bordo del bergantín *Penélope* en el tornaviaje desde Cartagena de Indias, las sufrimos escaso tiempo.

—Lo suficiente para necesitar ser remolcados por la lancha y escapar de aquel puto britano, que nos quería emborronar la nariz. Creo que lo ideal sería pasar al hemisferio sur cuanto antes y proseguir para recalar a la altura del límite meridional del trópico de Capricornio, que entra en el continente americano a la altura de Río de Janeiro.

—Bueno, tampoco los planes se abren siempre al gusto. Después la mar dictará sus especiales órdenes, y hasta es posible que recalemos en las islas Malvinas. Por cierto, Beto. ¿Necesitamos rellenar la aguada en esta primera escala?

—Se está alargando demasiado la navegación hasta Tenerife. No es imprescindible, desde luego, pero como en estas islas el agua es excelente, sería positivo. Después de todo, no nos acucia la prisa por alcanzar el Río de la Plata en determinada fecha.

—En efecto. En ese caso, rellenemos los toneles vacíos en prevención. Poco gusta a la marinería el racionamiento extremo del agua, y nunca se sabe lo que nos espera a proa. De momento, debemos preocuparnos de esta isla, aunque parece que su costa es muy limpia, escarpada y sin peligros ocultos. ¿No es así, don Enrique?

—Así es, señor, muy limpia. Mañana deberemos recalar en la punta de Anaga, con sus roques adelantados. Unas piedras tan negras, que algunos pilotos antiguos las denominaban como *rocas del infierno*.

—Pero son de excepcional belleza —apuntó el cirujano, natural de Santa Cruz y furibundo defensor de la cultura canaria, que acababa de incorporarse al grupo—. Ya verán la hermosa villa, aunque durante muchos años la ciudad de La Laguna ocupara la capitalidad administrativa de la isla.

Con animadas conversaciones continuamos navegando en las mismas condiciones, sin enmendar la proa más que una cuarta a babor. La dotación se entretenía admirando el Teide en la distancia y trabajando de firme. Porque no abandonamos un solo día los ejercicios doctrinales, especialmente para el personal de transporte. También acoplamos a los soldados del Ejército, destacando los artilleros, de forma que pudiéramos cubrir todas las piezas de nuestra artillería con cierta garantía. Y mucho animó el retumbo del infierno cuando llevamos a cabo ejercicios de cañón con fuego real, largada una cajonera flotante con bandera como blanco, aunque se tardara demasiado tiempo en batirla a quinientas varas de distancia. Por el contrario y a la mala, los siete presidiarios continuaban con su labor de zapa negra, aunque no

hubiera sido posible tomarlos con las manos en la masa. Beto previno a los oficiales de mar y sus confidentes en la cubierta baja, porque estaba dispuesto a cortar por lo sano con los castigos más severos, hasta pasarlos bajo la quilla si era necesario.

Por fortuna y en ese vaivén al que la mar nos somete, el viento, que parecía entablado en firme del sudeste, continuó su perezoso role del segundo al primer cuadrante, para acabar en nordeste y aumentando su fuerza a fresco. No era mala aquella mudanza, que nos permitía navegar de nuevo a un largo y aparejo de plumas. En la mañana del día siguiente, recalamos a la vista en la isla tinerfeña, al reconocer casi a proa la punta de Anaga, así como sus roques de llamativo color negro, entre los que destacaba el Roque Bermejo, a dos millas escasas al noroeste de la punta. A la vista de la carta, expuse mi intención de barajar la costa de esa zona de la isla que sobresale en pico hacia el nordeste, doblar la punta de Antequera para caer a estribor hasta entrar en la rada de Santa Cruz. Por gracia de los cielos podía maniobrar al gusto con aquel viento, sin necesidad de una mínima bordada.

Entrábamos de lleno en la tarde del cuarto día del mes de noviembre, cuando fondeamos en la preciosa y resguardada bahía tinerfeña, al abrigo y con las dos anclas, a levante y escasas varas de lo que parecía el centro de la villa. Y asemejaba una generosa población instalada en una extensa llanura con suave pendiente desde las aguas, cortada hacia el norte por una formidable cordillera de montes abruptos. Vista desde la mar, se observa cómo asciende poco a poco su caserío luminoso por un amplio marco, encuadrado entre montañas irregulares de salvaje belleza, mientras sus elevadas cumbres la cierran al Mediodía. También pudimos observar las torres de los modernos edificios, mientras en las laderas destacaban huertas y jardines con algún palacete de espléndido señorío.

Siguiendo las indicaciones del derrotero, identificamos con facilidad el castillo de San Cristóbal, construido en la segunda mitad del siglo XVI. Y gracias a la información suministrada por el cirujano tinerfeño, comprobamos una alargada plaza en la que aparecía una hermosa alegoría en mármol blanco de Carrara. Tal obra había salido de la mano del famoso escultor Canova, y representaba la imagen de la aparición de la Virgen de la Candelaria, patrona de las siete islas Canarias, a los guanches, según una antigua leyenda. Hacia el sur comprobamos la iglesia matriz de la Concepción, precioso templo erigido a mediados del siglo XVII tras haber sido destruido por un incendio, donde se conservaba la Cruz de la Conquista, primer símbolo cristiano que plantara el adelantado Alonso Fernández de Lugo al desembarcar en la villa,

así como las banderas apresadas al almirante Nelson en su fracasada operación.

Una vez asegurada la *Proserpina* y distribuidas las guardias de fondeo, comenzaron a caer luces con rapidez, razón por la que dejé para el siguiente día mi presentación al gobernador militar de la plaza. No obstante, una hora después y cuando el sol se rendía de bruces tras las montañas, fui avisado del ataque de una falúa a nuestro costado. Llegado hasta el portalón con Beto, comprobamos que se trataba de un capitán de navío espléndidamente uniformado en grande. A pesar de su pelo canoso y evidente entrada por largo en la sesentona, trepó por los cruzados con agilidad. Una vez a bordo, se destocó con especial galanura, al tiempo que se presentaba.

—Capitán de navío Diosdado Manrique, autoridad de la Real Armada en la isla de Tenerife, a vuestro servicio, señor comandante.

Me extrañó que un capitán de navío de tan avanzada edad se mostrara servicial en coros. De esta forma y aunque sólo se debiera a la diferencia de años, le rendí honores personales.

—Capitán de navío Leñanza. A vuestras órdenes y servicio quedo yo, señor.

—No me estime de mucha antigüedad en el empleo, aunque peine canas en abundancia. Mi ascenso me fue otorgado por acción de la divina misericordia hace pocos meses, una vez regresado al servicio tras bastantes años dedicado a la vida sedentaria —sonreía mientras largaba sus palabras—. Pero esta guerra me decidió.

Hablaba con rapidez y cerrado acento canario, ese seseo musical y cariñoso que siempre encontré muy parecido al utilizado en algunas regiones indianas, especialmente en las de Costa Firme. Una vez en mi cámara y tras ofrecerle un ligero refrigerio, pudimos comprobar que se trataba de un hombre de extrema amabilidad, obsequioso y parlanchín, sin contar lo que parecía una inveterada inclinación por los buenos caldos.

—Me alegro de su visita porque puede facilitarme la labor impuesta. Pensaba presentarme al gobernador militar mañana mismo con las primeras horas. He de entregarle una saca de correspondencia oficial, de parte del Consejo Supremo de Regencia.

—Puede considerarse liberado de la visita protocolaria, porque el mariscal de campo Bermúdez se encuentra de visita en la ciudad de La Laguna. Me haré cargo de la correspondencia y se la haré llegar.

—Le quedará muy agradecido.

—Nada me cuesta. ¿Amparan derrota^[51] hacia Indias?

—Hacia el Plata.

—Maravilloso paraje. Supongo que recalará en la plaza de Montevideo. No son buenas las noticias que nos llegan del continente americano, aunque solemos estar muy retrasados en ellas y las más de las veces las debemos a algún buque mercante. Como nuestros aliados ingleses dominan las aguas, estas islas han quedado un poco dejadas de la mano de Dios. Bueno, la verdad es que llevamos una vida tranquila, tras muchos años de vigilancia. ¿Necesitan algo que pueda conseguirles?

—Desearíamos hacer aguada y continuar nuestra derrota. Mañana le devolveré la visita, si a bien lo tiene.

—No se sienta coaccionado por las formalidades y protocolos que tanto detesto. Siempre hui de ellos y le dispenso en la ocasión para su tranquilidad —expuso en tono campechano, mientras bebía las copas de vino en rápida sucesión—. Les facilitaré una espléndida aguada con el lanchón a nuestro servicio. Bien es cierto que, junto con una pequeña goleta un tanto destartalada, conforman las dos unidades navales a mi servicio.

—Escasa fuerza si atacara alguna división francesa —dijo Beto entre sonrisas.

—No se atreverían los gabachos a acercarse a cien leguas de estas islas. No es fácil atacar Tenerife. Y si lo dudan, que se lo pregunten a los ingleses. ¿Necesitan algo más? Disponemos de alimentos frescos en abundancia, especialmente fruta que tanto colabora a la salud a bordo. No duden en solicitar lo necesario.

—La verdad es que disponemos de víveres en abundancia, aunque no sobre la fruta —expuso Beto—. Pero no gozamos de autorización en pliego ni cargo, si no es en caso de verdadera necesidad.

—En ese caso les haré llegar fruta fresca. Y no se preocupen por el cargo, que lo endosaremos al Gobierno Militar —guiñó un ojo en señal de complicidad—. Cuando proteste el gobernador, ya se encontrarán a muchas millas de este puerto.

—No queremos que por nuestra causa se vea...

—Pelillos a la mar. Soy buen amigo personal del general. Sentirá no haberles saludado porque es un hombre que disfruta mucho con los actos sociales. Pero debería esperarle una semana.

—Demasiado tiempo para nosotros. Es mi intención continuar la navegación en cuanto rellenemos los toneles, si viento y mar no se oponen.

—Lo comprendo. En su caso haría lo mismo.

Fue una velada que se alargó en el tiempo hasta bien entrada la medianoche. Aquel hombre no cesaba en su parla ni en su bebida. De esta forma, lo invité a la última colación, lo que fue aceptado sin dudarlo. Gracias a él aprendimos mucho sobre las islas, información que dominaba por haber vivido casi toda su vida en Santa Cruz. Heredero de una rica familia, parecía que su única pasión era el vino, del que trasegó ingente cantidad, sin apetecer otras bebidas, por extraño que parezca. Entrados en los licores, tan sólo apuro un par de copas de aguardiente, para regresar al líquido rojo sin pausa.

Cuando despedimos al oficial canario, se movía con paso vacilante y bandazos peligrosos. Nos abrazó en la meseta del portalón, como si se tratara de familiar o estrecho amigo, antes de ser ayudado por su criado para instalarse en la falúa. Una vez perdido en la distancia y mientras regresábamos a mi cámara, Beto exclamó al tiempo que masajeaba su cabellera.

—Unos minutos más en su compañía y habría entrado en permanente locura. Me duele la cabeza de escuchar tanta palabrería.

—No seas duro con él. Es muy simpático y parece buena persona. No obstante, he de reconocer mi acuerdo en que su palabrería acaba por marear a cualquier humano, como unas frascas de aguardiente.

—Al menos te ha librado de bajar a tierra y calzar uniforme grande.

—No creas, disfrutaría bajando a la ciudad. Así podría visitar alguno de sus monumentos.

—Deja ya los monumentos de que tanto gustas. En cuanto carguemos agua y esas frutas prometidas, podemos levar las anclas. Nos espera el Río de la Plata, amigo mío.

—Es posible que esta isla sea de mayor belleza. Muchas veces dejamos de lado lo que tenemos a mano, para soñar con paisajes lejanos.

—Vamos, *Gigante*, no me entres con monsergas culturales. Las Indias son las Indias.

Como también nosotros habíamos bebido vino y aguardiente en suficiente cantidad, para acompañar a nuestro especial visitante, esa noche a la vista de la capital canaria entré en sueños con extrema rapidez, mientras se aparecía en el cerebro una suave imagen de la extensa mar que deberíamos cubrir en las siguientes jornadas. Pensé que, después de todo, Beto tenía razón y no debíamos perder un solo día en visitas sin fuste. Aunque no nos acuciaran fechas concretas, debíamos llevar a cabo nuestra misión con la celeridad que se impone a toda comisión de guerra.

* * *

En la mañana del día siguiente, no debimos esperar mucho tiempo para recibir la visita de un desvencijado lanchón plano con tres cubas de gran tamaño, que parecían capaces de hundirlo con una suave marejada. Y poco después se atracaba a nuestro costado una pequeña lancha, con frutos de todo tipo, algunos más parecidos a los que se disfrutaban en las Indias. La última sorpresa nos la ofreció un alférez de navío, llegado con unas frascas de ron de generoso tamaño y una nota personal del capitán de navío Bermúdez en la que me notificaba su imposibilidad de llegar a despedirse por sentirse indispuerto. No obstante, nos deseaba una feliz travesía hacia el Plata con vientos propicios y generosos. También se excusaba por no poder proveernos de buen vino, aunque lo suplía por esa bebida caribeña, único licor de garantía que había conseguido, como obsequio personal en respuesta de tan agradable velada. Beto saltó en chanzas tras leer la misiva.

—Con lo que bebió anoche, debe estar durmiendo una profunda modorra.

—Es un generoso detalle enviarnos el ron, aunque sea una bebida que no solemos utilizar a menudo en nuestros barcos.

—Salvo que estés destinado en Cuba o Puerto Rico. Recuerda aquel ron oscuro que nos obsequió el general Villavicencio en La Habana. Lo bebimos hasta la última gota con placer.

—Porque no disponíamos de otra cosa. Bueno, Beto, prepara todo para salir a la mar tras el almuerzo.

—Ya se lo dije a Romarate y a don Anselmo. Como ves, me sigo adelantando a tus deseos. Parece que el viento se mantiene del primer cuadrante, como si mera un adelanto de los alisios.

—En ese caso, tomaremos la isla por el sur.

—Una vez en franquía de Tenerife, podemos aproar en conveniencia y al gusto, que nada nos estorba. Aprovechemos este viento, que puede morderse la cola por la cubeta en cualquier momento, hasta entrar en los veinte grados de latitud sur.

—Eso mismo pensaba. Proa al sur de inicio para separarnos de rebufos indeseados, y posterior empopada al sudoeste, si se mantiene el soplo, hasta verlas venir.

De acuerdo al plan previsto y después de ofrecer un ligero descanso a la dotación tras el almuerzo, en el que incluimos frutas sabrosas, levamos las anclas para separarnos en seguridad de la costa tinerfeña. Viento y mar se

mantenían querenciosos del nordeste, con lo que la *Proserpina* comenzó a beber millas a proa sin desmayo. Nos esperaba una alargada travesía en la que cruzaríamos el círculo máximo del ecuador, también llamado por los antiguos como *la raya de Neptuno*, una de las cinco muescas que ha de grabar en su alma todo hombre de mar para recibir en ley tal denominación. Deberíamos navegar más de 4.000 millas, una cantidad que me hacía sonreír de placer al pensarlo.

11. Proa a las Indias

Una vez separados en seguridad de tierra, navegamos el resto de la jornada con todo el aparejo arriba sin extensiones y proa trazada al sur cuarta al sudoeste. El viento, mantenido en obsequio del nordeste y fresco de fuerza, nos entraba por el anca con extremo placer. La mar se mantenía como un plato^[52], aunque persistiera la suave marea^[53] del norte, que nos elevaba la popa en suaves golfadas. Como la derrota a seguir nos separaba poco a poco de la línea tinerfeña, aquella misma tarde dejamos de observar su perfil borroso por estribor, para quedar de nuevo en soledad sobre las aguas con las estrellas por sombrero y los dioses de la mar en amparo. Y ya entrados en una noche con ligera caída del viento, el piloto estimaba haber cruzado el paralelo de los veintiocho grados, rayano con el pico sur de la isla, momento en el que enmendamos la proa al sudoeste franco. No volveríamos a observar tierra en muchas singladuras, ya que el rumbo también nos haría pasar a bastante distancia de la isla del Hierro, la más occidental y meridional del archipiélago.

Mentías paseaba por la toldilla en solitario aquella primera noche, era tal la placidez y felices condiciones encaradas desde nuestra salida de la bahía gaditana que me temía un viraje profundo y maligno en cualquier momento. Porque así sabemos que se comporta la gran señora, capaz de ofrecer una y mil caras sin mudar las manos una sola pulgada. Incluso la luna se mostraba casi en disco redondo, sin una nube que la molestara. Para mi tranquilidad personal, creía haber superado el hecho de observarlo todo con un solo ojo, porque el horizonte se percibe de forma distinta, como si nos faltara profundidad. Por tal razón temía que los objetos a distancia pudieran entrarme sin detalles o doblados, lo que, para la paz del espíritu, no se produjo. Okumé apareció a mi lado cuando ya la campana picaba a cambio de guardia y cruzábamos trecho a la siguiente jornada.

—¿No desea comer o beber alguna cosa, señor? Apenas probó bocado en la tarde. Si se va a mantener muchas horas en la brega por cubierta, puedo prepararle una taza de caldo o café.

—Todavía no. Disfrutemos de estas benditas circunstancias, que pocas veces aparecen en tan feliz conjunción aguas adentro.

—Razón tiene. Pero con tantas leguas a proa por cubrir, saltará la mala más pronto que tarde y cuando menos se la espere.

—Cuantas más millas dejemos a popa con estos sueños, mejor para el cuerpo y el alma.

Escuché pasos a mi espalda, comprobando poco después la llegada de Beto a mi altura, con el fiel Miguelillo pegado a sus faldas.

—¿No duermes, culebrón?

—Apenas he dado una ligera cabezada —contestó Beto—. Con una mar tan placentera como esta que disfrutamos, se hace la rosca en el catre.

—Lo que sucede es que el señor toma mal las sábanas, sin aguardiente previo en suficiente cantidad —saltó Okumé, abierto en sonrisas.

—Y tú vas a tomar peor esta navegación, africano renegrido, porque pienso colgarte de la verga más alta, amarrado a su peñol por los dedos de los pies.

—Pues conseguiré que mi piel negra como brea de calafate se tueste todavía más al sol, si tal circunstancia es posible.

—Ya conoces nuevas islas, Miguelillo —me dirigía al rapaz que tan valientemente se comportara por mar y tierra, desde el auxilio prestado para salvar a nuestra familia de manos francesas en la hacienda murciana—. Y ahora serás el único de tu caserío en haber navegado hacia las Indias.

—Y que lo diga, señor —mostraba rastros de orgullo y satisfacción en su cara—. En tan escaso tiempo he dado casi la vuelta a la Península, saltado al agua dos veces tras varar el barco sin perder la vida, y ahora navego por estas preciosas islas. Lo de pasar a Indias es como un milagro santero, que nunca se me ocurrió llegar a soñar siquiera. Nadie me creerá cuando lo cuente.

—Yo se lo confirmaré a tu gente, no sufras. De todas formas, has de conseguir alguna talla de madera de las que esculpen los nativos en las playas, o esos cueros pintarrajeados en colores vivos. Esa puede ser la demostración definitiva.

—Más vale que presentes un mechón de cabello bien negro de alguna india correosa, tras repararle el cuerpo al detalle con tus manos.

—No seas animal, Beto, que Miguelillo apenas ha despertado a la vida.

—¿Despertado a la vida con quince años y ese corpachón? Me parece que has perdido el segundo ojo. Mucho mira el rapaz a la doncella de Rosalía, esa morenita gaditana de pechos opulentos. Seguro que sueña con restregarle la pica, mientras se revuelca con ella en el catre.

Al observar el rostro azarado de Miguelillo, que no sabía hacia dónde mirar, todos reímos. Pero comprendí que Beto tenía razón porque el joven despuntaba ya por alto, mientras la buena alimentación le formaba poderosos músculos. Y bien que podía rezar durante años tras haber superado la varada de la corbeta *Mosca* y del bergantín *Palomo*, debiendo lanzarse al agua sin ser capaz de dar una sola brazada.

Como la situación se mantenía en dulce tras el relevo de la guardia de alba, con Romarate en responsabilidad de cubierta y Beto manteniendo conversación de jornada con algunos oficiales de mar, me retiré a la cámara para descansar algunos minutos. Y aunque no me suele atacar tal condición en la mar, entré en una profunda y alargada modorra, hasta que Okumé tocó mi brazo y pude percibir el aroma del tocino chamuscado y el café, un conjunto oloroso que me hizo chascar la lengua de placer anticipado. Me extrañó comprobar que el sol entraba a chorros por la balconada.

—¿Tanto he dormido?

—Como un niño recién tomada la leche materna, señor. Me llegué hace una hora hasta aquí, pero todavía roncaba con sirena por alto. Tiene los huevos con tocino y el tazón de café preparados sobre la mesa. Aprovécheles a fondo, que esos huevos de los que tanto gusta, suelen ser los primeros artículos en torcerse con malos olores. Creo que ha hecho bien en abandonar esas gachas desmigadas como primera colación del día, a las que era muy aficionado.

—¿Por qué?

—Porque estos son alimentos de mayor salud, según me comentó el cirujano. Y como él también los toma a diario, debe de ser cierto.

—¿Se mantienen el viento y la mar?

—Una amanecida en cuadro de luces. Ni una sola nube, ese bendito viento del nordeste entablado en firme, horizontes hasta el infinito y aguas en plata. Más que el mar del Norte, parece que atravesamos el Mediterráneo en época de estío.

—Bendita sea nuestra querida Patrona, que nos envía este regalo.

Ataqué los alimentos preparados por Okumé con especial avidez, como si no hubiera probado bocado en una larga semana. De esta forma, tras refrescarme la cara en la jofaina y calzar al punto la casaca, salí a la cubierta

del alcázar renovado de fuerzas y dispuesto a gozar de una singladura de placer. La dotación llevaba a cabo los ejercicios doctrinales bajo la batuta de Beto y el resto de los oficiales, mientras don Anselmo intercambiaba el pito con gritos de conjura y alguna puñada perdida contra quien remoloneaba. Me dirigí a él tras recibir la novedad.

—¿Cómo anda el rebaño, don Anselmo?

—Parece que la visión de las islas ha largado malquerencia de ánimo a bastantes hombres. Pero ya entran en vereda por las buenas o malas.

—No nos podemos quejar de la señora.

—Pero no es bueno en demasía, señor. Navegamos ya tantos días con mar de donas, que muchos hombres acabarán por estimar tal condición como natural o permanente. En la anterior navegación al Plata, esta fragata no padeció temporal de cuerdas altas y debemos prepararlos para tan habitual coyuntura.

—Para eso llevamos a cabo estos ejercicios. También el personal de transporte parece entrar en la línea.

—Más o menos, señor. Por desgracia para los buques donde acaben sus huesos, algunos hombres jamás darán la talla ni por aproximación. Y me sigue preocupando ese grupo de forzados, siete pájaros que no deben vivir sin cadenas. Ya el número denota mucho en sí, que ese siete es el cardinal maligno de las profundidades.

—Los siete dedos del dios de las profundidades —dije con seriedad por no ofenderle.

—En efecto, señor, que de esa forma contrarresta el mal cuando a bien lo tiene.

—¿Han cometido alguna falta merecedora de pena esos presidiarios?

—Todavía no, pero lo harán, señor, estoy seguro. No me gustan los rumores corridos cubierta abajo y determinados gestos. Algunos ya han probado ración de mis manos, pero acabarán por sacar toda la bilis que llevan dentro.

—Pues ya sabe lo que le dije. Vergajo a los lomos o pasamos a mayores.

—Lo tendré al día. Por cierto, señor, quería recordarle la tradición que..., bueno, es lo que se debe llevar a cabo cuando...

—Arranque sin titubeos, don Anselmo.

—Me refería al momento..., cuando crucemos la raya del ecuador de norte a sur. Deberíamos rendir el habitual homenaje al dios Neptuno, como siempre se hizo a bordo de los buques de la Real Armada y de otros de diferentes nacionalidades, que sobre las aguas acabamos por ser todos almas

gemelas. Por desgracia sufrí algún caso en el que se negó tal prebenda y la situación acabó por girar en roderas de sangre.

—Desde luego, nostramo. Bajaremos al dios Neptuno desde la galleta del palo mayor, hasta besar cubierta en el momento marcado. Todo se hará como estime oportuno en ese aspecto. La verdad es que sólo crucé el ecuador hacia el sur en una ocasión y se festejó como es debido. Comunicaré al segundo que le he autorizado personalmente para preparar el acontecimiento. Porque tal evento debe ser dirigido por el primer contra maestre. No obstante, todavía hemos de bajar bastantes grados en latitud y pueden cubrirse muchas singladuras.

—No sabe cómo se lo agradezco, señor —por fin apareció el gesto de alegría en su rostro—. Comprendo por mi parte que otros no entiendan determinadas creencias muy arraigadas en la mar, desde que las aguas rodean la tierra, como los árboles^[54] se empernan a la quilla de cualquier unidad. Y nada presentan en contra de la Santa Religión, que profeso con el debido fervor. Tan sólo pido que no se menosprecien, porque así fue desde que el hombre se hizo a la mar.

—Estoy de acuerdo y así se hará.

De todos los contra maestres que habían trabajado a mi lado a bordo de cualquier buque, era don Anselmo, sin duda, el más fervoroso cumplidor de las antiguas creencias de la mar. En contra de otras opiniones expuestas por compañeros de mi cuerpo, a veces de forma exaltada y aplicando mano excesivamente dura, siempre estimé que en nada ofenden tales creencias o supersticiones. Olvidan que, en determinados momentos, el hombre necesita de toda ayuda para poder sobrevivir en ese medio fascinante y tantas veces tenebroso, capaz de volverse contra nuestros pechos en color de muerte. Si a los viejos lobos verdes les confortaba creer, que un dios de las aguas podía abanicar su suerte a favor, ningún mal se amadrinaba en ellos. Porque, una vez alcanzado el linde, rezaban a nuestra Patrona con extremo fervor, lo que había comprobado a bordo de la corbeta *Mosca* meses atrás, cuando ya creíamos entregar el alma al Altísimo.

* * *

Los cielos nos concedieron dos días más de navegación galana, y no me refiero solamente a las condiciones de viento y mar, que otras peores entraron en concierto de muelas. En la tercera singladura se dio por muerta la gloria, con entrada a la banda contraria sin remisión. Por una parte, el dios Eolo

decidía cerrar los labios a tenazón durante dos alargadas jornadas, cuando todavía la zona de las calmas quedaba a muchas millas de distancia. Y no se produjo tal condición de forma progresiva, como suele ser habitual sobre las aguas. Las velas cayeron a la plomada en escasos minutos, sin causa aparente de rumazones negras o copiosa lluvia, en el preciso momento que el sol cruzaba la meridiana de forma esplendorosa. Aunque concedimos pesca de largo y rebajamos los ejercicios, la situación cruzó de lleno a la mala cuando se produjo un inesperado y triste suceso, que tuvo sus repercusiones posteriores.

Tras un día completo sin atisbar un leve vagajillo en la nariz, con una temperatura demasiado sofocante para el lugar y la estación, pisaba el alcázar en la noche tras estudiar con Beto y cierto detalle la carta de la costa patagónica, cuando el alférez de navío Dávila nos ofreció la desgraciada novedad.

—Buenas noches, señor comandante. Parece ser que hemos perdido un hombre.

—¿Perdido un hombre en nuestra situación actual? —me costaba mucho creer aquella noticia—. No será por el balance al que la mar nos obliga. ¿Cómo ha sido posible y de quién se trata?

—El grumete Tarifeño, señor. Cuando hace dos horas se formó la guardia de babor para su relevo, me dieron la novedad de que faltaba un hombre en la línea. Hemos llevado a cabo una intensa búsqueda a bordo, hasta en la chaza más recóndita, sin resultado. Sólo cabe suponer que debió caer al agua.

—¿Caer al agua con el buque flotando en mar de leche? —intervino Beto con claro tono de escepticismo—. Eso no es posible.

—Así pensaba yo, señor segundo, pero no aparece por más que se le busca. He intentado encontrar un posible motivo al suceso, pero no lo encuentro, a no ser que se golpeará con alguna pieza y cayera al agua sin sentido. Pero ya sé que no cuadran tales hechos con el momento y la situación —se mostraba nervioso, como si entendiera que lo culparíamos por aquel extraño suceso.

—Tranquilícese, Dávila, que no es responsable de esa falta —intenté rebajar su preocupación—. ¿Era capaz de bracear ese grumete?

—Ese es, precisamente, un detalle que hace más inexplicable todavía la desgracia. Según me comentó don Anselmo, nadaba como un pez. Y si hubiese llegado hasta el agua por resbalar sobre la regala o caer desde una verga, habríamos escuchado su voz porque a bordo gozamos del mayor

silencio, flotando como un corcho. Es lógico pensar que habría pedido auxilio o nadado hasta alcanzar alguno de los cabos salvavidas^[55].

—Que se siga buscando a bordo. Puede que haya bebido más de la cuenta y duerma la modorra en un perdido rincón.

—Todavía se lleva a cabo esa función por la mitad de la guardia, señor.

Mucho me desagradó la nueva. Y no sólo porque uno de nuestros hombres hubiera perdido la vida, lo que siempre es triste aceptar, sino por las extrañas e incomprensibles circunstancias que rodeaban el hecho. Así lo comenté con Beto a solas, retirado a la banda de babor en el alcázar.

—Es difícil de aceptar como posible o normal lo que ha sucedido. No puedo comprenderlo.

—Poco me gusta ese puchero, *Gigante*. Además, me viene a la memoria que el grumete Tarifeño fue uno de los dos que recibieron cañón en la primera ceremonia de faltas. Nunca me agradaron las coincidencias y menos en asuntos de muerte a bordo.

—Estoy de acuerdo contigo. Avisa a don Anselmo para que lo discutamos con él.

No hizo falta enviar en su busca, porque en aquellos momentos llegaba el contra maestre al alcázar. Vino hacia nosotros con rostro preocupado, mientras restregaba sus manos con nerviosismo.

—Buenos días, señor comandante. Bueno, debe perdonarme porque todavía no ha amanecido.

—No se preocupe. ¿Qué piensa de la pérdida de ese hombre, nostramo?

—Que no me creo esa badana, aunque lo firmen por decreto, señor —mostraba su disgusto a las claras—. Tarifeño era uno de los grumetes más hábiles y que mejor se movía en el agua de toda la tripulación. Además, otros rumores apuntan en mala dirección.

—A qué rumores se refiere.

—Ya sabe, señor, que dispongo de hombres a bordo de plena confianza y bien distribuidos —bajó el tono de su voz en necesaria discreción—. Son los que me informan de todo lo que sucede bajo cubierta, aunque a algunos no guste mi método. Pero creo que todo contra maestre mayor ha de obrar así y saber lo que se cuece perola adentro. Pues por ese medio tuve conocimiento de que los siete malditos, esos presidiarios que se mueven a bordo como la gangrena, corrían voces en prenda sin descanso, intentando crear mal ambiente y tensar espíritus a la banda contraria. Aseguraban que los dos grumetes, Tarifeño y Viruelas, no levantaban cabeza desde que recibieran cañón de forma injusta, y que tal situación acabaría por desencadenar peores

males. Era falso porque yo había hablado con los dos y aunque se sintieran un poco ofendidos por el castigo, y perdone estas palabras, lo dejaban pasar como uno más de los inconvenientes que se sufren en la mar.

Se detuvo el contramaestre, como si debiera medir sus palabras con pesas finas. Le animé a seguir.

—Continúe, don Anselmo.

—No quiero, señor, traspasar la línea que define mis obligaciones. No debe entender mis palabras como...

—Por favor, nostramo, confío plenamente en su entendimiento y buen hacer. —Es que mis sospechas son muy graves, señor.

—Pues lárguelas sin miedo.

—Para mí..., para mí, señor, que esos malditos han lanzado al grumete al agua con una bala bien preñada en la camisola.

—¿Sugiere que le han dado muerte de forma voluntaria? Como dice, son muy graves sus pensamientos.

—Ya sabe, señor, que nunca disparo sin pólvora apretada. He hecho contar el número de rasas^[56] en las chilleras del castillo, y en una de ellas hay diecinueve, una menos de las ordenadas. Sé que ese grumete no ha caído de forma accidental al agua porque no es posible con estas condiciones de viento y mar, si no hay una mano maldita que lo empuje. Y dada la situación, han debido ser los de esa cuadrilla presidiaría quienes se cargaron a Tarifeño. Me jugaba la mesada a esa sola carta.

—No lo comprendo. ¿Qué beneficio pueden sacar de una acción así? —preguntó Beto, interesado.

—Que los hombres comprueben como ciertas sus sospechas y que todo el mal se debe a la dureza de los oficiales, especialmente a la del teniente de fragata Orcajo. De esta forma, siembran a bordo el mal ambiente, único fin que persiguen. Deben estimar que con tales condiciones les puede ser más fácil desertar o...

Calló el nostramo, mientras bajaba la mirada hacia la cubierta, sin atreverse a continuar.

—¿Cree que buscan producir un amotinamiento a bordo? —pregunté por derecho al comprender su silencio.

—Ya sé que es muy duro lo que expongo y temo, señor, pero todo es posible si llega de las mentes de esos hombres, que sólo piensan en el mal y serían capaces de quitarle la vida a su propia madre. No olvide que se trata de forzados con penas de diez años como media. Por desgracia, y conforme a las necesidades de la guerra, soltaron las cadenas a los arrepentidos y un grupo

nos llegó a bordo en malhadado día. Podemos pensar que, en cuanto lleguemos al Río de la Plata, abandonarán la *Proserpina*, lo que es cierto como la luz del día. Pero si tardamos muchas semanas en alcanzar la plaza de Montevideo, pueden dejarnos la bodega con demasiados gusanos.

—A lo largo de los años, ha sido muy raro en la Armada el delito de insubordinación —dijo Beto con seriedad—, todo lo contrario que ha sucedido en otras marinas europeas, como la inglesa.

—En efecto —corroboré—. Que yo sepa sólo tuvo lugar un intento de amotinamiento a bordo del navío *San Juan Nepomuceno*, poco antes del combate de Trafalgar, cuando era mandado por el brigadier don Cosme Damián Churruca. Y no se amotinaron por no recibir pagas o sufrir excesivas penalidades a bordo. Los soldados de infantería de Marina tomaron las armas para evitar que fueran puestos en el cepo tres de sus compañeros, como había ordenado el comandante. Con tales sucesos se rompía una norma excelente en nuestra Armada, inalterable en siglos. Por el contrario, los ingleses están muy habituados a los motines a bordo de sus buques, aunque acaben colgándolos a todos de la verga mayor sin dilación.

—En el caso del *Nepomuceno* todos los amotinados fueron condenados a muerte.

—Pero Su Majestad el Rey, en una magnanimidad un tanto absurda, les conmutó la pena máxima a los cuarenta maleantes, condenándolos solamente a ocho años como forzados en presidio.

—Fue el propio comandante, Churruca, quien así lo solicitó.

—En efecto. Argumentaba que no podían caer sobre su alma tantas muertes y que, después de todo, aquellos hombres solamente protestaban por el honor de su Cuerpo.

—No se puede ser blando en tales circunstancias —protestaba Beto con dureza—. Quien toma las armas contra sus propios mandos, debe ser fusilado de inmediato.

—Bueno, Beto, el Tratado V de las Ordenadas en vigor, al que debemos ajustarnos, establece que a quien favoreciese un motín se le corte la mano derecha si es diestro, y la izquierda si es zurdo. Y al declarado como amotinado, a morir en la horca. Toda pena de muerte debe ser sancionada en consejo de guerra y aprobada por Su Majestad, salvo caso de buque en la mar, condición en la que el comandante adquiere el poder omnímodo de sancionar y ejecutar.

—Pero en los últimos años de nuestro señor don Carlos el Tercero, se recomendó que se evitaran las amputaciones. Era mucha la necesidad de

forzados para trabajar en las construcciones del Rey, y faltos de una mano rendirían poco. Se conmutaba esa pena por diez años a galeras.

—Se trataba solamente de una recomendación. Pero dejemos ahora las teorías a un lado y continuemos con el problema que se nos presenta, un chillerón de calado profundo. Y te adelanto que concuerdo al ciento con las opiniones de don Anselmo.

—Confío a muerte, como tú, en don Anselmo. Por esa razón interrogaría por separado a esos siete malditos, incluido el empleo de la tortura y el engaño si es necesario. Por último, si aceptan haber matado a ese grumete y propósitos de amotinamiento, celebraría consejo de guerra, para colgarlos de inmediato por el cuello desde la verga mayor hasta morir. Como dice el nostramo, la gangrena es peligrosa y se corre con rapidez. Cuanto antes se corte el miembro afectado, mejor.

—Nunca he sido partidario del empleo de la tortura en los interrogatorios, ni siquiera en casos de herejía como defiende la Santa Inquisición. Aplicado el dolor extremo de forma conveniente, cualquier hombre sería capaz de hacernos declarar lo que se desee escuchar de nuestros labios.

—Estoy de acuerdo con vos, señor comandante. Pero si lo estiman oportuno, puedo interrogar de forma dura a esos presidiarios en presencia de algún oficial. Si conseguimos con engaños que alguno estime posible salvar el pellejo por declarar contra sus compadres, conseguiríamos nuestro objetivo. Esa mala calaña se muestra poderosa en grupo y con la faca a mano, pero, a solas y en cuadro de presión, pueden venirse abajo. Con que uno solo flaquee, sería suficiente.

—Dígame, don Anselmo —miré al contraamaestre a los ojos—. ¿Está convencido de que esos hombres son culpables, que han dado muerte al grumete?

—Con la mano en el corazón, señor, le declaro que estoy casi convencido de su culpabilidad. Ya sé que ese *casi* invalida la aplicación de una dura pena. Pero no debemos olvidar que en esa guardia, cuando se produjo la desaparición del grumete Tarifeño, se encontraban cuatro de los malditos. Y como nos encontramos en situación relajada, podría haber subido hasta el alcázar alguno más de sus compañeros, si se consideraba necesario. En mi opinión, debieron golpear fuerte a Tarifeño hasta dejarlo sin sentido, para lanzarlo al agua a continuación con la bala prendida al cuerpo.

—De acuerdo, don Anselmo. Le agradezco como se merece su dedicación y fidelidad al mando. Ya le comunicaré mi decisión.

—Como ordene, señor.

Quedé de nuevo a solas con Beto, mientras un racimo de negros pensamientos cruzaba por mi cabeza al galope. Hasta el momento, nunca me había encontrado ante una situación de tal gravedad, y era necesario pensar a fondo el mejor de los caminos a seguir. Escuché las palabras de mi amigo, entonadas con decisión.

—No podemos rebajar la raya de la vara una sola pulgada, *Gigante*, ni permitir cualquier intento de insubordinación, aunque solamente sea de pensamiento. De momento y si te parece adecuado, ordenaré redoblar las guardias de los soldados en cuanto a escotillas y cámaras, con órdenes precisas de disparar a la barriga si aparece alguno de los presidiarios, y entran en razonada sospecha. Pero debes decidir lo que hemos de hacer con ese grupo de sacamantecas, que pueden haber matado a un grumete a bordo con especiales y aviesas intenciones.

—Es una cuestión bastante delicada, bien lo sabe Dios. Pero no creas que me tiembla el pulso una mota para decidir lo que estime correcto, por duro que sea, incluidas penas de muerte. Si encontramos pruebas fundadas de lo que sospechamos, aplicaré las ordenanzas de forma inflexible. ¿Tú qué opinas?

—Creo que don Anselmo se las sabe todas y no suele ser alocado en su conducta, sino persona de mente asentada que razona bien. Por mi parte, y de entrada, les pondría grillos a los siete, aplicándoles racionamiento^[57]. Y, desde luego, que no puedan hablar una sola palabra entre ellos. Después, y de uno en uno, llevaría a cabo un duro interrogatorio, sin miramientos, bien por medio de don Anselmo o uno de los oficiales.

—En cuanto a las primeras medidas, muestro mi completo acuerdo porque ya pensaba en unas parecidas. Alerta a la guardia y esos siete con grillos. Tan sólo deja que piense un poco, si llevamos a cabo el interrogatorio o subo todavía más el listón.

—¿Subir el listón? ¿Piensas colgarlos de la verga mayor a todos, sobre la marcha y sin consejo previo? Tampoco te lances a la carrera sin mirar hacia atrás.

—En estos momentos no descarto nada, puedes estar seguro. No debemos olvidar con quien nos jugamos la manteca. Se trata de presidiarios que nada merecen, después de haberseles concedido una libertad de forma demasiado benigna. Encárgate de que se apliquen las medidas que indicabas y concédeme un par de horas.

—De acuerdo.

Me retiré a mi cámara con el ánimo tendido a la baja, pero las ideas bailando en el cerebro con extrema claridad. Recordaba con precisión lo que se especifica en las ordenanzas, así como los relatos escuchados a mis jefes sobre situaciones parecidas. Pero en este caso era yo quien debía decidir sobre la vida o muerte de siete hombres, aunque esos presidiarios no merecieran tal apelativo. Después de todo, esa es una de las más difíciles misiones que asume todo comandante de un buque en la mar, actuar como un dios particular que, sin embargo, no debe equivocarse. Pensé por unos segundos en elevar una oración para que se me concediera claridad de pensamiento, lo que rechacé con rapidez. No era momento de elevar plegarias a Dios, sino de actuar como tal.

12. Un dios particular y justiciero

En la mañana siguiente al desgraciado suceso, que podía marcar muescas de sangre en las tablas de a bordo, la calmería más absoluta y sofocante se mantenía encastrada en el ambiente, sin una mínima variación. Buque y mar parecían quedar envueltos en altura y distancia, cual tropa de almas enjauladas en camposanto. El conjunto asemejaba un cuadro irreal y fantasmagórico, con la *Proserpina* posada en silencio y quietud sobre las aguas infinitas, como si los dioses desearan preparar el ambiente a soniquete destemplado.

Como ya había tomado la decisión, esa prerrogativa que puede llegar a asfixiar a todo mando en la mar, discutida en este caso con Beto en singular excepción, debida a nuestra amistad y confianza, reuní a mis oficiales de guerra y mayores en su cámara. Suponía los rumores corridos con velocidad de galleta^[58] a sentina, por lo que pude comprobar una ligera preocupación en sus rostros, conscientes de que mi voz ofrecería el camino a seguir sin posible variación. Empleé un tono decidido desde el primer momento, de forma que no se pudiera apreciar una mínima vacilación en mis palabras.

—Bien, señores, les considero al día de los acontecimientos que, por desgracia, hemos sufrido a bordo. En primer lugar, siento que uno de nuestros hombres haya perdido su vida sin acción peligrosa que pudiera ofrecer alguna razón, condición que después de tantas horas parece confirmada sin posible enmienda. Y ya que no pude enhebrar unas palabras en su definitivo adiós, espero que nuestro capellán dedique el próximo sacrificio dominical por el eterno descanso de su alma.

Mientras don Martín Escalada asentía a mi orden con cierta desgana, un gesto que no me entró por cuerdas, el resto de los oficiales se mantenía en silencio. Como sucede tantas otras veces, también la curiosidad movía sus tripas en nervios aferrados.

—Ya saben de quiénes sospechamos y las razones que se estiman como muy probables y altamente peligrosas para tan cobarde acción, propias de la canalla más infame que pueda generar el ser humano. Creo que ya me conocen lo suficiente para no dudar de mi decisión en mantener las normas a bordo sin el menor resquicio posible, así como mi permanente inclinación de aplicar las Reales Ordenanzas punto por punto. Ha sido regla habitual en mi comportamiento conceder un trato humano a los hombres bajo mi mando, e intentar que disfruten de una vida con las menores penalidades posibles, siempre que su lealtad a los mandos y amor al servicio los hagan acreedores a tal consideración. Del mismo modo, estoy dispuesto a cortar de raíz y con la máxima dureza cualquier acción de las que aparecen penadas en nuestros códigos, incluso a cercenar la vida de quienes lleven a cabo actos de grave insubordinación, o penas de extrema gravedad para quienes los promuevan. El mantenimiento de la disciplina a bordo de todo buque de la Real Armada es la piedra angular y básica en su funcionamiento.

Beto, sentado a mi derecha y conocedor al punto de la decisión tomada, golpeaba la mesa con los dedos en uno de sus movimientos habituales, ofreciendo un rostro de inmensa tranquilidad. El resto de los oficiales asentía con la cabeza conforme desgranaba mis palabras, intentando averiguar en ellas y cada uno de mis gestos por dónde podía llegarles el viento.

—Como medidas iniciales que deben conocer, se han redoblado las guardias de nuestros soldados de Marina en todos sus puestos, añadiendo algunos nuevos que se estiman de necesaria vigilancia. El segundo les ofrecerá los detalles, una vez finalizada la reunión. También ordené mantener con grillos y racionamiento de fuste a los siete sospechosos de la infame acción, convenientemente separados para que no se puedan comunicar entre ellos. Pero más preocupante todavía que haber dado muerte a un hombre inocente, pueden ser los fines pretendidos por ese grupo maldito, si conseguimos demostrarlos. De esta forma, se llevará a cabo un interrogatorio individual a cada uno de ellos por medio del contramaestre primero, en presencia del teniente de navío Romarate. Asimismo, autorizo el empleo de la fuerza llegado el caso, si se estima necesaria para conseguir una declaración, que puede ser vital para el correcto y seguro funcionamiento de la vida a bordo. No pienso consentir que un buque de la Real Armada bajo mi mando corra el mínimo riesgo. Y actuaré con rigor para evitarlo. Por favor, les ruego que si alguno desea exponer opinión propia, lo haga sin rebozo.

Nueva parada en mis palabras, mientras giraba la mirada en abanico. Ningún gesto o movimiento extraño aparecía, circunstancia esperada. No

obstante, me sorprendió escuchar la voz del capellán, tras remover su orondo trasero en el asiento, largada en un tono tan bajo que era difícil comprender.

—Con todo el respeto debido, señor comandante, estimo que el empleo de la tortura jamás es aceptable en un ser humano. Todos somos hijos de Dios.

No esperaba una reacción así, que me hizo vibrar a desazón turbia e incómoda. Pero no sólo me disgustaba la sugerencia, sino también el tono y la forma empleados.

—Me extraña que seáis vos, precisamente, quien defienda tal postura, don Martín. Supongo que también abominaréis de la fuerza practicada en los tribunales de la Santa Inquisición para conseguir declaraciones, una tortura de tal dureza que nunca consentiría a bordo de un buque bajo mi mando.

—Bueno, señor... —dudaba el capellán, al tiempo que su rostro se teñía en grana—, esos casos..., esos casos a los que os referís son en la actualidad de muy rara aplicación y solamente con herejía palpable y demostrada.

—Esa herejía de la que habláis es demostrada habitualmente sobre la base de interrogatorios practicados con terrible tortura, sin duda —sonreí, aunque sentía calor en las venas—. Ya veo que empleáis diferente rasero según las acciones o pecados a contemplar. Creo, reverendo padre —endurecí el tono de mi voz—, que deberíais demostrar ese excelso amor por la raza humana en el diario comportamiento. Os recuerdo que vuestra misión a bordo es la de mantener en alto la salud del alma de nuestros hombres. Por el contrario, no creo que conozcáis siquiera la cubierta baja donde convive la dotación. Debéis dedicar menos tiempo al buen yantar y alargadas siestas, y más a la convivencia cercana con esos hombres a los que estimáis se debe cuidar. Y no se trata de una recomendación sino de una orden tajante, por supuesto.

Se hizo un espeso silencio mientras el capellán dirigía su mirada hacia la mesa, con el rostro enjaretado en rojo subido. Pude observar alguna perdida sonrisa en los oficiales, aunque no elevaran comentario alguno. Beto, por su parte asentía con fuerza.

—Bien, creo que nada queda por extraer de la bolsa. Como deben suponer, del resultado de los interrogatorios dependerán las acciones posteriores. Pero es muy posible que sea necesario celebrar consejo de guerra para calibrar los cargos a imputar, si las penas que se deriven sobrepasan en mi criterio las de aplicación directa. Esto es todo, señores.

Salieron de la cámara a continuación, con el capellán a la cabeza en rápido movimiento. Una vez a solas, miré a Beto que sonreía.

—De qué te ríes, culebrón.

—Buena andanada le has lanzado a don Martín. Pones en peligro la salud de tu alma.

—No creo que mi salvación eterna dependa de un sacerdote como esta sandía que nos tocó en suerte. Sólo piensa en comer, beber y dormir. Y ya que me entró con esa flauta en público, le repliqué muy a gusto como debía. Y a partir de ahora deberás comprobar que desempeña sus obligaciones al punto. Aunque sea sacerdote ha de cumplir a bordo como todos, y es misión del comandante comprobarlo..., a través de su estimado segundo.

—Lo haré con mucho gusto. No me cae bien ese curica barrigón. Por cierto, no hay quien aguante esta putañera calmería con sofoco añadido. Por todas las zorronas del harén argelino, que parecemos clavados con pernos en el ecuador sin posible salida.

—A ver si tú también vas a creer de firme en las leyendas de los dioses de la mar. Además, los buques pueden clavarse en un meridiano, pero no en un paralelo. Eso al menos asegura don Anselmo, y no se te ocurra llevarle la contraria en esos temas, que es de los chapados a las antiguas creencias.

—No se me ocurriría tal locura ni en arrebató.

En ese momento apareció Okumé en la puerta con una especial sonrisa. Alguna liebre debía haber saltado en cubierta.

—¿Qué sucede?

—Una especie digna de verse, señor. La maroma lanzada a popa a modo de curricán^[59] pescó un enorme pez de color verdoso que nadie había visto hasta ahora. Hay quien asegura que es un aviso de buena o mala suerte, dependiendo de quien pronuncia la sentencia.

—Eso no son más que pijadas de monja. Todo pez recién sacado de las aguas es bueno para la perola, aunque lleve grabado el arco iris en sus costados. Pero me gustaría verlo.

—Lo tienen en la toldilla, señor.

—Te acompaño —dijo Beto.

Cuando salimos a cubierta, comprobamos que la situación de calma chicha no mejoraba una cuarta, para desesperación de muchos. Pasamos con rapidez a la toldilla, donde el cocinero de equipaje, don Sebastián, presunto conocedor de toda especie marina, golpeaba a un enorme pez de unos cinco pies de largura y buche estrecho con la pala de un remo.

—¿Qué hace, don Sebastián? —pregunté al llegar a su altura—. ¿Necesita un fusil para acabar con ese pobre animal?

—Nada de pobre, señor comandante. Nunca había visto semejante pez de color verdoso y rallas amarillentas, que abre la boca y se mueve con la fuerza

de un tiburón. Ya está casi muerto.

—Comida fresca para nuestros hombres, o sopa de pescado para los que necesiten dieta de enfermo.

—¿Cómo vamos a comer un animal desconocido? —preguntó el cocinero, espantado.

—Como le hincamos el diente a todo pez. Si por su tamaño no se puede pasar a las brasas, trocéelo para freído en manteca o cocerlo de dieta. Por cierto, que me gustaría probarlo. Okumé, pasa un trozo de su lomo por la sartén con alguna especia adecuada.

La verdad es que el animal era espectacular y de una belleza impresionante. Como se trataba de bastantes onzas de alimento gratis y saludable, no era aceptable desperdiciarlo. Cuando regresamos al alcázar, tanto Beto como Okumé me entraron con murmullos a la baja.

—¿De verdad piensa comer el señor un trozo de esa repugnante pieza?

—Por supuesto. Nada que procede de la mar puede ser malo. Todo pescado fresco es bueno para el buche. Además, tengo curiosidad por catarlo. Prepara dos trozos pequeños para don Beto y para mí.

—No cuentes con mi persona para que te acompañe en esa asquerosa probanza —Beto mostraba gestos de repulsión—. Ya sabes que soy muy remilgado para las comidas, y esa dieta de pez amarillo no entra en mis hábitos.

—Si estuvieras navegando entre hielos por las Altas Californias, sin nada que llevarte a la boca y preso del escorbuto, lo tomarías a dos carrillos sin dudarle un segundo. Mi padre y el tío Santiago comieron mono al espetón, cuando cruzaban desde Portobello a Panamá. Y días después masticaron iguanas de la costa.

—Pero como no nos encontramos en un escenario tan idílico y singular, cedo mi parte de mono, iguana o ese maravilloso pez amarillo al señor comandante u otros oficiales de menor graduación.

—Espero que algún día sufras hambre de verdad, para que mudes tus hábitos de comida.

Lo cierto es que acabé probando el animal, que encontré de carne rica y muy sabrosa, parecida al pez espada, lo que fue corroborado por quienes siguieron mi ejemplo. Pero, en general, y como manteníamos suficientes alimentos a bordo para la menestra y salazón, fue desechado por la mayoría. Siempre he sido de la opinión que se deben aceptar como ciertos los refranes marineros, y para aquel caso particular el que dice: «Nada de la mar es malo, salvo la pata de palo». Pero con el barco clavado a fondo y los importantes

interrogatorios por llevar a cabo, pronto olvidé el pez de color amarillento verdoso, que jamás volví a observar en mis muchos años de mar.

* * *

Se siguieron mis órdenes al punto aquella misma tarde, porque no se debía posponer un solo minuto cuestión tan importante. Don Anselmo llevó a cabo los interrogatorios previstos a los siete inculpados, en presencia del teniente de navío Romarate y el guardiamarina Encuadro, encargado como secretario para dejar constancia en acta por escrito de toda palabra largada en la sesión. Los inculpados deberían presentarse engrilletados de manos y pies, así como cercano acompañamiento de dos soldados con armas en la mano. Según parece, la sesión de trabajo se desarrolló con especial dureza y sin concesiones, alargándose en sudores durante jornada y media. La táctica empleada era semejante con todos ellos. El nostramo intentaba ofrecer reducción de pena para quien declarara la verdad contra el resto de sus compañeros. Al mismo tiempo se les recordaba que, en caso contrario, podrían acabar sus días colgados de la verga del palo mayor o perder la mano, cortada a cercén mediante hacha, si solamente habían colaborado en el intento de amotinamiento.

Los cuatro primeros en entrar por boquera estrecha resistieron con suficiente ánimo y decisión los envites y acusaciones, a pesar de los duros auxilios empleados por el contramaestre, una actitud que, según posteriores palabras de Romarate, comenzó a desmoralizarlo a fondo. Sin embargo y como suele acaecer en todo aconchadero de ratas, siempre aparece alguna que decide salvar el pellejo entre las aguas, aunque envíe al infierno a su más querido compañero de maldades. Y fue un pequeño grumete apodado Cruces, natural de un pequeño caserío de la Mancha, con cicatrices de arma blanca por toda su geografía corporal y convicto de numerosas penas menores y mayores, quien se mostró dispuesto a referir hasta el último detalle de los hechos. Para sorpresa de los tres hombres, asintió a los cargos expuestos por Romarate sin necesidad de que el nostramo masajeara su cara a fondo.

En efecto, aquel grupo de presidiarios intentaba desde el mismo día de su embarque soliviantar a la dotación con las habituales razones de penosa vida, escasa alimentación y perversa maldad de los oficiales al imponer trabajos, ejercicios y penas. Habían corrido en voces con su especial inquina y tergiversación de hechos el penoso estado de ánimo de los dos hombres a los que se les había dado cañón, pronosticando una travesía insoportable. Incluso

comentaban por abierto los éxitos de otros muchos e imaginarios amotinamientos en diversas unidades de la Armada, tras eliminar a los oficiales, para transportar a continuación el buque hasta paradisíacas islas, donde encontraron por fin una vida regalada sin ser descubiertos jamás. Y como muchos escuchan con gusto tales comentarios, que tras ser repetidos una y mil veces acaban por ser aceptados como verdad de ley, los malditos estimaban que sólo restaba cometer el acto definitivo para demostrar sus diatribas. Incluso tenían planes concretos para hacerse con armamento portátil suficiente y acabar a la brava con todos los oficiales.

Según declaración de Cruces, quien mandaba con mano de hierro sobre el grupo y, en su opinión, incluso forzaba al resto a tan execrables actos, era el grumete Loberón, un gigante agitanado de brazos anchos como molinetes e imponente tatuaje en el pecho. Aseguraba que los demás se habían visto obligados a obedecerle, situación que se mantenía sin variación desde su estancia en el Cuartel de Presidarios y Esclavos de Cartagena. Nadie podía negarse a sus órdenes, porque ya en el presidio había dado muerte a un moro poderoso con sus propias manos, y lo temían más que al mismísimo Satanás. Por último declaró que, en efecto, el grumete Tarifeño había sido golpeado con fuerza en la cabeza por Loberón, en el castillo durante la guardia, para ser lanzado al agua a continuación con una bala bien encastrada en la blusa.

Por verdad o provecho propio, los seis compañeros se fueron acoplando a dicha declaración, de forma que fue llamado Loberón para someterse a un nuevo interrogatorio. Expuestas una y otra vez las acusaciones de sus compinches, acompañadas por las caricias de don Anselmo, acabó por sufrir un ataque de rabia incontenible, de forma que a pesar de encontrarse engrilletado por firme, se lanzó sobre el contramaestre con boca abierta y deseos de morderle en muerte su garganta. Se salvó el nostramo del ataque, al tiempo que los dos miembros de la guardia golpeaban la cabeza del monstruo con la culata de sus fusiles.

Una vez al detalle de los hechos, explicados por Romarate punto por punto, al tiempo que entregaba las actas levantadas por el guardiamarina Encuadro, quedé con Beto en mi cámara para discutir los pasos a seguir. Es en estos momentos precisamente cuando se agradece la presencia de un segundo comandante de máxima confianza, como sucedía con la presencia de mi cuñado, porque en caso contrario la soledad del mando puede llegar a hacerse insoportable.

—No se equivocaba don Anselmo en una coma —dijo Beto, todavía impresionado por los detalles que acababa de escuchar—. Parece mentira lo

que es capaz de maquinar una mente pervertida y malsana, al punto de corroer el espíritu de toda una dotación.

—Auxiliado por otros seis de su misma calaña, no lo olvides. Un grupo de hombres con escasos principios es capaz de asentir a todo lo que afirme un matarife envalentonado y amenazante. Porque según parece, ese grupo con Loberón a la cabeza tenía amedrentado a medio equipaje. Por fortuna, hubo hombres que pasaron la voz hasta llegar al contra maestre, que dispone de una red de información bajo cubierta bien dispuesta. Creo que podemos y debemos cortar este viraje por lo sano. La dotación no es mala pero moldeable siempre, especialmente cuando escucha cantos de sirena. Hemos de actuar sin pérdida de tiempo. Pienso celebrar consejo de guerra extraordinario, pero con las garantías que se deben ofrecer, de acuerdo a la normativa en vigor. Formaremos el tribunal del consejo Orcajo, Crespi, tú y yo como presidente, actuando Dávila como defensor de esos miserables y Romarate en el papel de fiscal.

—Muy bien. ¿Qué penas piensas proponer? Ese es el apartado más importante, porque tu opinión acabará por imponerse.

—No intento imponer nada. Todos deben actuar según su propia responsabilidad.

—Pero son oficiales jóvenes y bajo tu mando, lo que en otra situación no sería permitido. Se autorizan estos consejos extraordinarios a causa del necesario y urgente mantenimiento de la disciplina a bordo de un buque en la mar. Pero debemos ser exquisitos con las formalidades y las actas para entregar posteriormente a la autoridad.

—Desde luego, así pensaba conducirme. En cuanto a las penas, hemos de confiar por mucho que nos pese en la culpabilidad de un solo hombre, auxiliado por seis colaboradores a la fuerza, aunque no me crea ni de lejos toda esa badana. Pero así coinciden las declaraciones y sin duda el maldito Loberón actuaba como gerifalte del equipo. Las acusaciones serán, por una parte, favorecer un amotinamiento, mientras resta la de asesinato. Esa muerte fue preparada a conciencia y con fines malévolos, ejecutada durante la noche para que no fuese descubierta, sin arrebató alguno producido por previa lucha o discusión.

—Esas son las dos principales, aunque también se les podrían aplicar otras menores como murmurar sobre el comandante y los oficiales, ultrajes, injurias, intento de hurtar armas y municiones, proyectos de deserción y un buen rosario.

—Dado el momento que atravesamos, estimo de la mayor importancia ofrecer, sin miramientos, un duro ejemplo a todos nuestros hombres. No sólo debemos pensar en la gravedad de los actos, sino en el necesario mantenimiento de la disciplina a bordo, cualidad que faculta a todo comandante en la mar para aplicar las penas que estime oportunas. Pediré que Loberón sea condenado a morir en la horca por asesinato y promoción de amotinamiento. Naturalmente, la pena se ejecutaría a bordo en ceremonia pública. En cuanto a los otros seis, solicitaré del tribunal que se les de cañón a fondo, vergüenza pública y diez años de prisión por colaborar en las penas expuestas. Serán mantenidos con grillos y cadenas hasta que arribemos a Montevideo, donde serán entregados para que cumplan el castigo impuesto en el presidio correspondiente.

—Me parece muy bien. Tan sólo dudo sobre la pena de muerte. Y no porque no lo merezca ese sacamantecas endemoniado, castigo que se les debería aplicar también a los otros seis. Pero no debemos pillarnos los dedos con posibles y futuras averiguaciones.

—¿Averiguaciones? Vamos, Beto. Hay que mantener la disciplina a bordo por encima de cualquier otra disposición, y así lo especifican con meridiana claridad las Reales Ordenanzas. Y para conseguir tal fin estimo necesario dar horca a ese mal-nacido, por lo menos. Todos los miembros de la dotación deben comprobar con sus ojos, que no estamos dispuestos a permitir tales comportamientos, y que emplearemos mano dura en cualquier caso parecido.

—No creo que volvamos a sufrir de nuevo una tormenta de tal calibre.

—Tampoco yo. Ya te comentaba que la Real Armada es un caso excepcional en tales hechos, en comparación con otras marinas europeas. La peste embarcó en la *Proserpina* con esos degenerados, pero es de absoluta necesidad que el resto comprenda hacia dónde caminan quienes creen en tales fábulas.

—Muy bien. ¿Para cuándo deseas que prepare la celebración del consejo?

—En cuanto sea posible. Cada día que pasa es una jornada perdida. Recuerda que todos los miembros del tribunal, así como el fiscal y el defensor, deben leer las actas a fondo y tomar opinión propia.

—Me encargaré de ello.

El consejo de guerra, primero que presidía en mi carrera y con la excepcionalidad de celebrarse a bordo de un buque en la mar bajo mi mando, tuvo lugar dos días después. Precisamente, aquella misma mañana había saltado un viento fresquito del noroeste, que progresó en fuerza hasta conseguir desterrar de una vez aquella encalmada de lomos duros, una

situación que se había extendido demasiado. Arrumbamos por fin con todo el aparejo al sudoeste cuarta al sur, intentando llegar cuanto antes a la zona de los alisios, que nos impulsaran en ventura hacia las Indias.

Quedé maravillado de la profesionalidad de mis oficiales al encarar un trance tan poco agradable como un consejo de guerra, en el que presumiblemente se podían esperar peticiones de penas muy importantes. Durante dos días lo habían preparado a conciencia, incluso el joven alférez de navío Dávila, que llevó a cabo su papel como defensor con una seriedad y eficacia dignas de todo elogio. Romarate, en su papel de fiscal, se ciñó a las penas que se prescriben en las Reales Ordenanzas. Acentuó la gravedad de los hechos, por mantenerse el buque en la mar con una alargada e importante comisión de guerra por cumplir. De esta forma, solicitó la pena máxima para Loberón, así como la amputación de la mano y diez años para los considerados como cómplices. Por el contrario, Dávila estimó que ninguno de los acusados había traspasado la estadía de preparación del amotinamiento, ni alcanzado por tanto tal situación. También consideraba como no probado el asesinato del grumete Tarifeño por mano del acusado, al considerar como dudosas las imputaciones de sus compañeros.

Por fin, una vez expuestas las consideraciones finales, quedamos recluidos en la cámara de oficiales los cuatro miembros del tribunal. Y ya sin rebozo solicité las penas que explicara a Beto con anterioridad. Las discusiones fueron de escasa entidad, mostrando su acuerdo Beto y Crespi, mientras Orcajo estimaba que se debía condenar a la horca a todos como un acto de amotinamiento probado, y en su defecto la amputación de la mano a los considerados como cómplices. Se impuso la mayoría y, de esa forma, el cabecilla sería ejecutado en la horca, mientras los restantes recibirían cuarenta latigazos al cañón, vergüenza pública en el cabrestante y diez años de reclusión en presidio.

—Bueno, todo ha salido tal y como preveíamos —dijo Beto, mientras bebíamos una frasca de vino en mi cámara—. ¿Cuándo piensas que se ejecuten las penas?

—Pasado mañana, domingo. Ordena al capellán que visite a quien hemos condenado a la horca, por si desea congraciarse con Dios antes de su viaje definitivo, lo que dudo.

—No me gustaría encontrarme con ese Loberón sin cadenas por la cubierta baja. Lleva la estampa del criminal más duro grabada en su rostro.

—Hay dos o tres manos, que le siguen cuerda a rayana altura. Durante muchos años, los miembros de la Armada hemos protestado, para intentar

evitar que nos embarcaran presidiarios, aunque se tratara de condenados a penas menores y expusieran su más sincero arrepentimiento. Ya los generales Mazarredo y Escaño informaron en dicho sentido a la Secretaría de Marina. Pero ahora se da libertad a criminales confesos y los envían a rellenar huecos en unidades de la Armada. Te juro que no soy capaz de comprenderlo.

—Totalmente de acuerdo. ¿Por qué no emplean a los forzados en las fábricas de armamento, u otras necesarias para la guerra?

—Porque, en general, a muy pocos importa la verdadera situación que sufre la Armada. Olvidan que seguimos transportando hacia la Península casi todo lo necesario para la guerra. En fin, parece que es grano molido y ya no merece la pena ni protestar. La verdad, no sé qué hace el secretario de Marina. Debería dimitir.

—Pues ya sabes lo que expuso el actual en las Cortes. Pero tienes razón, tras aquellas duras palabras debía haber dimitido y marchado a su casa.

Todavía con la desazón que un acto como un consejo de guerra produce, aquella tarde llegaron a verme al alcázar el capitán del Ejército Tejero y sus tenientes. Hacía algunos días que no charlaba con ellos, muy interesados en aprender las tradiciones de la Armada, nuestro diario funcionamiento y las condiciones de vida a bordo. Tejero era un buen profesional, que colaboraba en los ejercicios doctrinales con sus soldados ocupando puestos de combate. Se dirigió a mí con tono decidido.

—Hemos tenido conocimiento, señor comandante, del consejo de guerra celebrado a bordo y sus decisiones. Quiero que sepa en nombre de mis oficiales y el mío propio, que nos tiene a su disposición para todo lo necesario. Estamos de acuerdo en la excepcionalidad que supone el buen funcionamiento de un buque en la mar, y la reacción ante unas acciones como las que intentaban perpetrar esa pandilla de facinerosos.

—Agradezco sus palabras como se merecen, capitán. Lo que sí les ruego es la asistencia de todos sus hombres, como el resto de la dotación, a la imposición de penas el próximo domingo, tras la santificación dominical.

—Cuenta con nosotros sin dudarlo. No faltará un solo hombre del Ejército.

—Muchas gracias.

Aunque me pesara a fondo y no fuera espectáculo apetecido para ninguna mente sensata, menos todavía para el comandante de un buque con algunos de sus hombres, llegó el domingo, fecha señalada en negro. Con todo el personal formado en cubierta y tambuchos, los oficiales cruzaban en el alcázar sobre la timonera, vestidos con el uniforme grande señalado en las Reales Ordenanzas

para especiales ocasiones. El capellán me había informado de sus infructuosos intentos para que el asesino abominara de sus pecados, habiendo sido ofendido de palabra por quien consideraba figura del Maligno. De esta forma y tras cumplir con el precepto dominical, el segundo comandante leyó las penas impuestas en el consejo de guerra con todo detalle, mientras los condenados formaban a la banda de babor en solitario, cubiertos por soldados de la Marina con arma cargada en prevención y bayoneta calada.

En primer lugar se dio cañón a los seis culpados en pena menor, cuarenta latigazos que el guardián aplicó en esta ocasión con un rebenque especial de mojel fino y mano de hierro, hasta levantar cueros en sangre. Posteriormente, fueron amarrados a la vergüenza pública en seis puestos de cubierta, al no ser posible que todos se amadrinaran al cabrestante. Además de los gritos de dolor de los azotados, el grumete Loberón intentó insultar en blasfemia a comandante y oficiales. Y como no reaccionaba a los culatazos de la guardia sobre sus lomos, a mi orden se le embozó el hocico con pañoleta, de forma que sólo pudiera emitir apagados sonidos.

Por último, llegó el momento que, como es lógico suponer, más expectación había levantado. Debemos tener en cuenta, que pocos de aquellos hombres habían observado a lo largo de su vida una ejecución, ese momento tenebroso en el que se comprende a la vista el crucial paso de la vida a la existencia eterna, un sentimiento capaz de estragar las almas de los más bragados. Beto volvió a tomar la bocina dorada, para leer a tono de bombardas los cargos probados contra el grumete ariscado y asesino. El silencio a bordo era tan absoluto, que se podían escuchar las vibraciones de las bolinas bajo el efecto del viento. En las formaciones de equipaje, guarnición y soldados del Ejército, los pies parecían clavados con pernos a cubierta, que ni el suave balanceo de la fragata movía una pulgada aquellos cuerpos en tensión. Hasta el mismo Loberón, engrilletado de pies y manos, parecía comprender el destino al que se enfrentaba en aquel momento, cesando en su continuo movimiento y apagado voceo.

En la verga mayor se había guarnido^[60] en conveniencia el motón de quijada^[61], armado en el anillo de carga, sistema empleado normalmente para izar pesos ligeros desde la cubierta hasta dicha verga. Se conseguía forzar su uso en la banda de estribor, de forma que el cabo de labor rindiera a media distancia entre el palo mayor y la borda. Una vez pasado el cabo por el motón, el contraestre había preparado en su extremo o chicote un nudo escurridizo parecido al ahorcaperros, pero con ocho vueltas, sistema que en tierra recibía el nombre de *nudo del ahorcado*, de forma que al cobrar por su extremo se

corriera hasta cerrarse con fuerza a tope. El chicote libre laboreaba por derecho y en caída hasta cubierta, para pasar por una pasteca de retorno que facilitaba su laboreo en la línea proa-popa. Establecidas estas condiciones, y al no proveer disminución del peso por el aparejo, se conseguía que fuese necesario aplicar un gran esfuerzo inicial para cobrar del penado e izarlo, lo que propiciaba su muerte con la mayor rapidez.

Beto se giró hacia mí en muda petición de permiso. Asentí con la cabeza, sin mover un solo pelo de las pestañas. A la orden de mi cuñado, un soldado de nuestra guarnición desengrilltó los pies del reo, de forma que pudiera caminar. A continuación, y tomado por los brazos, fue obligado a moverse, no sin su oposición, para ser transportado hasta el nudo que le esperaba sin posible enmienda. Y como si se tratara de una escena repetida una y mil veces, don Anselmo se acercaba a él para encastrar la gaza del nudo a través de su cabeza. Una vez alcanzado el cuello, cerró la corredera hacia abajo para que se mantuviera ajustada.

Al sentir el cabo sobre su cuello, Loberón cesó de repente en sus frenéticos movimientos e intentos de patear a los soldados que lo forzaban, al tiempo que disminuía el voceo apagado. Fueron unos pocos segundos solamente, porque de inmediato reanudaba los mismos enloquecido, ahora sin poder moverse demasiado por la presión del cabo sobre su garganta. Ocho marineros se mantenían preparados hacia proa en la línea con el cabo de labor en la mano, listos para cobrar de él con todas sus fuerzas a la orden. Era el momento más esperado por todos. Se respiraba la tensión en el ambiente con el silencio prendido en forros, mientras la *Proserpina* navegaba a un largo caído a popa, aproada en acuerdo para que se produjera el mínimo movimiento del buque. Beto volvió a girarse, respondiendo por mi parte con el mismo asentimiento de cabeza, al tiempo que desenvainaba mi sable y lo elevaba hacia los cielos, como si de esa forma demostrara a todos quién era el dueño y señor de las vidas a bordo.

Siguiendo las instrucciones previstas, uno de los soldados desató la pañoleta de la boca del penado, al tiempo que le cubría los ojos con una cinta de tafetán negro. Loberón comenzó a largar por su asquerosa boca insultos y blasfemias de todo tipo, algunas de tal orden y calibre, que jamás pensé pudieran ser pronunciadas por boca humana. Despotricaba del mundo entero, desde el Altísimo en los cielos hasta el último de los oficiales. Al mismo tiempo, intentaba con el movimiento de su cara apartar el velo negro fuertemente apretado, sin conseguirlo. Ahora empleaba una fuerte y ronca voz, aunque se le amadrinara un tono trémulo en los picos.

Tras una ligera señal de Beto, el tambor comenzó a tronar en duelo de muerte. Algunos marineros y soldados dieron un pronunciado respingo, sorprendidos al escuchar de repente aquel sonido que rompía el silencio como disparo de cañón. El contramaestre, pito en mano, no separaba su vista de mi persona. El momento era llegado y debía cumplir con mi obligación, por dura que fuese. Bajé el sable con decisión, como si quisiera partir la cabeza de cualquier enemigo. Don Anselmo no esperó un segundo para echar sus pulmones en el chifle, pitando la conocida señal de *cobrar*. Tampoco lo dudaron los ocho marineros asignados, que cobraron del cabo con fuerza extrema, momento en el que el reo fue elevado con rapidez sobre cubierta.

Una vez en el aire y prendido por el cuello, a pesar del fuerte tirón no se consiguió el objetivo porque el grumete continuó moviendo sus piernas como poseído durante alargados segundos, al tiempo que sus palabras se cerraban en ahogado sonido. Por fin quedó inmóvil, con el cuello doblado en percha. De todas formas y siguiendo las normas, se le mantuvo así durante cinco minutos, que se hicieron interminables, tiempo máximo en el que, según los expertos, ha de producirse la muerte. Una vez consumida la espera, Beto ordenó descender el cuerpo hasta cubierta, momento en el que el cirujano se acercó a él para comprobar su fallecimiento. Por último, el capellán le formaba la señal de la cruz sobre el pecho.

Siguiendo el programa previsto, entró el maestro velero en escena, llegado con sus pequeños pasos a la ligera. Transportaba dos coys ajustados en costura, que depositó junto al fallecido, para embucharlo con la ayuda de dos marineros. A continuación, procedió a coserlo con rapidez, una vez incrustada en su interior una bala de a 12 libras. Y sin mayor protocolo o misericordia, el cuerpo de aquel forajido era lanzado al envite por encima de la borda, para entrar poco después en las aguas que quedarían contaminadas con su inmundicia. Todavía se mantenía el profundo silencio, con algunos rostros impresionados a la vista. Pero era de obligación actuar así sin dudarlo. Todos debían comprender que la disciplina a bordo de un buque de la Real Armada no puede ser traspasada jamás, ni por imposición divina.

13. El dios Neptuno

Por gracia divina de los cielos, o esa oscura acción que muchos atribuyen a los dioses de la mar, la situación revertió para bien de todos a bordo de la fragata con extrema rapidez. Sabias son las Reales Ordenanzas en sus prescripciones y las recomendaciones de los viejos marinos sobre la conducta que ha de seguirse en la mar, de forma particular en la determinante actitud a adoptar para mantener el orden a bordo de todo buque. Digo esto porque la imposición de penas, la figura del desalmado Loberón colgando desde la verga con sus movimientos extremos y la estampa de los seis penados expuestos a la vergüenza pública, bien engrilletados en cubierta y con muchos años de presidio en su horizonte, actuaron cual bálsamo suavizador de inmediato, como el aceite lanzado sobre la superficie de las aguas.

Para fortuna de mi espíritu, regresamos a la rutina diaria, ese hábito que se sufre a veces, pero que tanto se añora en los momentos duros, con los ejercicios programados y el propio trabajo que todo buque en la mar conlleva. Como el viento se mantenía clavado del noroeste y fresco de fuerza sin variación, navegamos con el aparejo largado al tope y proas entre el sur y el sudoeste, ganando millas a fondo. Volvimos a efectuar fuego real contra blancos de fortuna, condición que siempre aviva el espíritu tendido a la baja, consiguiendo cubrir las dos bandas de la artillería con eficacia y un ritmo de fuego más que aceptable. Habíamos distribuido a los tenientes Cárdelos y Jovellar del Ejército entre los responsables de la batería principal, quedando el capitán Tejero a cargo de los fusileros en cubierta. Y como tantas otras veces, el hermanamiento entre oficiales de ambas instituciones era completo. Por desgracia, las discrepancias agrias suelen surgir entre los altos mandos de Armada y Ejército, que las fajas^[62] anteponen en demasiadas ocasiones sus propias pasiones, en detrimento del bien general.

Como la mar es caprichosa hasta Límites insospechados, me creía cercano a entrar en la zona de los alisios del norte, cuando el viento comenzó a rolar

con desgana hacia el primer cuadrante. En dicha senda, acabó por rematar en vuelco rápido y grano de onza, al tiempo que una rumazón negra y sucia se agrandaba por el Septentrión, como horda de salvajes en deuda. No molestaba la dirección, que cuando un buque se encuentra en mitad de la mar abierta tan sólo ha de preocuparnos ganarle la batalla llegado el momento, sin pensar en costas acantiladas o piedras de las que abren la barriga a toda embarcación por poderosa que se considere. Pero como denunciaban los signos, un par de horas después acabamos por recibir una nortada a cara de perro y con rastros de enemistad. Me encontraba en el alcázar con Beto, Romarate y el nostramo mayor cuando elevé la primera queja.

—Ya veremos si la gran señora nos permite alcanzar esos prometidos alisios con placer y rutina de monasterio —dije, dirigiendo la mirada hacia el norte, cerrado en turbio—. Poco me gusta como huele esta puchera, don Anselmo.

—A mí tampoco, señor. Apostaría por la salud de mis desconocidos hijos a que esta nortada rendirá en temporal, aunque no deba elevarse hasta la corona. He ordenado preparar la capa^[63] en prevención y mucho me temo que lleguemos a utilizarla.

—Estoy de acuerdo en que habremos de dar la capa más pronto que tarde. Aunque nos muela los huesos, es buena experiencia para los novatos. Podrán comprobar con sus ojos y en sus manos de lo que es capaz la señora entrada en malos humores.

—Prefiero que esos hombres lleguen al Plata sin comprobación alguna —dijo Beto, entrado en sonrisas—. Poco me apetece el rancho en frío y el vino tomado a saltos de rana.

—Pues yo quiero verlos trepar jarcias arriba, don Anselmo, incluidas misiones de riesgo.

—Los verá, señor comandante, no lo dude.

No debimos esperar mucho tiempo, para comprobar que las predicciones a la mala se cumplían hasta cruzar la raya. Aquella misma tarde el viento nos entraba cascarrón de fuerza y en alza, una nortada de copo y sin fisuras más propia del Cantábrico, lo que me obligó a ordenar tomar la primera faja^[64] a las gavias. Don Anselmo enviaba a los marineros de transporte hacia las vergas para avivar la sangre, según sus propias palabras, largando alguna puñada a los que dudaban en los primeros flechastes^[65]. Más de uno entraba en situación de manos temblorosas, vibración que se traspasaba a las jarcias con el amadrinado peligro. La marejada gruesa, larga y generosa, se veía venir de lejos, comenzando a bailar la *Proserpina* con elegancia al son de sus

crestas. Era la primera vez que observaba a mi fragata entrada en cruces blancas, quedando embelesado una vez más al comprobar su dominio. Tomaba la mar como potro de altura, elevando solamente algún quejido bronco cuando encapillaba olas de muerte.

Cuando las luces nos abandonaban por completo, el ventarrón entraba claro y de firme, con lo que debimos aferrar gavias y cangreja. Quedamos amparados únicamente con el trinquete, velacho y mayor, para aguardar con tiento los vuelos futuros. La fragata continuaba mordiendo la mar al gusto, incluso cuando su proa se elevaba con el bauprés apuntando en ofensa a los cielos. Y cuando era abofeteada por una ola de ribetes altos, lanzaba un relincho bronco, al tiempo que se incrustaba en las aguas con todo su poderío, como hacha de leñador en madera blanca.

Una noche cerrada y sin luces altas se alargó por horas y minutos, que los tiempos corren a diferente velocidad dependiendo de la situación a sufrir o disfrutar. Metimos cabeza durante el cuarto de media en temporal abierto, con olas alzadas en ampollas y sus barbas rociando desde la galleta hasta el paje del sollado. Cargamos el velacho al tiempo que prohibía la circulación por cubierta sin asidero de seguridad, y recomendaba al capitán Tejero que sus hombres se amarraran por firme a las bandas si no querían sufrir quebrantamiento de huesos. Ya la *Proserpina* gemía en ronco a los costados, cuando dejamos el trinquete en calzones y el pico de la trinquetilla a la capa para intentar gobernar las montañas de agua en espuma, que nos tomaban por sorpresa. Ese es el momento de verdadero dolor y placer, en el que nada vuela por nuestro cerebro más que intentar vencer a la mar, una lucha sin descanso donde la experiencia amparada en muchos días húmedos es la mejor arma a utilizar. Como no me veía forzado a mantener rumbo alguno, ventaja que ofrece la mar infinita, ordené navegar con la proa más acomodada, aunque las olas ordenaran cambios no programados.

Cuando el crepúsculo marcaba perfiles, se mantenían las mismas condiciones, penosas para muchos hombres. Durante la noche habíamos sufrido el primer accidente, un grumete novato de manos blandas que caía desde mediada jarcia a cubierta. A pesar de algunos huesos con fractura abierta, podía agradecer a la Patrona no haber acabado en el agua y sin posible rescate. A bordo se repartía rancho en frío, al haberse apagado los fogones como es habitual en situación de temporal, aunque muchos de los soldados del Ejército se preocuparan más en desembuchar por boquera hasta la primera papilla ingerida en su nacimiento. Sin embargo y para mi sorpresa, tanto Tejero como los dos tenientes se mantenían atrincherados en el alcázar,

con los rostros arrobados por la emoción y el miedo contenido. Ordené que se les entregaran casacones de hule para cubrirse de los rociones de la mar, por mucho que el cuerpo acabara capotado de goteras gruesas hasta los higadillos. Bien afirmado a un cáncamo, como se le había recomendado, el capitán se dirigió a mí con el rostro preocupado.

—Nunca había observado el mar con tanto poderío, señor. Por todos los santos del cielo, que se trata de visión incomparable y aterradora. Nadie puede dudar de la existencia de Dios, al observar este teatro. ¿Cree posible superar un temporal tan monstruoso?

—No lo considere tan monstruoso, capitán, que los hay de peores trazas —le contesté, abierto en sonrisas para apaciguar sus temores.

—Rezaré a fondo para que no entremos en peores condiciones, aunque me parezca imposible.

—La verdad es que no sientan mal los rezos a bordo, aunque cuente más a favor echar el resto con las manos, si se quiere ganar la batalla a la mar. Tan sólo me preocupan esos rayos que se observan en la distancia, porque a veces los palos los atraen como la miel a las moscas y pueden producir desastres irreparables. Pero debemos confiar en esta fragata que, por ahora, supera las olas con facilidad y dominio.

—¡Qué pequeño se siente uno ante un mar cubierto de espuma! —dijo el teniente Cardelús, emocionado—. Parece imposible que un buque pueda aguantar tan furiosas embestidas.

—Las aguantará, no lo dude.

—¡Guarda a estribor!

Era don Anselmo quien ofrecía la clásica voz para alertar de una ola monstruosa, que en esta ocasión se acercaba como catedral en movimiento por nuestra amura de estribor. Nos aferramos pernos a muerte, mientras la *Proserpina* entraba en ella con las perchas por alto, bebiendo su espuma con orgullo hasta quedar durante alargados segundos cegados de horizontes y con las cuadernas del buque en triste sinfonía. Eran los momentos más peligrosos, sin duda. No podía olvidar aquella ola malparida que se llevó en los bigotes la pala del timón de la corbeta *Mosca*, hasta propiciar su pérdida por varada contra las islas Berlingas. Porque aunque algunos en tierra no lo crean, una de aquellas olas era capaz de rendir hasta el palo mayor de un navío de tres puentes, si lo tomaba al gusto. Por fortuna, la montaña blanca nos pasó cuernos arriba sin desmochar una sola madera.

Todo llega en esta vida y gracias a la Patrona surgió de los cielos el maná esperado por los que conocíamos las costumbres de la gran señora. Aquella

misma tarde, todavía con la capa impuesta y bandazos de orden, la lluvia comenzó a caer a tonel, como si los cielos desearan inundar el mundo con un nuevo diluvio. Tal condición no presentaba problema a bordo, porque la fragata era un buque limpio^[66] si las escotillas se mantenían cerradas, y se aprovechaba para tomar agua con lonas y ofrecer ducha dulce al personal. Y como siempre el agua en caída acaba por remansar la superficie de la mar, aunque la marejada se mantenga en firme todavía como es habitual en ella, que siempre responde con retraso a las órdenes de Eolo, el viento caía con rapidez hasta cuadrar en frescachón, con tintes de amainar todavía más. Se cerraban las luces cuando pasamos de un extremo a otro, con la mar planchada en lanza y marea respetable remanente. Y en entrega, quedamos amparados por una ventolina del nordeste, que se agradecía para recomponer cuerpos.

Regresamos a la normalidad con el viento nuevamente entablado del noroeste y fresco de fuerza, para recuperar la proa del sudoeste cuarta al sur. Los que habían sufrido alguna contusión, una docena entre marineros de la dotación y soldados del Ejército, recomponían sus miembros en la enfermería, con el galeno entablillando a la rápida pero sin ningún problema de grosor, salvo el grumete caído desde la jarcia con doble fractura abierta en ambas piernas y desalentador futuro. Y así comenzó de nuevo la dulce rutina, ya con bastantes días de mar a la espalda y muchos más por cabalgar hacia poniente. En la timonera me dirigí al piloto.

—¿Estima que hemos abatido mucha distancia, don Enrique?

—No lo creo, señor. Ha sido temporal de normas y con escasa duración. Posiblemente habremos caído unas ochenta millas al sudsudeste.

—No nos viene mal. A ver si entramos en los vientos dulces de una vez.

—Pues no deben volar muy lejos, señor. Según la estima, estamos a punto de cruzar los 20 grados de latitud y ya deberíamos haberlos mordido.

Entendí que entramos por fin en la zona de los alisios, cercanos a cortar el paralelo de los 15 grados. Se demostraba una vez más, que no siempre las teorías de los científicos se ajustan al ciento. El viento se tendía con galanura hasta el primer cuadrante, un nordeste fresco con escasas variantes que nos permitió navegar sin quebrantos. Y con objeto de cruzar las encalmadas cuanto antes, ordené arrumbar al sur fijo con todo el aparejo, incluidas alas y rastreras, con lo que la *Proserpina*, mantenido el soplo a un largo, comenzó a desmenuzar remolinos a popa. Observaba la carta general de la América meridional, cuando Beto quiso conocer mis pensamientos.

—¿Has decidido por dónde recalaremos^[67] en la costa americana?

—Si te digo la verdad, no me impongo ningún punto exacto ni concreto, dadas las instrucciones recibidas, muy amplias en dicho sentido. Creo que podríamos hacerlo entre los 20 y los 25 grados de latitud, para comenzar nuestra vigilancia costanera hacia el sur. Pero sin apretar una pulgada, si la mar decide en contra.

—Nos decía Pepe que son de especial hermosura y dignas de ser observadas las bahías de Salvador y Río de Janeiro. Bueno, la primera queda demasiado hacia el norte, pero la segunda debe andar por esa latitud.

—La bahía de Río se encuentra sobre los 23 grados, señor —dijo el piloto con seguridad.

—Por ahí recalaremos más o menos.

—A partir de la recalada, debemos navegar con cien ojos, por si interceptamos algún buque con material para los sediciosos —dijo Beto.

—Con cien ojos navegaremos en todo momento, amigo mío. Los rebeldes pueden conseguir armas o pertrechos, incluso alguna unidad menor, desde cualquier punto del globo, incluida la isla Ascensión, por ejemplo.

—La isla britana perdida en medio del océano. Esos bribones son capaces de todo y me refiero a nuestros aliados ingleses.

—Lo suponía. Pero ya sabes que pretendo considerarlos como aliados en todo momento, tanto para bien como para mal. Por cierto, dile a don Anselmo que prepare a conciencia el paso por el ecuador y sus homenajes al dios Neptuno.

—Vendrá bien a la dotación un día de fiesta, con rancho extraordinario y vino corrido.

—Y algo de aguardiente. Pero que lo decida con todo detalle don Anselmo, en quien mucho confío. Aunque como norma el día de Neptuno se convierte en una jornada de jolgorio general, hay que mantener sus creencias y no lanzar las patas arriba.

—Por supuesto.

Progresamos al sur con mayor o menor rapidez, porque el viento tontoneaba en intensidad, aunque permaneciera fijo del primer cuadrante. La zona de calmas debía llegar antes o después, salvo excepciones que deseábamos y no se produjeron. Porque al marcar en la meridiana una latitud de dos grados y veinte minutos Norte, cayeron las velas a la plomada como el telón de un teatro al final de la función. Me temí lo peor, que aquella calmería fuera de copa y buque fondeado sobre las infinitas profundidades, sin solución a la vista. Por fortuna, pocas horas después aparecía una ventolina descalza, que nos barría desde levante con inesperado alivio, aunque no nos

hiciera andar más de una o dos millas en los momentos de mayor empuje. Y en estas condiciones nos movimos a ritmo de tortugón durante tres días, momento en el que el piloto, tras marcar un sol redondo y abrasador a la meridiana, me avisaba de que nos encontrábamos a quince millas del ecuador. Hice llamar al contraмаestre sin dudarlo porque ese hombre se merecía cualquier homenaje.

—Mande, señor comandante.

—Don Anselmo, esta noche atravesaremos el ecuador. ¿Cuándo piensa celebrarlo?

—Pues si le parece bien, señor, y siguiendo las viejas costumbres de la mar, mañana, tras el relevo de la guardia, bajaremos la imagen del dios Neptuno desde la galleta del palo mayor. Después lo correremos en procesión por cubierta de proa a popa y viceversa. Una vez bajo el palo trinquete, arrojaremos al agua las especias y muestras de alimentos marcadas en su honor, mientras hago uso de mi pito en especial sinfonía. A continuación, lo arriaremos con la guindola hasta que entre en su reino.

—¿Dispone de algún voluntario para representar el papel requerido?

—El gaviero Matas, señor. Es ligero de peso y hábil sobre las vergas. Estimo que lleva camino abierto para ser un buen contraмаestre en el futuro.

—Perfecto. Puede dar los detalles al segundo y que se proceda de acuerdo con su plan.

—Muchas gracias, señor.

El nostramo se alejó con la felicidad grabada en su rostro. Pensé que como la mar se encontraba casi en calma absoluta y el calor era fuerte, serían más los marineros voluntarios para ser llevados en volandas por cubierta y acabar capuzados en las aguas, antes de su recogida. Durante los muchos años de carrera servida en la Armada, he intentado convencer a mis subordinados de que siempre es bueno mantener las viejas tradiciones y costumbres marineras, cuando no produzcan situación de desamparo o mermas en el servicio de a bordo. Porque la mar es eterna y los hombres que en sus aguas se mueven acaban por ser seducidos por la señora, hasta el extremo de profesarle una fidelidad mayor, si cabe, que a la esposa propia. Y si en la mar siempre se condujo el ser humano con reglas propias, no había necesidad de cambiarlas al gusto sino mantenerlas en lo posible. Como esa era mi intención, así se lo expuse a los oficiales que se encontraban a mi alrededor en el alcázar.

—De verdad cree en tales tradiciones, señor —preguntó Dávila con rostro de escepticismo.

—No es cuestión de creer o no creer, sino de respetar lo que desde siglos atrás se hizo en todo buque sobre las aguas. Siempre se ha rendido especial culto a Neptuno o Poseidón, dependiendo de que la apelación corresponda a la cultura romana o su predecesora griega. Ya Homero en su *Iliada* representaba a Poseidón reinando en un magnífico palacio, erigido en el fondo de las profundidades más inmensas. Se le suponía montado en un carro arrastrado por caballos de flotantes crines, animales que representan las espumosas olas de la mar. Ha sido considerado a través de mitos y leyendas como magnánimo protector de la navegación venturosa, así como aplacador de las embravecidas olas con su cohorte de delfines. Por esa razón, se dice que la aparición de los delfines alrededor de todo buque conlleva augurio de buen tiempo.

—¿Y el tridente de tres puntas qué significa, señor? —preguntó Crespi, interesado en mi narración.

—El tridente representa el rayo de tres puntas del dios del cielo, aunque otros afirman que lo utilizaba para pescar los atunes que servía a los pescadores. Y no podemos olvidar que Poseidón, hijo de Cronos o Saturno y Rea o la Tierra, es el padre de Eolo, dios encargado de esparcir los vientos que hacen navegar a los buques. Pero, como resumen, podemos decir que Neptuno fue considerado en las leyendas de la mar como el dios de las aguas y sus profundidades. Y tiene su fecha de conmemoración como cualquier santo, porque los romanos celebraban la Neptunalia el 23 de julio. El año próximo, si se encuentran en la mar en dicho día, comprobarán cómo los contramaestres le ofrecen sus especiales señales.

—Creo, señor comandante —entró a la baja el capellán, que me obsequiaba con mirada un tanto torcida desde que lo desplumara en la cámara de oficiales—, que tales creencias no son compatibles con la verdadera religión católica. Cuando asegura que Neptuno es un dios, puede entrar en sacrílega herejía.

Volvió a batirme la sangre a malas el curica que, para mi desgracia, nos había tocado en suerte. Y no era habitual porque siempre mantuve una excelente relación con ellos, tanto a bordo como en tierra. No obstante, hay excepciones en todo caso y situación. Pero además de su labor pastoral, no podía olvidar que era un miembro de la dotación, y como tal debía respeto y subordinación al comandante. Decidí entrarle por roderas.

—Vaya por Dios. Nuestro capellán ha debido comer hoy en el almuerzo algún alimento en malas condiciones, lo que es fácil cuando se toma en abusiva cantidad —contesté en chanza, dirigiéndome al resto de los oficiales

antes de girarme a él con la mirada fría—. Mire, don Martín, encuentro su intervención más que desafortunada, así como infantil y estúpida. No he hablado en ningún momento de creencias religiosas, sino de leyendas de la mar. ¿A cuento de qué viene mezclar ambas cualidades? Además, aprovecho la ocasión para decirle por primera y última vez, que debe cuidar el tono de la voz y el gesto de su cara, cuando se dirija al señor comandante —endurecí todavía más el tono de mi voz para rematar—. ¿Lo ha comprendido?

—Por supuesto, señor comandante —volvía a bajar la cabeza con falso y sumiso respeto.

—Puede denunciarnos a todos ante el tribunal de la Santa Inquisición, por celebrar el día del dios Neptuno al cruzar la raya del ecuador, don Martín —entró Beto en tono de guasa—. Pero de esa forma acabarán todos los miembros de la Real Armada bajo tortura, sin posible enmienda. Le recomiendo que no salga mañana de la cámara ni tome una gota de vino, desde luego, porque en ese día se beberá en honor del dios de la mar. Pero también deberían ser denunciados los miembros de la Secretaría de Marina con su general a la cabeza, por conceder nombre de dioses paganos a algunos de nuestros buques, como es el caso de esta diosa *Proserpina*. A lo largo de los años, incluso en los navíos aparecen tres unidades con el apelativo de Hércules, y nada menos que cuatro con el de Neptuno, el último de ellos todavía en activo aunque se encuentre desarmado en Mahón. Tras las torturas adecuadas, puede estar seguro de que todos declararemos nuestra herejía y España quedará sin hombres de mar.

Sonrieron los oficiales de tapadillo, mientras el capellán abandonaba el alcázar, una vez solicitado mi permiso. No era cosa de marear más la perdiz, pero estaba claro que no entraba don Martín por las cuerdas debidas, con lo que se exponía a mi autoridad, que también le alcanzaba. Una vez a solas con Beto, mi cuñado bromeó al solicitar que se le diera cañón, si es que era posible tumbarlo sobre la pieza con aquella abultada barriga. Dejamos correr la pieza, aunque pensaba llamarlo a mi cámara para aclararle el comportamiento debido a bordo y comentarios a dirigir al comandante en público, condiciones que parecía desconocer. Y el hecho de que fuera su primer embarque, no le facultaba en ningún sentido.

Tal y como se había previsto, en la mañana del día siguiente comenzaron los festejos con la debida puntualidad. Beto amparaba razón al asegurar que la ceremonia era considerada por la mayor parte de la dotación como un día de especial regocijo, con abundante comida y bebida si las existencias a bordo lo permitían, como era el caso de la *Proserpina*, aparte de cierto relajamiento en los

trabajos y ejercicios. Durante la noche, don Anselmo, acompañado del segundo contra maestre y los dos guardianes, auxiliados por un grupo de marineros escogidos, había preparado hasta el más mínimo detalle. Por mi parte, estaba seguro de que la fiesta se llevaría a cabo con la necesaria discreción.

A las nueve en punto de la mañana, se escucharon con fuerza de proa a popa cornetas y tambores en toque de generala, para que los miembros de la dotación se presentaran sin demora en cubierta. Y en la ocasión corrieron a pelo de muerte, como si debieran ocupar los puestos de zafarrancho y prevención para el combate, que nadie deseaba perderse detalle alguno de la escena. Poco después y por medio de un fuerte tirón al cabo guía, don Anselmo daba formal inicio de la ceremonia al romper la canasta que encerraba en toldo al gaviero Matas. El joven marinero almeriense aparecía en la misma galleta del palo mayor, revestido en las alturas con la corona dorada, alargado tridente en mano y ropaje con el que Neptuno suele aparecer en dibujos y grabados, destacando su capa verde esmeralda y las calzas de un bermejo subido.

Con exquisita lentitud y la debida seguridad, cuatro marineros escogidos fueron lascando^[68] lentamente del grueso cabo, para que el rey de los mares descendiera poco a poco hasta ser depositado en cubierta. Una vez de pie sobre las tablas, acompañado por el contra maestre mayor le rendí mis más emocionados respetos, destocándome ante su divinidad acuática con exagerada reverencia. Tras elevar el tridente con majestuosidad, Neptuno lo bajó en dirección a las aguas, como si de esa forma ejerciera el dominio de la calma y la tempestad sobre ellas.

La ceremonia continuó tras ser depositado Neptuno en unas angarillas o andas procesionarias, engalanadas con papelinas de colores y de suficiente tamaño, en realidad una jangada construida por los carpinteros con ocho varas para su transporte. Por fortuna para los porteadores, el esfuerzo no era excesivo porque el gaviero alcanzaba escasa alzada y presentaba pocas carnes, que si debieran trasladarme a mí habrían sufrido como galeotes al remo. La procesión corrió hasta el castillo con lentitud y alegre pleitesía, rendida por los hombres a su paso, para girar y regresar por la banda de babor hasta el alcázar. Continuó después nuevamente hacia proa, para finalizar su periplo procesional al pie del palo trinquete.

Una vez con Neptuno situado de firme en el palo de proa, con su tridente mantenido hacia la mar, los dos guardianes lanzaron sobre las aguas las ofrendas de especias, legumbres, salazón y harina preparadas, mientras don

Anselmo, con el pito plateado y sin mácula de las grandes ocasiones, entonaba los honores máximos que se prescriben en el ceremonial marítimo. Como digo, el jolgorio era ya casi general en cubierta, jarcias y vergas, aunque todavía el nostramo, los guardianes y algunos marineros cruzaban los dedos hacia la mar en rendida pleitesía y petición de protección al dios de las profundidades. Llegaba el momento final de la ceremonia. El gaviero Matas se aupaba por la borda para pasar a una especie de guindola de arboladura, en la que era descendido hasta besar las aguas. Una vez sumergido tres veces en ellas y lanzado el tridente como pica de coracero hacia las profundidades, Matas se despojaba de ropajes y corona para quedar casi desnudo, momento en el que era izado de nuevo a bordo y recuperaba su condición de ser humano, una vez finalizado el acto de representación divina.

Aunque la clásica ceremonia que suele cumplirse a bordo de todo buque al cruzar el ecuador de norte a sur, con algunas variaciones según el nostramo a cargo del momento, se daba por finalizada, la fiesta continuó por toda la cubierta con coplas, música de todo tipo, salmas colectivas acompañadas, carreras, juegos de fuerza, trepa por palo engrasado con frasca de vino en premio, y todo lo que suele divertir a los miembros de la dotación en días de asueto. Como excepción magnánima por mi parte, el rancho extraordinario se servía en cubierta, con los rancheros en frenético trabajo para no quedar con menor proporción de menestra, tasajos y carne, sin contar el vino y aguardiente que se libró en doble cantidad. Y así continuó durante todo el día, no sin que algún marinero o soldado debiera ser llevado a la cubierta baja a la fuerza, incluso alguno con grillos dada su arrebatada vitalidad o por motivo de reyerta abierta con algún compañero.

En verdad que me sentí aliviado cuando la corneta tocó a zafarrancho general de limpieza una hora antes del ocaso, momento en el que se daban por finalizados los actos, al tiempo que la dotación en pleno debía llevar a cabo un arranchamiento general de proa a popa, incluido baldeo de carga y sin miramientos. No fue necesario tomar medidas drásticas porque en general todos colaboraron, por mucho que los vapores etílicos hicieran balancear algunos cuerpos, como si se encontraran con marejada gruesa. En el alcázar todavía los oficiales comentaban la especial ceremonia, para algunos como primera experiencia. Visible alegría mostraba el guardiamarina Encuadro, por lo que me dirigí hacia él.

—Supongo que se trata de su primer corte del ecuador, caballero.

—Así es, señor comandante.

—Ya dispone de una muesca marinera en su alma. Todavía le restan cuatro más para entrar en la suprema cofradía de las aguas.

—Eso creo, señor. Además de cruzar el ecuador de norte a sur en estos mares, deberé volverlo a atravesar en sentido contrario en el mar del Sur, doblar el cabo de Hornos hacia poniente y el de Buena Esperanza hacia levante... —parecía dudar, intentando encontrar la quinta condición.

—Y alcanzar los sesenta grados de latitud norte en las Altas Californias.

—En efecto, señor. No recordaba el último. Espero cumplirlas todas y con extremo gusto, si me conceden la oportunidad.

—Póngase a la cola, caballero —dijo Beto señalando su espalda—. En estos días no es fácil cumplir el rosario marítimo.

—Bien, regresamos a la deseada normalidad. A ver si aumenta el viento, ya que hemos homenajeado al padre del dios Eolo. En verdad que mantenerse por estas latitudes con tal humedad pegada al cuerpo no es agradable. Hoy he sudado a chorros, cuando rendía pleitesía al dios Neptuno, enfundado en la casaca grande.

—Has cumplido por más —aseguró Beto—. Con vestir una sencilla camisola, habría sido suficiente.

—No debemos menospreciar al dios de los mares —volví a sonreír—. ¿No has visto a don Anselmo con ese brillante pito, que no habrá sacado de su estuche más de dos o tres veces en los últimos veinte años?

—Para eso es nostramo chapado a la antigua. Estaba emocionado cuando te destocaste ante el gaviero Matas. Por cierto, que nunca se verá ese mozo tratado con tanta galanura.

Fue en aquel momento cuando creí escuchar un trueno apagado, como procedente de una tormenta que se mantuviera a suficiente distancia.

—¿Han oído ese trueno? —se adelantó el alférez de fragata Crespi, oteando el horizonte—. Por los cuernos del demonio, que deben encontrarse esas nubes a muchas leguas de distancia.

—Pues el cielo se encuentra sin una sola mancha —afirmó Romarate.

De nuevo se escuchó el apagado sonido, ahora redoblado, que parecía proceder en dirección a nuestra amura de babor. Lo comprendí con rapidez.

—Nada de nubes o tormentas eléctricas, señores. Lo que escuchan es el retumbo del cañón, y ahora de forma continuada.

—¿Cañón? —preguntó Orcajo, mientras parecía alargar su pabellón auditivo en la mencionada dirección.

—Cañones y en abundante número —afirmó Beto—. Parece que el sonido nos llega desde el sur. No creo equivocarme mucho, si aseguro que se trata de

un combate naval en toda regla.

—Y no deben andar a muchas millas con este viento en contra —añadí enfocando el anteojo, sin que fuera capaz de percibir detalle alguno sobre las aguas.

Todos dirigieron la vista hacia mí, como si en mis manos se encontrara la solución definitiva. Y así suele acaecer como norma con el comandante en la mar.

—Bien, señores, si se trata de combate, debe tratarse de buques franceses, ingleses o españoles, a no ser que algún holandés muestre su desacuerdo con Bonaparte, condición poco probable. Me inclino más por un encuentro entre gabachos y britanos, porque la única unidad de nuestra Armada con destino al sur es esta fragata, y en el apostadero de Montevideo no disponen de unidades de altura para enviar hacia España.

—¿Qué piensa hacer, señor, si se confirma esa suposición? —preguntó Romarate.

—Lo que todo comandante haría sin dudarlo. Si combaten gabachos y britanos, deberemos ayudar a nuestros aliados como es de ley. ¡Oficial de guardia!

—Mande, señor —contestó Dávila.

—Proa en la dirección de ese cañoneo, tres cuartas a babor. Ahora se percibe con mayor claridad.

—Estoy enterado, señor comandante.

De esta forma y todavía con los efluvios del dios Neptuno revolando sobre nuestras cabezas, aproamos en la dirección de ese posible combate, sin saber con exactitud lo que encontraríamos millas avante. Pero no debía dudarlo un segundo porque, con seguridad, estarían representados los intereses españoles en esa escena de una u otra forma. Y para evaporar las dudas de mi cabeza, volví a percibir una vez más el aroma a pólvora y sangre, que alcanzó mis fosas nasales en negro avance.

14. En auxilio del aliado

Continuamos a la escucha del cañoneo, cuya intensidad era escasa y variaba de forma aleatoria, con lo que supuse a las unidades en combate a suficiente distancia entre sí. Porque una vez dentro de las trescientas varas entre buques, o entrados en combate a tocapanoles, se abre fuego con la máxima rapidez que pueden dar los sirvientes de las piezas, hasta echar el alma por la boca si es preciso. En esta situación comenzaron a caer las luces con rapidez, mantenida la proa al sur cuarta a leste y la *Proserpina* con todo el aparejo largado, para dejar de oír los truenos cuando ya la oscuridad cubría el horizonte. Pensé en los comandantes de los buques entrados a muerte, recomponiendo maderas, restañando heridas y tomando el rumbo más acorde para engañar al contrario durante la noche, dependiendo del signo en que se hubiera cruzado la lucha hasta el momento. Buenas son las tinieblas para intentar escapar del enemigo, si te encuentras en inferioridad o has sufrido mermas de importancia.

Establecida una nueva proa al sur limpio para tener en cuenta el escaso abatimiento, no variamos rumbo ni aparejo durante el resto de la noche. Por mi parte, me mantuve en el alcázar hasta bien entrada la guardia de media^[69], mientras sentía ese runruneo en las tripas que se anticipa a la acción. Deseaba una fuerza mayor del viento para poder alcanzar cuanto antes la posición en que pudiera observar lo que sucedía y, en consecuencia, planear mis acciones. Sin embargo, el soplo se mantenía de fresquito a fresco sin regalar una onza más. Beto llegó a mi lado, con Okumé siguiendo sus pasos de cerca y las recomendaciones acostumbradas.

—Vamos, *Gigante*, debes descansar algún tiempo. Es muy posible que mañana sea un largo día, y has de encontrarte en las mejores condiciones posibles. Como estoy seguro de que desearás estar aquí cuando comiencen a despuntar las luces, puedes dormir dos o tres horas.

—Recuerda lo que decía el general Escaño: «En la mar, sobre el camastro del comandante...».

—«... sólo deben reposar los instrumentos y tablas de navegación» —remachó Beto con rostro de cansancio—. Una frase muy bella y marinera, pero poco práctica en ocasiones como ésta.

—Don Beto tiene razón, señor. En su cámara le he dejado sobre la mesa unas tajadas de tocino con cecina pasada a las brasas, y una frasca de vino. Coma algo y descanse en la cama. Si entráramos en combate, no le quiero flojo de piernas.

—¿Cuándo me has visto flojo de piernas, africano? Soy capaz de mantenerme sin dormir una semana, como ya he demostrado en otras ocasiones.

—Le he visto flojear más veces de las que recuerda, precisamente por no dormir lo suficiente.

—Okumé tiene razón por una vez.

—Siento una enorme curiosidad por saber qué ha sucedido realmente allá por la proa —insistí, tozudo.

—Es fácil imaginarlo. Los buques que han mantenido el cañoneo se encontrarán ahora utilizando tácticas diferentes para intentar ganar barlovento, escapar, reparar daños o lo que estimen más oportuno. La oscuridad ofrece muchas posibilidades —Beto afirmaba con seguridad—. ¿Recuerdas a bordo del *Penélope*, cuando intentábamos escapar del bergantín inglés y dimos la lancha al agua durante la noche, para que nos remolcara ante la falta de viento y sorprenderle cuando despuntara el alba?

—Y en la mañana siguiente, el britano cabrón había tomado la misma medida. Menos mal que pudimos utilizar aquella extraña vela por más, la boneta cuajada por el hábil ingeniero cubano —dirigí la mirada hacia la proa, pensativo—. ¿Crees que serán gabachos contra ingleses los que luchan?

—No creo que se presenten otras alternativas en estos momentos. Pero estimo un combate entre dos unidades solamente. En base al ritmo y conjunto global del cañoneo escuchado, deberían ser fragatas o unidades menores. En tal caso, es de suponer sin errar que los franceses han aumentado de forma notable el campo de acción de sus corsarios, ceñido hasta ahora a las costas europeas. De cualquier forma, echaremos un vistazo al amanecer, con tiempo suficiente para que nos hagamos una composición exacta de los posibles caminos a tomar.

—Eso mismo pensaba. Y ya de entrada llegaremos con el barlovento ganado, porque este bendito nordeste no debe mudar una cuarta.

—En efecto. De esa forma, podrás decidir dónde, cuándo y cómo entras en acción, si es que así lo estimas oportuno. Pero ahora obedece a Okumé de una putañera vez, por los cojones del marqués. Si surge algún imprevisto, te haré llamar con urgencia.

—De acuerdo.

Aunque no sentía el hambre habitual, llegó en aumento nada más oler las tajadas de tocino en mi cámara. Comí con gusto los alimentos preparados por Okumé, como de costumbre en cantidad suficiente para nutrir a una brigada de marinería. También estimaba que me sería difícil rendir el cuerpo en sueños, con los nervios enjaretados por corto. No obstante, mientras dibujaba sobre la mesa algunas de las posibilidades que se abrirían al día siguiente, si el viento se mantenía del nordeste como era de presumir, quedé envuelto en una dulce modorra, con la cabeza apoyada en aquel revoltijo de apuntes y rumbos. Pero no necesité en esta ocasión ser movido por Okumé con fuerza como tantas otras veces, porque dos horas después despertaba en sobresalto, despejado de ojos y pensamientos, como si hubiese dormitado durante bastantes horas.

Salí a cubierta tras refrescarme la cara, inquieto por si se hubiera efectuado algún avistamiento hacia el sur. El calor se mantenía elevado a grillos rojos, con esa humedad ecuatorial que aprieta toda vestimenta al cuerpo como si te hubieses bañado en las aguas. Comenzaba a despuntar el crepúsculo matutino cuando llegué al alcázar. Romarate, cumpliendo la guardia de alba, se acercó hacia mí para ofrecirme las informaciones de rigor.

—Buenos días, señor comandante. Sin novedad en la guardia. Navegamos a un largo, proa al sur con todo el aparejo firme^[70] largado. El viento se mantiene del nordeste y fresco de fuerza. Mar de cabrillas y ligera marea del primer cuadrante. Cielo despejado y parece que disfrutaremos de una buena visibilidad, cuando levante la neblina matinal.

—Buenos días y muchas gracias, Romarate. ¿Se ha escuchado algún cañoneo?

—Nada de nada —era Beto quien se acercaba hasta nosotros—. Hemos mantenido las orejas bien abiertas en dirección sur, al tiempo que escogíamos un buen vigiador para la cofa del palo mayor. Sin resultado hasta el momento. Es posible que, dentro de una hora o poco más, avistemos algún detalle interesante, si no se han desplazado los buques demasiadas millas en dirección contraria durante la noche.

—Después de un combate, todo dependerá de los daños que hayan sufrido. Pero deben ser de escasa monta, porque el cañoneo no era muy

intenso.

—El cañoneo que escuchamos. No sabemos desde cuándo andaban metidos en bulla esos buques. Incluso es posible que se muevan con grandes destrozos y palos desarbolados, lo que nos permitiría actuar de brazo decisorio.

—Sería una buena y deseable situación.

Continuamos navegando en las mismas condiciones, mientras las luces comenzaban a despuntar. Todos los oficiales emplazados en el alcázar alistaban sus anteojos, para repasar una y otra vez el horizonte en una búsqueda frenética e inútil. Porque todavía no era posible distinguir objeto alguno, ni siquiera en la corta distancia, con la neblina arracimada en las 32 cuartas. Mi ansiedad crecía por momentos, unida en este caso a una verdadera curiosidad por atisbar lo desconocido. Pero no debimos esperar mucho tiempo para que nuestros cuerpos vibraran como la piel de un tambor, al escuchar el trueno del cañón, ahora con bastante potencia, lo que indicaba una distancia menor al objetivo. Parecía ser toda una andanada disparada al tiempo, lo que era contestado en igual forma, hasta generalizarse en un fuego continuo. Beto fue el primero en exclamar.

—Por todos los cristos, que ahora deben encontrarse esas unidades en combate cercano. Y nosotros sin ser capaces de observar una puta mosca, a pesar de que se escucha con nitidez.

—Todavía se derrama demasiado esa maldita boria por el horizonte, que debería aclarar en pocos minutos —dije, con escasa convicción—. Estoy de acuerdo en que no deben encontrarse muy lejos porque ahora oigo los cañonazos con fuerza. En cuanto los avistemos, ocuparemos los puestos de combate.

—Ya lo suponía.

—¡Romarate!

—Mande, señor comandante.

—Avisé al capitán Tejero y los dos tenientes. Deseo hablar con ellos.

—Ahora mismo, señor.

Poco después aparecían los tres oficiales en el alcázar casi a la carrera, por lo que les indiqué calma con el movimiento de mis manos.

—No es tan urgente, señores.

—Buenos días, señor comandante.

—Eso espero —enhebré una alargada sonrisa para apaciguar sus ánimos—. Como pueden comprobar con sus oídos, escuchamos de nuevo el cañoneo, ahora con más nitidez y de forma casi continua —los tres afirmaron con la

cabeza—. Si, como preveo, se encuentran en combate un buque britano contra uno gabacho, es mi intención acudir en auxilio de nuestros aliados. Puede que llegue el momento de demostrar lo que tantas veces hemos practicado. En cuanto se levante la boria, supongo que avistaremos los buques en acción. Les repito que su papel puede llegar a ser vital, si alcanzamos posición de combate cercano. Por una parte, los tenientes que han de cubrir puestos en la batería, deben tener en cuenta el compromiso entre ritmo de fuego y precisión en los tiros. En cuanto a los hombres que actuarán de fusileros, Tejero, ya sabe el orden de prioridades en sus disparos.

—Sí, señor. Mis hombres apuntarán a las troneras y sirvientes de las piezas en castillo, alcázar y toldilla. Después, si llegamos a ese combate de toca...

—Combate a tocapanoles.

—Eso quería decir, señor —pareció sentirse ligeramente avergonzado—. Algunas palabrejas marítimas no son fáciles de recordar. En combate a tocapanoles, prioridad de fuego contra las casacas que se encuentren en el alcázar o cubierta, así como marineros en faena de velas.

—En efecto. Calculo que, en pocos minutos, deberemos establecer la situación de...

—¡Vela a proa, dos cuartas a babor! ¡Humo negro! ¡Envuelta en humo!

La voz ronca y fuerte del vigiador nos sobresaltó ligeramente, aunque se tratara de información esperada. El guardiamarina Encuadro no necesitó más que observar un pequeño movimiento en la cabeza de Beto, para salir de estampida hacia la tabla de jarcia del palo mayor y comenzar a trepar por los flechastes como un mono en árbol frondoso, con el antejo bien ajustado en la cintura. Al mismo tiempo, parecía que la boria se decidía por el escape, mientras el viento aumentaba a fresco firme del nordeste, con visos de subir medio escalón. No necesitó el caballero mucho tiempo para aumentar la información inicial del vigiador.

—¡Dos unidades con mucho humo de disparos! ¡Una batería, posiblemente fragatas! ¡No identifico todavía el pabellón! ¡Distancia, unas cinco millas!

En el momento que la borla aclaraba al ciento y comenzábamos a observar desde el alcázar la situación con claridad, se escuchaba la voz del guardiamarina con más fuerza todavía.

—¡Corrijo! ¡Tres unidades en combate cercano y casi abarloadas entre sí! ¡Fragatas de unos 40 cañones! ¡La de barlovento con la bandera tricolor! ¡El humo oculta la nacionalidad de las otras dos!

—Grupo de tres buques en combate a tiro de pistola y con una fragata francesa a barlovento —dijo Beto con soniquete de incredulidad, mientras mantenía el anteojo pegado a su cara—. Eso significa a las claras que la de sotavento también debe ser francesa y mantienen encerrada en medio a una inglesa. No parece posible otra solución. ¿Cómo se habrá dejado encerrar el britano de esa forma tan peligrosa? Ha debido sufrir alguna merma importante en su aparejo, para llegar a tan desfavorable posición. Bueno, o al aclarar las luces se dio de morros con ellas y los gabachos maniobraron en acierto.

Coincidió con las opiniones de Beto al punto, mientras comprobaba que nos acercábamos al campo de acción con rapidez, por encontrarse los buques encrespados en sangre con escasa o nula arrancada. Al mismo tiempo, el cañoneo aumentaba de ritmo, si ello era posible. Fue el momento de que mis labios pronunciaran la orden esperada.

—¡Zafarrancho y prevención para el combate! Todos los hombres deben ocupar sus puestos. Pero que no suenen todavía cornetas y tambores a rebato.

—¿Sin cornetas ni tambores? ¿Qué piensas hacer? —preguntó Beto.

—Aún lo estoy pensando. Ya los veo con claridad y parece que los buques se encuentran en facha^[71], bien sea de forma voluntaria o por necesidad.

—Los franceses, si se confirma su nacionalidad, habrán facheado para mantener bien encerrado al britano. Es posible que, si acortan las distancias todavía más, lo tomen al abordaje.

—¡Fragata inglesa con otras dos francesas a las bandas! —Volvía a informar el guardiamarina—. Le han rendido^[72] al britano su mastelero del trinquete.

—¿Desplegamos el pabellón de combate, señor? —preguntó el alférez de fragata Crespi con la ansiedad reflejada en su rostro, ese ánimo por entrar en combate que suelen mostrar los jóvenes oficiales sin rebozo.

—Todavía no.

—¿A qué juegas? —preguntó Beto con sonrisa añadida—. ¿Piensas izar la tricolor, para que se confíen los franceses y entrarles después a muerte?

—También podríamos envergar el pabellón de la *Royal Navy*^[73] para que nos teman más esos gabachos —medió Romarate—. Ya sabe, señor, que los franceses nos estiman con dotaciones reducidas y, en consecuencia, pobre ritmo de fuego y escasa posibilidad de maniobra.

—Pues se llevarán una sorpresita esos gabachos mal paridos con los cuernos en la frente. Icemos a popa el pabellón de Su Majestad Católica.

—Aunque ya nos encontramos a menos de cuatro millas de distancia, es muy posible que no se hayan percatado de nuestra presencia, embriados como se encuentran en combate de sangre. Y mucho debe estar sufriendo el inglés en tales condiciones. No sé si aguantará hasta nuestra llegada —Beto hablaba en tono pesimista.

—No se rendirá tan fácil ese britano. Estoy pensando en la posibilidad de ceñirme a la fragata de barlovento, para entrarle después con los cuernos a muerte y a besar costados.

—¿Vamos a luchar contra dos fragatas francesas de cuarenta cañones, señor? —preguntó Romarate con una sonrisa—. Será difícil fallar los fuegos.

—De momento, enfrentaremos solamente a una en combate a tocapienoles bien calientes. Después será el momento de que decida nuestra Señora del Rosario, ayudada por el trabajo de la *Proserpina*. Pero debemos conseguir que esos gabachos se preocupen por un factor nuevo y no piensen solamente en batir a nuestro aliado. Que suenen cornetas y tambores hasta romper pulmones y cueros sin perder un segundo. Con este soplo favorable, les llegará el sonido bien fresco a los oídos.

Ya la bandera de combate de la Real Armada^[74] se mostraba con orgullo a los vientos, al tiempo que las cornetas pifiaban en agudo a combate y los tambores retronaban a sangre. Para regusto de mis venas, parecía que el viento aumentaba de fuerza, mientras podíamos comprobar a la vista y con claridad la situación de las tres unidades enmarañadas entre nubes negras de pólvora quemada. Como se mantenían en facha sin variación, mostraban las proas hacia nosotros. La fusilería debía estar produciendo estragos, mientras las carronadas britanas barrían con su metralla las cubiertas francesas que, sin embargo, no cesaban una mota en su ataque. No dudaba ya de los pasos a seguir, por lo que enmendé la proa para arrumbar sin fisuras hacia la fragata de barlovento. Escuché las palabras de Beto.

—¿Y si les entramos de enfilada^[75] a las dos francesas y destrozamos sus maniobras del bauprés?

—Ya había pensado en esa posibilidad, pero sería peligroso para el inglés, a quien no le falta más que alguna bala española en su cubierta. Es tarea bastante difícil concertar los fuegos al atravesar tres proas. Por el contrario, si atacamos a una de ella a besar costados y con un ritmo de fuego que no sospechan, rebajará mucho su presión sobre nuestro aliado, que debe sufrir un elevado número de bajas. De todas formas y para que no sepan con certeza a cuál atacaré, mantendré la proa ajustada al buque inglés.

—Ten en cuenta que afrontaremos más de 20 cañones, bastantes de ellos con calibre de a 24.

—Con este combate debe haber perdido ya bastantes hombres, y habrá sufrido el desmontaje de algunas piezas. También estimo que habrá pasado sus cañones altos a la banda de babor, para batir al inglés con la mayor potencia posible, lo que significa menos metralla contra nosotros. Por fortuna, esa situación no es reversible en tan escaso tiempo. Pero soy consciente de que nos puede largar una andanada contra la jeta de calibre alto y muy caliente. Para bien o para mal, no tenemos más remedio que afrontarlo.

—Eso desde luego —afirmó Beto con energía.

En aquel momento llegaban hasta el alcázar Okumé y Miguelillo con nuestros sables y pistolas. Mientras mi querido africano enhebraba la sonrisa torcida de los momentos duros, el rapaz mostraba una intensa emoción por entrar de nuevo en combate, como si se tratara de celebrar un sarao festero en el campo. Bueno, he de aclarar que yo mantenía el viejo pistolón, entregado como especial detalle por el general Barceló a mi padre, un arma que llamaba la atención por su vetustez y exagerado tamaño. Mientras procedía a engarzar el sable en las correas del biricú, Romarate largaba el esperado comentario, sin apartar la vista del arma que Beto llamaba trabuco bandolero.

—Caramba, señor comandante. Parece dispuesto a utilizar un arma del siglo XVII.

—Tiene sus años, sin duda, pero puede estar seguro de que se mantiene al pulso. Debe saber que este viejo pistolón ha abierto más de diez ojos en sangre, y alguna que otra barriga enemiga. Perteneció al general don Antonio Barceló, que en gloria esté.

—Si fue usada por el general Barceló, debe ser muy efectiva.

—Espero que pueda comprobarlo en pocos minutos.

Enmendé la proa dos cuartas más a babor, al comprobar que las tres fragatas comenzaban a borrar ligeramente a estribor en su conjunto. No obstante, me mantenía centrado en el bauprés del buque britano sin cambio. Fue el momento culminante, porque pudimos observar con claridad cómo el palo de mesana del inglés se rendía en muerte, produciendo en su caída una terrible maraña de cabuyería sobre la toldilla. Pero parecían salir nuevos hombres de la sentina, que se lanzaban a aclarar la maniobra con rapidez, al tiempo que las carronadas eran desenfundadas de la vela cangreja para seguir disparando. Intentaba por todos los medios separarse de sus atacantes, sin conseguirlo porque los dos gabachos maniobraban bien en conjunto, con permanente intención de cerrarle proa o popa en el momento apropiado. Tal y

como había explicado Beto, era difícil comprender que se hubiese dejado arrastrar hasta esa nefasta posición, con la facilidad de maniobra que solían exhibir nuestros aliados.

Cuando nos encontrábamos solamente a una milla, además de caer una cuarta a babor y centrarme de firme en la fragata de barlovento, entendí llegado el momento crucial. Elevado en el tambucho de la timonera y con la bocina de ancha embocadura dirigida hacia proa, intenté lanzar palabras de fuego a mis hombres, una vez que se había repartido un cacillo largo de aguardiente por cabeza, medida que tanto anima el espíritu. Eché el alma en aquellas frases.

—¡Hombres de la Armada y del Ejército! ¡Vamos a entrar en combate contra dos buques franceses, que intentan arrasar en muerte a una fragata aliada! ¡Esos marinos gabachos, que enfrentaremos en escasos minutos, son hermanos de los malditos soldados que asolan los pueblos y ciudades de España, sin un mínimo respeto por iglesias o mujeres! ¡Espero que mostréis el valor que lleváis dentro y, si llegara el caso, seáis capaces de morir por España y por nuestro Rey don Fernando!

Un inmenso clamor se elevaba desde aquellas gargantas, que podrían quedar mudas para siempre en pocos minutos. Mientras la corneta rasgaba el aire y batía el tambor, la bocina y los pitos marcaban las acciones necesarias en el aparejo, que los nostramos no necesitan de la voz para ordenar ningún movimiento. Ya se había producido lo que a bordo suele denominarse como escape del hormiguero, con todos los hombres saliendo de las entrañas de la *Proserpina* para cubrir sus puestos de maniobra y combate. Todavía algunos infantes trepaban por las jarcias con sus mosquetes colgados del hombro, al tiempo que los gavieros largaban cadenas y los grumetes extendían las redes. Por su parte, los pajes distribuían con ayuda de brazos los cartuchos para las piezas artilleras. Al mismo tiempo se preparaban en cubierta lampazos, para limpiar la sangre de los que caerían muertos o heridos sobre ella y, de esta forma, evitar que el personal resbalara al pisarla.

También se tomaban medidas sanitarias en adelanto, un importante aspecto que no se debe olvidar. Los pajes debían comprobar que se disponía de los torniquetes asignados, cuya posición se marcaba con claridad en cubierta. Se trataba de unos aros con chapa de latón y tornillo de cierre disponible, mientras la almohadilla cubierta de gamuza se engarzaba en brazos o piernas que, posiblemente, serían amputados en la mesa de la enfermería poco después. Casi sin pensarlo, como si se tratara de un ejercicio más, me preparaba para entrar en fuego por primera vez con la fragata de mis

amores. Y en adelante sufría por los daños que habríamos de recibir, así como la muerte de algunos valientes, que ya el olor de la sangre me penetraba con mayor fuerza. El capellán se acercó hasta mí con el rostro en color de cera.

—¿Me permite dirigirme a la dotación, señor?

—No sólo se lo permito, padre, sino que es su obligación como marcan las ordenanzas.

Don Martín, revestido de estola negra, procedía a rezar una corta oración, cuyas palabras no llegué a comprender. A continuación ofrecía la bendición pastoral para toda la dotación. Finalizada su intervención, me miró como si esperara una nueva orden.

—Muy bien, don Martín, ya puede retirarse.

—¿Dónde he de...?

—Normalmente el capellán se emplaza en la enfermería o alguna chaza próxima a ella, con objeto de ofrecer los últimos alientos a los que van a morir. —Muy bien, señor comandante.

Dejé al capellán con sus propios problemas y temores, habituales en quien entra por primera vez en combate. Sin perder un segundo me giré hacia Romarate, que ya esperaba mi orden.

—La batería de estribor deberá cargar con doble bala la primera andanada, y que cada cabo de cañón apunte la pieza de acuerdo a su criterio para efectuar el mayor daño. Para la siguiente, que la espero con la máxima rapidez aunque algún brazo quede en muñones, los cañones pares cargados con metralla y los impares con palanqueta. La segunda andanada debe dispararse en fuego graneado y sin descarga cerrada, conforme cada pieza se encuentre cargada y en batería, sin esperar nueva orden. Como de momento solamente vamos a utilizar la artillería de la banda de estribor, que sus sirvientes sean apoyados por los de la contraria en todo lo necesario. Recuerde a nuestros soldados, de guardia en las zonas de mayor peligro, su principal obligación. A quien abandone el puesto asignado o lo piense siquiera, tiro a la barriga sin dudarle un segundo. De esa forma se dará ejemplo a los demás. Y por si acaso llegamos a besar costados o corta distancia, bombetas y frascos de fuego para los que se encuentren apostados en las cofas.

—Muy bien, señor.

Mientras Romarate salía a la carrera hacia la cubierta de la batería, ajusté nuevamente la proa, ahora con claridad para dejar el bauprés de la fragata francesa rascando mi cabuyería de estribor. Como entendí prioritario conseguir las dos andanadas iniciales en la primera pasada, forcé un poco más

a babor para cruzar en triángulo y alargar el tiempo disponible. No observaba reacción en la fragata escogida como objetivo, aunque también su aparejo mostraba heridas de muerte. Era el momento de pronunciar mis propios rezos en silencio y sin mudar una gota el gesto de la cara. Elevé mi habitual plegaria a la Patrona y a Nuestra Señora de Valdelagua, esa advocación a la que tan devotos eran los Leñanza, aunque jamás hubiese procesionado a su ermita. Recordé a los miembros de la familia, tanto los que dejaba en Cádiz como los que podían esperarme en el reino de los cielos. Pero fueron escasos segundos, porque ya Beto me entraba con nuevos datos.

—Parece que nuestro objetivo pretende abrirse a estribor, como si acabara de percatarse de la presencia de la *Proserpina*. Algunos de sus hombres corren hacia dicha banda. Tiene muchos cabos de labor cortados y el mastelero del mayor en cuelgue, listo para remate. No le será fácil la maniobra que intenta, porque debería bolinear al límite y podemos cegarle esa posibilidad.

—Y el inglés parece comprender mi maniobra porque centra ahora sus fuegos contra la otra fragata, al tiempo que se envalentona en la lucha.

—Somos su única salvación.

—En efecto. Haremos bailar en fuego a estos gabachos de los cojones.

—¿Bailar? ¿A qué te refieres?

—Nuestra ventaja es la posibilidad de maniobra que el barlovento ganado nos concede y la velocidad. Después de largar la primera andanada a esta fragata y, si es posible, una segunda con rumbo en cuña, viraré por sus popas para entrarle a la de sotavento. Como los mejores cabos de cañón se encuentran en las piezas de caza, comprenderán mis intenciones. Dispondrán de un tiro abierto y uno segundo cerrado a besar agujas.

—Es arriesgado lo que intentas, pero tú eres el comandante. Bueno, la verdad es que estoy de acuerdo. Tan sólo necesitamos un poco de suerte.

—La tendremos. Toda la mala quedó clavada en la corbeta *Mosca*, junto a aquellas malditas islas. ¡Don Anselmo!

—Mande, señor comandante.

—Dentro de escasas varas caeré ligeramente a babor, para entrar después a la banda contraria con escasa caña, y hacer la cuña necesaria que posibilite las dos andanadas rápidas. Por esa razón, una vez proa con proa, lascar para disminuir la velocidad de avance, y que podamos lanzarle dos series a la cara. A continuación, y una vez tanto avante, máximo andar para virar por su popa en redondo y entrarle a la otra fragata, también por nuestro costado de estribor.

—Comprendido, señor.

Así suele conducirse el comandante durante el combate en la mar, porque cualquier nuevo dato de los mil y uno que entran en variación, puede hacernos cambiar las primeras intenciones. Pensé que si el conjunto se mantenía como hasta ahora, al menos los suficientes minutos, podía morder por partida doble y salir del cepo sin recibir daños superiores. Bien es cierto que cualquier rasa o palanqueta entrada con negra suerte, podía lastimar mi aparejo en vivo e impedirme la progresión, pero ya sería cosa de decidir en su momento.

Volví a comprobar el pistolón bien encastrado en la faja; como decía el general Barceló, con la boca del cañón muy cerca de los huevos. Al mismo tiempo desenvainaba mi nuevo sable, virgen de sangre porque el anterior había quedado hundido junto a las islas Berlingas con los restos de la corbeta *Mosca*. Y juro por lo más sagrado, que ese don especial que poseen algunos hombres de mar, llegar a oler la sangre en anticipo, se desplegó en fuertes oleadas sobre mí. Miré a mi alrededor para observar los rostros de los que lucharían a mi lado, unas cuerpos en movimiento que, pocos minutos después, podrían encontrarse en su navegación definitiva hacia el más allá. Una vez más, la suerte estaba largada sobre el tablero y dependía de nosotros superar el trance, para bien de la Real Armada y de España.

15. Sangre en la cubierta

El bauprés de la *Proserpina* cruzaba a la altura del espolón de la fragata francesa de barlovento, cuando enmendé la proa con tiento a babor un puño más. Por fortuna, a la caña se encontraba el cabo de mar Zubeldia, un vizcaíno de poderosas manos y brazos como martinetes, que me ofrecía plena seguridad. No podía arriesgarme a enmarañar aparejos y quedar en suspenso, con inevitable fracaso de la maniobra prevista y futuro incierto. Además, formando un ángulo entre buques de dos a tres cuartas, posibilitaba disparar la primera andanada en cuña unos segundos antes. Entraba en el momento definitivo, cuando el temporal interior se remansa como las aguas de un pequeño lago, con los cinco sentidos abiertos a cada uno de los mil detalles que podían significar el éxito o el fracaso del combate, sin olvidar el número de vidas que dependían de mis actos.

El contramaestre seguía mis órdenes al punto, porque nuestra fragata disminuía de velocidad a la vista. Poco a poco progresábamos avante, al tiempo que algunos fusileros franceses comenzaban a disparar contra nosotros, esos silbidos lastimeros que vuelan crestas arriba y siempre consideramos dirigidos contra otros cuerpos. Se acercaba sin remisión la hora definitiva, cuando hay que demostrar la sangre en viva correría por nuestras venas. Por mi parte, elevé el sable hacia los cielos con muchas miradas ansiosas clavadas en los destellos de su hoja, convertido en el dios particular que decide sobre la vida y la muerte. Y cuando estimé llegado el momento, di la orden definitiva con toda la fuerza de mis pulmones.

—¡Por España y nuestro señor don Fernando! ¡Fuego!

Se abrió a bordo un fragor más propio del infierno, al disparar todas las piezas de la banda de estribor a un tiempo. Y no se habían olvidado los gabachos de nuestra presencia, porque escasos segundos después podíamos observar las lenguas de fuego y los suspiros de humo, brotando desde el mismo costado de la unidad enemiga. Al tiempo que se podían escuchar

quebrantos de maderas en nuestro barco, sin aparentes medidas de calado en el aparejo, preocupación primera, comprobaba con satisfacción que nuestra andanada inicial entraba por ojo llano. Barrimos tres o cuatro de sus piezas en la batería, parte de la mesa de guarnición del palo mayor, mientras la lancha saltaba en astillas, esas balas de madera que tantas bajas producen a bordo. No obstante, sentí una inmensa alegría en el pecho al escuchar con cierto retraso la descarga de nuestra fusilería, aumentada en considerable número con los hombres de Tejero, y observar cómo caían marineros desde los palos y en la misma cubierta. Estaba seguro de que aquel importantísimo detalle, ochenta fusiles por más encarados contra ellos, no debía ser esperado por los gabachos.

Por fortuna, la primera andanada recibida no causó problemas mayores a bordo, salvo cabos de labor en cuelgue que se reponían con rapidez, algún pequeño lunar en las velas, pasamanos de estribor con destrozos visibles y cuerpos caídos sobre cubierta, que comenzaban a elevar la habitual sinfonía de lamentos, mientras eran trasladados a la enfermería si se consideraba necesario. Bien es cierto que me limitaba al campo de visión general sin informes puntuales. Al tiempo que escuchaba las órdenes en grito producidas en la cubierta baja, y el característico sonido de las ruedas de los cañones entrando en batería, ordené caer a estribor tres cuartas, suficiente para encarar a la fragata con nuestra proa en intento de besar su coronamiento^[76]. Una vez al nuevo rumbo, y de acuerdo con mis instrucciones, comenzaron a disparar nuestros cañones en segunda ronda, ahora en descargas dispersas de metralla y palanqueta que se diferenciaban en el sonido, mientras los fusileros no cesaban de ajusticiar la cubierta francesa.

Aunque se llevaba a cabo a bordo del francés corrimiento de fusiles y artilleros en urgencia de pasos, ante la nueva amenaza, su segunda andanada nos alcanzó tarde y de escasa monta. Debía ser producto seguro del combate librado hasta entonces con el britano, con las consiguientes mermas en piezas artilleras, aparejos y hombres, así como ese agotamiento que va estragando los espíritus más bragados conforme avanza la lucha. Pero quizás el dato más alentador para nosotros era la escasa fusilería empleada por los gabachos, posiblemente por su plena dedicación al inglés, ya que poco más de una docena apuntaba hacia nuestros hombres.

Con la nueva situación impuesta y el apoyo del aliado, nuestros amigos ingleses centraban ahora sus fuegos con renovados bríos contra la fragata de sotavento. No obstante, y para bien de la *Proserpina*, no se olvidaba de la pareja, porque un disparo afortunado mordía el palo mayor a tocón. Debía

haber sido producto de una pieza de escaso calibre, porque con una rasa de a 24 lo habría hecho caer sin remedio en maniobra casi definitiva. Pero debido a la posible vibración, acababa por rendir su mastelero del mayor, que se movía hasta entonces en peligro, con el consiguiente desparrame de cabuyería y velas. Parecía que los cielos deseaban cuadrar en firme mis intenciones de maniobra y ataque. Al tiempo que observaba con claridad el alcázar de la fragata francesa, donde restaban pocas casacas a la vista, ya el bauprés de la *Proserpina* paseaba su peñol de forma peligrosa sobre la popa gabacha, debiendo enmendar una cuarta más a babor para librar su cangreja.

El teniente de navío Romarate, con buen criterio y sin esperar mi orden, disparaba dos piezas contra los timones de las fragatas francesas a su paso, sin mayor éxito que rotura de cristales en sus balconadas. Y en verdad que aplaudí en mi interior con fuerza dicha iniciativa, que así han de obrar los buenos oficiales en combate. Por mi parte, mantuve el fuego en alto hasta que cruzamos las tres popas. Pudimos observar los coronamientos de los buques que, por el orden de entrada, mostraban sus nombres en letras doradas con claridad: *Marguerite*, *Defiance* y *Résistance*. Fue el momento en el que ordené virar por redondo, para entrar con rumbo al límite de la bolina^[77] y amurado a estribor hacia la fragata de sotavento. La virada se cubrió en gloria porque apenas perdimos unas pocas varas de distancia. Y aunque dudé sobre la forma de penetrarla en fuegos, el soplo actuó como en tantas ocasiones a su libre albedrío durante algunos segundos, de forma que me apreté a su costado en tocapanoles de riesgo con escaso andar, debido a las estructuras de las tres unidades que nos velaban los vientos con rebufos al gusto.

Repetimos la maniobra de fuego, largándole una andanada completa de rasas a distancia de tiro de pistola, mitad a la lumbre^[78] y la otra contra cubierta, mientras los hombres de Tejero disparaban con excelente ardor, buena puntería y ritmo muy aceptable. Nuestros fuegos mordían con fuerza maderas en la cubierta francesa, con una afortunada bala rascando la botavara de la cangreja en desbarate. No obstante, también parecían esperarnos los gabachos por esa banda. Para bien de mi alma, se empleaban con las mismas limitaciones que en la ocasión anterior, porque el fuego britano se conducía con su habitual maestría de puntería y ritmo, difícil de creer al observar el estado de su estructura, muy castigada en toda su extensión. Sin embargo, pude distinguir cómo la regala de mi fragata saltaba en alargada proporción a escasas varas de mí, elevando astillas hasta los cielos. Pero ya la *Proserpina* avanteaba el costado de la gabacha con lentitud, permitiendo que los fusileros continuaran con su danza de sangre y muerte, un factor que una vez más

podía ser decisivo. Fue el momento en el que sufrí una profunda congoja, al observar a Okumé tendido en el suelo con Miguelillo a su lado.

—¡Okumé! ¡Válgame los cielos! ¿Te han herido?

—Alguna astilla de la regala, señor. Y por todos los cielos que anduvieron algunas cerca de su cuerpo. Pero no es de importancia —intentaba enhebrar una sonrisa, aunque la mueca de dolor aparecía de forma inevitable—. Ya me avió con el auxilio del rapaz.

—Dios maldiga a estos jodidos gabachos.

Aparté sus manos que se apretaban contra la herida, para comprobar la mancha roja que empapaba su camisa, abierta en el costado derecho a la altura de la cintura. Me costó creerlo, como si el recio africano debiera ser indemne a cualquier tipo de amenaza.

—Nada de avíos ni puñetas. Debes ser trasladado a la enfermería sin pérdida de tiempo. Miguelillo —tomé por el hombro al joven, que mostraba rostro del color de la cera, como si Okumé se adentrara en los terrenos de la muerte sin remisión—, que te ayude un hombre fuerte y transpórtalo a la enfermería. Dile al cirujano que lo examine de inmediato y proceda a curarlo. Y que me responde con su vida de la sanación de este hombre.

—Sí, señor.

Mientras Okumé era retirado sin emitir un solo quejido, debí regresar a lo mío, que no era moscarda de alas cortas. Pudimos disparar una nueva serie de metralla y rasas, gracias a la escasa velocidad con que ahora nos movíamos, aunque el ritmo de fuego decrecía con claridad, posiblemente por heridas o contusiones en los servidores de las piezas. Llegó el momento, librado el conjunto de buques a barlovento, en el que debía tomar una nueva e importante decisión. Dudé escasos segundos, los necesarios para que Beto, conocedor de mis pensamientos en adelante, llegara en auxilio.

—¿Cuáles son tus intenciones?

—Creo que no me queda más remedio que abrir proa a babor, tomar suficiente arrancada y virar por avante para regresar a la función. Dependiendo de la situación relativa al rematar la virada, así decidiremos.

—Estoy de acuerdo. Al menos, nos encontraremos de nuevo a barlovento y podrás escoger el camino a seguir.

Tocamos la caña a babor lo necesario para que las velas bebieran en fuste y, de esta forma, conseguir suficiente arrancada para virar por avante. La última visión cercana de la fragata *Résistance* coincidió con una nueva y muy afortunada descarga de nuestros fusileros, que parecían acoplarse a sus nuevos puestos con facilidad, auxiliados por una mar de damas. En efecto,

pude comprobar cómo un buen número de franceses situados en el castillo caían a cubierta cual monigotes de feria. Y aunque se tratara de acérrimos y enconados enemigos, siempre conmueve observar a un ser humano tras recibir balazo en el pecho y escuchar sus lamentos de muerte. Pero pronto se olvidan esos detalles, para entrar a la brega y tratar de que aumente el número de los que han de abandonar esta existencia.

Tras abrirme a babor lo suficiente, hasta comprobar que casi todo el aparejo laboraba en firme con el viento fresco del nordeste, señalé a don Anselmo con la mano, que no perdía detalle.

—Nostramo, tenemos que virar por adelante como si se tratara de un coro de gaviotas. Estimo que caeremos en cinco o diez minutos.

—Ya lo suponía, señor, y estamos preparados. Intentaremos perder el mínimo barlovento.

Navegaba ya en firme y largando espuma con el viento por el través, con las tres fragatas abiertas por mi aleta de babor, cuando di la orden.

—¡Llegó el momento! ¡A estribor con toda la caña! ¡Virada por adelante!

No esperó un segundo don Anselmo, situado a mi lado, para largar la frase ritual encastrada en las maderas de tantos buques durante siglos, cuando se intentaba esa complicada virada. Y no movió ceja ni pestaña que mostrara una mínima preocupación. El fin no era otro que conseguir cambiar el viento de banda, pasándolo a través de la proa. Por tal razón, era necesario disponer de suficiente arrancada adelante o el barco, al encontrarse su roda a fil del viento^[79], quedaría casi detenido, acabando por arribar^[80] sin remedio hasta mantenerse amurado a la misma banda. Escuché su vozarrón, mientras aferraba el chifle con fuerza en la mano derecha.

—¡Allá va con Dios! ¡Orza dura! ¡Al viento! ¡Al viento!

A continuación, escuchamos la sinfonía de pitos de contramaestres y guardianes, mientras la *Proserpina* se escoraba ligeramente a babor como dama recostada en sedas y comenzaba a tragar cuartas de rumbo con rapidez. Aunque confiaba en mi dotación al ciento, era consciente de que no es cuestión similar cualquier maniobra cuando el personal se encuentra preñado en combate. Por fortuna, las bajas no habían alcanzado a gavieros y marineros de posta, esos que dan la mano oportuna en el momento decisivo. Y como recompensa celestial acabamos por cruzar el viento a ritmo, para quedar amurados a babor en garantía con escasa pérdida. Era el momento de tomar una nueva decisión, con las tres fragatas mantenidas casi en la posición inicial, proa hacia ellas y con el viento por el través de babor. Pero antes debía

recibir los informes de rigor y Beto se aprestó a largar las cuentas negras con rapidez.

—Salimos bien librados y llevamos a cabo el plan previsto con éxito redondo. Las dos fragatas gabachas han recibido espuma caliente. Y es de resaltar la labor de los fusileros del capitán Tejero, que han producido un elevado número de bajas. Calculo que les deben quedar solamente cinco o seis cartuchos por fusil.

—Vamos, Beto, larga las bolas negras.

—Sin problemas en casco y aparejo. Tres balazos a la lumbre, que ya solucionan los carpinteros con los tapabalazos^[81]. Aparejo en firme, reponiendo alguna merma de escasa importancia. El único daño de cierta consideración a tener en cuenta es el pasamanos de estribor, a la altura de nuestra posición, con destrozo de unos veinte pies como podemos comprobar, y el escotillón del castillo desarmado en astillas. En cuanto a las bajas, dos muertos y catorce heridos, tres de ellos con gravedad de altar. De nuestra dotación, solamente seis heridos, uno con astillazo profundo en el pecho y sin futuro. El resto pertenece al personal de transporte, con seis soldados del Ejército en la enfermería.

—¿Y Okumé? Espero que no..., espero que...

—No temas. Ha sufrido un astillazo hondo de esta puta regala^[82] —Beto señaló la zona arrasada—, pero en el costado y con bastante suerte porque no afecta elementos delicados. Lo ha limpiado y cosido don Cayetano con todo esmero, porque Miguelillo no cesaba de repetirle que se jugaba la vida en la empresa. Y como es habitual, se produjo la discusión sobre el uso de sus propias hierbas.

—Espero que no se haya negado el cirujano a utilizarlas. Curan mucho mejor que esas pócimas de nombres extraños.

—No se ha atrevido y las ha esparcido en el interior de la herida. Creo que Okumé sanará en escaso tiempo porque es fuerte como un toro de lidia.

—Bendita sea nuestra señora del Rosario. Ahora entramos de nuevo en faena. Debemos estar a un par de millas solamente.

—Todavía podemos escoger la fragata que más nos convenga, para entrar en combate definitivo.

—Me inclino por la de barlovento.

—Estoy de acuerdo. Ordenaré preparar los arpeos^[83] de abordaje, por si les entramos a muerte y entendemos que es posible tomarla en presa.

—Son muchos los hombres disponibles todavía de su dotación, aunque haya sufrido bastantes pérdidas. Y no podemos esperar mucha ayuda de los

ingleses, en su más que delicada situación. Pero debemos hacer notar la presencia de los soldados de Tejero, que deben marcar la diferencia. ¿Cuántos cartuchos les quedan?

—Siete solamente. Una limitación.

—Una limitación que ellos desconocen. Ahora es necesario decidir el combate. Puede producirse una carnicería, pero no la descarto. Creo que llegamos al momento definitivo. Que carguen de nuevo nuestra banda de estribor con doble bala, por si acaso. Ahora ya entraremos para mantenernos en lucha cercana, hasta que se decida la suerte final. Cuando volvamos a besar su costado, lo decidiré.

—Muy bien. De todas formas, parece que disminuye el ritmo de fuego. Es mucho el paño que llevan en la sesera esos hombres.

Tomaba el antejo para buscar los detalles que me decidieran por uno u otro objetivo, cuando escuché la voz de Romarate en grito.

—¡La fragata de barlovento abre la proa! Se está dejando caer a estribor.

En efecto, la *Marguerite* braceaba en forro para acuartelar y poder cruzar el viento. No era maniobra sencilla, dado el estado de su aparejo. Pero obraban con eficacia los gabachos porque, poco después, cuando ya la *Proserpina* se acercaba hacia su proa, nos la cruzaba el francés para tomar rumbo sudeste y, en principio, alejarse de la escena. Mientras ordenaba fuego a los cañones de caza^[84] que pudieran ser utilizados, pensaba en una nueva solución y no esperé mucho para decidirla.

—Beto, a estribor una cuarta. Rumbo a besar con la fragata de sotavento, que aún lucha contra el britano. Es posible que podamos tomarla a dos bandas. Que carguen con doble bala la batería de babor. Pero no perder de vista a la otra zorróna, que no deseo quedar prendido entre dos cuernos.

—No va a hacer falta —Beto también utilizaba el antejo en barrido, para observar los detalles en cubierta del francés—. Parece que la fragata *Résistance* imita a su compañera. Debe de haber sido maniobra concertada, al comprobar que la *Proserpina* hacía por ellas.

Beto acertaba de lleno porque, poco después, la segunda fragata se dejaba caer a babor. Poco a poco arrumbaba para pasar por la popa del britano, y aproar hacia su pareja. Romarate exclamaba con alegría.

—¡Cobardones! Con dos fragatas de 40 cañones y abandonan una presa casi segura.

—No exagere, muchacho —dijo Beto con seriedad—. El inglés se encuentra bastante maltrecho, no hay duda, pero no se rendiría por lo llano. Además, llegamos en su auxilio a tiempo y barrimos en sangre las cubiertas

francesas, situación que podríamos repetir con facilidad, al no haber recibido daños de altura. Entre las carronadas inglesas y nuestra fusilería, hemos debido producir un elevado número de bajas. Y no salen indemnes sus aparejos tras el alargado combate. La *Marguerite* está más tocada, con el mastelero del mayor rendido, botavara en fino y mucha cabuyería cortada. Pero también la *Résistance* mantiene algunos aparejos sobre cuchillos y con evidente peligro. Es cierto que la moneda se encontraba en el aire y podían intentarlo, pero tampoco se les puede objetar de cobardía, ni mucho menos.

—No se olviden que los franceses no disponen de apoyo cercano en la costa y deberán reparar con sus propios medios —afirmé, sin apartar el antejo de mi cara—, un factor que deben tener en cuenta.

—¿A cuál perseguimos entonces, señor? —insistió el belicoso oficial.

—¡Por los cojones de Satanás, Romarate! ¿Es que ha perdido la sesera? —bramó Beto—. El inglés no puede navegar una vara y necesitará restañar sus graves heridas, por lo que no podemos pensar en trabajo de conjunto. Además, a simple vista aparenta que le debe haber entrado mucha agua en los fondos, y la mayor parte de sus hombres andarán en las bombas de picar^[85].

—El segundo tiene toda la razón —corroboré con autoridad—. No pienso perseguir dos fragatas de cuarenta cañones, para que nos tomen a las bandas, como hicieron con el inglés, y bajemos con rapidez hacia los confines del infierno. Si regresan, que todavía está por comprobar, las recibiremos como se merecen. Pero ahora deberíamos preguntar al inglés si necesita auxilio, condición más que probable.

—Se ha batido bien el britano —insistió Romarate con deje de admiración—. No es fácil resistir un ataque simultáneo a las bandas de dos buques con el mismo porte. Son buenos esos hombres.

—Son magníficos porque se mantienen las mismas dotaciones a bordo durante muchos años en la mar, ejercitan vela y cañón todos los días, maniobran muy bien con aparejos dañados, su ritmo de fuego es admirable, los buques son fuertes y difíciles de desarbolar, aunque no debemos olvidar uno de los factores principales.

—¿Su valentía? —preguntó, escéptico.

—De esa traza andamos todos bien servidos, por gracia de los cielos. Me refería a la calidad de sus cañones, que guardan como secreto nacional en sus factorías de Escocia. No se sabe cómo, pero sus balas abandonan las bocas de las piezas a una velocidad, que se estima el doble a la de las piezas francesas o españolas. De esa forma, su poder destructivo es muy superior. Parece ser

que el secreto se encuentra en la composición del material, fundido de forma especial en sus hornos.

Mientras Romarate quedaba en pensativo silencio, las dos fragatas francesas se reunían por nuestro través de babor a unas cuatro millas y arrumbaban hacia el sur sin largar mirada a popa, con lo que hicimos por el buque británico con claridad. Y conforme cerrábamos distancias, pudimos comprobar su terrible estado, cuerdas arriba y abajo. Había debido ser un combate muy duro y alargado en el tiempo, sin olvidar que recibían badana caliente por las dos bandas. Tales premisas quedaban patentes con sólo observar su cubierta, un conglomerado de velas, masteleros, vergas, cabuyería y maderas en desorden. Tan sólo su palo trinquete parecía trabajar con cierta seguridad. Por el contrario, en el mayor restaba en firme el árbol solamente, con la jarcia de estribor sin tensión al haber saltado la mesa^[86] casi al completo. Y en el mesana se arrastraba el pico de la cangreja en visible rendición, con la sobremesana pasada a balas y sin poderse cazar en la verga seca. Un espectáculo dantesco, aunque habitual en la mar tras reñido combate.

Cuando alcanzamos distancia de voz por su costado de estribor, la escena se hizo más escalofriante todavía a bordo de la *Defiance*. El número de bajas debía haber sido terrorífico, porque eran muchos los cuerpos estibados en cubierta sin atención, y pocas las manos dedicadas a reparar el aparejo. En el alcázar comprobé la presencia del comandante con el brazo derecho embastado en vendas rojas, mientras impartía órdenes a los pocos hombres que llegaban hasta él. Di la razón a Beto.

—Creo que tienes razón. Son muchos los balazos a la lumbre del agua, y deben andar con todos los hombres dedicados a las bombas. Ya veremos si consigue salvarse del hundimiento.

—Menos mal que los ingleses utilizan las bombas de doble cuerpo, que evacúan mayor cantidad de agua. Dicen que por tal razón no se hundió el navío *Neptuno*, que mandaba don Cayetano Valdés en el combate de Trafalgar, con suerte al llevar en prueba una de esas bombas de achique. Bueno, se perdió después, pero varado contra las piedras.

—Así es, pero ahora debemos actuar con rapidez. Demos la lancha al agua. Pasa a bordo del inglés y dile al comandante, que nos tiene a su disposición para la ayuda que considere necesaria. Y si estimas que acabará en los fondos, deberíamos preparar el traslado de enfermos, esos desgraciados que se van a las profundidades sin remisión posible en tantos casos.

—De acuerdo. No debe haber envergado la señal en petición de auxilio, porque parece que no dispone de ninguna driza en situación de ser utilizada.

—No pierdas tiempo, que ese buque pesa mucho. Su borda ha bajado bastantes pulgadas, y debe encontrarse en peligro de hundimiento inminente.

Mientras facheábamos al costado del britano, Beto embarcaba en la lancha con rapidez. Fue observado desde la *Defiance*, que largó una escala de gato por estribor sin pérdida de tiempo. Y por ella trepaba mi cuñado, siendo recibido por el comandante en cubierta, con quien mantenía conversación mientras el britano gesticulaba con el brazo sano en señales vigorosas hacia la escotilla mayor y otras difíciles de entender en la distancia. Sin perder un segundo, Beto regresaba para llegar hasta el alcázar en escaso tiempo.

—¿Qué te ha dicho?

—Para comenzar no cesaba de agradecer nuestra presencia y acertado combate, que les ha salvado el pellejo, según sus propias palabras. Sin embargo, su situación es límite, como estimabas. Ha recibido más de treinta balazos a la lumbre, y aunque los carpinteros que siguen en pie andan como poseídos por el callejón de combate con los tapabalazos, no consiguen detener la entrada de agua, que estiman ahora mismo en doce pulgadas sobre cuaderna. Y no se han hundido todavía porque la mar se encuentra en dulce, que si aumentan las olas un suspiro, descenderá a los fondos como un plomo.

—¿Le has ofrecido auxilio?

—Desde luego. Necesita hombres para las bombas y carpinteros para armar bandolas^[87] y encajar los tapabalazos que disminuya la entrada de líquido lo más rápido posible. Han sufrido más de noventa bajas, gran parte de ellas con el alma en el otro mundo. Sólo quedan en condiciones de servir cuatro oficiales de guerra. Parece que la fusilería gabacha les masacró el alcázar, como suele ser habitual. Su cirujano ha perdido la vida, por lo que solicita la colaboración del nuestro, si ha terminado su faena de sangre con nuestros hombres. Eso de momento, hasta ver cómo se desarrolla el cuadro.

—Pues vamos a ello sin perder un segundo. Que pasen soldados para las bombas, carpinteros, el cirujano y todo lo que sea posible. Quiero que don Anselmo eche un vistazo al aparejo y cabuyería. Que me informe con exactitud de su situación actual.

—Recuerda que también nosotros sufrimos algunos daños que hemos de reparar —protestó Beto—. Y algunos heridos en la enfermería.

—Bueno, que pase el cirujano cuando se lo permita su faena a bordo. En cuanto a nuestros daños, son de escasa monta. Lo primero y principal ahora mismo, es evitar el hundimiento de la *Defiance* o intentarlo al menos.

Nuestra cooperación fue total y sin escatimar recurso alguno. El trasiego del personal se llevó a cabo de forma rápida, para trabajar a bordo del inglés

con buen espíritu, dando prioridad a las bombas y taponamiento de las entradas de agua.

En una de las ocasiones que Beto regresó a bordo, tras comprobar que Okumé se encontraba bien y con la herida sin sangrado, decidí pasar a la *Defiance* para hacerme una idea exacta de la situación. También yo fui recibido en cubierta por su comandante, un pelirrojo galés de alta estatura y poderosas hechuras.

—Bienvenido a bordo, señor. Capitán de navío John Darby, comandante de la fragata de Su Majestad británica *Defiance*.

—Capitán de navío Leñanza, comandante de la fragata de la Real Armada *Proserpina* —nos estrechamos las manos con afecto—. Siento que nos conozcamos en circunstancias tan lamentables para su buque. Pero en primer lugar me gustaría preguntarle por su herida. Espero que no se trate de nada grave.

—Un cortadillo de metralla justo por encima del codo. De momento, parece que no es necesario amputar el brazo, según su cirujano, que parece un excelente profesional. De todas formas, no me preocupa mucho ese detalle, a la vista de cómo se encuentra mi barco.

—Parecida herida sufrió el almirante Nelson cuando atacó Tenerife y, años después, el general Gravina en el combate de Trafalgar. El primero sobrevivió tras serle amputado el brazo, mientras el segundo moría varios meses después por intentar conservarlo. Pero estoy seguro de que su caso es diferente, si no se encuentra afectada la articulación. Ahora me gustaría saber los daños que ha recibido.

—Si todavía nos mantenemos a flote o nuestra bandera flamea en el trinquete, único sitio disponible, es gracias a su generoso concurso —me dedicó una sonrisa de sincero afecto—. Debo reconocer que restaba poco tiempo para arriar el pabellón a cubierta y rendirme a esas fragatas, con lo que habría dado fin a mi carrera en la *Royal Navy*. La situación a bordo era insostenible, cuando comprobé que la fragata aparecida por el norte era española. Al principio supuse que podía ser francesa, lo que remataba en negro mis esperanzas. Le doy mi más sincera enhorabuena por la maniobra realizada, el efectivo tiro y el extraordinario trabajo de su fusilería. No sabía que dedicaban tantos hombres a esa importante faceta.

—Por fortuna, transportamos soldados del Ejército hacia el Río de la Plata, y a ellos se debe el nutrido fuego.

—Siempre le estaré reconocido por su ayuda, comandante Leñanza, y así lo expondré con claridad en mi informe. Es la primera vez que me veo

auxiliado por un buque de su Armada. Y no es habitual recibir tan cordial apoyo en la mar, porque hasta su dotación colabora hombro con hombro junto a mis hombres.

—Bueno, los españoles hemos sido siempre fieles aliados. Nuestras naciones luchan contra Bonaparte por mar y tierra, y los tratados de amistad y cooperación hay que demostrarlos con hechos. Pero, dígame, ¿cuál es su situación actual? Parece que ha bajado su bordo todavía un par de pulgadas más.

—Llegamos a situación límite. Gracias a Dios y al trabajo entusiasta de sus hombres, parece que ya no crece el nivel del agua en bodega, lo que es un triunfo inesperado. Si no varían las condiciones de viento y mar, en las próximas horas podremos dar por salvada esta fragata. No sé si su travesía al Río de la Plata es de máxima urgencia y, la verdad, no desearía estorbar sus planes...

—Salvar su buque es lo primero en estos momentos. Da igual que arribe a mi destino unos pocos días antes o después. De todas formas, aparte de detener la entrada de agua, es mucha la faena que se le presenta a bordo para poder navegar. Bueno, enfoquemos cada problema en su momento.

—Estoy de acuerdo. Cuando estabilicemos la situación bajo cubierta, será llegada la hora de mirar hacia los palos. Pero es posible que entremos en la noche sin haberlo conseguido. Cuáles son sus planes para... —el britano dudaba con gesto de incertidumbre en su rostro.

—Mis planes son dar prioridad a restablecer su buque, hasta que pueda navegar con sus propios medios. Al objeto de no separarnos durante la noche y que mis hombres puedan continuar su trabajo, puedo ofrecerle un remolque de alivio, aunque de esa forma andemos escasas millas. ¿Cuál era su punto de destino?

—La bahía de Río de Janeiro. Pero si desea establecer derrota más hacia el sur...

—No es necesario. Pensaba barajar la costa meridional brasileña y la norte patagónica, por si avistaba algún buque con armamento o provisiones para los malditos rebeldes de Buenos Aires.

Desvió la mirada el comandante inglés, como si hubiera tocado una de sus fibras más sensibles. Mis palabras no habían sido lanzadas por casualidad, ya que deseaba establecer con claridad nuestra posición desde el primer momento. Y por el gesto de su rostro, creí entrever que sus instrucciones eran bien distintas a las que debe establecer un fiel aliado. Continué con normalidad para evitar su turbación.

—Ya sabrá que andamos con problemas en nuestros virreinos americanos. Bueno, ya lo sufrieron ustedes con las colonias del norte. Pero ahora debemos afrontar sus problemas, que son de gravedad. ¿Han perdido muchos hombres?

—Es extraordinario y de agradecer el trabajo de su cirujano, que ha salvado bastantes vidas. Según el último informe recibido, deberán ser lanzados a las aguas algo más de cincuenta hombres, mientras superan la treintena los heridos de cierta gravedad, y unos veinte se mueven con contusionados de mayor o menor enjundia. Una verdadera carnicería. Supongo que se extrañaría al verme en tan comprometida situación.

—Bueno, desconozco los detalles.

—Ayer por la tarde descubrí la presencia de la fragata *Marguerite* e hice por ella con todo el aparejo. Alcancé distancia de tiro largo, cuando comenzaban a caer las luces. No sospeché de su conducta porque según nuestras estimaciones, los buques franceses operan al corso en solitario, especialmente contra el comercio. Pero esta pareja maniobró con astucia y eficacia. Entrados en la noche, me extrañó que los franceses navegaran con tarros de luz a la vista, lo que achaqué a su impericia, un acto de prepotencia que casi me cuesta la vida. Al amanecer comprobé que se acercaba la primera fragata, al tiempo que otra me entraba con rumbo de bolina por sotavento. Intenté maniobrar en evasión pero me cerró la proa la *Marguerite*, hasta llegar a distancia corta. Para desgracia mía, una de sus primeras andanadas me rindió el mastelero del mayor y la verga seca, con lo que consiguieron tomarme a las bandas sin remedio. Ya se puede imaginar el resto.

—Sí, es fácil deducir lo que sucedió a continuación. Ayer tarde escuché el cañoneo intermitente hacia el sur, por lo que aproé en dicha dirección. No me cabía duda de que debían combatir ingleses y franceses. En tal situación, estimé necesario apoyar a nuestros aliados —recalqué estas últimas palabras—. Bien, en este caso le ofreceré un remolque, que nos permita navegar durante la noche con el aparejo mínimo para maniobrar. Si, como asegura, podemos resolver la entrada de agua antes de que se evaporen las luces, dejaremos para mañana el trabajo sobre cubierta. Como mis daños son escasos, le ofrezco la colaboración de nuestros carpinteros y contramaestres. Y si necesita agua o víveres, cuente con ello.

—Se lo agradezco mucho. La verdad es que todavía no sé en qué situación se encuentran nuestros víveres y los toneles de la aguada, dedicados solamente a salvar el buque.

—Bien, ahora trabajemos para evitar su hundimiento, que es la primera prioridad. Mañana hablaremos de futuro y prepararemos la ceremonia para echar a la mar los cuerpos de quienes perdieron la vida, en mi caso tres hombres. Y confío en que no aumente la cifra.

—Muchas gracias, comandante Leñanza, así lo haremos. Creo que en esta ocasión le han enviado los cielos en mi auxilio. No colaboraba con ustedes desde que luchamos juntos contra la Convención francesa, hace casi quince años, y acudimos a Tolón en auxilio de los realistas. Bueno, entonces no era más que un simple guardiamarina a bordo del navío *Diadem*.

—Esperemos que nuestra alianza dure muchos años. Los gobiernos declaran las guerras, pero los hombres de mar las sufrimos en nuestras carnes.

—Así es. Al final, sobre las aguas somos todos hermanos de mar y hablamos un mismo idioma. Mañana discutiremos sobre los pasos a seguir.

—Y espero su visita a bordo para el almuerzo, si no corre peligro su fragata.

—Se lo agradezco y así lo haré, no lo dude, si la suerte continúa a favor.

—Estoy seguro de que se mantendrá en cuerdas. No consentiremos que se hunda esta hermosa fragata.

Regresé a la *Proserpina* con un sentimiento de gran satisfacción en mi interior. Habíamos cumplido con nuestro deber, recibiendo pocas averías. Sin embargo, no podía olvidar a los que habían perdido la vida, aunque fuera norma habitual cuando se entra en combate. Además, era bueno dejar clara nuestra posición con los aliados, acción que podía redundar para bien de la Armada y de España en el futuro. Antes de retirarme a la cámara y una vez informado de la buena marcha de nuestros escasos daños, que ya reparaban los carpinteros con facilidad, me dirigí a la enfermería. Tras recibir por boca del sangrador el parte de los heridos, me interesé una vez más por Okumé.

—Reposa en la chaza contigo, señor —declaró don Saturnino, que mostraba un delantal blanco con evidentes manchas de sangre—. Su estado no es preocupante y sanará en un par de semanas, si no afloran malos espíritus.

—¿Puede ser trasladado a mi cámara?

—Si así lo dispone, señor... —mostraba cara de escepticismo, sin comprender lo que el africano significaba para mí.

—En efecto.

—Mejor sanará en su cámara, señor. Tan sólo debe ser trasladado con cuidado. —Así se hará.

Pasé a la chaza contigua, donde en unos estrechos camastros se hacinaban los heridos. Sufrí una vez más al comprobar la escasa visibilidad y el aire viciado que se respiraba, todavía con olor a pólvora. Me acerqué a Okumé para tomar su mano.

—¿Cómo te encuentras, amigo mío?

—Muy bien, señor. La verdad es que podría levantarme y hacer vida normal.

—Nada de eso. Has de reposar hasta que cierre la herida, y comprobar que no se producen humores peligrosos. Te van a trasladar a mi cámara.

—¿A su cámara? No es necesario, señor. Conseguí que el galeno escanciara mis hierbas, con lo que...

—Con lo que te trasladarán a mi cámara. Instalarán un camastro donde puedas descansar. Y no se hable más.

Una vez con Okumé en el camastro, emplazado en firme junto a la lona de proa de mi cámara, tomé la colación vespertina en compañía de Beto, servida en la ocasión por Miguelillo. El rapaz campero sonreía de felicidad, al comprobar que el africano sobreviviría, así como por verse necesario en su ausencia. Por mi parte, un generoso racimo de pensamientos dulces abanicaban el cerebro sin descanso. Había entrado en combate por primera vez a bordo de la fragata *Proserpina*, y no podían ser más prometedores los resultados. Con un barco así bajo mis pies, me creía capaz de navegar alrededor del globo y enfrentar cualquier peligro. Tras conversar con mi amigo y beber una generosa frasca de vino, intenté establecer en mi carta personal nuestra situación. No obstante, el cansancio era evidente y entré en sueños como un niño, apoyado sobre la mesa, mientras un nutrido grupo de estampas blancas se aparecían en sueños con gozo de altura.

16. La costa americana

Se consiguió mantener a flote la fragata *Defiance*, aunque fuera necesario echar el alma en las bombas durante un buen número de horas, bastantes más de las previstas. Los hombres de la *Proserpina* que colaboraron a tal fin, regresaron a nuestro barco cuando picaba la campana a relevo de la guardia de media con el cansancio reflejado en su rostro, por lo que decidí conceder alimentos y vino en generosa cantidad a quienes se lo habían ganado con su esfuerzo. El principal problema apareció al comprobar que un elevado número de los tapabalazos a bordo del buque inglés, habían sido inutilizados durante el combate, por haber reventado una bala contra el pañol del carpintero donde se apilaban con orden tan importantes elementos. La verdad es que habían entrado proyectiles por toda la geografía del buque, dejando escasos espacios sin destrozos. Por tal razón, debimos entregarles más de una docena de tan importantes elementos con escaso fervor de nuestros carpinteros, amantes siempre del material propio, y que con su concurso se acabara de detener la peligrosa entrada de agua.

En la mañana del día siguiente, comenzaron británicos y españoles la importante tarea de aparejar el buque y que le fuera posible navegar con ciertas garantías, hasta su punto de apoyo en Río Janeiro. La labor más comprometida fue la de apuntalar en seguridad el palo mayor, antes de proceder a descarnar la mesa de guarnición y reponer con cuartones las partes dañadas. Aunque el conjunto se remataba en elemento de fortuna, la obencadura parecía soportar suficiente tensión como para comenzar a cobrar de los acolladores y alcanzar una rosca cercana a su posición natural. Las vergas sin repuesto cuadraron en bandolas, mientras el pico de la cangreja era reparado en cubierta, para ser guindado a continuación con la inestimable ayuda de don Anselmo, que proporcionaba el necesario aparejo de estrellera^[88] con cuatro guarnes, conservado a estribor del palo mayor como reliquia inapreciable. Y aunque el número de carpinteros britanos hubiese

decrecido en apreciable cantidad, el resto de las faenas como envergar velas, reponer cabuyería, cuadrar pasamanos y otras muchas funciones menores quedaron a su cargo. Por el contrario, a bordo de la *Proserpina* fue tarea rápida y sencilla la composición de los pequeños desperfectos. Tan sólo la reparación del tambucho de proa quedó a la vista con aspecto de pozo siniestro, sin mayor importancia.

Durante toda la jornada se trabajó a fondo y sin concesiones, avenidos hispanos y británicos como si se tratara de hermanos de sangre. Solamente concedimos un descanso, dedicado a la ceremonia que más duele a bordo, cuando es necesario lanzar a las aguas los cuerpos de tantos hombres de mar, desde oficiales de guerra a pajes de escoba. El más antiguo entre los caídos había sido el segundo comandante de la fragata inglesa, un joven teniente de navío de escasa alzada, al que una bala destroncara su pierna a la altura de la ingle, muerto desangrado sobre cubierta en escaso tiempo. Como por nuestra parte eran cuatro solamente las lonas^[89] a rendir, por haber fallecido dos de los heridos con gravedad, fueron trasladadas en la lancha a la *Defiance*, con objeto de llevar a cabo la ceremonia en conjunto.

Ambos buques se mantuvieron en facha y casi abarloados con las necesarias precauciones, mientras las dotaciones formaban en cubierta con respetuoso silencio. Bajo la presidencia conjunta de los dos comandantes, ofició nuestro capellán con galanura y, para mi sorpresa, con excelentes conocimientos de la lengua inglesa. Tuvo el acierto de celebrar el acto con aplicación de normas generales, hábiles para todas las confesiones del mundo civilizado, traduciendo las partes principales a su idioma, especialmente cuando los cuerpos eran entregados al más allá. Y si me entristeció observar las cuatro lonas españolas cuando se mencionaban los nombres o apodos de los que ya no volveríamos a ver, fue impresionante la inmensa cantidad de sangre inglesa que regó las aguas, alargando su enumeración detallada la ceremonia durante bastantes minutos. Estimé que el rostro del capitán de navío John Davis mostraba una especial y escondida mueca de dolor, al sentirse probablemente responsable de aquellas almas, por la encerrona en la que había caído.

Acabé por conocer a fondo la fragata britana, que recorrí en bastantes ocasiones con su comandante, interesándome por algunos detalles innovadores, esos que en su conjunto llegan a marcar una notable diferencia entre escuadras. Especial atención dediqué a su famosa artillería y, dentro de ese fundamental apartado, no sólo a su manufactura, tan difícil de apreciar a la vista, sino a los nuevos pistoletos de fuego sellados a la pieza, que

demostraban una efectividad absoluta, con independencia del estado del tiempo o la mar.

Con tanto trabajo conjunto, hombro con hombro, fomenté de firme una buena amistad con su comandante, John Davis, a quien acabé por estimar como un magnífico oficial y hombre de sanos principios, que había recibido una buena lección de humildad para el futuro. Se sentía tan profundamente agradecido a nuestra ayuda, que intentaba demostrarlo en todo momento y de forma repetida. Y su obsequiosidad llegó a tal punto que debí recordarle lo innecesario de sus actos porque tan sólo habíamos cumplido con nuestra obligación. También yo le expuse mi reconocimiento por un compatriota suyo a quien consideraba como un buen amigo, el contralmirante Traylor, a cuya generosidad debía haber podido cumplir a bordo de la corbeta *Mosca* bajo mi mando un par de comisiones meses atrás.

En la tarde de aquella segunda jornada, en la que la *Defiance* cobraba un nuevo y renovado aspecto, asistió John Davis a mi cámara, donde le ofrecí una suculenta cena. Cocinó Miguelillo bajo las órdenes directas de Okumé, quien había sido trasladado sin problemas a su chaza porque sanaba con rapidez. Y soportó el joven con excelente humor las una y mil instrucciones del africano, que repetía su capacidad de hacerlo con sus propias manos sin necesidad de delegar. Mucho gustó el inglés de nuestra comida, que alabó de forma repetida.

—Este cordero en salsa espesa y fuertes especias es de un extraordinario sabor —chascaba la lengua con evidente placer.

—Lo mismo opinaba su compatriota, el contralmirante Edmund Traylor.

—Ustedes emplean animales de menor tamaño, carnes más tiernas y con un gustillo delicioso. No sé por qué en el Reino Unido alcanzan tanto peso, lo que revierte en sabor rancio y dureza tan extrema que han de cocer durante horas para que sea posible hincarles el diente.

—Deben ser de diferentes razas, aunque todo animal lechal es bocado de cardenal, como afirma un refrán español —afirmó Beto—. Pero todo es bueno para la perola, cuando crece el hambre.

—Desde luego. También debo reconocer que cambiaría la mitad del ron estibado a bordo de mi fragata, por unas copas de este aguardiente que sabe a gloria.

—Pues brindemos con él por nuestras dos naciones —dije, elevando mi copa.

—Y por rematar la guerra contra el maldito francés —apostilló John.

—Acabaremos por echarlos de España.

—Y de toda la Europa a ese bellaco de Bonaparte. Por cierto, comandante Leñanza, ¿cuáles son sus intenciones a partir de ahora?

—Si le parece bien, pensaba mantener el remolque todo el tiempo que consideremos necesario. No hay razón para arriesgar una pulgada su seguridad. Después puedo ofrecerle navegación en conserva^[90], hasta que alcancemos su punto de destino.

—Creo que ya han perdido suficiente tiempo por mi culpa. En dos o tres días puedo quedar con el aparejo entablado con suficiente garantía. Quedan muchas millas todavía por cubrir.

—Ya le dije que no nos apremia el tiempo.

—No es ese mi caso por desgracia. Deberé explicar el retraso sufrido con todo detalle a lord Strangford, persona de trato escasamente agradable y déspota con sus subordinados.

—¿Algún almirante belicoso? —pregunté, a sabiendas de la realidad.

—Ojalá fuera así —realizó un gesto de pesadumbre con sus manos—. Se trata del ministro británico en el Brasil, de quien depende la política de Su Majestad en todo el continente sur. Quedé bajo sus órdenes directas cuando el almirante Courcy fue destacado al Río de la Plata. Tampoco el almirante, y posiblemente nadie en el género humano, disfruta de sus favores.

—¿Al Río de la Plata? —intenté que no se percibiera inflexión alguna en mis palabras—. Qué casualidad. Lo saludaré al arribar a mi punto de destino, si llegamos a coincidir en alguna recepción. ¿Disponen de muchas unidades allí?

—Solamente de la fragata *Nereus*.

Se hizo el silencio, como si una densa nube de tirantez se hubiera dejado caer en la estancia al golpe. John pareció decidirse.

—Nunca olvidaré estos días, comandante Leñanza. Ha sido una nueva experiencia, de la que mucho he aprendido. Y no me refiero solamente al combate, sino al hecho de que haya podido conocerles más a fondo. Creo que, de forma general, los británicos tienen un concepto de ustedes bastante erróneo y los subestiman.

—Bueno, la verdad es que hemos colaborado escasas veces en alianza durante el pasado siglo. Pero ahora es su deber cambiar ese equivocado concepto —contesté de buen humor, aunque algo me decía que el capitán de navío Davis deseaba entrar en un delicado tema.

—Lo haré, no le quepa duda de que lo intentaré al menos. Pero debe..., debe saber... —volvió a mostrar una profunda turbación, sin atreverse a continuar.

—¿Qué debo saber? Puede hablar con claridad, John. Nos encontramos entre compañeros y amigos.

—Debo serle sincero, comandante Leñanza. Bueno, siempre que no contradiga órdenes directas recibidas de mis mandos. Nuestra política en sus colonias americanas no parece..., quiero decir que no es...

—¿Se refiere a que no parece la adecuada entre fieles aliados? —lancé para rematar su frase, porque ya no dudaba de sus pensamientos.

—Podría decirse así, sin faltar a la verdad. Parece ser que mi Gobierno, y le hablo de forma estrictamente particular, no contempla la alianza con España como extensible al continente americano.

—Esa alianza de la que habla no es otra que el Tratado Definitivo de Paz, Amistad y Alianza. Fue firmado en Londres el 14 de enero de 1809 por lord Jorge Canning, secretario de Estado de Su Majestad británica, y el jefe de escuadra de la Real Armada don Juan Ruiz de Apodaca, enviado extraordinario de la Junta Suprema Central en nombre de Su Majestad don Fernando —hablé con decisión—. Debe saber que he leído dicho acuerdo punto por punto, porque me encontraba entonces como ayudante del teniente general don Antonio de Escaño, ministro de Marina de la mencionada Junta. La verdad, en ningún punto se estipula que dicha alianza se concrete solamente para los asuntos de Europa, o la guerra contra el francés que libramos en España. No comprendo cómo su Gobierno puede contemplar distintas aplicaciones de la alianza, según sea el escenario geográfico. No parece la actitud de un fiel aliado.

—En efecto. Como le decía, soy sincero al exponerle que hasta ahora no estimaba fricción alguna en nuestra política al comprobar que, en realidad, somos aliados para luchar contra Bonaparte, pero no en otros temas que para España son de vital importancia, como esos movimientos secesionistas en sus colonias americanas. Y menos todavía que se actúe en contra..., que se actúe en contra de los intereses españoles.

—¿No contemplaba anormal tal actitud de su Gobierno? Pues, con toda sinceridad, creo que queda meridianamente clara —endurecí ligeramente el tono de mi voz, sin proponérmelo.

—Le ampara toda la razón. Ya le digo que no lo contemplaba..., no me interesaba siquiera el tema, para hablar con claridad. Eso cambió de forma drástica, cuando le escuché insistir en que con el apoyo prestado durante el combate y acciones posteriores, tan sólo cumplía su obligación como fiel aliado. Fue como si me quitaran una venda de los ojos, porque se trataba de

una verdad irrefutable. Desde entonces me siento desazonado, como si traicionara un sagrado deber. No sé si comprende mis palabras.

—Las comprendo perfectamente. También yo le seré sincero. En España se comenta con profundo desagrado esa deslealtad británica con los intereses españoles, algo que nos cuesta comprender porque, como ya le dije ayer, España presume de ser siempre un fiel aliado, como hemos demostrado a lo largo de los siglos. Por desgracia, hemos sido engañados de forma repetida. No tiene más que comprobar el caso de Napoleón que, en mi opinión, ha cometido un gran error al traicionar y menospreciar a España. Pero le aseguro que, por mi parte, cumpliré con el deber allá donde me encuentre, sin tener en cuenta condicionamiento político alguno. Quiero decir que, si por causa del bloqueo impuesto a Buenos Aires, he de apresarse algún buque contrabandista con bandera británica, lo haré sin dudarlo. Sencillamente, porque lo considero de justa ley internacional, una condición que no me puede ser negada por ningún país civilizado. Y desde luego, menos todavía por un fiel aliado.

—Anda atrasado de noticias, Santiago. Ese bloqueo del que habla, fue levantado hace un par de meses por el virrey español —John bajó la cabeza, ligeramente avergonzado—. Precisamente fue lord Strangford, quien se negó a aceptarlo y forzó la actitud de la autoridad española, aunque las potencias neutrales no opusieran dificultad. Dictó claras instrucciones al almirante Courcy, para que tomara las medidas oportunas y poder contrarrestar cualquier medida que pusiera en peligro el comercio lícito de sus compatriotas.

—¿Llama comercio lícito al contrabando de armas? —pregunté con educado tono, aunque mi sangre se levantara en burbujas.

—Por favor, comandante Leñanza, le hablo de las instrucciones de mi Gobierno, no de las convicciones personales que ya le he expresado. Intento mantener una conversación privada entre amigos, nada fácil con estos argumentos y los condicionantes expuestos. Ahora veo claramente que se trata de un caso de clara injerencia en los asuntos de otra nación que, para colmo, es una fiel aliada. Pero ya le digo que encontrará oposición a su labor en el Plata. Y por desgracia, una oposición con bastante potencia de fuego.

—¿Se refiere a que esa fragata *Nereus*, por ejemplo, impediría que apresara a un buque bajo bandera británica izada en conveniencia, con visible armamento para los rebeldes?

—No lo dude. Su comandante obrará de acuerdo a las instrucciones recibidas. —¿Hasta llegar a abrir fuego contra mí?

—Me temo que sí. Pero no se dará el caso, porque ya le digo que el virrey español aceptó nuestra política, presionado posiblemente por su Gobierno. Le ordenarán que no se le ocurra estorbar el comercio de los buques británicos, aunque sean claramente contrabandistas. Y esa medida presenta el inconveniente de que otros buques, especialmente los de los Estados Unidos del norte americano, que se han decantado a favor de todos los secesionistas, enarbolarán pabellón británico para cubrir sus tratos comerciales.

—Una buena y generosa respuesta, a los que les ayudaron en su independencia. Pero regresando al tema, puedo adelantarle que ninguna instrucción del virrey, general Elio, ni de San Juan Nepomuceno, me hará permitir algo que considere fuera de la ley y en contra de los intereses de España. Ya sé que al adoptar esta postura, puedo acabar hundido por un buque de nación teóricamente aliada, lo que es triste pensar. No obstante, podría ser el necesario detonante, para que el Gobierno británico asuma la vergüenza de sus actos.

—Tiene razón —ahora era difícil comprender sus palabras, dado el bajo tono de voz que empleaba—. Cualquier gobierno británico verá con buenos ojos... —volvió a detener sus palabras.

—Vamos, comandante Davis, sé perfectamente donde quiere llegar. Es conocido en cualquier tugurio hispano que el Gobierno de Su Majestad británica contempla con muy buenos ojos la pérdida por España de sus colonias americanas. Implantarse en la América meridional ha sido una aspiración británica desde siglos atrás. Por encima de todo, son ustedes agentes comerciales. Y con sólo pensar en lo que supondría un continente meridional americano abierto a sus productos, mueren de placer anticipado.

—Me temo que así es. Y le repito que mis palabras son estrictamente particulares. Ya le digo que no comparto esa teoría, que encuentro repugnante con un aliado. Pero así es y cualquier oficial británico obedecerá las órdenes recibidas. Mucho me alegro de que me hayan asignado Río de Janeiro como base para mis movimientos, porque podría haber ocupado el puesto de la fragata *Nereus*.

Ahora se hizo un silencio tan denso que era difícil de soportar. Alababa en mi interior las palabras sinceras de quien consideraba como amigo agradecido, aunque al mismo tiempo me rebelaba contra ellas. Los segundos se alargaron como maroma vieja, hasta que Beto decidió entrar al quite con sabiduría.

—La verdad es que estoy deseando recalar en la costa meridional americana, que jamás he contemplado. Por cierto, Santiago, creo que no

disponemos de mucha información en nuestro derrotero sobre esas aguas.

—Como hemos de barajar la costa hacia el sur, no nos es imprescindible información detallada, siempre que mantengamos suficiente resguardo. Pero ya el piloto trabaja en ese sentido.

—Si necesitan cualquier información, estoy a su disposición. Conozco bastante bien esa costa brasileña. He superado los dos años con esta misión. No presenta grandes peligros porque es franca y limpia, salvo determinadas aproximaciones a sus bahías.

—Se lo agradeceré si llega el caso.

—Por cierto, comandante Leñanza, que debo reintegrarle todo el material que nos ha entregado, especialmente los tapabalazos y las...

—Por favor, no es necesario. Ya los carpinteros fabrican nuevos elementos, sin grandes esfuerzos. No nos falta estopa ni madera de momento.

La sesión se había enfriado, aunque nos molestara y no fuéramos agentes culpables de la situación. Beto, inteligente como siempre y con ese don de gentes del que nunca he gozado en demasía, entró en relatos marineros de chanza, con lo que volvimos a beber con suficiente ánimo un aguardiente más que necesario en aquellos momentos. John Davis abandonó la *Proserpina* bien entrada la noche y con recobrado humor, aunque no bebiera vinos y licores en la cantidad que lo solían hacer la mayor parte de sus compatriotas. Tal condición evitó esos balances pronunciados con los que el contralmirante Traylor solía atacar el portalón en despedida, tras haber trasegado aguardiente hasta rellenar su bodega. Habíamos establecido las bases para una futura y sincera amistad, siempre que la situación no entrara a tenazón con esas putadas rastreras con las que el Gobierno británico nos solía obsequiar. Parecía increíble que John Davis o el contralmirante Traylor llegaran a enfrentarse a mí por aquellos días en combate de sangre. Pero nunca se sabe en esta vida lo que nos puede ofrecer el siguiente crepúsculo, y los míos estaban todavía por enhebrar.

De acuerdo con los planes establecidos, durante tres días más consideramos necesario mantener a la fragata inglesa en remolque y que, de esa forma, afirmaran las reparaciones con seguridad. Aunque ya habíamos atravesado el paralelo de los 18 grados de latitud sur, se mantenía de forma empecinada y favorable el viento del nordeste, con fuerza variable según la hora del día entre fresquito a fresco, así como algunas horas perdidas de frescachón. Con un rumbo del sudoeste cuarta al oeste, estimamos una media de avance de cuarenta millas diarias con la vaca a los hombros. Pero por fin largamos el cable y quedamos ambos en libertad, pasando a comprobar cómo

gobernaba la *Defiance* con el aparejo a media burbuja. Y aunque trinquete y mesana rendían en firme, decidieron con buen criterio no cargar excesivo trapo en el palo mayor por necesaria prevención. No obstante, lo mantuve en conserva cuando ya el viento comenzaba por fin un perezoso role hacia el norte y estimábamos la costa brasileña a unas 625 millas de distancia.

Todos los hombres a bordo soñaban con vehemencia en avistar tierra, tras más de cincuenta singladuras en la espalda. La mayor parte de ellos no estaban acostumbrados a mantenerse tantos días en la mar y deseaban posar los pies en terreno firme, sin balances, cabezadas, guardias, maniobras, ejercicios doctrinales o posibles combates. Pero más importante era el ánimo por comprobar la belleza de las Indias, esas aguas cristalinas e islas paradisíacas de las que tantas bondades habían escuchado. Además, no eran pocos los que esperaban cumplir sus lejanos deseos de encontrar nativas de exuberantes cuerpos, piel cobriza y desprendidos favores, así como licores que los transportaran al reino de la felicidad. Todo ello sin olvidar la posibilidad de desertar y hacer fortuna, un detalle que deberíamos tener en cuenta con la mayor vigilancia.

Una de las firmes características del hombre de mar es, sin duda, ese fuerte deseo de encontrarse en la mar para olvidar penas y disfavores sufridos en tierra. Pero a la contra, una vez con suficientes días sobre las tablas de cualquier buque, pasa a anhelar con la misma vehemencia la arribada a puerto y gozar en teoría de sus placeres. Así es la vida escogida por el marino de cualquier signo, nacionalidad o condición. Estaba convencido de que quien la probaba una vez no podía resistirse al encanto de surcar las aguas y navegar por los siete mares, siempre en espera del sueño en tierra o en la mar, aunque mucho sufriera en ese glorioso empeño.

* * *

Recalamos en la costa brasileña el día vigésimo del mes de diciembre, navegando de bolina al sudsudoeste con el soplo entrado en firme del último cuadrante. No cargábamos el aparejo a tope, para mantener distancia a la *Defiance*. Nos había favorecido el viento y la mar sin conchas a la cara, porque no habíamos sido forzados a bordada alguna ni a bolinear al filo, salvo contadas excepciones. Como abría marcha en nuestra travesía, con la fragata britana abierta por la aleta a su gusto, fue responsabilidad nuestra la navegación, de la que no quería delegar por orgullo propio, aunque dispusiéramos de peores medios. De acuerdo a la situación calculada en el

crepúsculo de la noche anterior, estimamos que nos encontrábamos cercanos a cruzar el paralelo de los 23 grados y unas veinte millas de tierra. De esta forma, supuse que la bahía de Río Janeiro, seis millas al norte de dicho paralelo, o el cabo Frío que se despunta hacia levante, deberían aparecer por nuestra amura de estribor en escaso tiempo, si no habíamos errado en los cálculos.

Para confirmar nuestras predicciones, llevábamos dos jornadas con avistamientos de unos pájaros de significativo tamaño y color oscuro. Para nuestra sorpresa se posaban a bordo de forma tan confiada que eran abatidos por los marineros con cualquier palo a disposición. Y aunque algunos los comieron por derecho, como si se tratara de pato o ave acuática similar, eran de carne correosa y ligeramente salada. De todas formas, don Anselmo, que ya había navegado por aquellas aguas y los reconoció como alcatraces, recomendó cocerlos suficiente tiempo en la perola y mezclarlos al final con la menestra, sugerencia que nadie siguió al encontrarnos cerca de los teóricos manjares tropicales y con alimentos a bordo en suficiente cantidad.

Aunque no dudaba de las cualidades del piloto en su materia, recibí una agradable sorpresa cuando el vigiador del palo trinquete cantó tierra a media mañana. Y más todavía cuando apareció casi a proa una destacada punta que, de acuerdo con las indicaciones del derrotero, reconocimos como el cabo Frío, unas sesenta millas a levante de la bahía de Río Janeiro. Fue el momento de reunirme con Beto en la timonera, para decidir los siguientes movimientos.

—Ya hemos avistado el sur americano. Una hermosa costa y con profusa vegetación.

—Dicen que la bahía de Río Janeiro es de especial hermosura, aunque ya sabes que poco admiro las bellezas terrestres. ¿Qué piensas hacer?

—Seguir el plan inicial, si nos es posible. Debemos costanear por largo hacia el sur, en dirección al Río de la Plata. Bastantes millas todavía. Según me comentó John, sólo es de temer algún pampero con cuernos altos, esos vientos que soplan desde el sudoeste de la llanura pampeana y llegan a alcanzar mares arboladas.

—Habrà que probarlo todo —dijo Beto entre sonrisas—. Algunos oficiales esperan reconocer esa famosa bahía brasileña, de la que tanto se habla. La canal de entrada o, como señala el derrotero, barra de San Sebastián mantiene siete brazas de profundidad en la bajamar y se puede acceder por ella con seguridad, hasta quedar a escasos cables de la ciudad. El fondeadero es bueno y asegurado a casi todos los vientos.

—Y alguno de nuestros hombres sería capaz de ganar a nado esas playas de arena fina y blanca, después de tantos días en el agua. No me preocupa la barra, Beto. Además, podríamos seguir aguas a la *Defiance* que bien la conoce. ¿Tienes especial interés en que entremos?

—¿Yo? Parece mentira que me preguntes eso después de tantos años. Por mi parte seguiría camino sin perder un solo segundo.

—Si te soy sincero, me agradecería pasar un par de semanas en estas aguas y visitar la bahía. Pero creo que ya hemos perdido demasiado tiempo, aunque haya sido por una buena y necesaria acción. ¿Disponemos de suficientes víveres?

—Por supuesto. Tan sólo se han deteriorado algunas sacas de garbanzos, molidos en grano por los bichos, y unas pocas tablas de cecina. Incluso disponemos de agua suficiente para alcanzar nuestro destino.

—En ese caso, no lo dudo. Sigamos nuestra derrota, a ver si topamos con algún buque con armamento o pertrechos para los rebeldes. Pasaré al barco britano para despedirnos y continuar la misión ordenada.

—John Davis quería ofrecernos un almuerzo de despedida.

—Pues deberá ser hoy. Que icen la señal de petición de visita y acorta vela para que nos alcance.

—De acuerdo.

Media hora después pisaba la cubierta de la *Defiance* que, en verdad, parecía una muy diferente unidad a la que visitara por primera vez recién finalizado el combate. Tras ser recibido con los honores de ordenanza, fui acogido por el comandante John Davis con una amplia sonrisa en su rostro y gestos de felicidad.

—Bienvenido a bordo, comandante Leñanza —nos estrechamos la mano con entera confianza—. Ya veo que los marinos españoles son buenos navegantes y han recalado en el cabo Frío con precisión.

—Por favor, comandante Davis —sonreí con manifiesta superioridad—. No se olvide de que fuimos los españoles quienes descubrimos más de medio mundo, cuando todavía los británicos apenas se despegaban de sus islas y estudiaban las ciencias de la mar con libros de la Casa de la Contratación de Sevilla, primera escuela de navegantes que existió en el mundo.

—*Touché, mon amie* —reía como siempre que le entraba a la contra—. Debe perdonar esta prepotencia británica, que nos es imposible desterrar.

—Una preponderancia no exenta de un profundo desconocimiento cultural. Pero ya sé que se trata de misión imposible evitarla.

Ambos reímos de excelente humor.

—¿A qué debo esta inesperada y agradable visita?

—Bueno, quería despedirme como corresponde de mi amigo británico.

—¿Despedirse? ¿No piensa entrar en la bahía de Janeiro? —Debo continuar mi camino y cumplir con las órdenes impuestas.

—Lo comprendo aunque lo sienta, porque esperaba mostrarle un buen número de parajes incomparables. Le hice perder demasiado tiempo.

—Era de obligado cumplimiento.

—Una lástima porque se pierde una visión de especial hermosura. Cuando fue descubierta esta bahía por Américo Vespucio en 1500...

—Siento corregirle de nuevo, comandante, pero al mando de la expedición descubridora se encontraba el marino lusitano Gonzalo Coelho, aunque también navegara a su lado ese navegante italiano, que se llevó sin merecerlo la gloria del nombre continental. Una apelación que debió ser, en todo caso, dedicada a don Cristóbal Colón. Y el descubrimiento al que alude no tuvo lugar en el año que menciona, sino el primer día de enero de 1502. Por esa razón se le adjudicó el nombre de Río de Enero, al creer que se trataba de un caudaloso río y haberla descubierto el primer día del año. Posteriormente, a la capital que se levantó en su seno se la llamó, como dicen los portugueses, Sao Sebastiao do Río de Janeiro. Perdone que le haya interrumpido.

—No cesa de sorprenderme —John reía de buen humor—. Sabe mucho de casi todo.

—Me gusta leer sobre la Historia.

—A mí también. Por esa razón le diré lo que escribió ese italiano al que no dispensa especial cariño, extasiado por la belleza de esta incomparable bahía: «Se nel mondo é alcun Paradiso terrestre, senza dubio dee esser non molto lontano da questi luoghi».

—Muy italiano. Seguro que tendrán frases parecidas para la bahía de Nápoles, antiguo reino español, la de Cádiz, el Cuerno de Oro y otros muchos lugares. Son muy románticos y poetas.

—Tiene razón al asegurar que los británicos somos prepotentes. Pero ustedes no pueden evitar ese orgullo y arrogancia encastrados en la sangre. Ya que continúa derrota hacia el sur, me gustaría despedirle a bordo como se merece. Dentro de pocos minutos cruzará el sol la meridiana y todavía nos encontramos a unas sesenta millas de la entrada a la bahía. Creo que podríamos fachear esta tarde a medio camino entre el cabo Frío y el Pao de Assucar, una costa tendida en dirección este-oeste y muy resguardada a este viento del noroeste. Así podría ofrecerle una cena, aunque no goce de

alimentos en tal calidad como los suyos. Y avise a su segundo para que nos acompañe, por favor.

—Será un placer. ¿Ha dicho Pao de Assucar? Eso en español debe ser Palo de Azúcar. ¿A qué se refiere con esa expresión?

—Es un peñasco de gigantescas proporciones, que emerge a la entrada de la bahía de Janeiro, también conocida por los portugueses como bahía de Guanabara. Su forma aparenta la cabeza de un animal, si se la observa desde el interior. Pero desde la mar parece que es muy similar a la parte superior del palo de azúcar. Una estampa inconfundible y llamativa, difícil de olvidar.

—Es curioso, pero hay otros accidentes geográficos que ostentan el mismo nombre. Por ejemplo, una montaña en Gran Canaria, una isla del archipiélago filipino, un elevado cerro en la isla de Cuba y, posiblemente, bastantes más. Bueno, el cultivo del palo de azúcar se encuentra muy extendido.

—Tiene razón.

—Bien, comandante, una vez los buques con seguridad, acudiremos para la formal despedida.

—¿Le parece bien a las ocho?

—A esa hora llegaremos.

Regresé a bordo, ordenando largar todo el aparejo y proseguir la derrota en demanda del cabo Frío. Parecía que el viento se tendía hacia el Septentrión puro sin elevar la cresta una pulgada, buena situación para cumplir mis intenciones de aquel día. Un par de horas después, divisábamos el espolón de tierra con mucha claridad, aproando en conveniencia para rascar su costa acantilada hacia levante, una línea rocosa que se ceñía de forma ajustada al paralelo de los 23 grados. Y a media tarde, resguardados del nordeste a escasa distancia de las piedras, facheamos para quedar junto a la *Defiance* en dulce bamboleo. Dimos la lancha de nuevo al agua, aprestándonos Beto y yo para cumplir con la invitación del británico.

Disfrutamos de una velada agradable en la cámara de John Davis, alejando de la conversación cualquier tema que pudiera ofender espíritus o embarazarnos en momento inapropiado. Por desgracia y como se nos había adelantado, los alimentos a disposición dejaban mucho que desear, triste norma bastante general en mesa britana. La carne era dura y sin adobar, la panceta rancia, el vino clarete avinagrado y sin cuerpo, para rematar el cuadro con un dulce gelatinoso y de color a tierra, que debimos atacar por la corrección impuesta. No obstante, me sentí inmensamente feliz al no tener que embocar los malditos pasteles rellenos de riñones al aire, que tanto

gustaban al almirante Traylor y muy habituales en toda comida inglesa. Siempre mantuve severa repugnancia por esos excrementos con olor a pis, que sólo aquellos rudos hombres de las islas británicas son capaces de oler, trasegar con gusto y digerir. Por fortuna, las dos frascas de aguardiente que aparejamos en ofrenda, surtieron el efecto oportuno, al anular esos perversos sabores hacinados de firme en nuestra boca.

John Davis era un enamorado de aquellos parajes costeros, que se abren a banda y banda del trópico de Capricornio, con especial pleitesía a la bahía de Río Janeiro. Aseguraba que mucho gustaría de terminar sus días afincado en aquellas latitudes, donde todo favorece la vida del ser humano. Y habló con tal pasión durante la cena que decidí cambiar ligeramente de planes.

—Tras escuchar sus palabras, creo que no puedo evitar echar una mirada a esa bahía. Si le parece bien, mañana seguiré sus aguas para embocarla. Y cuando fondee, viraré para salir y continuar nuestra derrota. Nada malo ha de suceder por perder unas pocas horas, y así puedo complacer a bastantes de mis hombres.

—No se arrepentirá, puede estar seguro. Es fácil comprender que la capital del Brasil se trasladara hasta aquí en 1762. Creo que fue un acto inteligente del Rey portugués abrir los puertos brasileños al comercio universal, lo que ofreció un impulso económico muy importante de forma general, y de forma particular a esta capital. Fue su primera medida cuando desembarcó de un buque británico en estas aguas en 1808, huyendo de Bonaparte. Supongo que Juan VI regresará a Portugal cuando derrotemos a Napoleón. Pero si me encontrara en su caso, restaría en esta tierra de por vida.

Alcanzamos la despedida con evidentes muestras de aprecio por parte de nuestro amigo galés, aunque en nuestro interior fuéramos conscientes de las dificultades que en aquellos días podría atravesar esa nueva amistad. Repitió una y mil veces su agradecimiento, apretando mi mano con significativo gesto, al tiempo que aseguraba no olvidar jamás las acciones de auxilio prestadas. Creí entrever cierto mensaje oculto en sus palabras, que no fui capaz de interpretar. Y nos tomó por sorpresa comprobar que en la lancha se habían embarcado como obsequio final para los hombres de nuestra fragata algunos barriletes de ron, así como otros de vino clarete procedente de la isla de Madeira, que de forma instintiva pensé en regalar a la cámara de oficiales. De esta forma regresamos a la *Proserpina*, tras haber concretado los movimientos para la próxima jornada.

Al día siguiente, con el sol elevado un par de cuartas sobre el horizonte y eliminada la boria matinal, seguimos aguas de la fragata *Defiance* para

embocar la bahía de los sueños del capitán de navío Davis. Y desde que afrontamos cara a cara el Pao de Assucar, también me rendí yo a sus encantos porque era un paraje de extraordinaria belleza. La bahía se abría de norte a sur, con una suave inclinación hacia el nordeste en la parte meridional. Su máxima longitud superaba las cinco leguas^[91], descomponiéndose en dos partes desiguales. En principio, abordamos el canal y la bahía propiamente dicha, con unas 25 leguas de circunferencia, que bordea una y mil maravillosas playas de arena en polvo de oro. Posteriormente y en el fondo de una ensenada amplia, se encuentra la barra de entrada o de San Sebastián, que atacó la *Defiance* a palo seco^[92] y con el auxilio de la lancha, acción que imitamos.

Al abrirse y cerrarse las costeras a partir de la punta de Santa Cruz, de forma caprichosa se formaban islas de las que se entienden como paradisíacas en España, maravillosas penínsulas con cocoteros y ensenadas de ribetes verdes. Más allá, la barra se estrechaba, para dar cabeza casi dos millas después a la capital brasileña, esa ciudad de Río Janeiro desde donde se puede observar la inmensa sábana azul de la bahía, el Pao de Assucar, el Corcovado, el monte de Dona Martha y un grupo montañoso al que denominan *Gigante Acostado*, por presentar la silueta de un hombre echado con las manos juntas sobre el pecho. Y ya en el alto cono de la Gavea aparece una nariz colosal, que los marinos ingleses adjudican a lord Hood.

Mientras la fragata *Defiance* fondeaba al abrigo con dos de sus anclas, llegada a su punto de destino, y nuestra lancha borneaba la proa de la *Proserpina* para enfocarla hacia la salida, admiramos por última vez aquel espectáculo fantástico, trazado con tintes de irrealidad. La dotación se izaba en palos y jarcias para no perder un solo detalle, como si se le ofreciera un espléndido regalo por tiempo limitado. Estaba seguro de que por algún cerebro circularía el incontenible deseo de lanzarse al agua y ganar la playa, lo que con seguridad habría intentado más de uno en caso de no correr por la cubierta los soldados de nuestra infantería con los fusiles en la mano. Pero era llegado el momento de finalizar la sesión de teatro natural y regresar a nuestro trabajo. Y ese no era otro que abandonar la bahía para retornar a la derrota impuesta.

Nos despedimos de los británicos con efusivas muestras de aprecio, señales de banderas, pitidos de contramaestres y saludos de brazos alzados. Pude atisbar la figura de John Davis en la toldilla, agitando su sombrero en nuestra dirección, acción que imité. Y sin perder más tiempo, comenzamos a desandar lo recorrido, hasta salir de nuevo a mar abierta.

Como el viento se mantenía del nornordeste y fresco de fuerza, ordené largar todo el aparejo a los cielos, al tiempo que caímos a estribor con precaución para aproar hacia el sudsudeste. Todavía nos restaban unas novecientas millas por la proa, un largo camino en solitario hasta arribar al Río de la Plata, otro hermoso escenario cantado por los marinos, una muesca más a grabar en mi crónica personal. Comenzamos a dejar la bahía por nuestra aleta de estribor con un sentimiento de cierta tristeza prendido en los forros, esa sensación que tanto sufre el hombre de mar cuando abandona tierra o mujer deseada, para pasar al olvido de las aguas con rapidez y encontrar reemplazo en futuras singladuras.

17. Proa a sur

Regresamos a la navegación en solitario, esa circunstancia que tanto se agradece en determinadas ocasiones y que para mí siempre supuso un remanso de paz interior. A unas quince millas por fuera de la canal, antes de entrar en detalles de derrotas, piedras o sondas, ordené aproar en firme al sudoeste para mantenernos a cierta distancia de la costa y sin demanda definida. Como el viento se mantenía entablado con bendita terquedad entre el nordeste y el norte, fresco de fuerza en media, podíamos progresar millas sin cuento a un largo con todo el aparejo alzado. Bien es cierto que los maestros veleros habían debido restañar la veintena de lunares^[93] abiertos por las rasas y palanquetas francesas en algunas velas, especialmente en la cangreja. La mar se levantaba en cabrillas blancas, con una marea larga del norte que nos acariciaba la popa en volandas. Y cuando ya la costa brasileña, cercana a la bahía de los sueños, se perdía en tonos grises por la aleta de estribor, decidí reunirme con Beto y el piloto en la timonera para analizar los futuros movimientos.

Cada día me felicitaba más por mi buena suerte, al comprobar la profesionalidad y dedicación del piloto, don Enrique Esteller. Demostraba magníficas aptitudes, tanto en navegación de altura como para costanear al palmo, sin olvidar sus obligaciones de impartir beneficiosas lecciones al pilotín, auxiliares y timoneles. No podía olvidar el inútil caído en suerte cuando varé con la corbeta *Mosca* en la isla de las Flores por imperdonable error de su parte, a tal punto que propuse su desembarco y comprobación de expediente una vez regresado a Cádiz. Por el contrario, pensaba proponer a don Enrique en cuanto me fuera posible para su ascenso a piloto primero, porque poseía conocimientos de sobra para desempeñar tal función. Como otras veces, al alcanzar la timonera tenía preparados en el planero cartas y derroteros con los que analizar la derrota conmigo, un camino que, estaba seguro, habría estudiado con detalle en los últimos días.

—Bien, señores, parece que ya resta menos guita para alcanzar nuestro destino final. En su conjunto, cubriremos camino un tanto alargado, por culpa del imprevisto combate, aunque, gracias a la Patrona, saliéramos de él casi en blanco.

—En efecto, señor —apuntó don Enrique con alegría en su rostro, como si la visión del Pao de Assucar le hubiese elevado el humor en firme—. Dependiendo de lo que desee ajustar la derrota a tierra, deberemos andar una distancia alrededor de las novecientas millas.

—Tan solo pediría que el jodido viento refrescara algunos grados en temperatura, por los huevos del dios Neptuno —exclamó Beto, que no soportaba el sudor recorriendo su cuerpo a chorros—. Es insoportable el calor, cuando aparece amadrinado a esta elevada humedad.

—No protestes demasiado. Estos calores suponen para la dotación muchas más ventajas que las ofrecidas por las bajas temperaturas. Así aparecerán menos problemas de calenturas y males del pecho. Es harto beneficioso que pasemos del verano al verano en nuestra misión. No olvides que podía haber sido exactamente al contrario.

—Muchos hombres de la dotación no comprenden que, metidos en el mes de diciembre, soportemos estas elevadas temperaturas. Además, el calor sofocante en la cubierta baja puede fomentar las calenturas pútridas.

—¡Cojones, Beto! ¡No menciones la bicha, por favor! Toquemos regala para que no suceda —palpé la madera más cercana—. Ordena a Romarate la necesidad de explicar a nuestros hombres, que las estaciones en el hemisferio sur circulan en contra de las del norte, no vayan a pensar en bolas de mala suerte o influjos maléficos. Bueno, entrando al grano, quiero escuchar opiniones sobre la derrota que suelen seguir los buques dedicados al contrabando de armas y otros pertrechos para los rebeldes.

—No aparece norma fija, señor —apuntó el piloto con decisión—. Ya lo preguntó el anterior comandante a las autoridades de Montevideo, y le contestaron en tal sentido sin más detalles. Lo mismo pueden aparecer bien aconchados a la costa desde el norte, normalmente cuando proceden de puertos norteamericanos, que con rumbo fijo desde las colonias inglesas del África meridional o de esa isla Ascensión perdida en medio del océano.

—En ese caso y como las instrucciones recibidas del comandante general de la Escuadra son las de vigilar la navegación en la costa brasileña y española, de acuerdo a nuestra derrota hacia Montevideo, la barajaremos^[94] al gusto, de acuerdo con los puntos notables que desee reconocer. Y a esperar que nos sonría la buena suerte. Tras mis conversaciones con el comandante

británico, he llegado a la conclusión de que nuestras cartas y derroteros muestran suficiente información, especialmente a partir de la entrada en aguas españolas.

—Estoy de acuerdo, señor. La verdad es que se trata de una costa limpia y sin maldad, si no entramos a besar. Con suficiente resguardo, tan sólo hay que mantenerse pendientes de algunos vigías^[95], cuya exactitud en la carta es más que discutible.

—¿Vigías? ¿Por qué lo dice, don Enrique?

—El anterior comandante, capitán de navío don Enrique Lizón, era muy querencioso de los problemas cartográficos, materia en la que había trabajado durante bastantes años. Por esa razón, en el último tornaviaje, como nos encontrábamos en esta misma derrota cerca de un vigía llamado Medeiros, avistado por primera y única vez en 1805 con latitud sur de 25-40 y longitud oeste de 38-40^[96], decidió comprobarlo. Y pasamos muy cerca durante el tiempo suficiente, con mar llana y excelente visibilidad, sin poder certificar su existencia, condición que se repite más de una vez.

—Son demasiadas las notas que llegan a nuestro Depósito Hidrográfico en ese sentido. De todas formas, podemos corroborar su presencia con las lógicas precauciones, poca vela y escaso andar, o lo evitamos con suficiente resguardo. ¿Dónde se encuentra?

—Aquí, señor —don Enrique señalaba en la carta con el dedo un pequeño punto situado en la mitad de la línea externa que cerraba entre cabos el golfo de escaso gradiente, abierto por nuestra banda de estribor—. Debe encontrarse a unas ciento cincuenta millas de nuestra posición actual.

—¿Qué derrota piensas seguir? —preguntó Beto.

—Como te decía, nada prefijado. A la vista de la carta, podemos dividir la navegación hasta el Plata en dos etapas de parecidas distancias. La primera atravesando este golfo que, según parece, abre unas cuatrocientas millas entre cabo Frío y el morro de Santa Marta. Es costa brasileña y no parece exponer ningún accidente especial, digno de ser reconocido, por lo que podemos cruzar entre cabos por derecho, si se mantienen los vientos de componente norte. ¿No es así, don Enrique?

—En efecto, señor. Tan sólo debe preocupar ese vigía Medeiros, a medio camino entre picos, si es que existe realmente. El resto no es afamado por ninguna causa, aunque aparezcan un buen número de islas e islotes, normalmente bien pegados a la costa.

—De acuerdo. La segunda etapa alcanza hasta el cabo de Santa María y la punta del Este, ya en la entrada al Río de la Plata y a escasas millas de

Montevideo. Esa costa la tomaremos más en caliente, de acuerdo a la información de que dispongamos.

—Desde el morro de Santa Marta hasta el último marco del dominio portugués, la costa es bastante limpia —entró don Enrique con sus apuntes en la mano—. Puede ser interesante acercarse para observar la Laguna Grande de los Patos, de unas ciento cincuenta millas de extensión y aparejada a la costa en dirección sudoeste. En realidad es de agua salada, con entrada amplia por la barra del Río Grande de San Pedro. A continuación, aparece la Mini Laguna de Tahín, con la misma configuración y conectada por estrechos ríos, que remata a la altura del primer marco del dominio español. La distancia entre marcos, de unas sesenta millas, se conoce como Albardón de Juana María.

—¿Albardón? —preguntó Beto—. ¿Se refiere a la silla jineta con perilla saliente, que utilizan los vaqueros y derribadores andaluces?

—Es la misma palabra, señor. Pero en estas latitudes se utiliza para identificar una loma simada en terrenos bajos y anegadizos, que se convierten en islotes cuando se alcanza la pleamar. Supongo que será por esa similitud de la perilla.

—Y unas setenta millas más allá de nuestro primer marco de dominio, debe aparecer el cabo de Santa María, que abre paso al Río de la Plata —aseguré sin apartar la vista de la carta de marear.

—Sí, señor.

—En ese caso seguiremos sus propuestas, don Enrique. A cruzar entre cabos el primer golfo, atentos a ese vigía culebrón para marcarlo con exactitud, si es que aparece. No debemos olvidar que es deber de todo hombre en la mar mantenerse atento a cualquier nuevo accidente y comunicarlo, pero siempre con la necesaria seguridad y sin espejismos. A partir del morro de Santa Marta, entraremos a besar la costa, de acuerdo a las recomendaciones del derrotero.

—Me parece bien —dijo mi cuñado—. A ver si cazamos algún buque malandrín, con pertrechos para los rebeldes de Buenos Aires. Y si transporta vino de calidad o aguardiente, mejor que mejor.

A continuación, recorrí la cubierta de la *Proserpina* en compañía de Beto, para comprobar que todo regresaba a la normalidad, divina palabra cuando nos hacemos a la mar. Y en verdad que no se apreciaba signo visible del combate, salvo algún cuartón de madera nueva, todavía sin rematar en aceite o pintura. Una vez confirmada la situación baos arriba, bajamos a la enfermería para comprobar el excelente trabajo del cirujano, don Cayetano,

que en aquellos momentos levantaba las vendas empapadas de manteca a un pobre grumete a quien le había sido amputada una pierna por debajo de la rodilla tras el combate. Aquella visión me recordó el tránsito de mi hermano pequeño, muerto tras perder la misma extremidad a bordo del navío *Santa Ana*, tras el combate sufrido frente al cabo Trafalgar. Era una imagen difícil de erradicar porque imaginaba con claridad al cirujano con la sierra de arco en la mano, cortando carne y huesos mientras mi querido Francisco, un guardiamarina recién destetado a la vida, apretaba los dientes sobre la mordaza de cuero, al no restar una gota de láudano a bordo. El cirujano me informó con rapidez y su habitual tono respetuoso.

—Revisión diaria del grumete Barbate, señor comandante. Una amputación complicada que, por suerte para el joven, no ha aparejado restos purulentos hasta ahora. Sanará si no le salta la mala suerte a la cara. De los cuatro heridos de gravedad, ya sabe que el marinero Cifuentes de nuestra dotación, con astillazo profundo en el pecho, acabó por fallecer. Por suerte, los tres restantes con problemas de calado, uno de ellos este Barbate, incapaz de mantenerse en quietud mientras lo examino —lo señaló con el dedo, para que dejara la pierna sin movimiento—, han salvado la vida.

Observé la mesa de operaciones y la reducida estancia, todo embadurnado en rojo para que no se reconociera la sangre, que solía correr en importante reguero cuando el cirujano actuaba en combate, mientras el aire se hace casi imposible de respirar. Bajo la mesa aparecía un cesto de mimbre y con generosas proporciones, también repintado en el mismo color, donde habría reposado la pierna del grumete tras serle amputada, un cesto lleno de vísceras y extremidades que durante el combate se aboca a la mar, cuando ya no dispone de capacidad para albergar ni una sencilla oreja. Me dirigí al herido, un joven bajito, muy moreno de cabello y piel, andaluz de costa por su apodo y el deje cerrado que empleaba. Recordé su puesto de trabajo habitual en el trinquete, saltando por el velacho como un mono en árbol conocido.

—¿Cómo te encuentras, muchacho?

—Gracias a Dios ya no duele a fuego, señor comandante —el rapaz, que no debía superar los dieciséis años, intentó enhebrar entre nervios una desmayada sonrisa—. El señor cirujano me apartó con sus manos de la muerte y se lo agradezco, aunque mi vida quede marcada en negro para los restos. Mucho padecí cuando me desmembró la pata con la sierra, pero más me duele pensar en el futuro. Es posible que hubiera sido mejor quedar en esta misma mesa, con los ojos perdidos en...

—No digas eso, por favor. La vida es lo más preciado de que disponemos. No olvides que los mutilados en combate... —quedé sin palabras porque no deseaba mentir en aquellos momentos, mientras sentía una profunda desazón en mi interior. El grumete sabía que, en efecto, acabaría sus días pescando en la orilla de su pueblo entre otros lisiados, para intentar ganar un mínimo sustento. Porque la Armada no libraba una sola moneda a quienes tanto lo merecían, por mucho que las leyes indicaran algo bien distinto—. Nunca se sabe lo que la vida nos depara proa avante. ¿Necesitas algo?

Quedó con sus ojos fijos en mí, dudando de la oportunidad en elevar algún deseo, por lo que lo apremié en ese sentido.

—No temas y habla lo que quieras.

—Si me lo permite, señor comandante, le pediría... —miró con miedo hacia Beto—. No me desembarque en las Indias, por favor —su voz se acoplaba en tono a la más apremiante rogatoria—. Si le soy sincero, habría desertado con gusto para intentar una nueva vida en estas tierras, donde tantos beneficios se prometen. Pero ahora, mutilado y sin pierna, debo regresar a Barbate con mi familia, sin remedio. Por favor, señor...

—Queda tranquilo, muchacho. Te prometo en firme que regresarás a España a bordo de esta fragata. Y puedes estar seguro de que yo nunca falto a una promesa. El carpintero primero, don Lino, te aviará una buena y reluciente pata de palo en cuanto sea posible, y te nombro ayudante de mi criado particular. Ya no puedes trepar a las vergas, pero serás capaz de desempeñar un buen trabajo.

Sabía que, de acuerdo a las normas establecidas, debería desembarcarlo en Montevideo, pero cuando las normas no se cumplen desde las alturas, tampoco debía sentirme obligado por ellas. Al escuchar mis palabras, aumentó su sonrisa a las bandas, quebrada por algunos puntos de dolor que todavía debían rebelarse en el muñón.

—Muchas gracias, señor comandante. No sabe cómo se lo agradezco —parecía haber recibido la mejor noticia de su vida y, posiblemente, así sería—. Dios se lo pague con eterna ventura. No se arrepentirá, puede jurarlo. Le seré fiel hasta mi muerte y más allá. Muchas gracias.

—En ese caso, don Cayetano —me giré hacia el cirujano—, espero que nadie más pierda la vida. Desde luego, me refiero a los heridos en el anterior combate.

—Así debería ser, señor. Pero ya sabe que en estos asuntos siempre hay que largar una vela a popa en rogatoria. Pero mejoran a buen ritmo.

—Supongo que la recuperación de Okumé se mantiene sin problemas.

—Sí, señor. Es fuerte como un toro y la herida no muestra purulencia alguna. Pero debe reposar todavía unos días más, hasta que le pueda extraer la sutura. Me permitiré advertirle de su extrema tozudez. La utilización de esas hierbas en las heridas que pregona, no es recomendable sin una comprobación adecuada en el laboratorio. Pero cree en ellas como si se tratara del más famoso unguento.

—A fe de caballero que también yo creo en ellas. Esas hierbas han curado a muchos miembros de mi familia, entre los que me incluyo. Puede estar seguro de que Okumé es muy sabio en los asuntos de heridas y fiebres. Ya le dije que si alguna vez caigo enfermo, quiero que me cuiden los dos. Y habéis de tener en cuenta sus opiniones.

—Lo que digáis, señor.

No quedó el cirujano muy convencido de mis palabras, aunque poco me importaba. Abandonamos la enfermería y una vez en cubierta, nos dirigimos a mi cámara. Allí nos llevamos la sorpresa de encontrar a Okumé en plena actividad, limpiando la mesa con un fuerte vendaje enrollado en su torso, mientras Miguelillo, con cara de enfado, observaba sus movimientos.

—¿Estás loco, africano del demonio? Asegura el cirujano que debes reposar durante una semana más y no es bueno jugar con la salud. Has tenido mucha suerte, así que no la provoques.

—Eso le decía yo, señor —aseguró Miguelillo—. Pero no hace caso.

—Ese cirujano sabe muy poco de la salud y sus especiales circunstancias, señor —Okumé mostraba desprecio por los conocimientos de todo galeno—. Me encuentro bien y puedo hacer mi trabajo.

—Te lo prohíbo terminantemente. Y si no obedeces, por todos mis antepasados que acabarás en la celda con grillos en manos y pies, acompañado por esos presidiarios. O, mejor todavía, te colgaré por los dedos de los pies del peñol del trinquete.

—Conmigo no se sufriría a bordo, señor. Pero si colgara a don Beto boca abajo y largara todo el vino ingerido en su vida, inundaría esta hermosa fragata aunque picaran las bombas a desfallecer.

Como de costumbre, la salida de Okumé nos hizo reír. Sin embargo y a pesar de la chanza habitual, no podía en esta ocasión evitar mi orden. Acabó por dejar el trabajo a regañadientes.

—Okumé, te he conseguido un ayudante.

—¿Un ayudante dice, señor? —expuso cara de asombro—. ¿Es que no está contento con mi trabajo, después de tantos años? No lo necesito.

—Nunca viene mal un par de manos en auxilio. Como sabrás, al grumete Barbate le ha sido amputada una pierna. Es casi un niño y no pienso desembarcarlo en Montevideo para que acabe emputecido y malviviendo por las calles. Lo anotaré en el libro de embarque como criado particular a mi cargo, con lo que debes tomarlo de tu mano. Le diré a don Lino que le calcule medidas para tallar una pierna en condiciones.

—Con todo respeto, señor, don Lino es bueno para trabajo en basto solamente, pero no para obras finas. Dicen que en el viaje anterior talló una pierna para un marinero caído de la verga trinquete, y el pobre hombre acabó por tirarla al mar, desquiciado, porque le era imposible caminar un paso con ella.

—Si es cierto lo que dices, cosa que dudo, busca a otro carpintero para ese trabajo.

—Ya que va a trabajar a mi lado, se la tallaré yo. Le enseñaré el oficio, si así lo ordena. Sé de quien se trata y no es mala persona.

—Muy bien. Por cierto, Beto —giré hacia mi cuñado—, recuerda que el próximo jueves hemos de celebrar la Nochebuena. Rancho extraordinario y vino doble, sin olvidar algún cacillo de aguardiente.

—De vino andamos algo escasos. Podemos repartir el ron que nos ofreció Davis.

—Me parece muy bien, que todo alegra los pajarillos. Más vale beber algún día a gusto y por largo, aunque luego debamos restringir. Y la Nochebuena es una de las jornadas señaladas.

Una vez tomadas las decisiones para los próximos días, me dejé llevar por la benéfica rutina diaria. Aproando por derecho al morro de Santa Marta, fuimos perdiendo de vista la costa poco a poco, quedando en la memoria como último accidente geográfico las islas Grande y de San Sebastián. El viento fue descendiendo palmos hasta quedar en fresquito, marcando la corredera dos o tres nudos como media. De esta forma, estimé que necesitaríamos cinco o seis singladuras^[97] para cerrar el arco y regresar a la navegación de cuatro ojos. Y como todo en la mar puede tomarse por bueno o malo según el humor del día, llegué a pensar que se mantenían las condiciones bonancibles demasiado tiempo, según muchos, señal de que vamos a recibir bofetadas con espuma blanca más pronto que tarde. Así pensaba don Anselmo, y por mi parte siempre he seguido sin dudarlos los refranes de los viejos nostramos.

A la hora de la meridiana del día marcado en el calendario como Nochebuena, el punto tomado por el piloto con la estima y latitud

proporcionada por la altura del sol, cuadraba a tres millas solamente del vigía Medeiros. Como siempre llamaron mi atención esos asombrosos detalles de los fondos marítimos y la importancia que para la segura navegación ofrece su exacto conocimiento, aproé hacia su situación con la esperanza de poder observarlo y marcarlo con seguridad. Deben tener en cuenta que son difíciles de creer algunos detalles que la mar nos brinda, como que a ciento cincuenta millas de la tierra más cercana y en profundidad de cientos de brazas, se eleve una roca como alabarda de Neptuno, para velar su moharra en superficie de forma orgullosa. Pero, como sobre las aguas debe primar la seguridad del buque por encima de cualquier otra consideración, acorté vela cuando debíamos rondar cercanos al vigía.

Aunque nos movíamos en momento idóneo para observar el accidente por hora y condiciones de marea, así como por la magnífica visibilidad que disfrutábamos, fracasamos de lleno en el intento. Viramos y facheamos de forma repetida en las proximidades de su teórica situación, sin llegar a poder comprobar su existencia. Es posible que en otra ocasión futura abriera la barriga de algún barco, con lo que quedaría más que certificada su verdadera posición.

Llegó la noche que se celebra con especial atención y alegría en los hogares cristianos, jubilosa vigilia de la jornada dedicada a la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo. No era la primera Nochebuena que atravesaba en la mar, recordando con añoranza aquella lejana a bordo del bergantín *Penélope* por aguas antillanas. Y como es menester, nos preparamos para animar la vida de nuestros hombres y cumplir con las tradiciones, aparejando una cena con los mejores alimentos a disposición, vino, aguardiente y ron caribeño. Los rancheros debieron dejarse la piel para no ser estragados por los compañeros, y que a las mesas de sus ranchos llegara la cantidad estipulada.

Invité a los oficiales de guerra y mayores a cenar en su cámara, con carnes y bebidas a mi cargo, condición que siempre produce regocijo general. Viento y mar se mantenían en cuerdas, como si quisieran colaborar en la celebración. Aunque habíamos mantenido durante el día todo el aparejo largado, lo rebajamos en altura al ocaso para necesitar menos manos de guardia. Era noche de luna nueva, por lo que la mar se abría en las 32 cuartas como boca de dragón. Ni siquiera la espuma suelta de las cabrillas podía reconocerse, salvo aquella de las que rompían contra el costado al desmayo y lanzaban el destello luminoso.

Tras la cena, en la que corrieron muchos chascarrillos pasados de los que el aguardiente libera, acudí al alcázar para recibir la novedad por boca del

teniente de fragata Orcajo, a quien se le había enviado una frasca de vino que alegrara su trabajo. Era norma habitual en los buques de la Real Armada, beber un vaso con el oficial de guardia en Nochebuena.

—Buenas noches, Orcajo. Feliz Nochebuena. Parece que ha subido un escalón el viento.

—En efecto, señor. Y de acuerdo con sus instrucciones, cerramos gaviás para navegar en paz. Aunque el soplo se mantiene del noroeste, ha escalado a fresco y aumentamos el andar a cinco millas en la última hora. Entendí que daba una coleada^[98] al norte hace pocos minutos, pero regresó a su norma clavada con pernos.

—Me alegro. A ver si de esta forma entra algo más de aire limpio en la cubierta baja, a través de los manguerotes.

—Con el ron y el aguardiente que están bebiendo, no creo que lo aprecien, señor.

Continué mi ronda y acudí a la camareta de los oficiales de mar, donde también corría la bullanga por río. Don Anselmo, apoltronado en sillón regio, pedía las frascas de vino con el pito, ya que disponía de una sinfonía precisa para cada solicitud, ya fuera café, aguardiente o vino. Les dirigí unas palabras de aliento, al tiempo que los felicitaba por las fechas señaladas, recordando a las familias alejadas. Pero ofrecía un brindis con ellos por la Natividad del Señor y la salud de don Fernando el Séptimo, cuadrado entre Beto y el nostramo como era norma, cuando se produjo una de las peores sorpresas que en la mar se pueden recibir, y son muchas las enlistadas en el grupo de dolor. Mantenía mi copa elevada cuando se escuchó un quejido bronco y alargado, como si la *Proserpina* decidiera abrirse de cuadernas y lo anunciara en avance. Al mismo tiempo fui lanzado hacia proa, de forma que debí ser retenido por el primer guardián, para no dar con mis huesos en las tablas. No sé por qué, pensé en el vigía Medeiros como causante de aquella tragedia, aunque ya debíamos encontrarnos a más de treinta millas de su posición marcada. Sin embargo, pronto comprendí la real causa, al tiempo que Beto largaba la frase que tanta luz negra ofrece a los velos.

—¡Colisión! ¡Putas y cangrejos! ¡Hemos colisionado! ¡Tarros de luz a cubierta!

Don Anselmo reaccionaba con extrema rapidez y abandonaba la camareta a la carrera, mientras repetía una y otra vez la última voz de Beto.

—¡Tarros de luz a cubierta! ¡Rápido! ¡Tarros de luz a cubierta!

Beto y yo lo seguimos hacia la escotilla con rapidez, hasta alcanzar la cubierta en escasos segundos. Una vez con aire puro en los pulmones, nos

movimos hacia el castillo, aunque fuéramos incapaces de comprobar en la oscuridad cualquier detalle por el momento. Escuché la voz de Orcajo en la distancia, que también gritaba con resolución a través de la bocina, al haber supuesto la realidad.

—¡Escotas al aire! ¡Largar escotas al aire en emergencia! ¡Vigiador! ¡Atento a proa! ¡Prender el farol de cofa con mecha alta! ¡Tarros de luz a proa! ¡Largar escotas al aire!

Mientras escuchaba los gualdrapazos de las velas sin trabajo, la *Proserpina* disminuía su andar con rapidez. Y una vez alcanzado el castillo, se apagaron las dudas en mi cerebro. Al tiempo que, a escasas varas de distancia, se mostraban un par de luces en enérgico bamboleo, pudimos escuchar gritos en petición de auxilio y órdenes fuertes en idioma inglés, algunas en tono desesperado. Beto gritó a mi lado.

—¡Malditas sean las tetas de la diosa! Hemos clavado la proa en un buque inglés. Y si el muy zorrón no aparejaba tarros de luz, debe ser contrabandista que se mueve en la noche.

—Perdone que le contradiga, señor segundo —era don Anselmo quien se dirigía a nosotros con voz a la baja—, pero le hemos clavado el hocico a un puto ballenero britano.

—¿Ballenero? ¿Cómo lo sabe?

—Por el inconfundible olor, señor. Ese asqueroso aceite que destilan, puede percibirse a cien millas de distancia. Y si lo hemos tomado por el través, debería hundirse en escaso tiempo porque andan con bombas de peón y escasos hombres a bordo.

—Que larguen los cabos salvavidas con rapidez, nostramo —ordené sin dudarlo—. Y que don Lino inspeccione la proa desde el interior, acompañado del primer guardián. Preparen al mismo tiempo ronda de hombres a las bombas, que más vale prevenir.

Las voces inglesas pasaban a clamar en socorro con rapidez, aunque fuera poco lo que podíamos hacer por ellos en la oscuridad, salvo tender desde la borda el mayor número posible de cabos e intentar iluminarlos. No obstante, la principal preocupación que clamaba en las tripas era el estado de la fragata, tras haber colisionado con fuerza contra un buque que suele ofrecer el porte de un bergantín grande o una corbeta, muy cargado en el caso de su aparente y oloroso tornaviaje. Y ya por mi imaginación brotaban escenas de maderas destrozadas y agua entrando a ritmo, cuando nos llegó la primera información.

—¡Entra mucha agua por la proa a ambas bandas del tajamar^[99]!
¡Necesitamos manos a las bombas!

No fue necesario comunicar al capitán Tejero la necesidad de que sus hombres entraran a la brega dura, porque ya daba las órdenes oportunas a sus tenientes, una vez en acuerdo con las instrucciones de Beto. Me sentí desfallecer de irritación e impotencia, porque no hay nada peor que sufrir accidente en la mar y ser incapaz de comprobarlo con los ojos. También reviví en mi cabeza las tristes horas a bordo de la corbeta *Mosca*, cuando una ola se llevó el timón en los bigotes durante la noche y nada pudimos hacer hasta acabar perdidos contra las islas Berlingas. Quedaban todavía varias horas hasta el crepúsculo, demasiadas. De momento di prioridad al empleo de las bombas y comprobar el nivel de agua en la bodega, para hacernos una situación lo más real posible de los daños recibidos. Al mismo tiempo, algunos hombres del ballenero se izaban a bordo, siendo auxiliados por nuestros marineros en sus últimos esfuerzos, hasta caer en cubierta, desfallecidos.

Por fortuna, la entrada de agua pareció controlarse con rapidez, aunque se necesitara del máximo esfuerzo en las bombas, un penoso trabajo que no siempre se puede mantener durante un alargado tiempo. Pero fue una noche de cuchilladas en filo que no le deseo al mayor de los enemigos. Aunque ya los tarros de luz brotaban en suficiente cantidad por la cubierta, parece que el ballenero britano acabó por hundirse sin que llegáramos a avistarlo siquiera. No obstante, la bola más negra entraba con los informes que me llegaban al alcázar. Aunque no podía observar con detalle el rostro del contraestre, estaba seguro, por el tono de su voz, que debía tenderse a la mala.

—Una Nochebuena cruzada muy a la mala, señor. Aun a tientas, parece que sufrimos problemas importantes. Aunque hablemos con el pico en el aire por la falta de luz, se estima que entra agua en la bodega a un ritmo de unas tres pulgadas por hora. Gracias a los cielos podemos contenerla de momento, si no se agrandan los males con el propio movimiento. La proa muestra indicios de haber sufrido bastante, tanto por la separación del tajamar como por la alteración de las trincas del bauprés. Se han arrancado algunos pedazos de la regala y barraganetes. Tales acciones pueden haber aflojado las costuras de la tablazón en el área, que sería la causa de la inundación. Y roguemos a Dios para que la zona afectada sea pequeña o el caudal de entrada irá a más.

—¿Qué podemos hacer? Debe ser posible recalzar los extremos de los barraganetes hendidos y apretar costuras a morir.

—Hasta que inspeccionemos por la cara de fuera es difícil asegurarlo, señor. Don Lino continúa levantando campo con tarros de luz y me mantiene informado. Pero ya sabe que el optimismo no es una de sus cualidades. De momento, mucha bomba y algún rezo. Por otra parte, el capitán del ballenero desea hablarle. Parece que se han salvado doce hombres, de los cuarenta que componían la dotación.

—¿Navegaban sin luces?

—Dicen que mantenían la de la cofa del mayor, pero no lo creo. Debemos enviarlos a las bombas, que ellos son los culpables.

—Desde luego, una vez se sientan recuperados. Que hable el capitán con el segundo, mientras usted y yo acudimos a proa para ver que nos dice don Lino.

No fue sencillo acceder a la caja de proa donde, por fortuna, el carpintero primero se movía con extrema agilidad, al ser magro de carnes hasta llamar la atención.

Escuchaba sus exclamaciones con precaución, porque ninguna entraba en alabanza y algunas rozaban la blasfemia. Por fin se revolvió hacia popa con la camisa empapada al ciento y el sudor recorriendo su cara por torrenteras, para dirigirse a mí.

—Mala suerte, señor comandante, aunque pudo ser bastante peor. Debimos tomar el costado del ballenero con medio ángulo y eso nos salvó la vida. Por fortuna, parece que el tajamar se encuentra separado unas tres pulgadas solamente y deben ser pocas las costuras abiertas. Podemos embridarlas con jareta de hierro y esperar a que no se muerdan entre sí. Estimo que los barraganetes se mantienen firmes. Pero necesitamos echar un vistazo por fuera. De todas formas, sería necesario entrar en dique para reparar de firme.

—¿Entrar en dique? —encontré graciosa la salida del carpintero, que hablaba como si se tratara de un elemento a disposición en cualquier punto del orbe—. El más cercano es el del apostadero de Montevideo, si es que se mantiene en uso con las limitaciones de estos días, una cualidad muy dudosa. Bueno, tengo experiencia en carenar a la tumba, lo que debí hacer en mi anterior mando.

—En el estado en que se encuentra la *Proserpina*, señor, una varada a la tumba o con chata de arsenal sería de lo más peligroso.

—Ya lo sé, joder, era una broma. Y con arsenal a mano sería una solemne estupidez. Lo principal es que debemos aguantar como sea, aunque mueran todos los hombres en las bombas, hasta llegar a Montevideo.

—Con todo respeto, señor comandante, mañana os diré si, en mi opinión, es posible.

—De acuerdo. Pero recuerde, don Lino, que ha de ser posible por cojones.

—Lo que mandéis, señor.

Quedé apesadumbrado tras la conversación. Había pasado del todo a la nada en unos pocos minutos, aunque sea difícil de creer, una de las características más notables de la vida en la mar. Tras conversar con Beto, establecimos los turnos para que se controlara el agua por más durante las horas restantes de la noche. Y en silencio me mantuve bastantes horas en el alcázar, mientras los informes continuaban llegando en cuentas de rosario, con escasas variaciones entre ellos. Como decía en acierto don Anselmo, era momento de pensar solamente en picar las bombas y rezar.

18. Singladuras de lomos duros

Siempre recordaré con preciso detalle aquella alargada Nochebuena de 1811, una apelación poco adecuada para señalar esas horas de sufrimiento que padecimos. Aunque la mala suerte fuera digna de marcar cruces en mi hoja de servicios, con esa malparida colisión en mar abierta, daba gracias a Dios por disponer a bordo de un centenar de hombres en cupo extraordinario. Porque de esa forma podíamos mantenerlos en relevos cortos y de máxima exigencia a las palancas de las bombas, con la mirada largada en futuro. En caso contrario, habrían desfallecido con el inhumano esfuerzo, mientras la fragata *Proserpina* se rendía de fondos hasta alcanzar los reinos de Neptuno.

Es en tales momentos cuando se recuerdan con tintes de nostalgia los peores avatares atravesados en la mar, que, en mi caso, no eran pocos. De cara abrían marcha los hundimientos de la corbeta *Mosca* y el cañonero *Estrago*, sin olvidar el inolvidable navío de cuatro puentes y 136 cañones *Santísima Trinidad*, el más artillado y poderoso del mundo, con el que combatí frente al cabo Trafalgar. Cuando no disponíamos de una sola vela para utilizar en ese buque, que asemejaba una catedral de cuatro cuerpos, y con más de quince pies de agua sobre cuadernas, acababa por rendirse a los fondos con orgullo. El fatal desenlace de aquel inolvidable navío, con alargada historia en nuestra Armada, se producía al sur de la ciudad de Cádiz y a unas 27 millas de distancia.

Pero es obligado aderezar mis recuerdos con orden y regresar sin pausa a la inolvidable *Proserpina*, anulando las negras remembranzas. Como el viento soplaba de forma permanente desde el noroeste y fresco de fuerza, como si hubiéramos entrado en una esfera de condiciones meteorológicas invariables, volvimos a dar el aparejo por tientos y sin arriesgar una mota, hasta comprobar que el movimiento no aumentaba de forma notable la entrada de líquido en proa. Porque desde el primer momento comprendí la necesidad de arribar a Montevideo cuanto antes, si quería salvar la fragata de forma

definitiva y propiciar el largo tornaviaje hacia España con las necesarias condiciones de seguridad.

Teniendo en cuenta el problema de las costuras, y que si tomaba la mar o el viento del través hacia proa podría encarar un factor negativo, comencé abriendo a babor para recibir el soplo por la popa. A partir de ahí, fuimos cayendo cuarta a cuarta, para alcanzar el rumbo mantenido hasta entonces en demanda del morro de Santa Marta, sin variación en las condiciones de a bordo, lo que supuso un formidable respiro. Solamente en el aparejo nos vimos limitados seriamente, evitando largar uno solo de los foques o las cebaderas, al no ser conveniente forzar una onza de carga en el bauprés, con sus trincas posiblemente alteradas. Y era de preocupar la fortaleza del estay mayor del trinquete, especialmente si fuera necesario tomar rumbos de bolina. Por tales razones elevé una plegaria de monje a los cielos. Rogaba para que aquel noroeste, encastrado en firme desde una semana atrás, se mantuviera en cuerdas o rolara al primer cuadrante, sin obligarnos a forzar ceñida.

Cuando ya comenzaba a alborear, el último parte recibido era esperanzador, porque la entrada de agua se mantenía con escasa variación y era controlada con las bombas sin alcanzar esfuerzos extraordinarios. Antes de que las luces nos permitieran comprobar la gravedad exacta de las averías, reuní a mis oficiales y los del Ejército en su cámara, para discutir sobre los problemas presentes y futuros. Los rostros que pude observar no eran de extrema felicidad, desde luego, pero creí entrever ciertos rasgos de resistencia y tenacidad, cualidades tan necesarias en aquellos momentos.

—Bien, señores, les supongo al detalle exacto de nuestra delicada y malparida situación, a la espera de que podamos comprobar por la parte externa de la proa la importancia de las averías sufridas. Por fortuna, de momento parece que podemos navegar sin más condicionantes que los hombres mantenidos de forma permanente en el duro trabajo de las bombas, una colaboración digna de agradecer al capitán Tejero, y el bauprés fuera de servicio en precaución. Todo ello si no empeoran las circunstancias de viento, mar o tablas. Y sumidos en este escenario de colores grises, parece que andamos de cuatro a cinco millas con el viento fresco, una inesperada bendición. ¿No es así, don Enrique?

—En efecto, señor comandante —respondió el piloto con gestos de seguridad—. Cuatro millas y media durante la última hora.

—Bendita sea esta fragata y su ligero andar —hablaba en tono bajo para mis adentros, antes de encarar a los oficiales otra vez—. Debemos entrar en el apostadero de Montevideo cuanto antes e intentar varar en el dique, si es que

tan imprescindible elemento se encuentre utilizable y sus características de eslora y calado nos lo permiten. En caso contrario, espero encontrar el auxilio de una chata^[100] adecuada a la labor, aunque no sé si sería posible encarar la reparación con su concurso, dada la delicada situación de los destrozos. ¿Conoce alguien con suficiente detalle las facilidades que nos pueden proporcionar en nuestro puerto de destino?

—En la anterior comisión pude observar un dique en la zona norte del apostadero, señor —intervino con seguridad el teniente de navío Romarate—. En cuanto a sus dimensiones, parecía de tamaño parejo a los que, en nuestros arsenales, denominamos como de mediano porte. Por aquellos días, se encontraba varado el bergantín *Cisne*, sin llegar a forzar la eslora. Estimo que es de capacidad suficiente para que nuestra fragata quede en seco. No obstante, recuerdo que algunos oficiales de guerra allí destinados hablaban de problemas para mantenerlo sin agua, por defectos en las portas de cierre y sistema de achique. Ya sabe que en él se mantiene el antiguo sistema de bombas de rosario.

—Ya suponía que no habrían instalado una bomba de fuego^[101] para su achique. Pero poco me preocupan esos problemas, porque podemos utilizar a nuestros hombres en dicha tarea llegado el caso. Si a proa se han abierto las costuras con luz, no quedaría más remedio que empeñarse en una difícil tarea de reparación, si el personal de la maestranza en el apostadero no es de orden, lo que podemos adelantar como seguro. Por fortuna, disponemos de buenos profesionales a bordo, con el carpintero primero a la cabeza. Don Enrique —me dirigí al piloto—, ¿qué distancia debemos navegar hasta alcanzar Montevideo?

—Unas seiscientas millas hasta la punta del Este a un rumbo parejo al actual, señor, y sesenta millas más dentro del Río de la Plata con proa al poniente puro.

—En ese caso, con un avance diario de 100 a 120 millas, necesitaremos unas seis jornadas para alcanzar nuestro destino. Siempre, claro, que la gran señora no se despierte algún día a malas, o el viento se decida por rolar en grande. Esa debe ser nuestra meta, aguantar como sea hasta que podamos depositar la *Proserpina* en seco. Por cierto, espero que no hayamos sufrido mermas en la aguada o víveres.

—Todo bajo control y sin fisuras en ese aspecto —respondió Beto—, aunque aumentaron doce bocas más, las de esos cabrones britanos que parecían navegar con falúa por el río Aranjuez. Así revienten de fiebres en su próximo embarque.

—También ellos han sufrido por alto, con casi treinta bajas. Pero si llega a faltar comida o bebida, que hagan ayuno. Y no olvidemos emplearlos en las tareas que se consideren necesarias. Deben ser hombres de mar bragados en mares altas y han de ganarse el sustento. Bien, ¿alguna pregunta?

—¿Y si cambia el viento o la mar, señor? —preguntó el alférez de navío Dávila—. ¿Cree que aguantará la proa con olas de orden?

—No creo que nadie pueda contestarle a esa pregunta en estos momentos. Sabemos que navegando a un largo con viento fresco, no aumenta la entrada de agua. Pero en otras condiciones, incluido un temporal de rosca, nada podemos vaticinar. Recemos en alto para que no suceda tan nefasto acontecimiento. Personalmente, estimo que nuestra proa no aguantaría muchas embestidas.

Se hizo el silencio, como si todos pensarán en las seiscientas millas a proa y lo que la mar o el viento pueden variar de un día para otro. Pero como no podíamos perder tiempo, levanté la sesión para regresar al alcázar, cuando ya el disco solar comenzaba a aparecer por el horizonte. Don Anselmo se encontraba en nervioso paseo, esperando mis instrucciones.

—Llegó la hora decisiva, nostramo. ¿Necesita algún cambio de rumbo o movimiento de pesos a bordo durante la inspección?

—Para eso llegaba, señor comandante. Pero antes debo comunicarle que me he dejado caer hasta el moco del bauprés para observar sus trincas y, como especial gracia difícil de creer, se encuentran un tanto vencidas a estribor pero no pelagra el palo. Y no creo marrar de lleno si declaro que, en caso de necesidad, podríamos dar los focos, aunque es mejor prevenir y no forzar, de momento. El ballenero era de escaso porte, lo que me ha confirmado su capitán, y debimos entrarle amura con amura, porque en otro caso se habría rendido el espolón sin remedio.

—Una buena noticia que necesitábamos como agua de mayo. ¿Han podido observar algún detalle nuevo desde las cajas de proa?

—No, señor. Me he desplazado allí con don Lino, pero en esas cajas la luz del día no ofrece beneficio alguno porque se mantiene en completa oscuridad, y debimos utilizar los faroles. Ahora, si le parece bien, sería oportuno fachear y dar el bote al agua. Embarcaré en él con el carpintero y el buzo, don Mariano Genovés, muy bueno en los trabajos bajo el agua. Se trata de una bendición contar con él a bordo, por si es necesario que informe sobre algún detalle de la obra viva, o debiera atacar faena en ella. Bueno, y olvidaba a don Fernando. —¿Cree que el calafate podrá trabajar?

—En verdad que no lo sé ahora mismo, señor. Depende de que las costuras se hayan abierto formando roderas, en cuyo caso y de forma provisional podría intentarse encastrar estopa con masa dura por medio del encontrador. Todo ello, desde luego, en la obra muerta, a no ser que al buzo le sea posible colaborar en la empresa.

—De acuerdo. También sería oportuno mover al mayor número de personal hacia la toldilla y que, de esa forma, intentemos alzar la proa sobre el agua cuanto nos sea posible.

—Tiene razón, señor. No había caído en ese detalle, que puede ofrecernos alguna pulgada más del tajamar a la vista.

—Pues manos a la obra.

Pusimos en facha la fragata, maniobra que observé desde el alcázar con cierta prevención, porque poco gustaba de comprobar las olas golpeando a proa, aunque se tratara de cabrillas con escasa altura. Una vez el bote sobre las aguas, el personal dirigido por el contra maestre se desplazó con un par de remos hacia la proa, momento en el que ya no podíamos observarlo. Siguiendo mis indicaciones, el oficial de guardia hizo tocar la corneta a generala, para desplazar hasta la toldilla a todo el personal posible, lo que se llevó a cabo con silencio y diligencia, como si cada hombre comprendiera la importancia del trabajo a realizar. Y una vez abarrotada la cubierta en popa, con personal izado en la jarcia del mesana ante la imposibilidad de mayor cabida, avisamos a don Anselmo por medio de un marinero colgado de la serviola, para que supiera la condición establecida.

Una hora después, sesenta minutos que se alargaron en mi cabeza hasta crear ansiedad y nubes negras, recibía en el alcázar al grupo de oficiales de mar involucrados en la maniobra, para recibir sus informes. Como de costumbre, don Anselmo tomó la voz.

—En efecto, señor, ese mamalón britano golpeó nuestra amura de babor con la suya de estribor. La parte más dañada corresponde a los quince primeros pies de esa banda, contados desde el tajamar. En esa zona se han abierto algunas costuras, aunque sean claros de escasas pulgadas. También presenta una generosa hendidura en clavo bajo la serviola, que debe haber sido producida por una de sus anclas, lo que será fácil de reparar por don Lino y eliminaremos una de las entradas de agua. Pero por efecto de la colisión, unos cinco pies a estribor muestran los mismos rastros. Don Fernando cree que, encastrando estopa con masa de caldear entre las tablas afectadas, auxiliado por el buzo en los dos primeros pies bajo el agua, sería posible conseguir que aguanten algunos días. Si lo estima conveniente, llevaríamos a

cabo dichos trabajos ahora mismo. En cuanto al bauprés, podemos aparejar las trincas de banda a banda y forzarlas con aparejo central. Pero abandonaremos el esfuerzo si no cuadran y despuntan. Y como le dije, dispuestas para su uso las velas de proa si así se requiere, aunque convenga prevenirlas.

—Me parece muy bien, si con ello disminuimos la entrada de agua, aunque sea una mínima pulgada. ¿Continúa embarcando el líquido al mismo ritmo?

—Sí, señor. No creo que varíe, a no ser que salte mar a la cara. Y deberá disminuir cuando el carpintero y el calafate acaben su trabajo.

—Muy bien. Pues manos a la obra y continuemos con los rezos alzados.

Comenzaron los trabajos previstos sin perder un minuto, tan sólo los necesarios para caldear la masa del calafate, mientras el buzo preparaba la zona a batir de la obra viva. Y como empleaban más tiempo del previsto, me desplazé con el bote hasta proa, donde trabajaban unos ocho hombres, dirigidos por contramaestre, buzo, carpintero y calafate. Se había aumentado el número con el marinero Matías, ayudante del buzo y excelente nadador bajo las aguas. Por fortuna, no aparecían problemas, pero el encastre de la masa entre las tablas era función más propia de galeno en mesa de operaciones, especialmente el que se intentaba en la zona de cruce, aguas arriba o abajo, cuyas tablas debían ser encaradas con extrema rapidez. Por fin, la faena se rindió, cuando ya el sol elevaba la corona a su máxima altura en el cielo. Beto, a mi lado, se mostraba impaciente.

—Por los cojones del Raja que se nos acabó la buena estrella. Porque hay que amadrinar ceniza negra para que en esta mar infinita, coincidamos en el mismo jodido punto geográfico dos barcos, hasta entrar en colisión. Parece mentira que pueda suceder tal acaecimiento. Claro que esos britanos debían andar con el ron a chorro y ni un vigilante en cubierta.

—Tampoco nosotros los vimos, aunque como ballenero debía mostrar de forma obligada algún tarro de luz. Bueno, no ha de cuadrar en color de rosa hasta la guinda. Y después de todo, hemos sido bendecidos. Podía haberse traspasado el encuentro mucho peor. Pensando en positivo, si rebajamos un poco la entrada de agua y se mantienen las condiciones, llegaremos a Montevideo sin mayor novedad. Esperemos que allí podamos ser reparados.

—Hay que conseguirlo sí o sí. En caso contrario, no podríamos regresar a la Península.

—Lo conseguiremos. En peores situaciones nos hemos encontrado. Recuerda cómo arribamos a La Habana, con el bergantín *Penélope*

desplumado hasta la galleta.

—Pero metiendo cabeza en un arsenal extraordinario y con personal más que cualificado, como aquel ingeniero que nos acopló las bonetas^[102] en el trinquete. No creo que sea el caso ahora.

—Tampoco yo.

Una vez que se estimó endurecida la masa, dando por finalizada la faena a proa, volvimos a largar el aparejo con extremo cuidado, sin cargar una sola vela en el bauprés. Regresamos a rumbo y con extrema alegría se me comunicó que la entrada de agua había disminuido notablemente, aunque debieran mantenerse los grupos de trabajo a las bombas, ahora con una exigencia menor en el esfuerzo y duración de relevos. Las condiciones externas se mantenían, por lo que de nuevo aparecieron las sonrisas a bordo, pensando en la arribada al Río de la Plata y Montevideo como destino final. Y como no olvidaba que nos encontrábamos en la festividad de la Natividad del Señor, lo celebramos aunque fuera con tono disminuido.

* * *

Navegamos con buena velocidad de avance, de forma que en la tarde del día siguiente avistamos y reconocimos el morro de Santa Marta, con la villa y barra de La Laguna en sus faldas. Enmendé ligeramente la proa a babor, que no era cosa de andar muy pegado a las piedras con el buque entufado. De todas formas, en la jornada siguiente avistamos por estribor la Laguna Grande de los Patos, una impresionante extensión de agua interior bautizada con indudable acierto, al observar el elevado número de aves acuáticas que llegaban a cubrir la mayor parte de su extensión. El contador, natural de Valencia, estimó elevada semejanza de aquel paraje con la Albufera de su tierra, lo que no pude constatar al desconocer esa zona levantina de anegadas.

Continuamos avante durante tres jornadas más, unos días en los que, como única variación, aparecía la diferente intensidad del viento, dependiendo de la hora del día, pero mantenido en fresco como media. La entrada de agua por las costuras de proa oscilaba poco, aunque se observara un ligero aumento, posiblemente acompasado con el desprendimiento de la masa encastrada en tablas. Y cuando según el piloto cruzábamos el primer marco del dominio español, cercanos a entrar en el paralelo de los 34 grados Sur, apareció el primer signo de cambio en mar y cielo, una circunstancia difícil de creer después de haber recorrido cientos de millas con el noroeste bonachón. Como saben, muchas veces he opinado en estos cuadernillos que la

mar es señora mudadiza y cambiante en su comportamiento al capricho inesperado, como rabizona de corte engolfada en sedas. Y en aquella ocasión lo demostró en virada de cruces, como tantas veces he podido observar en mis muchos años de mar.

El primer detalle capaz de hacerme caer el sobrecejo y arrugar la frente hasta mostrar ceño de malos humores se produjo al observar a popa rumazón del mismísimo color del infierno. Pero la peor de sus características era la velocidad de progresión hacia el sur, porque parecía explotar en nuestra persecución al galope tendido, como si deseara cubrirnos con su manto cuanto antes. En aquellos momentos charlaba con Beto y don Anselmo en el alcázar, por lo que largué las primeras palabras con la vista prendida a popa.

—Poco me gustan esas nubes negras en maligna estrepada. Por todos mis antepasados, que nada bueno deben amadrinar en sus conchas.

—Y que lo diga, señor —también el nostramo las observaba con el rostro al vies—. Parecen navegar desde el noroeste, con el viento entablado todavía en esa dirección. Varía poco en dirección, pero sí su enjundia. Si en vez de encontrarme en el verano del continente sur americano, estuviera navegando por la mar cantábrica, diría sin dudarle que esta situación debería rematarse con un temporal de travesía^[103].

—Ni me lo recuerde —dijo Beto con rostro preocupado—, que ya lo sufrí en mis carnes fondeado en la ría de Vivero, cuando aquel maldito noroeste descalabró al bergantín *Palomo* contra las piedras.

—¿No dicen que, en estas aguas, los temporales llegan amadrinados a ese viento pampero del sudoeste? —protesté de forma agria—. Ahora que estamos solamente a sesenta millas del cabo Santa María, dudo que nos dé tiempo para buscar el socaire del Plata.

—Siento decirlo, pero no creo que dispongamos de tiempo suficiente —afirmó Beto—. Esas nubes nos cubrirán antes de rezar un avemaría. Prepare la capa, don Anselmo.

—Tiene razón, señor segundo, y a ello me apresto sin dudarle. Le recuerdo, que en nuestra especial situación, y si llega el caso, no deberíamos entrar en capa llana con olas duras contra la proa.

—Eso mismo pensaba en estos momentos —me tenía impresionado la velocidad de las nubes, que ya habían cubierto más de la mitad de la bóveda—. Pero hay otras formas de encararlo.

—Cada problema en su momento —Beto todavía mostraba esperanzas.

—Desde luego. Pero por si acaso, don Anselmo, prepare aparejo para capa de trazo, sin olvidar la de empopada en calzones^[104], que puede

ofrecernos una mayor seguridad.

—Muy bien, señor. Como la capa clásica siempre está dispuesta, prepararé el aparejo para correr la clásica trinquetada^[105], popa a las crestas y sin posible enmienda de proa.

Conforme las nubes parecían entrar a morder las galletas de los palos con malas intenciones, la mar se oscurecía por el norte, al tiempo que podíamos contemplar la repentina agitación de su superficie en nuestra dirección, como el agua que rompe en el cazo por ebullición. Y si todavía mantenía alguna pequeña esperanza en el rincón perdido del corazón, se deshizo conforme el viento aumentaba a frescachón y cascarrón sin treguas. Era tal la aceleración en los tiempos del cambio, que normalmente suele producirse de forma gradual, que ni siquiera ordené tomar rizos a las gavias sino su apagado definitivo. Pero como es fácil comprender, mi preocupación no era el temporal ni las olas en ampollas que podían aparecer en su compañía, condición que la *Proserpina* podía remontar sin excesivos esfuerzos, sino nuestra proa herida y un posible e importante aumento en la entrada de agua. Porque era posible que correrlo de empopada se hiciera demasiado peligroso, y debiéramos entrar en capa llana, amura a los vientos.

En las primeras horas de la tarde, nos encontrábamos metidos en negra sinfonía, un temporal de barbas con viento aturbonado, que manejaba a la *Proserpina* a su gusto. Y como no podíamos envergar a proa la trinqueta por precaución, salvo necesidad de horma, la mar anclada ya en ampollas blancas y con espumas en sus orejas nos elevaba la popa en demasía. Esos ascensos de montañas nos hicieron sufrir a fondo en momentos delicados, al creer que no seríamos capaces de salir del seno por clavar el bauprés hasta lavar los beques^[106]. Se prohibía la circulación por cubierta sin maroma de seguro, se apagaban los fogones y se distribuía el rancho frío, galleta, queso y cecina, como único condumio disponible. Y si la fragata comenzaba a gemir de proa a popa, también yo lo hacía en mis adentros, dudando una y otra vez del camino a seguir.

Entramos en la noche con las mismas o peores condiciones, si es que ello era posible. El viento y la mar jugaban con nuestro barco al quite, como si disputaran sobre quién debía ofrecerle la dentellada definitiva. Fue necesario disminuir los turnos de los hombres a las bombas, muchos de ellos con brazos flojos al haber largado por su boca hasta la primera leche materna. Pero el agua entraba con más caudal y no podíamos disminuir el esfuerzo una mota. Por fortuna, parecía que la trinquetada funcionaba y la proa disminuía el esfuerzo, porque al menos no recibía las bofetadas de la mar en las zonas más

delicadas. Y a tal punto entraban a morder las olas que una de ellas se llevó en los cuernos la mitad de los cristales en la balconada de popa, siendo necesario taponar con encerados para que no nos entrara el reguero.

Derivábamos con claridad hacia el sur o el sudsudeste, dirección que por fortuna no preocupaba al mantener la costa por la amura de estribor y a una distancia que se iba agrandando poco a poco. De esta forma, el Río de la Plata, que podía suponer la solución a nuestros problemas, se perdía en el más allá, por nuestra aleta de estribor. En la timonera pregunté al piloto algo que ya suponía con escaso margen de error.

—Don Enrique, ¿cuánto estima que abatimos y en qué dirección?

—Unas cinco o seis millas al sudsudeste, señor. Campo Ubre, si la señora no decide comernos por ojo. Las dos últimas olas nos han metido demasiado tiempo el león^[107] bajo el agua y es preocupante.

—Nos obliga la situación de nuestra proa. Ya sé que de esa forma propiciamos la entrada de agua en algunos momentos, pero al menos no rompen las olas en ella, lo que podría aflojarnos más las costuras.

—Señor comandante.

Creí ver la sombra poderosa del contra maestre a mi lado, sin haber advertido su presencia.

—Diga, don Anselmo.

—Entra mucha agua por proa, señor, más de la deseada. Y aunque las escotillas se hayan cerrado a tenazón y buen viaje, escurre desde el castillo por las grilleras. Nos encontramos cerca del límite, en cuanto a posibilidades de las bombas.

—Si lo traspasamos, hágamelo saber con rapidez. ¿Cree que soportaríamos mejor la capa llana y verlas venir por la amura?

—Con sinceridad, señor, no lo sé. También en ese caso temería una ola rompiendo por donde las tablas se encuentran en palillos.

—Ese es mi miedo. Continuemos así y ya veremos lo que sucede con el paso de las horas.

Aunque el soplo acabó norsteando^[108] a cuajo, aquella anormal situación de mar y viento, como pudimos comprobar días después al habla con los expertos en aquellas aguas, se alargó en el tiempo para mal de nuestras almas, especialmente las de los hombres enganchados a las palancas de las bombas como burros a la noria. Porque durante dos jornadas más no aclaró una mota cielo, soplo ni olas, con la *Proserpina* largando bufidos de muerte en sus cuadernas. Y si temía a los famosos pamperos, de los que tanto hablan los hombres de mar en la costa sur americana, acabamos por sufrir lo que más

parecía una galerna típica del cantábrico. Como decía Beto, debíamos haberla amadrinado a nuestras costuras durante la expedición cántabra, y transportado a forro en el sollado hasta aquella lejana región.

El agua en bodega se mantenía al límite de forma permanente y peligrosa, haciendo el barco más pesado y con menos respuesta de maniobra. También atravesé por algunos momentos de angustia, cuando me llegaban urgentes informes hasta el alcázar, con las dudas impuestas en mi cabeza. Y ya los cuerpos llamaban a desbarate cuando se produjo el primero de los milagros amparados en rezos, la descarga del agua desde esas nubes encastradas en lo alto con malsana persistencia, señal inequívoca de que escampaba el temporal. También ese fenómeno, que normalmente plancha la mar en placer, se cubrió de forma no habitual. Porque en lugar de abrirse los imbornales de los cielos a chorro, descargaron las nubes escasa cantidad de agua, aunque con luces más propias de los fuegos de artificio con que celebran las fiestas en la corte. Conforme la mar se tendía en bendición y el viento comenzaba a caer al mismo ritmo con que creciera, aumentó de tal forma el número de rayos a nuestro alrededor que parecíamos iluminados por un sol nocturno. Y no exagero una pulgada al asegurar que era posible observar con sus luces los detalles de la fragata como si nos encontráramos a mediodía.

La entrada de agua en bodega disminuía a la vista, con lo que decrecía al mismo tiempo nuestra principal preocupación. Sin embargo, parecía que la señora no deseaba disminuir nuestros sufrimientos un ápice, porque aumentó los efectos del aparato eléctrico. Y no debemos olvidar que los rayos son capaces de descalabrar un buque sin miramientos. Recordé el famoso caso ocurrido en La Habana a bordo del recién botado navío de dos puentes *Invencible*, un magnífico ejemplar al que el teniente general Rodrigo de Torres honraba con su insignia. Se vivió el peor y más temido enemigo del buque en la mar, el fuego a bordo. Porque el 30 de junio de 1741 descargó en el puerto cubano una de las clásicas turbonadas veraniegas, con la desgracia de que le entrara al buque un rayo por el palo mayor y generara un tremendo incendio con inesperada rapidez. No dispusieron de tiempo para intentar apagar las llamas, que alcanzaban en pocos minutos la santabárbara y hacían volar el joven navío en astillas, sin haber navegado siquiera una sola milla en la mar. Tras contarle el caso a Beto, saltaba mi cuñado marcando cruces en la madera de la borda, fiel a sus personales supersticiones.

—¡Cojones, Santiago, no me cuentes esas efemérides cuando nos amparan mil rayos a las bandas! Comprendo que te gusten las páginas de nuestra historia, pero no es momento para recordar esos casos.

—Mucho se aprende de la Historia, amigo mío. En cuanto a los rayos, hay teorías modernas que aseguran la necesidad de largar pequeñas cadenas desde los palos hasta la bodega, para evitar los efectos de sus descargas. No comprendo cómo puede ser, pero dicen que los britanos comienzan a incorporarlos en sus buques.

—Válgame los cielos. Creo que jamás he visto una tormenta seca de esta magnitud. Saltan a un tiempo más de cien rayos.

Con estas condiciones comenzó a clarear, aunque todavía los cielos se mantuvieran cubiertos al copo. El baile de los rayos no cesaba, retumbando los truenos a nuestro alrededor como si se tratara de continuas descargas de la artillería. Fue el momento en el que tomé el anteojo para otear el horizonte en dirección a la costa, absurdo intento porque debíamos encontrarnos a un elevado número de millas. Pero tuvo especial significación para mi persona y cerca estuvo de enviarme a la tumba. Cuando lo mantenía apretado contra mi ojo, pareció estallar en mi cara un terrible fogonazo, como una bombarda reventada en la cara. Es lo último que recordé hasta despertarme en el camastro, con Okumé y Miguelillo a mi lado, pasando un paño mojado por mi cara.

—¿Qué sucede? ¿Qué hago aquí?

—Bendito sea Dios que le ha hecho recobrar el sentido —exclamó Okumé, abierto en sonrisas.

—¿Recobrado? ¿Qué ha sucedido?

—Nada bueno, señor, aunque remató la faena en gloria. Un rayo nos entró por la galleta del palo mayor. Todo el buque se puso en blanco, como si lo iluminaran mil antorchas desde todos sus rincones.

—Recuerdo un fogonazo.

—Y tanto, señor. La descarga del rayo ha sido formidable, al punto de matar a un pañolero situado en la bodega. El pobre ha quedado como si lo hubiesen pasado por las brasas durante horas. Y según don Beto, que estaba a su lado en cubierta, de los aros de latón del anteojo ha saltado una terrorífica chispa como un arco de luz, una fuerte sacudida que lo ha derribado sobre cubierta con el sentido perdido. Gracias a la Patrona lo ha recuperado en escasos minutos. Decía el cirujano que en esos casos puede suceder lo peor.

—¿Hemos sufrido incendio a bordo? Debo regresar sin pérdida de...

—Dicen don Beto y el cirujano que debe descansar algunas horas hasta comprobar su estado. Nos ordenaron, bajo peligro de azotes, que no le permitiéramos levantarse del camastro.

—Qué se vayan al cuerno don Beto, el cirujano y la parentela al completo.

Echa un poco de agua en la jofaina, para que refresque mi cara. ¡Vamos, mueve tu culo negro de una puta vez!

—Allá vos con la salud propia.

Poco después regresaba al alcázar, aunque todavía sentía un profundo dolor de cabeza, como si hubiese sido golpeado por una maza contundente. Beto se alarmó al verme, efectuando aspavientos frenéticos.

—¿Qué haces aquí? Es muy peligroso lo que has sufrido. Deberías mantenerte...

—Deja los lamentos. ¿Nos ha producido graves daños la descarga del rayo?

—Parece un milagro más de los que llevamos soportando en los últimos días. Un pobre grumete ha muerto achicharrado, pero nada más, ni incendios ni un solo daño, salvo un cofre despanzurrado. El grumete se mantenía sentado sobre él y sus herrajes son los que han atraído la chispa.

—Demos gracias a los cielos.

—Ya te dije que no debías hablar de rayos e incendios cuando se sufre tormenta seca, cojones. Parece que traes el malaje a espuertas.

—Deja de decir bobadas. Ya sabes que no creo en las supersticiones. Al menos, parece que disminuyen las descargas.

—En pocas horas deberá quedar la mar en dulce, con un vientecillo fresco y los cielos despejados al copo. Será el momento de aproar de nuevo al Río de la Plata, ese accidente geográfico que parece querer escaparse de nuestras manos.

—Esperemos a ver qué viento se nos concede desde los cielos. Sería mal factor para la empresa vernos obligados a forzar bordadas con la proa maltrecha. Por cierto, ¿cómo marcha la entrada de agua?

—Controlada, aunque bastante cerca del límite todavía. Cree don Anselmo que, en cuanto se tranquilicen las aguas al nivel adecuado, deberíamos repetir la maniobra de proa con el calafate y el buzo. Tal medida volverá a rebajar el nivel. Estoy de acuerdo con ellos.

—Lo haremos. ¿Y don Enrique?

—Aquí estoy, señor comandante —el piloto sacaba cabeza por debajo del planero, donde debía buscar alguna información.

—¿Cuánto habremos abatido? ¿Dispone de alguna situación de estima?

—Por supuesto, señor. Debemos encontrarnos a la altura del paralelo donde desemboca el río Negro, en el extremo septentrional del golfo de San Matías. Queda situado algo al sur de los 41 grados de latitud. En cuanto a distancia de tierra, unas 430 millas.

—¿Ha dicho a 430 millas de tierra? —exclamó Beto, incrédulo—. ¿Está seguro de lo que dice?

—No creo equivocarme mucho, señor.

—Por todos los cristos —dije, también alarmado de la distancia— que no lo esperaba. Bueno, el perfil de la costa se abre bastante hacia el sudoeste a partir del Río de la Plata, lo que nos alejaba de ella progresivamente. Y han sido demasiadas jornadas, abatiendo al sur como palomas. ¿Existe algún puerto medianamente notable en la entrada de ese río?

—Sí, señor. Unas 20 millas barra adentro y en su ribera meridional se encuentra la villa de Viedma, capital del territorio de Río Negro, incluido en la región patagónica. Fue fundada por Francisco Viedma en 1779. En la orilla opuesta del río se sitúa la localidad de Carmen de Patagones, antiguo presidio que data de 1781, con el fuerte del Carmen como edificio visible en la distancia. Y se trata de presidio de renombre porque, según aparece en el derrotero, ha marcado de forma importante la historia del comienzo de la colonización de la Patagonia.

—¿Alumbra fondeadero de garantía?

—Aunque el río Negro es navegable en toda su extensión, ha de entenderse como hábil para buques de calado medio, quedando limitado en los once pies con bajar. Eso quiere decir que con los dieciocho pies que calza nuestra *Proserpina*, no podemos entrar hasta la altura del presidio. No obstante, una vez atravesada la entrada de la barra unas doscientas varas, se anuncia un buen tenedero de arena y cuatro brazas de agua, protegido a los vientos de componente norte.

—Con esas condiciones parece un fondeadero perfecto. ¿No te parece, Beto?

—En efecto. Deseo por encima de todo dormir a pierna suelta una jornada completa, y beber varias frascas de vino aunque ya sea vinagre.

—Te acompañaré en la empresa.

Como había profetizado Beto, pocas horas después raseaba el viento en fresco, y tras un role de toda la rosa más propio de locura, acabó entablado del nordeste. Como no era adecuado comenzar a navegar de bolina e intentar derrota directa al Plata, decidí aproar con sople a un largo en demanda del río Negro. Mis hombres necesitaban descanso, y un fondeo de alivio sería agradecido por todos. De esta forma y tras un nuevo trabajo del calafate a proa, donde no se observaban variaciones importantes, y ya con la entrada de agua controlada de nuevo sin grandes exigencias, arrumbamos a poniente en demanda de ese río cuyo nombre jamás había escuchado.

Parecía quedar escrito en el libro del destino que no sería tarea sencilla alcanzar nuestro puerto en el Plata, ahora distanciado muchas millas al nornoroeste. Pero como no sólo la mar es caprichosa con sus sucesos, sino que nuestras propias vidas parecen marcar a veces rumbos paralelos, especialmente si te mueves en buques de la Real Armada, ese desconocido río Negro quedaría marcado en mi vida con letras de molde, aunque todavía no pudiera imaginarlo siquiera.

19. Río negro

Navegamos con rumbo de agrado y sin forzar el aparejo durante cuatro nuevas jornadas. El viento se mantenía fresco de fuerza, aunque raleara durante la noche en demasía. Y, para bien o para mal, se mantenía entre el primer y segundo cuadrante. De esta suerte se cuece la vida en la mar, que nunca nos contentamos con la intensidad del viento o su dirección, así como del estado de las aguas. Avante con la empresa, cubrimos una etapa más de la travesía, que ya se alargaba desde nuestra salida de Cádiz por encima de los dos meses. Y, aunque a veces me tentara enmendar hacia el norte dos o tres cuartas y acercarnos a nuestro destino, lo desechaba con rapidez al comprobar que debíamos entrar en bolina dura^[109] y con las olas tocando la amura de estribor. No son buenas las prisas en la mar y, después de todo, en poco variaba recalar en el Río de la Plata unos días antes o después.

Por fortuna, la segunda actuación del calafate y buzo en mancomunada labor, obró el milagro a favor una vez más. Conseguimos disminuir la entrada de agua como en la primera ocasión, aprestando hombres a popa. También el carpintero debió reforzar la tapa encastrada en el guiche producido por el ancla del ballenero, que se había abierto de bandas. Sin embargo, ya eran demasiadas las singladuras con el característico y persistente repiqueteo de las bombas en funcionamiento, que se oían con claridad de proa a popa, un sonido que llegó a encastrarse en mi cerebro de tal forma que lo seguí percibiendo en tierra durante semanas una vez metido en sueños. Pero gracias a los cielos disponíamos de suficientes brazos para realizar los duros ejercicios, sin que las protestas superaran la raya.

Una de mis prioridades en esa fase final de nuestra derrota, o así lo entendía entonces, consistía en recuperar la moral de mis hombres. Y era situación anímica comprensible porque hasta el gaviero Coplas, marinero de alegría contagiosa, bromista incansable y encargado de entretener a sus compañeros con canciones bajas aderezadas en picante, parecía haber

perdido el rumbo a bordo. Hice correr voces sobre la posibilidad de que se permitiera bajar a los miembros de la dotación a tierra, una vez alcanzada la plaza de Montevideo, al menos para aquellos que presentaban conducta intachable hasta el momento, condición que no deseaba de plano aunque fuera consciente de sus posibles y nefastas consecuencias. Ordené distribuir las reliquias de ron y aguardiente disponibles, aumentando las onzas de menestra a repartir. Porque, si era posible, pensaba adquirir vino en la localidad más cercana a la desembocadura del río Negro, si las dos villas mencionadas no se encontraban en manos de los rebeldes de Buenos Aires.

El joven Barbate continuaba su recuperación sin problemas, asignado definitivamente como criado particular a mi servicio en el libro de embarque. Aunque Okumé había tomado la madera precisa para confeccionar una pata de palo en condiciones, le sugerí que, de momento, consiguiera solamente unas muletas para poder moverse a bordo. Porque según nos expuso el cirujano, debería formarse el muñón con costra dura antes de poder aplicarle la funda de cuero, con la que se adapta por medio de correas la falsa extremidad. Pero como el africano lo había tomado a su cargo, comunicando a todos a bordo que el grumete herido pasaba al grupo en servicio del señor comandante, el rapaz se vio con un protagonismo que hizo compensar de momento la pérdida de su pierna. Además, mejoraba de forma notable en comida y alojamiento, otra condición que elevaba su moral.

Por fin, dos días antes de que expirara aquel año de 1811, que tantos acontecimientos notables había endosado a mi vida, el vigiador de la cofa del trinquete daba la voz en grito del avistamiento, cuando ya se abrían en cuadro las luces del alba.

—¡Tierra! ¡Dos cuartas a estribor!

La estima^[110] del piloto había sido extraordinariamente correcta, al recalar en punto y hora de acuerdo a sus vaticinios. Por tal razón fue felicitado en el alcázar de forma efusiva por el segundo y por mí en persona, prometiendo su anotación en pliego como corresponde. Porque horas después reconocíamos, al comparar los magníficos dibujos del derrotero, el promontorio avistado como la punta Rasa, situada al nordeste de la desembocadura del río Negro y a unas 25 millas de distancia. La estructura de proa se mantenía en cuerdas, aunque aumentara de forma ligera la entrada de agua, de acuerdo al asumido desgaste de las masas encastradas en las costuras. Se trataba de una continua información sobre pulgadas de líquido, que ya cansaba hasta la ceja de los muertos. La situación pareció mejorar de quilla a perilla, con añadida aparición de sonrisas, cuando aquella misma

tarde pudimos comprobar la desembocadura buscada, flanqueada por la punta Megano a babor y la punta Main o Redonda a estribor.

Sin saber por qué, esperaba un río de escaso caudal y con angostura de paso a la barra. Por el contrario, la embocadura primera se abría casi una milla de banda a banda, ofreciendo una magnífica visión que eliminó las posibles precauciones albergadas en la sesera. Y sin dudarlo, aproé en firme hacia ella, auxiliado por los comentarios del piloto, obtenidos de los consejos marcados por don Vicente Tofiño en su derrotero.

—Una desembocadura de río generoso, don Enrique. No abarca tanto como la del Tajo, pero le anda cerca. ¿Es buena de fondos?

—Ocho brazas en la primera tenida con pleamar, señor, hasta el islote de arena que queda medio anegado en dicha situación de marea. A estribor y distancia media entre la hoya Grande de San Pedro y punta Redonda, disfrutaremos de un tenedero de arena y cuatro brazas en bajamar, momento que debemos cruzar en un par de horas. Quedaremos fondeados a trece millas del puerto del Carmen, protegidos a los vientos del cuarto y primer cuadrante por el cerro de Vigía y sus estribaciones.

—¿Se refiere a la localidad de Carmen de Patagones? —pregunté.

—En efecto, señor. En algunos sitios lo denominan solamente como puerto del Carmen, pero se refiere a la misma aldea.

—Pues vayamos allá. ¡Don Anselmo!

—Mande, señor comandante.

—Dejemos mayores y gavias arriba solamente. Cuando nos encontremos a una milla de la barra, cerramos gavias para correr en papahígos^[111], momento en el que daremos la lancha al agua.

—Muy bien, señor.

Como el viento en las últimas horas se marcaba del norte al nordeste, llegaba al límite de la bolina para tomar la barra, que se adentraba en dirección noroeste cuarta al norte. Por tal razón, cercanos a la embocadura cargaba el resto del aparejo, mientras la lancha tomaba el oportuno remolque. Y picaba la campana a fin del primer cuartillo, cuando largábamos dos anclas al abrigo entre el islote de arena y la orilla de estribor. Para cuadrar marcos y corroborar una vez más las indicaciones del magnífico derrotero, la sonda marcaba cuatro brazas y media con fondo de arena, una situación ideal para descansar en seguridad y a pierna de ruiseñor. Beto, ahora con extrema fiabilidad en las cualidades del piloto, entró en preguntas de futuro.

—¿Cuántas millas deberemos navegar posteriormente hasta Montevideo, don Enrique?

—A derrota directa, unas trescientas millas, señor segundo. Pero si hemos de bolinear, como creo muy posible, se agrandará la distancia porque deberemos cubrir rumbos de componente norte.

—A ver si sopla ese famoso viento sudoeste de la Pampa de una puta vez —Beto parecía ahora ansioso de arribar al Plata, circunstancia nueva en la que no creí.

—Pero con intensidad moderada —entré con soniquete—. Según dicen, esos pamperos llegan a amadrinar vientos huracanados, y no anda la *Proserpina* apta para tales danzas. De aquí no nos movemos hasta que sople un jaloque^[112] bonancible.

—O un levantichol^[113] mediterráneo de encaje. También podemos ser remolcados por la lancha —mi cuñado comenzó a reír.

—Pregunta la opinión a los que han de bogar^[114]. No creo que les guste esa idea.

En ese momento atravesaba el alcázar hacia proa Okumé, acompañado por su corte, como denominaba Beto a la pareja formada por Miguelillo y Barbate. El rapaz andaluz se movía con soltura con las muletas recién entregadas y hasta sonreía de placer, condición difícil de creer al observar su figura. Alcé el brazo en su dirección, con lo que el grupo se dirigió hacia mí.

—Parece que te manejas a la perfección con esas maderas, Barbate. ¿Cicatiza bien el muñón?

—Navega en orden según el cirujano, señor. Nada que objetar a la contra —mostraba sonrisa de felicidad—. Y estas muletas me conceden media vida, hasta que don Okumé pueda tallar la pierna de madera y la herida se encuentre seca y dura.

Me hizo gracia escuchar el *don* acoplado con respeto al africano por boca del grumete-criado, y no lo encontré inadecuado, que todos han de marcar sus categorías y territorios en esta vida. Una vez más se certificaba como correcta la acepción de *dons*, otorgada por los britanos a los españoles.

—Muy bien. Espero que en unas semanas puedas correr por la cubierta con pierna propia.

—Vamos a ver si es posible aderezar un almuerzo adecuado, señor, aunque lo vea difícil —exclamó Okumé con autoridad.

—Por favor, africano, que estoy hambriento. Ofrecería mi hacienda por unas paletillas adobadas —dijo Beto en tono de rogativa.

—¿Paletillas dice, don Beto? —Okumé se abrió en sonrisas—. Más fácil sería cazar una sirena de cabellos rubios y pasarla a las brasas.

—Si pescamos una sirena rubia y con pechos turgentes, puedes estar seguro de que no la pasaría precisamente por las brasas, sino por mi camarote durante varias noches —Beto estalló en risas para celebrar su frase.

—Y después podría asignarla a este africano, si a bien lo tiene el señor segundo. Ya sabe que no me importa trajinar carne usada.

—Calla ya y prepara el condumio —golpeé su hombro con afecto, mientras también yo reía.

—Algo encontraré para rebajar el hambre que presumo, señor.

—Asegura el derrotero, señor —apuntó el piloto, celoso de la información —, que en la desembocadura de este río aparecen magníficas pesquerías.

—Buena información es esa, don Enrique. Beto, que se conceda autorización general de pesca. Y que lo hagan los mejores como obligación, utilizando las dos redes. La dotación necesita alimentos frescos. Son demasiados días y no quiero que aparezca la peste de la mar a bordo^[115].

—De acuerdo. Pero también podríamos enviar la lancha hacia Carmen de Patagones o Viedma para adquirir algunos alimentos de salud. No olvides que todavía restan bastantes millas a proa y no sabemos en qué puerto acabaremos esta dura ronda.

—No seas cenizo, que navegaremos hacia Montevideo con mar galana. Pero tienes razón y ya lo pensé. No obstante, antes debemos asegurarnos de que esas dos villas no se encuentran en manos de los rebeldes. Por cierto, como no quiero sorpresas, que se redoblen las guardias en cubierta con hombres del Ejército, hasta quedar informados con seguridad de quién manda por estas tierras.

—Por supuesto.

Una vez establecida la situación de fondeo y ordenadas las guardias con grado relajado, excepto para el personal de ronda en cubierta y los habituales de las bombas, por primera vez en bastantes días comimos con cierta tranquilidad. Y como Okumé era un genio o prestidigitador incomparable en las artes del fogón, nos avió una menestra en fondo con panceta y tropezones de carne en salazón, todo bien aderezado con sus fuertes especias, que nos hizo chascar la lengua y rebañar el plato como dos náufragos recién recogidos. Okumé sonreía de felicidad al observarnos.

—Ya veo que don Beto trasiega la menestra mejorada como si se tratara de la más jugosa paletilla, aunque no alcance la calidad de un muslo de sirena.

—El hambre hace milagros, culebrón. De todas formas, debo decirte que la encuentro un poco insípida —Beto mentía a las claras.

—Creo que en estos últimos días se le ha estragado el paladar. En cambio, a mi señor sí que le gusta esta puchera improvisada.

—Esto es una bendición, Okumé. Mañana no cocines para don Beto, que no lo merece.

Comimos a fondo, aunque el queso mostrara zonas de estera y el vino agriara por más. Sin embargo, tomé el camastro al nivel de los ángeles, para dormir una bendita siesta que mi cuerpo necesitaba con urgencia. Y en escasos segundos entré en sueños de gran profundidad, como las aguas del océano.

* * *

Si no hubiera alertado a Okumé bajo pena de muerte, para que me despertara a las cuatro de la tarde en punto, y empleara la energía de sus brazos al cumplimentar la orden, creo que habría dormido durante dos jornadas seguidas sin elevar una pestaña. No obstante, una vez refrescada la cara con energía, me levanté renovado de cuerpo y mente, con una especial alegría recorriendo el cuerpo en oleadas, sin razón conocida que propiciara tales beneficios. Pero ya conocen de sobra mi opinión sobre la vida y esas imprevistas pero necesarias oscilaciones, que le ofrecen las especias imprescindibles para que no caiga en una rutina tediosa, aunque tal situación se desee en determinadas ocasiones. Y digo esto porque aquella tarde, de nuevo apareció la diosa de las sorpresas en el dintel de la puerta y deberíamos acometer una acción impensada hasta entonces.

Todavía el sol calentaba las espaldas a tono de ascuas, cuando me encontraba con Beto en la cámara, discutiendo entre ambos las diferentes posibilidades a mano para adquirir un preciso conocimiento de la situación política y militar que se vivía en Viedma y en el presidio del Carmen. Porque una vez comprobados aguada y víveres, llegamos a la conclusión de que sería beneficioso rellenar toneletes en debida prevención, así como acopiar algunas sacas de legumbres y generosos caldos, si se encontraban a disposición. Porque dudábamos del tiempo que transcurriría hasta arribar al definitivo destino, y ya habían sufrido bastante nuestros hombres.

Media hora después, todos los planes embastados se vinieron al suelo como castillo de naipes, cuando el alférez de fragata Federico Crespi, oficial de guardia, llegaba hasta nosotros con noticia de sumo interés, lo que se adivinaba con claridad en los gestos vitales de su rostro.

—Con el permiso del señor comandante.

—Adelante, Crespi. ¿Alguna novedad?

—Pues creo que sí, señor. Al menos, de tal forma lo estimo sin miedo a errar. Hace escasos minutos se ha abarloado a nosotros un bote medio desvencijado, con un cabo de mar y cinco marineros de la Real Armada a su bordo. Y según asegura quien maneja el grupo a la cabeza, incorporan en la bolsa interesantes noticias.

—¿Un cabo y cinco marineros ha dicho? —no acababa de comprender aquellas palabras—. ¿De dónde han salido esos hombres? ¿Hay algún barco de la Real Armada metido río adentro?

—Pues no podría decírselo, señor. Parece ser que han conseguido escapar del fuerte del Carmen, donde se encontraban apresados. Es la única información que he conseguido sonsacar al cabo de mar José González, que desea hablar con el comandante de la fragata cuanto antes por un asunto de extrema urgencia. El aspecto de todos ellos es bastante deplorable, como si no se hubieran lavado la cara ni cambiado de camisa en un año. También parecen un tanto famélicos. Pero todo cuadra con su alargada situación de encarcelados, si tal es cierta.

—¿El cabo de mar José González? Bueno, la verdad es que nos llega al pelo, si alguien puede informar con garantía de la exacta situación que se vive en el presidio y localidades cercanas. ¿Estima que son de confianza? A ver si se trata de una estratagema de los rebeldes, en un intento de apresar la fragata.

—Parece que ese hombre dice la verdad, señor. Le he dicho al cabo que espere en el alcázar, aunque no podía asegurarle que el señor comandante estuviera presto a recibirlo.

—Muy extraño parece todo esto.

—¿Quieres que me encargue de la cuestión? —preguntó Beto, interesado.

—Vayamos juntos para hablar con ellos. Cuatro ojos ven y piensan más que dos.

Salimos a cubierta precedidos de Crespi, que nos guio de forma nerviosa hacia el alcázar. Continuamos hacia proa, hasta donde daba comienzo el pasamano de babor. Al llegar comprobé la presencia de un hombre mugriento y con barba de semanas, apoyado de forma indolente en la borda. Y parecía vestir el uniforme reglamentario del cabo de mar, aunque no se distinguieran en sus reliquias color ni enseñas. Al girarse hacia nosotros, me llamó la atención el intenso color azul de sus ojos y una sucia pelambreira sobre los hombros que, en su estado natural, debía ser rubianca. Y no pareció nervioso ni preocupado ante mi presencia, sino que tomó la palabra por derecho y a las claras con el debido respeto, así como un aplomo digno de mérito.

—Señor comandante, ante vos se presenta y queda a las órdenes el cabo de mar de la Real Armada José González, destinado en la Capitanía de Buenos Aires hasta que fueran depuestas las legítimas autoridades el 25 de mayo de 1810 e instalada la Junta Soberana, como se intitulan esos traidores. Si procedéis de la Península debe saber que tanto el virrey, teniente general Hidalgo de Cisneros, como los oidores y otras autoridades fueron embarcados de forma violenta e indigna en una balandra contrabandista para ser enviados hacia España. Los rebeldes tomaron las cajas reales con más de cuatro millones de pesos y, organizadas tropas de la patria, como ellos dicen, propagaron la revolución por todo el país.

—Tenía conocimiento del embarque del anterior virrey hacia España, porque arribaron a las islas Canarias. También sé que fue enviado el general Elio desde España hacia Montevideo para ocupar su puesto. Pero, dígame, cabo, ¿qué hace con los otros cinco marineros en este apartado lugar, a tantas leguas de su destino?

—¿Arribó un nuevo virrey, señor? No tenía conocimiento. Bueno, lo que nos ha ocurrido en tantos meses es una larga historia, y necesitaré algunos minutos para exponerla con cierto sentido.

—Dispone del tiempo que desee.

—Mucho se lo agradezco, señor —pareció tranquilizarse todavía más—. Cuando se hicieron fuertes en Buenos Aires, los miembros de la Junta ordenaron apresar a todo aquella persona civil o militar que fuera sospechosa de fidelidad a España, aunque esos falsarios proclamaran en principio y con evidente engaño su lealtad a nuestro señor don Fernando, que Dios guarde. Los escasos civiles con teórica fidelidad a la legítima autoridad, salieron de estampida con los ajuares y caudales a disposición. Por desgracia, casi todos los miembros de la Armada y del Ejército que no dispusieron de tiempo para pasar a la plaza de Montevideo, fueron apresados y encerrados en el caserón de la Alhóndiga del Cabildo. Allí sufrimos varios meses de impenitente hacinamiento, sin juicio ni penas impuestas, con el sencillo pecado de ser fiel a la verdadera patria.

—Pandilla de traidores —exclamé con sinceridad.

—Les podríamos ajustar otros adjetivos más dolorosos a esa chusma del demonio, señor. Como era necesario acometer alguna empresa y no dejarnos morir de inanición, con varios compañeros conseguimos incendiar el edificio, para intentar escapar o tomar la ciudad, que esos patriotas corren a pelo de jaca en cuanto escuchan disparos u observan armas blancas entrando a saco.

Y cerca estuvimos de perecer en el intento, porque esos malditos no abrían las puertas ni con el humo brotando por las ventanas.

—¿Consiguieron escapar?

—Solamente logramos que nos pusieran de nuevo grillos en manos y pies, para pasar en cuerda de forzados a un pontón medio hundido en el Tigre, con humedad y ratas hasta la cofa, señor. Pero por fin, hace unos seis meses nos empujaron con picas para embarcar en un bergantín mercante de bandera inglesa, que nos transportó hasta el fuerte del Carmen, pocas millas río arriba, en el antiguo presidio de Carmen de Patagones. Y podemos dar gracias a Dios, porque en este fuerte nos encontrábamos mejor estibados y, aunque comíamos poco y mal, algo se embarcaba en la panza casi todos los días de la semana.

—Una desgraciada experiencia, sin duda, que tantos fieles a la causa acaben por sufrir esa penosa situación, aunque no lo merezcan —poco a poco me admiraba la decisión y valentía de aquel hombre—. Pero por lo que a la vista queda, debieron conferirles libertad o han conseguido escapar de ese fuerte.

—Esos hijos de Satanás no sueltan a nadie, señor, aunque se trate de queridos parientes en primer grado. Tan sólo la codicia les hace perder la razón. Con el paso de las semanas, y al observar la disminución en elevada proporción de la guarnición del fuerte que nos custodiaba, supongo que por las necesidades de la sonada revolución, ideamos un plan para hacernos con el establecimiento por las bravas.

—¿Tantos hombres eran los allí confinados? —preguntó Beto, que también se interesaba por la narración, conforme avanzaba el relato del cabo.

—Unos quince soldados del Ejército y cinco marineros de la Armada, estos últimos conmigo a la cabeza y indisciplinados al ciento, señor. Por fin, entre todos decidieron nombrarme su jefe para aquellas diligencias que debíamos emprender. Ya sé que calibrarán al grupo como de escasa monta, pero cuando se emprenden acciones con decisión y la razón encastrada en el pecho, no hay quien pare al ser humano. Por fin, quedaron con el encargo de nuestra vigilancia unos quince hombres, mandados por un antiguo escribano del presidio, nombrado alcaide para su propia sorpresa. En verdad que no es más que escoria humana, un conjunto de gandules y timadores sacados de aquí y allá, pero armados con excelentes fusiles británicos y muchos cartuchos a disposición.

—¿Consiguieron escapar del fuerte? —volvió a preguntar Beto, atento como si se encontrara en una representación teatral.

—Verá, señor, nuestra idea no era escapar exactamente —reaccionó al observar los gestos de desaliento en nuestras caras—. Bueno, no estimen que habíamos cedido en nuestras pretensiones, sino que decidimos tomar el fuerte y hacernos dueños del presidio de Carmen de Patagones y de la ciudad de Viedma.

—¿Ustedes solos pensaban tomar ambas localidades con poco más de veinte hombres? —comenzaba a estimar aquella narración como fábula de endemoniado—. Sería una hazaña en toda regla, sin duda, pero muy difícil.

—Ya veo, señor, que no está al día de cómo se mueven las voluntades por estos pagos en los presentes días. Aquí pegas un disparo y te ofrecen la jefatura civil y militar de cualquier localidad, sin dudarle un segundo. Pero regresando a mi pequeña historia, uno de los marineros conocía bien al guardián que nos distribuía el rancho, si puede llamarse así a una perola con agua y garbanzos podridos, sin un chusco de pan salvo días de honra. Ese truhan había ejercido de contrabandista en el Plata, siendo arrestado hace algunos años. Para su beneficio fue auxiliado por el marinero Roque, al ser oriundo de la misma localidad en España, un pueblecito costero del reino de Valencia. Como se trataba de persona capaz de vender su alma a Satanás por unas pocas monedas, ese fue el camino que tomamos sin dudarle.

—¿Qué camino? ¿Le ofrecieron plata? —volvió a preguntar Beto con rapidez.

—La verdad es que no disponíamos de un peso fuerte, señor. Pero podíamos tentarlo con ilusiones que, a veces, cuentan más que el sonido de las monedas. —¿Con ilusiones? No le comprendo.

—Le hicimos creer que, en verdad, existía el tesoro real almacenado en la Troya del Plata, que de forma tan afanosa buscaban los rebeldes. Le aseguré que había formado parte del grupo nombrado para instalarlo en lugar seguro. Y creo que en verdad existe ese tesoro aunque, según parece, se consiguió trasladar a la plaza de Montevideo y allí permanece oculto. Pero el caso es que le ofrecimos a ese sacamantecas repartirnos el botín, con el que fundar hacienda propia en las tierras fértiles de la Pampa. El muy codicioso no sólo cayó en la celada, sino que exigió la mitad del tesoro —el cabo González sonreía con gusto—. Representamos una verdadera comedia, regateando porcentajes, hasta llegar al acuerdo de que él se quedaría con una cuarta parte, su amigo el marinero Roque y yo otra cuarta parte, quedando la mitad del total para repartir entre los soldados y marineros.

—Buena stratagema. En ese caso, supongo que consiguieron escapar.

—Fue una acción más sencilla que cargar el aparejo de una balandra con viento bonancible, señor —exhibió una sonrisa de orgullo—. De acuerdo al plan previsto, anoche abrió la puerta de nuestras celdas, al tiempo que nos entregaba un magnífico fusil a cada uno, con veinte cartuchos por cabeza. Y sin dudarlo, lo primero que hicimos fue introducir a ese sacamantecas de mierda en una de las celdas, con la boca amordazada para que no pudiera dar la voz de alarma. Una vez en libertad, nos movimos de forma sigilosa hasta alcanzar los dormitorios de los guardianes, a los que despertamos con sorpresa apuntando los fusiles hacia su barriga. Muertos por el pánico, ninguno mostró oposición. Todos acabaron en las celdas, donde todavía se encuentran con grillos en manos y pies por si acaso. El último en caer fue el alcaide, que dormía en suntuoso dormitorio. Y para colmo de gracia, lo tomamos mientras fornicaba con una vistosa prostituta de Viedma. Le cortamos la regada al cabrón y alguno de mis hombres deseaba sajarle su pieza varonil, como venganza por el trato recibido, mientras otros intentaban tomar a la moza. Logré imponer cordura y, una vez todos encerrados, incluida la puta aunque fuera la más osada y aguerrida en sus protestas, comenzamos a pensar en los pasos futuros.

—¿Dice que eso sucedió anoche? —pregunté sin rastros de incredulidad en mis palabras, porque ya confiaba en aquel hombre.

—En efecto, señor. Esta misma mañana pensábamos salir del fuerte para tomar las dos localidades vecinas, una vez alistados todos con fusil y suficientes cartuchos. Decidimos que sería mejor y más efectivo lanzarnos calles abajo con la cara destapada y con disparos al aire, que tanto confunden a las ratas, para encerrar a continuación a esos independentistas de pacotilla en el fuerte y restablecer el orden español.

—Desde luego, nadie podrá dudar de que son ustedes un puñado de valientes. —No somos más que un grupo de marineros y soldados españoles con decencia, señor.

—Mucho más que eso. Pero continúe su narración, cabo, porque entreveo más novedades.

—En efecto, señor. Con las primeras luces del alba, me asomé a la balconada superior del fuerte. Dada su elevación sobre el terreno, se divisa desde ella el río, las dos localidades y hasta la misma desembocadura del Negro. Fue en aquel momento cuando pude comprobar con mis ojos la existencia de un buque fondeado en el río, justo bajo el mirador, entre Viedma y Carmen, bien aconchado a la orilla sur. Y por todos los cristos rechinidos, señor, que se trataba, nada menos, que del famoso queche^[116] —ahora su

rostro resplandecía de suficiencia, como si hubiera llevado a cabo la declaración más importante.

—¿El famoso queche, dice? ¿A cuál se refiere en concreto? —preguntó Beto una vez más—. No esperaba encontrar ese tipo de embarcación por estas aguas. Además, es de tan escaso porte, que no comprendo de dónde puede alcanzarle la fama.

—Es que no es un queche exactamente, señor. No piense en pequeña embarcación de un solo palo y escaso porte. El queche *Hiena* no...

—¿Ha dicho *Hiena*?

—En efecto, señor comandante. Así se nombraba en Buenos Aires y de tal forma aparece tallado en su coronamiento de popa con letras amarillas. Pero como le digo, no es un queche en realidad. Hay una tradición en el puerto bonaerense de calificar como *queche* a todo buque cuyas características no son habituales en el Plata. Antes de que diera comienzo la guerra contra el francés, este buque se encontraba en puerto con bandera gabacha. Pero una vez la maldita Francia a los pies de los caballos, apareció de la noche a la mañana con pabellón de esos Estados Unidos del Norte, que tanto han colaborado y colaboran con los rebeldes. Era voz corrida que podía haber sido adquirido o lo sería pronto por los que ya se reunían sin rebozo y maquinaban insurrecciones. Y, en efecto, cuando dio comienzo esa indigna revolución, apareció como el mejor y casi único buque de la Junta de Buenos Aires.

—Bueno, resumamos la información para no perdernos. Esta mañana comprobó desde el mirador la presencia del famoso queche —intenté retomar la narración, que se alargaba como maroma vieja—. ¿Hizo cambiar en algo sus planes dicho avistamiento?

—Por supuesto, señor —mostró un gesto cercano al de persona ofendida—. Cuando observé en la popa del queche la bandera de eso que denominan como República Argentina, sentí la sangre hervir a borbotones. Como se encuentra armado con veinte cañones de a 12, onza arriba onza abajo, y conste que no suele fallarme el ojo mariner, era un peligro formidable que podía echar abajo nuestro intento de tomar las dos riberas. Fue entonces cuando se me abrieron los ojos al palmo y planeé la maniobra perfecta que no podía fallar.

—¿Cuál es esa maniobra, si no le importa compartirla con nosotros?

Beto preguntaba ahora con menos ardor indagatorio y cierta retranca en el tono, como si comenzara a dudar de José González y su alargada historia. Por fortuna no lo advirtió el cabo, de lo que me alegré porque confiaba a pulmón en sus palabras.

—Pues parece muy sencillo, señor —volvía a mostrar la sonrisa del triunfo incontestable—. En primer lugar, tomaríamos el queche a la fuerza y, a continuación, seguiríamos adelante con el plan previsto para amenazar a las localidades de ambas bandas, ahora con disparos de cañón que es un medio más efectivo. Estoy convencido de que los rebeldes presentes en la zona correrían a carajo sacado hasta el cabo de Hornos, o por su propio pie hacia las celdas del fuerte del Carmen.

—¿Tomar el queche a la brava? ¿Pensaba abordarlo con unos pocos hombres solamente? Creo que las posibilidades de éxito serían escasas —expuse mi opinión con entera sinceridad.

—Perdonadme, señor comandante, que os lleve la contraria, si así me lo permitís. Ya le digo que esta gente no se mueve por patriotismo ni elevados ideales. El marinero Adámez me explicó que la dotación del queche es una mezcla de buscavidas, piratas, delincuentes y bucaneros, casi todos ellos extranjeros procedentes de las Antillas o naciones establecidas adonde no pueden regresar por delitos de todo Upo. Son personajes ansiosos de manejar rápida fortuna. Habían enviado dos hombres a tierra en busca de alimentos que, para su desesperación, no encontraban sin el adecuado pago. Mi sencillo plan consistía en requisar de la ciudad comestibles frescos y aparentes a la vista, así como frascas de aguardiente, para ofrecérselos a los hombres de guardia, al tiempo que les exponíamos nuestra firme intención de enrolarnos en el buque, siempre escaso de personal.

—Pero los reconocerían.

—Depende de la actuación, señor. Nos presentaríamos como gente de mar desertora de la Armada. Y una vez a bordo, con armas blancas comenzaríamos a cortar cuellos de los que circulan en cubierta, una docena solamente según mi observación. El resto debe andar bajo cubierta, bebiendo y durmiendo la serrana. Los amenazaríamos con fusiles, al tiempo que clausurábamos las escotillas a buen viaje. Y una vez en dicha situación, a cobrar las anclas y rumbo a la plaza de Montevideo. Ya sé que somos pocos hombres para marinar un buque de ese porte, pero largando el aparejo imprescindible y con la ayuda de los soldados podríamos conseguirlo.

—¿Y por qué no han llevado el plan hacia delante todavía?

—Porque mientras discutía con mis hombres las diferentes posibilidades, nos llegó la maravillosa noticia de que un buque de tres palos con pabellón de la Real Armada, posiblemente una fragata, acababa de fondear en el Negro. Debemos agradecer la información a un viejo pescador, muy leal a nuestra causa, dueño del bote en el que hemos llegado hasta aquí. No lo dudé un

segundo. Tomamos los remos y bogamos fuerte, para, al tiempo de quedar a sus órdenes como máxima autoridad de la Armada presente, solicitar su auxilio para apresar el queche y arrebatarse la mejor baza marinera de los rebeldes. Una vez tomado, izaríamos una gran bandera de la Real Armada y con él entraríamos en la plaza de Montevideo para jolgorio nacional, así como rascado de dientes sin freno en los bonaerenses.

Quedé pensativo, aunque una voz dentro de mí clamara por felicitar a aquel valiente con un fuerte abrazo. Porque comenzaba a comprender que se nos presentaba una misión de gran importancia, no sólo imposible de eludir, sino en la que gozaba con sólo pensarlo. Pero necesitaba más datos y con rapidez. Debíamos evitar que el capitán del queche advirtiera el cambio establecido en el fuerte del Carmen, ahora en manos de los apresados.

—Vamos a ver, González, necesito datos concretos. ¿Cómo es ese queche realmente? Si ha entrado hasta esa altura del río, debe calar escasos pies.

—En efecto, señor. A ojo le estimo una eslora de unos 160 pies, una manga de...

—¿Ha dicho 160 pies de eslora? —pregunté sin creer la cifra—. ¿Más que esta fragata?

—Ya le he dicho, señor, que es muy rasa y fina de líneas. Por esa razón es capaz de albergar 20 cañones de medio calibre en su cubierta superior. En cambio, le estimo unos treinta pies de manga, cuando esta fragata debe andar por los 40, y no creo equivocarme mucho.

—No se equivoca un solo pie porque esa es la manga de la *Proserpina*.

—Ya le dije que mi ojo marinero es de respetar, señor. Bueno, en cuanto a su puntal le estimo unos veinte pies y deberá calar algo menos de once, que es la sonda del río en el punto donde se encuentra fondeado. Como le decía, el armamento se compone de 20 cañones con calibres de a 12, y posiblemente alguno superior de fuste. Y, como en Buenos Aires no se dispone de más cañones que los del fuerte, deben haberlos tomado de sus instalaciones. Porque en los primeros momentos, el queche se encontraba completamente desarmado.

—Una información muy concreta y, supongo, que acertada de lleno tras su demostración —le mostré una sonrisa de complicidad—. ¿Y qué me puede decir de su aparejo?

—Es un buque de esbeltas líneas, muy fino de proa y encorizado con ligereza y galanura a popa. Utiliza palo mayor al centro y de menor guinda que el trinquete. Apareja vela redonda en los dos palos y una gran cangreja en el mayor, lo que deduzco por el tamaño de su botavara, que se engarza a

capuchina. Por la obenquería y largos observados, debe envergar dos o tres focos, así como tres estays entre palos. Y parece muy velero, sí señor, aparte de ser muy hermoso a la vista. Debe ser una bendición navegar en él, especialmente con nuestro pabellón a popa.

—¿Qué dotación le aprecia?

—Parece ser, y continúo con la información de Adámez, que siempre fue un problema encontrar dotación para ese buque y andará con una reducida. Le calculo en la actualidad, para poder marinarlo y utilizar su artillería, unos noventa hombres.

—Noventa pájaros de horca —pensaba en voz alta—, buena cordada para morder. Y dice que en cubierta se mueven una docena de hombres solamente.

—Oscila bastante, señor. Pero si les entramos a la hora de la siesta, no superarán ese número.

Quedé en silencio, manejando mis propios pensamientos. Sin embargo, no dudaba en tomar aquel buque, aunque fuera acción osada. Además, la valentía del cabo González era un acicate para nosotros. No podíamos dejar de mano lo que intentaban encarar seis hombres.

—Para atacar en la siesta deberíamos esperar a mañana. Es posible que les llegue la noticia, de que una fragata española se encuentra en el río.

—Si tienen conocimiento de que la *Proserpina* se encuentra aquí, entrarán río adentro hasta embarrancado y salir por piernas. Pero no debemos perder una unidad de tal categoría, cuando en la plaza de Montevideo escasean por más. Y no debemos olvidar que será un hachazo para la moral de esos rebeldes.

—Tiene toda la razón, cabo —dijo Beto, ahora nervioso y dispuesto a entrar en acción—. Debemos atacar ahora mismo. Si al comandante le parece bien, tomaré el mando de la operación.

—¿Tú? Creo que debería ser yo como...

—Eres el comandante de esta fragata, y aquí debes restar. Obligaciones del mando. No olvides que has de guardar la puerta del río Negro, por si deciden salir esos rebeldes a escape. Como la gloria se la deben llevar estos seis hombres, valientes hasta la copa que han maniobrado como verdaderos jabatos, los reforzaremos con Miguelillo, Okumé, poderoso como un toro, y el cabo Asier, que le anda cerca en músculos.

—Pero seríais muy pocos efectivos. Además, Miguelillo es muy joven.

—Porque no lo viste en la hacienda de Cehégín, cortando cuellos de franceses al tajo, un verdadero espectáculo. Como él dice, y puedo certificar su absoluta veracidad, es capaz de clavar un cuchillo en el morro de un

cochino a veinte pasos. Por cierto, que deberemos entregarle alguno más de los dos que siempre incorpora enjaretados en la cintura. En cuanto al total de hombres, lo estimo como cifra redonda.

—Creo que el segundo tiene razón, señor comandante —dijo González con rastros de inmensa alegría en su rostro—. Debemos abarloarnos al queche con el viejo bote y escasos hombres para que no sospechen.

—Y la lancha de la *Proserpina* deberá encontrarse situada en el recodo anterior del río, con una docena de nuestros infantes arma en mano. Así podrán entrar en auxilio, de acuerdo a la señal que establezcamos —insistió Beto, que ya se movía en situación de mando—. Los necesitaremos para controlar al resto de la dotación.

De nuevo se hizo el silencio, con mis pensamientos mantenidos en permanente recorrida. Beto tenía razón y no debía ser yo quien abandonara la fragata, por si necesitábamos entrar a muerte de cañón con el queche. Sin embargo, tampoco veía con buenos ojos que fuese él quien arriesgara la vida de tal forma.

—Creo, Beto, que no sería necesario que un capitán de fragata tome el mando...

—Por favor, *Gigante*, ten en cuenta que se trata de mi gran oportunidad. Vestiré como inmundo pordiosero y tomaré ese queche o lo que sea con los cuernos por delante. Me nombrarás comandante de presa y arribaremos a Montevideo en honor de flores.

Me miró a los ojos con el ruego más profundo marcado en su cara. Comprendía que debía ser así y no podía negarle la ocasión.

—De acuerdo. Pero demos un repaso más al plan establecido.

Me reuní en el alcázar con todos los designados para tomar parte en la arriesgada operación. Pero también exigí la presencia de los que se estimaban de necesaria consulta, entre ellos el guardiamarina Encuadro, que se encontraría a la cabeza de los soldados de batallones alistados en la lancha de auxilio, al ser el oficial más moderno, y el segundo guardián para marinarla. Y como impulsados por una inevitable urgencia, que no suele acompasar buenos resultados, discutimos los detalles con rapidez, hasta llegar a un plan final que podía ofrecernos el apetecido resultado, aunque el riesgo de fracaso fuera evidente. Y no debo olvidar que el plan diseñado se acopló con escasas variaciones al expuesto por el cabo González, un personaje a quien no debíamos restar mérito alguno.

A partir de estos momentos, y de acuerdo al objetivo inicialmente establecido por mi abuelo, cedo la palabra a Beto. Le exigí un informe de sus

actuaciones para endosar a estos cuadernillos, y que ninguna acción en la que tomara parte algún miembro de la familia quedara sin cubrir. Bien es cierto que fueron retocados por mi mano, de acuerdo a lo que pude comprobar del resultado final por boca de otros involucrados, de forma que el relato se ajustara a la verdad en un alto porcentaje, sin exageraciones ni comentarios de altura.

20. El queche «Hiena»

Siguiendo las indicaciones de mi suertudo cuñado, a quien debió acoplársele la estrella Vega en el trasero el día de su nacimiento, debo acometer el arte de la escritura, un ejercicio por el que poco o nada me he inclinado a lo largo de la vida. Deben saber que *Gigante* es más que celoso con esa ancestral obligación de los Leñanza, de pasar por escrito a unos cuadernillos la historia familiar y, por lo tanto, la propia de la Armada en alto porcentaje. Ante tal exigencia, les relataré en estas páginas la aventura vivida en primera persona sobre las aguas del río Negro, que así puede calificarse sin peligro a errar, en compañía de un puñado de valientes. Y si no me expreso con la corrección debida, deberán perdonar el fallo. Pero conociendo a Santiago, estoy convencido de que aderezará estas líneas con guindas propias, cuando traslade mis comentarios a sus inseparables pliegos.

Comenzaba a declinar el sol cuando embarcamos en un bote mugriento de escasos quince pies y una roda a punto de desbarate. Sin perder un segundo y como urgidos por una prisa enfermiza, nos separamos del costado, momento en el que ordené a cuatro de los hombres comenzar a bogar río adentro. Para sorpresa de quienes me conocían, había sido transformada mi estampa en la de un marinero con ropa cuarteada y una barretina asquerosa en la cabeza, que ya comenzaba a picar como si una legión de piojos anidara en ella. Y era digno de mención para el futuro, porque ya conocen mi fuerte obsesión por mantenerme en permanente pulcritud de cuerpo y vestuario.

En conjunto éramos once almas las que nos instalamos en el bote, hasta rebosar en peligro la borda con la superficie del agua, todos con un aspecto más cercano al de presidiarios irredentos. Además de los cinco marineros y el cabo González que iniciaran la proeza, nos apretujábamos en la inestable embarcación Okumé, Miguelillo, el cabo Asier y un marinero de confianza, Potros, para que se mantuviera alerta en el bote por si debíamos reembarcar en escapada de fuego. Habíamos estibado las armas blancas de forma que no

se delataran a la vista, aunque la gumía de Okumé reflataba cintura arriba en la espalda sin posible enmienda. Y como última defensa, Potros quedaría con mi pistola reglamentaria, por si fuera necesario su concurso.

Habíamos embarcado en el bote seis garrafas de vino, tres de ellas rellenas con agua porque no quedaba una gota más a bordo, y unas tablas de alimentos con buenas formas a la vista, aunque dispusieran de animalillos en continuo paseo por su interior. No obstante, esperábamos cuadrar a gusto el espectáculo que debíamos ofrecer. Y mientras mis pensamientos corrían en bandadas por el cerebro con una y mil estampas, blancas o negras, progresamos a buen ritmo por las aguas del río Negro. Unas tres millas después se ofrecía a la vista el fuerte del Carmen, imponente construcción de torres cuadradas, donde esos españoles leales habían sido encerrados durante meses. Admiré el perfecto emplazamiento de la edificación, habitual en los presidios españoles adelantados.

Al forzar en el curso del río un pronunciado codo de ocho cuartas a estribor, se apareció por fin la meta deseada como inalcanzable quimera, tres o cuatro millas más arriba. Un buque borneaba perezosamente sobre las aguas forzado por la corriente, al tiempo que mostraba una bandera a popa de imponentes dimensiones, enseña capaz de nublar mi vista con incontenible arrebató, la de los sediciosos bonaerenses que, de forma inmediata, deseaba quemar con mis propias manos. Pero lo que llamó de forma especial mi atención fue la belleza de aquel buque, tan estilizado de líneas y esbelto de arboladura, que producía una sensación de inmenso regusto en las tripas.

La razón^[117] del famoso queche era anormalmente alta, lo que ratificaba las primeras impresiones del cabo González, acertadas al completo aunque no las creyera al tope en un principio. Sin dudarlo aproamos hacia él en rumbo directo, momento en el que la piel comenzaba a tomar movimiento propio y el espíritu se abría en análisis de acciones futuras. Comprendí durante unos pocos segundos que nos jugaríamos la empresa y la vida misma pocos minutos después. Me dirigí a los cabecillas, entendiéndolo por tales a Okumé y los cabos González y Asier.

—¿Cuántos hombres se aprecian en cubierta?

—Uno en el mismo coronamiento con fusil en mano y desganada observancia hacia popa —comenzó Okumé—. Además, un grupito formado por tres hombres en el castillo y otro de cuatro en el alcázar.

—Un hombre de piel morena a pie del bauprés, también con fusil en la mano. Uno más sale a cubierta a través de la escotilla, estirando los brazos. Parece que el muy mamón acaba de sestear durante algunas horas —el cabo

González hablaba de costadillo, como si su única preocupación fuera la de observar la ciudad de Viedma—. Por otra parte, señor, nuestros muchachos mantienen el juego, porque la enseña facciosa continúa en el palo del fuerte. Deben encontrarse pendientes de nuestras acciones.

—Espero que disfruten con el espectáculo. Como es fácil adivinar —dije de forma que todos me prestaran atención—, el primer peligro a eliminar son esos dos hombres armados. El de popa queda reservado para Miguelillo y el de proa a Okumé, atentos a la voz de comenzar el baile. Los demás según nos acomode su posición. Nada de miramientos. Cuchilladas en la garganta que es lo más rápido, silencioso y eficaz. Bueno, Miguelillo lanzará su puñal cachetero a distancia, que puede acertar a un mosquito —comprobé la sonrisa de satisfacción del rapaz campero—. Asier se ocupará de cerrar la escotilla de proa y González la de popa, en cuanto dispongamos de camino Ubre, tras haber efectuado un par de disparos hacia su interior que les hagan orinar en sus calzas. Al abarloarnos al costado, será González quien invite a esa pandilla de cabrones con comida y bebida a la mano, al tiempo que les ofrece nuestro grupo como marineros desertores con deseo de enrolarse en el queche. Una vez en cubierta, me correré a popa hasta esa salida del tambucho, que parece quedar bajo el palo mayor, por si aparecen los mandos. ¿Todos de acuerdo?

—Preparado para llevarme en los cuernos los rebeldes que sean necesarios —Asier movía sus brazos, del calibre de un cañón de a 24, como las aspas de un molino.

—No espere mandos con categoría, señor —dijo el cabo González—. Habrán tomado algún contrabandista británico o soldado de fortuna para la ocasión.

—De esos me encargaré yo con mucho gusto —reafirmé con evidente placer—. Pues ya sabéis, muchachos, cuando dé un grito de ¡Viva la república!, cada uno a lo suyo.

El bote continuaba su firme progresión hacia el *Hiena*, sin que todavía nos hubieran prestado atención alguna los hombres de a bordo. El borneo del queche era casi permanente en unas doce cuartas, posiblemente por la acción conjunta de la corriente del río y los movimientos internos del agua. Como se encontraba en aquellos momentos con su popa hacia el desagüe, Okumé, situado a la caña, enmendó para tomar el portalón que se anunciaba en la aleta de estribor, con su meseta inferior alzada. Poco a poco distinguíamos detalles más precisos, comprobando que dos marineros, inadvertidos hasta entonces, se encontraban sentados en cubierta con la espalda apoyada en el pasamano

de estribor. El momento definitivo se acercaba de forma inexorable y ya no cabía más que apechugar con las venas a batientes.

Debíamos encontrarnos a escasas cincuenta varas de la popa, cuando el marinero apoyado en el coronamiento divisó nuestra presencia, momento en que comenzó a gesticular con movimientos verticales de su fusil hacia nosotros. El cabo González agitó a la vez sus manos como si realizara un saludo amistoso, mientras desplegaba una sonrisa de banda a banda. Por fin, conforme atacábamos su costado de estribor, movió sus manos en evidente gesto que indicaba su intención de abarloarse al portalón. Y casi llegábamos a él cuando el vigía de popa se corrió hacia la aleta, para increparnos con gritos.

—¿Quién va?

—Unos patriotas —González se golpeaba el pecho a la altura del corazón, abriendo su sonrisa un poco más si era posible—. Unos patriotas con bebida y comida para sus hermanos en lucha.

Alcanzamos el portalón, accionando Potros el bichero para amadrinarse a él. Fue el momento en el que tanto el marinero de popa como otro hombre, llegado desde el alcázar con aires de mando, sacaban cabeza hacia nosotros. Quien parecía oficiar de capitán o segundo volvió a dirigirse hacia nuestro bote.

—¿Quiénes sois y qué deseáis?

—Marineros desertados de la oprobiosa Armada española, capitán —me impresionó la facilidad de González para entrar con el engaño—. Deseamos enrolarnos en el queche, si es posible, y luchar por nuestra libertad. Al mismo tiempo, traemos víveres y buen vino, que hemos requisado en la ciudad de Viedma.

Dudó quien parecía mandar sobre el grupo, aunque la visión de las barricadas de vino debió torcer su voluntad al compás. Insistió por última vez, aunque con el tono de voz más obsequioso.

—¿De dónde habéis desertado?

—Escapamos de la plaza de Montevideo, escondidos a bordo de una balandra inglesa. Y no es tarea sencilla, porque aquellos endemoniados disparan contra la espalda a la menor sospecha. Como el buque progresaba hacia el sur, nos permitieron desembarcar en la ribera del Negro hace cuatro días. Después de vagar por Viedma durante dos jornadas, nos dijeron que el queche había fondeado y buscaba alimentos. No lo pensamos dos veces, puede estar seguro. Requisamos este bote y algunos víveres, aunque debiéramos partir más de una cara en la empresa. Por desgracia no disponemos de armamento, que en caso contrario habríamos tomado mayor

cantidad. Pero si nos conceden unos pocos hombres y armas, podemos salir de razia por la villa. Sabemos dónde es posible encontrar buenas frascas de aguardiente y algunas vacas.

Quien, como supimos después, era Tomás Fermín Jones, nombrado como segundo comandante del queche, pero en funciones de mando al haber quedado el capitán, Tomás Taylor, en Buenos Aires, nos sonrió de forma un tanto bobalicona, como si pensara beber las garrafas de vino al punto y en solitario. Pareció disipar sus dudas ante la incomparable parla del cabo González.

—Eso es lo que necesita la joven república, hombres como vosotros que abandonen las unidades de los opresores y se alisten para combatirlos. Suban a bordo y sean bienvenidos. Soy el comandante Jones.

—De ese tipo me encargo yo —recé en voz baja.

Lascaron del cabo que permitía extender la plataforma del portalón, momento en el que Miguelillo trepó por ella con evidentes muestras de triunfo. También vivaracho como una liebre, se abrazó al marinero que lo recibía como si hubiera alcanzado la libertad del reino de los cielos. Pero nos aprestábamos todos, quedando yo para el final, no fueran a sospechar al observar mi cara afeitada y con evidentes cuidados.

Una vez en cubierta, mientras dábamos saltos de alegría con los que mostrar la euforia reprimida, cada uno se dirigía a su puesto, de acuerdo a la posición de los hombres a suprimir, como si desearan charlar con sus hermanos de causa. Les había remarcado de forma repetida que la iniciativa propia era primordial, porque sería imposible prever todas las acciones posteriores. Y en mi cerebro tan sólo bullía la idea de que la estimación del cabo González, sobre la escasa valentía de aquellos hombres, fuera acertada. De acuerdo a la intención expuesta, me situé tras el que ejercía de comandante, ahora en charla con Asier. Y cuando comprobé que todos se encontraban más o menos en sus puestos, lancé el grito esperado.

—¡Viva la república!

Los únicos que reaccionaron al grito fueron mis hombres. Al tiempo que esgrimía una hermosa daga, guardada bajo la camisola, tomaba al tal Jones desde la espalda con mi brazo izquierdo por su cuello. Y ajustando el filo a fuerza contra su garganta, le dirigía unas palabras cargadas de odio.

—Como mueva su asqueroso culo una pulgada o eleve un mínimo grito, le rebanaré el cuello con placer extremo y pasará al mundo de las tinieblas a gran velocidad.

En verdad que todos realizaron su trabajo a la perfección, como si lo hubieran ensayado y concertado una y mil veces. Mientras Jones quedaba junto a mí con el rostro blanquecino y sin mover un solo músculo, cual estatua de bronce salvo el fuerte temblor que se apreciaba en todo su cuerpo, Miguelillo lanzaba su puñal contra el hombre de popa, mudado al través, a unos diez pasos en rápido vaivén de brazos. Y se clavaba en su pecho con un sonido seco, momento en el que el desgraciado abría sus brazos con la boca abierta, como si tratara de comprender lo imposible, y dejaba caer el fusil sobre cubierta. Pero ya corría el valiente para rematar a la víctima con un par de puñaladas más en el cuello y hacerse con el arma.

Por su parte, Okumé segaba dos gargantas, que largaban sangre en chorros de fuente, con la rapidez y facilidad con la que se destripa un venado en el campo, una de ellas la del segundo fusilero, haciéndose también con el arma. Y de los establecidos en cubierta caían con el gáznate rebanado cuatro de ellos, mientras dos más pedían clemencia con los brazos en alto, sin conseguirlo, y otros tres salían de estampida cubierta abajo, con heridas de diferente consideración en brazos y pecho. Tan sólo uno de ellos, un marinero fortachón apoyado en la jarcia del trinquete a estribor, tomaba su cuchillo para plantarse ante Asier. Eligió el contrario menos adecuado, porque el cabo aragonés le largaba con fuerza de toro una cuchillada en abanico que abría su estómago de parte a parte.

Sin perder un segundo, los escogidos cerraban las escotillas de proa y popa a portillón, con fuerte chasquido y retumbo de maderas, no sin que antes Okumé disparara hacia el interior con el fusil entregado por Miguelillo. El disparo era, además, la señal prevista para que la lancha se acercara hacia nosotros, varada en el último recodo del río. Al observar la rápida sangría producida en cubierta, el temblor de Jones se acentuaba por momentos, al tiempo que pedía clemencia en un tono de voz lastimero, cercano al llanto.

—No me mate, por lo que más quiera. Nada malo he hecho. Le entregaré todo aquello que desee, aunque no disponemos de un solo peso.

—Ya sé que me entregarías tu alma negra por salvar el culo, hijo de Satanás y de la puta más rastrera del puerto. Pero lo que deseo no es más que este precioso barco. Soy el capitán de fragata Adalberto Pignatti, de la Real Armada, y, al menor movimiento que observe en tu cuerpo, aunque sea involuntario, puedes darte por muerto.

Se escuchaban fuertes gritos, golpes contra las maderas y movimientos desordenados en la cubierta baja, aunque quedaran apagados a través de las escotillas cerradas. Aquellos malnacidos debían preguntarse qué sucedía en la

cubierta principal. Hablé a Jones, tras arrebatarle una pistola que incorporaba en su cintura y amartillarla para dirigirla hacia su pecho.

—Bueno, pirata del tres al cuarto, ha llegado tu momento de gloria. Ordena a la dotación con la necesaria fuerza de tu garganta que se mantengan quietos y en silencio, si no quieren que les lancemos unos frascos de fuego hacia el interior y mueran todos achicharrados bajo cubierta —acababa de inventar el posible incendio, porque no disponíamos de frasco alguno, aunque pareció surtir el efecto deseado—. Comunícales que el queche *Hiena* pasa a legal poder de la Real Armada, apresado por personal de la fragata *Proserpina*, unidad que se encuentra pocas millas río afuera. Desde ella nos alcanzan en estos momentos unas lanchas con soldados de infantería de Marina para ayudarnos a controlar este rebaño de maricones.

El marinero Potros se sumaba a la fiesta con mi pistola en la mano, mientras Okumé gritaba que ya se acercaba la lancha a remo de fuerza en dirección al portalón. Jones, todavía con el pánico encastrado en su rostro, comenzaba a gritar por el portillo de la escotilla hacia sus hombres.

—¡No quiero escuchar una sola voz, cojones! ¡Todos quietos y en silencio, si queréis salvar la vida! En caso contrario, moriréis carbonizados entre las brasas. Hemos sido apresados por hombres de una fragata de la Armada española y nos va el pellejo en ello.

—Armada no hay más que una en el mundo, bucanero del carajo, y es la Real de España —apreté la pistola contra su frente, con evidentes ganas de descerrajarle un tiro entre los ojos—. ¿Lo has comprendido bien, cobardón de huevos blandos?

—Desde luego, amigo. No se preocupe que...

—¿Has dicho amigo? —apreté con más fuerza mi pistola—. ¿Amigo de quién, pellejo de zorra? En tu puta vida vuelvas a dirigirte a mí de esa forma. Para ti, soy el señor comandante de este buque, tomado en presa de ley a unos piratas de mierda, que deben ser ajusticiados en cuelgue desde una verga sin mayores miramientos. Así que ya lo sabes. Para ti, seré en todo momento ¡señor comandante! ¿Lo has entendido, mamón de pollas purulentas?

—Perdone... —volvía a temblar a la vista con el rostro encerado—. Perdone, señor comandante, pero no somos piratas sino hombres de mar pertenecientes a la Armada de la República... —se detuvo en seco, al observar mi cara y la vena que se hinchaba en la garganta.

—¿Has dicho República? ¡Por los cojones del marqués! ¿República de qué? ¡República de mierda! Ese pabellón que enarbola a popa no es de nación reconocida, por lo que es similar en todo a buque pirata. Y no me toques los

huevos una pulgada más o serás ajusticiado de inmediato, como corresponde a tu condición. ¿Lo comprendes, mamón de jenízaros? —ahora le gritaba a pulmón y a escasas pulgadas de su cara.

—Por supuesto, señor comandante —su voz tremolaba a gorjeo de pánico.

La lancha acababa por abarloadse al portalón, del que saltaba el guardiamarina Encuadro con su impecable uniforme y sable en mano, dispuesto a llevarse por delante una brigada de sediciosos, una estampa digna de ser plasmada en cuadro. Comprendí que podía relajar mi ánimo y encararlo todo con mayor tranquilidad. El caballero era seguido con rapidez por la docena de fusileros, que apuntaban sus armas en todas las direcciones y con caras de pocos amigos. Sin perder un solo segundo, los cuatro rebeldes que se mantenían con vida sobre las tablas eran amarrados de manos y pies. Mientras tanto, era significativo que desde la cubierta baja no nos llegara ningún sonido o voz cortada. Volví a dirigirme a Jones.

—Tus compañeros de futuro presidio deben estar cagados de miedo, que ya se huele la peste aquí arriba. ¿Cuántos sacamantecas hay ahí abajo? —le señalé la escotilla con evidente desprecio.

—En total somos 96 hombres, o piratas si así lo prefiere, señor comandante.

—¿Contando los que ya han caído?

—Así es, señor comandante.

—Grítales a través del portillo con claridad que han de salir en grupos de diez hombres, según se les vaya ordenando. Todos con los brazos en alto, en riguroso silencio y sin prisas. Al primer movimiento extraño, ordenaré disparar a mis soldados apuntando a la barriga, que es la muerte más lenta y dolorosa a sufrir. Y como pronuncies alguna voz extraña, o que así lo entienda, te juro que me darás el gusto de descerrajar un tiro contra tu generosa panza.

—No se preocupe, señor comandante, haré lo que me ordena letra a letra y colaboraré en todo si me respeta la vida.

—Esa decisión se encuentra todavía escrita en el aire, cobardón de mierda.

Tenía razón el cabo González en sus augurios, porque aquella dotación era más bien un rebaño de hombres sin sangre ni huevos. Y al igual que el pirata Jones, casi todos hablaban español con acento extranjero, la mayor parte con gangueo britano. De esta forma, comenzaron a salir por la escotilla en grupos, cabeza baja y ni una mirada agria. Conforme respiraban aire puro, eran amarrados en firme de manos y pies, así como trincados a los cáncamos

duros de la cubierta. Y una hora después, cuando comenzaban a caer las luces, tomaba las últimas decisiones.

—Veamos, Jones, ¿dispones a bordo de algún pabellón de la Real Armada?

—No lo sé, señor comandante. La verdad es que yo soy solamente el segundo de este buque. El mando lo detenta el comandante Taylor, que permanece en Buenos Aires.

—¡Responde a mi pregunta o te llevo por delante, por todas las putas que han parido a esa manada! ¿Dispones de pabellón de la Real Armada a bordo?

—Creo que sí, señor comandante. En la timonera hay enseñas de diversos países.

—Asquerosos contrabandistas. Acompáñame, tómalo con tus manos y trabaja.

Jones arrió la bandera de la intitulada como República de Buenos Aires con rapidez, un trapo que lancé de forma despectiva hacia la timonera. A continuación, izó en la driza la correspondiente a la Real Armada, aunque no del tamaño deseado, con los aplausos de González y los demás hombres. Me dirigí a Jones de nuevo en el mismo tono destemplado.

—Señala los hombres más fuertes para que viren el cabrestante y leven las anclas. Después pasarán a la lancha y nos remolcarán río afuera, hasta alcanzar la posición de fondeo de la fragata *Proserpina*.

—Lo que ordene, señor comandante.

Sin una sola protesta o grito airado por parte del rebaño, levamos las dos anclas y comenzamos a ser remolcados por la lancha, patroneada por Okumé, a quien había regalado la pistola del pirata Jones. El africano mostraba en su mano aquel magnífico ejemplar de la arcabucería inglesa con orgullosa sonrisa, mientras manejaba la caña de la embarcación. Y una vez amartillada, la apuntaba con movimiento de abanico hacia los remeros, que se esforzaban en la boga sin especiales requerimientos. Por fin, comenzaba a cerrarse el sol por el horizonte, cuando alcanzamos la posición de la *Proserpina*, momento en el que los gritos y vítores se dejaban oír desde la fragata, para celebrar el apresamiento del famoso queche *Hiena*, con el pirata Jones bajo mi bota. Y aquí finalizo la narración impuesta, para que mi cuñado Gigante retome la suya al gusto. Tan sólo desearía agregar como remate que mucho disfruté con aquella épica aventura sobre las aguas del río Negro.

* * *

Me mantuve con el alma en vilo desde que dejara de observar en la distancia el bote con mi cuñado a bordo, acompañado por un grupo de valientes que se disponían apresar una hermosa embarcación, a las bravas y con los huevos por delante. Y no se trataba de lanchón de arsenal sino de la unidad más importante de la Marina sediciosa de Buenos Aires, superior a todas las españolas estacionadas en el apostadero. Poco después era nuestra lancha la que abandonaba el costado, para bogar río adentro con los doce soldados de Marina escogidos y el guardiamarina Encuadro a la cabeza. Fueron horas o minutos que se alargaron sin término, un tiempo en el que por mi cabeza aparecieron imágenes de todo tipo. Y por encima de ellas, prevalecía la de Beto capturado por los rebeldes, para ser ajusticiado a continuación en la verga de la mayor sin remisión, mientras era insultado a gritos. Para cuadrar a negras, no cesaba de repetirme la mala suerte que suponía no poder progresar río arriba con la *Proserpina* y entrarle en fuegos a los malditos.

Cuando apareció por el último recodo del río el famoso queche, en un primer momento creí que se trataba de un espejismo, debido a mi ferviente deseo. Pero no era más que la deseada y fantástica realidad, porque un estilizado buque a palo seco era remolcado por nuestra lancha en dirección a la *Proserpina*. Sonreí al comprobar que Beto lo había conseguido, sin olvidar a quienes lo acompañaban en aquella gesta de valor incomparable. Y ya se encontraban a escasas varas cuando prorrumpimos en gritos, al tiempo que ordenaba a cornetas y tambores repicar en gala. Poco después podía comprobar la figura de mi cuñado, vestido como un pordiosero, con su pistola apuntando a un hombre de regular estatura y uniforme acicalado, a quien supuse como capitán del *Hiena*.

Con los hombres de la *Proserpina* intentamos aclarar la situación con rapidez, tanto a bordo del *Hiena* como en el necesario traslado de los rebeldes hasta la fragata. Y era cuestión a abordar sin excusas, que ya el sol se rendía y disponíamos de escasas horas. Por una parte y como principal cuestión, debíamos conocer el estado del buque en su parte marinera pensando en futuros, mientras poníamos en seguro a tanto desalmado. Había ofrecido un fuerte abrazo a mi cuñado, antes de que saliera a la carrera para mudarse de ropa y no mostrar a bordo tales trazas. Mientras tanto, don Anselmo bregaba a bordo del queche, al tiempo que otros oficiales de mar cumplían su parte.

Para no complicar la situación bajo cubierta, decidí mantener a los prisioneros, aquel conjunto de maleantes salido de las tabernas más tiradas del Caribe, amarrados de manos y pies. Asimismo, fueron encordados en dos grupos, para ser afirmados a los cáncamos en el castillo y la toldilla. Y para

mi asombro, apenas salieron de sus bocas unas pocas quejas, elevadas con sumo respeto. Habían escuchado tantas veces que serían considerados como piratas por la justicia española, que ya imaginaban la cuerda del ahorcado con precisión. Dormirían al raso, pero no me preocupaba tal condición porque el tiempo era caluroso. Además, aparentaban excelente salud y haber disfrutado de buenos alimentos.

En la primera oportunidad, Beto me narró con todo detalle lo sucedido en el queche. Y no me extrañó el escaso ardor combativo apreciado en aquellos hombres, lo que era de esperar de quienes no luchan por un elevado ideal sino por las monedas o prebendas que han de recibir. Ambos decidimos mantener a Jones como uno más del grupo, sin privilegios, aferrado el primero de la cuerda de toldilla. Además, Beto ofreció una excelente idea que, al paso, solucionó uno de los problemas a bordo.

—Esos desalmados deben trabajar duro y no navegar como damas en paseo. Que entren a las bombas de achique y así liberamos a nuestros hombres de ese martirio, que ya se alarga demasiados días.

—Me parece una idea estupenda. Ya sabe, Romarate —me dirigía al oficial, situado a escasa distancia de mí—, que suelten al primer grupo, de acuerdo al monto seleccionado. Deberán ser acompañados por soldados con armas en la mano cubierta abajo, con especial atención y sin permitir su cercanía a la borda. Y que pasen todos a la faena sin excepción, incluido ese Jones acicalado. Como dispondrán de relevos en gran cantidad, que son más de noventa los hombres a disposición, se les debe exigir fuerza máxima en las palancas, aunque tengan que echar las tripas por la boca. Es posible que con ello disminuya todavía más el nivel del agua en la bodega.

—Muy bien, señor.

Mientras Romarate salía a la carrera, quedaba con Beto a solas.

—Bueno, Beto, quedas nombrado comandante del queche *Hiena-presa*, con todas las prerrogativas que las ordenanzas marcan al respecto para tal condición, debiendo ser llamado en esta forma hasta que la superior autoridad decida imponerle otro nombre. Y no es mando a desechar porque debe navegar como los ángeles.

—Eso estimo, con sólo comprobar su andar a remolque. Cae a la banda como una falúa, al tocar la rueda un escaso ángulo. Bueno, debo agradecerte el nombramiento. Es la segunda vez que me designas como comandante de una presa, aunque esta es bien distinta, o así lo espero.

—Era la solución adecuada, y no sólo porque hayas dirigido su captura. Estoy seguro de que disfrutarás con la navegación hacia Montevideo.

—No me cabe duda —Beto quedó pensativo unos segundos, antes de mostrar un gesto de seriedad en su rostro—. Santiago, debo pedirte un importante favor.

—Tú dirás.

—Cuando lleguemos a Montevideo, la captura del queche será festejado por lo alto. Debe de ser una de las pocas alegrías habidas en el virreinato, durante los últimos meses, para los españoles auténticos. Será el momento de que sugieras al comandante del apostadero la conveniencia de que me nombre comandante del *Hiena* en firme. Pero un nombramiento efectivo y nada de efecto provisional. Como disfruta de poderes delegados de la Regencia y de la Secretaría de Marina, le será sencillo.

Me dejó fuera de lugar la postura adoptada por mi cuñado, porque sabía lo que tal petición significaba. Aunque un sentimiento de tristeza inundó mi pecho, tras mirarlo a los ojos comprendí ese anhelo que tanto nos mueve a los oficiales de la Armada. Y, en su caso, habría elevado la misma petición sin dudar.

—Te comprendo muy bien, Beto. Lo siento solamente por mi hermana Rosalía, que deberá esperar algún tiempo tu regreso y sufrirá por ello.

—Esa vida es la que escogimos. Deseo mandar en la mar al precio que sea. Y este queche es un buque magnífico, con el que mucho disfrutaré navegando por los mares australes. Además, se presenta una dura tarea por delante en estas aguas y estas tierras.

—Muy dura. No sé qué será de nuestras provincias en América, aunque no podamos repetir estas palabras más allá de la cámara.

—Es fácil adivinarlo, si no surge un milagro. Con España invadida por los franceses, la Armada bajo mínimos y los soldados del Ejército en lucha a muerte por la Península, ¿quién nos va a apoyar en estas legítimas aspiraciones? Menos Portugal, que puede olerse una tostada de grano gordo en casa propia, el resto de las potencias, comenzando por la más fuerte, la Gran Bretaña, sueñan con instalar estaciones comerciales por todas las tierras hispanas de América. Ya sé que se dividen entre patriotas y realistas, como aquí los nombran, pero sin refuerzos será tarea muy difícil. Por eso te decía que es bueno disponer de un capitán de fragata extra en el apostadero. Son escasos los jefes de la Armada y el trabajo se multiplicará.

—De acuerdo, amigo mío. No te falta razón y concuerdo con tus palabras. En cuanto arribemos al Plata, se lo comunicaré al jefe de escuadra Salazar. Y supongo que lo aceptará con los brazos abiertos.

—También yo.

—Bueno, ahora debemos pensar en la travesía hacia el norte. Aunque mañana podemos recorrerlo de proa a popa, de momento parece que los informes sobre el *Hiena* son muy favorables.

—En efecto. Se encuentra en perfecto estado de casco, arboladura y cabuyería. El aparejo sin una merma y con un cargo de respeto completo. No creo que haya muchos barcos de porte con una razón tan alta como la que goza el queche. Incorpora más trapo del previsto, con cuatro foques y cuatro estays. Estoy convencido de que debe ceñir a la cuarta. Sin embargo, la artillería, que es española de la fábrica de La Cavada, no puede rendir bien en su situación actual.

—¿Tienen demasiados años los cañones?

—No, las piezas han disparado muy poco y sus ánimas se encuentran en buen estado, aunque no dispongan de una sola llave de fuego y sea necesario el tradicional uso del botafuego^[118]. Como se encontraban montadas entre merlones en el fuerte de Buenos Aires, no les importaba ese aspecto. Pero no me preocupa ese particular detalle, sino lo mal que han sido instaladas, cuando se armó el buque con veinte cañones.

—¿A qué te refieres?

—Que las troneras se encuentran desequilibradas, los aparejos sin suficiente recorrido y su trinca a bordo es muy defectuosa. En estas condiciones no podrían ser disparadas sin peligro propio. Al llegar a Montevideo deberíamos trabajar en esa línea. Considero muy importante que se deje al queche útil al ciento para el combate. En cuanto a la munición, dispone de treinta balas por pieza, pero todas rasas. Para beneficio de luces, la pólvora, aparece en elevada cantidad con jarras de relumbrón.

—Comprendo. Parece que no perdiste tiempo a bordo. Pero ahora lo que debe preocuparnos es que has de marinarlo hasta el Plata. Espero que no suframos otro temporal pero no debemos descartarlo. En cualquier momento puede soplar uno de esos pamperos y llevarnos en vuelo hasta la isla Ascensión, aunque el barómetro no entra en picado. Toma el personal de la *Proserpina* que estimes necesario.

—De entrada, puedo quedarme con los que se encuentran a bordo en situación de transporte. También con el cabo González, que se me ha ofrecido voluntario, y todos sus marineros, incluidos los que aún restan en el fuerte. Sin olvidar algunos de los apresados, ofreciéndoles rebaja de penas y convenientemente vigilados. Cuando establezca un mínimo plan de combate, podré decirte si necesito alguno más. El aspecto más problemático del queche

es la falta de alimentos. Parece que llegaba para una ligera comisión o se dedicaron a la bacanal diaria.

—Ambas condiciones son muy posibles. Mañana entraremos con la lancha en Carmen de Patagones y, además de comprobar que los soldados del fuerte se hacen con el control de las localidades, compraremos alimentos. Aún guardo algunas monedas propias.

—¿Monedas propias? Nada de eso. Como tanto Carmen de Patagones como Viedma se pusieron de parte de los rebeldes, y en dicha situación se encuentran en estos momentos, puedes entrar en requisita de guerra con todas las de la ley. Lo merecen.

—Beto, los civiles se ponen de parte de quien muestra armas en la mano. Son capaces de dar vivas a Satanás, si con ello salvan vida y hacienda. No es justo que los dejemos sin lo que necesitan para vivir.

—Siempre he dicho que eres demasiado generoso. ¿Qué piensas hacer con esa pandilla de piratas?

—Entregarlos en Montevideo para que sean juzgados. Y debemos hablar con el tal Jones, a ver qué información nos puede ofrecer. Es posible que haya alguna otra unidad sediciosa en las cercanías, o que hayan concertado punto de cita para otra misión. Sería fantástico entrar en Montevideo con dos presas a costas.

—Una ocasión para vivirla. Pero no podrías marinar tantas unidades —Beto sonreía de adelantado placer—. Muy bien, hablaremos con Jones. Pero descansemos por hoy, que mañana será un alargado día.

—¿Piensas dormir a bordo del *Hiena*?

—Todavía no. Miguelillo y un par de hombres están limpiando la cámara del comandante, ocupada por Jones, que abriga mierda hasta los baos. Esta noche debes despedirme a bordo como merezco.

—Por supuesto, aunque preferiría llevar a cabo la despedida mañana, con mejores alimentos a disposición.

—Mañana te invitaré yo a bordo del *Hiena*, si hemos conseguido buenas viandas y algún aguardiente generoso —Beto continuaba con su sonrisa en luces—. Y no te celes demasiado cuando el *Hiena* avantee de corrida a la *Proserpina*, en su camino al Plata.

—Vete al cuerno. Bien, avisaré a Okumé para que prepare la cena.

—No es necesario, ya lo puse al corriente.

Cenamos con gusto, aunque el vino fuera muy difícil de trasegar sin agua. Pero en momentos de gloria, todo entra bien aunque sea por boquera estrecha. Me sentía feliz por la captura del *Hiena*, pero mucho más al contemplar la

dicha en el rostro de Beto. Al pobre le había perseguido la mala suerte con los mandos en la mar y ahora podía redimirse a bordo del queche famoso, que pasaba a ser el queche de sus sueños. No obstante, el rostro de mi hermana Rosalía, al recibirme en Cádiz semanas o meses después, mostraba el lado oscuro del cuadro. No sería fácil decirle que su esposo quedaba de comisión en las Indias, en terreno peligroso y por tiempo indeterminado. Era el único lunar de aquella espléndida jornada.

21. Río de la Plata

Los acontecimientos se sucedieron con rapidez, sin que apareciera mota negra o problema menor en el horizonte. Al día siguiente, Beto tomó la lancha para acercarse hasta Carmen de Patagones donde, al igual que en Viedma, se observaba revuelo de gentes. Debía haberse corrido al galope tendido el apresamiento del queche y la presencia de una fragata de la Real Armada en la desembocadura del río Negro, con el consiguiente nerviosismo de buenos y malos. Aquellos que se sentían demasiado comprometidos con la causa de los rebeldes, salieron de escapada con los ajuares sin largar mirada atrás. Los soldados del Ejército y marineros de la Armada estacionados en el fuerte como dueños y señores, se hicieron con el control de las dos villas sin necesidad de disparar un solo tiro, ni necesitar apoyo de nuestra parte. Y al ser preguntados por Beto, los soldados decidieron quedarse atrincherados en el fuerte y mantener el dominio del río Negro, lo que encontré muy oportuno para la causa y los futuros movimientos de tropas. Por su parte, los marineros fueron convencidos de la necesidad de sus manos a bordo del queche.

También consiguió Beto alimentos en mayor cantidad y calidad a la prevista, con algunos costillares dignos de los mayores elogios. Y no todos se debieron al pago, sino bastantes viandas y caldos ofrecidos en generoso obsequio para los que denominaban como héroes en la liberación de la ciudad. Bien es cierto que no hay nada comparable al paseo de soldados con fusiles a la vista para cuadrar voluntades. En cuanto al relleno de la aguada para las dos unidades, fue tarea sencilla y con líquido de excelente calidad. De esta forma, el flamante comandante del queche *Hiena* regresó a mi lado, con el fin de inspeccionar su buque con detalle y calcular las necesidades mínimas de personal.

Recorrimos la presa a fondo y sin dejar chaza alguna por fuera de nuestra mirada, acompañados de don Anselmo y el cabo González. Y en verdad que nos regocijó la inspección porque se trataba, en líneas generales, de un

material de muy buena calidad, excelentemente mantenido y con características que le abrían muchas posibilidades para operar en ríos o mares abiertas. Sería en el futuro, sin duda, una excepcional pieza en apoyo de la desnutrida división naval a cargo del apostadero, y pasaría a ser el elemento más adecuado para ejercer dominio en las aguas del Plata.

Por mi parte, tan sólo encontraba el *Hiena* un tanto desproporcionado en el conjunto de su artillería, de elevado número y con todas las piezas del mismo calibre, lo que podría redundar en demasiado peso para la cubierta principal. En cuanto a sus posibilidades de maniobra, Beto lo calificaba sin dudar como muy marino, aunque se temía que en mares duras, no se comportara muy fuerte de maderas. No obstante, y en principio, su misión principal se llevaría a cabo en mares de cierre, o eso podíamos prever. Y era de mencionar el extraordinario ojo marino del cabo González, porque no equivocó en más de un pie las medidas apreciadas al queche en la distancia, incluso en el porte de peso, porque estaba consignado en los fletes como unidad de 800 toneladas, lo que le comuniqué al interesado para su propia satisfacción.

También descubrimos otras sorpresas a bordo del *Hiena*, de las que algunas nos hicieron levantar sonrisas. En primer lugar, encontramos abundante información sobre el queche, desde su compra dos años atrás para el Estado de Buenos Aires, que así aparecía en pliegos, como las intenciones de los rebeldes en diversas operaciones previstas con todo detalle, que debían ser apoyadas por la unidad apresada. Y fue gracioso comprobar que el segundo comandante don Tomás Fermín Jones, como así aparecía en la patente de nombramiento, mantenía una generosa despensa particular, con buenas carnes y un magnífico aguardiente, material que dejé a cargo de Beto para su uso personal, con gran satisfacción de mi cuñado y de su inseparable Miguelillo. El joven campero tomaba posesión de la cámara del comandante en nombre de su señor, ejerciendo como Okumé en la *Proserpina* sin variación alguna. Y era de reconocer que buena escuela había disfrutado.

Aquella primera jornada tras el apresamiento, comimos alimentos de mejor calidad, especialmente la carne de un costillar que se deshacía en la boca, acompañada por un vino rascón al que no le hicimos ascos. Y para mi felicidad personal, el nivel de agua en la bodega de la *Proserpina* bajaba más a la vista, tras nuevos retoques del calafate en la proa, y el bombeo al que eran sometidos los piratas en trabajo de forzados, con fusiles a su alrededor en deuda de enemigos. Tal situación supuso un magnífico aporte para los

soldados del Ejército y otros miembros de la dotación, que se vieron aliviados de tan pesada y continua tarea.

En su conjunto, disfrutamos de una gloriosa jornada, un día de felicidad sin trabas porque todo parecía torcerse a buenas, y así esperábamos continuar hasta la llegada a Montevideo. Establecimos para la siguiente mañana nuestra salida definitiva del río Negro, con intención de progresar hacia el norte. Y no atacaríamos navegación galana de momento, porque el viento se mantenía entablado del norte y fresquito, con lo que sería necesario bolinear en diversas bordadas^[119].

Tras el almuerzo, decidimos hablar con Jones a fondo, para intentar sonsacarle alguna información más sobre el queche y otras noticias que nos fueran de interés. Pronto pude comprobar que, como aseguraba Beto, ese hombre sería capaz de recitarnos hasta el catecismo estudiado en la juventud, con sólo observar un arma de fuego o espada de brillo en las cercanías. Escogimos mi cámara para llevar a cabo la charla, con el pistolón arcaico bien visible en mi fajín, un arma que infundía terror hasta a mis propios hombres. Y al observarlo más de cerca, debí admitir que no tenía mala planta aquel bellaco, incluso pudiendo ser considerado por las mujeres como un hombre de agraciado rostro y buenas maneras.

Jones entró en mi cámara con los brazos amarrados a la espalda y el rostro teñido en blanco. El soldado de batallones, un catalán pelirrojo de elevada estatura al que apodaban Manresa, preguntó si debía quedar a su lado con el arma montada, tras dirigirle una mirada de desprecio al señalarlo. Tras indicar con la cabeza que nos dejara a solas, hicimos sentar a quien nos miraba con ojos de miedo en un taburete de escaso círculo, que la incomodidad siempre ayuda a soltar la lengua, mientras Beto y yo ocupábamos los dos sillones.

—Bueno, Jones, tenía ganas de hablar con usted a fondo y sin prisas. Soy el capitán de navío de la Real Armada Santiago de Leñanza, comandante de la fragata *Proserpina*. Parece que se encuentra en una muy delicada situación, no hay duda —moví la cabeza hacia ambos lados en afirmación de mis palabras—. Debo recordarle que fue apresado cuando mandaba un buque con pabellón no reconocido, acción equiparable a la utilización de bandera de piratería en nuestras leyes.

—Verá, señor comandante, con el debido respeto debo exponerle que ha debido producirse un error o confusión por nuestra parte, y le juro que no miento una lasca. Cuando el Gobierno de Buenos Aires nos contrató...

—¡Qué Gobierno ni que zarandaja! —interrumpió Beto con la voz en tono agrio, al haber planeado momentos antes que él ejercería de hombre malo

durante el interrogatorio—. Habla con propiedad, pirata cabrón, o te colgaré por los huevos del peñol del trinquete en escasos minutos.

—Calma, Beto, no te ofusques. Deja que hable este pobre hombre. Pero, eso sí —ahora me dirigía a Jones, que había vuelto a palidecer—, no pronuncie barbaridades que puedan ofendernos, o no seré capaz de retener a mi segundo. Supongo que se refería a esos rebeldes que se han levantado en armas contra el legítimo poder español.

—A eso me refería, señor. No soy experto en temas políticos. Cuando esos rebeldes nos contrataron para marinar el queche, nada sabíamos de legalidades. Tan sólo asumí, como tantos otros compañeros de mar, un trabajo del que hemos vivido siempre. Además, el mando quedó a cargo de Tomás Taylor.

—Quiere convencerme de que en el Río de la Plata nada sabía de la contienda abierta entre esos sediciosos de Buenos Aires y las verdaderas autoridades españolas. ¿Cree que soy idiota? Mal comenzamos la charla.

—Le juro por la salud de mi alma, señor, que tan sólo acepté marinar el barco, la profesión a la que me dediqué desde el momento de abrir los ojos en esta vida.

—¿La salud de tu alma? ¿De qué alma nos hablas, bastardo de los cojones, si no conoces el significado de esa palabra? —Beto entraba a la brava de nuevo.

—No le creo, Jones —aseguré, mientras solicitaba calma a Beto con mis manos—. Pero, dígame, ¿dónde y cómo adquirieron ese buque?

—El queche se encontraba en aguas del Río de la Plata, procedente de Francia y con bandera de conveniencia, en el momento de la revolución, dedicado al transporte de mercancías en general. En su documentación aparecía con el nombre de *L'Hyene*, o quizás como *L'Haine*, no estoy seguro. De ahí el nombre aplicado en español de *Hiena*. Fue comprado por don Juan Larrea con dinero de su propio bolsillo en septiembre de 1810, por cuenta del Estado argent..., perdón, quiero decir de ese grupo de rebeldes. Se trata de un hombre adinerado porque no solicitó los 25.000 pesos del importe hasta meses después, al considerar el mal estado de las finanzas de esos revoltosos.

—¡Nada de revoltosos! ¡Un hatajo de hijos de puta alzados en armas!

Beto volvió a bramar, por lo que debí hacer un esfuerzo para contener la risa, al observar cómo le cambiaba la cara a Jones cuando mi cuñado entraba en escena. Le hice una nueva señal para que me dejara continuar. Pero debíamos fomentar el miedo que, sin duda, el nuevo comandante del queche provocaba en aquel pobre hombre.

—¿Ha dicho Juan Larrea? ¿Se trata de un criollo? —pregunté con cierta delicadeza.

—Nada de criollo, señor. Tuve el placer de cono..., bueno, quiero decir que lo conocí hace un año en una reunión y me aseguró ser natural de Mataró, villa española. Y como es una persona de mucha fortuna, se encargó de adquirir los bajeles que, en su opinión, eran necesarios para vencer a los españoles en el Plata. Aseguraba que desde España no se enviarían refuerzos, dada la maltrecha situación de su Armada. Posteriormente fue nombrado ministro de Hacienda.

—¿Ministro de Hacienda? Todas esas ratas de cloaca buscan solamente beneficios personales. Será hijo de la gran ramera ese mamón español. Así caiga en mis manos que le explicaré lo que significa la palabra *patria* —Beto entraba a por castañas en todo momento.

—¿Y se han comprado más barcos para los rebeldes? —pregunté en tono serio.

—Pues... —pareció dudar por primera vez, pero una simple mirada hacia Beto le hizo decidirse—. Aparte de los que, según se estimó, serían entregados por gobiernos interesados en la lucha de liberación, como la llaman esos rebeldes, apalabró con cantidades anticipadas dos bergantines británicos, una fragata rusa, una goleta angloamericana y diversas balandras. Bueno, creo que también entraba en el lote una corbeta, aunque desconozco su procedencia. Antes de abandonar el Plata pude observar la goleta de diez cañones, el bergantín de dieciocho y una balandra de tres, pero las otras unidades no sé si han sido adquiridas todavía. Y creo que para el mando de toda esa marina, le han ofrecido el cargo de comodoro a William Brown.

—¿William Brown? —dije, pensando—. ¿No aparece ese nombre en la lista de los contrabandistas del Plata más buscados? —pregunté a Beto.

—No lo recuerdo.

—Seguro que es él, señor comandante, porque a esa actividad se dedicaba desde hace años. Pero es un excelente hombre de mar. Y no sólo mandará el conjunto de buques, sino que ha sido encargado de reclutar las dotaciones necesarias para ellos.

—¿Dotaciones de patriotas criollos o españoles? —pregunté con una ironía que no pareció comprender.

—Se autorizaba a reclutar gentes de cualquier procedencia o nacionalidad, siempre que fueran capaces de efectuar su oficio de mar. Fue el caso del queche *Hiena*, como le decía antes, donde pocos criollos o españoles aparecen.

—¿Y qué ha hecho el queche hasta ahora? ¿A qué funciones lo dedicaban?

—Cuando fue adquirido se le envió a Barracas con escasos marineros. Debía reparar algunos desperfectos, así como modificar su estructura para que le fuese posible instalar la artillería de 20 piezas de a 12 que le asignaron, procedentes del fuerte de Buenos Aires. Una vez finalizadas las obras e instalada parte de dicha artillería, quedó fondeado en balizas interiores y allí permaneció en espera, bajo el mando de Taylor, y yo como su segundo. Y casi se pierde cuando los buques españoles bombardearon Buenos Aires.

—¿Le opusieron resistencia?

—¿Nosotros? Nada de eso. Para que no cayera en manos de los españoles, lo varamos en la costa, cerca del Retiro. Semanas después lo sacamos de la varada y finalizamos su alistamiento. Durante el primer sitio, con el *Hiena* rompimos el bloqueo, transportando pertrechos al ejército de Buenos Aires. Para ello desembarcamos en la playa del Buceo de la Luz, en la banda oriental del Plata.

—Y dice que poco sabe de políticas —Beto movía la cabeza hacia ambos lados—. Para colmo de males ha combatido contra las fuerzas de España. Merece la muerte en la horca o una más lenta.

—Continúe, Jones.

—Poco queda por relatar, señor comandante. Después del ligero periodo de paz establecido, se armó el queche al completo, tal y como se encuentra ahora. Taylor continuaba al mando, yo de segundo y como oficiales de guerra Diego Robinson, Tomás Wilson y Cornelio Tobin. Un mes después y en ausencia del capitán, me comisionaron a Carmen de Patagones al mando, para reforzar la plaza ante un posible ataque desde Montevideo. Y parece que nos burlaron los del fuerte, a los que estimábamos amigos.

—¿Robinson, Wilson, Tobin? Parecen grandes patriotas de cuna española. —Beto empleaba el tono despectivo—. ¿Por qué les asigna nombres españoles a esos extranjeros de mierda?

—Bueno, así se nos ordenó.

—¿Reciben ayuda directa de los buques de la *Royal Navy*? Tengo entendido que en el Plata se encuentra destacada la fragata *Nereus*.

Dudó Jones de nuevo antes de responder. Pero por mi parte estaba convencido de que no nos mentiría y contestaría a todas las preguntas.

—Bueno, apoyo directo de la fragata no lo recibimos, pueden creerme. Sin embargo, cuando se esperaba el arribo de los buques adquiridos y otros con armamento para las tropas de Buenos Aires, desde la *Nereus* nos

comunicaron que, si esas unidades izaban pabellón británico, se les autorizaría la entrada en el puerto bonaerense sin inspección alguna. También nos aseguró que a los buques españoles se les había ordenado no apresar ninguna unidad, que navegara bajo dicho pabellón.

—¡Cerdos británicos! ¡Malditos hijos de puta! —Beto volvía a explotar, aunque ahora era con sinceridad—. Un caso ejemplar para demostrar su leal alianza con nosotros. Y eso que ayudamos a una de sus fragatas para que no cayera en manos de los franceses. Así revienten todos esos bastardos de las islas británicas, sufriendo pujos de vientre y vómitos de sangre.

Se hizo el silencio, mientras asentía con mi cabeza. Lo que nos temíamos era una palpable realidad y las autoridades españolas se decidían por no molestar a los británicos, una posición que me era imposible comprender, al igual que le sucedía al comandante general de la Escuadra, don Cayetano Valdés.

—¿Tiene algo más interesante que contarnos? Ya sabe que cuanto más colabore, menor será su pena.

—Le juro, señor comandante, que estoy dispuesto a cooperar con ustedes en todo lo que sea necesario. Y si quieren que colabore para marinar el queche hasta Montevideo...

—¿Embarcar bajo mi mando, escoria humana? —Beto volvía a saltar en sinceros—. Se mantendrá amarrado con sus compañeros de piratería y accionando las palancas de las bombas hasta que arribemos al Plata y pase a manos de la justicia. Por favor, que me quiten a este miserable cobarde de la vista.

Beto se dirigió hacia el portón para avisar al guardián, que entró con su fusil en la mano.

—Llévese a este cobardón de mierda con sus compañeros de bellaquerías. No quiero volver a verlo.

De esta forma, quedamos Beto y yo a solas. Ambos sentíamos la cólera en molimiento por nuestras tripas, aunque sabíamos que poco podíamos hacer.

—Confirmada la faena y bajada de calzas de nuestras autoridades. Razón le sobraba al general Valdés. Que no se moleste a los ingleses ¡en aguas españolas! Que baje Cristo de los cielos y me lo explique.

—Era de suponer. Pero ya sabes que, al menos por mi parte, ejerceré el derecho de inspección sobre cualquier buque en las aguas españolas del Plata, naveguen con el pabellón que sea, de acuerdo con la legalidad marítima. Y llegado el caso, los apresaré, aunque tenga que entrar en combate con esa

fragata *Nereus* del demonio. Es posible que sea necesario reventar la olla por alguna banda, para que se sepa en todo el mundo la calidad de estos aliados.

—Entre los dos podíamos enviarla al infierno. No sería mala faena.

—Ya veremos qué nos indica el jefe de escuadra Salazar en dicho sentido, aunque puedo imaginarlo. No vas a disfrutar de buenos días, con el queche sufriendo tales situaciones.

—Lo sé. Pero debo encarar esta empresa. Si llegan todos los buques que ha mencionado Jones para esos bucaneros, nos superarán por alto y acabarán por echarnos de esas aguas. Vaya un triste panorama. Deberían enviar más unidades en apoyo desde España.

—No sólo al Plata. También a las costas de Tierra Firme, de Nueva España y de Lima. Sabes que no se dispone de esos buques. Por eso me aclaró el general Valdés, que bien me conoce, la necesidad de que regresara a España una vez desembarcado el personal, salvo caso de máxima gravedad. Mucho se ha gastado la Armada en que dispongamos de unas pocas unidades para cruzar a Indias, unos caudales de los que no dispone. No sería justo que permaneciera aquí, aunque mucho me gustaría. Ya veremos lo que nos depara el futuro.

—Bueno, creo que debemos tomar algún alimento antes de dormir. ¿A qué hora piensas abandonar el río?

—Si no tienes inconveniente, una vez disfrutemos de suficiente visibilidad para no arriesgar en la bocana de la barra. ¿Has acoplado al personal?

—Más o menos, con los marineros del fuerte y los que incorporabas de transporte. Debo agradecerte que me hayas prestado el alférez de navío Dávila, el primer guardián y algunos marineros de verdad para esta navegación. Te has quedado casi en cuadro.

—En peores condiciones andarás tú. Pero así me movía a bordo de la corbeta *Mosca*. El guardiamarina Encuadro cumplirá la tercera guardia. Teniendo en cuenta el estado de tu dotación y la entrada de agua en esta fragata, navegaremos con mil ojos y sin arriesgar una mota. Confiemos en la Patrona para que nos agencie vientos propicios y bonancibles.

—Los habrá. La suerte está vencida.

—Dios te oiga.

Pasamos las últimas horas en el fondeadero del río Negro alistando y distribuyendo el personal en el *Hiena* para que pudiera dar el aparejo con un mínimo de garantías. Y como Beto pensaba ir largando a tientos, conforme se hiciera el personal con cada vela, no me preocupaba demasiado. Siempre,

claro, que no saltara un pampero u otro designio marítimo contra los vapuleados españoles. En cuanto a la situación que podíamos encontrar en el Plata, prefería no pensar y entrar con los hechos a la vista. España sufría uno de los peores momentos de su historia, tanto en Europa como en las Indias. Y todos debíamos dar la cara aunque nos dejáramos la piel en la empresa.

* * *

En la mañana del día siguiente, con la que dábamos carpetazo a un alargado año, levamos anclas para salir del río Negro. Y para uso del cabrestante, como en todo trabajo de fuerza, penaron los apresados a la rueda y con palmotadas del segundo guardián en los lomos al menor descuelgue. Una vez fuera de puntas y aproado para abrir dos cuartas en seguridad de la punta Rasa, me dediqué a observar la maniobra del queche con detalle. Y aunque todavía mantenía mis dudas sobre sus reales posibilidades de mar y guerra, se fueron disipando las primeras en escasos minutos, porque a la legua se podía comprobar que era velero como pocos. Acostumbrado a buques de escasa razón, aquella estilizada embarcación, con una superficie vélica elevadísima por quintal de lastre, navegaba como una pequeña goleta. Con el viento entablado del noroeste y fresco de fuerza, el *Hiena* se movía casi a un largo, elevando la proa como el dios de los mares en terreno propio.

Para establecer algún reparo, que todo buque los ampara tarde o temprano, supuse que al queche, con tan ardientes movimientos, le sería complicado utilizar las piezas de su artillería si la mar se elevaba a marejada gruesa, especialmente los cañones de la banda de sotavento. Y era muy posible que acertara Beto, al estimarlo como poco fuerte en mares alzadas, si el levantamiento de su proa continuaba proporcional a la altura de las olas. No obstante, la estampa de observarlo en la distancia producía un especial gozo, dada su extrema belleza. Porque mi cuñado no se andaba en pequeñas y poco a poco acababa por largar todo el aparejo, hasta producir a un par de millas un maravilloso espectáculo.

El teniente de navío Romarate había recuperado su puesto como segundo comandante, lo que parecía alegrarle. Escuché sus palabras de admiración, cuando el *Hiena* tomaba una ola por el través de babor, desfilando por ella como una canoa indígena.

—Es un cuadro de incomparable belleza, observar cómo navega el queche a un largo, señor. Un magnífico diseño de los ingenieros, que seguirán los barcos en el futuro, no me cabe duda.

—A qué se refiere, segundo.

—Entiendo que ese es el camino a seguir en la construcción naval, señor. Buques más estilizados, capaces de ceñir el viento en grano gordo y marcar una elevada velocidad. Especialmente me refiero a los que embarquen mercancías para su transporte, en los que tanto se aprecia el tiempo invertido entre puertos.

—Pero disminuirán las posibilidades de carga en bodega. Y en cuanto a su capacidad de combate, conforme se aumente la eslora, permitirá un mayor número de cañones en cubierta, no hay duda, pero serán más dependientes del estado de la mar para poder utilizarlos. En fin, el tiempo dictará sentencia. Es posible que tenga razón. Ahora veamos nuestra derrota. ¡Don Enrique!

—Mande, señor comandante.

—¿Qué proa hemos de tomar, una vez tanto avante con la punta Rasa?

—Desde punta Rasa podemos aproar por derecho al nordeste, hacia el cabo de San Andrés y la punta Mogotes. Con esa derrota nos separaremos de la costa, hasta dejar la bahía de Blanco^[120] a unas ochenta millas por babor.

—Muy bien. ¿Se trata de costa acantilada?

—No, señor. A partir de la mencionada bahía, costa aplacerada con dunas de 30 a 76 pies de altura.

—Perfecto. Y una vez avanteada la punta Mogotes, proa al norte.

—Con exactitud, señor, rumbo noroeste cuarta al norte en principio, para rematar unas setenta millas después al puro Septentrión. Y así embocaremos el Río de la Plata, porque esa proa nos llevará en volandas hasta las puertas de Montevideo, sin desvío ni necesidad de maniobrar entre los muchos y peligrosos bancos de ese gran estuario. Pero si el viento se permitiera rolar unas pocas cuartas hacia poniente, supondría un maravilloso obsequio porque evitaríamos cualquier bordada.

—Por todos los santos, ¿dónde se encuentra ese viento del sudoeste, que se anuncia como prioritario en estas aguas? Todavía no lo hemos oído siquiera. Y sería de agradecer con esta derrota prevista.

—Y que lo diga, señor.

A partir de la punta Rasa, de la que pasamos a dos millas escasas, enmendamos la proa una cuarta a babor, con lo que el viento nos tomaba por el través a domar espuelas. Y como se mantenía en fresco de fuerza, continuamos a rumbo directo con todo el aparejo largado, aunque el queche debiera acortar vela porque marcaba la quinta milla. Supuse a Beto feliz por este detalle, lo que comprobé en una de las pasadas que me dio en caliente. Nos saludamos destocando sombrero en alarde, al tiempo que observaba una

alargada sonrisa en su cara, típica en todo comandante orgulloso de las tablas que pisa. Me alegré al pensar que había sido una inesperada suerte para él la captura del queche, tras fracasar sus intentos anteriores en cuanto a mando de buque. Y rezaba en mi interior para que el jefe del apostadero se lo entregara en firme.

Antes de perder de vista la costa y con el punto^[121] corregido en firme, debimos enmendar la proa una cuarta más a babor por causa del abatimiento, que en el caso del *Hiena* era bastante superior al nuestro. Y ya entrados en la tarde, con la aparición de una típica boria costera y la separación que nos imponía el rumbo, pasamos de nuevo al dichoso espectáculo de la soledad en la mar, condición que tantas veces agradece nuestro cerebro.

Al día siguiente, me sorprendió la novedad ofrecida por el oficial de guardia, teniente de fragata Orcajo, cuando recalaba con mis huesos en el alcázar.

—El señor Jones desea hablar con vos, señor comandante. Parece que intenta elevar formal protesta por el modo en que se les trata.

—¿El señor Jones? ¿Quién es ese señor? —pregunté en tono ariscado.

—Bueno, señor, me refería al comandante del *Hiena*, a quien recibió en su cámara.

—Me parece, Orcajo, que todavía no ha comprendido bien la situación, algo difícil de creer con sus años de servicio. A bordo del queche apresado, considerado por nosotros como pirata por no enarbolar pabellón reconocido, se encontraban una serie de hombres que, de acuerdo a tal concepto, deben ser considerados. No existe el comandante del *Hiena* ni el señor Jones para nosotros. Y si ese truhan desea hablar conmigo, contéstele que se deniega la petición por inadecuada, lo que debería haber hecho sin consultarme siquiera. Como interlocutor, si es que le ofrece alguno, designe al segundo guardián. Y si lo recibí en mi cámara, debía haber comprendido que era para indagar sobre sus posibles movimientos y toda la información que pudiera sernos útil. Le recomiendo que trate a esa gentuza con una consideración claramente inferior a la que concede a nuestros grumetes o marineros que, en mi opinión, sigue siendo demasiado baja para como se emplean a bordo —forcé estas últimas palabras con tono destemplado—. ¿Me ha comprendido?

—Por supuesto, señor comandante.

—Y si protestan por el trato que reciben, debe contestarle el guardián que es mucho mejor al merecido, advirtiéndoles de que, si reinciden en el reproche, serán racionados severamente.

—Comprendido, señor.

Seguía sin gustarme aquel oficial, como todos los que emplean el despotismo más desafortunado con el inferior. Y como le había explicado a Orcajo con sinceridad, podíamos sentirnos muy orgullosos de nuestra dotación con escasos lunares. Así pensaba exponerlo en sus informes personales, porque en mi opinión tales modos no son adecuados para conseguir el buen funcionamiento a bordo. Bien es cierto que en combate había demostrado un valor digno de elogio, así como un desempeño profesional muy elevado en las maniobras. Pero no es esa la única virtud a tener en cuenta en un oficial de guerra, ni mucho menos.

En la amanecida del cuarto día del nuevo año del Señor, reconocimos el cabo de San Andrés, momento en el que acortamos distancia a la costa, al haber abierto la derrota demasiado a estribor. Y la noche anterior se había producido el milagro largamente esperado y difícil de creer. Porque, tras un tontoneo en role oscuro, el viento comenzó a soplar del oeste, para acabar entablado en ese sudoeste manejado de continuo en derroteros, aunque su fuerza decreciera a fresquito. Estimé a ojo que debíamos encontrarnos a poco más de doscientas millas de Montevideo, lo que me confirmó el piloto con mayor exactitud.

—Con este viento, señor, debemos navegar 220 millas hasta las puertas de Montevideo. Una vez tanto avante con la punta Mogotes y su piedra que vela en toda marea, proa nordeste cuarta al norte durante unas ochenta millas largas, para dejar el cabo Megano con su banco de arena en suficiente resguardo. Después, proa al norte puro y unas cincuenta millas más, hasta avante el cabo de San Antonio.

—Y ya continuamos al norte hasta Montevideo. ¿Cuántas millas más?

—Casi noventa millas, señor.

—Muy bien. A ver si se mantiene el famoso viento del sudoeste y rematamos esta faena, que ya se alarga demasiadas semanas.

Don Anselmo llegaba hasta el alcázar con sonrisa en el rostro, buena señal en todo tiempo.

—¿Qué sucede, nostramo?

—Todo en orden, señor. Me encontraba en las bombas cuando escuché la demanda de uno de esos forzados, un caribeño mulato con poderosos músculos. No es más que escoria de las Antillas británicas.

—¿Qué pedía?

—Alegaba que era muy duro el trabajo, señor, y la necesidad de beber algún cacillo de ron.

—¿Ron? Supongo que le habrá contestado de forma correcta y aderezada en flores.

—Desde luego, ya conoce mi casto nacimiento. Le largué una puñada a los riñones y un arrumaco de hierbas a la cara. También le comuniqué con engolada voz, que en España a tales caricias las llamamos ron hispánico.

—Apruebo su proceder al ciento. ¿Cómo anda la entrada de agua en proa?

—Con la vigilancia impuesta a esos mercenarios y su fortaleza, porque andan muy bien comidos los bellacos, nos encontramos a nivel mínimo. Esperemos que nos sea posible conseguir un dique de varada cuanto antes, señor, y dejar de escuchar el repiqueteo de las varas, que ya me taladra el cerebro.

—No es el único que sufre en tal sentido. Espero disponer de dique. ¿Estima que se necesitará mucho tiempo para llevar a cabo las reparaciones?

—Si disponemos del material, especialmente tablas de madera, alguna clavazón menor, estopa y brea, será cosa de un par de semanas como mucho. Y no crea que necesitemos personal de la maestranza, aunque nunca venga mal una ayudita. Don Lino asegura que puede encararlo con sus hombres sin mayores problemas. Y ya sabe que fío mucho en nuestro carpintero primero. —También yo. En ese caso, mejor que mejor.

—¿Puedo preguntarle, señor, sobre los movimientos posteriores?

—Mi intención es desembarcar el personal, reparar, conseguir alimentos y regresar a España. Bueno, a no ser que el jefe del apostadero exponga alguna necesidad puntual y de importancia.

—El regreso se hará más pesado, señor. Bueno, es una tontería lo que he dicho, porque más largo que la venida no debería ser. Me refería a que los vientos se entablan peor en el tornaviaje, como norma habitual.

—Ya veremos por dónde soplan. Es verdad que hasta ahora no se han ceñido a normas ni cualidades previstas, a la contra casi siempre de lo que se indica en las teorías científicas. Me conformo con salir de Montevideo con la fragata en condiciones.

—Así es de desear.

Avantemos el cabo de San Antonio con las últimas horas del día quinto, momento en el que aproamos en directo hacia Montevideo. Y ya desde algunas horas antes alistamos vigiadores en las cofas de todos los palos, con objeto de ejercer una vigilancia severa en busca de buques sospechosos. Cruzamos en tinieblas la bahía de San Borombón, para marcar la punta de Piedras por la amura de babor en la siguiente amanecida, momento en el que abordamos realmente ese estuario o ensenada fabulosa, que acabó por ser

llamada como Río de la Plata. Y no era moscarda pequeña si se tomaba desde levante y con escasa visibilidad, por causa de tanto banco y piedras alzadas en el camino. Me dirigí al piloto en ese sentido.

—Muchos barcos han quedado en esta entrada.

—En efecto, señor. Es malo el camino viniendo del levante e intentando tomar la ciudad de Buenos Aires. Y con escasa visibilidad, mejor dejarlo para el día de mañana.

—Nosotros tenemos la proa libre.

—Llegando del sur es derrota franca, subiendo por el meridiano de los 50 grados, que atraviesa la plaza de Montevideo. Pero dejaremos a unas catorce millas solamente el malhadado banco Inglés, con su rompiente en flor que tantas quillas ha abierto. Rascaremos el banco Arquímedes, aunque este dispone de dos brazas y media de agua en la bajamar.

—Un estuario grandioso como la mar abierta. Fue descubierto por el gran navegante don Juan Díaz de Solís. Y aquí murió al ser atacado por los indios charrúas cuando desembarcó en la orilla oriental. Durante bastantes años se le llamó *Río de Solís*. Posteriormente, también lo exploró Sebastián Cabot, que se adentró en el Paraná. Y, en la confluencia de este río con el Paraguay, observó indígenas que llevaban muchos objetos de plata, procedentes de trueques con otras tribus del interior. Por esa razón lo denominó como *Río de la Plata*.

—Desconocía esos detalles, señor.

—Me encanta leer libros y crónicas de descubrimientos. Los referentes a la costa sur americana, cayeron en mis manos poco antes de salir de Cádiz en esta fragata, por eso los recuerdo tan bien. Mucho se aprende de ellos, incluso para las labores de pilotaje.

—Tiene razón, señor comandante. Es una de las asignaturas en la escuela de pilotos.

—¿Qué distancia abre el estuario del Plata de banda a banda?

—Su entrada exterior, que no abordaremos, queda limitada al nordeste por la punta Maldonado y las islas Gorriti y Lobos, mientras que al sudoeste la flanquea el cabo de San Antonio. Y su anchura es de unas 125 millas. En cuanto a su profundidad, desde esta punta hasta el fondo, donde desaguan los ríos Paraná y Uruguay, unas 160.

—Pues vayamos allá. ¡Crespi! —me dirigía al oficial de guardia.

—Mande, señor comandante.

—Señal al *Hiena*. Que nos siga aguas.

—Sí, señor.

Un par de horas después, ya con luz abierta, descubrimos la presencia de un buque de tres palos, una fragata sin duda, ligeramente caída a babor. Como el paso aparecía franco en esa dirección, hicimos por ella sin dudarlo. Y no necesitamos mucho tiempo para comprobar que se trataba de una fragata inglesa, por lo que supuse, con todas las probabilidades a favor, que tenía ante mí a la maldita *Nereus*, que tanto daño nos hacía. Y conforme se definían sus formas, hasta comprobar la *Union Jack*^[122] a popa, crecía la indignación en mi interior. Como se encontraba al paio^[123] con maniobra de botes, me ceñí a ella para entrarle con brasas por el costado, navegando a un largo con todo el aparejo. Y una vez a su altura, con el rabillo comprobé que el comandante se destacaba en el alcázar, acción a la que no respondí en la ocasión con toda premeditación, una descortesía que llevaba a cabo por primera vez en mi vida. Y no lo entiendan como arrebató por mi parte, sino acción necesaria para que aquel fantecho comprendiera su situación de personaje en nada grato para los miembros de la Real Armada.

Avistamos Montevideo aquella misma tarde, con lo que por fin arribábamos a nuestro deseado destino, dos meses y nueve días después de haber abandonado la bahía de Cádiz. Una navegación alargada y con muchas noticias a explicar, que pocas circunstancias de la mar habíamos dejado sin atravesar. El teniente de navío Romarate, concedor de mis inclinaciones históricas, largó el cebo.

—Supongo que posee amplios conocimientos sobre esta tierra, señor. ¿Quién fundó Montevideo?

—Esos conocimientos deberían ser comunes y de obligado análisis para todos los oficiales de guerra, segundo. Es muy importante saber de nuestra riquísima historia y la labor de descubrimiento, conquista y población que ejercimos en medio mundo. Y si no se estudia debidamente, acabaremos por dar como buenos los bulos históricos que los ingleses exponen en sus vergonzantes tratados. Solo los estudiosos pueden rebatir con la verdad los falsos argumentos. Porque mucho de lo que ellos entienden como descubrimientos de su parte, no son en realidad más que redescubrimientos y rebautizos de accidentes costeros descubiertos y bautizados anteriormente por navegantes españoles.

Se hizo el silencio ante el latigazo moral que largaba en los lomos de mis oficiales. No obstante, sonreí al continuar.

—Pero ya que lo pregunta, le diré que Montevideo debe su nombre al vecino cerro de la ciudad, descubierto por uno de los marineros que acompañaba a Magallanes y Elcano en su famosa expedición de

circunnavegación. Y su fundación se debe en gran parte a nuestros hermanos portugueses.

—¿Fundaron los portugueses esta ciudad? —insistió Romarate.

—Nada de eso. Decía que originaron su fundación porque desempeñaron el factor causante. Ya saben que los portugueses intentaron ensanchar su imperio brasileño hasta la orilla septentrional del Plata durante bastantes años, interés que no debe haber decrecido. No olviden los muchos litigios sobre la colonia del Sacramento. Pues con esa política, que siempre vio con buenos ojos la Gran Bretaña, los establecidos en Colonia intentaron apoderarse de esta costa con el desembarco de numerosas fuerzas en 1724. Menos mal que, con rapidez, el gobernador de Buenos Aires se dispuso a expulsarlos. Una vez conseguido, ordenó levantar un fuerte en el Montevideo actual para futuras defensas. Pero la fundación verdadera tuvo lugar a finales de 1726, cuando Zabala estableció la ciudad en su emplazamiento actual, poniéndola bajo la protección de los santos apóstoles Felipe y Santiago.

—¿Y se pobló entonces o permaneció como presidio?

—Fue poblada inicialmente con siete familias llegadas de Buenos Aires, más de treinta personas. Más tarde, arribaron desde España nuevos colonos canarios y gallegos en suficiente cantidad, a la llamada de sus fértiles tierras y el posible reparto. De esta forma, pocos años después se asentaba como ciudad de cierta categoría, creándose el cabildo que había de gobernarla.

—Pero es reconocida como plaza de especial defensa —insistió el segundo.

—Desde luego. Nunca perdió su posición de plaza fuerte, amurallada por su parte de tierra, al punto de ser declarada como punto de estación de la Real Armada y posteriormente único apostadero en el continente sur americano, residencia de su jefe superior y depósito de pertrechos y armamentos. Y como aquí reclutó el brigadier, posteriormente jefe de escuadra, don Santiago Liniers las tropas voluntarias para reconquistar Buenos Aires de los ingleses, recibió de Su Majestad el título de Muy Leal y Reconquistadora ciudad.

Quedaron contentos mis oficiales de las explicaciones, aunque les propuse a continuación lecciones obligatorias de Historia, medida que fue aceptada como cierta imposición y con menos aspavientos de gozo. No obstante, y a pesar de las sonrisas abiertas, no me sentía muy alegre al arribar a Montevideo, aunque pueda parecer extraño. Disfrutaba de la satisfacción personal que la arribada al puerto de destino produce, especialmente con las circunstancias atravesadas, pero en mi interior crecía la indignación y tristeza por la situación que aquellas aguas y tierras de España atravesaban. Y para mi

desazón propia, con muchas dudas sobre lo que el próximo futuro podía abrir ante mí.

22. Montevideo

Cuando ya el sol caía hasta ocultarse entre los cerros, fondeamos al abrigo y con dos anclas frente a la plaza de Montevideo. No fue maniobra sencilla al encontrarme en puerto cerrado y con rebufos indeseados, por lo que me vi obligado a dar la lancha al agua para llevar a cabo los movimientos finales, a pesar de que el soplo me entraba por el anca. Y aunque la calidad del fondo fuera ovosa^[124], con pronunciados desniveles, agarraron los ferros con fuerza para tranquilidad propia. El *Hiena* seguía mis aguas al punto y quedó al ancla a escasas varas de nosotros, a distancia justa para librar el posible borneo. Pero si pude acercarme a la pequeña dársena interior del apostadero, fue gracias al segundo comandante, que la conocía paso a paso del viaje anterior. Calculé, por su extensión, que la villa debería contar con más de siete u ocho mil almas, gran parte de ellas en servicio de armas, una cifra nada despreciable.

No obstante, por más que dirigía el anteojo hacia tierra, no era capaz de encontrar la niña de mis sueños, ese dique de carenar que podía solucionar los problemas de la *Proserpina*. También en este caso llegó el teniente de navío Romarate en mi ayuda.

—Le veo barriendo las edificaciones con el largomira^[125], señor. ¿Busca algún punto determinado con especial interés?

—Intento localizar el dique de carenar, segundo, pero no soy capaz. ¿Lo habrán cegado?

—Puede quedar tranquilo, señor. Le será difícil comprobar su situación desde aquí porque se encuentra muy metido hacia levante, al final de aquel muelle a nuestra derecha, que asemeja a los de desarmo en nuestros arsenales. Sólo podrá distinguir las portas, que se ven parcialmente.

—Tiene razón. Ya las veo. En ese caso, desde esta posición es imposible comprobar si algún buque se encuentra en él.

—En efecto, señor.

—Por cierto, segundo, que mañana podrá saludar a su pariente, el capitán de fragata don Jacinto Romarate, aunque es posible que haya ascendido. Bueno, si se encuentra en puerto.

—Pienso hacerlo, señor.

—Es especialmente agradable encontrarse con parientes en las Indias, a tanta distancia de España. Y él se alegrará más todavía, al sentirse desconectado de su familia. Bueno, mañana será otro día.

Me giraba para dirigirme a la cámara un tanto defraudado, cuando escuché las palabras de Beto, lanzadas con su inconfundible euforia.

—Nunca habrás observado en la mar un buque más velero que el *Hiena*, aunque en nada me complace que se le siga nombrando como queche.

—Ya me dirás qué acepción le vas a endosar. Además, en estas aguas es y será para siempre el famoso queche *Hiena*, por mucho que intentes rebatirlo.

—Tienes razón.

—Pero puedes estar orgulloso, porque jamás vi en la mar un buque más velero con ese porte. Era un maravilloso espectáculo divisarlo cuando virabas en calculada demostración marinera.

—Para que comprobaras a la vista sus cualidades —comenzó a reír, para entrar en seriedad con rapidez—. Bueno, te prepararás a fondo para presentarte mañana ante el jefe de escuadra don José María Salazar. Y por todos los diablos, no debes olvidar la principal de las cuestiones a debatir.

—Que es, sin duda, conseguir un dique para reparar la *Proserpina*. En ello me va la vida.

—Bueno, ese detalle es muy importante, sin duda, pero hay otro tema no menos enjundioso, que deberás abordar con pies de plomo y tu habitual sabiduría.

—Supongo que te refieres a la concesión del mando del *Hiena* en firme a su comandante de presa. No temas que no lo olvidaré. Pero debes tener en cuenta, querido amigo y cuñado, que en estos momentos eres el comandante de ese queche, aunque se trate de un nombramiento provisional. Y en ese caso, has de presentarte tú también ante su autoridad.

—Soy consciente de ello. Pero no desearía estar presente cuando solicites de su parte mi nombramiento definitivo. Podría ser un tanto violento.

—No te preocupes, que no acaecerá tal situación. Me acompañarás a la Jefatura y quedarás en el antedespacho, hasta que te haga llamar.

—Me parece correcto. Y como anticipada recompensa, tengo el placer de invitarte a cenar en el famoso queche *Hiena*, apresado a los rebeldes bonaerenses por un grupo de valientes con el capitán de fragata Adalberto

Pignatti a la cabeza. Será un ágape en condiciones, no lo dudes, con las viandas agenciadas por Jones para su propio disfrute. Además, he descubierto un detalle formidable.

—¿Más aguardiente en su bodega particular?

—Nada de eso, por desgracia. Me refiero a que Miguelillo posee unas manos excepcionales para la cocina. Te juro que me parece seguir comiendo los exquisitos manjares de Okumé, de quien ha debido beber todo conocimiento. Ya comprobarás en escasos minutos cómo adoba y adereza la carne ese rapaz.

—¿Has oído lo que dice don Beto? —me giré hacia el africano que, como de costumbre, se encontraba a escasos pies de mí.

—Y me enorgullecen esas palabras, señor. Miguelillo es un joven de extraordinarias aptitudes y ha disfrutado de un magnífico maestro.

—De eso no hay duda. Y viva la modestia.

—No debemos enmascarar la realidad, señor.

Mientras reíamos los tres a coro, pasamos al *Hiena*, una vez la fragata en normalizado fondeo. Tal y como predecía Beto, atacamos en su cámara unas carnes extraordinarias, tanto por sus propias cualidades como por la mano del joven campero. Y en efecto, parecía haber salido aquel manjar del puchero de Okumé, con esos sabores a especias fuertes que solía utilizar. Celebramos a fondo aquella larga travesía que llegaba a su fin, aunque me entristeciera pensar en la separación.

—No puedo apartar de mi cabeza que, si todo acontece como deseas, nos separaremos aquí.

—Es ley de vida y más con la carrera que escogimos. También a mí me duele. Supongo que sufres de forma especial al pensar en tu próximo arribo a Cádiz y la necesidad de explicar a Rosalía mi ausencia. Será un duro momento, aunque estamos acostumbrados a tales trances y lo superarás por alto. Deberás entregarle una alargada carta que le escribo, aunque no sea capaz de adelantar un solo pliego. Sé que utilizarás las palabras adecuadas para exponer la situación y que rebajen su sufrimiento. Asegúrale que será cosa de pocos meses, aunque sabemos que no es cierto.

—No te preocupes. Cumpliré el papel.

—Bien. No debes beber más aguardiente, que mañana has de encontrarte en perfectas condiciones.

—Te preocupas porque he de conseguirte este mando, culebrón. Nunca había escuchado de tu boca un consejo similar.

—El tiempo pasa y nos vamos haciendo más responsables —me guiñó un ojo—. Sé que lo conseguirás.

A primeras horas del día siguiente, vestidos con el mejor uniforme grande a disposición, tomamos la lancha de la *Proserpina* para dirigirnos a tierra. Y ya de entrada nos llamó la atención el numeroso grupo de gente que se acercaba al muelle para observar los buques recién arribados. Aunque entendí en un principio que la bella estampa de mi fragata podía provocar tamaño despliegue de personal civil y militar, era el famoso queche el que había lanzado la descarga emocional, al aparecer en Montevideo con la bandera de la Real Armada flameando a popa. En pocos minutos alcanzábamos la escala real, por la que trepamos con rapidez para pisar tierra, una experiencia que, en mi caso, no disfrutaba desde más de dos meses atrás. Y la sorpresa se agigantó muchos enteros, al comprobar cómo el gentío prorrumpía en aplausos dirigidos hacia nosotros, a tal punto que debimos destocarnos en saludo y agradecimiento.

Siguiendo las indicaciones de Romarate, nos dirigimos hacia un noble edificio de proporciones regulares que se observaba a escasas varas del muelle. Aunque presentaba menor tamaño y grandeza de la supuesta a la jefatura del apostadero, debí reconocer que se acoplaba a una comandancia en las Indias. Pero no conocía entonces que se había convertido, de forma provisional, en la sede del virreinato, trasladada a la fuerza desde Buenos Aires. Sin pensarlo dos veces, atravesamos el portón donde rendían guardia varios soldados de Infantería de Marina. Y tras preguntar a quien parecía encontrarse al mando, nos dirigieron escaleras arriba. Continuamos por un alargado pasillo, hasta encarar una especie de despacho un tanto destartado, donde un alférez de navío, avejentado por más y posiblemente recuperado para el servicio, tomaba asiento tras una alargada mesa. Al comprobar nuestra presencia, se puso en pie para recibirnos con el debido respeto.

—Quedo con mucho placer a las órdenes de los señores comandantes. Alférez de navío retirado Julián Malgraf, reincorporado al servicio activo de forma voluntaria, ante la penuria de personal y la escandalosa situación que sufrimos —mostraba una inmensa alegría, que no era capaz de comprender todavía por mi parte—. El jefe de escuadra Salazar esperaba impaciente su visita.

—Capitán de navío Santiago de Leñanza, comandante de la fragata *Proserpina* —dije, mientras pensaba en esa palabra, *impaciente*, que acaba de pronunciar el vejete.

—Capitán de fragata Adalberto Pignatti, comandante de presa del queche *Hiena* —dijo Beto con orgullo.

—Ya lo suponía, señores. Es un privilegio y una gran alegría para mí tener el honor de recibirles en la plaza de Montevideo. Desde ayer tarde no se habla de otra cosa en la ciudad. Cuando se avistó el famoso queche con nuestra enseña a popa, se corrió la noticia como un afortunado reguero de pólvora. No fueron pocos los que comenzaron a festejarlo por considerar tal hecho el más importante de las conquistas patrias.

—Me extrañó el gentío en el muelle y los aplausos —respondí con sinceridad.

—No recibimos buenas noticias todos los días, y el apresamiento de esa unidad rebelde llega en el mejor de los momentos. Pero, aunque mucho lo deseo y gozaría de escuchar su relato, no debo retenerles porque el general me ordenó que los hiciera pasar en cuanto llegaran. Y es capaz de azotarme con rebenque fino si lo desobedezco. Por fortuna, esta mañana se encuentra de un humor excelente y a ustedes se debe esta anormal situación. Perdonen que aparezca tan sincero, pero soy un buen amigo y me permite algunas licencias.

Un poco desazonado al comprender que en poco apreciaban el arribo a la plaza de mi fragata, quedamos en pie mientras el oficial se dirigía con pasos pequeños y rápidos hacia una puerta de anchas hojas, situada en la pared frontal. De esta forma, la estrategia planeada para hablar a solas con el general y proponerle el mando de Beto, se desvanecía en aguas. Pero no dispuse de tiempo para enhebrar otra línea de acción, porque poco tardó el ayudante en salir y dirigirnos una nueva y ampliada sonrisa.

—El general me ordena que les haga pasar inmediatamente.

Entramos en el despacho del jefe del apostadero, para comprobar que se trataba de una sala amplia con escaso mobiliario. Además de unos sillones de piel gastada en rinconera, solamente aparecía una mesa de trabajo de bella talla, situada a chaflán en la esquina norte. Parecía más un salón de recibo que una estancia de trabajo, lo que me fue confirmado después por el propio general, al indicarme la necesaria cesión de su gabinete personal al virrey aposentado y deber utilizar uno de los salones de su residencia. Pero ya el jefe de escuadra don José María Salazar venía hacia nosotros con una sonrisa de bandas en su cara. Y comenzábamos nuestra protocolaria presentación, cuando ya nos tendía su mano en cordial saludo.

—Encantado de ofrecerles mi más calurosa y cordial bienvenida, señores. Ya sabrán el revuelo que ha producido su presencia en esta plaza, porque también yo he escuchado los aplausos que les rendían. Han conseguido en

unas pocas horas lo que parecía imposible en las últimas semanas: elevar la muy alicaída moral de la población y guarnición. Hace muchos meses que no recibo una noticia tan positiva. Pero, por favor, tomen asiento junto a mí. Y sin perder un minuto, desearía escuchar cómo y dónde han apresado el famoso queche, considerado hasta ahora como la mejor unidad de esa marina rebelde que se nos opone.

El jefe de escuadra Salazar era un hombre cincuentón, de cabellera abundante pero casi blanca, escasa estatura, entrado en carnes y aspecto paternal y bonachón, una condición esta última bastante alejada de la realidad. Porque, tal y como nos expusieron sus habituales colaboradores, era de humor cambiante y carácter explosivo, que sufrían los que andaban bajo su bota. Pero como era obligado, le expuse con todo detalle nuestra alargada navegación desde Cádiz, el encuentro con las fragatas francesas, el abordaje con el ballenero inglés, el temporal padecido y la llegada al río Negro, momento en el que fuimos avisados de la presencia del queche y su posibilidad de captura. Pero antes de permitirme entrar en esta última parte de la narración, considerada como más interesante para él, el general espetó con las cejas por alto.

—¿Salvaron a una fragata inglesa de los gabachos? Alabo su actuación como es debido, Leñanza, porque así se ha de actuar con los aliados, aunque estos desalmados no acaben de comprenderlo. Valga decirles que sin la oposición britana, se encontraría casi resuelta la situación de rebeldía en el Río de la Plata. Pienso comunicárselo al comandante de la fragata *Nereus*, ese orgulloso y obtuso capitán de navío Stevenson, para que aprenda el verdadero significado de las palabras. Me encantaría volver a charlar con lord Strangford y entrarle por el mismo camino. Pero, bueno, pasemos a más gratas noticias y explíquenme con todo detalle esa aventura en el Negro.

Retomé mi narración para entrarle de lleno con la captura del queche. Conforme avanzaba en ella, más alegraba su rostro el general, al punto de aplaudir en algunos momentos con sus manos como niño alborozado. Y aunque siempre he sido partidario de la máxima sinceridad en tales exposiciones, forcé las cuerdas en esta ocasión para beneficio de mi cuñado, lo que es de comprender pensando en la petición a elevar poco después. Y aunque me preocupaba la forma de abordar dicho problema, no fue necesario porque el general facilitó el trabajo.

—¡Esos son los oficiales que necesito en estas aguas! Y no me comprendan mal, que los pocos a disposición brillan en muchos aspectos, aunque a veces les falte ese toque de iniciativa propia. Ahora se me abre el

insalvable problema de encontrar un mando adecuado para el queche. Y no es moscarda de alas cortas. Es posible que se lo ofrezca a Romarate, aunque desearía que continuara con su gestión al frente de la escuadrilla.

—Conociendo la penuria de personal que sufre, señor general, me brindo a solucionarle el problema.

—¿Solucionarlo? ¿Cómo? —exhibió rasgos de duda y desconfianza.

—Cuando tomé el mando de la fragata y antes de salir en comisión a Indias, debido a la falta de personal que es habitual en todo buque, me nombraron como segundo al capitán de fragata Pignatti, cuñado mío. El pobre perdió su buque, el bergantín *Palomo*, antes de tomar el mando, aunque el general Valdés le prometiera uno a la mayor brevedad, condición nada sencilla.

—No me hable del bergantín *Palomo* y de la fragata *Magdalena* porque su comandante, el capitán de navío Blas Salcedo, era muy amigo mío. Fue una tragedia espantosa. Debe ser terrible morir entre las aguas, abrazado al propio hijo —denotaba pesar en los movimientos de su cabeza—. Pero continúe, por favor.

—Como le decía, mi segundo se encuentra a la espera de un mando que bien merece. Y entrado en absoluta sinceridad, creo que sería el comandante ideal para el queche, aunque suponga una merma muy importante para mí. Como además se encuentra a bordo de la *Proserpina* por fuera del reglamento de tripulaciones, no se opondrá el comandante general de la Escuadra a esta medida. Después de todo, se encontraba pasado a cuartel y sin sueldo cuando solicité su embarco. Desde luego, siempre que le conceda el mando de forma oficial, si tiene competencias delegadas para ello.

—¡Benditos sean los cielos, que le han enviado hacia esta depauperada estación naval! —pareció quedar relajado al escuchar mi ofrecimiento—. No sabe cómo le agradezco su generosidad. Es difícil encontrar en estos días a un comandante que se desprenda de un segundo con tales características. Lo de las competencias delegadas y esas zarandajas oficiales me las paso por el forro de la casaca sin tapujos y a la llana, así como los posibles comentarios de mi buen amigo el general Valdés. Y por supuesto que me encantaría entregarle el mando, si es voluntario para tal puesto. Nada menos que un capitán de fragata, que ya ha navegado con él y demostró un elevadísimo valor para apresarlo. ¿Desea en verdad ese mando, Pignatti?

—Por supuesto, señor general. Me tiene a sus órdenes desde este momento. Prefiero luchar en el Plata que andar pasado a cuartel en España.

—Pues no se hable más. ¡Julián!

El jefe de escuadra gritaba en dirección a la puerta, por donde apareció en escasos segundos su ayudante y amigo. Por la velocidad desplegada, supuse que el vejete había escuchado hasta la última palabra, con la oreja pegada al mamparo.

—Mande, general.

—Expide nombramiento de comandante del queche *Hiena* a favor del capitán de fragata Adalberto Pignatti. Y que sea con rapidez para que pueda tomar el mando efectivo hoy mismo.

—Muy bien, señor.

Una vez a solas, el jefe de escuadra se dirigió de nuevo a nosotros.

—Solucionado. ¿Son muchos los marineros enrolados en el queche, procedentes del fuerte del Carmen?

—Unos pocos solamente. Si he podido marinarlo hasta aquí, ha sido gracias a la generosidad del capitán de navío Leñanza. No sólo me cedió los marineros en situación de transporte, sino también alguno de sus oficiales. Deberíamos calibrar su descompensada dotación en lo posible y acometer algunas pequeñas obras.

—Con ese personal llegado en transporte y su adiestramiento durante dos meses de tan ajetreada navegación, alistaremos el queche sin problemas. En cuanto a los oficiales, será más difícil pero espero conseguirlo. Sin embargo, no comprendo el problema de las obras que menciona. Tenía entendido que el *Hiena* se encontraba en flor de cuño.

—Casco y aparejo sin problema a la vista, señor. Y es velero como ninguno. Sin embargo, se debería replantear su artillería que, en mi opinión, no ha debido ser utilizada en combate alargado.

—Ni alargado ni encogido. No creo que haya disparado más que algunas salvas de celebración. ¿Qué le sucede a su artillería?

—Ahora mismo incorpora veinte piezas de a 12, que debían ser las únicas disponibles al ser armado, procedentes del fuerte de Buenos Aires. En primer lugar, sería preferible disponer de un par de cañones de a 18, una docena de a 12 y el resto de a 6, dada su ubicación en cubierta. Pero el principal defecto es que han sido mal instaladas y en su situación actual no podrían efectuar más de dos o tres disparos consecutivos, posiblemente con algún destrozo aparejado. Las troneras presentan unos batiportes con los que es imposible meter el cañón en batería correctamente. Asimismo, los aparejos de trinca y retenida son deficientes, más propios para cañones a utilizar en baterías de tierra. Ya le digo, señor, que en las condiciones actuales sería imposible mantener un combate de escasa duración.

—Pues demos prioridad absoluta a su correcto emplazamiento. Deseo mostrar el queche con la bandera de la Real Armada bien cerca del puerto de Buenos Aires, y disparar alguna andanada caliente contra el edificio del mal llamado Gobierno. A ver si de tal forma se le rebajan los tintes a esa chusma.

Poco me gustaba el derrotero de la conversación, por lo que me decidí a meter cuña.

—Hablando de prioridades, señor, ya le he comentado las penosas condiciones en las que se mueve mi fragata en estos momentos. Necesito entrar en dique a la mayor brevedad porque mis hombres deberán continuar con el servicio de las bombas, un terrible trabajo al que se han aplicado durante semanas, en cuanto desembarque a los sediciosos.

—De momento, que sigan penando esos jenízaros del demonio a las palancas. Le seré sincero, Leñanza. El dique, considerado de menor porte y donde sería posible dejar en seco su fragata ajustando pilotes, se encuentra en unas pésimas condiciones de funcionamiento. Y, si se mantiene en uso todavía, es debido al especial trabajo voluntario de algunos profesionales.

—Con varar en solera firme y dejar la parte dañada de proa a la vista, sería suficiente, señor. ¿Qué problemas le afectan realmente?

—El sistema de portas de cierre, y me refiero a su estanqueidad, se encuentra en el límite del servicio, con importantes entradas de agua en la pleamar. Y las bombas de rosario, que ahora son más imprescindibles todavía para su achique, giran con una endemoniada lentitud debido al desgaste de sus ruedas. Hacen falta treinta pares de brazos como mínimo para moverlas y un esfuerzo más propio de forzados.

—Tenemos noventa hombres a bordo de la *Proserpina* que merecen de sobra ese duro trabajo, señor. Si el dique se encuentra libre en estos momentos...

—Pensaba que entrara en él esta misma semana la corbeta *Mercurio*. Junto con la de su misma clase, *Paloma*, permanecen sin posibilidad de desempeño por falta de personal y haberse encontrado calificadas como potalas durante varios años, demasiados. Nadie pensó que pudieran ser necesarias para defendernos de nuestros propios compatriotas. Pero la primera tiene más posibilidades y debe ser carenada en firme, ahora que disponemos de un superior número de hombres.

—Mis reparaciones son vitales para navegar pero de menor cuantía, señor general. Además, en el estado actual no podría emprender el necesario tornaviaje hacia España, como tengo ordenado. Creo que en una semana o

alguna jornada menos quedaría listo —mentía sin rebozo porque la moneda se encontraba volando en el aire.

—No me gusta variar mis planes, bien lo saben los dioses. Pero es mucho lo que le debo, Leñanza. Ya sé que esa semana puede ampliarse con facilidad, aunque espero que emplee la mayor energía para que no se alargue demasiado. Y no sueñe con disponer de personal de la maestranza en elevado número, porque no existe. Tan sólo se encuentran en situación de trabajar unos seis hombres, pero ningún carpintero de lo blanco.

—Dispongo de un buen plantel en ese aspecto concreto, señor. La verdad es que solamente necesito quedar en seco, así como una pequeña partida de madera, brea y clavazón, si fuera posible.

—No vaya ampliando el marco o quebrará el cristal. Cuento con la madera y algún tonelete de chapota, la resina de un árbol, que en estas tierras sustituye a la brea con eficacia. Pero clavazón no creo que encuentre más de unas pocas piezas.

—Me arreglaré, señor. En ese caso, ¿con quién he de hablar para que me facilite la entrada?

—Ya veo que no pierde el tiempo —intentaba sonreír—. Es normal tratándose del buque bajo su mando. Bueno, hable con el ingeniero Eugenio Ramírez Conde, retirado del servicio y vuelto a él por pura necesidad, como mi ayudante. Es bueno en su facultad y le explicará las especiales características del dique, así como los diversos problemas para quedar en seco. Espero que lo consiga y en poco tiempo se encuentre a flote sin problemas. En cuanto a la dotación apresada, haré que pasen a penar en un almacén excluido, hasta que sean juzgados. Pero le autorizo a que los utilice en las bombas de su barco y en las del dique a continuación.

—No sabe cómo se lo agradezco, señor.

—Con toda sinceridad, Leñanza, disfruta de suerte a chorros por venir amparado con la captura del queche. No comprendo cómo nos tienen aquí dejados de la mano de Dios, cuando nos jugamos la presencia española en el Plata, ni más ni menos. Por esa razón no suelo prestar mucho auxilio a los buques que desde España envían, que bastante madeja he de soltar en el apostadero.

—También embarqué en España munición, pólvora y pertrechos para el apostadero, señor.

—Bueno, también esos refuerzos, aunque serán escasos, son bienvenidos. Pero necesitamos mucho más, como podrá comprender en cuanto visite la

plaza. Al menos, la presencia del *Hiena* cambiará durante algunas semanas el pesimista ambiente que aquí se respira.

—¿Tan mal se encuentra la situación, señor?

—Se encuentra mal, no hay duda, pero virará a peor en pocos meses, si no nos auxilian desde el cielo. Porque poco o nada confío en nuestro Gobierno. Tengan en cuenta que los rebeldes continúan adquiriendo unidades navales y nosotros no sólo no progresamos, sino más bien nos movemos hacia atrás, olvidados de España y de Dios. Además de algunos adinerados españoles como ese Larrea, traidores a su patria que sólo buscan importantes beneficios a largo plazo, aunque presuman de ideas afrancesadas y progresistas, y la parcial actuación de la fragata *Nereus* por orden de sus autoridades, hace poco tuve conocimiento de otro factor negativo. Entra en escena un infame banquero de Boston llamado William White, dispuesto a financiar la compra de buques para los rebeldes de Buenos Aires sin aval específico. No sé si el Gobierno de los Estados Unidos se encuentra tras él, pero de todas formas será un factor importante a tener en cuenta. Y como utilizarán bandera inglesa en su navegación, llegarán a puerto enemigo sin que la división de Romarate pueda cazarlos.

—¿Cómo no se actúa contra los ingleses con mayor dureza, señor? —pregunté con la sangre en correría—. No puedo comprenderlo.

—Orden expresa y tajante dictada por nuestro Gobierno al virrey. No podemos hacer peligrar la alianza contra los franceses —entonaba con tono de sarcasmo.

—Esa alianza en mucho beneficia a los britanos, señor, y son ellos quienes no deben perderla. Porque en Europa, y durante muchos meses, sólo nosotros peleamos contra Bonaparte.

—Desde luego y es materia de sobra conocida. Nosotros recibimos una bofetada detrás de otra, mientras el glorioso Wellington se atrincheró en espera. A todos nos avergüenza la situación, incluso a algunos ingleses. Pero así funciona la Gran Bretaña, ahora con especial prepotencia, mintiendo y negando los hechos consumados.

—Pues con los debidos respetos, señor, debo comunicarle que si encuentro un buque con pabellón falso o contrabando para los rebeldes, lo apresaré. Nada en mis órdenes especifica lo contrario y pienso moverme en la pureza de la ley.

—No detento mando sobre usted, Leñanza. Pero puedo exponerle en paternal aviso que tal acción podría costarle un consejo de guerra.

—¿Por cumplir con mi deber? Estaría dispuesto a asumirlo, señor.

—Puede estar seguro de que si apresara un buque bajo pabellón britano con armamento para los enemigos lo aplaudiría en mis higadillos. Pero en tal caso, le aconsejo que lo hunda, o deberemos entregarlo a la fragata inglesa por orden superior en pocos días.

—Creo que es una acertada recomendación, señor general.

—Bueno, dejemos los temas tristes a popa, que son demasiados. Hoy deberíamos celebrar la captura del *Hiena* como es pertinente. Fíjense que llegaron ayer tarde y ya les han dedicado una poesía.

—¿Una poesía, señor? Qué rapidez —dijo Beto.

—Un momento, que pueden leerla y es realmente graciosa. Va a ser publicada en *El Mercurio*, pero como la ha escrito un buen amigo, me ha sido entregada esta mañana a primera hora.

El general abandonaba su asiento para tomar un pliego de su mesa y, regresado con rapidez, nos lo entregaba para su lectura. Sonreí de satisfacción al leer la última obra del famoso vate platense, llamado don Gervasio Algarate. Decía así:

*El Queche, el famoso Queche,
Blanco de sus atenciones,
¿Dónde lo ha llevado Jones?
A ponerlo en escabeche.
Y por más que se aproveche
La República Argentina
De la plata macuquina
Que al pueblo tiene robada,
No ha de comprar otra Armada,
Ni puede tener Marina.*

—Este poeta, señor, merece el mayor de los elogios —dije tras entregarle el pliego.

—No es Góngora, desde luego, pero tiene chispa. Haré que se distribuya por Buenos Aires a mi cargo, para que se jodan esos malditos.

El jefe de escuadra Salazar quedó pensativo, al tiempo que movía su cabeza hacia ambos lados en señal de pesadumbre, lo que no pude comprender. Y como se mantenía en alargado silencio, creí necesario preguntarle.

—¿Sucede algo, señor?

—¿Cómo dice? —pareció regresar de repente al mundo de los vivos—. Perdonen mi actitud, pero se marcharon mis pensamientos en vuelo por otros

derroteros. Esta mañana creí que podría utilizar el queche en una acción planeada hace pocos días, y ahora comprendo la imposibilidad de enhebrar mi plan.

—El *Hiena*, señor, salvo lo comentado de su artillería, se encuentra listo para salir a la mar en cuanto dispongamos de una mínima dotación, especialmente oficiales.

—No es posible, Pignatti. Lo que les voy a mencionar es información a quedar en puerta cerrada. Los rebeldes han pasado su pequeña escuadrilla, compuesta por un bergantín de 18 cañones, una goleta de 10 y una balandra de 3, a las aguas del río Paraná. Ordené a Romarate hace dos días que preparara el plan para atacarlos. Sólo puedo disponer para esa acción de los bergantines *Cisne* y *Belén*, así como los faluchos *San Martín* y *Fama*. Pocas bocas de fuego pero mucha ambición. Los buques de ese gobierno fantoche han fondeado bajo la protección de una batería con cuatro piezas de a 8, situada en lugar dominante de tierra, que les debe ofrecer cobertura. Podemos apresarlos y dar un golpe de mano que retrase la composición de una fuerza naval importante. Porque, no les quepa duda, esos canallas acabarán por disponer de suficientes unidades como para pasarnos con los cuernos por alto.

—Me parece una estupenda empresa, señor. Y si los apresan sin excesivos daños, mejor.

—Esta mañana pensé que, si utilizáramos el queche, sería más sencilla la operación y con mayor repercusión en la moral de los mercenarios. Pero si no puede utilizar su artillería, debemos descartarlo.

—Si retrasa la acción, señor, hasta que el buque se encuentre alistado... —dijo Beto, que parecía desear tomar parte en la lucha.

—No creo que se aguanten mucho tiempo al ancla en esa precaria situación, que puede volverse bastante comprometida. La teníamos prevista para el domingo de la semana próxima, un día que puede tomarlos a romper campanas.

—Si la fragata *Proserpina* puede serle de utilidad, señor, ya sabe que me tiene preparado y dispuesto —me apresuré a decir—. Y en estas aguas, 34 cañones pueden ofender en grado sumo.

—Ya me gustaría, no crea. Sería un sueño entrar a saco con la batería de la *Proserpina*. Pero con su calado no podría avanzar una vara en esa zona del río Paraná, y bien que lo siento.

—Lo comprendo, señor. Pero no se olvide de mis soldados de infantería de Marina, que pueden hacer mucho daño como fusileros. Y si la fragata se

encuentra varada en el dique, me ofrezco voluntario para mandar a esos hombres en la acción.

—El mando lo detenta el capitán de fragata Romarate y con probaba eficiencia. No es mi intención rebajarlo ni crear problemas donde no los hay.

—No pretendo mandar la división, señor, sino colaborar con sus fuerzas solamente como un hombre más. Puedo embarcar al lado de Romarate como un simple asesor. Y puede estar seguro, de que no aparecerán roces ni agravios por mi parte.

—Ya lo hablaremos con más detenimiento. Le avisaré cuando me plantee la reunión con Romarate, a la que puede asistir, para detallar la operación. Ahora dedíquese a su fragata e intente repararla cuanto antes. No quiero que me acuse el general Cayetano Valdés de que la retengo en beneficio propio — consiguió trazar una sonrisa—. Por otra parte, dadas las circunstancias del apresamiento, debería ofrecer una fiesta para las nobles familias de esta ciudad, que sólo escuchan noticias de guerra. Bueno, por desgracia no es aconsejable en estos momentos, cuando tanta dificultad padecemos para acopiar alimentos y en algunas viviendas se sufre hambre. Además, hoy o mañana debo acometer una penosa tarea que preferiría eludir.

Salazar volvió a perderse en sus propios pensamientos, como si una pesada carga hubiese caído sobre sus hombros de forma inesperada.

—¿Algún percance familiar? —pregunté, al observar la tristeza en su rostro.

—No se trata de familia exactamente, aunque como tal la considero. Un magnífico amigo, casi un hermano para mí, el coronel de infantería Eduardo de la Meseda, fue apresado por los rebeldes hace más de un mes y todavía no he conseguido su liberación o canje con esos malditos, a pesar de que se encuentra herido de mucha gravedad. Es muy posible que haya muerto y yo sólo consiga enterrar su cadáver. Pero lo más triste, que todo queda empañado en negro cuando se voltea la suerte, es que su mujer padece enfermedad incurable, y ayer me llegó noticia de lo que se entiende como su final empeoramiento. Algún conocido debe encontrarse a su lado en tan desgraciado desenlace y debo intentarlo aunque me cueste. Es difícil de creer, que una joven de impresionante belleza pueda morir a tan temprana edad, casi una niña.

—Desde luego. Siempre es triste contemplar la muerte, pero duele de forma especial si se trata de una hermosa joven —dije en tono apesadumbrado.

—Y para colmo de desgracias, hace solamente un par de semanas tuvo conocimiento de la muerte de su tía y única familia en Mondoñedo, lo que debió acelerar el trance. También ella pertenece a una casa dignísima, principal en dicha localidad gallega, que parece llegar a su extinción con su pérdida.

Al escuchar la palabra Mondoñedo y los últimos detalles, sentí vibrar las venas en concierto por mi cuerpo. Y aunque era consciente de que se trataba de una imposible coincidencia, no me resistí a preguntar, enmascarando la realidad.

—¿De Mondoñedo en el reino de Galicia? Qué casualidad. Tengo nobles parientes y muy buenos amigos en dicha localidad.

—En ese caso, seguro que conocerían a doña Felicia de Alvarfaz y su preciosa sobrina Audrey. El nombre británico de la joven se debe a que su madre, de la casa de Alvarfaz y hermana de Felicia, casó con un oficial escocés, muerto bajo las órdenes del general Moore en La Coruña, tras combate contra los franceses. Y como una desgracia más de esta joven, su madre murió poco después. Arribó a Montevideo para contraer matrimonio con mi amigo Eduardo hace solamente siete meses, una rápida boda que debió programarse entre familias, aunque se trate de información reservada. Por fortuna, no han procreado y ningún niño queda en orfandad, aunque una antigua casa solar llegue a su extinción.

Era imposible intentar normalizar todo lo que, de pronto, saltaba en escarpada por mi interior a borbollón de espuma. Conforme escuchaba aquellas últimas palabras, el rostro de Audrey regresaba a mi cerebro con absoluta precisión, como si nunca se hubiera despegado de él una mínima pulgada. Al mismo tiempo, una poderosa maza se aplastaba contra mi pecho, impidiendo cualquier atisbo de respiración. Me repetía una y otra vez que era imposible aquella jugarreta del destino, mientras abría la boca para tragar un aire que se resistía a penetrar hasta los pulmones.

23. Recuerdos

Confuso y aturdido, una poderosa voz repetía en mi cerebro que no era posible, que el jefe de escuadra Salazar debía haber entrado en severa demencia o el mundo intentaba jugar con mis sentimientos, azotándolos en acoso de duelo hasta alcanzar la más espantosa desesperación. No obstante, poco a poco en la mente permanecía en solitario el incomparable rostro de cabellos bermejos, que había amado con extrema pasión dos años atrás, produciendo una congoja de placer anticipado. Las imágenes variaban sobre un mismo punto, celosas del envite. Entraban en demanda madejas del color de las brasas y una incomparable cara pecosa, en la que dominaban dos ojos grandes y verdes, un verde azulado que podía recordar las aguas antillanas, clavados en los míos como espolón de galera y de los que nunca pude separar la mirada una sencilla mota.

Porque deben saber quienes no hayan leído anteriores cuadernillos sobre mi vida, que quise con locura a esa preciosa joven, Audrey, habiendo pecado con ella en desenfrenada pasión y universal escándalo, si tal condición hubiese llegado a ser conocida. El honorable capitán de navío Santiago de Leñanza, conde de Tarfí, comandante de la corbeta *Mosca*, y la heredera de una de las más antiguas y nobles familias gallegas marcados en imborrable deshonor. Aunque fuese catalogado como inmensa locura, estaba dispuesto por aquellos días a unirme con ella para siempre. Y, al mismo tiempo, olvidar cualquier obligación con la legítima esposa, el deseado hijo o mi brillante carrera en la Real Armada, una enajenación admitida que no podía evitar en los momentos de desenfreno amoroso.

Para bien o para mal, tras la pérdida del ojo a causa de la bala francesa y la alargada enfermedad sufrida en el hospital ferrolano, acudí a Mondoñedo para llevar a cabo mi plan y rescatar por las buenas o las malas al ser amado. No obstante, la tía Felicia, que me odiaba como a un endemoniado confeso, había mentido al asegurarme la muerte de la sobrina al dar a luz a una hija

mía, la pequeña María, niña que había depositado en brazos de mi mujer y que también en sumo secreto habíamos criado como propia. Y, para mayor sorpresa, en tan terribles circunstancias mi matrimonio había dado un vuelco de luces y retornado a la más absoluta armonía, con Eugenia en rendido cariño por la pequeña y Audrey perdida en los recuerdos. Pero ahora comprobaba el tortuoso plan perpetrado por aquel ser maligno, que penaría sin duda en el infierno tras su muerte. Había casado a Audrey en rápido matrimonio de concierto, para que su sobrina recuperara el honor perdido. Y estaba seguro de que habría ampliado la mentira hasta asegurar mi muerte a la joven desesperada, para que decidiera tomar el único camino posible.

También Beto, consciente de lo que significaba aquella información recibida, debía padecer la misma situación de estrago interior, aunque pudiera enmascararla con fuerza sobrenatural. Mientras intentaba recuperarme con un gigantesco esfuerzo, y fingía un ataque de tos repetida para mostrar una mínima normalidad en el rostro, escuché las palabras del general.

—¿Qué le sucede, Leñanza? Su rostro muestra una palidez cercana a la cera parroquial. No es buena esa tos que padece.

—Verá, señor general —se apresuró Beto a contestar por falso y en desesperado auxilio—, el comandante Leñanza sufrió un fuerte resfriado hace un par de semanas cuando descerrajó sobre nosotros la incontenible lluvia, tras el duro temporal. Y todavía padece algunos ahogos intermitentes, que van a mejor con el tiempo.

—Debe cuidar el pecho, Leñanza. Esos delicados órganos no se andan con bromas cuando nos atacan. Diré a Julián que le traiga un vaso de agua. ¿O quizás sería mejor una copa de vino clarete?

—Estoy seguro de que el vino le aliviará más, señor —contestó Beto que, estaba seguro, desearía beberlo a morro de bracero.

Quería lanzar una y mil preguntas, aunque todavía me costaba demasiado llevar a cabo un mínimo razonamiento. Por fortuna, salió el general de la estancia para solicitar la bebida, momento en el que Beto me tomó por el brazo.

—Santiago, por Dios, comprendo lo que sientes, pero debes mantenerte firme y aparentar normalidad. No permitas que el general llegue a sospechar siquiera la verdad. Por desgracia, esa pobre mujer se encuentra a las puertas del Altísimo y nada se puede hacer por tu parte.

Escuchaba las palabras de mi cuñado, como llegadas de muy lejos en vuelo de nubes. Me sentía abotargado de cuerpo y mente, mientras Beto continuaba su parla para mantenerme en prevención. Gracias a la Patrona,

cuando regresó el jefe de escuadra Salazar me encontraba en estado de continuar la farsa, a la que me prestaba con marcado interés.

—¿Se encuentra mejor?

—Así es, señor. Ha sido un repentino ahogo. Los sufrí hace semanas con fuerza. Por fortuna, me atacan muy de tarde en tarde.

—Si lo desea, conozco un excelente galeno que puede auxiliarme de forma inmediata.

—No es necesario, señor. Ya me cuida el cirujano de a bordo. Pero, regresando a nuestra conversación, me han interesado en suma manera sus palabras. Porque si esa joven de la que me hablaba es Audrey Wordsworth-Lockhart, hija de un oficial escocés y sobrina de la difunta Felicia de Alvarfaz, debo declararle que es parienta mía, a la que dispenso especial cariño.

—¿Parienta suya? ¿Cómo es posible? Tenía entendido que no poseía familia alguna y que con ella se daba carpetazo a esa antigua y noble estirpe.

—Bueno, en verdad no somos parientes de sangre. Pero nuestras familias eran muy amigas y por tal razón nos tratábamos como primos en estrecha familiaridad. Coincidimos algunos veranos en Mondoñedo, donde mis abuelos poseían una hacienda.

—Esa sí que es una inesperada casualidad. No mienten aquellos que estiman la pequeñez del mundo hasta extremos insospechados. Llegáis en comisión a Indias y en este lejano rincón se os aparece una vieja amiga a punto de fallecer.

—Así es, señor. Los caminos de la vida son inescrutables y solamente Dios es capaz de dibujarlos. Pero siento y me entristece muy sinceramente su enfermedad. ¿Dice que es incurable?

—Así es. La han visitado los mejores cirujanos y médicos del Plata, incluso alguno llegado del Brasil, con el mismo y repetido resultado. Sufre unas tremendas hemorragias por su parte más femenina, ya me entienden, que la debilitan más y más. Comenzaron hace cuatro o cinco meses, sin que haya sido posible cortarlas de raíz, a pesar de los mil ungüentos aplicados. Parece que ayer sufrió una pérdida bastante copiosa, razón por la que me llegó el recado. Y bien sabe Dios que debo acudir, hoy o mañana, aunque no sea plato de mi gusto. Pero no puedo permitir que muera en soledad.

Creí entrever la luz al final del túnel, y por esa rendija me lancé a galope tendido sin pensarlo dos veces. Estaba seguro de que mi idea sería desaprobada por Beto, pero poco me importaba.

—Si le parece bien, señor —Beto me miraba y temía los pasos que pudiera dar a continuación—, dada nuestra vieja amistad, puedo acudir en su nombre y comprobar su estado. También desearía saludarla y otorgarle algún consuelo en sus últimos momentos, si es posible. Por mucha prisa que desee imprimir, no creo que podamos varar la fragata hasta dentro de dos o tres días, con los trabajos anteriores de acoplo que se han de efectuar en la solera del dique. Puedo hablar con el ingeniero y programar las acciones. Y esta tarde, si así lo autorizáis, me sería posible girar visita a la enferma.

—Desde luego, no hay duda de que habéis llegado en mi auxilio, tanto material como espiritual —ahora sonreía de nuevo con franqueza—. Por todos los santos, no sólo queda autorizado para enhebrar esa visita, sino que lo envío con mi más sincero plácet. Hable con Ramírez Conde, planifique sus trabajos de varada y después puede salir hacia la hacienda de Los Álamos, propiedad de mi amigo Eduardo. Y le prometo mi más rendido agradecimiento. También supondrá para usted un desagradable episodio. Nadie disfruta visitando a la muerte, y en esa casa se respira la guadaña desde hace algunas semanas.

—Espero superarlo con entereza. Ya le informaré de los detalles a mi regreso.

—Muy bien. Como la hacienda se encuentra en un paraje que llaman Las Piedras, a menos de cuatro leguas de aquí, puede tomar mi carruaje. El terreno es llano, como casi toda la superficie que rodea la plaza, y le será fácil llegar en escaso tiempo. Comunique a Julián a qué hora lo necesita.

—Así lo haré. Muchas gracias, señor.

—Por favor, soy yo quien debería agradecersele.

Tras indicar al ayudante la necesidad del carruaje, salí de la jefatura con paso ligero, como llevado por el diablo en comisión de fuegos. Beto, acelerando el paso para no quedar rezagado, intentaba protestar, al tiempo que serenaba su ánimo, soliviantado también.

—Santiago, por favor, ¿estás seguro de que vas a obrar con cordura? —consiguió pronunciar.

—Con toda sinceridad, no lo sé —contestaba sin dirigirle la mirada y sin aminorar un paso la velocidad—. Pero te juro por la salvación de mi alma, que ni mil vírgenes en rogatoria podrían apartarme del camino trazado. Así que puedes ahorrarte todas las recomendaciones que estás a punto de lanzar.

—Ya sé que harás tu santa voluntad, si entra en juego la dama de los cabellos bermejos. Sólo deseo que pienses en su bien, porque la amaste con verdadera locura. Esa pobre mujer se encuentra empernada en el viaje

definitivo y seguro que habrá reconciliado su alma con Dios. Con toda seguridad, la endemoniada tía le contaría que habías perdido la vida o enviado mensaje para forzar el olvido, posiblemente la primera de esas soluciones.

—Eso mismo he pensado.

—Pues en ese caso, puedes imaginar con facilidad la impresión que la pobre se llevará al verte. ¿Piensas agitar con viejas pasiones sus últimos momentos, cuando ha de entregar la vida? Por favor, Santiago, no dejes que un arrebato nuble tus pensamientos de nuevo. Ese amor es lana tejida sin posible enmienda. Permítele morir en paz. ¿Qué piensas decirle? Supongo que no le hablarás de vuestra..., bueno, de María.

—Es su hija también. Y es muy probable que ni siquiera conozca su existencia.

—Estoy convencido de ese detalle. Supongo que no arriesgarás la vida de tu hija —el tono de su voz se tornaba duro.

—No creo que corra peligro.

—Sabes muy bien lo que quiero decir. Esa niña crecerá en paz, sabiéndose hija legal de Eugenia y de ti. Con la muerte de Felicia y sin herederos, el secreto de su oscuro nacimiento partió a la definitiva tumba. Imagina que, aunque se encuentre muy enferma, vive lo suficiente para explicar la verdad. ¿No comprendes que puede ser un tremendo escándalo, del que la peor parada será la pobre María?

Llegamos a la escala real, embarcando en la falúa que se mantenía acoderada al cierre. Tan sólo debí hacer una señal a Okumé para que largara la boza y ordenara la pertinente boga. Beto, sin embargo, intentaba continuar la carga, por lo que me dirigí a él con un tono de voz que no admitía dudas.

—Por favor, Beto, escúchame bien y deja de lado tanta monserga frailenga. Parece mentira que no conozcas lo que en verdad siento, después de conocer al detalle el amor sufrido en mis carnes por esa mujer. No sé lo que diré, haré o pensaré llegado el momento. Tan sólo estoy decidido a marchar hacia esa hacienda, verla y tomar su mano. Y no me creas animado por una pasión, que no existe en estos momentos. Lo que suceda después queda escrito en el aire, porque una vez en su presencia, pueden dar un vuelco los cielos y la tierra. ¿Me comprendes?

—Por supuesto. No creas que no sé lo que circula por tus adentros en estos momentos, *Gigante*, porque puedo imaginarlo con todo detalle. Sin embargo, intento que no pongas en peligro la felicidad de tu hija, a la que tanto quieres.

—No te preocupes.

Una vez a bordo, no disminuyó una onza la convulsa agitación sufrida, desde que escuchara el nombre de Audrey por primera vez minutos atrás. Si cabe, aumentó de grado conforme pasaba el tiempo. No obstante, en mi interior, luchaban voces de diferente rasero, que eran desechadas antes de un mínimo análisis. Lo único que se mantenía empernado de firme era el deseo de estar con ella, aunque sufriera al contemplar una visión estragada por la enfermedad. Y aunque pueda parecer extraño, un sentimiento muy dulce recorría mi cuerpo en oleadas. Las imborrables imágenes de Audrey en mi cámara, amándome sin freno, habían retornado con una fuerza que nadie sería capaz de desterrar.

* * *

Como siempre que se empeña el alma a muerte en una misión, conseguí quedar libre de otras cargas con extrema rapidez. Es posible que les parezca difícil de creer, pero en aquellos momentos de turbulencia mental, la figura de Audrey sobrevolaba por encima del resto, todo aquello que pasaba a ser considerado, sencillamente, como pequeños problemas del día a día. Me costó algunos viajes de ida y regreso encontrar al ingeniero Ramírez, pero acabó por sonreírme la suerte de lleno, al descubrir a una persona de ejemplar conducta, inteligente, muy bueno en su parcela profesional y, para colmo de bienes, rebosante de bondad por los cuatro costados. Aunque por mi parte estimaba un tanto problemática la preparación de nuestra varada en el dique, especialmente el acoplo de pilotes y enmiendas para recibir un barco de dimensiones no habituales en el apostadero, aminoró las posibles dificultades el ingeniero hasta quedar convencido de que, en un par de días, podría alistarse de firme el asiento en la solera, sin que aparecieran problemas de calado.

Una vez trazado el plan de trabajo, y tras concertar una cita a bordo de la *Proserpina* para la mañana siguiente, regresé a la fragata para vestir ropas de paisano y partir sin pérdida de tiempo en dirección a la hacienda. Y aunque parezca infantil y absurdo, no podía apartar de la cabeza la escena en la que imaginaba a su dueño, Eduardo de la Meseda, junto a Audrey en cama con regio dosel, embutidos ambos en frenético acto de amor, una visión que me hacía cerrar los puños con fuerza. Okumé, enterado de los sucesos por boca de Beto, se mantenía en silencio mientras preparaba mis ropas en la cámara. Tan sólo al verme dispuesto, lanzó una pregunta en tono bajo.

—Supongo, señor, que podré acompañarlo en el pescante del carruaje, como siempre hice.

—Desde luego, buen amigo. No pensaba partir sin ti —me emocionó comprobar su tristeza, en verdad una prolongación de la mía—. Pero nada de pescantes, prefiero que embarques a mi lado.

—Cada uno en su camarote y Dios en el de todos, señor. Además, así puedo comprobar el camino por si fuera necesario..., bueno, por si debiéramos acudir en otra ocasión.

—Si son ciertas las noticias recibidas, y mucho me temo que así sean, la siguiente visita a esa hacienda sería para su entierro, si es que no se ha consumado la tragedia todavía.

—No debe sufrir, señor, que ya le costó mucha sangre este episodio meses atrás. Lo que ha de ser, será y nadie lo puede detener. Es posible que Dios obre con cordura y se lleve en brazos a quien tanto ha sufrido. Después de todo, puede ser la mejor o única solución.

—Debes comprender que eso no puedo aceptarlo, Okumé. Desearía entregar mi vida por disfrutar de una última velada con ella.

—Si entiende por velada una de aquellas alborozadas noches en Mahón, puede olvidarlo y no calzar falsas esperanzas. Debe prepararse para enfrentar a una mujer que se encuentra a las puertas de la muerte.

—Eso me temo, aunque la esperanza sea el último tablón a mano que nunca se ha de perder.

Junto a la escala real nos esperaba un magnífico carruaje, que embridaba un tiro compuesto por dos caballos negros y relucientes. En la puerta, pintada de un verde oscuro, destacaba el escudo de la Real Armada con la signatura del apostadero en color dorado. Se trataba de un landó-barco de cinco vidrios y unos fanales a banda y banda del pescante con chorros de oro, que debían proceder de algún buque desaparejado. Una vez en su interior, me dejé reclinar entre mullidos cojines rellenos de miraguano, mientras descansaba los pies en el pesebrón, cubierto con una espesa alfombra azul con anclas doradas, un tanto deteriorada por el paso del tiempo. Pensé que era uno de los pocos vestigios que recordaban una época pasada y mejor, como solía suceder en España con todo lo que entrara a la vista. Una vez acomodado, el cochero pidió mi permiso para iniciar la marcha con una ligera reverencia.

Aunque dirigía la mirada a través del cristal derecho, el paisaje desfilaba ante mí sin que marcara interés alguno, con los pensamientos navegando por adelantado en la distancia. No obstante, comprobé cómo salíamos de la plaza por su puerta septentrional, para tomar un camino trazado en llano y con

marcas de roderas por toda indicación. A pesar de ello, el cochero debía disfrutar de especiales conocimientos porque no dudaba al manejar el tiro por derecho, ni siquiera cuando se aparecía un terreno yermo y desamparado, sin una mínima señal en lontananza que pudiera guiarle. Un par de leguas después, comenzaba a verdear el piso, aflorando retamas cenicientas y rubios, como por allí llamaban a las chaparras de pequeñas flores amarillas. Y de pronto, como por arte de magia celestial, tras descender por una suave pendiente, se produjo un cambio brusco y repentino en escasas varas de distancia, porque entramos de lleno en lo que podría llamarse sin mentir como jardín aderezado, con árboles en rodeo por todo el horizonte.

Por fin, atravesamos dos picachos de fábrica que se cerraban en martillo con la indicación esperada: Los Álamos. En aquel momento comencé a sufrir un movimiento propio en manos y pies, incluso surcos en la piel, como joven imberbe que se dirige a su primera cita amorosa. Ahora ya dediqué más atención al paisaje, árboles en rápida sucesión hasta dar paso a una plaza enarenada con macizos de flores en preciso dibujo. Y debimos correr unas cien varas más, para observar al frente una mansión de grandes dimensiones y columnas centrales, que le conferían la calidad de un hermoso palacete.

Cuando el cochero detuvo el carruaje ante la escalinata de entrada, los nervios aferrados se dispararon todavía más, hasta sentir una profunda flojera en las piernas y el ánimo. Okumé abría la puerta cuando ya mis temores tremolaban a espuestas y dudaba de la conveniencia de haber acometido aquella empresa. Pero un criado se acercaba, presuroso y solícito, por lo que debía ofrecer la cara sin rendirme por adelantado.

—Buenas tardes tenga el señor. ¿En qué puedo auxiliarle?

—Soy el capitán de navío Francisco de Leñanza, conde de Tarfí, y acudo para visitar a la señora —empleé el título como en otras escasas ocasiones, en las que podía aliviarme la tarea enfrentada.

—Lamento decirlo, que la señora marquesa se encuentra en mal estado, muy enferma.

—Ya tenía conocimiento de esa desgracia, razón por la que acudo a visitarla. Anúnciame como un viejo amigo que llega de España.

—Por favor, señor conde, acompáñeme.

Atravesé los recios portones de la mansión tras el criado, mientras pensaba en el título ofrecido. Porque nada me había comunicado el jefe del apostadero sobre el marquesado de su amigo. De esa forma, no podría dirigirme de forma adecuada, lo que me produjo cierta desazón. Una vez

atravesada la entrada, el criado giró a la derecha con rapidez, hasta alcanzar una pequeña sala de recibo, donde se detuvo.

—Tome asiento, señor conde. Avisaré a la dueña sin pérdida de tiempo.

—Muchas gracias.

Como algunas palabras se utilizan en Indias con significados diversos, y hay que moverse con las entendederas en alerta, no sabía a quien se refería el criado con exactitud al nombrar la dueña. Pensé que, sin duda, debería ser alguna mujer, normalmente viuda y entrada en edad, de las que existen de forma habitual en las casas principales para forzar autoridad y respeto, así como guarda de las demás mozas del servicio. Y no iba desencaminado porque, poco después, aparecía una mujer que afectaba por más, aunque muy en cuerdas de cortesía.

—¿Señor conde de...?

—Capitán de navío Francisco Leñanza, conde de Tarfí. Desearía ser recibido por la señora marquesa.

—La verdad es, señor conde, que mi señora se encuentra enferma de gravedad y no recibe visitas.

—Me encuentro al corriente de la exacta situación que sufre. Nuestras familias eran muy amigas de antiguo, razón por la que nos tratábamos como primos. Acabo de arribar a la plaza de Montevideo desde España, y el comandante de Marina del apostadero, don José María Salazar, me expuso las tristes circunstancias que atraviesa la señora marquesa, así como su deseo por venir a saludarla. Acababa de tener conocimiento del último y grave episodio en su enfermedad.

—Yo misma se lo envié ayer, siguiendo las precisas instrucciones del señor marqués, antes de salir a la guerra.

—En efecto. Al saber de mi vieja amistad con ella, el jefe de escuadra Salazar me pidió que la visitara en su nombre, y así intentar confortarla en tan delicados momentos.

—La verdad, señor conde, no sé si... —dudaba la dueña sobre el camino a seguir. Es posible que mi decisión la forzara por caminos alternativos—. Bueno, voy a comprobar si se encuentra despierta y con fuerzas para hablar. De todas formas, ya que existe esa amistad, acompáñeme hasta el recibidor de su alcoba.

Subí tras la dueña por una escalera de doble puente y espléndida barandilla de madera labrada, hasta arribar al distribuidor del piso superior. Una vez allí, y tras comprobar que seguía sus pasos, giró hacia la izquierda para enfrentar un alargado pasillo. Y cuando aquella caminata atacaba mis

piernas por los nervios entablados, accedimos a un precioso tocador de recibo con sillones de estilo Luis XV, cualidad que dominaba en toda la estancia. Y aunque poco he gustado de esos muebles chinescos con el rococó en baile de oros, sin olvidar su odiosa procedencia gabacha, tomé asiento mientras la dueña encaraba una puerta para penetrar en el interior de la alcoba.

Si los nervios sufridos hasta el momento agitaban mi respiración como carrera de baquetas, ahora pasaba a inspirar con aguda dificultad, al tiempo que no sabía dónde colocar las manos para ocultar sus erráticos movimientos. Por fortuna, no debí esperar mucho tiempo porque pronto regresaba la mujer de rostro acicalado y sonrisa hueca. No entreví emoción en sus gestos, lo que me alivió en gran medida.

—Puede pasar, señor conde. La señora marquesa se encuentra despierta y lúcida, aunque deberá estar muy atento a sus palabras porque el tono de su voz es débil. Y por favor, al primer síntoma de cansancio deberá abandonar la alcoba y dejarla descansar.

—No se preocupe, que seguiré sus indicaciones al punto exacto.

Ahora la dueña tan sólo abrió la puerta desde el exterior, para permitirme la entrada. Y para tranquilidad de mi alma, la cerraba una vez introducido, una decisión que no sabía de quién había partido.

Lo primero que llamó mi atención al penetrar en la amplia alcoba fue el olor, un inconfundible aroma que me retrotrajo en rápido vuelo a meses atrás, cuando ese perfume, el personal de Audrey, se mantuvo amadrinado a la cámara de la corbeta *Mosca* durante semanas. Además de un falso gabinete y el tocador guarnido hasta con flores, al fondo emergía una cama con generoso dosel y columnas salomónicas. Me fui acercando paso a paso, como si intentara abordar una nave enemiga con extremo cuidado. No obstante, debo reconocer que temía encarar su cuerpo, su rostro y, en especial, sus ojos. Y aunque sea extraña condición, el ánimo se serenó de pronto como las aguas tras la torrentera.

Cuando llegué a la altura del lecho, dirigí la mirada hacia ella. Y por el eterno descanso de todos mis ancestros, puedo jurar que jamás he sufrido una visión que hiriera tanto mi alma, a tal punto que todavía hoy, muchos años después, la recuerdo en los sueños o pesadillas que padezco con increíble perfección. Sobre el embozo de color rosa aparecía la cara pecosa de Audrey, sin duda, aunque en su rostro, demacrado al extremo, se apreciaban ojeras negras y una palidez que parecía dejar ver su interior a través de la piel. Aparentaba ser una niña desamparada, que necesitaba inmediato consuelo. De todas formas, lo que machacó mi alma fueron sus grandes ojos verdes, único

factor inmutable, que se clavaban en mí con miedo, como si observara un ser venido del más allá. Escuché su voz, emitida con tono débil y rastros de perplejidad.

—¡Santiago! ¿Eres tú, querido? Debo haber muerto porque siempre deseé reunirme contigo en el cielo.

—No has muerto, amor mío —debí realizar un supremo esfuerzo para no quebrar la voz—. Estoy aquí en la tierra, contigo. He venido de España para verte.

—¿Vienes de España? Eso no es posible —por primera vez se removió entre las sábanas, momento en el que pude atisbar su extrema delgadez—. Perdiste la vida cuando se hundió tu barco. Y mucho que lloré, nadie puede saber cuánto. Jamás he podido llorar desde aquellos días porque quedé seca de lágrimas. ¿Estamos en el cielo? ¿Qué te sucede en el ojo? ¿Lo has perdido?

Dudé sobre el camino a seguir durante unos pocos segundos. Pero se impuso la sinceridad sin pensar siquiera en el posible daño.

—La tía Felicia te mintió, vida mía. Bueno, nos mintió a los dos en todo. Después de perder el ojo y sufrir un tabardillo de pintas coloradas^[126], que casi me lleva a la tumba, acudí a la villa de Mondoñedo para recogerte y partir hacia esa hacienda extremeña, tal y como habíamos planeado. Pero ella me dijo que habías muerto tras el parto de nuestra hija.

—¿Muerto yo? —exhibió una extraña mueca de duda—. Parece difícil de creer. Pobre tía, no creo que lo hiciera con maldad, sino por amor a mí, aunque no supiera el daño que producía. Nuestra pobre niña —se apreciaba fatiga, lo que me hizo elevar la mano para que callara. Pero ella seguía—, nuestra pequeña murió al nacer. Ni siquiera pude llegar a verla. Al menos su presencia me habría consolado. ¿Por qué un amor tan profundo y verdadero como el nuestro, pudo generar desgracia sin fin? No lo merecíamos, Santiago, vida mía.

Ahora dudé de nuevo y con mayor fuerza, mientras apretaba los puños hasta clavar las uñas en mi propia carne. Y sin saber si obraba en cordura, me lancé de nuevo a la verdad sin posible freno.

—No murió nuestra niña, querida. La farsa de tu tía fue colossal. La pequeña se llama María y es una mujercita preciosa.

—¿Qué dices? No puede ser. Me afirmé...

—Cuando hablé con ella en Mondoñedo, tras asegurarme tu muerte, me comunicó que había pasado por Cádiz para dejar la niña en manos de mi mujer y que, de esa forma, no sufriera las consecuencias del escándalo. La

hemos educado como nuestra hija legal, creyéndote muerta. Todo fue un engaño de proporciones gigantescas.

—Dios bendito que me espera en el cielo. Mi pobre niña en otros brazos —quedó con la mirada perdida, al punto que estimé su entrada en modorra de muerte. No obstante, se repuso para volver a clavar sus ojos en mí—. ¿Has venido a verme? ¿Cómo supiste la verdad a tanta distancia, si no existían más testigos?

—Llegué al Río de la Plata al mando de la fragata *Proserpina*. Una vez en visita al jefe del apostadero, esta misma mañana, me comunicó que la mujer de un buen amigo se encontraba enferma. Cuando pronunció tu nombre, recibí la sorpresa que puedes imaginar, ampliada al conocer detalles concretos que dispersaban las dudas. He venido sin perder tiempo. Pero, dime, mi amor, ¿cómo te encuentras?

—Agotada. Ni siquiera soy capaz de alzar la cabeza una cuarta. El cirujano asegura que me falta sangre y debo comer algunos alimentos especiales para recuperarla. Pero no puedo, es superior a mí, y si fuerzo la voluntad acabo por expulsarlos de forma violenta, un ejercicio que me debilita más todavía. Creo... —por primera vez exhibió una sonrisa desmayada, al tiempo que sacaba su brazo bajo las sábanas y podía tomar su mano pequeña, extremidad blanca que se perdía entre las mías como la de un recién nacido—, creo que Dios ha escuchado mis ruegos y te ha enviado antes de que muera. Ahora puedo hacerlo feliz, sabiendo que nuestra hija vive y será una damita en tu familia, aunque tal pensamiento duela mucho aquí dentro. Pero he de pensar en ella por encima de todo. Es posible que tía Felicia acertara en ese aspecto. Pero, dime, ¿es hermosa?

—Una niña preciosa, con tus mismos ojos verdes. Siempre que la tomo entre mis brazos, pienso en ti.

—¿Nadie sospecha de su...?

—A todos los efectos es María de Leñanza, y así quedó inscrita en legal partida de bautismo. Espero que pueda alcanzar esa ventura que a nosotros nos prohibieron por decreto.

—Sí, que sea feliz por encima de todo, esa felicidad de la que disfruté solamente unos pocos días a tu lado. En ese caso, he de pedirte un importante favor, amor mío.

—Haré lo que digas.

—Debes jurarme con solemnidad, que nunca conocerá la verdad. Que entre en la vida con absoluta normalidad, sin comenzar preñada de unos prejuicios que pueden abotargar su mente. Júralo por Dios —apretó con su

máxima fuerza mi mano, apenas una ligera caricia, al tiempo que sus ojos parecían agrandarse.

—Te lo juro por la salvación de mi alma. Jamás lo sabrá, no te preocupes. Pero no debes hablar más porque te produce fatiga.

—No me pidas eso, amor mío, por Cristo crucificado. Tras meses de sufrimiento, el Dios de los cielos me entrega tu visita como inesperado y, posiblemente, inmerecido premio. Debes saber que en estos meses no he sido feliz y he fingido mucho con añadido dolor. La tía Felicia me casó por poderes y envió en un buque hasta aquí. Y aunque mi esposo es caballero cabal, cortés y solícito, nunca pude decirle que lo amaba, sencillamente porque esas palabras seguían dedicadas a ti en mis pensamientos. Desde hace muchas semanas, solamente sueño con morir y encontrarme en el cielo. Esperaba, impaciente, arribar a tu lado, mi amor. Debo decirte, aunque lo hayas escuchado de mis labios mil veces, que siempre te he querido con toda el alma, Santiago, y así seguiré hasta mi muerte, que se encuentra muy cercana.

—No digas eso, vida mía. Debes sanar y vivir con fuerzas, para que pueda llevarte a esa hacienda extremeña, donde planeamos amarnos para siempre. Todo es posible todavía —le mentía, sin duda, pero también lo hacía conmigo, haciendo de sueños realidad—. Te quiero con locura y esta vez nadie conseguirá engañarme.

—Estoy segura de que no lo intentará Dios, que ahora es mi dueño. Nada de engaños, sino afrontar la verdad de cara. Te esperaré en el cielo, Santiago, mientras compruebas cómo nuestra hija se hace mujer. Busca un buen hombre, que la quiera como nosotros nos quisimos, sin imposiciones. No hay nada más doloroso en la vida que unirte a quien no amas. Al menos, que ella pueda conseguir lo que nos fue vedado en la tierra.

—Así será, puedo jurarlo ante ti.

—Creo que ahora me será posible morir en paz porque, sin esperarlo, he vuelto a ser feliz —apareció de nuevo la débil sonrisa en el pecoso rostro, una mueca en su boca de labios finos—. Quiero pedirte algo más, Santiago. Deseo que me beses y, de esa forma, comprobar que son ciertos los más bellos recuerdos. No creo que Dios me cierre las puertas de su reino, por recibir un sencillo beso, de la única persona que he amado en toda mi vida.

—Eso no puede ser pecado, mi amor, sino divina penitencia.

Aproximé mi cabeza hacia la de ella, hasta juntar con suavidad mis labios sobre los suyos. Y si se necesitaba alguna prueba que constatará el amor verdadero, allí aparecía a espaldas. Porque sentí la misma pasión contenida,

el mismo deseo y el sentimiento de cariño rendido ante aquella estampa de la muerte. Fueron dos, tres o mil besos ligeros, roces de ternura que, sin embargo, hacían tremolar piel y sentidos. Y entre uno y otro recitaba, lo que no eran más que ruegos sin esperanza.

—No morirás, mi amor, porque lo impediré con las armas que sean necesarias, puedes estar segura. Cumpliré guardia permanente en la alcoba y expulsaré a la muerte, si se atreve a rozar tu piel. Lloré tu pérdida una vez, vida mía, así que no me hagas sufrirla de nuevo porque moriría contigo. ¿Recuerdas cómo te expliqué con detalle la hacienda extremeña, esa tierra escogida para nosotros? Te gustará mucho, estoy seguro —le hablaba en un suave susurro, con mis labios pegados a su oreja—. Allí nos amaremos en soledad, sin que nadie pueda turbar la paz que merecemos. María vendrá con nosotros y jugará en tus brazos, esa pequeña con tus mismos ojos corriendo a nuestro alrededor. Y dentro de muchos años, cuando el Dios justo decida que...

Detuve mis palabras en seco porque, apoyada mi mejilla contra la suya, no había comprendido que Audrey ya no escuchaba. Sentí vértigo al suponer que podía haberse marchado de forma definitiva, pero respiré de felicidad al comprobar que su pecho se elevaba con suavidad. La pobre dormía, sin fuerzas, entregadas las últimas de su débil cuerpo en aquel beso. Otra vez el sentimiento de extremo cariño se adueñó de mí y volví a besarla con suavidad. Y así habría quedado durante horas y días, una vida entera, hasta que escuché unos leves golpes en la puerta. No era capaz de calcular el tiempo transcurrido, aunque se plasmaba con claridad que debía ser juicioso y no hacer volar el secreto que nos había hecho sufrir de aquella forma. Un último roce de mis labios para levantarme a continuación hasta la puerta. Y mientras la abría, alabé la prudencia de la dueña.

—Es muy tarde, señor, creo que...

—La pobre ha quedado dormida. Pero conseguí hablar con ella un buen rato. Me parece que ha sido feliz algunos momentos, porque llegó a sonreír —de nuevo debí esforzarme para hablar con normalidad—. Es difícil comprender la elección de Dios y que se lleve a una mujer buena, todavía en los albores de su vida.

—Así es, señor conde. No lo merece mi señora. Pero se ha hecho tarde y sería oportuno que... —volvió a dudar, para cambiar de itinerario—. Ahora dormiré durante bastantes horas.

—Sí. Debo marcharme. Informaré al jefe del apostadero de mi visita y su estado. Por desgracia, no creo que lo supere, es imposible en el estado que se

encuentra.

—Dijo el doctor que si sufre una nueva pérdida, moriría en el acto. Y teme que se produzca en cualquier momento.

—Prefiero no escuchar tales palabras. Por favor, espero que nos informará si..., si sucede lo que...

—No se preocupe, señor conde, que así lo haré de forma inmediata.

Abandoné la casa de forma precipitada, casi a la carrera. Y debí realizar un nuevo y gigantesco esfuerzo para que la dueña no contemplara mis ojos bañados en lágrimas, cercanos a rebosar. Por tal razón, respiré de alivio al encontrarme en el carruaje, cuando ya las luces comenzaban a decaer. Y allí, embutido entre los mullidos cojines, dejé correr el aguacero de mis cuencas en libertad. Lloré en silencio como jamás lo había hecho, mientras restregaba con suavidad los labios entre sí. Sin embargo, el gran temor, lo que me producía verdadero pavor, como si se tratara de la última oportunidad que la vida nos concede, era que aquel sabor de los últimos besos pudiera perderse para siempre de mi boca.

24. Preparativos

De nuevo se amadrinaron dolores y quebrantos a mi vida, como una malsana reproducción de las tinieblas sufridas meses atrás. Sin embargo, en aquellos momentos se deslizaban en paralelo a un profundo reconcomio de tristeza amorosa, consciente de que Audrey se marchaba para siempre y, ahora, sin posible enmienda celestial o terrestre. La oscuridad estaba rendida, sin duda, pero al menos fluía por los poros de mi cuerpo un sentimiento de agradecimiento, como si hubiera sido recompensado con un premio inesperado y fabuloso. Menos mal que, en benemérita compensación, restaba el aroma de sus besos, impregnados los labios hasta el último atisbo de carne por un aroma que podría respirar hasta el fin de mis días. Y a ese indicio de cariñoso placer me aferraba con arpeos de fuerza, mientras reposaba en el lecho con los sueños perdidos en la hacienda de Los Álamos.

Para bien o para mal, la vida continuaba su curso, inaccesible a los efectos que los cambios preñaban en mi corazón. Por tal razón, en las primeras horas de la siguiente jornada rendí visita al jefe de escuadra Salazar, con el fin de informarle del estado de la marquesa de Castromarte, que así rezaba el título familiar de quien poseyera su cuerpo inane. Y al tiempo de exponerle lo que consideraba como los últimos suspiros de la pobre Audrey, también él sufría por otra noticia recibida.

—Todo se regresa al negro más absoluto, Leñanza. Como en la mar, que nunca un temporal aparece a solas sino en compañía de otros males. Anoche recibí un urgente recado, en el que me aseguraban la muerte sin posible duda del coronel de la Meseda. Y aunque lo esperaba a ciencia cierta, no deja de producir intenso dolor. Lástima de tan buen hombre y leal patriota, que rechazó los ofrecimientos de los rebeldes para engrandecer su casa y hacienda sin medida. Para colmar el vaso, sólo se sabe que fue enterrado en fosa común, como un vulgar pordiosero.

Supongo que sus pertenencias, sin olvidar uniforme y enseñas propias, serían repartidas en subasta por sus asesinos, al igual que hicieron con el jefe de escuadra don Santiago Liniers. Así revienten esos malnacidos, hasta aflorar en sus hígados la bilis que supuran. En fin, cuando enterremos a su esposa, añadiremos una lápida en su recuerdo.

Me mantuve en silencio porque deseaba apartar la conversación, como si cualquier exposición sobre el estado y futuro de Audrey debiera quedar para mi pertenencia en exclusiva. Por fortuna, el general entró en otras vertientes.

—¿Habló con el ingeniero?

—Tengo una cita con él en una hora, señor. Pero ya me adelantó ayer tarde la posibilidad de la varada sin mayores problemas y algún carpintero en auxilio. Asegura que hoy mismo comenzarán a preparar el plan del dique, y en un par de días podemos quedar en seco.

—Mucho me alegro y así lo espero. Le repito que deben trabajar con rapidez, aunque no rematen la tarea en flor de cuño. El tiempo nos come y debo intentar que las corbetas entren en desempeño cuanto antes, aunque sea con limitadas posibilidades. Sin olvidar que el queche también debe alistarse con la máxima urgencia.

—Así será, señor. Por cierto, ¿cuándo piensa decidir la acción sobre los buques rebeldes en el Paraná?

—Mañana por la mañana me reuniré con el capitán de fragata Romarate y otros oficiales bajo mi mando. Queda imitado, por si su experiencia concursara a favor.

—Aquí estaré, señor.

Para bien de mi alma, no dispuse de tiempo para que los pensamientos regresaran al rostro de Audrey y a la alcoba cubierta por el manto de la muerte. Conversé con el ingeniero Ramírez, que continuó en la misma línea de efectiva colaboración. Y, allí mismo, en mi cámara, sobre los planos de la *Proserpina*, extrajo las medidas necesarias para acoplar el asiento del dique. No necesitó más datos, quedando, cuando ya se despedía, en comunicarme el momento exacto de la varada.

Aquella misma mañana, desembarcaron las tropas del Ejército, por lo que debí despedirme del capitán Tejero y sus oficiales. Sentí cierta tristeza al pensar en el futuro que se les abría a aquellos valientes. Deberían afrontar una guerra en escalada y sin mengua, con escasos hombres y pocas armas, hasta que nuestro Gobierno comprendiera lo que se jugaba en la empresa, si es que tal suposición llegaba a cumplirse. Mis palabras fueron sinceras cuando les deseé ventura.

—Siento perderles, Tejero. Le agradezco su colaboración, que ha sido de valor inestimable en determinados momentos, tanto en combate como cuando consiguieron contrarrestar la entrada de agua. Así lo he hecho constar en mi informe al jefe de escuadra Salazar, que lo elevará a sus mandos.

—Ha sido un verdadero honor para nosotros, señor comandante, y no me mueve una pizca de cortesía al asegurarlo. Hemos gozado o sufrido una experiencia inolvidable, que nos hace comprender su extrema dedicación y el peligro permanente que sufren los hombres de la Real Armada en la mar, bien sea por balas enemigas o a causa de esas gigantescas olas, que nunca se arrancarán de mi cerebro.

—Les deseo mucha suerte y que puedan derrotar a esos enemigos de España, aunque se trate de españoles americanos.

—Gracias, señor.

Una vez libres de todo el personal en transporte, a bordo de la fragata los apresados del queche continuaron a la brega de las bombas. No podíamos olvidar que el agua continuaba entrando sin pausa por las heridas de proa. Y no debían elevar protestas, porque echarían de menos aquellas palancas, cuando debieran pasar a las cadenas del dique. Al mismo tiempo, rebajábamos el servicio para los miembros de la dotación, merecedores de un generoso descanso. Por su parte, Beto, una vez al tanto de mis movimientos en la hacienda de Los Álamos, no entró al trapo como otras veces, quizás consciente del daño que podía producir. Y también él andaba en loca correría, intentando acoplar a unos y otros en el plan de combate de su barco. Pero no parecía muy contento, cuando aquel día disfrutábamos en mi cámara de un merecido almuerzo.

—¿A qué vienen esas protestas? —pregunté para rebajar sus temores—. Por fin te conceden un mando primoroso y andas al quite de enmiendas.

—Resulta que tú dispones de una dotación magnífica, a la que me había acostumbrado. Y sin querer, la confronto con los hombres que me van administrando a cuentagotas y suspiros de espanto, con el negativo resultado que es fácil prever. Debes tener en cuenta que los arribados de transporte en tu fragata, me parecen ahora hombres de mar adiestrados en mil mares tormentosas, en comparación con otros que llegan a bordo.

—Pijadas de monja, Beto. Ya te comenté el estado de adiestramiento de la dotación de la corbeta *Mosca* cuando tomé el mando. Y, poco tiempo después, funcionaban como las piezas de un reloj. Ya los irás haciendo al queche, hasta que formen una pina. Ninguna meta se alcanza en un día. ¿Conseguiste artilleros?

—Tres preferentes y cuatro ordinarios, hasta el día de hoy. Desearía disponer de uno al menos por pieza artillera. Creo que, llegado el momento, deberé disparar los cañones con el botafuego en mi mano y uno a uno.

—No exageres. Toda burra acaba por parir.

—A no ser que muera en el parto y con dolores. Bueno, no son más que nuevas leguas a recorrer en un camino sin vertientes.

—¿Y las modificaciones en la artillería?

—Según el ingeniero Ramírez, que anda de lleno con tu varada y lo toma como un reto personal, las estima de fácil y rápida solución. Asegura que puedo quedar alistado de firme en dos o tres semanas de trabajo. Todo ello, si no cargan más tareas sobre sus hombros y consigue el personal necesario.

—Puedes confiar en él porque parece un profesional magnífico.

—Estoy de acuerdo y doy gracias a los cielos por tal aparición. En fin, siento no poder tomar parte en el concierto que prepara el jefe del apostadero, donde el *Hiena* habría sido determinante.

—Eso es cierto. Mañana es la reunión para considerar las posibilidades que se abren en ese especial capítulo. Como me ofrecí voluntario para la acción con los hombres de la *Proserpina* que estimen necesarios, asistiré.

—También yo. Mientras el *Hiena* queda en dulce, deseo comparecer a esa fiesta y aprender de las especiales cualidades que se disfrutaban en estas costas.

Antes de asistir a la reunión de guerra, y acorde con mis hábitos, intenté conocer con mayor detalle el curso del río Paraná, especialmente su parte navegable, misión harto difícil, aunque entonces no lo imaginara. La primera sorpresa fue comprobar que se trataba del mayor río de la América meridional después del Amazonas, que con el Uruguay formaba el estuario del Río de la Plata, un detalle que para mi vergüenza personal desconocía. Y como no era cosa de estudiar su inmensa cuenca, navegable en grandes trechos con cientos de millas a recorrer, me limité a la zona próxima donde, en principio, tendrían lugar las operaciones.

Eran tan variables sus características, que se trataba de misión imposible fijar la anchura o fondo de su lecho ni de forma aproximada, especialmente cuando sus aguas se abren en caprichosos brazos y acoge gran número de islas en su seno. De éstas, y para mi particular misión, debían destacarse las de gran tamaño, bajas y cubiertas de bosque, que forman el delta, donde destacaban la del Pillo y la de las Lechiguanas, aunque aparecieran en abundantísimo número a lo largo de todo su recorrido. No obstante, llegué al convencimiento de que sin una carta precisa de esa endiablada marisma donde se forma la desembocadura, con sus mil y una derivaciones de fondos

alternativos, sería imposible acometer empresa alguna. De todas formas y para tranquilizar el ánimo, supuse a Romarate y sus hombres buenos conocedores de aquellas aguas con tan difícil navegación.

Una vez ampliados mis conocimientos en lo posible, gracias a la biblioteca de la jefatura del apostadero, me dirigí con el teniente de navío Romarate a visitar el dique y sus posibilidades. Y como observé a mi segundo de excelente humor, supuse que ya había conversado con su pariente.

—¿Se ha presentado a su tío, el capitán de fragata Romarate?

—Sí, señor. Ayer tarde me invitó a cenar en su alojamiento. Una velada difícil de olvidar. La verdad es que no lo conocía y sabía de su presencia en Indias porque así lo indicó mi padre. Son ya ocho los años destinado en esta tierra, a la que quiere como propia. Pero a la contra, es triste contemplar las dificultades de progresar en la carrera para los que, con escasos medios y debiendo multiplicar sus funciones, rinden un servicio extraordinario. La mayor parte acaban por quedar encuadrados en oficiales de carrera retrasada, si no regresan a tiempo a la Península.

—Siempre sucedió así y es injusto por más. Pero no debe sorprenderle cómo funcionan los ascensos en la Armada, sin ajustarse a los verdaderos merecimientos, un problema que arrastramos desde el momento de su creación. Es triste reconocerlo.

—Ahí tiene el dique, señor.

Aunque estaba preparado para cualquier visión, que no todo en Indias es comparable a nuestros arsenales, mi ánimo decayó bastante al observar por primera vez lo que designaban como dique. En primer lugar, la dársena era pequeña y angosta por más en su dirección norte-sur. Y con tales características nada favorables, aprecié como imprescindible un revirado de la *Proserpina* en ocho cuartas, en un punto donde debería pasear su bauprés por la calzada de carruajes, a escasas varas de los edificios. Pero entrado en el elemento definitivo e imprescindible para nuestra faena, estimé en una primera impresión que sería milagroso dejar en seco la fragata con aquellas portas vetustas y grapones de refuerzo medio desencajados, sin olvidar la solera que andaba con piedras en cuelgue. El segundo debió observar los gestos de mi rostro, porque entró sin perder tiempo.

—Ya sabe, señor, que en Indias todo se cuece a la mala y de forma diferente, salvo en el arsenal de La Habana. Pero también yo pensé lo mismo cuando lo vi la primera vez y, sin embargo, días después comprobé su funcionamiento con la varada de un bergantín. Puedo asegurarle que

consiguieron dejarlo en seco en un periquete, aunque parezca milagroso. Eso sí, las filtraciones son importantes y las bombas han de correr sin pausa.

—Si usted lo dice, segundo, deberé aceptarlo, aunque, a primera vista, parezca misión imposible. ¿En verdad cree que esas portas aguantarán la entrada de agua durante una larga semana?

—Bueno, en la ocasión anterior que le mencionaba, una vez cerradas en la bajamar al desmayo y con dos aparejos reales, introdujeron a golpe de machota lo que parecían unas mantas de estopa recién amasada. Y cuando subió la marea entraba agua a la vista, pero si se movían las cadenas de las bombas a ritmo, era posible mantener la solera con escaso líquido y permitir trabajar al personal. Debemos rezar para que no se atasquen las ruedas de las bombas porque no nos faltará mano de obra con las que accionarlas, aunque protesten esos piratas con el trabajo que les espera.

—Es un trabajo duro como el que más. En los diques de Cartagena, los esclavos y forzados que trabajaban en las cadenas de las bombas de los diques, solicitaban pasar a los presidios de África, para evitar tan inhumano trabajo, en el que moría un elevado número por agotamiento. Fue cuando don Jorge Juan diseñó y construyó las bombas de fuego^[127], que, una vez trasladadas del Seminario de Nobles hasta Cartagena, rindieron a la perfección. Por desgracia, no llegaron tales ingenios a estas benditas tierras. Pero bajemos a la poza de bombas porque a la solera, aunque nos encontramos con marea baja, sería tarea imposible o acabaríamos de barro hasta las orejas.

Acabamos la inspección con escasa convicción por mi parte, aunque el ingeniero Ramírez, a quien encontramos poco después, asegurara que el sistema acabaría por funcionar y la *Proserpina* quedaría en condiciones ideales para atacar el trabajo en su proa. Y como era un hombre de firmes convicciones, así como muy categórico en sus argumentos, acabé por creerle.

En estas condiciones me moví el resto del día. Y cuando ya comenzaban a caer las luces, recibía urgente recado del ingeniero, en el sentido de que, si no aparecía factor en contra, en la tarde del día siguiente vararíamos la fragata. Me sentía desfallecer de cuerpo cuando atacé la cena en solitario, al haber sido Beto invitado por un oficial del Ejército a quien conocía de su experiencia en el gabinete del general Escaño. Y si los músculos llamaban a desbarate, qué podría decir de los sentimientos en corrida, marcados a fuego con el deseo de moverme hacia la hacienda y volver a tomar la mano de Audrey en sus últimos suspiros. De esta forma, caí en el lecho con escasas esperanzas de alcanzar unos sueños que me aliviaran en fortuna.

* * *

A las once de la mañana del día siguiente, entraba en la jefatura del apostadero, tras haberseme notificado que la prevista reunión tendría lugar a dicha hora. Cuando abordé la sala indicada por el alférez de navío Malgraf, una estancia que, una vez más, asemejaba a salón de recibo, se encontraban algunos oficiales en amena conversación. Y, en primer lugar, vino hacia mí un capitán de fragata cuarentón de cabellera plateada, amplia sonrisa y mano extendida en adelantado y cordial saludo.

—Quedo a las órdenes del señor comandante de la fragata *Proserpina*, si no marro en mis suposiciones. Es cuestión sencilla porque no proliferan los capitanes de navío en estos pagos. Por desgracia, el de su mismo empleo Juan Ángel Michelena, partió hacia España en el anterior tornaviaje de su fragata.

—Le agradezco sus palabras. Ya tenía conocimiento del embarque del capitán de navío Michelena. Pero entrando en deducciones, también yo le supongo como el capitán de fragata Jacinto Romarate, tío de mi segundo.

—En efecto. Por cierto, que parece un buen chico y habla muy bien de su comandante.

—Es un magnífico oficial y valiente hasta la galleta.

—Me alegro mucho de escuchar tales elogios. Pero deberá perdonarme —golpeó su cabeza, como si hubiera olvidado un importante detalle—. Todavía no le he felicitado como se merece por el apresamiento del famoso queche.

—Fue tarea sencilla y el honor máximo debe ampararlo el capitán de fragata Pignatti, así como el cabo de mar José González.

—Estarán destrozados esos traidores. Porque apreciaban ese barquito como si se tratara de un navío de tres puentes. Y según tengo entendido, con dotación sacada de los prostíbulos caribeños.

—Más o menos.

—Por cierto, señor. Me adelantó ayer el general que desea tomar parte en las acciones que vamos a planificar ahora.

—No es mi intención crear problemas, Romarate, sino ayudar en lo posible solamente, al tener conocimiento de que andan escasos de hombres. En nada me importa el mando, honores a recibir ni cuestiones de ese tipo. Sois el más adecuado para dirigir esa operación y sólo me ofrezco, con los hombres de la *Proserpina* que estime oportunos, para aumentar las posibilidades de éxito. Le recuerdo que dispongo a bordo de buenos fusileros

del Cuerpo de Batallones, con probada experiencia en combate cercano y mosquete a la cara.

—Por mi parte, encantado y agradecido, señor. A expensas de lo que ordene el general, puede embarcar en el buque insignia de la división bajo mi mando, bergantín *Cisne*, y considerarse en su casa. Bueno, y si llega con fusileros o marineros de fuste, mejor que mejor. No andamos sobrantes de un solo hombre.

—Cuenta con ello, si el general lo autoriza.

—Ahora permítame que le presente al resto de los oficiales, comandantes de los buques de la división —me condujo hasta el grupo, que se encontraba a escasos pasos—. Tenientes de fragata Manuel Clemente, comandante del bergantín *Cisne*, y José María Robiou, del *Belén*. Asimismo, alférez de navío José Aldana, comandante del falucho *Fama*, y alférez de fragata Joaquín Tosquilla, del falucho *San Martín*.

Tras saludarlos a todos, llamó mi atención la juventud de los comandantes que, para mayor sorpresa, cumplían su segundo año en el apostadero, salvo el alférez de fragata. Aunque se trataba de flotilla con mandos definidos, creí entender que los oficiales saltaban de un destino a otro según las necesidades de disponibilidad y misión a rendir, sin obligación de nombramientos oficiales. Y a pesar de mis dudas, Beto aparecía en la sala por fin, siendo felicitado por todos los presentes, al tiempo que le eran presentados. Departábamos con ellos cuando hizo su entrada el jefe de escuadra Salazar, momento en el que tomamos asiento siguiendo sus instrucciones. Por su parte, el capitán de fragata Romarate se situaba ante una carta de grandes dimensiones, que enfocaba el delta del río Paraná y unas doscientas millas aguas adentro.

—Bien, señores, podemos comenzar la reunión si están preparados. Don Javier de Elio, virrey y capitán general de estas provincias, no puede asistir por la aparición de otras atenciones perentorias, y delega en mí la preparación de esta maniobra. Así que, adelante con sus exactas noticias, Romarate.

—Señor general, tal y como le adelanté hace algunas jornadas y he confirmado posteriormente con mayor detalle, tres buques armados por la subversiva Junta de Buenos Aires se adentraron hacia el interior del estuario platense y, una vez atravesado el Banco de la Playa Honda, tomaron el río Paraná por su salida del Guazú.

—¿Ha certificado las características de dichas unidades? —preguntó el general.

—Sí, señor. Al menos, confío mucho en quien nos informó de forma reservada. En primer lugar se trata de la goleta *Invencible*, del porte de 12 cañones, ocho de ellos con calibre de a 8 y los cuatro restantes de a 12. Se encuentra acompañada de dos unidades, el bergantín *Veinticinco de Mayo*, armado con 14 carronadas de a 12, dos cañones del mismo calibre a proa y dos de a 8 en popa, y la balandra *La Americana*, con un cañón de a 6 giratorio y dos más de a 3 en las bandas.

—¿Qué dotaciones han conseguido esos rebeldes? —volvió a preguntar Salazar.

—Lo desconocemos en concreto, señor. Pero podemos imaginarlo por las noticias recibidas y, hace pocos días, al comprobar la dotación del queche *Hiena*. Como norma habitual, un buen racimo de aventureros y cualquier hijo de mala madre, nacido en una u otra ciudad del mundo, que esté dispuesto a cobrar buena plata.

—Bien, continúe con los detalles. ¿Adónde se dirigieron esos buques?

—En principio, estimábamos que se mantendrían fondeados en la unión con el Brazo de Gutiérrez, unos meandros con buen tenero, pero parece ser que han continuado río arriba unas cien millas, aproximadamente.

—¿Cien millas? Mucha distancia parece. ¿Con qué objeto?

—Es de suponer que transportarían hombres y municiones para las tropas en movimiento. Y como acabaron por fondear en la localidad de San Nicolás de los Arroyos, en el canal que forma la isla del mismo nombre con Las Barrancas, debe certificarlo porque dicha localidad parece haberse convertido en importante cruce de caminos para tropas y avituallamientos.

Romarate indicaba con un puntero sobre la carta todos los movimientos de los buques rebeldes y situaciones de los accidentes nombrados. Y si me quedaba alguna duda sobre el necesario conocimiento de dicho oficial respecto a las características del Paraná, se evaporaron porque denotaba seguridad y profunda sabiduría en sus razonamientos.

—¿Cree que es posible llegar hasta ellos sin problemas? —preguntó Salazar.

—Bueno, señor, ya sabe la seguridad de la que podemos presumir en esas aguas fluviales. Hace algunas semanas intenté entrar por el brazo de la isla del Botijo y varé de frente. Pero ese mismo lugar se encontraba libre de fondos una semana antes. Las corrientes mueven los bancos de arena de un día para otro y en forma caprichosa. Pero las consecuencias no son peligrosas porque las varadas en la arena son suaves, y se sale de ellas con mucha facilidad por remolque o a la espía^[128].

—Me preocupan esas carronadas de las que hablaba. Seguro que son británicas —dijo el general en tono bajo, como si hablara consigo mismo—. Bien utilizadas, esas piezas pueden hacer mucho daño y barrer cubiertas en sangre.

—Debo decirle con todo respeto, señor, que no me preocupa mucho su armamento —Romarate hablaba como si le cansara la necesidad de presentar aquellas explicaciones—. En mi opinión, esa pandilla de mercenarios no resistirá demasiado tiempo, si les entramos a fuego vivo. Hoy por hoy, la bandera que izan a popa no les supone nada más que un buen salario. Claro que con el tiempo, todos nos aficionamos a una idea o a trabajar compenetrados con un equipo. Por esa razón, insisto en la necesidad de atacar sus fuerzas en cuanto nos ofrezcan la mínima ocasión. Podremos navegar río arriba hasta San Nicolás al igual que ellos, y ofrecerles decorosa rendición. Si se niegan, mechas adelante y fuegos de orden. Y si los apresamos, como es mi intención, menos unidades navales para los insurgentes y más cañones para nosotros. Eso sin olvidar que podemos llevar a cabo alguna interesante y beneficiosa requisa de alimentos, que mucho se echan de menos en la plaza, si la localidad de San Nicolás se encuentra bien pertrechada. Por cierto, señor, me llegó la noticia de que comienza a aparecer escorbuto en el hospital.

—Ya lo sabía, y era de esperar si no disponemos de los mínimos alimentos de salud. Pero regresemos al tema que nos interesa. Romarate, no quiero confianzas excesivas ni riesgos innecesarios, ya lo sabe. Son muy pocas las unidades a disposición y no debemos jugar en ningún momento a la única carta.

Mientras el jefe de la división movía la cabeza como si hubiera escuchado aquellas palabras más de mil veces, se mantenía en falsa atención. El comandante de Marina, sin embargo, continuaba con su letanía, mantenida la mirada hacia la mesa.

—¿Cómo andamos de municiones?

—Mal, señor, aunque no se trate de ninguna novedad. Bueno, ahora nos alivió el arribo de la *Proserpina*, con balerío y pólvora de transporte para el apostadero, especialmente del primer apartado, que tanto nos falta. Espero que no la entregue el general Elio a las fuerzas del Ejército en su totalidad. En ese caso, deberían salir ellos a buscar alimentos.

—No hable así del virrey, Romarate.

—Perdone, señor general, pero ya conoce mi inclinación por las chanzas —no parecía haberle afectado la llamada de atención—. Pero, respondiendo a su pregunta, disponemos de suficiente munición para ese combate y, si todo

sale bien, aumentaremos los cargos de balas y jarras de pólvora con la almacenada en los buques rebeldes.

—¿Qué movimientos propone?

—Salir mañana con las primeras luces del alba y llegar cuanto antes al resguardo de la isla del Tonelero, a ser posible en la noche, desde donde se divisa con claridad el fondeadero de San Nicolás de los Arroyos. A partir de entonces, pueden acaecer dos líneas de trabajo. Si se encuentran allí todavía, las observaremos al amanecer y haremos por ellas. Como le decía, ofreceremos rendición con ventajosas condiciones. Y en caso de que no la acepten, fuego a muerte sin contemplaciones. Pero si antes de nuestro arribo, los rebeldes han decidido regresar a Buenos Aires, deberíamos cruzar derrotas en el camino y también les entraremos con metralla a las bandas.

El jefe de escuadra Salazar miraba fijamente hacia la carta, como si en sus detalles encontrara la decisión que le faltaba. A veces, movía la cabeza hacia ambos lados, como si dudara o no encontrara suficientemente clarificados los puntos expuestos por Romarate. Comencé a pensar que el general era dubitativo en extremo, o estimaba como excesivamente fogoso al jefe de su división naval. Pero una voz en las tripas se decantaba por la primera solución, teniendo en cuenta que me consideraba espectador neutral. Me lo confirmó la siguiente pregunta.

—¿Qué opina de los detalles que acaba de escuchar, Leñanza?

—La verdad, señor, conozco poco o nada esas aguas. Pero encuentro el plan del capitán de fragata Romarate muy razonable y con mucha probabilidad de éxito. Si sus cargos de munición son escasos, puedo entregar parte de mis existencias porque dispongo de excedentes en pólvora. He de regresar a España, pero será difícil que deba combatir de forma repetida en el tornaviaje.

—¿Y usted, Pignatti?

—Concuerdo al ciento con las palabras elevadas por el capitán de navío Leñanza, señor. También debo indicarles que los cargos de pólvora y balerío en el queche se encuentran a rebosar, de acuerdo con el estado de fuerza que acabo de entregar a su ayudante.

—Muy bien. Creo que podemos encarar esta operación con bastantes posibilidades. Pero ya sabe, Romarate, que no debe aceptar riesgos innecesarios. En cuanto a los víveres, intente adquirirlos por las buenas o las malas en San Nicolás de los Arroyos, si no aparecen tropas por tierra en oposición. No olvide que los rebeldes pueden comprar unidades navales sin freno, un caso muy diferente al nuestro.

—Soy consciente de esa penosa condición, señor. Por esa razón, entiendo que el único sistema a mano para aumentar la división es apresando a esos miserables, antes de que disfruten de avanzado adiestramiento en la guerra naval.

Se hizo el silencio a capa cerrada. El general continuaba con sus secretas elucubraciones, mientras los comandantes se mantenían con miradas esquivas. Por fin, tras alargados segundos, hizo la pregunta que era de esperar.

—¿Algún comandante desea aclarar algún punto o discrepa del plan previsto?

Como el silencio se imponía una vez más, decidí entrar para marcar mi camino.

—Le recuerdo, señor, que me ofrezco como voluntario para embarcar en el buque que se considere oportuno, y tomar parte en la acción con algunos de mis hombres. Ya lo he hablado con el jefe de la división y muestra su conformidad.

—Pero le recuerdo que las decisiones serán tomadas por el capitán de fragata Romarate. No me parece oportuno que embarquen oficiales en buques con mandos de menor entidad. Pueden surgir roces inadecuados.

—No es necesaria la indicación, señor. Puede estar seguro de que no será el caso en esta oportunidad. Soy consciente de mi desconocimiento en la navegación y guerra fluvial, sin contar con que el capitán de fragata Romarate es el indicado para mandar a sus hombres y ha sido nombrado oficialmente a tal efecto. Tan sólo quiero cooperar y que esos rebeldes observen más casacas a bordo, sin olvidar el concurso de mis hombres.

—También me gustaría concurrir y, de esa forma, ir conociendo los detalles de la navegación por estas aguas, señor general —dijo Beto con decisión—. No dispongo de muchos hombres para arrimar el hombro, pero alguno está fogueado en combate.

—Muy bien, me parece juicioso y oportuno —el general parecía, de pronto, decidido a la acción—. En ese caso, el capitán de navío Leñanza embarcará en el bergantín de la insignia con su jefe, mientras el capitán de fragata Pignatti lo hace en el *Belén* con Robiou. Incorporen los hombres que estimen pertinentes, de acuerdo con los respectivos mandos. Se harán a la mar cuando así lo estime el jefe de la división. ¿Alguna duda?

Silencio sepulcral por toda respuesta. Insistió el general con la mirada corrida en círculo, para cerrar la sesión a la rápida.

—Bueno, eso es todo si nadie opina a la contra. Comunicaré el general Elio las decisiones tomadas. Que nuestra Señora del Rosario les guíe río arriba y nos conceda el éxito que merecemos.

Abandonó el jefe de escuadra Salazar la sala, momento en el que continuamos la conversación con los comandantes. Romarate llegó hasta mí con una sonrisa abierta.

—Bueno, ya sabe por dónde suspira nuestro general. A veces cuesta convencerlo para arriesgar una hormiga. Debe estar presionado por el capitán general, aunque podría ser algo más independiente. Después de todo, es el comandante de Marina de este apostadero naval. En fin, disculpe mi atrevimiento.

—Lo comprendo muy bien, Romarate. Todos hemos sufrido casos parecidos.

—¿Cuándo vara su fragata en dique, señor?

—Creo que esta tarde lo intentaremos. Así al menos lo asegura el ingeniero Ramírez.

—Si lo dice don Eugenio, se hará y con fortuna. Es un personaje formidable. —Estoy de acuerdo.

—En ese caso, ya me ha escuchado. Con las primeras horas de mañana le espero a bordo. En cuanto a sus hombres, hasta un número de veinte pueden embarcar los que considere adecuados. Y como falta de todo, escoged los que estiméis pertinentes. Pero estimo que esos fusileros desempeñarían un buen papel.

—Perfecto. En ese caso, mañana nos veremos con las primeras luces.

A partir de la reunión mantenida, todo acaeció con mayor rapidez y éxito del esperado, al menos por mi parte. Antes de lo previsto, en los minutos previos a las dos de la tarde, momento en el que se producía la pleamar, entrábamos en la dársena para revirar la fragata. Y lo conseguíamos sin mayores problemas, aunque el peñol del botalón del bauprés desfilara con vértigo a dos varas del edificio contrario. A continuación, penetraba la *Proserpina* lentamente en el dique, auxiliada por dos aparejos afirmados en su pared frontal, hasta quedar en el sitio marcado por el ingeniero, mientras varios hombres trabajaban con rapidez para reforzar la juntura de las portas, como me indicara el segundo. Y conforme bajaban las aguas, comenzaba a supurar el líquido a través de las grietas con claridad. Por fortuna, la cantidad encajaba dentro de lo permisible, mientras el ingeniero dirigía la maniobra de colocar pilotes y enmiendas para que mantuvieran firme el buque una vez el dique en seco.

Me sentí feliz cuando, pasadas las ocho de la tarde, la fragata se encontraba firme y derecha, apoyada en la cama y con escasa agua en circulación por la solera. Claro que ya se escuchaban los característicos ruidos de las bombas, con sus cadenas en movimiento. Y aunque no lo merecían, sentí pena por aquellos hombres, que sudarían sangre en la empresa. Como ya había hablado a fondo con el segundo, contramaestre y carpintero, los dejé a las órdenes del ingeniero para comenzar el trabajo en la mañana siguiente, momento en el que me encontraría aguas adentro del estuario. Confiaba en ellos sin miedo y no debí mostrarles más caminos ni métodos a utilizar.

Tras una ligera colación en compañía de Beto, ambos nos retiramos a dormir, sin cargar la bota del aguardiente en exceso. Al día siguiente debíamos encontrarnos en buena forma y, por primera vez, navegar sobre las aguas de un río extraordinariamente caudaloso y con reglas propias. La incertidumbre me emocionaba para bien del espíritu, eludiendo otros temas dolorosos. No obstante, cuando cerraba los ojos se me apareció con claridad el rostro triste y macilento de Audrey. Parecía solicitarme un auxilio que no podía otorgar.

25. El Paraná

Minutos antes de que comenzara a clarear el crepúsculo, pisé la cubierta del bergantín *Cisne*, fondeado en la tarde anterior frente al muelle del apostadero para quedar libre de togas y con proa adecuada. Aunque pensaba en avance que se trataría de unidad con parecidas características al de su misma clase *Penélope*, que mandara en inolvidable comisión a Indias años atrás, comprobé con rapidez su menor empaque, tanto de aparejo como de porte. Si aquel montaba diez piezas de a 8 y ocho de a 6, este insignia de la división se armaba solamente con diez cañones, aunque seis de ellos fueran de a 18, inusual calibre para un buque de ese tamaño. No obstante, es de tener en cuenta que el hecho de navegar normalmente en aguas de río o estuario y con escasa marejada a soportar, hacía posible dispararlos sin sufrimientos y balances de peligro, con lo que sería posible ejercer dominio sobre el enemigo.

La última y diferenciada cualidad del *Cisne* respecto a unidad de similar porte y características se presentaba al comparar su calado, muy inferior en su caso, sin llegar a superar los siete pies. La disminución de lastre y escasos cargos en aguada, víveres, munición y pertrechos, así como sus comisiones de escasa duración, le concedían la posibilidad de navegar por aguas someras, una particularidad de la máxima importancia en el escenario donde habitualmente se movía.

Una vez recibido por el comandante del buque en la meseta, fui acompañado hasta el jefe de la división, que se encontraba en la timonera de amistosa charla con un piloto entrado en años por más. Recordé que muchos oficiales en retiro regresaban al servicio para defender las armas del Rey, y este podía ser un caso más. Pero ya Romarate se dirigía a mí con esa inseparable sonrisa anclada en el rostro, su característica más personal.

—Bienvenido a bordo de este hermoso bergantín, comandante Leñanza. Me tenéis a vuestras órdenes y servicio como corresponde. Espero que si

observa algún detalle poco satisfactorio, me lo haga saber sin demora.

—Ya le dije que acudo a esta misión para sumar fuerzas y no menguarlas ni una onza, Romarate. Conste que le hablo con sinceridad y sin falsos protocolos. Por cierto, espero no llegar tarde.

—Nada de eso, calculo que aún debemos esperar una media hora más. Me encuentro decidiendo con este viejo piloto y buen amigo, aunque terco como mula cordobesa, Mariano Fernández, la derrota a seguir hasta San Nicolás de los Arroyos —golpeó su hombro con abierta confianza—. Por mucho que naveguemos por estas aguas, siempre aparece un detalle nuevo que nos puede dejar enfangados.

—Ya lo comprobé en mi última singladura. Son muchos los bajos que aparecen.

—En efecto. Y esos son los conocidos, número que aumenta cada día.

—¿Qué derrota seguiremos?

—Para progresar estuario adentro hasta el delta del Paraná, se pueden utilizar tres canales, los mismos que emplean quienes desean tomar el puerto de Buenos Aires. El Canal del Norte es más habitual para buques de escaso calado, quedando los del Medio y del Sur para la navegación de porte. Pero si observa la carta o lee el derrotero, se avisa a menudo de que la confianza de dichos canales es relativa y con límites inciertos. Por esa razón, aquí nos movemos en base a la tradición oral, marcando en la carta dónde varó algún compañero o amigo, para no caer en la misma piedra.

—¿Qué canal emplearemos?

—El del Medio, sin dudarlo. En ningún momento deseo costanear al palmo por la ribera meridional y entrar en mutuo cañoneo con los rebeldes, dispuestos con piezas de gran calibre. He de tener en cuenta que nuestra misión es otra bien distinta. Y si fuera posible, no deben saber esos malditos hacia dónde me dirijo. Por fortuna, el viento sopla fresquito del sur y deberá aumentar a fresco en pocas horas. Pero en cuanto alcancemos la entrada al Paraná, decidirá por sí mismo y al gusto. Ahí no hay norma a seguir en ese aspecto y mucho complica la navegación. Y no es cosa de andar a la espía unas cien millas —reía de buen tono y con marcado optimismo—. De momento, nos abriremos hacia poniente al límite de la bolina, si nos es posible con proa a la punta del Indio. Después emprenderemos ruta por el mencionado canal, hasta quedar tanto avante con la Colonia del Sacramento, más o menos. En total unas noventa millas, dependiendo de la primera bordada.

—Desde ese punto, pocas millas deberemos navegar para alcanzar el delta.

—Unas cuarenta aproximadamente, hasta la misma boca del Paraná Guazú. Y una vez allí, a rezar de rodillas por los vientos.

—¿Son muy variables en el río?

—Al gusto de su putorrón madre, sí señor. Por fortuna, navegando corriente arriba suelen soplar a favor en un porcentaje alto, detalle de la mayor trascendencia. Sin embargo, para descender el curso es un factor de escasa importancia porque la corriente nos empuja, aunque sea más fácil quedar sin gobierno y acabar varado con los picos en la arena. Pero, bueno, encaremos cada problema en su trecho.

—¿Qué otras características diferencian a la navegación fluvial? Jamás navegué por aguas de ríos caudalosos.

—La principal diferencia es la imposibilidad de utilizar el auxilio de la lancha para el remolque, salvo caso de varada suave, enmienda de la proa o nula corriente, condición muy difícil esta última salvo en determinados meses del año. Si el viento o el curso del río no nos permiten progresar contra corriente, al punto de no ser capaces de andar una milla más que ella, la única solución viable es navegar a la espía. Y con aguas a favor, hay que prestar especial atención a poder manejar la proa o te llevarán a su capricho.

—Supongo que las anclas se encontrarán preparadas para el fondeo en todo momento.

—Desde luego, un ancla alistada por cada banda para el inmediato fondeo, a ser posible en juego libre desde la serviola. Y al menor contratiempo, orden de fondeo sin dudarle. Por fortuna, los lechos de los ríos son excelentes teneros^[129] y los ferros clavan las uñas con fuerza. También es de destacar como novedad en la navegación la posibilidad de amarrarse a las riberas del curso fluvial o de las islas. Por supuesto, los botes, siempre en el agua, tanto para variar la proa en urgencia como para trasladar el ancla adelante en la necesaria espía.

—¿Ha mencionado amarrarse a las riberas? ¿Hay duques o pantalanes?

—Nada de eso. A cierta distancia del delta aparecen un buen número de árboles, que desde la orilla crecen con sus troncos en pronunciada curva hacia el interior del río. Si la corriente o el viento no son muy poderosos, es posible amarrarse a ellos con seguridad por medio de diferentes senos, hasta enjaretar bolsa llena. Se trata de maniobra rápida y eficaz, sin la lentitud que significa el empleo del cabrestante.

—¿Y no quedan clavados en la arena?

—Normalmente no se sufre varada firme porque se van cobrando las estachas hasta que la quilla rasca fondo de forma suave. Posteriormente, por medio de una pequeña cobrada de la lancha, quedamos libres.

—Mucha novedad nunca vivida. Será una buena experiencia.

—Eso espero. Es fundamental disfrutar con nuestro trabajo.

En aquel momento se acercaba hacia nosotros el teniente de fragata Manuel Clemente, comandante del *Cisne*. Con el debido respeto, ofrecía al jefe de la división la novedad de que los cuatro buques se encontraban con el ancla a pique, dispuestos a forzar vela en cuanto se les ordenara.

—Pues no se hable más. Démosle caña al viento y que la Patrona nos ampare en la empresa. Nos vamos, señor —se dirigía a mí en cortesía.

—Haga lo que deba y que la suerte favorezca a los patriotas de verdad.

Amparado como es habitual por el contraamaestre y el piloto, Romarate ordenó largar mayores y foques para entrar en bolina cuanto antes. Conforme comenzábamos a andar, las otras tres unidades nos imitaban por orden, con objeto de seguir aguas a la capitana. Okumé, a mi lado, mostraba cara ligeramente al bies. Y como podía leer sus pensamientos con sólo observar el gesto de su negra cara, ofrecí el pie que esperaba.

—Me parece que no te agrada mucho el panorama, africano.

—Ya sabe el señor que poco me gustan las novedades inesperadas.

—Vamos, que será una buena experiencia. Podrás decir que has navegado y combatido por las aguas de uno de los ríos más importantes de América.

—Sin duda, señor. Pero prefiero navegar y guerrear en casa propia y no en tablas ajenas.

—Les daremos jarana a esos rebeldes, si todavía se encuentran río arriba.

—Ya he preparado su pistolón. Espero que algún desalmado reviente con sus balas.

El *Cisne* navegaba con soltura de bolina, incluso cuando se le exigió el orden de las cuatro cuartas. La dotación, desgraciadamente escasa, parecía bastante hecha a su buque, aunque algunas voces sonaran a destiempo. Calculé a ojo de mar un andar cercano a las cuatro millas, medida aceptable para el viento presente, mantenido en fresco de fuerza. Como la visibilidad era muy buena, reconocí la punta del Indio sin dificultad. Y se ordenaba caer a estribor hasta el nordeste puro, cuando nos encontrábamos a cinco millas de ella. Comprobé en la carta que acabábamos por tomar el canal del Medio, con lo que progresábamos proa al noroeste, a unas diez millas del terreno dominado por los sediciosos.

Como indicio y advertencia para tomar precauciones, sólo debíamos comprobar a banda y banda el elevado número de pecios, con sus desgajados palos apuntando a los cielos, cada uno de ellos marcado en la carta como bajo desconocido. A mediodía y sin avistamientos de una u otra clase, libramos el banco Chico, que ofrece menos de dos brazas de agua y donde también velaba el aparejo de un buque maltrecho. Y ya entrábamos en las últimas horas de la tarde, cuando avistamos a proa la inconfundible Colonia del Sacramento, con su punta abriendo piedras al sudoeste y los islotes amadrinados a ella. Recordé que a causa de dicha Colonia, se habían enzarzado en numerosas guerras y batallas portugueses y españoles, por esa indefinición secular de sus fronteras y el permanente deseo lusitano de abrir cara al Río de la Plata. Me acerqué a Romarate para confirmar las suposiciones.

—¿Piensa fondear?

—En cuanto anochezca, señor. Me acercaré a la orilla septentrional, hasta besar ese banco que llaman de los Pescadores. Si ya la navegación es complicada, por causa de la guerra se han apagado las linternas o mechas de aviso, lo que aumenta en mucho las dificultades. De todas formas, no es bueno tomar la bocana del Guazú sin suficiente visibilidad.

Dos horas después, largábamos las anclas a una milla de lo que se denominaba como banco de los Pescadores, escrito a mano sobre la carta, cuando ya el viento caía a cubierta y las velas llamaban al peso. Se reforzó la guardia en todos los puestos, entrando en turno mis hombres, mientras me retiraba con Romarate a su cámara. Allí, antes de atacar una ligera colación, discutimos a fondo porque insistía en ofrecerme su lecho, mientras él tomaba un jergón adosado a proa en fortuna. Y como era persona difícil de convencer y más terco que el piloto, debí admitirlo de mala gana.

De nuevo con las primeras luces levamos anclas para avanzar hacia nuestro destino, ahora con proa al noroeste cuarta al norte y las mismas condiciones de viento, mar y visibilidad disfrutadas en la jornada anterior. El *Cisne* enmendaba ligeramente la proa para costanear por corto la ribera septentrional y, de esta forma, librar el banco de la Playa Honda. Los demás buques de la división seguían aguas sin aparentes problemas. Romarate acortó vela para atacar el canal del Infierno, estrecho paso abierto entre la isla de Martín García y las rocas Carretas, momento en el que dialogaba de forma continua con el piloto porque se trataba de navegación dificultosa y arriesgada. El delta del Paraná se abría de forma esplendorosa por nuestro costado de babor, lo que obligaba al bergantín a marcar un rumbo casi norte, en demanda de la boca del Guazú, nuestro camino marcado.

A mediodía pude contemplar las diversas bocas que el Paraná ofrece en su delta, amplio como dos mares. Romarate quedaba con mayores y focues una vez más, tras izar señal dirigida a los tres buques que nos seguían aguas, antes de caer en firme a babor y embocar un brazo, el del Paraná Guazú, de anchura generosa. Sentí cierta emoción al comprender que ya navegábamos por ese caudaloso río, aunque nos encontráramos en la estación de verano, cuando sus aguas comienzan a disminuir de forma consistente. Se me ofreció a la vista un espectáculo incomparable y fascinante. Ante mis ojos desfilaban en variación permanente bosques de densa vegetación, arenas de colores inciertos, manglar puro, islas salpicadas al capricho, árboles con sus raíces hundidas en el lecho y algún pobre caserío perdido en la distancia. Mientras tanto, avanzábamos sin mengua corriente arriba con escaso andar, acariciados por el viento del sudoeste que nos entraba a popa del través.

—Parece que le gusta el espectáculo —dijo Romarate al observar mi rostro.

—Debo reconocer que es de una belleza aterradora. ¿Hasta dónde piensa llegar en el día de hoy?

—Cuanto más camino adelantemos en esta jornada, mejor que mejor. De esa forma, mañana podríamos alcanzar la isla del Tonelero. Y sería perfecto arribar a su lecho cuando las luces se encuentren al cierre. Prefiero reconocer a los enemigos, antes de que ellos lo hagan conmigo. Ahora continuaremos río arriba y, cuando atravesemos las islas Botijas, se nos abrirá un canal a estribor, el Ybucuy, buen espacio para fondear. Y, si no se nos complica la navegación, en la noche siguiente arribaremos a un buen puesto de observación.

—He podido escuchar en un par de ocasiones la arena rascando nuestra quilla.

—Se trata de circunstancia bastante normal y repetida. Si el silbido es fino y no se toca en la arena muy a fondo, la inercia consigue salvar el trance. En caso contrario, nos amparamos en el remolque de la lancha sin mayores problemas, siempre en sentido contrario al atacado, desde luego.

Tal y como Romarate había previsto, todavía con suficiente luz alcanzamos una extensión amplia del río, donde el Ybucuy desaguaba por libre. Y en medio de la pequeña mar fondeamos una vez más, rodeados de bosque selvático por los cuatro costados. De nuevo me aproximé a la timonera, para comprobar los accidentes en la carta. Allí se encontraba el piloto, auxiliado por un tercero de su cualidad que le escuchaba con suma atención. Al verme, se dirigió a mí.

—¿Desea alguna información, señor?

—¿Cuántas millas nos restan para alcanzar esa localidad de San Nicolás de los Arroyos?

—Unas sesenta, más o menos, dependiendo de los brazos a tomar, señor. En estos ríos no es fácil concretar distancias a la milla. Y algo menos a la isla del Tonelero, desde donde deberíamos divisar a las unidades enemigas con garantía. Por desgracia, parece que el viento comienza a tontonear por alto. Y pido con fervor a nuestra Patrona, que se aguante una jornada más en las mismas cuerdas o role con claridad hacia el sur. Por el contrario, si se tuerce hacia los cuadrantes del norte, tragaremos tedio sin cuento. Pero, en estas navegaciones, la paciencia es el mejor aliado.

—Parece que mañana navegaremos entre islas de forma permanente.

—Sí, señor. Una vez atravesada la vuelta del Norte, aparecerá la localidad de San Pedro, con su isla del mismo nombre adosada por corto. A partir de ahí, se presentará una isla detrás de otra, así como decisiones a tomar con rapidez y tino, dependiendo del viento y caudal de las aguas. La última vez que pasé por aquí con don Jacinto Romarate —sonreía al recordarlo—, clavamos bien la quilla en la isla que llaman de las Golondrinas. Tanto así que necesitamos el concurso de dos lanchas y dos botes para librarnos en cresta. Pero, en esta comisión, estimo que llevamos el santo de cara, o así me lo dicta la sangre. Me ha dicho don Marcos, el contramaestre primero, que los signos son excelentes, y ese hombre nunca equivoca un vaticinio.

—Pues lo creeremos de forma gustosa.

Aquella noche me retrasé en atacar el lecho unas horas. Cuando apareció el gajo lunar en menguante grueso, se produjo un estallido de luz opaca y cantos en el bosque de una belleza tan extraordinaria que consideré imposible dejar de admirarlo. En verdad que no soy capaz de explicar tanta hermosura con palabras. Y sin saber por qué, el rostro de Audrey, estragado por la enfermedad, llegó con nitidez a mi cerebro. Durante algunos minutos soñé con ella. Recordaba el cabello rojizo, la cara pecosa y el generoso cuerpo que amé sin fin en mi cámara, a bordo de la corbeta *Mosca*. Y como alucinación diabólica, la trasladé hasta aquel rincón incomparable del Paraná, como si pudiera vivir con ella por el resto de nuestros días, sin más presencia que el viento perfumado de flores.

La mañana siguiente forzó Romarate la sirena de la diana, porque era noche casi cerrada cuando comenzamos a levar. Y en los primeros momentos entendí que navegaba por pura intuición marinera, porque no era capaz de

distinguir a la vista un solo accidente. Llegó en explicaciones sin haberlas pedido.

—Debemos atravesar San Pedro cuanto antes. Y como deseo llegar a la isla del Tonelero entrada esta noche, no podemos perder un solo minuto. Gracias a los cielos, el viento se mantiene fresquito del sudsudoeste y espero que pronto levante a fresco, sin variar su dirección. Bueno, en caso contrario necesitaríamos una jornada más para alcanzar la posición deseada. No son buenas las prisas en estos ríos, bien lo sabe Satanás y su corte.

—Aseguró en la reunión mantenida con el general que no le preocupaba el fuego de los cañones rebeldes, ni siquiera el de las carronadas. ¿Dispone de alguna información especial?

—He podido comprobar cómo funcionan en dos o tres ocasiones. Esos hombres navegan bastante bien porque han dedicado toda su vida a la mar, y pueden aguantar en ella todos los males. Pero una vez entrados en fuego con sangre a la vista, saltan por la borda con rapidez, si la costa se encuentra a mano. Dicen que no cobran por morir. Para aguantar balas silbando entre las orejas o metralla barriendo cubiertas, hay que luchar por un ideal y, para fortuna propia, no lo poseen.

—Estoy de acuerdo con sus palabras. La verdad es que, cuando unos pocos hombres atacaron el queche *Hiena*, no ofrecieron gallarda resistencia.

—Lo que en verdad temo es que se hagan a esa bandera hasta encontrar una razón en la que creer, aunque no sea fácil en gente de esa calaña. ¿Me comprende? Hay otros sentimientos que pueden suplir el patriotismo y no debemos dejar que lleguen a ampararlos.

—Entiendo perfectamente lo que quiere decir y concuerdo por completo.

—No debemos dar cuartel. Ya sabemos que esos rebeldes disponen de plata y apoyos extranjeros suficientes para adquirir de forma continua buques y el necesario armamento, hasta llegar a superarnos en capa contundente. Pero de momento les llevamos una formidable ventaja. Debemos intentar apresarlos conforme lleguen al Plata y enarboles la bandera de la Junta. Porque si todavía amparan pabellón inglés, nos obligarían a devolver la presa.

—Y eso es lo que vamos a intentar en estos días con esas tres unidades.

—Por supuesto. Y los apesaremos, no lo dude, a no ser que vuelen en astillas.

Por suerte, que no faltaba una onza en la ocasión, se mantuvo el viento más o menos en la dirección de los sueños. Y, como Romarate deseaba fervientemente, caían las luces casi al copo, cuando en la distancia observé una isla más, que, en este caso, era la esperada. Pensé que todavía se abría a

demasiada distancia para cubrirla sin luces, aunque erré una vez más. El jefe de la división ordenó navegar con focos y mayor solamente, penetrando con valor en la negrura, hasta alcanzar una posición escogida a levante de la isla.

Si no me sorprendió la acción ordenada a continuación, fue a causa de la información recibida antes de hacernos a la mar. Porque a la vez que se cargaba todo el aparejo, en lugar de fondear, el bergantín se amarraba en firme por medio de una boza de cable a unos troncos de árboles recios, que desde la isla crecían con pronunciada curva hacia fuera. Estimé que debía ser una maniobra habitual, más cómoda y rápida que la lentitud del fondeo. No obstante, el efecto era el mismo, al quedar en borneo libre desde la boza, aproado en este caso a la corriente del río. Al mismo tiempo, el contraestre manejaba un tarro de luz en dirección a las restantes unidades, de acuerdo a señal prevista. Y en este caso, llegaban hasta nuestra altura para acoderarse el bergantín a nosotros sin fisuras, mientras los faluchos se amarraban en pareja con las mismas condiciones. Por fin quedamos arracimados en bloque, los dos bergantines a proa y los faluchos ligeramente desplazados a popa. Romarate intentaba comprobar con el anteojo algún detalle, sin conseguirlo.

—Esos bastardos deben estar allí —dirigía su brazo por encima de la isla—. Por los cojones del Sultán que los huelo en la distancia. Apostaría mi escasa hacienda a que no me equivoco.

—¿Cuáles son sus intenciones?

—En primer lugar, comprobar que se encuentran donde creo. Desde luego, no han navegado río abajo porque habríamos cruzado derrotas. La única posibilidad contraria a nuestro propósito es que progresaran más hacia arriba, en dirección a Rosario, pero lo dudo porque ya es terreno en lucha y esa chusma gusta poco de recibir cañonazos desde la orilla. Una vez confirmada su presencia, reuniré a mis oficiales para determinar facultativamente si conviene atacar a favor o en contra de la corriente, así como otros detalles.

—En ese caso, deberíamos descabezar un ligero sueño y despertar con fuerzas.

—Gracias a mi madre que, según me confirmaron, parió esta prenda en noche cerrada, duermo como un bendito aunque sea una hora solamente. Si le parece bien, con las primeras luces entraremos en acción.

—Encantado.

Como mi parto debía haber sido a la luz del sol, no fue tarea sencilla entrar en modorra. Y no me atacaban los nervios previos al combate ni nada parecido, sino la curiosidad de entrar en fuegos contra los piratas de la Junta

en correntadas de fondos ignorados y con el viento como factor determinante. Deseaba un combate con sangre corrida, posiblemente para alejar otros pensamientos de la cabeza.

* * *

Siguiendo las instrucciones habituales en la mar, Okumé movió mi cuerpo cuando apenas entraba una pequeña gota de luz por la balconada. No me costó alzar el cuerpo del lecho porque los sueños habían sido ligeros y con visiones poco esperanzadoras, lo que me intranquilizó ligeramente. Intenté comprobar en la oscuridad la presencia de Romarate, pero ya su jergón se encontraba vacío, circunstancia que alarmó mis sentidos.

—¿Es tarde? ¿Dónde se encuentra el jefe de la división?

—No se preocupe, que acaba de salir a cubierta, señor. Deben ser las cuatro de la mañana. Como han prohibido picar la campana, no puedo asegurarlo con exactitud.

Salté de la cama para refrescar la cara con rapidez en la jofaina. Okumé se dirigía a engarzar mi sable en el biricú, con el pistolón preparado como si debiéramos combatir de inmediato.

—No corras tanto, amigo mío. Lo mismo se retrasa el ataque hasta Dios sabe qué hora.

—Como ayer me dijo que atacaríamos en las primeras horas de esta mañana.

—Lo intentaremos. Deja aquí esas armas y ya te las pediré en su momento.

—Muy bien, señor. Pero entre en serenidad y tome un tazón de café con calma. Es mala condición atacar un nuevo día en ayunas.

—Por favor, llévamelo al alcázar en unos minutos con unos picos de galleta. Quiero saber qué se anda cocinando por ahí fuera.

—Muy bien, señor, lo prepararé.

Salí con prisa a cubierta, momento en el que me sentí azotado por un calor asfixiante y pegajoso, como si el viento soplara desde las brasas del infierno. Pero por más que miraba entre las tinieblas, no conseguía encontrar a Romarate ni al comandante del bergantín. Una vez con la mente despejada, deseché esos sueños que no podía recordar con detalle, aunque debían haber sido negros. Cosas del destino, pensé. El piloto comprobaba datos en cartas y derroteros, como de costumbre, por lo que decidí atacarlo. Al mismo tiempo, Okumé aparecía con una humeante taza de esa bebida negra y amarga, a la

que me había acoplado sin fisuras, así como un platillo de galleta desmenuzada y cecina recién braseada.

—Por favor, piloto, ¿dónde se encuentra el jefe de la división?

—Ha cruzado al interior de la isla con el comandante Clemente. Desea observarlo todo con el mayor detalle, si es que aparece algo de interés. Debe regresar en escaso tiempo porque ya se distinguen los perfiles.

La verdad es que bien poco distinguía yo, hasta que los ojos se fueron haciendo a la tenue luz del crepúsculo. Y debí esperar bastantes minutos hasta que, abierta la claridad en gris, observé la figura de Romarate moviéndose desde el castillo hacia mi posición.

—Buenos y deseados días nos ofrezca el Altísimo, señor. No le desperté porque necesitaba algún tiempo, hasta que me fuera posible comprobar la presencia de esos jenízaros.

—¿Hemos tenido suerte?

—El paso de los años es mala condición para casi todo en esta vida, pero también concede ciertas prerrogativas. Ahí se encuentran las tres unidades, fondeadas con un ancla solamente. Se han acoderado por firme en el canal que forma la isla de San Nicolás con las Barrancas. Parece ser que no se han movido una pulgada desde que me informaron. Deben encontrarse dormidos o borrachos en una alta proporción. Apenas pude comprobar la presencia de unos pocos hombres en cubierta, y algunos con la cabeza apoyada sobre el pecho en clamorosa actitud vigilante —ahora reía de excelente humor—. Lástima que no pueda entrarles ahora mismo con fuego por los bigotes. En fin, no olvidemos que lo perfecto es enemigo de lo bueno, como asegura el sabio refrán castellano. Si le parece bien, señor, llamaré a mis comandantes y oficiales a consejo.

—No ha de pedirme permiso de nada, Jacinto. Acudiré a la deliberación, si no le importa.

—Por favor, encantado.

—Clemente —se dirigía hacia el comandante del *Cisne*—, ice la señal llamando a consejo.

—Muy bien, señor.

Pocos minutos después nos reuníamos en el alcázar con los comandantes de los buques, sus segundos y el resto de los oficiales libres de servicio. También aparecía Beto de excelente humor. Me ofreció un abrazo y sus habituales comentarios.

—Buena experiencia supone esta navegación fluvial. Mucho he aprendido, lo que me servirá para jornadas futuras a bordo del *Hiena*.

—Es un mundo distinto, desde luego, con detalles inesperados y fascinantes.

—Bueno, veamos qué decide Romarate. Parece que esa chusma se encuentra donde pensábamos.

—Así es. Espero que le demos candela fina.

—No lo dudes. Creo que vamos a aumentar la división naval del apostadero en significativo número.

Cortamos nuestra conversación porque no esperaba mucho Romarate para tomar la iniciativa.

—Bien, señores. Como presumíamos, las tres unidades rebeldes se encuentran fondeadas en el emplazamiento indicado por el informador. Y estimo que los detalles recibidos son exactos en cuanto a su armamento y características. No obstante, llevaré a cabo antes del ataque una inspección personal en la lancha. Aunque no parece levantar el viento todavía, pienso comenzar las acciones en cuanto nos sea posible. Tan sólo me ataca un pequeño dilema. No estoy seguro de si, una vez decidido el asalto, debemos entrarles a favor o en contra de la corriente, que en aquella estrechura puede ser de una fuerza incalculable ahora mismo. Ambas opciones presentan ventajas e inconvenientes. Por favor, expongan sus criterios con absoluta libertad.

Tras una breve pausa, fue José María Robiou, comandante del *Belén*, quien abrió el fuego con rapidez y sin cortarse un pelo.

—Creo que sería más recomendable entrarles contra corriente, señor. De esa forma, podríamos hacer uso durante más tiempo y con mayor ventaja de la artillería gruesa de los dos bergantines. Es bastante probable que con dos o tres andanadas completas de las piezas de a 18, arrién el pabellón.

—No estoy seguro de que esos bellacos conozcan siquiera las normas de la guerra naval, y lo que el arriado de un pabellón significa. Pero tiene razón, Robiou, entrarle en ese sentido sería ideal. No obstante, presenta el inconveniente de que nos será difícil virar hacia poniente, antes de toparnos con la mole de la isla de San Nicolás. Si no aprieta el viento, la corriente impediría la maniobra o la haría muy difícil.

—Podríamos virar a la espía si el viento no se ofrece, señor —intervino el alférez de navío Toribio Pasalagua, segundo comandante del *Belén*—. Como recordará, lo hemos hecho en ocasiones anteriores, cobrando de cabos firmes a los troncos que afloran, sin necesidad de utilizar el ancla. Y si no hay más remedio, ferros a los fondos, aunque nos ralentice la maniobra. En caso contrario, deberíamos igualmente cambiar el viento de banda una vez

avanteada la isla de San Nicolás. Y por entrar a favor de corriente, nos sería posible disparar una sola andanada, virando de nuevo con posterioridad para regresar a posición de fuego.

Me gustó la confianza que Romarate, oficial con muchos años de experiencia, ofrecía a sus jóvenes subordinados. Y, en mi opinión, no erraba una mota el alférez de navío en sus argumentos.

—Ya lo había pensado, Pasalagua. Tan sólo me retiene un poco el hecho de que, a la espía, podamos perder demasiado tiempo. Pero tiene razón, la segunda solución nos presentaría el mismo problema poco después. Bien, intentaremos sacar cabeza de esta isla en cuanto destaque el viento un mínimo, para virar hacia poniente. Y si el soplo no es suficientemente fuerte para vencer a la corriente, progresaremos a la espía o clavando los cuernos si es preciso, hasta quedar amarrados a los troncos por la banda de poniente de esta misma isla, en su extremo norte. Así quedaremos frente a ellos a una distancia aproximada de dos tiros de cañón, como acabo de calcular a la vista.

—¿Piensa concederles parlamento, señor? —preguntó el comandante del falucho *Fama*.

—En efecto, se les ofrecerá rendición con beneficios. Actuaré de parlamentario el comandante del *San Martín* —señaló al joven oficial, que sonrió por toda respuesta—. Les pedirá rendición incondicional, a cambio de quedar apresados con armas y pertenencias, hasta arribar a Montevideo. En ese momento quedarán libres, siempre que embarquen en cualquier buque mercante que abandone el Plata. Recuerde, Aldana, que deberá dirigirse a ellos con firme convicción, en dominio y sin tapujos. Indíqueles que si no lo aceptan, entraremos a fuego de muerte y los pocos que sobrevivan serán puestos a disposición de la autoridad del virrey como autores de piratería. Recuérdeles las penas correspondientes. No sólo intento evitar derramamiento de sangre y ahorro de munición, aspecto importante, sino apresar esas tres unidades sin una astilla levantada. ¿De acuerdo? ¿Alguna opinión en contra?

De nuevo, no esperó mucho tiempo Romarate a las contestaciones, por lo que pasó a un segundo tema.

—Aunque disponemos de escaso balerío, cargaremos con doble bala para la primera andanada, menos los cañones que presenten excesiva vejez, especialmente los suyos —señalaba con el dedo a Robiou, que debía montar algunas piezas defectuosas—. Los fusileros dispararán a reventar ojos, visión que mucho espanta a los poco bragados. Y podrán hacerlo sin error, porque pienso entrarles a una distancia de tiro de pistola. Disponemos por fortuna de

un generoso aumento en el número de soldados del cuerpo de Batallones, experimentados en combate, ofrecidos por el comandante Leñanza.

Todos asentían sin un solo gesto de contrariedad en sus rostros, más bien emocionados por la cercana acción. Era magnífico observar el espíritu de aquellos jóvenes oficiales de guerra de la Real Armada, dispuestos a arriesgar sus vidas por una patria que, en gran parte, los había abandonado a su destino.

—Bien, señores, en cuanto sople un mínimo viento que nos permita maniobrar, forzaré vela. Sigán mis aguas y atentos a las señales por si fuera preciso. Ya sé que algunos de sus hombres van a luchar por primera vez, un rubicón necesario. Que vean a sus oficiales orgullosos de cara al enemigo, entrando en combate con alegría, sable en mano y sin ampararse en ninguna madera. Y que nuestra Señora del Rosario bendiga estas acciones.

—¡Gracias, señor!

Se despidió aquel grupo de valientes del jefe de su división con el ánimo por alto, momento en el que sentí cierta envidia en coro por los higadillos. No es fácil explicar la razón, pero es cierto que, en plena juventud y al mando de un pequeño buque, la sangre fluye a más velocidad por las venas y se encara el combate de sangre con un espíritu imparabile y arrollador. No es más que esa osadía enloquecida, primordial diferencia entre unos hombres y otros, quienes luchan con mimbres de honor y los que no.

Romarate esperó a que los oficiales regresaran a sus respectivas unidades, momento en el que comprobó a proa que el viento se mantenía casi a cero. También él deseaba encarar la acción cuanto antes; esas prisas por culminar, que, no obstante, se deben evitar en lo posible. Regresó hasta el alcázar para despoticar con el piloto y el contra maestre.

—Por los cojones del rey godo, que Eolo no parece arrancar las bombas una miserable cuarta. ¿Qué le parece, don Marcos?

—Es pronto todavía, señor —el contra maestre observaba el cielo, aclarado sin una sola nube—. En media hora soplará esa ventolina inestable de cada día. Pero lo que tarde en entablarse, será más difícil de adivinar. Seguro que se mantendrá del sur.

—Es el único factor que se nos abre a favor, si así se produce.

Nos mantuvimos en nervioso paseo, sin pronunciar una sola palabra. Y antes de la media hora prevista, comenzaron a moverse las aguas en ligero trémolo contra la corriente. Poco viento, desde luego, pero del sur. Romarate no quiso esperar más.

—No podemos perder la jornada o después lamentaremos la ocasión perdida. ¡Comandante!

—Mande, señor —el teniente de fragata Clemente se ceñía a su jefe.

—Comencemos la faena de una putorróna vez. Ice señal de dar la vela.

—Muy bien, señor.

Una vez recibida la orden y con objeto de permitir nuestro avance, se desacoderó con suavidad el bergantín *Cisne*. Con gran habilidad, ramoneó su boza a la mano por nuestro costado de estribor, hasta quedar libre a popa, momento en el que, al igual que nosotros, izaba mayor y foques. De esta forma salimos adelante con muy poca arrancada a causa de la corriente, razón por la que se ordenó largar todo el aparejo poco después, acabando por entrarnos el viento casi de empopada. La idea era doblar la isla del Tonelero con proa al oeste-sudoeste y ajustarse a continuación a la ribera opuesta.

A pesar de los intentos del comandante y las maldiciones que salían por la boca del jefe de la división, el *Cisne* no progresaba lo suficiente en su intento. El viento no alcanzaba el linde que permitiera evitar el atochamiento contra la isla por la corriente, al doblar su extremo norte. Y sin esperar mucho más, se ordenó al bote avanzar con el rezón de fuerza para conseguirlo a la espía. Fue una maniobra lenta y de lomos duros para los hombres, obligados al cabrestante y a los remos con el ferro estibado a cuestras. De todas formas, poco antes de que cruzara el disco de fuego la meridiana, los dos bergantines se amarraban a la banda occidental de la isla. De esta forma, quedamos situados como a dos tiros de cañón o poco menos de las unidades enemigas. Romarate vibraba al gusto cuando se finalizó la maniobra. Se dirigió a mí con su inseparable sonrisa.

—Maldita sea mi negra estampa, señor. Llegué a creer que no lo conseguiríamos. Este viento zorrón no acababa de presentar cresta en condiciones y la corriente marca su frontera.

—Ya lo he visto. Menos mal que en el río funciona bien el avance a la espía. ¿Va a enviar ya el parlamentario previsto?

—En efecto. Si conseguimos las tres embarcaciones en dulce y sin disparar un solo cañonazo, mejor que mejor. Como dije en el consejo, actuará en tal misión el alférez de navío Aldana, comandante del falucho *San Martín*. Es un joven hábil, altivo y descarado, capaz de intimidar al diablo. Perfecto para esa empresa. ¡Comandante!

—Aquí estoy, señor.

—Dispare un cañón de a 18 sin bala en dirección a esos bastardos, e ice la señal de parlamento. Espero que sepan comprenderla.

—Muy bien, señor.

Una vez efectuado el disparo, que rompió a baquetas el silencio amadrinado al escenario, el alférez de navío Aldana partía en el bote. Sentí orgullo de raza al observarlo en la distancia, erguido de forma altiva y firme, sin verse afectado por el bamboleo de la pequeña embarcación. Vestía su mejor uniforme, mientras el sable, colgado del biricú, ofrecía reflejos dorados al sol. Estaba seguro de que sería capaz de impresionar a cualquier bellaco de las dotaciones enemigas, aunque no merecieran tan magnífico y noble detalle.

Cuando el bote dobló la isla de San Nicolás, lo perdimos de vista. Y así comenzó a pasar el tiempo, sin que se apreciara a bordo ninguna muestra de nerviosismo. La mayor parte de los oficiales estimaban como segura la inminente rendición, creencia en la que no comulgaba mi persona. Aunque sin patria que defender, esos canallas debían alardear alguna cuarta en cara, por lo menos. Romarate departía con el piloto como era la norma habitual, lo que demostraba su estrecha amistad. Me acerqué a ellos para dejar pasar el tiempo y compartir sus experiencias. Siempre se aprende algún detalle que podemos emplear más adelante.

—Mucho tarda en regresar Aldana. Supongo que esos cafres no serán capaces de...

—No se atreverían a tal perversidad. Saben que no viviría ninguno para contar una fechoría de tan funesto calibre. Tenga en cuenta que el bote ha de meterse entre la isla y las Barrancas para poder acceder a ellos, bastante distancia. Y, como norma, no exigimos boga de fuerza a nuestros hombres, salvo emergencias.

Continuó el tiempo en corrida lenta, mientras el viento, que se había elevado a la estadia de fresco, comenzaba a caer en picado. Y se encontraba el sol a punto de cerrarse por encima de los buques enemigos, cuando el bote apareció por el mismo punto en nuestra dirección. Pronto advertí que los tiempos en combates fluviales disfrutaban de una medida distinta, razón habitual en Indias. Comprendí entonces las palabras del piloto al asegurar que en los ríos la paciencia acaba por derrotar al contrario. Por fin, el alférez de navío Aldana llegaba a rendir cuentas. Romarate se dirigió a él con prisas.

—¿Qué contestan esos bellacos? Por la expresión de su cara, deduzco que rechazan mi oferta.

—Peor todavía, señor. Ni siquiera he podido hablar con algún mando que los represente —contenía a duras penas su indignación.

—¿No consiguió parlamentar? ¿Cómo es eso? ¿Problemas con su idioma?

—Nada de eso, señor. Ya sabe que hablo el idioma inglés sin mayores problemas. Pasé de un buque a otro, sin subir a cubierta, desde luego.

Preguntaba por el jefe de la división, hasta acabar reclamándolo a gritos. Al principio me señalaban otra unidad, hasta que creí entender su manejo en burla.

—¿En burla dice? —Romarate tensaba la cuerda de su indignación.

—Como puede comprender, los amenacé a gritos con la peor de las muertes, si entraban en descortesía con un oficial de la Real Armada, incluso ser despellejados al fuego lento. Por último, un mulato vestido con calzas cortas, torso al aire y lo que parecía sombrero de oficial britano, un conjunto más cercano a saltimbanqui de fiestas, me preguntó entre risas si deseaba un trago de ron. Algunos comenzaron a gritar que nada de rendición y señalaban hacia un pequeño fuerte simado en la parte alta de la Barranca, como si se tratara de una colosal defensa. Volví a gritarles que pronto serían despachados al infierno y tratados como piratas, antes de tomar rumbo de regreso. Una penosa experiencia, señor.

—Pandilla de cabrones, bastardos, hijos de la marrana grande y un jenízaro leproso —Romarate elevaba su voz hasta alcanzar el grito—. Por todos los cristos que se arrepentirán de tan indecorosa acción, elevada contra todo orden de guerra.

—Señor, he aprovechado la ocasión para observar de cerca esas baterías instaladas en tierra por alto. Las piezas son de a 6 y de bronce, una succulenta captura. Se encuentran servidas por gente blanca, pero sin uniforme, aunque no con el aspecto de presidiario de los que sirven a bordo de las tres unidades.

—Bien hecho, Aldana. Regrese a su barco. Comunique a los otros dos comandantes que daré la orden de atacar y abordar mañana con las primeras horas, en cuanto el viento nos lo permita. Y como no deseo sorpresas, estableceremos bote de guardia en la salida de las Barrancas, aunque no los estimo capaces de trasegar en la noche. Se creen bien protegidos por esos cañones en tierra y se llevarán una buena sorpresa.

—Muy bien, señor.

Romarate, todavía escupiendo venablos por su boca, paseaba de forma nerviosa por el alcázar. Me dirigí hacia él para calmarlo.

—Mañana remataremos la faena.

—No lo dude. Me llevaré a esos filisteos con dos o tres cornadas en el vientre.

—A ver si el viento se decide, porque si se mantiene el que sopla ahora mismo será empresa imposible.

—En efecto. Necesitamos viento sur y con suficiente fuerza, si no queremos arriesgar demasiado. Pero así es la vida en estas aguas. No crea que

me indigna la espera, a la que estoy acostumbrado, sino el detalle ofrecido por esa chusma miserable. Una ofensa a un oficial de la Real Armada es una ofensa a nuestro Rey. Y esa pandilla de truhanes no tiene categoría para efectuar tal desaire. Lo pagarán caro todos y, de forma especial, ese mamón mulato del sombrero inglés.

Aunque mostraba tranquilidad y concierto en mis maneras, sentía profundas y desesperadas ganas de entrarles con badana roja, sin esperar un minuto. Incluso llegué a pensar en la posibilidad de atacarlos con botes y lanchas, lo que habría sido una desafortunada maniobra. No quedaba más remedio que ejercer paciencia y esperar, unas palabras que ya rebotaban en mi cerebro hasta producir profunda desazón.

26. En nombre del rey

Como exacta repetición a las horas vividas en la jornada anterior, cuando desperté con las primeras luces del alba, el jefe de la división había abandonado su camastro. A sabiendas de los movimientos y horarios aproximados a seguir, no acuciaba prisa alguna, por lo que me moví con tranquilidad mientras Okumé servía en la mesa el café matinal y un plato de tocino rancio pasado a las brasas, acompañado por la inseparable galleta. Una vez en tiro y con los ojos sin cierres, salí a cubierta para comprobar que el calor parecía haber subido más enteros todavía, si tal condición era posible, y el viento escapado hacia otras latitudes, una condición que en poco ayudaba a nuestra empresa. Y como preveía, Romarate andaba en caza de demonios.

—Buenos días, señor. Parece que el Sumo Hacedor no desea el triunfo de las armas del Rey Católico, a pesar de ser su máximo valedor en el orbe. ¡Ratas y cojones! Ayer el viento soplabá ramplón, pero hoy no asoma ni una ínfima brisa. Malditas sean las hijas de Eolo, que deben encontrarse holgando por camas ajenas en lugar de realizar su trabajo.

—No desespere. Confiemos en que cambie el panorama en algunas horas.

—Mucho lo deseo, pero es difícil. En este putaño río, cuando la calmería se adueña del terreno al copo durante el crepúsculo abierto, mantiene sus alas con severa terquedad. Por mucho que nos pese, es muy posible que debamos esperar una jornada completa, al menos.

—Mala condición para nuestros hombres, sin duda. Pero también les lloverán gotas de angustia sobre los hombros a la chusma enemiga.

—Eso espero.

Acababa de pronunciar Romarate la última palabra, cuando escuchamos el inconfundible petardazo de un disparo de cañón, inesperado retumbo infernal que pareció vibrar en todos los rincones del río, con el sobresalto añadido de quienes no lo esperaban. Mientras gran cantidad de pájaros de mil colores saltaban en alocado vuelo, el jefe de la división y yo nos movimos a la banda

contraria con rapidez, donde ya el segundo comandante nos ofrecía la información oportuna.

—Esos rebeldes acaban de izar bandera roja en el tope del palo trinquete de las tres embarcaciones, señor, asegurándola mediante un cañonazo con bala disparado desde la goleta.

—¿Con bala?

—En efecto, señor. El pique ha caído a media distancia entre los buques y, por su tamaño, no debe exceder a una bala de a 8.

—¡Cabrones malparidos! —Romarate gritaba hacia los bajeles enemigos, mientras accionaba sus manos en amenaza—. Aunque parezca difícil de creer, alguno de esos presidiarios debe conocer su significado.

—Parece que esos piratas no ofrecen cuartel, señor —aseveró el comandante, recién llegado a nuestra altura, explicando el significado de la bandera roja, por todos conocido.

—Bravata larga para esconder el miedo que les corre por las tripas. Juro por todos los Romarate enterrados en camposanto que les haré tragar esa bandera roja en seco tras el combate. ¿Está por aquí don Marcos?

—Un momento, señor, que lo aviso.

Salió el segundo a la carrera, para regresar a los pocos segundos con el contramaestre a su lado.

—Mande, señor comandante.

—¿Qué me dice del viento? Vamos, nostramo, conteste algo bueno, por favor, aunque deba mentirme —Romarate pasaba de la más profunda indignación a la risa con rapidez.

—No debo mentirle jamás, señor. Aunque mucho le duela, esta calma chicha no nos abandonará hasta que cruce la noche, al menos una vez. Es norma invariable en este río. Así que deberemos elevar rezos durante el próximo crepúsculo vespertino, para que arranque el soplo en la siguiente amanecida.

—Maldita sea mi estampa y los demonios del Paraná. Bueno, deberemos ejercitar el sagrado don de la paciencia un poco más, por mucho que cueste. Era mi intención acercarme en lo posible a los buques enemigos para echarles un vistazo, antes de entrar en combate. Podré hacerlo ahora con entera tranquilidad y todo el tiempo por delante. ¿Desea acompañarme, señor?

—Por supuesto —contesté con alegría—. He de reconocer que tampoco la paciencia es uno de mis rasgos más característicos. —Pues vayamos a ello.

Poco después, embarcaba en la lancha con Romarate. A la caña mostraba rostro de orgullo el caballero^[130] Isaac Trapani, aventurero sin causa cierta de

enmendar, aunque su vida quedara envuelta en una nebulosa de misterio que él mismo se encargaba de mantener. Además de la dotación de rigor emplazada a la boga, embarcamos seis soldados de infantería de Marina, elegidos para una posible protección. Y con proa al noroeste, que compensara la fuerza de la corriente, navegamos en aproximación. Pronto comenzamos a utilizar los anteojos en barrida, intentando calibrar el mayor número de detalles.

—Tenía razón Aldana —comentaba Romarate, sin apartar el largomira de sus ojos—. Una información exhaustiva la de nuestro espía particular, que deberá ser recompensado como corresponde.

—En efecto. Y entiendo de mayor peligro la artillería de la goleta que la del bergantín, aunque incorpore esas catorce carroñadas.

—Totalmente de acuerdo. Hay que ser un buen artillero para sacar provecho a las carroñadas, cualidad que no atribuyo a esos mequetrefes. Además, son de pequeño calibre. Por el contrario, los cuatro cañones de a 12 y los ocho de a 8 pueden abrir boquetes de cuajo en combate a tocapanoles.

—Por desgracia, no podemos analizar sus dotaciones y me refiero a la cantidad. Poco trabajan en el día a día, porque apenas aparecen unos pocos en cubierta. ¿Nada dijo el informador sobre ese aspecto?

—En blanco. Pero no deben ser muy cuantiosas porque se les suelen presentar los mismos problemas que a nosotros en ese particular aspecto.

—Sin duda se encuentran a la espera del combate. Parece que se han acoderado de firme. Han dejado escaso margen entre proas y popas.

—Eso mismo pensaba. Según Aldana, la balandra se encontraba abarloada al bergantín, que parece ejercer de insignia, antes de enmendar sus posiciones. Pero no adoptan otras defensas habituales, como el empleo de cadenas o redes.

—Es posible que no dispongan de ellas, o no conozcan su uso.

Seguíamos progresando hacia los buques rebeldes, cuando el aventurero lanzó la advertencia.

—Entiendo que hemos entrado en su distancia de tiro, señor.

—Continuemos un poco más, para comprobar si reaccionan ante nuestra presencia.

No debimos esperar mucho tiempo para observar cómo, desde el bergantín *Veinticinco de Mayo*, se abrió una lengua de fuego, seguida por el trueno del cañón. Y no marraron en exceso los malditos, porque el pique caía a unas sesenta varas de la lancha, corto en distancia y centrado en deriva.

—Resulta que saben disparar, esos bastardos. Caiga a babor pero manteniendo esta distancia, Trapani. Comprobemos cómo apuntan sus piezas.

Debieron utilizar el mismo cañón porque emplearon más de cinco minutos en efectuar el nuevo disparo. Y una vez más, se mostraba el pique de agua corto y desviado a popa de la lancha. Así continuamos hasta alcanzar nuestra proa la popa de la balandra, momento en el que Romarate decidió dar por finalizada la experiencia.

—Entiendo que podemos regresar a bordo, señor, si no desea alguna nueva inspección.

—Por mi parte he finalizado. No creo que podamos extraer algún dato más.

—Pues de regreso a casa, Trapani. Y como el viento sigue sin asomar la jeta una pulgada, descansemos sin gastar demasiadas energías.

En verdad que la jornada se alargó sin medida. Nada hay peor a bordo que dilatar un combate esperado de un momento a otro durante muchas horas. El tedio y hastío más extremos se instalaron de quilla a perilla, sin una expectativa cercana de cambio. Y si a tales circunstancias se le suma el asfixiante calor, el resultado no podía ser menos apropiado para la moral de nuestros hombres. Así se mueven siempre las condiciones en cualquier buque cuando no se deja de mirar a los cielos en espera del soplo divino. Y para desgracia, acertó de lleno el contraamaestre, porque ya comenzaba a declinar el sol cuando nos encontrábamos con las mismas variables.

Era momento ideal para distribuir alimentos y vino en generosa proporción, condición que tanto anima el alma abatida del marinero. No obstante, se trataba de un detalle de imposible realización en la división naval, a causa de la extrema escasez de víveres sufrida en Montevideo con el bloqueo impuesto por tierra. Y no lo dudaba Romarate pensando en futuros, porque ya había avistado con el anteojo posibles fuentes de requisa en la cercana localidad de San Nicolás de los Arroyos. Como aseguraba en sonrisas, pocas acciones pueden ser consideradas tan gloriosas, como regresar a la plaza con tres unidades navales apresadas y alimentos que repartir.

Para colmo de males, aquella noche dormí pocas horas y sin la necesaria continuidad, desgastado hasta reventar cueros por la impaciencia y las condiciones meteorológicas. No obstante, la jornada perdida era agua pasada. La mayor preocupación que atacaba mi cerebro era la abierta posibilidad de sufrir una nueva jornada con las mismas variables en sufrimiento. Por tal razón, cuando Okumé me despertó entrada el alba del día siguiente, mi primera reacción fue la que es fácil suponer.

—¿Se ha levantado alguna brisa?

—Todavía no, señor. Pero en el alcázar se abren sonrisas, señal de que todo navega en orden. Dentro de media hora se celebra nuevo consejo a bordo.

—Pues no perdamos tiempo.

Cuando observé bastantes sonrisas en cubierta, no me cupo duda de que las condiciones eran distintas y viradas a mejor. En efecto, ya se percibía una pequeña brisa, muy parecida al vagajillo que se disfruta en la bahía gaditana al despertar el alba. Romarate me recibió con la sonrisa recobrada.

—Parece que hoy sí les entraremos a esos bastardos hasta despellejarles el alma. Si el dios Eolo no se opone, en un par de horas soplará del sur y, posiblemente, fresco de fuerza.

—Bendito sea Dios.

El consejo facultativo se desarrolló con rapidez y la única voz del jefe de la división, exultante de ánimo a la vista.

—Bien, señores, en cuanto el viento entre en cuerdas, lo que se producirá en una o dos horas si continua esta progresión, llevaremos a cabo el plan previsto. Ya saben que los batiremos en corrida y a corta distancia, hasta que ordene pasar al abordaje. Sigán mis aguas, aunque autorizo la iniciativa propia si surge alguna nueva variable o encuentran algún resquicio en sus defensas. Ni un solo hombre debe titubear una cuarta. No podemos ofrecer ningún asomo de duda en nuestro comportamiento. Y si, por desgracia, algún cobarde intenta retirar la cara y salir a escape, tiro a la barriga sin dudarlo. Como hay mucho pirata entre las huestes del diablo, que todos griten a pulmón cuando entremos en su cubierta, como bucaneros en bordos de muerte. Y no olviden que los vigiadores en las cofas se encuentren atentos a los posibles movimientos de tropas en tierra, aunque ahora no se perciba ninguno. Si las baterías del fuerte se alistan y comienzan a ofender, parte de la batería del *Belén* se encargará de batirlos. ¿Todos de acuerdo?

—Sí, señor —contestaron a coro con voz ronca y animo guerrero.

—Les agradezco por adelantado en nombre del Rey su dedicación y esfuerzo. Regresen a bordo de sus buques y manténganse preparados para entrar en cuerdas de sangre a mi señal.

A las siete y media, el viento comenzaba a alzar vuelo con claridad, y media hora después se cuadraba entablado del sur y fresco de fuerza. Agradecí a los cielos el detalle dictado a favor de nuestras armas, porque también yo sufría al pensar que la terrible espera pudiera alargarse unas horas más. Los oficiales ceñimos el sable, mientras por mi parte enfajaba el pistolón

que, una vez más, producía comentarios especiales. Al explicar su procedencia, Romarate sonrió de alegría.

—Si ese pistolón fue utilizado por el general Barceló y vuestro señor padre, el jefe de escuadra Leñanza, no nos podrá ser esquiva la victoria.

—Los barreremos. No obstante —bajé el tono de mi voz, para que sólo pudiera ser escuchado por el jefe de la división—, me preocupan las baterías del fuerte. Son cuatro cañones y de pequeño calibre, pero nos pueden causar mucho daño.

—Coincido, aunque no sea cosa de exponerlo por alto. Tampoco me agrada la posibilidad de ser atacado por tropas desde tierra, otra variante posible. La empresa no se presenta como un dulce napolitano, por supuesto. Pero tenemos el valor que a ellos les falta.

Picaba la campana las ocho de la mañana, cuando Romarate dio la esperada orden.

—Icen señal de dar la vela y seguir aguas a la capitana.

—Quedo enterado, señor comandante.

Desamarramos de tierra, largando foques y mayor al tiempo. Y una vez con mínima arrancada, Romarate ordenó caer con todo el timón a babor, para entrar a favor de la corriente. Comprendía que no era maniobra sencilla y elevado el riesgo de quedar aconchados contra las arenas, pero no parecía dudarle quien mandaba. El *Cisne* quedó navegando a favor de corriente, momento en el que se izaron todas las velas redondas de trinquete y mayor, mantenidas las vergas en cruz y escotas cazadas, en un intento de frenar el avance en lo posible. De todas formas, el momento crucial llegaba poco después, cuando debíamos entrar en nueva virada para salir de la corriente, que nos podía manejar a su gusto.

Comprobé con inmenso placer que el capitán de fragata Romarate dominaba la maniobra en aquellas aguas a la perfección, rindiendo escuela a sus comandantes. Poco antes de cruzar la parte meridional de la isla de San Nicolás y con demasiada arrancada, viraba con fuerza a estribor, al tiempo que entraban en danza cangreja y foques cazados a tachón, amurados a estribor pensando en rutaras acciones. Lo conseguimos a la perfección, porque quedamos aproados al medio del paso entre la isla de San Nicolás y las Barrancas, momento en el que se escucharon gritos y voces de mando en las unidades enemigas.

Los buques a nuestra popa seguían al punto la maniobra de su jefe, acabando por entrar en nuestra estela sin vacilación. A bordo se ocuparon los puestos de combate y los hombres parecían dispuestos a entrar en fuegos con

saña. Habían sido emotivas las palabras dirigidas por su comandante, que finalizaron con estruendosas vivas al Rey y a España, así como defensa sin fisuras de ese pabellón rojo y amarillo por el que tantos hombres habían caído en la mar. Y pronto nos encontramos disminuyendo distancias con lentitud, condición deseada para poder disparar el mayor número de andanadas en la corrida. Escuché al jefe de la división, cuando ordenaba sin dudarle al comandante del insignia.

—Que entren en fuego conforme dispongan de blanco a batir. Pero recuerde que deben pasar por alto la balandra y centrarse en la goleta y el bergantín.

—Ya les pasé esa información, señor. Nos encontramos cargados y dispuestos a la orden.

Por fin, con los nervios aferrados en corto y la sangre corriendo a borbotón por las venas, Romarate alzaba su sable hacia los cielos. Poco después, daba la orden definitiva con un tono de voz en fuerza, como jamás había escuchado. Al mismo tiempo, bajaba el arma con gran velocidad. Sus palabras debieron ser oídas hasta en el último rincón del Paraná.

—¡Por Dios, por España y por nuestro Señor don Fernando! ¡Fuego!

Las piezas del *Cisne* disparaban conforme alcanzaban posición con blanco a batir, a partir de la goleta *Invencible*, bien acoderada entre sus dos compañeros. El retumbo alternativo, con los cañones cargados en doble bala o metralla, chascaba maderas en el objetivo a la altura de la cubierta principal, al tiempo que caían algunos de sus hombres. Por su parte, la goleta nos brindaba en inicio una andanada caliente que, para fortuna propia, entraba en la parte baja de la obra muerta casi al completo, sin alcanzar la lumbre. Entendí que erraban al apuntar al casco, maniobra útil en mar con marejada y alargado combate. Porque los agujeros conseguidos no supondrían peligro al navegar en aguas tranquilas.

Dispusimos de otra oportunidad contra la goleta, antes de pasar a encarar el bergantín *Veinticinco de Mayo*, cuyas carroñadas observé a corta distancia. No obstante, la corriente nos derivaba hacia las Barrancas, por mucho que intentáramos compensar con el timón.

Una vez tanto avante con el bergantín rebelde, nos hizo fuego con la mitad de las carroñadas, por lo que supuse decidían efectuar tiro por cuarteles. En este caso, los tornillos quedaban sin ajustar y la mayor parte de la metralla entraba por alto como bandada de mosquitos en vuelo, aunque comenzara a brotar sangre sobre nuestra cubierta. Tenía razón Romarate, porque no es fácil ajustar las carroñadas sin ejercicios previos, que no debían haber tenido lugar.

En total, finalizamos la pasada tras haber disparado cinco andanadas completas, sin olvidar que los seis cañones de a 18 habían sido alistados a la banda de estribor y se apreciaba el daño en las tablas enemigas. Escuché las palabras del jefe de la división, situado a mi lado.

—Bueno, debemos virar con rapidez para regresar a la lucha. Hemos causado más daño moral que destrozos serios. Para bien de nuestras armas, observé algunos marineros abandonando su puesto, al recibir astillazos en lluvia densa.

—He visto a ese mulato con el sombrero inglés por montera. Intenté ajustarlo a mi pistolón, pero se movía mucho y era distancia demasiado larga.

—Ahora les entraremos a besar costados. La corriente putorrón nos ha separado demasiado y no podíamos compensar con el timón. Es más fuerte de lo calculado. Pero ya la conocemos en ese paso y nos servirá de lección. Por fortuna, parece que nuestros muchachos se baten sin fisuras.

—De forma especial el *Belén*, que le ha levantado el coronamiento al bergantín.

En ese momento, a punto de ordenar la virada a estribor, se escuchó la voz del vigiador.

—¡Tropas! ¡Tropas por tierra moviéndose en esta dirección! ¡Crecido número de caballería con dos cañones en remolque!

—¡Maldita sean las putas del Negro! —Romarate tomó el anteojo, acción que imité—. En efecto, nutrida caballería con dos cañones que parecen de pequeño calibre. ¡Robiou! ¡Robiou!

Romarate gritaba al comandante del *Cisne*, que había avanteado aguas, hasta quedar casi por nuestro costado de estribor a muy corta distancia.

—¡Mande, señor!

—¡Arribar! ¡Arribar! ¡Sigán mis aguas! ¡Disparar a las tropas de tierra, si se sitúan a tiro!

—¡Enterado, señor! —¡Clemente!

—Mande, señor.

—Señal a los faluchos. Que se peguen a las Barrancas todo lo que puedan, e intenten batir a las tropas.

—Quedo enterado, señor.

—¿Qué intenta? —pregunté, aunque ya parecía clara la maniobra.

—Arribar para aproximarme a tierra y comprobar con mayor detalle esas fuerzas que nos pueden ofender. Es posible que con media andanada continúen al galope, pero en escapada.

Poco después, las tropas de caballería, unos treinta jinetes bien uniformados, llegaban a nuestra altura, unas cien varas tierra adentro. No lo dudó Romarate, que ordenó disparar tres cañones de babor contra ellos, bien cargados de metralla, casi en simultánea acción con el *Cisne*. Al mismo tiempo, los faluchos metían sus proas hacia la arena, disparando cañón y fusil a un tiempo. Y como había profetizado el jefe de la división, la maniobra surtía el efecto deseado. Al recibir metralla y entrar en polvo dos animales con las manos perdidas, quien guiaba la acción actuaba a fuerza con sus riendas para apretar el galope hacia el interior. Sin embargo, a causa de la fuerte arribada alcanzamos una posición delicada, demasiado cerca de las Barrancas, por lo que debimos apurar hacia fuera e intentar virada a continuación, si el fondo nos lo permitía. Metía el *Cisne* el timón a tope, cuando el piloto entraba en escena.

—¡Guarda, señor! Unas cien varas a proa y dos cuartas a estribor. Recuerde el bajo del Monje, donde varó el falucho *Fama* hace varios meses.

—Lo recuerdo y pienso dejarlo en cerco.

Conseguimos separarnos de las Barrancas hasta un cable de distancia, momento en el que la virada nos dejaba corriente a favor y proa a los enemigos. Y en esta ocasión les entramos a besar, disparando una andanada con fuego en los cuernos que barrió cubierta, mientras nuestros fusileros hacían gala de valor extremo. Pero por mucho que miraba, no podía cazar al culebrón del sombrero a quien le tenía ganas de verdad, que nunca debemos olvidar las ofensas. En busca de blanco apropiado, me llevé por delante con el pistolón a un rubianco con trazas de raza anglosajona, que abrió los brazos de sorpresa con el pecho abierto en sangre. La pasada se cubría bien, especialmente por el tiro de fusil de nuestros soldados.

Para colmar el vaso a la negra, que de nada faltaba en aquel sarao de fuego y muerte, desde los cuatro cañones de la batería instalada en el altozano, comenzaron a ofendernos con ritmo vivo. Habíamos sobrepasado la balandra *Americana*, por lo que Romarate volvió a ordenar la necesaria virada. Intentaba llevar a cabo lo que entendía como definitiva pasada y con arpeos preparados. Sin embargo, como los fondos en el río eran variables al gusto de su zorróna madre, el *Cisne* y el *Belén* quedaron aconchados por la corriente contra el placer de la isla de San Nicolás. Y no era el momento más oportuno para mantenerse varado y sin gobierno.

Conseguía salir el *Belén* con fuerza de vela y mano marinera de su comandante, pero no el *Cisne*, clavado en la arena con mayor fuerza. Tampoco ahora lo dudó Romarate, que ordenó a sus buques reunirse en la

punta nordeste de la isla al quedar zafos, mientras el teniente de fragata Clemente largaba el bote al agua con razón de fuerza incorporado. La única posibilidad de librarnos se centraba en navegar a la espía. Mientras tanto, desde las baterías de tierra nos disparaban al gusto, con aciertos diversos. Habíamos recibido cuatro balazos en el costado y algunos más en el aparejo, cuando tomé la decisión que los riñones me pedían.

—Si me concede la lancha y diez fusileros bragados, puedo tomar esa batería del demonio.

—Lo entiendo como demasiado arriesgado, señor. No es misión para un capitán de navío.

—He visto a brigadieres mandando pequeñas cañoneras en la defensa de Cádiz. Esta es misión para unos hombres con huevos alzados, con independencia del empleo.

—De acuerdo, señor. Escoja los hombres. Recuerde que les pueden llegar refuerzos.

—Si los avistan, pique la campana a rebato.

—De acuerdo.

No necesitamos mucho tiempo para alistar el grupo, porque aquellos valientes se presentaban voluntarios. Y ya en la lancha, aproamos hacia tierra al mayor ritmo de boga. Desde las baterías no parecían haberse percibido de nuestra maniobra, o eran muy escasas las armas portátiles a disposición. Una vez la lancha varada en tierra bajo ellos, comenzaron a disparar con cuatro o cinco fusiles contra nuestros movimientos, pero a ritmo muy lento y desenfocado, como picotazos de mosquito bujerón. Era el momento apropiado, por lo que comencé a gritar con el sable en la mano y el pistolón amartillado.

—¡Adelante, muchachos! ¡Demostremos que somos españoles y soldados de la Real Armada! ¡Fuego a discreción cuando dispongáis de blanco, sin arriesgar una mota en exceso!

La cota era de fácil acceso, por lo que escalamos en las dunas con rapidez, a pesar de las botas y calzas encharcadas de cieno. Entre saltos intentábamos cubrirnos con la sombra de chaparras de espino, aunque se tratara de una protección más moral que efectiva. Un disparo alto golpeó el hombro de uno de nuestros hombres, que continuó su marcha hasta caer rendido en tierra. Le ordené que regresara y buscara protección en la lancha, con la mano bien apretada en la herida.

Ganando terreno pulgada a pulgada, nos situamos por fin a unos veinte pasos de los cuatro cañones, emplazados entre pequeños merlones de piedra y

argamasa ligera. Grité a mis hombres que centraran el fuego sobre las cabezas que se podían observar. Y por mi parte alcanzaba una posición lateral a unas quince varas del primer parapeto, cuando un joven se elevaba con fusil en mano. Quien, como supe después, era un teniente de artillería traidor a su patria, parecía cazador en aguardo, que desea escoger la pieza con extrema atención. Para su desgracia, no prestó atención a su flanco de la derecha. Sin dudarle y con pulso firme, le clavé una bala en el pecho, que lo lanzó con violencia hacia el parapeto. Creo que debió pasar a la otra vida sin saber desde dónde le habían disparado.

Los sirvientes del cañón más cercano, al comprobar la muerte de su oficial, salieron a la carrera sin mirar hacia atrás, acción, que fue imitada por los demás en orden sucesivo. De esta forma, con un herido solamente, nos hicimos dueños de las baterías. El cabo cañón que me acompañaba, no dudó al preguntarme.

—¿Clavo los cañones, señor?

—Pues eso pensaba, pero son unas piezas de bronce magníficas y siento pena de inutilizarlas. A ver si conseguimos lanzarlos ladera abajo. Los ocultaremos en las palmas de la misma orilla. Cuando rematemos el combate en gloria, vendremos a recogerlos si nos es posible.

Siguiendo mis instrucciones, destrincamos los cañones de sus aparejos y los arrastramos cuesta abajo hasta la orilla, donde quedaron suficientemente camuflados. Y sin perder un segundo, embarcamos en la lancha para dirigirnos hacia el *Cisne*, que ya se encontraba amarrado en la punta nordeste, acompañado de las otras tres unidades. Con el cansancio en el rostro, trepamos por la escala de gato hasta pisar cubierta. Y ya venía hacia mí Romarate con los brazos en abierta gesticulación.

—Valor y eficacia más que demostrados, señor. Nos han aliviado de un manifiesto peligro. Todos se lo agradecemos como merece.

—Muchas gracias, pero esos hombres no desplegaban elevado valor y salieron corriendo en cuanto saltó la primera sangre. ¿Cuáles son los siguientes movimientos que hemos de emprender?

—Les entraremos a degollar corderos en cuanto los hombres tomen un bocado y beban agua, que este calor es capaz de asfixiar a Sansón.

—Los cuatro cañones de bronce, unas piezas nuevas y magníficas, se encuentran a cubierto y preparados para ser embarcados cuando rematemos la faena.

—Una magnífica idea, sí señor. No se pueden despreciar esos regalos.

—¿Alguna novedad entre sus unidades?

—En cuanto a bajas, ya llevaremos a cabo el cálculo definitivo en su triste momento, aunque no son elevadas en un primer análisis. El cirujano intenta restañar heridas. Al falucho *Fama* le ha faltado la corredera de su cañón giratorio, así que los sirvientes se distribuirán entre los dos bergantines. Su comandante está triste y solicita pasar a este buque para tomar parte en el abordaje. Pero ya le he dicho que todavía puede hacer mucho daño desde su barco con los fusileros, si escoge buena posición. Ahora debería tomar algún bocado, señor. La subida hacia la batería ha debido ser dura.

—Prefiero un poco de agua solamente.

No dije que habría bebido una frasca de vino a morro, por no quedar una gota a bordo. Mientras los hombres descansaban, apareció Robiou, el comandante del bergantín *Belén*. Mostraba un rostro arrebolado por la emoción, esos inconfundibles rastros que aparecen en los valientes, y aquel joven lo era a montar espuelas.

—Listos para entrarles de nuevo y acallar sus fuegos, señor. Mis hombres esperan impacientes el abordaje y poder rebanarles el cuello. Puedo preguntarle qué esperamos —mostraba incompreensión e impaciencia, como si aquel descanso fuera innecesario.

—Le agradezco en nombre del Rey su gallarda oferta, Robiou. Pero no se preocupe, que no escapará ninguno. En diez minutos regresaremos a la tarea. Su presa será la goleta, mientras el *Cisne* entra con los cuernos bien ceñidos al bergantín. Intentemos que sea un ataque simultáneo.

—Muy bien, señor. Seguiré sus movimientos y en el momento preciso dividiré el camino.

En efecto, poco después largábamos estachas de tierra, para quedar a merced de la corriente e intentar una nueva corrida, con los mismos parámetros utilizados en la primera ocasión. Como benéfica repetición, los cuatro buques efectuaban una maniobra perfecta, aunque alguna cabuyería se mantuviera en cuelgue a causa del anterior combate. Y más meritoria en el caso de los bergantines, que aproaban con decisión hacia sus blancos escogidos. Observé cómo el personal de la balandra *Americana* pasaba a los dos compañeros, un error en mi opinión por su posibilidad de atacar desde el flanco.

Aunque, de acuerdo al plan previsto, ambos bergantines intentaran alcanzar sus blancos al mismo tiempo, el *Belén* abordó a la goleta *Invencible* minutos antes de que, por nuestra parte, atocháramos costado con el *Veinticinco de Mayo* y lanzáramos los arpeos para no separarnos jamás. Segundos antes, habíamos descargado la última andanada, a unas veinte varas

de distancia, con estruendo de astillas y escasa respuesta del enemigo. Llegaba el momento esperado y definitivo. Por fin, con gritos alzados a la galleta, Romarate daba la orden de abordaje.

—¡Quien disponga de arma en la mano, que cruce a la cubierta enemiga conmigo! ¡Abordaje!

Salté al bergantín enemigo con Okumé a mi lado, que ya manejaba su gumía. Los valientes del *Cisne* entraban con espadas, chuzos, cuchillos, hachuelas y cualquier filo a mano que pudiera rasgar carne enemiga, mientras gritaban como endemoniados. Sin embargo, y para sorpresa de todos, la dotación del *Veinticinco de Mayo*, al comprobar los rostros inyectados en sangre de nuestros hombres, no lo pensaron dos veces y se lanzaron al agua por la banda de estribor, comenzando a nadar como tiburones asustados. Tan sólo unos pocos opusieron resistencia en retirada y fueron muertos con rapidez. Movidos a la banda opuesta, divisé con claridad el torso desnudo del mulato con el sombrero aderezado en la cabeza. Y apuntaba el pistolón, cuando escuché el vozarrón de Romarate que, a mi lado, también elevaba su arma de fuego.

—Por favor, señor, yo recibí la ofensa.

—Todo suyo.

Cuando el mulato comenzaba su salto de liberación desde la borda, disparaba el jefe de la división. Y en el aire realizaba un escorzo de muerte, mientras el sombrero empenachado se desprendía. Debió llegar muerto a las aguas, y así debía ser por haber ofendido a las armas del Rey. Fue el momento del remate final, un abordaje en el que solamente sufrimos cuatro heridos.

Los gritos de victoria resonaban con fuerza a bordo del *Cisne*, mientras Romarate, atento a todo, se mantenía pendiente del otro combate. Porque la goleta ofrecía mayor resistencia a las embestidas de Robiou. Sin dudarlo, el jefe de la división se dirigía a la lancha armada del *Cisne*, que venía haciendo fuego por los flaneos con los faluchos, mandada por el teniente de milicias de Buenos Aires don Sebastián Riera. A gritos destemplados, le ordenó acudir en urgente apoyo de los hombres del *Belén*, que se batían con tremendo esfuerzo y dura oposición. Poco después, Robiou era el primero en saltar sobre la cubierta de la goleta sable en mano, momento en el que los enemigos todavía con vida saltaban al agua en imitación de sus compañeros. Y se les veía en la distancia, braceando con fuerza en dirección a la isla de San Pedro, favorecidos por la peligrosa corriente.

Una vez rendidos los tres buques, se concedió descanso general y cuidado de los heridos. A bordo del *Cisne* habíamos perdido cuatro hombres, siendo

nueve los heridos de consideración. Sin embargo, en el *Belén*, que tan bravamente había luchado contra la goleta, se sufrieron once muertos y más de veinte heridos, dieciséis de ellos con elevada gravedad. Y era de destacar la mala suerte del alférez de artillería Ramón Suárez, con profunda herida de bala en la pierna, que debería perderla para salvar la vida. Romarate decidió esperar a que la operación le fuese realizada en Montevideo.

En esta ocasión, nos amarramos junto a las unidades rendidas, que pasaban a ser inspeccionadas con rapidez por si era necesaria alguna reparación de emergencia, antes de su definitivo traslado a la plaza de Montevideo. Por fortuna, se trataba en su mayoría de maderas en desbarate, sin problemas graves para la navegación. Romarate nombró los comandantes de presa y las dotaciones mínimas para marinarlos río abajo. Pero no olvidamos la inspección en tierra, que llevamos a cabo aquella misma tarde, acompañados de veinte soldados con fusiles en mano.

—¿Piensa tomar alimentos en requisa? —pregunté a Romarate.

—Intentaré comprarlos con pagarés a cargo del apostadero. Pero, si se niegan, no me detendré. Se trata de localidad sublevada a favor de la Junta, y mis hombres no deben sufrir para que esos traidores mantengan el buche lleno.

—Me parece correcto.

Sin dudarlo un segundo, recorrimos la pequeña localidad, arropados por una veintena de soldados con armas en la mano. Pocos rostros aparecían en las calles, personas que no sabían si aplaudir la presencia de los españoles fieles a su Rey o correr a ocultarse. Y para cargar la suerte de forma definitiva a nuestro favor, fuimos conducidos por un joven leal hasta un almacén en el que los rebeldes habían almacenado víveres de toda clase y en generosa cantidad para las tropas del Ejército rebelde, una vez establecido San Nicolás de los Arroyos como punto liberado y de seguro abastecimiento. Establecimos la cuerda necesaria para transportar a los bergantines todo aquel grano, carnes, salazón y, como especial tributo, unas garrafas de vino que alumbraban un color excelente. Y con la excusa de la necesaria prueba, allí mismo bebimos de él con extremo gusto, hasta trasegar tres o cuatro cuartillos en rápida maniobra.

Romarate decidió dejar el resto de las obligaciones para el día siguiente, porque todos necesitaban descanso. Una vez comprobada la inexistencia de topas enemigas en la zona, quedamos amarrados frente a la localidad, ahora amiga por fuerza. Aquella noche cenamos como príncipes en la cámara, de nuevo con carnes sazonadas y vino a granel. La verdad es que una victoria sin

caldos a disposición no es más que un lupanar sin zorronas de gala. Y por primera vez en algunos días, poco después caía rendido en sueños como un niño sin destetar.

* * *

En la mañana del día siguiente, el alférez de navío José Aldana, acompañado por el de fragata Joaquín Tosquilla, partían en la lancha del bergantín *Belén* con suficientes hombres y aparejos, al objeto de tomar con las necesarias garantías los cañones depositados en la orilla y transportarlos al buque insignia. Poco después, el alférez de fragata Toribio Pasalagua era comisionado a la isla de San Pedro, donde se encontraban refugiados los rebeldes evadidos a nado, casi la totalidad de los que no habían sufrido heridas de suficiente consideración. Romarate le explicó su misión con claridad.

—Hable con los jefes de la banda o con todos ellos en su conjunto, si nadie se nombra al frente. Deberá explicarles que no han de temer ninguna violencia ni maltrato por nuestra parte. Sus actos al lanzarse al agua, en vez de rendir las armas, han sido por fuera de todo orden de guerra. No deben amparar ese criminal temor sobre nuestra arbitrariedad. Tales sentimientos son una injusticia horrorosa a la honradez y humanidad que jamás abandonan nuestros sentimientos como españoles, tan inmutables como incapaces de imitar por las almas bajas que nos los censuran. Pero vaya acompañado de suficientes hombres, con armas cargadas y en la mano. No ofrezca titubeo alguno, si no muestran la necesaria obediencia y corrección. Si no aceptan ser aprehendidos y trasvasados a nuestros buques, los atacaremos sin remisión hasta que nadie quede con resuello para respirar.

—Muy bien, señor, así lo haré.

A lo largo de la mañana se embarcaron en el *Cisne* los cuatro cañones de bronce, rendidos con mi concurso en las baterías de tierra, a la brava y con unos pocos hombres. Y vistos de cerca con la necesaria tranquilidad, se demostraban de excelente factura y norteamericanos de procedencia, unas armas que pasaban a las tropas de don Fernando el Séptimo. Cerca del mediodía se comenzaba el barqueo de los rebeldes desde la isla de San Pedro, llegados con la cabeza rendida para ser distribuidos a continuación entre los dos bergantines. Por ellos supimos que habían perdido en el combate 36 hombres, a los que había que sumar una veintena ahogados en el río, sin haber podido superar los efectos de la corriente. Además, otros 24 se mantenían con

heridas de cierta gravedad, siendo atendidos por los cirujanos segundos José Rodríguez y Diego Moreno.

Ocupamos el resto del día para conceder descanso a nuestros hombres, curar a los heridos y repartir generosa comida una vez más. Asimismo, en reunión de Romarate con los comandantes de sus buques, se decidieron las dotaciones de presa a embarcar en los tres buques rendidos, nombrándose comandantes de dichas unidades a los segundos de los bergantines y al alférez de fragata Santiago Bonanza, de la dotación del insignia.

De esta forma, acometimos una nueva noche de tranquila felicidad. Romarate, con buen criterio, decidió variar la posición de los siete buques, una división generosamente aumentada, hasta quedar amarrados a la ribera oriental de la isla de San Pedro. Con ello, se evitaban posibles peligros desde tierra, al haberse avistado tropas en la lejanía. También se mantenían las guardias de vigilancia a bordo en número elevado. Tan sólo restaba el feliz tornaviaje hasta la plaza de Montevideo, trayecto que se llevaría a cabo con mayor rapidez al hacerse corriente abajo, si no saltaba la moscarda a la contra. Y todos esperaban con ansiedad entrar en el apostadero con tres unidades rebeldes apresadas y cuantiosos víveres para repartir en la ciudad.

27. Del blanco al negro

El tornaviaje hasta Montevideo se realizó, como aseguraba entre risas el capitán de fragata Romarate, a son de trompetas y con flores tendidas sobre las aguas. Parecía como si, una vez rematada la empresa victoriosa, las condiciones dictadas por los cielos desearan abrirnos alfombra de espuma por la proa. En dos días, recorrimos las más de cien millas del Paraná con respetable corriente y viento machacón del sudeste. Aunque utilizamos foces y cangrejas para mantener la dirección en determinados momentos, sufrimos sustos de orden largo cuando nos veíamos incapaces de enmendar la proa y debían entrar los botes a boga de escalada. De las siete unidades que formaban la división, solamente el bergantín *Veinticinco de Mayo-presa*, que así debía denominarse oficialmente desde su captura, quedó varado en la arena, siendo rescatado por dos de nuestras lanchas en remolque de fuerza. No obstante, y para satisfacción propia, comprobamos que las tres unidades apresadas eran muy marineras, destacando por largo la goleta *Invencible*, que se movía en el agua como pez amaestrado.

Salimos por el ramal del Guazú al Río de la Plata, donde el viento se mantenía de la misma dirección aunque con trazas de rolar hacia el sur. Y ya que no nos apresuraba más que la emoción del regreso triunfal, navegamos con escaso trapo y relajada comodidad, mientras las dotaciones continuaban con escasas guardias, así como ranchos en cantidad y calidad olvidados en el tiempo. En la última noche, Romarate invitó a sus oficiales en la cámara. Escogí el momento para alabar su trabajo y engarzar una ligera despedida.

—En primer lugar, quiero expresar mi más sincera admiración al comprobar la labor desarrollada por el jefe de la división y todos los oficiales bajo su mando, en la comisión de guerra que acabamos de finalizar con éxito. Así lo haré saber al jefe de escuadra don José María Salazar, en apoyo a las propuestas de recompensas que eleve el capitán de fragata Romarate. Ha sido una experiencia novedosa, inolvidable y reconfortante en estos días que todo

parece virar en negro para la Real Armada y para España. Elevo mi copa para brindar por sus carreras y que consigan acabar con esos rebeldes, olvidados de su propia nacionalidad. Pueden estar seguros de que me tienen a su disposición para todo lo necesario en el futuro, y no se trata de palabras en protocolo.

Bebimos del vino clarete acopiado en San Nicolás de los Arroyos, un caldo sin cuerpo ni fuerza pero muy agradable a la garganta. Romarate llamó la atención, para contestar en debida cortesía.

—Ha sido un placer teneros con nosotros, señor, y tampoco estime mis palabras como obligada cortesía, ni mucho menos. No olvidaremos su heroica acción, al tomar esos cañones que intentaban desbaratar el buque insignia. También lo resaltaré en mi informe, una grata obligación. Es posible que más adelante volvamos a cruzar derrotas, y Dios lo quiera así, condición habitual en la Real Armada. Por último, y como ha de regresar a España en pocos días, le ruego exponga con claridad a nuestras autoridades que con un puñado de hombres no conseguiremos mantener estas tierras para España, aunque nos dejemos la piel en ello. Levanto mi copa por vos y ese futuro alentador que se le ofrece.

Continuamos departiendo en una velada amistosa entre compañeros, un conjunto de hombres que sólo pensaban en un fin, el de servir a la Real Armada para beneficio de nuestra patria. Y aunque el clarete era flojito, después de la abstinencia forzada durante bastantes días y la cantidad ingerida, gocé de una agradable somnolencia. Por tal razón, dormí a tirón de estera en mi última noche a bordo del bergantín *Cisne*, que sellaba con broche de oro una comisión por las aguas del río Paraná.

En la tarde del día siguiente, la división naval bajo el mando del capitán de fragata Romarate entraba en el apostadero, una división formada ahora por siete buques. Y en repetido asombro, se aprestaba un formidable gentío en los muelles, que vitoreaba y aplaudía a las dotaciones y a nuestro señor don Fernando. Algún jinete debía mantenerse en permanente aviso, para que fuera posible llegar con noticias adelantadas, lo que parecía condición habitual para Romarate y sus hombres, que no expresaban sorpresa alguna. Para marcar la atención, las tres unidades apresadas mostraban con orgullo el pabellón de la Real Armada a popa, una visión gloriosa como pocas, capaz de elevar los espíritus alicaídos.

Una vez fondeados con seguridad, mis pensamientos se lanzaron en imprevista estrepada hacia la *Proserpina*, sin olvidar la hacienda de Los Álamos y su guadaña en alza. Me reconcomía la inquietud, al desconocer la

suerte que podía haber corrido mi fragata en su varada de fortuna, la reparación llevada a cabo en los últimos días, así como el rostro pecoso y los cabellos bermejos, una estampa que sobrevolaba hasta abarcar todo el escenario. Como de costumbre, saltaba de un tema a otro sin descanso, porque entablados en la mar, solamente se sigue como norma el curso de las olas. No obstante, el jefe de la división se dirigió a mí en irrechazable propuesta.

—Debo ofrecer la novedad al jefe de escuadra Salazar, que se mantendrá preso de los nervios al escuchar las noticias, que aquí vuelan a ritmo de cormorán. ¿Desea acompañarme? Bueno, es posible que prefiera complimentarlo a solas. Lo que estime pertinente.

—Nada de eso. Será un placer acompañarle.

Tomamos la lancha para cruzar como otras veces hasta la escala real. Y pocos minutos después, atacábamos el despacho del general, previa autorización de su ayudante, el alférez de navío Malgraf, que batía palmas como un niño con caballito entre las piernas. Romarate fue conciso en su exposición inicial.

—A las órdenes de vuestra excelencia, señor general. Regresa la división naval bajo mi mando, tras haber apresado tres unidades de la Junta de Buenos Aires, que se mantenían amarradas entre la isla de San Nicolás y las Barrancas. Una vez cerrado el combate y rendidas las fuerzas enemigas, efectué requisita de un almacén de víveres establecido como reserva para las fuerzas del Ejército rebelde en San Nicolás de los Arroyos. Un golpe a la intendencia de sus fuerzas y alivio para la ciudad, porque debí repartir el material acopiado entre los dos bergantines, dada su envergadura. Por desgracia, en el combate sufrimos quince bajas y más de treinta heridos de diversa consideración.

—¡Enhorabuena, Romarate! Estaba seguro de que lo conseguiría — Salazar ofreció un abrazo a su subordinado—. Ya contemplé las siluetas desde la azotea, cuando me avisaron de que navegaba en esta dirección. Felices presas, porque estimo al bergantín y a la preciosa goleta como excelentes unidades. La verdad, tanto me alegran los apresamientos como el acopio de víveres. ¿Han recibido muchos daños las unidades?

—Ligeros desperfectos en todas ellas lumbre arriba, que podrán ser reparados con extrema facilidad. De todas formas, ahora mismo se encuentran las siete unidades listas para desempeñar comisión de guerra. Bien es cierto, que se les deberán ofrecer los hombres necesarios a las tres que navegan con dotación de presa.

—Ese será el quebradero de cabeza. ¿De dónde sacaremos hombres de mar para esas tres embarcaciones? Pero no es momento de elevar quejas, sino agradecimientos y aplausos. Espero su detallado informe, cuando le sea posible.

—Mañana lo tendrá sobre su mesa, señor.

—¿Algún oficial herido?

—Alférez de fragata José Argandaña, con balazo limpio en un brazo, sin mayores problemas, y el alférez de Artillería José Suárez, de gravedad. Deberá ser intervenido con urgencia y perderá su pierna, según impresión inicial del cirujano.

—¡Vaya por Dios! Un niño recién entrado en la vida y marcado para siempre. En fin, bagajes de la guerra —se giró hacia mí para proseguir—. Supongo que habrá sido una buena y diferente experiencia, Leñanza. No se combate en un caudaloso río todos los días.

—Mucho he aprendido en ella, señor general. Pero, como un primer análisis, desearía resaltar el valor con que las dotaciones se han desempeñado. Y, por encima de todos, recomiendo a vuestra excelencia como se merece, y a los efectos que estime oportunos, al jefe de la división por su inteligencia, amplios conocimientos de la guerra naval en todos sus aspectos, don de mando y un valor digno de encomiable elogio. Ha sido un privilegio vivir a su lado esta experiencia, que rematamos con éxito para las armas de Su Majestad.

—Le agradezco sus palabras en lo que me afecta como comandante naval de este apostadero. Nada nuevo me descubre porque tengo en elevado aprecio al capitán de fragata Romarate, a quien he propuesto en dos ocasiones para su inmediato ascenso. Pero ya sabe cómo se mueven tales diligencias en Indias.

—Si me lo permite, señor, también le mencionaré en mi informe la heroica actuación del capitán de navío Leñanza —Romarate hablaba con autoridad—. Al mando de diez hombres, desembarcó en la lancha para atacar y tomar las baterías en tierra, que se ensañaban con el buque insignia. Además, desmontó los cuatro cañones de bronce, para que pudieran ser embarcados en el *Cisne*.

—Se lo agradezco, Leñanza, y de acuerdo con el parte del jefe de la división, lo elevaré al virrey a sus efectos. Y no es escasa madeja esos cuatro cañones, cuando de todo nos falta en el apostadero. Por cierto, que su fragata anda con magnífico pie. Muy bien debió caerle al ingeniero Ramírez, que trabaja veinte horas al día en el dique.

—Pensaba acercarme ahora mismo para comprobar su estado, señor, pero mucho me alegran sus palabras. Espero que pronto se encuentre a flote.

—Y tan pronto —sonreía con placer y gesto infantil—, porque en las primeras horas de mañana se dará agua al dique, según me comunicó ayer el ingeniero.

—¿Mañana? Una excelente noticia. Parece que no eran importantes las heridas de la proa.

—Reposición de tablas, calafateado en negro y algunos ajustes sencillos en el tajamar. Sus carpinteros son de primer nivel y fueron dirigidos por un antiguo mayor de la maestranza retirado, hombre experto en gálibos y con manos primorosas, que Ramírez consiguió sacar de su casa. Podrá iniciar el tornaviaje en pocos días.

—Mucho le agradezco su apoyo, señor.

Se hizo el silencio de forma inesperada. Al observar el gesto abierto en el rostro del general, comprendí que faltaba por diligenciar otro tema de importancia y no del mismo color. Romarate, sin saber por dónde soplaba el viento, intentó la escapada.

—Si no dispone de ningún asunto en contra, señor, me gustaría regresar a bordo y preparar el desembarco de las dotaciones apresadas. Asimismo, desearía que algún jefe de almacén honrado y responsable, se hiciera cargo de los víveres. Ya sabe a qué me refiero.

—Desde luego. No se preocupe, que me encargaré de ese aspecto en persona. Son demasiadas las manos largas y con extremas necesidades. Puede retirarse, y de nuevo le reitero mi más sincera enhorabuena.

—Si me lo permite, señor —comencé con escasa esperanza—, desearía comprobar el estado de mi...

—Me gustaría hablar un momento a solas con usted, Leñanza, si no le importa.

—Por supuesto, señor.

Romarate nos miró con atención y cierta sorpresa en su rostro. Sin embargo, pronto pareció comprender que sobraba en el gabinete. Tras despedirse, quedé a solas con el jefe de escuadra Salazar.

—Tome asiento, Leñanza. No son buenas noticias las que he de cargar sobre sus hombros.

—¿Alguna victoria de los rebeldes, señor? —pregunté en falso, porque una voz en mi interior adelantaba la dura realidad.

—Nada tiene que ver con el curso de la guerra. Debo comunicarle que nuestra común amiga, la marquesa de Castromarte, falleció hace tres días.

Ayer la enterramos en el panteón familiar que la familia de la Meseda posee en la misma hacienda. Un luto repetido y una notable pérdida. Como le había adelantado, instalé una lápida en recuerdo de mi buen amigo, aunque su cuerpo quedara para siempre en fosa común.

Las últimas palabras del general alcanzaban mis oídos en rumor lejano. No por esperadas son menos dolorosas las desgracias en esta vida, al igual que un temporal duele a fondo y puede enviarnos al infierno aunque lo hayamos vaticinado. El rostro de Audrey en su bella plenitud y, al compás, el entregado a una muerte próxima se superpusieron en mi cerebro. Era la segunda vez que perdía a esa mujer que, en verdad, circulaba por mi cerebro como un sueño irreal, una diosa entregada a plazo cerrado como especial y única recompensa. Y no crean que sólo el cuerpo y su belleza rondaban a cuartos, porque su triste sonrisa moribunda me inundaba de cariño al tiempo. Escuché las palabras del general.

—Comprendo su dolorosa pena. Siempre es duro perder a un buen amigo.

De pronto y por encima de otros sentimientos de dolor, se interpuso la figura sonriente de la pequeña María. Pero también en redoble de fuerza, las palabras de Audrey y mi promesa de que nunca se supiera la verdad, misión necesaria para afirmar la felicidad de nuestra hija. Con gran dolor conseguí enhebrar una perdida sonrisa, al tiempo que mantenía la imprescindible farsa.

—Es triste que una familia tan allegada a la mía se extinga de esta forma. Audrey era una excelente persona y buena amiga desde la infancia.

—Y tan buena. Así lo ha demostrado la pobre con creces.

Se produjo un nuevo cañonazo de advertencia en mi cerebro, al escuchar las últimas palabras del general. Intenté averiguar la razón en su rostro, sin conseguirlo. Con la mayor naturalidad le pregunté.

—¿A qué se refiere, señor?

—El día anterior a su muerte, fui avisado por el cochero de la casa en el sentido de que la señora requería mi presencia con la mayor urgencia. No podía evitarlo y salí de estampida hacia la hacienda. Una vez allí, la dueña me llevó a su alcoba, lo que supuso una terrible experiencia. Le adelanto, Leñanza, que he observado morir a muchos hombres junto a mí, pero me cuadra el alma a terror cuando compruebo la pérdida de una mujer joven y bella, triste experiencia que ya sufrí con una hija. La marquesa se encontraba muy débil, pero consiguió hablar con inesperada claridad. Fue entonces cuando me llevé una gran sorpresa.

De nuevo pensamientos negros cruzaron por mi cerebro. ¿Habría olvidado Audrey la promesa, quizás debido a la enfermedad? Esperaba la andanada que

ponía punto final a una historia amadrinada en dolor y sangre. Pero, por encima de todo, el rostro de la pequeña María se adueñaba de la escena, al punto de hacerme sentir dolor por si le fallaba. Lancé el último cabo salvavidas.

—¿Sorpresa? Continúo sin comprenderle, señor.

—Se disculpó por haber exigido mi presencia, pero era cuestión de la mayor gravedad. Había tenido conocimiento de la muerte de su esposo. Aunque lo prohibiera por mi parte, algún deslenguado no había sido prudente. La marquesa, además de la pena que le suponía la pérdida de la persona amada, entendía que se debía corregir un detalle importante. Muerto el coronel de la Meseda, la marquesa heredaba sus bienes. Por tal razón, quería testar ante dos testigos, la dueña y yo, con el ruego de que hiciera llegar el documento a las instituciones pertinentes que lo validaran en firme. Por una parte, los bienes correspondientes a la familia de la Meseda debían pasar a Humbelina de la Meseda y Arcos, única sobrina de mi buen amigo. Sin embargo, legaba todas las pertenencias de la casa de Alvarfaz al capitán de navío don Santiago Leñanza, conde de Tarfí, gran amigo de la familia, a quien consideraba como primo sin sangre. Y conste que, para certificar su estado de lucidez mental, le requerí de forma repetida algunos detalles que no dejaron lugar a dudas. Ayer, una vez conocida su muerte, elevé el nuevo testamento a las oficinas del virrey, al tiempo que exigía una copia fidedigna para vos y que, de esa forma, hagáis valer vuestros derechos como corresponde.

No podía creer lo que escuchaba. Ya saben que poco tiran de mi espíritu los bienes terrenales, pero el hecho de que todos los bienes de Audrey, de esa mujer que había amado hasta perder la razón, pasaran a mi persona, acariciaba el cerebro con un sopor dulce, como si de esa forma nunca volviera a morir para mí. Sin embargo, era necesario mantener la actuación teatral.

—Pues si le digo la verdad, señor, también para mí es una sorpresa de peso. Bueno, ya le dije que nuestras familias se trataban como parientes, pero no creía que llegara a tanto.

—Creo que la marquesa obró con ecuanimidad y justicia. Apenas conocía a la sobrina de Eduardo, pero era justo que los bienes y títulos de esa familia pasaran a los de su misma sangre. Por otro lado, y una vez extinguidas todas las ramas de la casa de Alvarfaz, también es lógico que los legara a quien más estima profesaba. Y no es caca de moscarda lo que vendrá en aumento de su patrimonio, Leñanza. Ya sabrá que la familia Alvarfaz era una de las más...,

bueno es absurdo explicarle algo que debe conocer mejor que yo. Tengo entendido que el palacio de Mondoñedo es de especial belleza.

—Así es, señor. Un magnífico y noble palacete, situado frente a la catedral. Se aparece a recuerdos inolvidables de mi juventud.

Dentro de la tristeza impuesta, era gracioso que hablara así de una mansión en la que había sufrido la peor de las noticias vividas y el mayor escarnio. Sin olvidar que la odiada tía Felicia debería revolveirse en su tumba al tener conocimiento de la maniobra efectuada por su sobrina. Era posible que Audrey deseara compensar las maldades de quien tanto daño nos hiciera, aunque su natural bondad alejaba aquel pensamiento. Sin duda, pensaba en mí y en nuestra hija, aunque jamás se debiera conocer tal detalle.

—Con su permiso, señor, me gustaría girar nueva visita a la hacienda, después de recibir las novedades sobre las reparaciones en mi fragata. Desearía depositar flores en su tumba como último agradecimiento.

—Un elegante detalle de su parte. Marche cuando lo desee y tome mi carruaje para ello.

—Se lo agradezco, señor, así como las gestiones realizadas en mi beneficio.

Abandoné el despacho del general con el ánimo convulso. Audrey había muerto por segunda vez, una situación muy difícil de comprender por un corazón malherido. No obstante, en el cerebro apareció con claridad la imagen de la niña María y, tras ella, el rostro de mi mujer, Eugenia, el otro gran amor de mi vida. ¿Era posible querer a dos personas con tal intensidad y a un tiempo? ¿Había entrado en demencia? Parecía sufrir o gozar dos vidas de forma simultánea, como si Santiago Leñanza se dividiera para encarar mares de distinto color y marea divergente. Al igual que en otras ocasiones, decidí refugiarme en la mente en blanco, apartar todo pensamiento hasta que las aguas se remansaran. De momento, era la única solución posible.

* * *

La varada de la fragata *Proserpina* en el dique de fortuna, así como los trabajos posteriores, se había llevado a cabo de forma tan rápida y sin problemas de estructura, material o personal, que asemejaba acción de milagro santero. Porque en ocho días de intenso trabajo había quedado tan en dulce que hasta el carpintero primero, don Lino, habitual en desbarrar de lo divino y lo humano, mostraba sonrisa de bulto y sin resquicios. Agradecí al ingeniero Ramírez aquella misma mañana su generoso concurso. Y como era

de esperar, aquel gran hombre restó mérito a su trabajo, desviando los merecimientos hacia mis hombres y el viejo carpintero de la maestranza, don Anacleto Saufén, a quien también tuve el placer de saludar en deuda.

Establecimos para las primeras horas de la mañana del siguiente día el momento de salir del dique, maniobra sencilla una vez conocido el camino y el sistema. Los pobres rebeldes, que ahora merecían mi sincera conmiseración, habían mantenido la solera casi en seco, aunque hubieran enmagrecido a la vista. Propuse que, en compañía de los apresados en el Paraná, pasaran a libertad bajo juramento y abandonaran el Río de la Plata. Sé que era medida de gracia y muchos de ellos regresarían para combatir de nuevo contra nuestras armas, pero siempre el español exhibió un generoso y leal comportamiento en nuestras Indias, aunque algunas voces interesadas lanzaran calumnias al bulto y sin razón, quizás para ocultar sus propias barrabasadas inhumanas.

Ya sin nervios, y al tiempo que enviaba aviso a Beto por medio de Okumé, con el deseo de vernos aquella misma tarde en el queche, partía hacia la hacienda de Los Álamos en el carruaje del general. La ida se me hizo muy rápida, como si hubiesen acortado la distancia en varias leguas. También es posible que con la cabeza embutida en pensamientos de serenidad ni siquiera prestara atención al paisaje. Porque, en abierta sinceridad y aunque pueda parecerles extraño, una gran paz se había instalado en mi pecho, como si hubiera cruzado el rubicón mental alzado por dioses negros contra mí.

Cuando el cochero apretó los animales para detener el carruaje ante la escalinata de entrada, dudé de los movimientos a realizar. Bajé a tierra, mientras se producía un cambio respecto a la anterior ocasión. Porque ahora era la dueña en persona, quien descendía desde la puerta en mi dirección. Creí entrever en su rostro un rasgo de comprensión y ternura, como si se encontrara al tanto de todo el secreto trazado en nuestras vidas. También parecía esperar mi visita.

—Buenas tardes, señor conde.

De pronto, como una divina revelación, supe quién era aquella dueña y la razón por la que su cara me había parecido conocida desde el primer momento.

—Ahora lo comprendo. Florinda, usted debe ser Florinda.

—Así es, señor —me concedió una triste sonrisa—. Creí que no me había reconocido el día que llegó aquí por primera vez, y lo celebré. La verdad es que solamente me vio en una ocasión, de noche y embutida en improvisado casacón, arrebujaada dentro del bote en el que llevé a mi querida niña hasta sus

brazos. Muchas veces me he arrepentido de aquella acción, bien lo sabe Dios, pero nunca fui capaz de negarle nada. Ahora, sin embargo, creo que le conseguí los únicos momentos de verdadera felicidad gozados en su corta vida. Cuando llegó a la hacienda para verla, cerca estuve de entrar en desmayo porque, sencillamente, le creía muerto. Dudé en llevarlo a su presencia y menos mal que lo hice, loada sea Nuestra Señora que me iluminó. Porque su visita le hizo pasar a los cielos con la paz que no había disfrutado desde que arribamos a estas tierras. Pobre niña mía.

Estaba cercana al llanto aquella mujer, espejo de la más profunda lealtad y cariño hacia quien consideraba como hija propia desde su nacimiento.

—Le agradezco sus palabras, Florinda. Acabo de tener conocimiento de su muerte y deseaba depositar algunas flores sobre su tumba.

—Ella me lo adelantó —sonrió al desmayo—. Parece que le conocía bien a pesar del escaso trato. Siempre he sido sincera, señor. Reconozco que lo odié con todas mis fuerzas, hasta comprender, hace pocos días, que su caso es todavía peor al mío. Comprendo que la amaba con enloquecida pasión y ha sufrido lo mismo que yo, pero de forma repetida. Mi señora me lo contó todo y al detalle tras su marcha. A mí también me engañó la señora Felicia. Que Dios la tenga en su seno, aunque hiciera tanto daño por errados motivos.

—¿Puede acompañarme a su tumba?

—Desde luego, señor. Espere un momento, que debo recoger la llave del panteón.

Mientras tomaba el ramo de rosas rojas que incorporaba en el carruaje, Florinda entraba en la mansión para regresar poco después. Y sin pronunciar una sola palabra, comenzó a caminar por un pequeño sendero, que se dirigía hacia la parte trasera de las edificaciones. Por fin llegamos a lo que parecía una pequeña ermita, que abrió con mano firme. Me cedió el paso para entrar en un panteón alargado, con un oratorio emplazado en el fondo. Aunque ya aparecían numerosos nichos y buscaba su nombre, Florinda me indicó que la siguiera escaleras abajo. Una vez llegados a la improvisada cripta, a la luz de una gruesa vela instalada en un pequeño altar, me indicó con la mano hacia su derecha. Y mucho debí acercarme para comprobar la inscripción sobre el mármol:

*Audrey de Wordsworth-Lockhart y de la Meseda, marquesa
de Castromarte y señora de Alvarfaz, descansó en paz a los...*

Torcí la vista sin querer continuar la lectura. Los detalles de su edad, nacimiento, muerte y otras frases de elogio o cariño me habrían hecho un

mayor daño. No obstante, la emoción subía grados, aunque la paz se mantuviera firme en el pecho.

Tan sólo unas palabras escaparon de mi boca, dictadas por el corazón, quizás sin real consentimiento.

—Descansa en paz, amor mío.

Tras depositar las flores e intentar rezar sin conseguirlo, salí del panteón con extrema urgencia. Una vez fuera, respiré a fondo, como si los pulmones se hubieran atascado de miasmas. Escuché a Florinda cerrar la llave y llegar hasta mí.

—Debo efectuar mi último deber, señor.

—¿Deber? No le comprendo.

—La señora me dictó unas pocas palabras para usted. No disponía de fuerzas suficientes en sus manos para tomar la pluma, razón por la que debí escribirlas con mi letra desigual, aunque no deseaba escuchar lo que iba dirigido a vos con especial sentimiento. Y es de tenerse en cuenta que, tras ese último esfuerzo, entró en el sueño definitivo. Murió pocas horas después.

Florinda me tendió un pliego corto de particular, que tomé entre temblorosas manos. Lo observé durante alargados segundos, incapaz de pasar a su lectura, como si de aquella forma forzara el tajo final y definitivo de una bella historia, que no debía morir. Con un esfuerzo logré atacar aquellas palabras torcidas:

Mi querido Santiago. Cuando leas estas palabras, habré muerto, si no se produce un milagro que no espero, ni sería bueno para nadie. Me han abandonado las fuerzas hasta el último suspiro, aunque los pensamientos sean capaces de volar con extraña libertad. Desde que llegaste hasta mí de nuevo, disfruto de una tranquilidad y paz de espíritu que no conocía. He descubierto por fin que no he sido desgraciada en mi corta vida, ni mucho menos. Estoy segura de que pocos habrán disfrutado de un amor como el nuestro, aunque debiera ceñirse a unas pocas horas, esos minutos que han colmado mi existencia con creces.

Ahora debo elevar algunas peticiones que, estoy segura, cumplirás. En primer lugar, te encargo a Florinda, la persona que más he querido y que se ha entregado a mí como una madre durante toda la vida. Que ella decida su futuro, pero me gustaría pensar que, junto a nuestra hija María, se encuentra una persona de su cariño y lealtad. Sé que encontrarás la

mejor solución. Mi otra petición es que ames mucho a tu mujer y seas feliz. De esa forma, también María podrá serlo en el futuro. Te repito que nunca has de hablarle de mí. Que sea una hija de vuestro amor e intenta que encuentre esa felicidad que se mantuvo vedada para nosotros.

Supongo que conocerás mis últimas decisiones. Pero deseo explicarte un detalle muy importante o incurrirás en error. Los bienes de la casa de Alvarfaz los lego a ti, a mi grande y único amor Santiago de Leñanza. No pienses que intento trabar un camino, para que lleguen a nuestra hija en el futuro. Nada de eso. Cuando testes, deberás repartir todos tus bienes entre los dos hijos por igual. Por favor, que nadie pueda llegar a sospechar siquiera la verdad. Espero que lo comprendas y cumplas ésta, mi más importante voluntad.

Me quedan escasas fuerzas y temo caer en somnolencia de nuevo. No debería repetirte que te amo, porque lo sabes bien y lo verías en mis ojos, a pesar de rondarme la muerte. Pero disfruto al pensar que lo lees tras mi fallecimiento. Eres la única persona a la que he amado, un amor aleado a maravillosa locura, y te seguiré amando desde el paraíso. Bien sabe Dios que, en estos momentos, desearía un último beso, pero comprendo la imposibilidad. Por fortuna, todavía recuerdo el último, que me llevo bien apretado a los cielos. Que seas muy feliz, Santiago, mi amor.

Doblé el pliego con lentitud, mientras dejaba volar los pensamientos. Sufría en mi sangre una profunda pena, cariño verdadero, amor grande, un conjunto de sentimientos que consiguieron emborronar la visión durante unos segundos. Cerraba ese capítulo, que ya estimaba clausurado meses atrás. No obstante, conseguí reaccionar como debía. Me giré hacia Florinda que, de forma inteligente, dirigía la vista en otra dirección.

—Quiero pedirle un favor, Florinda.

—Usted dirá, señor.

—Quiero que me acompañe a España. Me gustaría que se encargara de la pequeña María.

—La verdad, señor —parecía dudar, nerviosa—, no sé qué hacer. La señora era todo para mí y la única razón de vivir. Ha sido demasiado generosa en las mandas de su testamento, porque no merezco un legado así. Bastante me concedió en vida, comenzando por un cariño que nunca podré pagar ni

olvidar. Me atrae conocer a su hija, no he de negarlo. Pero no sé si sería prudente...

—Yo lo arreglaré todo. Nunca se llegará a saber la conexión de usted con la niña. Creo que nadie podrá quererla tanto.

—De eso puede estar seguro, señor.

—Empaque sus pertenencias y trasládese a la fragata *Proserpina*. La acoplaremos con la mayor comodidad posible. ¿Disponen de carruaje en la casa?

—Sí, señor. Dos buenos carruajes y un cochero. Los demás, así como los animales, fueron entregados para nuestras tropas.

—En ese caso, tome el camino de Montevideo pasado mañana. Creo que en dos o tres días me haré a la mar, si no surge nada en contra.

—Muy bien, señor, así lo haré. Y una vez más, muchas gracias.

—Por favor, Florinda, soy yo quien debería dárselas durante toda mi vida.

Tras despedirme de la dueña, tomé el camino de regreso. Y sin esperarlo, una vez abandonada la hacienda se derramó la fuente. Mientras miraba por la ventanilla, gruesas lágrimas caían por mis mejillas sin emitir un simple gemido. La visión de Audrey se difuminaba en el marco de un paisaje yermo, que siempre se acoplaría a su rostro demacrado. Así me mantuve durante muchos minutos. Por fortuna, cuando pude observar las primeras edificaciones de la plaza, me encontraba seco. Y bien puedo asegurar, que estimé imposible volver a llorar durante el resto de mi vida.

Beto aguardaba en el queche *Hiena* con alargada sonrisa y excelente humor. No obstante, debió comprender los pensamientos en vuelo nada más observar mi rostro. Y no necesité de sus preguntas para atacar el tema porque, como urgente e imperiosa necesidad llegada del más allá, le narraba todo lo acaecido con el máximo detalle. Me escuchó en la cámara con un respetuoso silencio, que agradecí en mis adentros. Bien es cierto que nadie conocía mis sentimientos como él. Tras beber una nueva copa de vino, emitió sus únicas palabras.

—Comprendo lo que sientes, amigo mío. Debo decir que estimo como precioso legado del Altísimo el remate de esta historia, aunque mucho te duela. Audrey se ha marchado con una paz recobrada y muy merecida. Al mismo tiempo, también tú puedes cerrar ese especial libro de tu vida que nunca olvidarás, estoy seguro, pero consciente de lo que te resta por delante. Como te pedía Audrey, debes ser feliz, Santiago, pero sobre todo hacer feliz a Eugenia y a la pequeña María.

—Tienes toda la razón, Beto, y así lo entiendo. Te juro por la salud de mi alma que lo intentaré con todas mis fuerzas.

—Y estoy seguro de que lo conseguirás. ¿Cuándo partes hacia España?

—Mañana veremos cómo queda la *Proserpina* a flote y las necesidades perentorias. En cuanto me sea posible, zarparé con regusto amargo.

—¿Regusto amargo? ¿Por qué lo dices?

—Porque el mejor amigo y esposo de mi única hermana ha de quedar aquí.

—Hemos tenido mucha suerte en nuestra vida hasta ahora —como excepción, Beto entonaba con tristeza—. Siempre deseamos pasar en comisión a Indias, el sueño de todo oficial de guerra de la Real Armada. Lo he conseguido, al tiempo que recibo el mando de un precioso buque. Así es la carrera que escogimos. Dios me protegerá para que regrese sano junto a los míos.

—Estoy seguro de que lo conseguirás.

Eran muchas las noticias de todo tipo y condición recibidas en escaso tiempo, cuando todavía debería encontrarme en celebración por las acciones llevadas a cabo en el Paraná. Y no me crean apesadumbrado a muerte, como la situación padecida cuando la tía Felicia me narró el fallecimiento de su sobrina en su residencia de Mondoñedo, ese maravilloso palacio que pasaba a mi poder. Ahora se superponían los deberes, desde luego, pero sin olvidar los bellos momentos vividos. Escenas apacibles abanicaban mi cerebro, aunque sea difícil de comprender. Como decía Beto, cerraba uno de los libros de mi vida. Pero lo cerraba con sentimientos dulces de cariño y esperanza. Y por encima de todos, la debida felicidad que había de proporcionar a María y a Eugenia, una imposición por la que lucharía a muerte si era necesario.

28. Filetes aliados

Cuatro días después de nuestro feliz regreso a Montevideo, la fragata *Proserpina* abandonaba el Río de la Plata de forma definitiva. Y no pasaba desapercibido tal detalle en la plaza, porque una numerosa muchedumbre se agolpaba en los muelles con evidentes signos de congoja y agitación de pañuelos en desconsolada despedida. Llamó mi atención el rostro de una preciosa joven, con lágrimas en resbalón por sus mejillas y la tristeza marcada a fondo, mientras lanzaba inequívocas señales hacia el guardiamarina Encuadro.

Es cierto que siempre reconforta el retorno a nuestros hogares, tras alargado periodo de ausencia, aunque muchos deseen partir de nuevo en pocas jornadas, hastiados con rapidez de la vida sedentaria en tierra. No obstante, también los hay que sufren la separación de los amores emprendidos en puerto con fuego de chispa, momentos de sinceras y emocionadas promesas de querencia eterna que, sin embargo, se disuelven en el agua cuando el buque ha navegado suficientes millas. Se trata de ley marítima inamovible, aunque genere cierta desconfianza en el género femenino. Pero no debemos olvidar que el hombre de mar arribado a tierra, busca cariño y compañía, a veces de forma desesperada, tras haber regresado a la vida desde las aguas en más de una ocasión.

Durante la última jornada vivida en el apostadero, se cruzaron sentimientos muy dispares en mi pecho. Pero, por encima de todos, fue la despedida de Beto el momento menos deseado. Estaba contento por su propia felicidad, pero también pensaba en la tristeza que la noticia provocaría en mi hermana y en el resto de la familia. Y para rematar el cuadro, suponía una alargada separación con límites desconocidos y viviendo una situación de guerra permanente, que podía adquirir rumbos no deseados. El abrazo final, una experiencia dura como pocas, cerró una inolvidable etapa de nuestras

vidas, y aquí recuerdo la sentencia de que la amistad verdadera se encuentra muy cercana al sentimiento amoroso.

Acomodamos a Florinda a bordo de la forma más confortable posible, dentro de los escasos lujos que un buque con lonetas de separación, cornetas, tambores y agitación permanente puede ofrecer. Llegó a la fragata con los ojos enrojecidos, tras la dolorosa separación de su pequeña Audrey, como ella mencionaba. Responsabilicé de su seguridad y bienestar general a Okumé, aunque la atención diaria correspondiera al joven Barbate, a quien ya le habían guindado una hermosa pata de palo, tallada por el africano con primorosos detalles. Y bien que se movía con soltura el rapaz por las cubiertas, asumiendo la responsabilidad impuesta con visible orgullo, como si la vida de una princesa de sangre dependiera de su valiente caballero de armas.

En cuanto a la fragata, su reparación en el dique se había completado al gusto de todos y con absoluta garantía. Tanto el contramaestre como el carpintero se deshacían en elogios hacia el ingeniero Ramírez y sus cualidades profesionales, personaje con quien habían entablado una buena amistad. Salíamos a la mar con la necesaria seguridad y el único lunar de los escasos víveres embarcados, cantidad ajustada al máximo por la carestía que se sufría en el apostadero. Menos mal que habíamos llegado con buena remesa todavía, especialmente de galleta y bacalao, productos de los que se carecía en la plaza. Y no esperaba necesidad de racionamiento severo, a no ser que la travesía se cubriera con reiterados y negativos factores. En cuanto al importante aspecto del vino y el aguardiente para mi persona, lo solucionó Okumé por las riberas bajas con su habitual maestría y doblones a la vista. Prefería no preguntar, pero siempre fui consciente de que, aún en situaciones de asfixiante bloqueo, el oro abre las puertas más enquistadas.

Una vez en las aguas del Plata y separados de la costa en prevención unas cinco millas, arrumbamos al levante puro para cruzar entre la isla Flores y el banco Inglés, derrota que nos concedería camino hacia mar abierta, una condición deseada por muchos. El viento se mostraba del sur con bendita terquedad y fuerza de todas las velas, prenda suspirada por todos. Elevé rezos a la Patrona para que se mantuviera en las mismas o parecidas cuerdas el mayor tiempo posible. El teniente de navío Romarate disfrutaba a la vista con la segunda comandancia recuperada, haciendo regresar a nuestros hombres a la dura rutina de la mar, con ejercicios doctrinales de vela y cañón incluidos.

En la mañana siguiente a nuestra partida, Okumé me comunicó que Florinda deseaba hablar conmigo en privado. Le ofrecí mi cámara y poco

después llegaba hasta ella con dos cofres entre los brazos. Y aunque el africano se había ofrecido para aliviar su transporte, dado su evidente peso, no quiso separarse de ellos una sola pulgada. Tras depositarlos sobre mi lecho, entró en aclaración.

—Buenos días, señor, y perdone que le importune.

—Nada de eso, Florinda. Mi cámara estará abierta para usted en permanencia, y no se trata de simples palabras en cortesía. ¿Se encuentra cómoda? Es posible que sufra el mal de la mar durante los primeros días.

—No me afectan los bamboleos del barco, señor. Al menos, no los sufrí en la travesía desde España hasta Montevideo. En cuanto al alojamiento, le agradezco unos detalles que no merezco. Lo que deseaba con urgencia era entregarle esos cofres, por encargo de mi..., de mi señora. Con la emoción de los últimos días, olvidé comentárselo cuando visitó la hacienda.

—¿Qué contienen? —pregunté, aunque esperaba una conocida respuesta.

—Sus joyas personales. Y aunque no deba decirlo yo, algunas son de incalculable valor. Pero aquí tan sólo se encuentran las propias o aquellas que le llegaron como legado de la familia de Alvarfaz. Las que le fueron regaladas por su esposo o recibidas de la familia de la Meseda las hizo llegar a la sobrina del señor, doña Humbelina. Nada me comunicó en detalle, pero supongo... —nueva duda y masajeo fuerte de sus manos—, supongo que pensaría en una posible entrega a la niña en el momento adecuado, como ha sido siempre costumbre en las nobles familias españolas. Pero como nada alegó en concreto, sois muy libre de decidir lo que estiméis conveniente, en el momento oportuno.

Una vez más entraba en mi pecho el viento cascarrón de través y con amadrinados sentimientos de tristeza. Observé los cofres, al tiempo que imaginaba a Audrey abriéndolos para tomar algún collar y engarzarlo en su garganta. Ni siquiera pensé en abrirlos. Por el contrario, intenté alejar una vez más tales pensamientos.

—Se lo agradezco mucho. Me haré cargo de ellos y serán guardados en la caja de seguridad. Tiene razón, en un futuro deberán ser entregados a María, sin que jamás llegue a conocer su procedencia.

—Eso es muy importante, señor. Ya sabe lo que juré ante mi señora. Estos labios quedarán cerrados para siempre, aunque me sometan a tortura en el tribunal de la Santa Inquisición.

—No dudo de su lealtad, Florinda.

—Nada más, señor. Eso es todo.

—Le repito que puede llegar hasta mí todas las veces que estime oportunas.

—Muchas gracias, señor.

Una vez más, intenté sumergirme de cabeza en los problemas diarios de a bordo. Pero en la ocasión no aparecían, con una navegación tranquila y todo el aparejo alzado a los cielos. Establecida una proa al nordeste cuarta al norte, llegamos a marcar las cinco millas de andar con viento fresco del sur y sudoeste, por fin la dirección adecuada al lugar y la estación. Y en tales circunstancias, bebíamos millas a chorro, para disfrute general de capitán a paje de escoba. Porque es ley conocida que siempre se desea observar al potro de raza en galope de fuerza. Era mi intención, de acuerdo a las instrucciones recibidas del comandante general de la Escuadra, recorrer la costa sur americana en los dominios español y portugués, por si apareciera algún buque en contrabando de armas para la Junta de Buenos Aires, o posible entrega de la unidad para la mal llamada Marina de la República Argentina.

De esta forma, comenzaron a transcurrir las jornadas sin ningún factor especial a relatar. Y era tan plácida la navegación que en la primera semana tan sólo la captura de un tiburón de generosas proporciones hizo variar la rutina a bordo. Fue difícil de rematar la bestia en cubierta porque aquel animal sanguinario, a quien muchos hombres de mar debían su invalidez, parecía regresar a la vida cuando se le estimaba muerto y remuerto, largando dentelladas a las bandas en peligroso movimiento. Pero era codiciada su carne, así como la grasa almacenada, razón por la que pasó a la perola general sin contemplaciones.

Entrados en la segunda semana, una vez avanteado el morro de Santa Marta, caímos ligeramente a babor para costanear por corto el golfo de San Sebastián y dejar el vigía a suficiente distancia. El viento había acabado por rolar de firme, hasta quedar entablado del sudeste y frescachón de fuerza, una sorpresa más que nos ofrecían aquellas aguas sin normas. Y cuando veíamos con claridad la isla de Santa Catalina, saltó la voz del vigiador que siempre enerva los cuerpos dormidos.

—¡Una vela, dos cuartas a estribor!

Mientras el guardiamarina Encuadro, largados a popa y a suficiente distancia los amores platenses, saltaba hacia los flechastes de la jarcia del mayor y trepaba con agilidad, tanto el segundo comandante como yo alistábamos los anteojos en el alcázar. Pocos segundos después, se escuchaba su voz.

—¡Dos palos! ¡Aparejo de bergantín!

Aunque en la mar debemos estar dispuestos a reaccionar contra cualquier tipo de buque, siempre remansa las aguas comprobar que la unidad avistada es de menor porte a la propia, por si acaso se enredan los crespones. Todavía continuábamos sin observar detalle alguno en cubierta, cuando Encuadro ampliaba la información.

—¡Corrección! ¡Aparejo de paquebot! Acaba de izar pabellón británico.

—¿Un paquebot con pabellón inglés por estas aguas? Parece un tanto extraño —comenté, mientras me mantenía prendido al anteojó.

—¿Será uno de esos contrabandistas que apoyan a los rebeldes? No sería mala presa —comentó el alférez de navío Dávila.

—Es posible. También puede tratarse de un buque británico en apoyo de la fragata *Nereus*. Supongo que el aprovisionamiento de víveres y pertrechos le alcanzará desde puertos brasileños.

—¿En qué se diferencia el bergantín del paquebot, señor? —preguntó Okumé, a mi lado, fiel a su impenitente curiosidad marinera.

—Son muy semejantes, pero el paquebot ofrece líneas menos finas. Además, apareja mayor y mesana redondas, en lugar de las habituales cangrejas del bergantín. En la Armada los solemos utilizar como correos o transportes, muy habituales para tráfico en las Antillas o entre ellas y la Península.

—¡Paquebot de carga! De ocho a diez cañones, posiblemente de a 8. Navega de bolina con proa al sudsudoeste.

Se ordenó bajar de la cofa al guardiamarina porque ya apreciábamos los detalles por vía propia. Comprobé que, en efecto, se trataba de un paquebot panzudo y con la borda bastante baja, claro indicio de que navegaba con carga máxima o, incluso, excesiva. Comencé a sospechar desde el primer momento, quizás influenciado por las noticias recibidas en las semanas anteriores. Porque, si se tratara de un verdadero paquebot británico, con tal rumbo debería dirigirse hacia el cabo de Hornos y pasar al mar del Sur. Pero esa derrota no era habitual en buque de tales características. Por el contrario, si su destino era el Río de la Plata, podíamos imaginar su intención con claridad. No lo dudé un segundo.

—Romarate, rumbo a cortar la proa del paquebot. Pienso ejercer el derecho de inspección que nos asiste.

—Muy bien, señor.

Caímos ligeramente a babor, para arrumbar hacia la proa del buque sospechoso, una maniobra que habría sido avistada por su tripulación con claridad. La bandera de la *Royal Navy* desplegada a popa era de dimensiones

gigantescas, demasiado grandes para un buque de aquel porte, una sospecha más que abrigar en la cesta.

Dados los rumbos casi opuestos, cerramos distancias con extrema rapidez. Y no disponía de mucho campo de maniobra el paquebot, por andar a la bolina máxima, amurado a babor. Por nuestra parte, habíamos entrado en popa cerrada^[131] con el viento bailando en firme desde el sudeste. Unos veinte minutos después nos encontrábamos a una milla solamente, momento en el que me dirigí al segundo.

—Icen señal de reconocimiento. Si fuera verdaderamente británico, la contestaría con rapidez. En caso contrario, afirmaríala su pabellón de conveniencia.

Pasaron los minutos con lentitud, mientras el paquebot no envergaba señal alguna de respuesta. Y para eliminar las escasas dudas, viraba en redondo hasta quedar con proa al norte. Pensé que su capitán mostraba poca inteligencia porque, ante una fragata como la *Proserpina*, que podía doblar su velocidad, le sería imposible escapar. Además, se trataba de una maniobra que mostraba con claridad sus intenciones.

—¡Largar alas, rastreras y hasta la última pañoleta! —ordené a pulmón—. A estribor hasta avanzar ligeramente su proa. Quiero cazarlo cuanto antes.

—Allá vamos, señor —contestó don Anselmo.

Media hora después, a unas doscientas varas del buque, ordené izar la señal en la que se le ordenaba quedar en facha, aunque suponía que no sabría comprenderla. Por tal razón, Romarate tomó la bocina de órdenes, para gritar con fuerza en español e inglés.

—¡En facha! ¡Debe ponerse en facha inmediatamente o se abrirá fuego!

Parecía obstinado el paquebot llamado *Three Stars*, apelación que observamos con claridad en su coronamiento, pues ya nos separaba escasa distancia, sin que obedeciese nuestras órdenes. No variaba rumbo una sola cuarta el maldito, como si la fragata *Proserpina* se dedicara a otra misión. Y si quedaba alguna duda, se disipó al observar sus hombres en cubierta, una mezcla de razas y colores más propios de buque corsario antillano. Había que dar el siguiente paso y me dispuse a ello, sin que se alzara duda en mi ánimo.

—Disparar con un cañón de proa en aviso.

—¿Apuntamos al centro de su casco y largo en distancia, señor? —preguntó el segundo con cierta vacilación.

—Al mismo centro y ligeramente corto. Quiero que la bala rebote en la superficie del agua y golpee su costado con escaso daño. Que Orcajo compruebe personalmente la puntería.

Desde el alcázar escuché las órdenes de mando del cabo cañón y, por último, la de disparar la pieza. Tras el retumbo y la nube de humo negro, comprobábamos a la vista el impacto y rebote de la bala en altura, sin causar orificio. Ya nos encontrábamos por su costado de babor, a unas cincuenta varas, cuando Romarate gritó la última orden.

—¡Inmediatamente en facha o abriremos fuego con toda la batería y bala de metralla! ¡Dispone de medio minuto para cumplimentar la orden!

Para que comprobaran nuestra determinación, todos los cañones de la banda de estribor entraban en batería, sacando sus bocas negras a través de las portas. Y creo que fue ésa la visión que acabó por convencer al capitán, que facheaba con extrema rapidez para quedar detenido sobre las aguas.

—¡Orcajo! ¡Derecho de inspección! Tome diez hombres armados y pase al paquebot. Que toda su dotación se traslade a la zona de proa en la cubierta alta y de forma inmediata, sin excepción ni emitir un solo sonido. Quiero saber hasta el último detalle de su carga, tripulación, armador, puerto de salida, etcétera. Envíeme al capitán en la lancha, mientras recorre el buque. Y al menor movimiento sospechoso, dispararen al pecho sin contemplaciones.

—Sí, señor.

Partió la lancha con diez soldados a bordo. El teniente de fragata Orcajo se mantenía orgulloso y altivo a proa, con cara de pocos amigos y pistola en mano. Ya los hombres del *Three Stars* se empleaban con la necesaria docilidad, al punto de largar una escala de gato por su banda de babor con extrema diligencia. Poco después trepaban con decisión nuestros hombres, para distribuirse con rapidez por el alcázar. Observé a Orcajo mientras se dirigía con gestos autoritarios a quien parecía el capitán, señalándole poco después la lancha y su necesario trasbordo a la fragata. Parecía protestar a la contra quien detentaba el mando, hasta que Orcajo clavó el cañón de la pistola en su sien, acción que disolvió todas las dudas. Mientras la dotación obedecía y se amontonaba en el castillo, la lancha regresaba hasta nosotros. En escasos minutos, un hombre entrado en años, moreno y de baja estatura, embutido en una vieja casaca azul sin enseñas a la vista, se presentaba ante mí.

—Quedo a su servicio como corresponde en la mar, señor, —hablaba en inglés con toda corrección, sin intimidarse una mota ante mi presencia—, pero debo elevar enérgica protesta por su conducta. Soy el capitán Peter Hunter, capitán de un paquebot británico dedicado al comercio. Debe permitir que continúe la navegación sin más dilación.

—¿No habláis una sola palabra de español, aunque sea en merecida cortesía? Una verdadera lástima —endurecí rostro y tono de voz.

—No, señor. Soy ciudadano británico y utilizo mi lengua con orgullo.

—¿Por qué ha virado al norte, una vez requerida la señal de reconocimiento?

—Se nos perdió el código de señales y el rumbo de bolina no me permitía doblar el cabo. Pero le repito que el rumbo a adoptar es decisión mía.

—Ningún buque británico navegaría sin código de señales a mano. Y esa bordada parecía de regreso a su puerto de salida.

—Un error del segundo piloto, señor.

—¿En qué puerto fue despachado?

—En Puerto España, capital de la isla británica de la Trinidad.

—¿Cuál es su destino?

—Intentamos arribar a islas británicas del mar del Sur y comerciar con ellas.

—¿Islas británicas del mar del Sur? —sonreí con jactancia para expresar mi incredulidad—. Mucha distancia es esa. ¿Dispone de suficientes víveres?

—Si es necesario, pienso repostar en el Río de la Plata y, posteriormente, en algún puerto español de la costa sur americana. Por fortuna, somos naciones aliadas en estos días.

—Desde luego, fieles aliados. ¿Por qué navega tan cargado, con la borda a escasas pulgadas del agua? Lo considero muy peligroso. No parece el paquebot en buenas condiciones, más bien al contrario. Si llega a encarar una marejada gruesa, acabará en los fondos.

—Asumo ese peligro. Le repito que es mía, como capitán, la decisión.

—Supongo que transportará carga comercial.

—De todo un poco, señor —ahora parecía dudar por primera vez—. Víveres, armamento...

—¿Piensa comerciar con armamento en las islas británicas?

—Me limito a transportar la carga embarcada por el dueño, señor. Tan sólo soy un simple empleado.

—Que debe cumplir todos los preceptos que, en la ley del mar, se recogen al pie de la letra. Esperaremos al informe del teniente de fragata Orcajo, que inspecciona en estos momentos su buque.

—Comete una completa ilegalidad, señor. Debe permitir que continúe mi travesía sin pérdida de tiempo, o protestaré ante las autoridades británicas por su conducta —parecía envalentonarse poco a poco—. No dispone de ninguna autoridad para...

—¡Cállese de una puta vez, mamón de mierda! —grité por alto y en español. Estaba seguro de que me había comprendido porque su cara se

cubrió en blanco—. Como compruebe que se trata de contrabando de armas para los rebeldes de la Junta de Buenos Aires, acabará colgado del penol de la verga mayor.

—No soy contrabandista, señor, se lo juro —ahora imploraba en correcto idioma español, con el terror reflejado en su cara—. Me dedico al comercio entre islas británicas.

—Parece que ha recordado el idioma español en breves segundos.

—Pero soy británico, señor, y no debo aceptar que se me imponga otra lengua.

—¿Británico con ese acento? Seguramente, primo de lord Saint Vincent.

Orcajo regresaba en un nuevo barqueo de la lancha con algunos documentos en su mano y rostro de felicidad, como si hubiera encontrado el gran tesoro perdido. Mientras tanto, a bordo del paquebot la dotación se mantenía encañonada por nuestros hombres. Casi a la carrera, llegaba el oficial hasta nosotros.

—He llevado a cabo una ligera revisión, que estimo suficiente de momento, señor.

—Informe.

—En cuanto a la carga, y a ojo de mar, transporta unos dos mil fusiles, fabricados en los Estados Unidos del norte americano, y cuarenta cajas de munición de generoso tamaño. Dos cañones de campaña de a 4, abundante balerío de dicho calibre y 30 quintales de pólvora en jarras con magnífico aspecto. Unas cien pistolas de la misma procedencia, con su correspondiente munición. Víveres abundantes, demasiados para una dotación tan escasa, y ron para alegrar la vida a todo un regimiento.

—¿Y los documentos?

—Despachado en el puerto de Boston por la Northern Armament Corporation, con destino al Río de la Plata. Cargo de entrega, firmado y pagado en su mitad como adelanto, a nombre del gobierno de la República Argentina. Debemos suponer que deberán abonar el resto en el momento de su desembarco.

—¿Qué gobierno es ése al que destina el armamento? —pregunté al capitán, que ahora se movía inquieto—. Nunca lo había oído.

—Nada sé de esos documentos, señor. Deben pertenecer al armador.

—Tampoco yo sé que exista esa república. Qué cosa más extraña. Resulta que embarca armamento para el gobierno de una república no reconocida en los conciertos internacionales, y se dirige hacia las islas británicas del mar del Sur. ¿Sabe una cosa, señor Hunter o como se llame? Se encuentra en un grave

compromiso. Bueno, sería más preciso llamarle contrabandista de armas Hunter, ¿no le parece? —arrastré las palabras con desprecio—. Se le presentan dos alternativas. Puede contarme todo lo que sabe con extremo detalle y sin pronunciar una sola mentira, o lo cuelgo ahora mismo de la verga de la mayor. Debe escoger el camino a seguir en diez segundos.

—Comete un error, señor comandante —continuaba en fluido y correcto castellano—. Nada sé de ese armamento ni a quién se encuentra...

—¡Segundo! Preparen la ceremonia de ajusticiamiento en la horca para este miserable. Pero rápido que no estoy dispuesto a perder más tiempo con esta basura.

—Sí, señor comandante. ¡Contraestre! ¡Preparen el cabo de ahorcar y sus aparejos en cubierta! —Romarate comprendió mi intención, dando pie a la farsa con naturalidad y energía.

—Por favor, señor —el capitán se rendía de rodillas en cubierta, cercano al llanto—. Tiene razón en sus argumentos, pero no soy culpable. Me limito a transportar el armamento al Río de la Plata, pero nada sé de esos problemas entre los rebeldes y España.

—¿Por qué izaron pabellón británico? ¿Cuál es la verdadera nacionalidad del paquebot?

—Es de una compañía naviera americana con sede en Boston. Trabajo a sus órdenes desde hace más de diez años, porque pagan bien y de forma regular. En esta ocasión, dada la especial carga y pésimo estado del paquebot, la prima a recibir es más que jugosa. Por esa razón navegamos muy pegados a la costa y si los cielos nos anuncian mala mar, tomamos el primer punto a mano. Hasta ahora habíamos disfrutado de mucha suerte. Pero nos aseguraron que no sufriríamos problemas con unidades de la Real Armada, si izábamos pabellón británico. Juro desconocer que España se encuentre en lucha con esa república bastarda.

—¿Cuál es su verdadero nombre y nacionalidad? Y no quiero escuchar una mentira más.

—Soy español, señor, nacido en La Habana. Mi verdadero nombre es Samuel Fuentes. Me dedico a la mar desde que abrí los ojos. Acepté mandar este buque con la mercancía porque necesitaba dinero de forma urgente. Pero por lo que más quiera, señor, no me ahorque. Tengo mujer y tres hijos. Puede quedarse con la carga, si así lo desea.

—Es usted un bandido miserable, traidor a su patria. Ningún cargo puede ser más denigrante para un hombre. No acabaré con usted aquí, aunque lo merezca una y cien veces. Pero vendrá conmigo a España, a su querida tierra,

donde será entregado a la autoridad competente. Y espero que sea pasado por las armas. En cuanto a su carga, no necesito de su autorización para tomarla, porque me haré con el paquebot y todo lo que en él se estiba. Declaro la presa como ajustada a ley y nombraré un comandante para marinarla hasta puerto español.

—Por favor, señor, apiádese de mí. Debo regresar a La Habana con mi familia.

—Debía haberlo pensado con mayor detenimiento antes de actuar contra los intereses de su patria. ¿Hay más españoles a bordo?

—No, señor. La dotación es un conjunto de desalmados y presidiarios antillanos sin cuna ni patria. Me he jugado el pellejo aceptando este mando.

—Y parece que lo ha perdido, de eso no me cabe duda. ¡Segundo!

—Mande, señor.

—Que pongan a este hombre en el calabozo con grillos. Y reúna a los oficiales de guerra para consejo. Debemos discutir las posibilidades que se nos abren. Que acuda también contador, cirujano y piloto.

Poco después entraba en la cámara de los oficiales, donde me esperaban ocho rostros expectantes. No podíamos perder tiempo, por lo que tomé asiento y me dirigí a ellos con rapidez.

—Bien, señores, habrán comprobado la situación que atravesamos. Deben saber que por orden del virrey de Buenos Aires, y de acuerdo con las normas de guerra recibidas por el Consejo de la Regencia, nos está terminantemente prohibido inspeccionar o apresar buques bajo pabellón británico aunque, como ahora, sea diáfana la ofensiva verdad. Pero asumo toda la responsabilidad de este apresamiento. No estoy dispuesto a que un capitán español con dotación bucanera entregue todo ese armamento a los que luchan contra nosotros. Si así lo hiciera, me avergonzaría por el resto de mis días, y no estoy dispuesto a sufrir tamaña afrenta personal. También es cierto que el comandante general de la Escuadra, general Valdés, me ofreció carta blanca en ese sentido, lo que les comento a puerta cerrada. Pueden estar seguros de que nunca haré uso de tal gracia, si fuera sometido a consejo de guerra por las autoridades de la Armada.

Tomé un ligero descanso, mientras observaba los rostros. Todos ellos parecían asentir en silencio, condición que me insufló ánimo supletorio.

—Intentaré analizar las posibilidades que se nos abren. Podríamos tomarlo en presa y convoyarlo hasta la plaza de Montevideo. Presenta la ventaja de la necesidad sufrida en el apostadero, tanto de armas como de víveres, pero deberemos navegar bastantes millas. ¿No es así, don Enrique?

—Cerca de mil millas, señor comandante.

—No podemos regresar al Plata de ninguna forma. Pero no por las millas a cubrir, que las haría a gusto, sino porque el virrey declararía mala la presa. Tal hecho significaría que el paquebot sería devuelto con su carga a los ingleses, que lo entregarían sin pérdida de tiempo a ese pirata cubano del tres al cuarto. Y desde luego, esas armas acabarían en manos de los rebeldes, para luchar contra españoles de bien. Otra solución sería marinarlo en conserva hasta España, una enorme distancia con el escaso personal a disposición. ¿Qué les parece? Opinen con absoluta libertad.

—No llegaría ese buque a España, señor —contestó Orcajo con decisión—. He visitado el paquebot y se trata de una cáscara podrida por la broma, que necesita del uso de las bombas en funcionamiento algunas horas al día. La avaricia debe atacar fuerte al capitán, porque no superaría una mar de espuma o deberían largar al agua gran parte de la carga.

—Su aspecto es desastroso, desde luego, pero no estimaba que se encontrara en tan precaria situación —aseguré sin avanzar pensamientos—. Creía posible transbordar parte del armamento hasta la *Proserpina* y marinarlo hasta España, que tampoco a nosotros nos sobran buques.

—Si el paquebot entra en esas condiciones en el arsenal de La Carraca, señor —intervino el segundo—, no sería reparado y quedaría para maderas.

—Tiene razón. Bien, en ese caso no es rentable el esfuerzo de marinarlo hasta España y perder mucho tiempo en dicha empresa. Creo que nos queda una sola solución. Transbordemos toda la carga a la *Proserpina*. Un material de tanta calidad no debe perderse, y también a nuestras tropas en la Península les aliviará el culo. Sin olvidar esos víveres que, en ingente cantidad, debían destinar para los rebeldes. Por cierto, que mejorarán mucho nuestra precaria situación en ese particular aspecto.

—¿Qué haremos con el paquebot y su tripulación, señor? —preguntó el segundo de nuevo.

—El buque será echado a los fondos sin dudarlo, aunque en el cuaderno de bitácora se anotará el hundimiento del paquebote *Three Stars* con toda su desconocida carga, debido a su precario estado de conservación e importante vía de agua producida a bordo. La tripulación, un conjunto de náufragos recogidos del agua como es costumbre en la mar, será transportada a España. De esa forma y llegado el caso de reclamación, será la palabra de un español, el tal Samuel Fuentes, contra la mía. Y, por otra parte, menos chusma quedará para laborar por estas aguas a favor del enemigo. ¿Alguna opinión en contra?

Dirigí la mirada en círculo, sin observar ningún amago en desacuerdo, más bien al contrario, por lo que decidí rematar el consejo con un sentimiento de alegría en mi interior.

—Bien, señores, doy por clausurado el consejo, del que tomará nota el alférez de fragata Crespi como secretario. No perdamos más tiempo y comencemos el barqueo de la carga. Que colaboren los miembros de la dotación contrabandista, para elevar las cajas con sus aparejos y depositarlas en las dos lanchas y los dos botes. Revisen bien y no dejen una sola onza de grano a bordo.

Regresé al alcázar con rapidez y el ánimo elevado. Al menos, propiciaba un duro golpe a la Junta rebelde. Debería pagar una elevada suma por unas armas y unos víveres que nunca recibirían. Se trataba, sin duda, de un pensamiento que mucho reconfortaba.

* * *

El barqueo de la carga se llevó a cabo con buen ritmo y el apoyo de los contrabandistas sin oposición a la vista. Y conforme llegaba a bordo, pudimos comprobar con alegría algunos detalles no observados hasta el momento. A destacar la existencia de unas excelentes tablas de tocino, paletillas ahumadas de generosas proporciones y, como magnífico colofón, unos toneletes de vino procedente, nada menos, que ¡de Cuba! Por otra parte, con el ron estibado entre sus cuadernas se podría dar bebida, hasta caer ebrios, a todo un regimiento. Pensaba que el tornaviaje se produciría con mejores condiciones a las previstas, para disfrute de mis hombres.

Entrados en la tarde, procedíamos a transbordar las últimas remesas de la carga, cuando escuchamos la voz del vigiador una vez más.

—¡Una vela a proa!

Creo que un runruneo en mi interior me dictó por adelantado los acontecimientos, aunque es posible que el paso de los años me ciegue por más. Poco después, el guardiamarina Encuadro recitaba unas palabras poco acogedoras.

—¡Aparejo de fragata! Todo el trapo largado, mura a babor. Proa al sudoeste.

En el alcázar se escucharon rumores de cierre. El segundo vino hacia mí para entrar en comentarios.

—Tres palos no quiere decir que sea forzosamente una fragata, señor. Pero si se confirma y fuera francesa, maniobraríamos como una tortuga con

esta carga. Mala situación para hacerle frente.

—La verdad, segundo, que no la estimo francesa, aunque posiblemente lo preferiría.

Encuadro quiso darme la razón porque, poco después, ampliaba su información.

—¡Fragata de 40 cañones! ¡Iza pabellón británico! Cae en bordo de estribor.

Entendí que debía tratarse de argumento escrito, porque lo había comprendido desde el primer momento. Por tal razón, no dudé en establecer las órdenes con meridiana claridad.

—Que apresuren el transbordo de la carga al máximo ritmo, segundo.

—Con esos dos trayectos de las lanchas, quedará rematado, señor. Orcajo me ha hecho la señal prevista de que nada resta a bordo.

—En ese caso, que regrese Orcajo para recibir mis instrucciones. También quiero ver a don Lino.

—¿Al carpintero, señor? —Romarate parecía no comprender.

—No me haga repetir las órdenes, segundo, por los cojones del sultán. No perdamos más tiempo.

—Entendido, señor.

Pocos minutos después, llegaban ante mí los nombrados, así como el contramaestre y el resto de los oficiales de guerra. Entré en grano fino sin más dilaciones.

—Como saben, se acerca una fragata británica de cuarenta cañones con claras intenciones. No estoy dispuesto a retroceder una pulgada en las decisiones tomadas. No sé cómo se comportará el comandante inglés cuando le demuestre que el capitán es español y contrabandista, aunque envergue pabellón britano. Por si acaso, don Lino pasará con algunos de sus hombres al paquebot, alistadas las herramientas necesarias para desfondar el buque con rapidez. Si mientras hablo con el oficial inglés que destacarán para parlamentar conmigo, me quito el sombrero y aliso los cabellos con la mano, hachas a fondo contra las maderas y paquebot al infierno. Por supuesto, aseguraremos que se ha hundido con toda su carga.

—¿Y los miembros de su dotación?

—Dejen la lancha y el bote en libertad cuando regresen a bordo, en el último momento. Si llegamos a ese extremo, será por la insistencia inglesa de que esos bellacos son súbditos británicos, en cuyo caso que los recojan ellos. De todas formas, que se ocupen los puestos de combate y las dos baterías cargadas con bala rasa y metralla.

—¿Piensa combatir contra un aliado?

—Si intenta permitir que un contrabandista de armas efectúe su trabajo contra los intereses españoles, no debe ser considerado como un aliado. Y el que da primero da dos veces, conducta habitual en la *Royal Navy*, que hemos sufrido en nuestras carnes de forma repetida. Una andanada completa a tiro de pistola muerde mucho y puede equilibrar la balanza.

Todavía debíamos recibir una sorpresa más, y en este caso particular, de grueso calibre. Porque cuando ya la fragata se encontraba a escasa distancia, fue Dávila el primero en reconocerla.

—Creo que se trata de la fragata *Defiance*, señor. Después de todo, parece que la suerte nos sonríe.

—Sigue siendo una fragata británica —contesté, bajando el tono de mi voz.

—Pero se trata de amigos, señor. Después de haber salvado su barco y curado los heridos, entre ellos al mismísimo comandante Davis, no... —el joven oficial cerró su boca al observar mi rostro.

—Esa es carreta más que corrida, Dávila. Desearía que sus pensamientos se confirmaran, aunque un duende me dicta argumentos en contra por las tripas. Ya veremos cómo se resuelve la madeja.

Se hizo el silencio a mi alrededor. Los oficiales mostraban rostros de escepticismo, como si su comandante hubiera entrado en perversa locura. Y bien sabe Dios que deseaba errar en mis pensamientos.

La *Defiance* entraba por nuestra proa a reducida velocidad, momento en el que comenzaba a cruzar vergas. Al pasar besando el castillo del paquebot, pude escuchar los gritos de los bucaneros, que afirmaban su nacionalidad británica, al tiempo que señalaban su pabellón a popa. Comprendí mi error al no haberlo arriado, e izado el verdadero de los Estados Unidos. Pero era tarde y más valía pensar en el futuro sin restricciones. Aun así, quien fuera capaz de estimar como cierta aquella patraña, obraba de mala fe, sin duda.

Por fin, la fragata aliada facheaba de firme para no entrar entre los buques, lo que habría sido una ofensa y declaración de intenciones muy evidente. No obstante, la distancia era tan escasa, que divisé a quien estimaba como un buen amigo, el capitán de navío John Davis. El inglés se destocaba con una sonrisa forzada, o así lo parecí entrever. Imité la cortesía, al tiempo que lanzaban la lancha al agua. Y me preguntaba en las tripas a quién enviarían para hablar conmigo, dando por sentado que John no lo haría por falta de valor, un pensamiento que cruzó mi cerebro a velocidad. Pero los acontecimientos se desarrollaban a galope tendido y comprobé que se trataba

del segundo comandante, teniente Rymer, alzado a popa de la pequeña embarcación.

En escasos minutos se abarloaba la lancha británica a nuestro costado. Sin necesidad de orden en tal sentido, Romarate recibía al segundo de la *Defiance* cuando pisaba nuestra cubierta. Era el momento en el que ambos se fundían en un fuerte abrazo, dada la firme amistad entablada entre ellos semanas atrás. Poco después se presentaba ante mí en el alcázar. Y si mantenía alguna duda sobre los futuros movimientos del inglés, se disiparon con rapidez al comprobar la forzada sonrisa y los nervios visiblemente entablados en su persona.

—Me alegro de volver a verle, comandante Leñanza. Quedo como siempre a su servicio. Una verdadera sorpresa. Parece que el destino nos brinda cruzar derrotas una vez más.

—También yo me alegro, teniente Rymer.

Aunque el joven teniente se destocaba en cortesía, le ofrecí mi mano con la mejor de las sonrisas, al tiempo que golpeaba su hombro con afecto.

—El comandante Davis le ofrece sus respetos.

—¿Se encuentra bien? ¿Acabó de curar su brazo?

—Curó a la perfección con el trabajo de su cirujano. Gracias a él no lo perdió.

—Pues dígame que mi fragata continúa abierta a su persona en permanencia, sin necesidad de enviarme recado protocolario. Todavía dispongo a bordo de algunas frascas de ese aguardiente al que tanto aprecio dispensa. ¿Qué hacen por estas aguas? ¿Acaso han sido destinados al Plata para relevar a la fragata *Nereus*?

—No, señor. Nuestras órdenes son efectuar patrulla por los dominios portugueses, hasta el primer marco del dominio español.

—¿Patrulla? ¿Han recibido noticias de la presencia de buques franceses por estas costas? —intentaba que mis palabras fluyeran con naturalidad aunque, en verdad, no sé si lo conseguí.

—Bueno... —Rymer mostraba ahora su nerviosismo de forma acentuada —, no exactamente, señor. La verdad es que nuestra misión..., bueno, además de encarar posibles corsarios franceses, desde luego, nuestra misión es la de comprobar..., comprobar que los buques bajo pabellón británico no son...

—¿Molestados por alguna belicosa unidad de la Real Armada, que, tras auxiliar a una fragata aliada llamada *Defiance* y evitar su hundimiento, defiende sus dominios? ¿Es eso? —intenté ofrecer sonrisa en chanza abierta.

—No lo diría yo de esa forma, señor. Además, sólo patrullamos en costas de dominio portugués.

—Les supongo al corriente del decreto emitido por el Rey de Portugal, en el sentido de autorizar a nuestras unidades para ejercitar el derecho de inspección en sus aguas, y apresar cualquier buque con contrabando en beneficio de los rebeldes argentinos. Supongo a Su Majestad con más derechos que ustedes en sus aguas.

—Nada conozco de ese detalle, señor. Nos limitamos a cumplir órdenes.

Rymer se mantuvo ahora en silencio, mientras el nerviosismo regresaba a su pecho, agitado en rápida intermitencia. No estaba dispuesto a facilitar su labor una onza, por lo que también yo quedé sin pronunciar palabra. Por su parte, mis oficiales se mantenían en atenta disposición, para no perder una sola letra de la conversación. El oficial inglés se vio obligado a volver a la carga, no sin esfuerzo.

—Ese barco que acaba de apresar, señor, muestra pabellón británico —su voz sonaba ahora en un suave susurro.

—Bandera de conveniencia utilizada en habitual estratagema por esos miserables piratas. He comprobado que el paquebot fue despachado desde Boston y se trata de buque con bandera de los Estados Unidos. El capitán, un español traidor, nos ha explicado todo con extremo detalle. Transporta gran cantidad de armamento para esa República Argentina, que nadie conoce y ni siquiera el gobierno de Su Majestad británica ha reconocido. Izó pabellón británico al comprobar que un buque de la Real Armada se dirigía hacia él. Según palabras del propio capitán, lo hizo porque fue avisado de que si mostraba tal bandera, no sufriría inspecciones por nuestra parte, lo que me cuesta creer como cierto. Dado el estado del buque, cercano a su hundimiento y con las bombas en funcionamiento, trasbordé la carga a mi fragata, aunque pienso negar tal detalle llegado el caso. Y eso es todo. Diga a su comandante que lo espero para almorzar con un buen amigo.

—Verá, comandante Leñanza, debo repetir las palabras dictadas por mi comandante. Nuestras órdenes son claras y precisas en estos casos. No podemos permitir que un buque bajo pabellón británico sea apresado.

—Creo que no ha comprendido mis palabras, o han dejado de creer en ellas en escasos días. Si fuera así, lo consideraría como una ofensa personal —le hablaba con severidad.

—No es eso, señor. Cómo vamos a dudar de su palabra. Pero nuestras órdenes son claras.

—Deben impedir que un buque bajo pabellón británico sea apresado — recité como quien declama una conocida poesía—. Ahorre palabras porque ya he escuchado de su boca tres veces la misma cantinela. Pero le repito que no es el caso que nos ocupa. ¿No permitirán que aprese un buque de los Estados Unidos, que iza bandera de conveniencia al ser avistado, con evidente contrabando de armas para unos rebeldes que luchan contra sus aliados españoles? Me cuesta creerlo. Y le recuerdo que la ley me asiste.

—Nuestras órdenes son muy concretas, señor —se había atrincherado en esa frase y no encontraba otro camino.

—Mire, teniente Rymer —eliminé el último atisbo de tono amistoso en mi voz—, hablemos con claridad de una puñetera vez y sin dar más carrete a la liebre. De acuerdo a toda ley del mar, he apresado a un contrabandista en unas aguas, cuyo Señor lo permite. Al cambiar de pabellón e izar uno de conveniencia, ha ejecutado un acto catalogado de piratería. Supongo que una unidad aliada —recalqué de nuevo la palabra mágica— no intentará obligarme a que libere esa chusma presidiaría.

—En honor de nuestra amistad, le ruego que no lo haga más difícil, señor.

—¿Qué no lo haga más difícil ha dicho, Rymer? —ahora mi voz tronaba en alto por primera vez—. ¿En honor a nuestra amistad? ¿De qué amistad me habla? Sinceramente, creo que no conocen el significado de esa palabra. Además, aquí nada tiene que ver esa falsa amistad, sino la ley. Conforme a esa alianza entre nuestras dos naciones, que ahora quiebran al atacar los intereses de España, luché a su lado, murieron marineros españoles, nuestro cirujano salvó vidas británicas, cooperamos para reparar su fragata, esta que ahora nos amenaza, les ofrecimos remolque y acabamos por considerarnos mutuamente como buenos amigos y fieles aliados. Nunca pensé que me arrepintiera de ayudarles a salvar su buque, bien lo sabe Dios —moví la cabeza hacia ambos lados en señal de pesadumbre, antes de continuar con tono duro y alzado—. Como en estas aguas parece que somos enemigos, debí dejar que las fragatas francesas *Marguerite* y *Resistance* los apresaran. Habría sido la forma británica de actuar. No comprendo cómo no sienten vergüenza, si es que la han sentido alguna vez en su vida. ¿Desea su comandante que se lo haga fácil? Pues mucho lo siento, pero no lo haré fácil o difícil. Solamente cumpliré con mi deber, al igual que hice luchando a su lado. ¿Acaso piensan abrir fuego contra la fragata *Proserpina*?

—Me dijo el comandante que no deseaba ocupar los puestos de combate contra vos, señor.

—Una magnífica y amistosa deferencia de su parte —fue el momento en el que me destaqué, al tiempo que con la mano alisaba mi cabello, señal convenida para desfondar el *Three Stars*—. Contesté con claridad al capitán de navío John Davis que la fragata *Proserpina* de la Real Armada se encuentra preparada para luchar contra todo aquel que navegue en contra de los intereses de España. Y que hemos adoptado los puestos de combate desde que observamos un buque con pabellón británico en el horizonte, aunque comprobáramos que se trataba de una fragata en deuda infinita con nosotros. Es triste pensar que te dispare un buque a quien le evitaste una indecorosa captura pocas semanas atrás. Para finalizar, diga también a su comandante que siento verdadera repugnancia por sus actos y por su persona. Y si así lo estima oportuno, permitiremos que hablen las armas.

Don Lino y sus hombres habían realizado su trabajo con rapidez y eficiencia. Al tiempo que carpinteros, soldados y el teniente de fragata Orcajo embarcaban en nuestra lancha con visible urgencia, comenzaba a percibirse la entrada de agua a raudal. Orcajo largaba los cables de sus embarcaciones menores, para continuar hacia la escala de nuestra fragata. En aquel momento, los hombres obligados a mantenerse en proa, comenzaron a gritar, al comprobar lo que se les venía encima. El teniente Rymer no parecía comprender nada, hasta que los hechos se hicieron evidentes.

—Supongo..., supongo que no habrá desfondado el paquebot británico, señor.

—¿Desfondar un buque? —expuse con rostro ofendido—. Por favor, teniente, sería incapaz de una acción tan monstruosa, que ningún hombre de mar llevaría a cabo. Ya le adelanté que ese paquebot contrabandista se encontraba en muy mal estado. Sencillamente, he ordenado que mis hombres dejen de accionar las bombas, acción que impedía su hundimiento. Que acudan sus hermanos británicos para trabajar a bordo.

Don Lino y sus auxiliares debían haber roto tablas en los fondos a lo grande, porque el *Three Stars* comenzaba a hundirse de popa.

—¿Cómo es capaz de algo así? —al teniente Rymer todavía le costaba comprender la realidad—. ¿Y esos desgraciados?

—Nada me preocupan. ¿No son británicos? Pues es su responsabilidad salvar la vida de unos beneméritos compatriotas, piratas contrabandistas de mierda. Y ahora le ruego que abandone mi barco con rapidez y no vuelva a pisar sus tablas jamás. ¡Segundo! Acompañe a este oficial inglés y que embarque en su lancha sin perder un segundo.

—Comandante Leñanza, no puede...

—¡Cállese de una puta vez! —ahora gritaba con desprecio—. ¡Abandone la fragata *Proserpina* inmediatamente, si no quiere ser lanzado al agua y acompañar a sus hermanos bucaneros del demonio! Ningún hombre de la dotación de la *Defiance*, comenzando por su comandante, que no ha tenido el valor de venir a parlamentar conmigo, será bien recibido a bordo de esta fragata. ¡Fuera!

Mientras el teniente Rymer se apresuraba hacia la escala para embarcar en su lancha, el paquebot presentaba la borda de popa a escasas pulgadas del agua. Sus hombres se lanzaban sin dudarlo, intentando embarcar o asirse al bote y la lancha. No dudé los siguientes pasos. Ordené con grito alzado, de forma que pudiera ser escuchado en toda la fragata britana.

—¡Todo el aparejo arriba! ¡Cargar los cañones en alternativo con bala rasa y metralla! Proa al noroeste.

Nuestras velas comenzaban a chupar viento, cuando pasamos a escasas varas de distancia de la *Defiance*. Observé el rostro de John Davis, enrojecido por causas desconocidas aunque posibles de conjeturar. Y en esta ocasión, al cruzar nuestro alcázar a su altura, no me destocaba en señal de cortesía y amistad. En el silencio impuesto, tan sólo se escuchaba el ruido de los cañones al entrar en batería. Una vez avanteada la fragata britana, enmendé el rumbo al nordeste.

Tras la inicial paralización sufrida por los hombres de la *Defiance*, se daban las embarcaciones menores al agua para rescatar a la chusma bucanera. Pero ya la *Proserpina* bebía aguas a un largo con velocidad, acariciada por el viento fresco del sud-sudoeste. Pero no crean que me sentía feliz, sino profundamente entristecido al comprobar la miseria humana, que así lo contemplaba en aquellos momentos. Pensé que tal vez los españoles formábamos una raza diferente y entendíamos la amistad como algo que no existía. Escuché las palabras del segundo.

—¿Cree que nos perseguirán para batirnos, señor?

—No lo sé. Pero si lo hacen, juro por Dios que no dejaré de luchar, hasta que haya caído el último de nuestros hombres o de los suyos.

No volví a dirigir la mirada hacia popa, aunque escuchaba los comentarios por bajo de Romarate y otros oficiales. Una vez recogidos los náufragos, la *Defiance* largaba con rapidez todo el aparejo, para aproar a continuación sin dudarlo hacia nosotros. Y así se mantenía de forma terca durante dos horas, reduciendo distancia de las dos millas inicialmente tomadas. La causa era evidente, al comprobar la excesiva carga almacenada. Debía dudar el comandante Davis, si todavía restaba algo de decencia en su sangre, una

condición difícil de averiguar en un oficial británico. Y ya pensaba en las posibilidades que nos ofrecía el viento para encarar la lucha, incluso el largado de la carga al agua, cuando las palabras del segundo resolvieron la madeja.

—La proa de la *Defiance* cae a babor, señor. Parece que adopta rumbo noroeste.

—Así se pudra en el infierno.

—No es fácil creer lo que he vivido en estas últimas horas, señor.

—Hemos aprendido una nueva lección. Pero no debemos enmendar una mota nuestras convicciones. No dude de que somos nosotros los caballeros honrados, y así continuaremos aunque nos cueste una y mil bofetadas.

—Al menos, señor, conseguimos una carga excepcional de armamento, que llegará como perlas a nuestros hombres en España. Eso sin contar que disponemos de alimentos para procurar rancho extraordinario todos los días.

—Que disfruten nuestros hombres en este dulce tornaviaje. Llevan varios meses batiendo el cobre a luces y lo merecen.

—Así se hará, señor.

Me retiré a la cámara. Okumé, sabedor de mi estado de ánimo al punto, me hizo llegar una frasca del aguardiente adquirido en el Plata, fuerte y capaz de erradicar todos los miasmas del cuerpo y del alma. Lo bebí con gusto, al tiempo que la tristeza se mantenía sellada en el pecho. No obstante, un sentimiento de orgullo aumentaba por momentos. Había cumplido con mi deber, tanto al apresar y hundir el buque contrabandista como al demostrar a los britanos lo que significaba la palabra *honor*. Tan sólo me dolía que no fueran capaces de comprenderlo.

29. Tornaviaje definitivo

Conseguí olvidar con rapidez el triste episodio sufrido con la fragata británica *Defiance* y la vergonzosa actuación de quienes considerábamos buenos compañeros de mar. Porque desolador a fondo, hasta estragar las emociones más puras, debía considerar lo sucedido entre teóricos amigos, sin contemplar el peligro que podía haber corrido nuestra fragata. Aquel hecho mutaba por completo la opinión mantenida hasta entonces sobre nuestros aliados, interesados como siempre en el rico botín por encima de cualquier otra consideración, ya fuera oro en lingotes o futuro comercio en los puertos del Plata. Y aunque resulte duro de escuchar, declaro con sincera solemnidad que jamás volví a confiar una mota en aquellos hombres nacidos en las islas, que entendían ese falso y orgulloso patriotismo por encima de otras obligaciones sagradas, como la amistad y el agradecimiento. Después de todo y para mí, pasaron a ser considerados como personas educadas en el exterior, pero profundamente salvajes en sus sentimientos.

Como el viento regresó a entablarse del sudoeste y fresco de fuerza, con ciertas estadías de frescachón, navegamos con todo el aparejo y rumbos de componente leste, salvo en los periodos que debíamos aferrar los juanetes en lógica prevención. Y así continuamos muchas singladuras, bebiendo millas y leguas con extremo gozo. Porque ahora, posiblemente por la dura prueba sufrida, hasta el comandante deseaba arribar a puerto cuanto antes.

En esta ocasión y como protegidos por los trece dioses de las aguas profundas en benéfica conjunción, viento y mar se mostraron a favor sin variaciones negativas. Si en un principio progresamos hacia levante para ganar el máximo barlovento posible, en espera de futuros soplos del nordeste, cuando entendíamos como necesaria la primera bordada a la contra, rolaban las alas de Eolo al sur de forma inesperada, permitiéndonos avanzar hacia el nordeste con una media de avance establecida en cinco millas. Cruzamos el ecuador en estas condiciones y continuamos hacia el Septentrión con orgullo,

mientras nuestros hombres agradecían el generoso rancho y el ron aguado al estilo inglés, que tomaban con extremo placer cada día.

Desde la línea equinoccial, avanzamos con rumbos de componente norte y desfile sereno a unas trescientas millas del continente africano, en demanda del estrecho gibraltareño. Y no variamos la derrota, cuarta más cuarta menos, hasta conseguir aproar por derecho a nuestro punto de destino. En ese alargado recorrido con miles de millas a batir, no avistamos ni un miserable falucho pesquero. Llegué al convencimiento de que la mar, sabia y querenciosa como siempre, deseaba ofrecernos su campo infinito sin un compromiso más a cumplir, posiblemente en debida contraprestación tras las muchas peripecias vividas.

El día octavo del mes de abril del año del Señor de 1812, avistamos la bahía de Cádiz, tras casi medio año de complicada ausencia. Y si rendía mi amor de bruces por ese maravilloso paraje desde muchos años atrás, ahora encontraba el cuenco plateado gaditano de superior belleza, si tal condición fuera posible. Eran muchas las experiencias vividas en ese alargado tiempo, algunas casi olvidadas en la memoria. Pero ahí dentro restaban los combates de sangre, apresamientos, temporales de espuma, abordaje nocturno, navegación fluvial y toda condición, buena o mala, que un buque puede atravesar en la mar. Tampoco debía olvidar los episodios personales atravesados con Audrey, el perdido amor resucitado en milagro, el dolor aparejado y su definitiva muerte. No obstante, y aunque parezca difícil de comprender, encaraba el futuro con optimismo, aunque las condiciones de guerra impuesta, con España destrozada y la Real Armada bajo mínimos, no alentaran una onza en tal sentido. Pero era consciente de que ese gran pueblo español resurgiría de sus cenizas una vez más, como siempre había conseguido a lo largo de su historia.

En cuanto a mi propia situación personal, mucho me reconcentré en los diversos factores atravesados, algunos con resultados a la vista imposibles de enmascarar. Porque en medio año parecía haber vivido casi una vida, plena de imprevistos acaecimientos. Debía abordar la nueva situación que marcaba la presencia de Florinda a bordo y las joyas estibadas para el futuro, con su especial significado. Y, sin pensarlo dos veces, decidí que mi querida mujer, Eugenia, se merecía la sinceridad por encima de cualquier otra consideración, convencido de que la verdad abriría las puertas cerradas por la sinrazón. Estaba seguro de que lo comprendería todo por su amor hacia mí y el que sentía a borbotones por la pequeña María. Lo había demostrado una vez en peores condiciones, y no fallaría en la ocasión.

Mientras analizaba esos condicionantes con inesperada frialdad y escaso apasionamiento, el rostro de Eugenia se hacía fuerte en mi cerebro, una preciosa cara abierta en sonrisas. Fue el momento en el que sentí mi amor por ella aumentado sin límites, así como el ferviente deseo de tenerla entre mis brazos y besarla con encendido ardor. Puede ser difícil de comprender, pero así se maneja el hombre de mar en sus complicadas circunstancias. Y si a veces aparece con lo que estimamos como un corazón partido, debemos entender sin dudar que, en realidad, ese órgano vital ha aumentado de tamaño.

Mientras trillaba aquellos pensamientos en lento paseo por la toldilla, Okumé llegó en oportuno auxilio como tantas otras veces.

—¿Todo en orden, señor? Pronto nos encontraremos con la familia en merecido descanso.

—Todo en orden, amigo mío, o eso espero.

—Nada debe preocuparle al señor. Comprendo por dónde navegan sus pensamientos, pero doña Eugenia ha demostrado en muchas ocasiones su capacidad de comprender. La presencia de Florinda o esos cofres guardados en la caja, no conformarán más que una anécdota en pocas semanas, una prueba más para aumentar la felicidad de la familia. Debe pensar solamente en el pequeño Pecas y en la niña María, así como su amor por la señora, que arrancó en aquella travesía a bordo de la fragata *Fama* desde las Indias.

—Siempre eres capaz de leer mis pensamientos, brujo africano —lo tomé por el hombro con afecto—. Puedes estar tranquilo porque en esta ocasión arribo a casa sin alforjas de vergüenza. El sufrimiento aparecerá cuando explique a mi hermana la ausencia de don Beto.

—Sabrá emplear las palabras adecuadas. No es bueno mentir a los seres queridos, pero tampoco se debe forzar la verdad, cuando puede causar profundo dolor.

—No será tarea sencilla.

Aquella misma tarde fondeamos con la necesaria seguridad junto al arsenal de La Carraca. Debía informar de palabra y sin pérdida de tiempo al comandante general de la Escuadra, antes de partir a la carrera hacia el palacio de la calle de la Amargura. Y si la primera parte en nada me preocupaba, dada la categoría profesional y personal del general Valdés, la segunda abría ronchas de placer en la piel. Se trataba de la permanente solución a la vida que disfruta el hombre dedicado a transitar durante gran parte de su vida por ese medio fascinante y en permanente movimiento. Porque si el marino se siente feliz cuando se hace a la mar y deja la costa a

suficiente distancia, lo es más todavía al regreso, como si disfrutara de dos cerebros separados, húmedo uno y seco el segundo.

De esta forma abordé la residencia familiar con inesperada urgencia. Y como tantas otras veces, parecían conocer en avance mi llegada, porque en el mismo zaguán se abalanzaron sobre mi madre, hermana, hijos y sobrinos, hasta no dejarme casi respirar. Por último divisé el incomparable rostro de Eugenia, alejada unos pasos de los demás en nerviosa espera, sin consentir en disfrutar de mi persona al reparto general. Me sonreía con ese falso recato que tanta atracción ejercía sobre mí, hasta hacer vibrar la carne en cuerdas de violín. La recibí en mis brazos con inmenso placer y pasión creciente, apretujando su frágil cuerpo a muerte, hasta embutirlo a tachón contra el mío.

Mientras la besaba, pensé en la opinión tantas veces expresada por quien consideraba como madre de sangre, estimándola como verdad de ley en aquellos momentos. María Antonia, mujer sabia y casada dos veces con oficiales de la Armada, sentenciaba que el hombre de mar era un animal humano fácil de querer, aunque se tratara de misión imposible comprender ese amor repartido entre el ser amado y la gran señora de las olas blancas.

Epílogo histórico

Fiel a mi costumbre, debo entrar en precisas aclaraciones y conceder el debido mérito a los verdaderos protagonistas de estos episodios históricos. En ocasiones quedan enmascarados por los personajes de ficción en los que, por necesidad narrativa, baso la trama de mis obras.

El comandante de la fragata *Proserpina* que rindió comisión al Río de la Plata fue el capitán de navío Ignacio Azauz Mendiluce, un valiente vizcaíno que, pocos años después, entregaba su vida por España, como tantos otros auténticos patriotas vascos que rindieron extraordinarios servicios en la Real Armada.

La épica hazaña de la toma del queche *Hiena* fue realizada por el cabo de mar José González, al mando de otros cinco marineros, una vez escapados del fuerte del Carmen. Parece increíble que aquellos seis hombres, armados con cuchillos solamente, tras ofrecer frutas desde un bote y conseguir trepar a bordo, fueran capaces de matar a seis miembros de su dotación, herir a doce y acorralar a 95 hombres en el sollado. Y más asombroso todavía, que esa media docena de valientes pudiera marinar el queche en más de trescientas millas, desde Carmen de Patagones, en el río Negro, hasta la plaza de Montevideo, en la que entraron haciendo tremolar la bandera de la Real Armada con inmenso orgullo.

Como una más de las numerosas acciones particulares llevadas a cabo por personal de la Armada, la hazaña de aquellos seis hombres, digna de epopeya popular, ha quedado olvidada entre oscuros pliegos de nuestros ricos archivos y permanece desconocida para casi todo el pueblo español. Por el contrario, si hubiese sido llevada a cabo por miembros de las marinas británica, estadounidense, francesa o de otra nación importante, se habrían escrito sobre el tema ensayos, novelas, poesías y hasta llevado al cine para gloria nacional. Estoy convencido de que hemos jugado un papel tan relevante y extraordinario en la historia del mundo que ni siquiera concedemos la

importancia debida a las múltiples acciones de nuestros hombres de mar, que se jugaban la vida día a día por un ideal, el de engrandecer a su patria.

En cuanto al combate naval que tuvo lugar junto a la localidad de San Nicolás de los Arroyos, en las aguas del río Paraná, tan sólo debo aclarar que quien pasó a tierra para rendir las baterías a pecho descubierto y la única compañía de diez infantes de Marina, así como tomar los cuatro cañones, fue el alférez de fragata Joaquín Tosquilla, comandante del falucho *San Martín*, un jabato recién entrado a la vida.

Este es el cuarto volumen de mi colección de novela histórica naval «Una Saga Marinera Española», que dedico al papel de la Real Armada en la Guerra de la Independencia, un cometido no solamente ignorado por el español de a pie, sino también por la casi totalidad de los historiadores dedicados a tan interesante tema. Intento una vez más que el público general tenga conocimiento de que la Real Armada *existió* durante esa etapa de guerra contra el francés, en la que llevó a cabo un papel de extraordinaria importancia. No obstante, y a pesar de la celebración del segundo centenario, estoy convencido de que la mayor parte de las acciones heroicas de nuestros hombres de mar quedarán en el más desamparado anonimato, cuando se deberían conocer, recordar y ofrecer justa satisfacción a quienes las ejecutaron.

Las cosas de la mar y nuestra riquísima Historia Naval no parecen interesar a casi nadie en España, aunque seamos una nación peninsular que, precisamente a través de las aguas, descubrimos, conquistamos, poblamos y defendimos un colosal imperio ultramarino durante más de tres siglos. Y si ello fue posible, se debe a la permanente entrega de los miembros de la Real Armada. Sólo hay que comprobar que, al quedar reducidas las fuerzas navales casi a cero, perdimos nuestras provincias americanas en rápida sucesión. Al menos, espero rendir un pequeño pero merecido homenaje con las obras de esta colección a quienes mucho lo merecieron. Sería magnífico conseguir que, de esta forma, no queden en el más absoluto de los olvidos.

Luis M. Delgado Bañón
Cartagena, 13 de agosto de 2008

Notas

[1] Tifus exantemático. <<

[2] Se denominaba *punte* a las andanas o baterías donde se instalaba la artillería. El prototipo de *buque de línea* contaba con dos puntes y un porte aproximado de 74 cañones. De tres puntes se construyeron 12 en España, con 112 cañones, aunque el *Santísima Trinidad*, tras embonar y correrse su batería de cubierta, llegó a montar 140 cañones, siendo considerado como el único *cuatro puntes* y, sin duda, el más armado y poderoso del mundo, hundido en el combate de Trafalgar. <<

[3] En la Armada se denominaba *tripulación* o *equipaje* a la totalidad de la gente de mar, mientras que el de *guarnición* se reservaba para la tropa embarcada. El conjunto de las dos, más la *chusma* o grupo de remeros en el caso de las galeras, constituía la *dotación*. <<

[4] Aunque su acepción habitual es la de un remo para ser utilizado en botes como timón, también se emplea dicha palabra para explicar el timón provisional cuando se pierde el principal del buque, normalmente formado por una verga de respeto con tablas, cuartones, etc. Antiguamente se conocía por *espada*. <<

[5] Balsas que se forman con los masteleros, vergas, botalones y cualquier pieza de madera del buque para salvar al personal en un naufragio. <<

[6] Galones. <<

[7] Se refiere a la faja de general, que se comenzaba a utilizar en el empleo de jefe de escuadra, siguiente al de brigadier. <<

[8] Se refiere al capitán general de la Armada don Antonio Valdés y Fernández Bazán, antiguo y prestigioso secretario de Marina e Indias. En los primeros días del alzamiento contra el francés, presidía la Junta de León y Castilla, con sede en Ponferrada. <<

[9] Se entendía por *arrecife* la carretera o calzada que unía Cádiz con la Real Isla de León (actual San Fernando). <<

[10] Se entendía por *armadillas* o *fuerzas sutiles* las compuestas por lanchas, botes, falúas, místicos, tartanas, balandras y toda embarcación menor capaz de montar un cañón como mínimo. Formadas en divisiones, habían sido utilizadas con éxito en la defensa de la bahía gaditana en ocasiones anteriores, así como en el ataque para rendir la escuadra del almirante Rosily el 14 de junio de 1808. <<

[11] Los primeros descubridores denominaron como *Tierra Firme* a la parte del continente meridional de América bañada por el mar de las Antillas, en oposición a las islas de este mar. Se empleó durante varios siglos, y aún hoy no se halla del todo en desuso para designar la costa de la Venezuela actual.
<<

[12] Pequeñas goletas utilizadas en el tráfico marítimo fluvial. <<

[13] Calificativo que se otorga a las embarcaciones muy pesadas y de escaso andar, también llamadas *porrón*, *roncero* o *memo*. <<

[14] Cabria o grúa de grandes dimensiones que se utilizaba en arsenales y puertos para carga de elementos pesados o para arbolar los buques. <<

[15] En la Armada se denominaba *tripulación* o *equipaje* a la totalidad de la gente de mar, mientras que el término *guarnición* se reservaba para la tropa embarcada. El conjunto de las dos, más la *chusma* o grupo de remeros en el caso de las galeras, constituía la *dotación*. <<

[16] Oficiales del cuerpo general. <<

[17] A partir del empleo de alférez de fragata se utilizaban las charreteras en el uniforme como distintivo del grado. Éstos lucían una solamente sobre el hombro izquierdo, mientras los alféreces de navío la mostraban en el derecho.
<<

[18] Antigua voz o tratamiento del contramaestre. <<

[19] Marineros escogidos para dirigir desde las cofas y en lo alto de los palos las maniobras que se reclaman. <<

[20] Se entiende por *obra viva* la parte del buque sumergida en el agua, considerada exteriormente. También se denomina *fondos, viva, vientre de la nave* y, antiguamente, *carena*. <<

[21] Maromas o cabos de cáñamo muy gruesos que, asidos al ancla, servían para amarrar el buque en un fondeadero. En determinados momentos, se trataba de elementos de vital importancia para la seguridad del buque en la mar. <<

[22] *Navegar* en su concepto general. También se utiliza para expresar el grado absoluto de velocidad del buque. <<

[23] Se entendía por *porte* en los buques de guerra el número de sus cañones, mientras que en los de carga y mercantes sus toneladas de arqueo. <<

[24] Navegar de bolina o ceñir el viento. <<

[25] Se entendía a bordo como *dar cañón* la pena de azotes, porque normalmente éstos, atizados con rebenque o mojel del menor grosor, se aplicaban al penado de bruces, amarrado a una pieza artillera. <<

[26] Aunque en la actualidad se entiende como *sollado* los diferentes alojamientos de la marinería, en los buques de vela se trataba de la primera cubierta bajo la línea de flotación. <<

[27] Debe entenderse como *nudo*, medida de velocidad que equivale a una milla por hora. <<

[28] Se denominaba como *combate a tocapenoles* aquel que tiene lugar a tan escasa distancia que los extremos de las vergas (*penoles*) llegan a tocarse. También es un término utilizado para exponer en general un combate en la mar a muy corta distancia. <<

[29] Documento en el que se indica para cada buque, en una fecha determinada, su dotación, dimensiones y estiba, artillería y armamento portátil, anclas, anclotes, cables y calabrotes, velamen, víveres y aguada, así como las observaciones especiales que estime su comandante. <<

[30] Se llamaba *paje de escoba* al muchacho de ocho a catorce años que embarcaba en los buques de la Armada para aprender el oficio de marinero y acceder al puesto de grumete pasados los años. En principio, se ejercitaba en barrer cubiertas. <<

[31] Normalmente, a pan y agua. <<

[32] Nombre que se aplicaba a una clase de *contramaestres*, inferior a la de *primeros* y *segundos*, la cual se subdividía del mismo modo. Acabaron por ser refundidos y asimilados como *terceros contramaestres*, dentro de los oficiales de mar. El más moderno a bordo era el encargado de ejecutar la pena de azotes. <<

[33] Trozo de cabo trenzado, llamado *cajeta*, de una o dos varas de largo. Se utilizaba para sujetar el cable de las anclas al virador cuando se accionaba el cabestrante, apagar una vela, trincar la caña del timón y otros usos, como servir de arma en azote. <<

[34] Deshacer las vueltas dadas con los mójeles al virador y al cable del ancla en los puntos que van llegando al cabestrante, así como volver a darlas en los que van entrando en el escobén. <<

[35] Voz con la que se indica que las anclas han salido a superficie sin enganches ni obstáculos. <<

[36] Anclas. <<

[37] Los contraмаestres emplean un pito de plata con hechura particular, que recuerda en su forma el cuerno de pólvora, llamado *chifle*, con el que los artilleros cebaban los cañones. Por tal razón, antiguamente los pitos recibían también dicho nombre. Han sido y son todavía utilizados a bordo de los buques de la Armada en las maniobras y honores de ordenanza. <<

[38] Viento fresco, llamado *de todas las velas* o *de juanetes*, por ser el idóneo para largar todo el trapo. <<

[39] Se decía a bordo *trinquete en calzones* cuando se utilizaba uno más pequeño que el ordinario para correr el temporal. <<

[40] Vientos que, entre los trópicos, soplan todo el año en una dirección constante, que es la del nordeste en el hemisferio norte y del sudeste en el sur, estando separados por la región de las calmas. Eran utilizados normalmente por los buques en sus navegaciones hacia las Indias. <<

[41] Meter el timón para que el buque caiga hacia sotavento (parte opuesta a la que recibe el viento). También se denominaba como *dar andar* o *descargar*. La acción contraria, caer hacia barlovento, se define como *orzar*. <<

[42] Ceñía, navegaba contra el viento. <<

[43] Se entiende por *abatir* desviarse el buque de su rumbo hacia sotavento por acción del viento. <<

[44] Tubos de latón para transmisión de voz que llegaban a los puentes bajos desde el alcázar. <<

[45] El *biscocho de mar* o *galleta* se elaboraba con harina más o menos blanca, amasada con agua y un poco de levadura. Una vez cocida se retiraba del fuego y se enfriaba poco a poco, dándole calor a tientos hasta que quedara seca, sin miga, dura y frágil. Pesaba unas 18 onzas y tenía forma de bollo semiesférico. Su duración era extraordinaria, llegando a sobrepasar los dos años a bordo. <<

[46] Escorbuto. <<

[47] Se entendía el viento como *brisa de esclavos* cuando era de tan escasa fuerza que en las galeras obligaba a emplear los remos. <<

[48] Marinero o grumete destinado de guardia en los topes de los palos para descubrir los objetos que aparezcan por el horizonte a mayor distancia. También recibía el nombre de *vigía*, mientras que en las galeras se les llamaba *atalaya* o *descubierta*. <<

[49] Se entiende por *navegación de estima* la calculada sobre la base del rumbo y distancias recorridas durante un tiempo determinado, desde una situación de garantía. También ha de tenerse en cuenta la deriva y abatimiento del buque. <<

[50] Tratamiento que se daba en la Armada a los guardiamarinas y aventureros. Todavía se mantiene en vigor en la Escuela Naval Militar para los caballeros guardiamarinas. <<

[51] Camino que debe hacerse, y que en efecto se hace, ya sea por uno o distintos rumbos, para trasladarse de un puerto a otro. <<

[52] Mar llana, también denominada como *mar de leche*, *mar bonanza*, *mar en calma*, *mar de donas*, *mar como un espejo*, etcétera. <<

[53] Lo que hoy en día se conoce como *mar de fondo* o *mantón* solía denominarse antiguamente como *marea*, sin confundirla con el periódico flujo y reflujo de la mar (pleamar y bajamar). <<

[54] Mástiles o palos de los buques. <<

[55] Cabos que durante las navegaciones cuelgan desde diversos puntos de la cubierta, para que puedan asirse a ellos quienes caigan a la mar. <<

[56] Debe entenderse como *bala rasa*. <<

[57] Pan o galleta y agua. <<

[58] Además de su acepción como *alimento*, se entendía por *galleta* el tope de los palos. <<

[59] Aparejo de pesca de un solo anzuelo muy utilizado en el Mediterráneo, que suele largarse por la popa del buque cuando navega. También se denomina como *fincha* o *pescar a la cacea*. En los buques que cruzaban a Indias, era norma habitual largar maroma gruesa con cebo grande de sangre, en busca de tiburones u otros peces de gran tamaño. <<

[60] Se entiende por *guarnir* vestir o proveer cualquier elemento de lo que necesita para su uso o aplicación. <<

[61] Se entiende por *motón* una especie de garrucha cuya caja achatada y ovalada cubre la roldada, que gira dentro y por donde pasa el cabo de labor. El motón de quijada o pasteca presenta abertura para pasar el cabo de labor por seno. <<

[62] La faja era distintivo de general. En la Armada la incorporaban en su uniforme los jefes de escuadra, tenientes generales y capitanes generales. Bastantes años después, también los brigadieres entraron en el cuadro de oficiales generales. <<

[63] Se denomina *capa*, *capear*, *en capa* o *a la capa* cuando se dispone el aparejo de forma que el buque ande poco o retroceda lo inevitable. Si es por causa de temporal, se utilizan velas recias o apropiadas en altura y situación.
<<

[64] Debe entenderse como *faja de rizos*, forma habitual de disminuir la superficie de una vela, acordonando cada uno de los rizos de una andana o fila. <<

[65] Cabos horizontales que se tienden de obenque a obenque por toda la tabla de jarcia. Se utilizan como escalones para que los marineros o grumetes puedan subir y bajar para ejecutar las maniobras. <<

[66] Que no embarca agua. <<

[67] Se entiende por *recalar* cuando un buque llega a la vista de un cabo u otro punto de tierra, a distancia proporcionada para reconocerlo y marcarlo con seguridad. <<

[68] Se entiende por *lascar* aflojar o arriar un poco cualquier cabo que está teso. <<

[69] Desde la medianoche hasta las cuatro de la mañana. <<

[70] Sin velas de prolongación, alas y rastreras. Tampoco entran en el aparejo firme las cebaderas. <<

[71] Se entiende por *fachear* o poner la embarcación *en facha* cuando se bracean unas velas en contra de otras si se dispone de más de un palo, o largando escotas para disminuir la marcha o hacerla detener. <<

[72] Se entiende a bordo por *rendir* cuando se rompe o raja un palo, mastelero, verga, etcétera. <<

[73] Marina británica. <<

[74] La bandera roja y amarilla se creó en 1785 a petición del secretario de Marina, para que no se confundiera en la mar con la de otras naciones. Fue solamente la bandera de la Real Armada hasta 1843, cuando la reina Isabel II decidió que oficiase como bandera nacional de España a todos los efectos. <<

[75] Se entiende por *tiro de enfilada* cuando toda la batería de un costado abre fuego contra otra unidad que se presenta perpendicular a ella, sin poder hacer uso más que con los cañones de mira o guardatimón. Se trata de una posición artillera envidiable para cualquier buque, que posteriormente fue denominada como *cortar la T*. <<

[76] Parte extrema y más alta de la popa que se forma en figura curva, sobre la que descansa la botavara de la vela cangreja. <<

[77] Rumbo con el menor ángulo posible contra el viento o máxima ceñida. <<

[78] Debe entenderse como *a la lumbre del agua*, es decir, a la línea de flotación. <<

[79] El viento incidiendo justo por la proa. <<

[80] Se entiende por *orzar* llevar la proa del buque hacia barlovento (de donde proviene el viento). El movimiento contrario se denomina *arribar*. <<

[81] Zoquetes de madera revestidos de estopa, encastrados a golpe de maza en los agujeros que hacen las balas en los costados. <<

[82] Se refiere a la tapa de la regala, parte superior de la borda. <<

[83] Instrumentos de hierro formados con cuatro garfios o ganchos a modo de garabatos, utilizados al extremo de un cabo para aferrarse una embarcación a otra y pasar al abordaje. <<

[84] Se llamaban *miras* o *caladores* a las piezas de la batería más cercanas a proa en cada banda, útiles para disparar en persecución, una vez instaladas en conveniencia. Algunas unidades mayores solían montar dos cañones a proa, uno a cada lado del bauprés en el castillo, para cumplir dicha misión. <<

[85] Bombear el agua entrada en la bodega. <<

[86] Mesa de guarnición empernada en los costados para ofrecer mayor ángulo a los obenques que en ella se afirman. <<

[87] Armazón de arboladura y aparejo provisional. <<

[88] Se entiende como *aparejo de estrellera* o *aparejo real* el de grandes dimensiones, necesario para llevar a cabo importantes esfuerzos. <<

[89] Los cadáveres que debían ser lanzados al mar eran depositados en la lona del coy propio, para ser cosidos a continuación y depositar una bala en su interior. <<

[90] Se entiende como *navegar en conserva* cuando uno o más buques lo hacen en compañía de otros, que le ofrecen la necesaria protección. <<

[91] La legua marina era la medida utilizada normalmente en la mar, para expresar grandes distancias. Equivalía a tres millas o seiscientas cincuenta varas castellanas, unos 5.555,55 metros. <<

[92] Con las velas aferradas. <<

[93] Se entendía por *lunar* o *parche* los pequeños pedazos de lona o encerado con que se tapaban los agujeros producidos por los balazos en las velas. <<

[94] Se entiende como *barajar la costa* navegar siguiendo su perfil a la vista y a distancia variable. <<

[95] Escollo que vela o sobresale de la superficie del agua. También se conoce como *peña abogada*, especialmente cuando aparece en solitario o aislado en grandes golfos. <<

[96] 38 grados y 40 minutos. Debe tenerse en cuenta que en las cartas de aquellos años, la longitud se medía con referencia al Observatorio de Cádiz.
<<

[97] En las navegaciones, intervalo de veinticuatro horas que, ordinariamente, comienzan a contarse al comenzar un nuevo día. <<

[98] Llamada momentánea del viento hacia otra dirección de la que seguía, regresando después a ella. <<

[99] Tablón grueso que se adapta fuertemente a la roda por su cara exterior o de proa, y se asegura más con las curvas bandas. En su extremo superior se coloca el figurón o mascarón. <<

[100] Embarcación o batea de fondo plano utilizada en los arsenales para movimiento de pesos y que los bajeles, por medio de aparejo firme desde ella al palo mayor, abran sus costados fuera del agua hasta propiciar el trabajo de carena en ellos. <<

[101] Bomba de vapor. Diseñada y construida por el jefe de escuadra Jorge Juan, fue empleada por primera vez en España en el arsenal de Cartagena, para el achique de los diques, en la segunda mitad del siglo XVIII. <<

[102] Velas supletorias que se agregaban por el gratil bajo de otra para aumentar su superficie vélica en tiempos bonancibles, muy usada en los galeones del siglo XVII. <<

[103] Temporal del noroeste. <<

[104] Se refiere a la acepción *trinquete en callones* cuando se utilizaba uno más pequeño y fuerte que el ordinario para correr el temporal. <<

[105] Se entiende como *correr una trinquetada* correr un temporal en popa con el único auxilio de la vela trinquete, envergada en capa. <<

[106] Debe entenderse como los aseos para la marinería, situados en proa a banda y banda del tajamar. <<

[107] Se denominaba *león de proa* a la figura de talla de este animal que mostraban los buques de la Real Armada en lo alto del tajamar por timbre de la nación a que corresponde, como parte que es del escudo de sus armas. Cuando no era la figura del león, tomaba el nombre de mascarón. <<

[108] Declinar el viento hacia el norte. <<

[109] En ceñida máxima, es decir, navegando al límite contra el viento. <<

[110] Se entiende como *navegar por estima* o *situar el buque por estima* cuando se hace conforme a los rumbos y velocidades a los que se ha navegado, corregida por abatimiento y deriva producidos por vientos o corrientes. <<

[111] Se entiende por *papahígo* cada una de las velas mayores, sin contar la cangreja, cuando se navega solamente con ellas. <<

[112] Nombre que recibe en el Mediterráneo el viento del sueste o sudeste, también llamado *siroco*. <<

[113] Virazón suave del sudeste. <<

[114] Remar. <<

[115] Escorbuto. <<

[116] Embarcación con porte entre 50 y 300 toneladas, utilizada normalmente en los mares del norte de Europa y de origen holandés. Con un casco de pareja figura a proa y popa, arbola un solo palo, normalmente alistado con vela cangreja y diversos foques. <<

[117] La razón de un buque se conseguía al dividir su eslora por la manga, es decir, su longitud de proa a popa entre la anchura de banda a banda. <<

[118] Garrotín de madera en cuyo extremo se emplazaba la mecha encendida para dar fuego, desde cierta distancia, a las piezas de artillería. A partir de los últimos años del siglo XVIII, fueron sustituidos por las llaves de fuego de chispa. <<

[119] Derrota que sigue un barco entre dos viradas, voltejeando para ganar barlovento. <<

[120] Llamada hoy en día Bahía Blanca. <<

[121] Situación del buque en la mar. <<

[122] Bandera británica. <<

[123] Una de las formas en que un buque puede quedar a la capa. Se consigue braceando las gavias por barlovento, para que beban viento por la cara de proa, al tiempo que se arría un poco de las escotas mayores. La maniobra se expresa comúnmente como *ponerse al paio* o *pairear*, aunque también como *estar a la trinca* o *trincar*, *a la cuerda*, *flamear*, *relingar*; *tocar*, *cordear* y *batir*. <<

[124] Algosa, llena de algas. <<

[125] Anteojo. <<

[126] Tifus exantemático. <<

[127] Bomba de vapor. La primera utilizada en España fue diseñada y construida por el jefe de escuadra don Jorge Juan y Santacilia. <<

[128] Se entiende como *espiar* o *navegar a la espía* cuando se hace caminar una embarcación cobrando de ella por la *espía* (cabo o cable) que se ha dado de antemano. También se conocía por *atoar* o *atoarse*. <<

[129] Lugares que, por su calidad de fondo, son adecuados para fondear o largar las anclas y que estas agarren con fuerza. <<

[130] Tratamiento que se otorgaba a los guardiamarinas y aventureros. <<

[131] Cuando el viento coincide con la línea popa-proa del buque. <<